



**LO QUE  
HARÍA  
por ti**

**LUZ A. PINZÓN**

# LO QUE HARÍA POR TI

Luz Adriana Pinzón

Primera edición: enero 2020

Copyright © 2020 por Luz A Pinzón  
Imprint: Publicado independiente.

Todos los derechos reservados.

*A mi esposo, quien siempre encuentra una manera de ver hacia el futuro. A mi hermana, mi primera gran fan.*

# Contents

<a href="#">Title Page</a>
<a href="#">Copyright</a>
<a href="#">Dedication</a>
<a href="#">Capítulo 1</a>
<a href="#">Capítulo 2</a>
<a href="#">Capítulo 3</a>
<a href="#">Capítulo 4</a>
<a href="#">Capítulo 5</a>
<a href="#">Capítulo 6</a>
<a href="#">Capítulo 7</a>
<a href="#">Capítulo 8</a>
<a href="#">Capítulo 9</a>
<a href="#">Capítulo 10</a>
<a href="#">Capítulo 11</a>
<a href="#">Capítulo 12</a>
<a href="#">Capítulo 13</a>
<a href="#">Capítulo 14</a>
<a href="#">Capítulo 15</a>
<a href="#">Capítulo 16</a>
<a href="#">Capítulo 17</a>
<a href="#">Capítulo 18</a>
<a href="#">Capítulo 19</a>
<a href="#">Capítulo 20</a>
<a href="#">Capítulo 21</a>
<a href="#">Capítulo 22</a>
<a href="#">Capítulo 23</a>
<a href="#">Capítulo 24</a>
<a href="#">Capítulo 25</a>
<a href="#">Capítulo 26</a>
<a href="#">Capítulo 27</a>
<a href="#">Capítulo 28</a>
<a href="#">Capítulo 29</a>
<a href="#">Capítulo 30</a>
<a href="#">Capítulo 31</a>
<a href="#">Capítulo 32</a>
<a href="#">Capítulo 33</a>
<a href="#">Capítulo 34</a>
<a href="#">Capítulo 35</a>
<a href="#">Capítulo 36</a>
<a href="#">Capítulo 37</a>

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[Capítulo 54](#)

[Capítulo 55](#)

[Capítulo 56](#)

[Capítulo 57](#)

[Capítulo 58](#)

[Capítulo 59](#)

[Capítulo 60](#)

[Capítulo 61](#)

[Capítulo 62](#)

[Epílogo](#)

[Extra 1](#)

[Extra 2](#)

[Extra 3](#)

[Extra 4](#)

[Extra 5](#)

[Extra 6](#)

# Capítulo 1

—¡Essy! —grita mi amiga Sonia en el momento que me ve cruzar la puerta del bar. Las personas se giran para ver nuestro encuentro. Ella como siempre, corre hasta mí ondeando los brazos como si no me hubiera visto en años —. ¡No sabes cuánto te he extrañado! —dice mientras choca su pecho contra mi cara.

Ella es una fuerza indomable de la naturaleza. Llena de vida, expresiones exageradas y completamente loca de remate. A sus treinta y dos años se proclama soltera por convicción, feminista activa y abierta a cualquier causa que ayude a seres vivos diferentes al humano. Prefiere mil veces compartir una publicación de un perrito que fue abandonado, que algo trascendental del mundo político.

Como una mujer alta, siempre ha encontrado problemas para adaptarse a los estándares del resto de nosotras. Lo único que parece ajustarse a su continuo escrutinio de lo mejor para el género femenino, es su amor por los zapatos de tacón. Sin ellos le llego al cuello, pero cuando se monta en esos zancos, mi cara da directo a su prominente pecho.

—Nos vimos hace cinco días, Sonia —digo separándome de ella. Frunce el ceño ante mi aclaración y me dirige hacia las butacas que tiene separadas para nosotras.

—Cuando estás así toda negativa me provoca hacerte cosquillas hasta que te orines —dice como amenaza. Lo peor es que sé que ella lo haría.

—Claro —digo mientras doy un pequeño saltito para sentarme en el asiento. A ella no le cuesta trabajo, simplemente alza un poco la pierna y se acomoda.

—¡Oh por Dios! ¡Se me ha olvidado! —dice levantándose y tirando de la manga de mi camisa —¡Señores y señoras! —vocifera hacia las personas que están en el bar. Luego me señala con una actitud llena de orgullo —. Les presento a Esther Rosas, copropietaria de Rosas Doradas Corp. Actualmente la segunda mejor empresa dedicada al diseño y entrega de detalles, chocolates y flores del Valle. No se olviden de visitar su página web y hacer pedidos —su expresión se transforma, parece que estuviera a punto de amenazar a alguien —. ¡Tú! —señala a un tipo que está acompañado de una joven mucho menor que él —, seguro que tu chica desea con desesperación un gran ramo de flores y chocolates. Puedes encontrarlo en todos los tamaños, si quieres pedir perdón o permiso ¿me entiendes? —algunos aplauden, otros están tan perplejos que siguen mirando a mi amiga con inquietud, otros simplemente se limitan a tomar su cerveza —. Ya saben, Rosas doradas.

Muchos de los clientes habituales ya conocían a mi amiga, así que empiezan a agasajarla chiflándole en modo coqueto.

Por mi parte, me abochorna un poco su forma de hacerme publicidad, pero al mismo tiempo tengo que aprovechar su buen manejo del público. Ella podría ser una pancarta andante para mi negocio y duplicar las ganancias.

—Eso fue inspirador —digo en modo gracioso. Ella me mira con perspicacia y sonrío con soltura.

Sonia tiene esa risa contagiosa que te ríes sólo al escucharla.

—¡Ay Essy! —exclama con demasiado drama. La verdad no sé en qué momento mi nombre pasó de Esther a Essy. Ella odia los nombres viejos. Sobre todo porque siente que el suyo es una mala treta de su madre; dice que ella se vengó por las veintiocho horas de trabajo de parto que tuvo que atravesar para que mi amiga llegara al mundo —. ¿Sabes que me encanta que seas feliz? Cuando leí la noticia que tu negocio había sido catalogado en ese puesto, casi me da un ataque. Muchos compañeros de trabajo se sobresaltaron por mi grito. Hasta mi jefe creyó que me estaba doliendo algo.

—Lo imagino.

—No creo que puedas. Fue épico. Además el otro día vi uno de tus comerciales en la tele. Ese en el que el chocolate se mezcla y luego se transforma en un pequeño osito. Te juro que estuve a punto de correr a la pantalla y larmerla con ganas. Tuve un mini orgasmo culinario.

También tiene cierta fijación con los orgasmos. Los tiene todo el tiempo y en todas las formas.

Le ofrezco una sonrisa amable y ella se percata de que mi felicidad no es completa. Claro que me encanta que el negocio prospere, que seamos los segundos a nivel del departamento. Es increíble ese crecimiento en cuestión de ocho meses. Pero de la misma manera en la que mi empresa sube, mi matrimonio baja.

—¿Qué? No te quedes callada, cariño. Me estresa cuando pones esa cara de penitencia. No me digas que Rick está haciendo de las suyas... —quizás mi rostro me delata —. Lo sabía, ese hombre es terco.

—Cree en lo que cree, Sonia. No sé cómo hacerlo entender que esto es algo que deseo con fervor.

Frunce sus labios, pensativa. Le da un leve golpe a la barra. Luego se gira hacia el cantinero y pide otra ronda de cervezas cuando yo ni he tocado la primera.

Al estar en la barra siempre consigue tragos gratis, ya que a medida que la noche avanza, su escote se profundiza. Y para su beneficio, el cantinero de este bar es un muchacho joven de unos veinte años que no puede disimular que mi amiga lo enciende.

—Bebe, Essy. Aunque la gente dice que no sirve para nada, te aseguro que ayuda. Te hace ver las cosas con claridad.

—No tengo nada claro.

—Si lo tienes claro. Quieres un hijo ¿no es así? —asiento mientras llevo la botella hasta mi boca y dejo que el líquido pase por mi garganta hasta que trago —. Sabes lo que yo pienso de ese tema, tengo tendencia a pensar que ya somos muchos en el planeta y esas cosas, pero no soy nadie para prohibirte algo que quieres. Y al final, si él se casó contigo tiene que escuchar lo que tienes que decir, sea lo que le gusta o no.

—Nos casamos jóvenes, teníamos diferentes sueños...

Recuerdo ese día, esa felicidad por alcanzar algo que siempre estuvo presente en mis sueños. Llegar hasta el altar con el hombre que amaba. En ese tiempo, Ricardo era un hombre piadoso y extremadamente atractivo. Las chicas suspiraban por él y me miraban como si yo fuera poca cosa para él. Sin embargo, él me amaba a mí. Durante estos siete años en los que hemos estado casados, nunca he pensado diferente. Por lo menos considero que su amor por mi sigue intacto, lo que no quiere es compartirme. Ni siquiera con un hijo nuestro.

—En esa época querías formar una familia.

—Él también.

—¿Qué cambió?

—No sé, lo transformó un poco. Ahora tenemos un hijo demandante llamado Rosas doradas. Hemos trabajado en ese proyecto los últimos tres años y ahora está ascendiendo a la cima. Es demasiado trabajo. Sólo en esta semana hemos contratado a seis personas...

—Essy, no me hables de trabajo —dice poniendo su mano en mi hombro —. Entiendo que están abrumados con todo lo que ha pasado en el mercado últimamente pero, ¡rayos! ¡Tú deberías ser su prioridad! Debería estar feliz que estás dispuesta a tener sexo con él hasta el cansancio.

Me ruborizo un poco ante su comentario.

—¿Qué? ¿Acaso no sabes que para tener un hijo se requiere sexo?

Ruedo los ojos. Por lo general no soy buena para la ironía, me parece una forma de herir los sentimientos de otra persona sin consideración y creyéndose más inteligente y altivo. Sin embargo, Sonia no podía vivir sin sus expresiones cargadas de sarcasmos, aunque tengo que concederle que muy pocas veces me ofende.

—No soy una niña, sé cómo funciona la fertilidad. Mi problema es más sobre el poco deseo de Ricardo por compartir conmigo.

Sonia lleva la mano a su boca para contener el trago adentro. Parece que casi lo devuelve todo en cuanto me escuchó. La miro asombrada mientras el cantinero, le extiende un pañuelo enseguida como un caballero. Ella lo toma y se limpia la boca. Le da las gracias al muchacho y se gira para enfrentarme con el rostro desorbitado.

—¿Qué? —grita estruendosamente. La mitad de las conversaciones cercanas se detiene para mirarnos.

Mi rostro se enciende y tengo que disculparme con las personas cercanas.

—¿Ya no quiere? —Esta vez mide su tono y la pregunta sólo la escucho yo.

—Yo no sería tan extrema al decir que no quiere, simplemente está demasiado cansado todo el tiempo.

—Primero que todo, eso hay que cambiarlo. No vas a tener un hijo del Espíritu Santo, así que a ponerse a trabajar, Essy. Si quieres que suceda, tienes que seducirlo. Y eso requiere ciertos estándares. Segundo, deja la píldora. Si vas a tratar, hazlo con ganas.

—No tomo la píldora, tengo la T

—¡Quítate eso! No entiendo ¿Cómo esperas que ocurra si no pones de tu parte?

—Sonia, tú no lo entiendes. Cuando dos personas se casan deben consultarse este tipo de decisiones. No puedo simplemente ir a que me quiten ese dispositivo y quedar embarazada a propósito. Quiero ser madre, pero también quiero que crezca en un hogar definido.

Hace un gesto de desagrado como si la idea fuera descabellada o antigua.

—Bien, como quieras. Habla y ponte de acuerdo... pero luego de tener mucho sexo.

No puedo contener la carcajada. Ella nunca va a cambiar.

—¿Qué? Es cierto, nada hace ablandar a un hombre como una buena revolcada diaria. Puedes hacer que firme hasta su sentencia de muerte sin que lea porque estarías sentada en su regazo. Ya sabes, ellos piensan lineal, así que sólo estaría pensando en...

—Te entiendo —la interrumpo. Hay varias personas que ya están pendientes de nuestra conversación por los múltiples gestos que hace Sonia cuando habla de sexo. Es casi como si estuvieran viendo una película porno.

—Entonces mi trabajo está hecho —dice alcanzando su trago y acabándolo.

Tengo que considerar que ella tiene razón en ciertos puntos. Yo ya he tratado varias veces el método racional con mi esposo. Hablar sobre el tema, evaluar los pros y contras y dar una conclusión. Prácticamente como si estuviéramos hablando de un objetivo en el trabajo. Y a pesar que tengo buenos argumentos, él no ve la parte emocional implícita en mi deseo. Sólo hace cuentas en su calculadora, replicando los gastos excesivos que va a traer a nuestra vida una pequeña versión nuestra. La verdad estoy cansada de eso... Es por eso, que el método de Sonia, suena tan tentador.

## Capítulo 2

Luego de dejar a Sonia en malas condiciones en su pequeño apartamento, me dirijo hacia mi casa con la convicción que puedo ser tan sensual como quiera.

Bueno... sensual no es una palabra que utilice para describirme a mí misma.

Ni siquiera recuerdo bien cómo fue que conquisté a Ricardo, o si fue al revés. El hecho es que nuestra relación siempre ha sido muy seria, con algunos detalles dulces pero nunca la definiría como ardiente y apasionada. Así que, intentar seducirlo va a ser más un reto que cualquier otra cosa que jamás haya intentado.

Al llegar a casa, la cena está en el microondas, aprieto el botón de un minuto y me dirijo al cuarto para saludar a Ricardo. Como hay tanto silencio supongo que debe estar dormido. Abro la puerta con cuidado de no hacer ruido innecesario, ingreso caminando en puntitas y sin prender la luz me acerco a su cuerpo inconsciente. Se nota que llegó y sin quitarse nada, se tiró a la cama. Aún tiene la corbata puesta y un zapato.

Me alejo esperando que no despierte. Sirvo un poco de la cena, haciendo a un lado el montón de verdura que no creo que pueda comer. No tengo mucha hambre, pero soy consciente que si no como nada ahora, mañana voy a amanecer con un dolor de cabeza digno de honores.

—No te oí llegar, corazón —su voz ronca me hace saltar de mi asiento. Se acerca por mi espalda y me abraza con fuerza.

—Tienes un sueño pesado porque estuve de pie frente a la cama y no lo notaste.

—¿En serio? ¿Así de grave? Gracias a Dios eras tú y no un ladrón.

Sólo sonrío mientras me levanto y llevo el plato al fregadero. Ricardo me sigue viéndose como si estuviera a punto de colapsar.

—¿Muy cansado? —pregunto mientras me pongo los guantes. Mis manos son delicadas y en general no puedo exponer mi piel al jabón lavaplatos.

—Tengo el cansancio acumulado como de un año —dice bostezando—. ¿En qué momento se nos ocurrió ser nuestros propios jefes? —intenta ser gracioso pero el resultado parece un lamento—. La verdad estoy pensando no ir mañana a la empresa, supongo que un sábado que no vayamos no afectará en nada, ¿qué dices? ¿Quedarnos aquí y dormir hasta tarde?

La idea es maravillosa. La verdad yo también estoy agotada.

—¿Dónde firmo?

—Aquí —dice señalando sus labios.

Estiro mi boca para alcanzar la suya y él me atrae de la cintura para profundizar el beso. Luego se retira como si esa actividad le hubiera agotado la poca energía que tenía.

—Te espero en la cama, espero estar despierto pero no te lo aseguro.

—Voy enseguida.

Me apresuro a terminar y dejar los platos secando.

Me despojo de mi ropa frente al espejo de la habitación. El reflejo me mira con grandes ojos cafés, los párpados parecen a punto de cerrarse por el cansancio pero su expresión es alegre. Me irgo para verme más derecha y poder contemplar cada parte de mi cuerpo que ya no es el mismo de hace unos años. Tengo las caderas más rellenas y unos kilos de más. Aún me veo atractiva, con la piel tersa y sin arrugas notorias, pero no me siento como una chica ardiente que puede ir donde su esposo y dar el primer paso.

—Estoy cerrando los ojos, corazón —anuncia Ricardo.

—Voy —digo mientras sacudo mi cabeza y termino de ponerme el pijama.

Luego de lavarme los dientes y mi pequeño ritual de la noche, me acuesto a su lado con fuerza desmedida. Ricardo abre los ojos desmesuradamente y con una expresión asustada. No puedo evitar reírme con ganas mientras él, frunciendo el ceño, se dispone a quitarme toda la cobija.

—¡Oye! La mitad es mía.

—Ven a buscarla —me reta.

Pocas veces está en su fase juguetona, así que sin pensarlo dos veces me subo sobre él mientras forcejeo para que suelte mi parte. Todo iba bien hasta que gano y empiezo a besarle por todo el rostro. Su mirada cambia, se envara como si hubiera hecho algo malo y con delicadeza me deja caer a un lado.

Quedo un poco confundida por su cambio de actitud pero no le pregunto nada. Simplemente agarro la cobija y me acomodo derecha a su lado. ¿Por qué se enojó? ¿Acaso adivinó mis intenciones? La verdad ni siquiera estaba intentando empezar algo, sólo quería relajarme junto a él y pasar un buen rato antes de dormir. Sabía desde el momento que lo vi bostezar que hoy no íbamos a tener acción.

—Buenas noches, corazón.

—Buenas noches, cariño —digo resignada.

Por obvias razones mi ego femenino se ve afectado. El rechazo no es un sentimiento con el que sepa lidiar muy bien, es algo que se posiciona en mi corazón y me hace pensar que ya no soy tan

bonita o tan sexy como antes. O peor aún, que él ya no me quiere.

—Tengo algo importante sobre lo que debemos hablar —digo al rato.

—Mmmm —hace un ruido adormilado—. ¿Mañana?

—Mañana —afirmo.

## Capítulo 3

Un leve toque me despierta en la mañana, abro los ojos con parsimonia, intentando adaptarme a la luz que entra por la ventana. Ricardo me mira con atención y me da los buenos días mostrando la bandeja con el desayuno. Me levanto un poco asustada, miro el reloj de mesa que anuncia las ocho y treinta de la mañana. Si para él esto es dormir hasta tarde, no me imagino el día que crea que es necesario entrar más temprano.

—¡Qué lindo! —exclamo cuando veo los huevos revueltos, tostadas y fruta. Además que todo huele delicioso.

Inmediatamente intento recordar la fecha, es dieciocho de enero, creo que nada especial ocurre hoy. ¿O sí?

No, definitivamente hoy no es nuestro aniversario, ni mi cumpleaños, ni el de él. ¿Por qué me está trayendo desayuno a la cama? ¿Habíamos apostado algo?

—Te vi muy dormida esta mañana, así que se me ocurrió que ibas a necesitar un buen desayuno para iniciar el día.

—No es que me queje ni nada, cariño, pero ¿qué pasó con quedarnos a dormir hasta tarde?

Su carcajada casi me hace resbalar la bandeja.

—Bueno, dormí hasta las ocho. Eso es suficientemente tarde para mi cuerpo, ya sabes que generalmente nos levantamos a las seis.

Bueno, sí, eso es cierto.

Muerdo la tostada y asiento degustándola. Está deliciosa.

—Gracias —murmuro cuando acabo de masticar.

—De nada, es bueno cambiar de rutina y hace mucho tiempo que no entraba a la cocina.

No digo nada más mientras acabo el desayuno. La verdad estaba hambrienta y con un insipiente dolor en la parte frontal de mi cabeza. No había tomado lo suficiente para que me diera guayabo, pero seguro que esa salida iba a sacarme factura.

Luego que termino mi café ya me siento mejor.

—No sé si lo soñé pero dijiste que quería hablar conmigo. Supongo que eso en parte fue lo

que me hizo levantar temprano. Estoy un poco intrigado la verdad, mis amigos siempre dicen que cuando una mujer te dice esa frase, hay problemas.

Frunzo el ceño y niego.

—¿Y por eso te levantaste a hacerme desayuno?

Pillado...

Traga grueso y me mira como si estuviera escondiendo algo.

—Sólo intento hacerte feliz, Esther. Prefiero pensar que lo logro.

—Soy feliz contigo, sólo que quiero expandir nuestra felicidad...

—¿Sobre eso quieres hablar? ¿De nuevo? —se levanta y toma la bandeja de mi mano mientras su expresión cambia y siento que ha puesto un muro entre nosotros.

—No te vayas —le pido en un susurro cuando lo veo dispuesto a salir de la habitación.

No me hace caso, se lleva los platos consigo y luego oigo que caen en la cocina sin mucho reparo. Es posible que los haya roto.

—Bien —dice entrando de nuevo, sus ojos se ven furiosos pero su voz no transmite ninguna emoción —, hablemos otra vez sobre hijos. ¿Qué tienes para agregar?

Me molesta su actitud tan enardecida, como si yo estuviera en un juicio y tuviera que ganar con argumentos.

—Ya han pasado siete años, cariño. Ha sido todo un descubrimiento vivir juntos, planear juntos, trabajar juntos. Somos buenos en ello, por eso creo que seríamos excelentes en ser padres juntos.

—¿Cuál fue el plan, Esther? Repítame otra vez cuales fueron los parámetros de aceptación.

—Tener la empresa posicionada, tener disponibilidad de horario y facilidad financiera.

—¿Todas están cumplidas?

—Sí —respondo sin pensarlo, pero él niega.

—Claro que no, ¿a qué llamas tú disponibilidad de horario? Somos unos esclavos del trabajo.

—Porque quieres. Podrías estar en casa a las cinco si así lo planearas. Las entregas no las haces tú, ni estás en la cocina o en el área de atención al cliente. Ni siquiera yo que soy la encargada del marketing digital me siento obligada a estar 24/7 en la empresa.

—¿Estás diciendo que tienes más trabajo que yo? ¿El gerente general?

¡Dios! ¡Maldito ego masculino!

—No he dicho eso. No desvíes el tema.

—Bien, como sea. No creo que sea apropiado justo ahora. Aún tenemos muchos más años para pensarlo.

—Yo no tengo nada que pensar, y ya no hay tantos años... Ya tengo treinta, por Dios... —sin entender de donde, algunas lágrimas empiezan a cubrir mis mejillas.

—Mi madre me tuvo a los treinta y seis, un parto perfectamente normal.

—Y murió cuando tenías diez. ¡Ya ni la recuerdas! —exclamo sin pensar.

Veo como se deforma su rostro como si lo hubiera insultado. Aunque es posible que se lo haya tomado por el lado equivocado.

—Entonces ¿quieres un hijo ahora porque piensas morir joven?

—No, quiero un hijo porque quiero ser madre. Siento la necesidad de sentir vida en mi interior y porque no hay nada que haya deseado con tanto fervor desde que tengo uso de razón.

Su rostro se suaviza y respira profundo. Sus hombros vuelven a su posición original ya que cuando se enfurece parece un animal al acecho a punto de hincarle el diente a su presa.

—Dame un tiempo, aún somos jóvenes y estamos ocupados. Te amo tanto, corazón... Aún no quiero compartirte...

Con delicadeza, pasa sus dedos por mi mejilla acariciándola desde la oreja hasta el mentón. Se acerca un poco a mí sin perderme de vista, mientras sus brazos fuertes me abrazan y me hacen caer de espalda a la cama.

Y así, por arte de magia pasamos de estar discutiendo a besarnos, sin que haya respondido a su petición. Siempre parece ser lo mismo, dice algo y automáticamente piensa que ya lo he aceptado.

Intento retirarme un poco porque me tiene sofocada pero el reafirma su agarre y me mantiene justo donde estoy. Cuando pasa sus labios por mi cuello, buscando ese punto en el que me desvanezco, un punto que me hace olvidar todo y sólo pensar en él, hago un pequeño sonido de victoria y Ricardo se estremece conmigo.

Pasamos toda la mañana en la cama, entre besos y caricias. Por mi parte esperando que él diera el siguiente paso y él, evitando quitarme más ropa de la necesaria. No entiendo porque parecemos un par de adolescentes exploradores pero miedosos de llegar hasta el final. De todas formas, yo aún tengo ese dispositivo y él siempre puede usar protección.

En la tarde, luego de tomar un baño de agua fría y almorzar, recibo una llamada de Sonia. Me resisto a responder inmediatamente porque sé que ella va a preguntar cómo me fue, y voy a tener

que decirle la verdad.

—*Essy, pensé que estabas ocupada* —dice cuando contesto.

—Sólo estoy descansando, el celular estaba lejos —me excuso por la demora y ella suelta un suspiro.

—*Bueno... descansa todo lo que puedas porque ya tienes plan en la noche ¡Woouuuuu!* — exclama un grito agudo, lo que me hace retirar el oído del teléfono.

Ricardo ve mi movimiento y me hace señas para saber de qué se trata. Susurro Sonia despacio para que lea mis labios y él sonríe con entendimiento.

—¿Qué quieres decir?

—*Tú y yo vamos a ir a bailar. Si quieres dile a Rick, es una gran oportunidad para que se pongan cariñositos... ¿me entiendes? ¡Vamos, pregúntale!*

—Sonia, dos salidas en dos noches seguidas ya es mucho para mí. El domingo no sería suficiente para recuperarme.

—*Deja de hablar así que me haces sentir vieja, por si se te ha olvidado yo te llevo dos años.*

—Pero estoy segura que el lunes puedes evitar ir a la oficina.

—*¿Qué le preguntes, dije! Si él no quiere, perfecto... cancelamos todo. ¿Pero qué tal que le agrade la idea y tú puedas aprovechar? ¿Ah?* —dice en tono acaramelado y sensual.

Puedo visualizarla subiendo y bajando sus cejas.

—Bien —concedo sin mucho ánimo.

Estoy segura que Ricardo va a negar cualquier plan que sea salir de casa.

Tapo el micrófono del teléfono con mi mano y me dirijo a mi esposo que está sentado en el mueble. Cuando ve que me acerco, quita la atención del libro que tenía en la mano y arruga la nariz a modo de pregunta.

—Cariño, Sonia nos está invitando a bailar hoy, quiere saber si podemos ir.

Sorprendentemente, alza su pulgar con una mirada de entusiasmo. Lo observo boquiabierto sin saber que decir. El muy chistoso me ha quitado la única excusa fuerte que tenía para decirle no a Sonia.

*Traidor.*

Me llevo el celular a la oreja de nuevo y quito mi mano del micrófono.

—Iremos, mándame la dirección por mensaje.

—¡Siiiiii! ¡Lo sabía! Lo haré, nos vemos a las ocho y media entonces... besitos... saluda a Rick por mí.

En cuanto cuelgo, cojo una almohada del mueble y lo golpeo en su cabeza a modo de revancha. Él me sonrío con desenvoltura dejándome claro que sabía lo que hizo y está orgulloso de ello.

—¿Qué? Ayer te dije que quería pasar el día contigo y hace mucho que no bailamos.

—Como digas... tenemos que verla a las ocho y media.

## Capítulo 4

Toco la puerta del apartamento de Sonia a las ocho treinta. Por alguna razón, Ricardo es un loco de la puntualidad y no puede permitirse llegar a ninguna parte tarde, así sepa que mi amiga siempre dice una hora, pero nunca está lista. Al final terminamos saliendo entre cuarenta y cinco minutos a una hora después.

Ricardo se quedó en el auto diciendo que va a relajarse y escuchar música mientras entro a la caverna oscura de mi amiga.

En lo de caverna tiene razón, no sé por qué pero ella odia el orden. O por lo menos el orden normal de las personas de nuestra edad. Siempre que voy a su apartamento encuentro prendas que no debería mostrar en público tiradas en los muebles o comida tirada en la cocina y una montaña de platos sucios.

Sonia abre la puerta, brinca un poco en su puesto y me atrapa en sus brazos con demasiada fuerza. Luego me indica que entre, mientras mira hacia afuera buscando a Ricardo. Le digo que está en el auto y ella asiente.

—Sólo me falta maquillarme y ponerme mi traje —dice apurándose a levantar varios vestidos que tenía extendidos en el sillón de la sala—. Espera, ¿qué llevas puesto?

Bajo mi mirada para ver mi camisa y el jean y alzar los hombros como si no entendiera la pregunta.

—Te digo que vamos a ir a bailar, que seguramente puedes conquistar a tu marido y ¿te pones eso? —dice con desprecio—. ¡Por Dios! Necesitas algo sexy, algo que te haga ver todas esas curvas que tienes.

Frunzo el ceño en respuesta. ¿De qué curvas está hablando? Por lo menos no de las mías.

—¿Qué? Di algo... Definitivamente no te vas a ir en esas fachas a la disco, no tengo ganas de hacer filas, así que vístete sensual para que el guardia nos deje pasar, te voy a prestar un vestido.

—Eso no es necesario, además, no somos de la misma talla.

Estoy segura que ella no tiene nada que pueda quedarme, además que mis chicas 34B no iban a llenar los escotes de una 34D.

—Algo debo tener —dice desapareciendo en su cuarto.

Mientras tanto, me miro en el espejo para saber qué es lo malo en mi conjunto. La camisa se

ve decente, quizás es el cuello lo que la hace ver tan seria, el jean es normal, me horma pegándose a mis caderas y dejando las piernas un poco sueltas.

Sí, definitivamente esto no enciende a nadie. Parece que fuera a ir a la oficina y no a bailar.

Sonia aparece ondeando un vestido azul marino que tiene pedrería en la zona de la cintura. De un solo hombro y sumamente corto.

—Este debe quedarte, no tiene brasier dentro, así que no vas a tener problemas con el llenado, ¿me entiendes?

Ruedo los ojos.

—Es muy corto —replico negando con la cabeza—. No me lo voy a poner.

—¡Qué sí!

—¡Qué no!

—A mí me queda corto, pero a ti va a quedarte a medio muslo. Además, es mejor que no tengas tela obstruyendo por si de pronto se ponen apasionados... A veces los espacios son reducidos en los baños.

—¡No voy a meterme a un baño sucio! ¿Qué te pasa? —exclamo con indignación.

—Primero que todo no hay necesidad de alterarse, y segundo, ¿no has leído el listado de sitios en los que debes tener sexo antes de morir? Uno de ellos es un baño público —dice con seguridad y casi como si fuera una ofensa que no supiera esa información.

—¡No me digas! ¿Y cuáles con los otros? —respondo irónica.

—Bueno, pues el auto, el cine, en la calle, posiblemente en un parque para que no los pillen, creo que también menciona...

—Era sarcasmo, claro que sé cuáles son las fantasías de la gente sobre los lugares... No quiere decir que vaya a hacerlo.

Rezonga con un puchero divertido.

Llega hasta mi posición y me apresura para que me quite mi camisa, desabotona con agilidad y hala las mangas con rudeza para que salgan.

—¿Qué es eso? —pregunta con indignación señalando a mi sujetador.

Su rostro está totalmente pálido como si hubiera visto un fantasma. Me llevo las manos hacia mis pechos y acaricio la suave tela mientras la escondo del escrutinio de mi amiga.

—¿Qué? Es lindo y suave.

—Lindo —repite sin poder creerlo.

Por lo general, como tengo pechos pequeños no necesito un sujetador con varillas o demasiado ostentoso. Así que muchas veces prefiero la comodidad de uno que me consienta y me dé la poca estabilidad que necesito.

—Esto no transmite nada, Essy. ¡Nada!

—No necesito transmitirme nada —respondo.

—No a mí, boba. A Rick... ¿Cómo esperas que te ataque si no usas tus pequeños encantos en la ropa por lo menos? No sé, por lo menos algo de encaje o que resalte tus atributos. Lastimosamente, no tengo nada de tu tamaño, así que vas a tener que quitártelo.

—¿Qué? No, eso sí que no. Necesito que aunque sea se note que tengo pechos, no quiero verme como una niña.

Sonia rueda los ojos y se da por vencida.

—Ten, pónitelo y dime que piensas —dice pasándome el vestido.

A regañadientes paso el vestido por mi cabeza y lo voy bajando despacio mientras la tela que creo que tafetán, se desliza por mi cuerpo como si fuera una caricia. Me quito el jean para dejar expuestas mis piernas y una vez me miro en el espejo, me percato que me queda bien. No es la misma figura que ostentaría si fuera Sonia, pero el vestido me favorece lo suficiente para que me sienta cómoda usándolo.

—¿Y bien? —dice Sonia que ya viene con su vestido puesto. Un strapless color fucsia que la hace ver deslumbrante.

—Supongo que entiendo tu punto —le doy la razón.

Alza una ceja con superioridad y se acerca para esconder una de las tiras de mi brasier.

—Te ves preciosa, Essy. ¡Ahora sal al mundo y conquístalo!

—Querrás decir a Ricardo...

—Bueno si Rick no te hace caso, siempre puedes empezar a mirar por otro lado.

—Claro... ¿Estás lista? —le sigo la corriente para no empezar otra discusión.

—Sí, ya... de todas formas pasemos a comer algo primero. Aún está temprano —dice mirando al reloj. Son las nueve de la noche.



La reacción de Ricardo en cuanto me ve, paga el precio por la incomodidad que voy a sentir

durante la noche; sus ojos se desorbitan y se baja del auto solo para observarme de cerca. Llega hasta donde estoy para darme un beso en el dorso de la mano y abrirme la puerta del copiloto como un caballero.

—Buenas noches para ti también, yo estoy bien, gracias —ironiza Sonia al ser ignorada por Ricardo.

—Hola Sonia, también estás linda pero no puedes enojarte porque le ponga atención a Esther antes que a ti ¿o sí?

—No por supuesto que no, galán —le guiña un ojo—. No te preocupes por mí, mantén tu atención en ella toda la noche —dice divertida. Se acerca a su oído y susurra algo que no alcanzo a escuchar.

Mi esposo se gira con brusquedad para mirarla mientras Sonia disimula con cara de inocencia.

Siento cosquillas en mi estómago al recibir el cumplido de Ricardo, tengo que darle crédito a Sonia y admitir que sus consejos tienen recompensas gratificantes.

## Capítulo 5

Al llegar a la disco, no está tan llena como Sonia esperaba, así que no tenemos ningún tipo de problema para entrar. Empiezo a sentirme engañada por ser obligada a usar este vestido y no tener ningún uso práctico.

Luego de pagar la entrada, Sonia se aleja unos pasos para buscar algo. Supongo que después de todo, ella no iba a venir sola.

El grito de una chica atrae nuestra atención y opaca la música de la disco. Fue tan fuerte que la mayoría de los presentes —que son pocos— se giran a mirarlas. La chica es menuda y también tiene un vestido pequeñito muy ajustado en sus piernas. Ella choca con Sonia para abrazarla y darle la bienvenida.

—Cariñito, ella es Kathe, Kathe ella es Essy —nos presenta Sonia. Le extiendo la mano pero ella la utiliza para halarme y darme un abrazo como si me conociera de toda la vida.

Quedo un poco asombrada mientras hace lo mismo con Ricardo, a quien parece gustarle el gesto. Lo fulmino con la mirada y él se aclara la garganta.

—¡Vamos! Ya estamos todos acá sentados —anuncia Kathe.

En la mesa está Fer, el amigo gay de Sonia que ha intentado colarse en mis amistades también. Él es otro espíritu alegre que es difícil de descifrar. Nunca lo he visto con pareja, por lo menos en los cinco años que hace que lo conozco, ni tampoco habla de relaciones anteriores. A veces me parece que finge ser gay con nosotras para poder tocarle los senos a Sonia.

—¡Essy! —se levanta y me da un beso en cada mejilla. Se cree francés —. Veo que has traído a alguien para mí —dice mirando con deseo a mi esposo.

—No, lo lamento, Fer. Él es mi esposo Ricardo —los presento con recelo.

Fer le pasa la mano con delicadeza a Ricardo y la estrecha sin firmeza.

Las otras chicas también se presentan pero no retengo sus nombres, ellas ya se ven un poco borrachas pero siguen tomando con prisa unas pequeñas copas de ron. La botella que está en la mesa sólo tiene un cuarto del contenido.

—¿Hace cuánto llegaron? —pregunto al aire esperando que alguna de ellas conteste.

Una intenta mirar el reloj en su muñeca pero está muy oscuro para que pueda ver, y mucho menos si ya ha ingerido esa cantidad de alcohol. Otra saca su celular y frunce los labios.

Finalmente es Kathe quien habla.

—Alrededor de media hora, creo.

En media hora ya acabaron con una botella... No creo que vayamos a poder seguirles el ritmo.

Me giro hacia Ricardo con una expresión divertida. Me pregunta que pasa y yo saco mi mano en puño y la pongo sobre la otra.

—Piedra, papel o tijera —le digo y él entiende.

Alguno de los dos tiene que quedarse sobrio.

Me regala su mejor sonrisa reluciente y acepta llevando su mano al frente y preparándose para empezar. Hacemos el movimiento del juego mientras repetimos al tiempo las palabras. Para mi mala suerte, yo dejo mi mano en piedra y él en papel.

—Hoy tú conduces, corazón —dice dándome un beso en la mejilla.



Casi a las once el lugar empieza a llenarse, parece que la gente joven se creen murciélagos y no pueden bailar si no es lo suficientemente tarde para que nadie los vea. Con esto no estoy diciendo que me crea vieja, pero es que no entiendo porque necesitan trasnocharse tanto. Por lo menos yo no creo que vaya a pasar de la una de la mañana, mucho menos si no puedo tomar.

A esa hora, la música cambia y empieza a ser más movida. Ricardo y yo ya habíamos bailado en dos ocasiones pero al tener tantas chicas en la misma mesa, tenía una responsabilidad en sacarlas a todas, así que ahí me encontraba, aburriéndome a muerte.

De pronto, nuestra canción favorita empieza a sonar. Puedo afirmar que cuando la escuchamos, nos miramos con esa luz la mirada, como si recordáramos el momento exacto en el que la bailamos en nuestra boda.

Por consejo de varias amigas de esa época, Ricardo y yo tomamos clases de baile para que todo saliera bien, y luego de eso nos quedó gustando tanto que seguimos asistiendo hasta hace aproximadamente un año, cuando la empresa empezó a requerir más de nuestro tiempo. Así que no es por presumir, pero somos increíbles juntos.

Ricardo extiende su mano para que la tome y me atrae hacia él con una sonrisa. Caminamos hasta el medio de la pista en la que había pocas parejas bailando y empezamos a movernos al unísono con una fluidez que al poco tiempo llama la atención. Algunos dejan de bailar y otros, se paran en círculo para aplaudir y animarnos a continuar haciendo malabares. Incluso el dj enfoca una luz hacia la pista que me hace sentir como si estuviéramos en un programa de televisión. Es difícil describir la forma en la que la adrenalina y todo mi sistema nervioso se altera por tanto reconocimiento, mi sonrisa se amplía mientras busco la mirada de Ricardo, quien se ve extrañamente excitado. Cuando acaba la canción y todo el lugar nos aplaude y chiflan vítores, saludamos sintiéndonos estrellas.

Al volver a nuestros asientos, es mi esposo quien no me deja sentar sino que me lleva hasta una de las columnas y me estampa un beso de esos que te dejan mareada. Intento seguir el ritmo de su boca en la mía mientras el grupo en la mesa grita entusiasmado. Luego de un tiempo indefinido en el que no supe si mis piernas podían seguirme sosteniendo, él se aleja un poco de mí para susurrar en mi oído si quería irme a casa.

Por supuesto que sé que me está diciendo.

Asiento. Mi corazón palpita desbocado por la reciente exposición de afecto en público y las miradas furtivas que nos dirige Sonia.

Cojo mi bolso y me despido de todos.

El rostro de Sonia es una sinfonía de expresiones, está entre aterrada a emocionada. Cuando me acerco a darle un beso en la mejilla, ella me abraza con rudeza.

—¡Ve por él, tigre! —exclama en mi oído.

Suspiro pesadamente para darme ánimos. Supongo que ya tengo mucho adelantado así que no voy a tener problemas en conseguir mis deseos.

El camino a casa es corto, Ricardo estuvo bastante entretenido haciéndome brincar al tocarme las piernas o acariciarme los hombros en cada ocasión en que podía distraerme sin que nos fuéramos a matar, o sea cuando estaba detenida en algún semáforo.

Casi no me deja abrir la puerta, siento su cuerpo pegarse al mío en el momento en que abro y nos hace entrar con premura mientras con su pie azota la puerta para cerrarla. Me pega contra una pared y besa mi cuello con pasión mientras yo intento quitarme los tacones sin mucho éxito. Desabotono su camisa con rudeza y él sube el pequeño vestido de un tirón.

No terminamos de desvestirnos, nuestros cuerpos estaban tan necesitados uno del otro que no pudimos llegar hasta el cuarto. Fue en el sillón que acabamos sudando y con la respiración tan agitada como nunca había sucedido antes. Ni cuando estábamos recién casados.

—¡Asombroso! —exclama entre jadeos.

—¡Jesús! —asiento mientras me acomodo un poco el vestido que ya me estaba apretando mucho al estar todo recogido.

—No, Ricardo —bromea mientras finge presentarse.

—Te golpearía pero estoy exhausta —trato de alzar mi brazo pero se resiste.

Suelta una risotada que me hace imitarlo. Nos reímos por un buen tiempo hasta que tengo que parar para tomar aire. Me levanto para estirar mis piernas que aún se sienten adormiladas y unos pequeños calambres me anuncian que tuve un orgasmo increíble.

—¿Vamos a la cama? —pregunta con dulzura.

—Sí, ya voy —le digo y le doy un beso para que vaya adelantándose.

No puedo demorarme mucho o no lo encuentro despierto.

Cuando me tiro a la cama, me atrae hacia él para abrazarme y darme un beso sonoro de buenas noches. Se extiende en más de la mitad de la cama y vuelve a suspirar con diversión.

Muerdo mi labio para evitar la tentación de arruinar la noche. No sé si debo decir algo ahora que está super contento o esperar hasta la mañana. Oigo la voz de Sonia en mi cabeza que dice que este es el momento adecuado.

—Creo que voy a quitarme el dispositivo —digo determinada.

—¿Te está molestando? —pregunta curioso.

*¿Me está molestando? No, claro que no. Solo entorpece mi meta.*

—Sí, algo —miento descaradamente —. Mi ginecólogo me ha recomendado algo menos invasivo.

—Lo que sea mejor para ti, corazón —dicho eso a los pocos segundos lo oigo roncar.

Sonrí triunfante y pronto me dejo llevar a los brazos de Morfeo.

## Capítulo 6

El lunes en la mañana decido usar algo diferente para ir a la oficina, desempolvo el lado oscuro de mi armario en donde he guardado algunas prendas que ya no me parecían elegantes.

En el momento que Ricardo me ve, lanza un chillido sonoro mientras me toma de la mano y me hace girar para observar todo mi conjunto.

—¡Preciosa! ¿Eres soltera? Si es así, quiero invitarte a cenar.

Alguien está de buen humor.

—Lo lamento, llegaste un poco tarde —le digo alzando mi mano y mostrándole la argolla de matrimonio.

Él la toma delicadamente y le da un beso tierno.

—¿Lista? Hoy quiero tomar un café en el camino y llegar pronto. Tengo un mal presentimiento por no haber ido el sábado.

—Sí, ya estoy lista —asiento—. No te preocupes, por un día que no vayamos no se va a caer la empresa.



Bueno, la empresa sí estuvo a punto de caerse por no haber venido. Aunque nuestros jefes de sección intentaron hacerse cargo ellos mismos, habían hecho un caos al departamento de domicilio. Llevaban un retraso de veinte horas, lo cual ya había generado por lo menos siete cancelaciones.

A pesar de no ser parte de mis funciones normales, Rosas doradas es mi bebé, así que debo hacerme cargo de los daños colaterales.

Luego de llamar a los clientes insatisfechos y mandarles un detalle en compensación, me dispongo a pasar a los que se quejaron por la demora, esos son aún peores.

Unos pasos ruidosos y agitados me hacen salir de mi concentración y fijarme en la oficina. Sonia viene escoltada por mi secretaria Camila, una chica bajita que apenas si puede seguirle el paso a mi amiga.

—Lo lamento señora Rosas, ella no quiso esperar... de nuevo —dice Camila mirando con

rabia a Sonia, quien ni siquiera se percató de ese hecho.

—Yo soy de la familia, puedo entrar a donde sea —replica con suficiencia.

Por lo menos se lo cree.

—Está bien, Camila. Ella no es buena siguiendo las reglas... puedes irte.

Camila mira con desdén a Sonia y luego de un segundo sale de mi oficina cerrando la puerta. Me fijo en mi voluptuosa amiga, quien hoy tiene una camiseta a la que le cortó el cuello para hacerle escote y tiene un aviso en su pecho que dice «No me mires tanto, no soy tu celular». Ella como siempre tiene la clave para llamar la atención.

—¿Cómo estás, amiga? —le pregunto apartando algunos papeles de mi mesa. Por lo menos ya terminé con el desastre del sábado.

—He estado mejor —dice haciendo una mueca con sus labios —. ¿Quién iba a decir que el alcohol ya me hace tanto daño? Pasé el domingo diciéndole a mi yo interior que nunca más iba a tomar de esa manera.

—Eso lo has dicho por lo menos diez veces este año. Creo que tu yo interior es olvidadizo.

—¡Oh no, Essy! Es mi yo exterior al que no le importa —dice con una media sonrisa —. Ese pedazo de mí es el rebelde.

—Okay —digo entrecerrando los ojos —. Pensé que estarías en el trabajo...

—De allá vengo... o sea de mi casa... Hoy trabajé desde mi cuarto, acostada y semidesnuda... es mi mejor forma de inspirarme.

Sabía que ella iba a encontrar alguna manera para quedarse en cama hoy. Menos mal que Ricardo y yo tuvimos una buena excusa para irnos temprano. Sólo de recordarla, se me sonrojan las mejillas.

—Mi jefe en el periódico es muy comprensivo, además que llevo adelantado varios comics de esta semana. Sólo tendría que hacer cambios si ocurre algo urgente... ¿Qué? ¿En qué estás pensando, pequeña diablita? ¿Vas a contarme qué pasó luego que te fuiste con Rick?

El calor de mis mejillas se extiende por toda mi cara.

—¿Así de bien? —dice acercándose un poco más al escritorio y agachándose para acaparar toda mi visión.

—Mejor —Sonia se lleva la mano a la boca y se sienta en una de las sillas que tiene al lado.

Me hace una señal para que le cuente, así que suspiro y empiezo desde el momento en que salimos de la disco. Cada vez que le digo sobre sus caricias o su desesperación por entrar en la casa, ella abre la boca cual grande es y hace gesto de victoria, otras veces le agradece al cielo por darme algo de placer, lo cual ya me parece algo ofensivo.

—Le dije que quiero quitarme... ya sabes —le digo señalando hacia abajo.

Pega un grito que me hace saltar de mi asiento a pesar que estaba segura que lo iba a hacer. Se levanta, rodea el escritorio y me hala de un brazo para atraparme en su pecho. Mi rostro queda de frente y muy bien aprisionado.

—¿Y? ¿Cuándo lo vas a hacer? —pregunta mientras aprieta con más fuerza.

Tengo que usar ambas manos para hacerle entender que me está asfixiando. Cuando por fin logro salir, tomo una gran bocanada de aire.

A veces sus demostraciones de emoción son peligrosas.

—No lo sé —contesto entre jadeos —. Apenas voy a llamar para conseguir una cita.

—Bien, me avisas para celebrar.

—Pensé que no querías volver a tomar...

—Pero siempre podemos comer... Hablando de eso, ¿ya almorzaste? —dice mirando la hora en su reloj.

—No, todavía es temprano —digo al no sentir hambre. La verdad no sé qué hora es.

—¿Llamas temprano a las dos de la tarde? ¡Por todos los cielos! Yo ya estaría viendo gris... ¡Vamos! Yo invito.

Recojo mi bolso y cojo mi celular, aceptando una comida. Tengo mucho trabajo pero seguirá aquí en una hora.

—Por cierto, ¿qué tienes puesto? ¿Has ido de compras sin mí?

¿Les había dicho que ella es un poco posesiva? Pues bueno, ella tiene una gran cantidad de amigos y sale todo el tiempo, pero si se da cuenta que he hecho alguna actividad con alguien más y no la incluí, se vuelve loca.

—Sólo es ropa que tenía guardada —le digo rodando los ojos.

—Te ves muy atractiva. Mira —señala mi abdomen —, se te ve una cintura minúscula... Nadie iba a notar estos rasgos en esa ropa con la que mantienes.

Le saco la lengua, fastidiada. Sé que es un poco inmaduro pero se lo merece.

—Señora Rosas —oigo la puerta abrirse. Es Martín, el nuevo pasante —, puedo hacerle una pregunta.

—Claro, adelante. Ya iba en camino a almorzar así que espero que sea algo rápido.

Martín entra temeroso al ver que estoy acompañada. Sonia lleva su mano hasta mi antebrazo y

lo aprieta con fuerza, gira su rostro para hacerme un gesto urgido.

—¿Qué? —susurro.

—Preséntamelo —pide en un tono bajo.

—Martín, ella es mi mejor amiga Sonia, Sonia, él es Martín. Empezó a trabajar la semana pasada.

Ella pone su mejor cara coqueta y le pasa la mano de manera insinuante. El chico, quien podría ser su hijo, traga grueso y le sonrío cohibido.

—Un gusto —le dice ella con una voz aterciopelada.

Luego de hacerme una pregunta sobre uno de los anuncios en el que está trabajando, el chico se va de mi oficina, no sin antes voltear su rostro para darle un último vistazo a mi amiga.

—¡Oh por Dios! Ya veo porque vienes tan bonita —exclama Sonia mordiendo su labio inferior —¡Dios! ¡Qué hombre!

—Es un niño —replico —. Y no me visto para él.

Tengo que concederle que Martín se ve un poco mayor que su verdadera edad. Sus hombros anchos y su complexión atlética, le ayudan mucho al vestirse con camisa. Bueno, realmente le favorece en cualquier tipo de ropa.

*¡Dios, Esther! Tú eres una mujer casada y él un joven de veinte años.*

—Si le pido salir, ¿te molestaría?

La miro con extrañeza. Ella nunca se había fijado en alguien tan joven.

—Tiene veinte años, aún no ha terminado la universidad —trato de que entre en razón —. Podría ser tu hijo...

—Mmmm ni que me hubiera embarazado a los doce... ¿Te molesta o no?

—Supongo que no —digo indecisa.

—Gracias —dice dando saltitos —. No puedo creer que no me habías dicho que habías contratado a semejante *papasito*, casi me desmayo al verlo.

—¿En serio? —digo tratando de verlo desde su punto de vista. Martín es joven, con rasgos agradables y buen cuerpo, pero no creí que fuera suficiente para que Sonia se desmayara.

—¡Si! Claro que sí... —la miro confundida y ella bufó con frustración —. Mejor vamos a comer, pareces demasiado distraída.

## Capítulo 7

La semana pasada fue una montaña rusa de emociones. Me quité el dispositivo lo que generó algo de sorpresa en Ricardo; tengo que recordar que no puedo pedirle opiniones cuando está tomado. Además, Sonia le pidió salir a Martín a una cita. Afortunadamente para ella, el chico no tenía novia y dijo que sí entre asombrado y halagado. Eso generó un gran chismorreó en la oficina. Sobre todo por parte de las mujeres que no entendían como una de ellas podía ser tan directa y dar el primer paso con alguien que acaba de conocer y que tiene tanta diferencia de edad. Pasé mucho de ese tiempo evitando dar declaraciones sobre eso, porque al final Martín es mayor de edad y no me importa lo que haga en su tiempo libre.

Ojalá que sólo sea en su tiempo libre. Me preocupa que Sonia traspase un poco los límites, ya que, ahora viene mucho más seguido a la oficina. Sé que no lo dice pero estoy segura que viene a chequear a Martín.

—Corazón, ¿todavía estás aquí? —dice Ricardo asomando la cabeza por la puerta de mi oficina.

—Sí, cariño. Hay mucha planeación que hacer. ¿Por qué? ¿Ya nos vamos? —pregunto mientras hago a un lado la pila de papeles que tengo en mi escritorio.

—¿No lo recuerdas? Hoy tengo una junta con ese grupo empresarial que quieren invertir en nuestro negocio. Dicen que han reconsiderado.

¿Cómo no recordarlos? En cuanto supieron que éramos los número dos en el escalafón, acudieron como gavilanes a intentar sacar un trozo de la empresa. Nos ofrecieron una cantidad asombrosa de dinero para ayudarnos a crecer a cambio del 51% de la empresa. Por supuesto lo rechazamos con profesionalismo, alegando que no estábamos en planes de venta de acciones y mucho menos, una que nos dejara por fuera de las grandes decisiones. La verdad, esa reunión no tiene mucha esperanza, ni ellos ni nosotros vamos a ceder lo suficiente para que alguno gane. Y aunque es grandioso tener un inversionista fuerte, ahora mismo no necesitamos su inyección de dinero.

—Sí me acordaba, sólo que pensé que ya habías vuelto. Por eso estaba aquí trabajando horas extras.

—No corazón, apenas voy a ir. Es una cena de negocios. Pensaba dejarte el carro pero lo necesito... ¿te molesta ir en taxi?

—Para nada... aunque también podría acompañarte. Soy la co-propietaria al final...

En sus ojos veo sorpresa por mi respuesta, la verdad a mí no me gustan las reuniones con inversionistas. Me aburro a muerte. Por eso, él es quien se encarga de la dirección general.

—¿Quieres ir?

—No realmente...

—¿Entonces? —cada vez se nota más desconcertado.

—Iré a casa, no te preocupes.

Abre la puerta y pasa para darme un beso de despedida.

—¿Cuánto tiempo tienes? —le pregunto curiosa.

—Voy temprano... Ya sabes, me conoces —dice con una sonrisa de lado.

—Bueno, si ese es el caso —digo llevándome las manos a mi camisa de botones y desabotonando tres de golpe.

Un calor se acumula en mis mejillas por mi propia acción. Estoy pasando demasiado tiempo con Sonia y ya me siento un poco más atrevida, tal parece.

Ricardo, quien fue más lento que yo para sonrojarse, mira hacia todo lado comprobando que estamos solos. Lleva su boca hasta la mía con necesidad y empuja mi cuerpo para que me siente en el escritorio.

—¿Aquí? ¿En la oficina? —susurra con un tono coqueto que me hace estremecer.

Con su mano derecha, acaba de abrir mi camisa con mucha delicadeza, poniendo empeño en que la lentitud haga efecto en mi entrepierna. La anticipación me hace llevar las manos a su cabeza y halar su cabello para que bese mi cuello.

Ricardo sigue el camino hacia sur, besando mi cuello, pechos, abdomen con devoción. Luego vuelve a besar mis labios y me hace bajar del escritorio restándole pasión al momento.

—Espérame en casa. Esta reunión no tomará más de una hora —me dice mientras se acomoda el cabello y el pantalón. Besa mi frente y sale de mi oficina a grandes pasos.

Me miro a mi misma ruborizada. ¿Qué bicho me picó? ¿Acaso acabo de incitarlo?

A pesar que no llegamos hasta la meta, me siento raramente feliz. Como si hubiera logrado algo que no hubiera pensado nunca.

Mi celular interrumpe mi momento de auto reconocimiento, veo en la pantalla el nombre de Fer. Eso no es un buen presagio.

—*Essy, cariñito* —saluda imitando a Sonia. A veces me molesta la forma como lo dice.

—Hola Fer, ¿cómo estás? —respondo mientras voy acomodando mi camisa.

—*Bien, no me puedo quejar. Bueno, la verdad si quiero quejarme... ¿Sabes? Me serías de ayuda ahora mismo, si estás disponible.*

—¿Qué? ¿Para qué? —frunzo el ceño hacia el teléfono y manoteo como si él me estuviera viendo.

—*Bueno, intentaré que suene bonito, pero la verdad estoy bastante incómodo. ¿Conoces al nuevo ligue de Sonia?*

—Si —¿Cómo no conocerlo si se lo robó de mi empresa?

—*Bueno, están acá en mi casa, encerrados en un cuarto haciendo ruidos que se parece a un programa de Animal Planet... ¿Podrías venir y sacarla? Pleaseee... Mis vecinos van a creer que estoy en una orgía o algo y tengo una reputación que cuidar.*

¡Ay no!

Suspiro profundamente para calmarme.

—No entiendo, ¿por qué está en tu casa?

—*¿Acaso no conoces el apartamento de Sonia? Es un basurero. Y hasta donde sé, ese chico apuesto con el que está, aún vive con sus padres.*

Por supuesto que vive con sus padres... es un jovencito que apenas debe haber pasado la edad del acné.

—¿Por qué no los echas tú? Es tu casa.

—*¿En serio? Soy el amigo gay. Tengo un estándar que cumplir. ¿Cómo me vería si yo los echo? Se supone que soy quien le alcahuetea todo.*

Ruedo los ojos con frustración.

Afortunadamente para él, estoy de buen humor y su casa queda de camino a la mía.

—Llego en veinte minutos —digo y cuelgo para no tener que oírlo más.



—No sé qué esperas que haga —le digo a forma de saludo en cuanto abre la puerta. Fer me hace una señal para que me dirija hacia el cuarto.

Un grito me hace retroceder en el momento que me disponía a tocar. Desvío mi mirada hacia Fer quien se está comiendo las uñas. No entiendo que quiere que haga, no puedo entrar a un cuarto donde dos personas están desnudas y mucho menos si a ambas las conozco.

—Háblale, dile que salga... —me anima Fer.

¡Claro!

Con aprensión, le doy tres golpes a la puerta. Los ruidos se detienen inmediatamente y oigo como algo se cae. Luego le siguen unas voces apuradas, reconozco a Sonia y a Martín, pero estoy segura que hay otra en esa habitación.

—¿No me dijiste que estaba con un chico joven? Hay otra persona adentro —le pregunto a Fer y este frunce la frente con desconocimiento.

—No, sólo entró con uno.

El sonido de la puerta abriéndose, me hace girar hacia Sonia, quien está ruborizada, despelucada y cubierta sólo con una bata de seda que no oculta sus atributos. Al principio se nota que quería protestar por la interrupción, pero en cuanto me ve a mí en vez de a Fer, no encuentra palabras y cierra la boca.

—Sonia, soy el comité de buen comportamiento en casa ajena. Parece que alguien no tiene los pantalones para decirte que dejes el escándalo y/o te vayas a tu casa. Así que me hicieron venir hasta acá, sin pensar que mi esposo llegará a buscar algo que iniciamos en la oficina.

Ella no puede evitar reírse de mi ocurrencia y luego que se recompone, mira con cara de pocos amigos a Fer.

—Sólo tenías que decirlo, bobito —le saca la lengua y este se retira cruzando los brazos y hablando consigo mismo enfadado—. Sabes que puedes decir no cuando alguien te pide algo, ¿cierto?

—Lo sé...

—Pero no lo haces. ¿Y a qué viene eso de que Rick va a llegar a terminar algo que iniciaron en la oficina? —dice con desenvoltura mientras gira unas tiras de su bata—. ¿Te has estado portando mal?

Mis mejillas explotan con calor.

—¡Por Dios! ¿Eres tú, Essy? Cariñito, me alegra mucho que te estés apropiando de tu diosa interior. ¿Necesitas ayuda en algo? Creo que tengo un conjunto hermoso para que lo recibas.

—Estoy bien —digo deteniendo sus planes. No tengo tiempo de ir hasta su casa, ya estoy perdiendo bastante aquí—. Sólo vístete, despacha a Martín y salgamos.

El puchero en su rostro me da a entender que no tiene ninguna intención de salir de ahí. Empieza a hacer un berrinche, flexionando las piernas y manoteando un poco.

—¡Vamos Essy! No me quites la diversión.

—Esta no es tu casa, Sonia —le digo con voz severa. Hay veces que le sigo el juego, pero

todo debe tener límites —. Tienes un sitio propio, úsalo.

El torso desnudo de Martín aparece en mi campo visual, el chico debe pasar la vida entera en el gimnasio porque todos sus músculos son definidos y tan hinchados que parecen irreales. No voy a mentir y decir que no es guapo —aunque guapo no le hace justicia —, pero como una mujer seria y casada tengo que mantener mi expresión inmutable. Me saluda apenado y vuelve a desaparecer como si mi presencia lo espantara.

Sonia se distrajo un poco por su intrusión y cuando regresa la atención a mí, se está mordiendo el labio y tiene esa mirada lasciva propia de cuando ve a un hombre como Martín. Le toma un momento recuperase y me sonrío con complicidad.

—Te lo digo, amiga... El chico es caliente —gesticula la última palabra con mucha intensidad.

—Me alegro por ti, ahora vístete...

Se queja como una adolescente.

—Ya veo por qué quieres ser madre... tienes el don —dice y cierra la puerta.

Quince minutos después, ambos salen abrazándose de una forma no apta para público infantil. Sonia lo lleva hacia ella para darle un beso, mientras Martín le aprieta el trasero con la mano hacia su entrepierna.

Tengo que girarme para darles algo de privacidad, algo que no hace Fer, quien parece más concentrado en el reciente novio de mi amiga.

—Hasta luego, señora Rosas... chao Osita —se despide Martín en la puerta y desaparece.

¿Osita? ¿Desde cuándo a ella le gustan los apodos de animales? Además, ¿por qué osita? ¿Porque podría ser su madre?

Estoy segura que mis ojos transmiten esas preguntas porque Sonia demerita haciendo un gesto con la mano para restarle importancia.

—¿Estás contento, Fer? Iba a pasar toda la noche con ese dios griego, pero no, alguien tenía que llamar a mi madre —ironiza Sonia y yo ruedo los ojos.

—Me voy —anuncio un poco agotada —, tengo algo que atender en casa.

—Gracias, Essy —me dice Fer mientras toma mi mano y la besa en el dorso —. Lamento los inconvenientes.

Asiento, sin ganas de dar más respuestas. Gracias a ellos, mi humor ya no está tan dispuesto y sólo me queda el camino a casa para preparar como voy a recibir a Ricardo para nuestra noche romántica.

## Capítulo 8

Como no tengo tiempo para cocinar, decido comprar algo de comida italiana. Por lo menos con eso puedo simular que la he preparado yo, no como la comida china o thai.

En cuanto llego a casa, desempaco la comida, la sirvo en platos, preparo unas cuantas velas para la mesa y un mantel que sólo usamos cuando vienen visitas. Luego de decorar lo mejor que puedo, miro al reloj y me doy cuenta que Ricardo puede llegar en cualquier minuto.

Corro al baño para asearme con prisa, abro la llave y espero a que deje de estar tan fría, luego me meto evitando mojarme el cabello, no tengo suficiente tiempo para secarlo. Luego de la ducha, reviso mi armario para encontrar algo cómodo y sexy; lo cual es más complicado de lo que parece. En el camino estuve pensando recibirlo como Julia Roberts en Mujer bonita, sólo con una corbata en el cuello, pero eso nos llevaría directo al postre sin probar la comida.

Al final me pongo un vestido blanco de falda amplia. Aplico un poco de rubor a mis mejillas y alargó mis pestañas con rímel y uso un labial color fresa que a él le encanta.

Pasan los minutos y no aparece. Empiezo a impacientarme y mi estómago rezonga pidiendo comida. No puedo evitar la tentación de comer un poco, aún está caliente y deliciosa. Intento parar, pero el hambre no me deja. Me convence de acabar mi plato bajo la premisa que mi esposo debe estar comiendo mientras negocia los términos. Cuando veo el plato vacío, me envuelve algo de arrepentimiento por no haberlo esperado y al mismo tiempo la satisfacción de tener el estómago lleno.

Una hora después, ya me molesta tremendamente seguir mirando hacia la puerta sin que Ricardo haya aparecido. Mis dedos tamborilean en la mesa con desesperación mientras me niego a llamarlo. Soy consciente que esas reuniones pueden tomar más tiempo del esperado si se le agrega la intensidad con la que manejan los negocios los grupos empresariales grandes.

Mi paciencia sólo llega hasta que el reloj marca las diez de la noche, entre molesta y aliviada de haber comido previamente, me levanto y guardo la comida en la nevera y apago las desgastadas velas.

Tal vez yo no debía llamarlo, pero qué le costaba avisarme que se iba a demorar más.

Me quito el vestido y desmaquillo con violencia. Desde el momento que salió de mi oficina, había imaginado una noche muy diferente a esta.

Oigo que abre la puerta, así que me apuro para meterme a la cama y fingir que estoy dormida. Cierro los ojos con fuerza para evitar que alguna lágrima salga y arruine por completo mi actitud

de indiferencia.

En cuanto entra al cuarto lo oigo tambalear, se apoya con fuerza en la cama e hipa. No puedo creer que esté borracho. Iba a una junta de negocios, no a una fiesta con amigos. Una alarma se enciende en mi cabeza, que me hace olvidar las ganas de ignorarlo, necesito saber qué hizo, si vendió la empresa que tanto tiempo nos ha costado.

—Ricardo, ¿por qué estás borracho? —En cuanto me oye, se echa para atrás y se cae de la cama de una forma muy extraña. Creo que su cabeza pegó en el piso primero.

Me levanto para ayudarlo pero él manotea mientras se agarra del colchón y con un esfuerzo descomunal, logra acostarse en la cama entre jadeos.

—¡Sólo fueron unos tragos! Nada fuera de lo normal. Realmente es mi organismo diciéndome que estoy viejo.

—Pensé que sólo era una cena de negocios.

—See bueno, luego fuimos a un bar —dice sonriendo con mofa—. Queríamos celebrar el trato. Ahora tenemos socios de negocios.

—¿Cuánto les diste?

Debí haberlo acompañado. Tengo un mal presentimiento.

—Cuando tienes esa expresión, sé que estas a punto de gritarme pero no lo haces —hipa de nuevo—. No te preocupes, me conoces ¿o no? Soy demasiado ambicioso para tirar mi compañía a manos extranjeras, pero lo que sí es cierto, es que ante tanto crecimiento no teníamos la capacidad de responder si no incrementaba el capital. Llegamos a un acuerdo del veinticinco por ciento.

Suspiro con alivio. Si él cree que es un buen trato, le creo.

—Cámbiate y lávate la cara. Te voy a traer una pasta para el dolor de cabeza.

—Espera —dice tomando mi muñeca. Sus ojos se entrecierran y me hala para que lo bese—. Hasta donde recuerdo, tú estabas interesada en seducirme...

—El momento pasó —le digo aún enojada. Tres horas de retraso, además de llegar borracho han disminuido mi libido a niveles preocupantes.

Usa su fuerza para tirarme a la cama y llegar hasta mi cuello. Maldigo mi punto débil pero me concentro no en dejarme tentar.

*Estoy molesta. Estoy molesta.*

—¡Vamos corazón! ¡Pensé que querías quedar embarazada! —dice retirándose para mirarme a los ojos.

A pesar del mini infarto que me da esa frase, me irgo y me retiro.

Claro que quiero quedar embarazada, sólo que no quiero recordar el momento de la concepción como un día que Ricardo me dejó plantada y luego trató de compensarlo con sexo.

—Mejor dormimos, mañana debemos ir a la oficina y según lo que me contaste, empezar a trabajar en los cambios que va a traer esa organización empresarial.

—Grupo Élite —dice Ricardo para recordarme el nombre.

El nombre es lo que menos me importa.

En lo que voy y vuelvo al cuarto con el acetaminofén, Ricardo ya está roncando, aún con la ropa puesta, sólo se desajustó la corbata. Dejo la pasta en la mesa de noche y me acuesto en el espacio que me queda sintiéndome triste y contrariada. No puedo evitar encontrar sus acciones ofensivas, sólo menciona algo sobre hijos cuando estoy molesta o no quiero seguirle su juego. Y eso está tan mal en tantos niveles.

Lo empujo todo lo que puedo para encontrar una posición cómoda para dormir, y él ni se inmuta. Parece más muerto que dormido.

Ruedo los ojos frustrada.

*Mañana me va a oír.*

## Capítulo 9

En cuanto abro mis ojos en la mañana, me doy cuenta que algo va mal. Enseguida reviso el despertador, el cual anuncia las siete y veintidós de la mañana. De un salto, salgo de la cama en la que me encuentro sola.

¿A dónde fue Ricardo? ¿Por qué no me despertó?

Un insipiente dolor aparece en la parte frontal de mi cabeza, lo que me hace retroceder y ralentizar mis movimientos. Casi no puede dormir anoche, di demasiadas vueltas y estaba segura que sólo había podido conciliar el sueño pasadas las tres de la mañana. Para mí, hay algo muy mal en las personas que duermen sin problemas después de una discusión o las que se acuestan enojadas. ¿Qué clase de consciencia tienen? ¿Pueden callarla a disposición?

Pues eso no funciona conmigo.

La mía sigue recreando las escenas del día, de la discusión, del motivo de mi enojo, para validar cada uno de los escenarios y de las posibles soluciones. Es una pesadilla pero no puedo hacer nada para cambiarlo.

—Ricardo —llamo para saber dónde está.

Oigo su voz provenir de la cocina.

—Corazón, vas tarde... Hoy tengo una reunión a las ocho de la mañana con el nuevo socio, quien va a trabajar con nosotros a tiempo completo. Necesitamos salir en tres minutos para llegar.

Por supuesto, él ya está duchado y arreglado, mientras yo estoy en mi fase furiosa por no ser despertada temprano.

—¿Apagaste el despertador? —le reclamo.

—¿Qué? No. Bueno sí. Lo apagué cuando sonó. Me fui a bañar y tú dijiste que ibas a dormir cinco minutos más. El problema fue que dormiste casi una hora más.

Resoplo furiosa. Si ayer lo quería matar, hoy quiero hacerlo lentamente.

Ricardo se aleja y me señala el desayuno.

—Nos vemos allá, entonces —me dice mientras se dirige a la puerta con una expresión culpable y se apresura en abrirla sin mucho éxito.

Lo veo intentar varias veces hasta que al fin puede abrir y despedirse lanzándome un beso. Le frunzo el ceño ante su desfachatez y giro mi rostro para demostrarle que ahora está en un problema más grande.

Por si fuera poco, después de lo que hizo ayer, hoy va a dejarme sin transporte.



Llego a la oficina a las ocho y media porque decidí que no iba a esforzarme por complacerlo con mi puntualidad cuando me había dejado en casa. Lo único que me retenía de gritarlo, es que el desayuno estaba realmente bueno. Incluso me había aplacado la ira.

Martín es el primero en saludarme en cuanto me ve entrar, lo cual es raro, se supone que Camila debería estar en su puesto.

—Señora Rosas, buenos días... —dice aprensivo pero luego eleva una de sus comisuras y sus ojos claros brillan por alguna broma oculta.

—Buenos días, Martín. ¿Cómo te fue con la encuesta de ayer? Necesitamos esos resultados para publicarla en la página, incluso podría ser útil en nuestras redes sociales.

Él se acerca y me deja una pila de papeles con los resultados y me muestra en su Tablet los números de visitas a Rosas doradas durante la semana.

—Ha crecido un dos por ciento a comparación del mes pasado. El departamento de ventas ha reportado estos números —me indica en uno de los papeles —, pero tenemos una alarma porque se están acumulando los pedidos, parece que se está quedando corta la empresa que entrega los pedidos... quizás necesitemos encontrar otra más apropiada, con más personas.

Ricardo y yo habíamos decidido hacer negocios con empresas locales. Nuestra meta es darles fuerza a las pequeñas empresas como la nuestra y no a un monstruo que luego nos trague.

—Lo revisaré, gracias Martín.

—¿Señora Rosas? —Empieza y se mira las manos —, ¿Puedo pedirle un favor?

—Supongo que sí —respondo curiosa.

—Hoy necesito salir más temprano —dice con una voz suave.

—Bueno, yo por lo general no firmo los permisos. Puedes ir con Irene, nuestra chica de recursos humanos. Ella te pedirá lo que sea necesario para el permiso.

—Sí, lo sé... pero si usted me ayuda es más fácil... es que no tengo una razón muy válida. Sólo que Sonia quiere ir a un sitio que cierra temprano y si salgo a las seis de aquí no puedo acompañarla...

Por supuesto que Sonia tiene que estar involucrada.

—Bien... —concedo. El chico es un buen trabajador y parece que mi amiga está comprometida en esa relación.

Lo cual no pasaba hace mucho. El tiempo de sus relaciones promedio es como de tres noches. Con Martín ya lleva semana y media.

—Muchas gracias, señora Rosas —dice él y se gira para salir de la oficina.

—Martín, ¿has visto a Camila?

—Sí, creo que ella entró a la reunión de inversionistas de las ocho.

Frunzo el ceño intrigada. Ella no tenía nada que ver en eso.



Esther: ¿A dónde vas a ir hoy temprano?

*Sonia: ¿Por qué, cariñito? ¿Quieres que nos veamos hoy? Tengo algo planeado a las 5 pero luego, no sé, por ahí a las 8 estoy libre.*

Esther: ¿Qué tienes planeado?

*Sonia: Siento un poco tenso el ambiente... ¿acaso quieres saber que pienso hacerle a Martín? Creí que las conversaciones negras no eran tu estilo...*

En cierta forma sabía que tenía que ver con sexo.

*Sonia: Nada... sólo hay una exposición de arte y quiero verla aunque sea la última hora. Le dije que si me quería acompañar.*

Releo el mensaje dos veces para saber si me está tomando el pelo o si alguien le robó el celular y está tratando de pasarse por ella.

Decido que es mejor llamarla.

—¿Curiosidad? —pregunta en cuanto acepta la llamada —. *Cariñito, ¿desde cuándo me estás pidiendo cuentas?*

—Desde que te acuestas con uno de mis empleados —le digo en modo jocoso.

La risotada resuena en el teléfono.

—Dime Sonia, ¿el chico sabe que no quieres nada serio?

Su risa se detiene y la oigo aclararse la garganta.

—*Essy, ¿tú crees que él me ve como alguien con quien pasar su vida? No, claro que no...*

*quizás ninguno de los dos lo haya especificado, pero estoy segura que él sabe que esto es por pasar el tiempo y generarnos mucho placer... ¡Mucho placer!*

—No lo sé, creo que él no lo sabe... —refuto. Ese chico puede estar joven, pero en sus ojos no veo lo mismo que en los de Sonia.

—*¡Dios! No me arruines esto...*

—Sabes que no es por arruinarlo.

—*Bien, hablaré con él para que estemos en la misma página, ¿contenta?*

—En lo que cabe... —respondo intentando no darle mucha importancia al asunto.

—*Bien... Entonces, ¿nos vemos a las ocho? Tengo un nuevo tinte de cabello que quiero usar, pero me gustaría que me ayudaras a aplicarlo.*

—Ummm no lo sé, Sonia. Ayer no me fue bien con Ricardo... Aunque un momento —hago una pausa para pensar.

Ricardo está evitando hablar conmigo, así que yo no tengo que llegar a la casa tan temprano.

—Bien, llego a tu apartamento a las ocho.



El día se me pasó volando, seguramente porque no paré ni para almorzar y estuve tan metida en mi computador que cuando vi las 19.30 en mi reloj casi me da un ataque. En todo el día, Ricardo no me llamó, ni me informó sobre la reunión con el nuevo socio, incluso se ausentó desde la tarde para asistir a una junta.

Salgo del edificio con prisa y llamo a un taxi. Ahora que estamos ganando más dinero tengo que ir pensando en comprar mi propio vehículo. No puedo estar dependiendo de mi esposo y menos si no está pendiente de mí.

Sonia me recibe con un abrazo y una sonrisa enorme. Me hace mil preguntas sobre anoche y yo le relato los pormenores de la situación. Ella no puede comprender mis razones de haberlo rechazado por borracho, pero claro, para ella primero es el sexo, luego los sentimientos y muy por allá debajo en su lista está el auto respeto.

—¿Sabes? Puedes robarle esperma e ir a que te hagan un *In vitro*. Por lo menos, así sería el padre y no tendrías que acostarte con él enojada.

Mi cara queda pasmada luego de ese comentario. Espero unos cuantos segundos para ver si se ríe o si está hablando en serio.

Ella percibe mi cambio de actitud y demerita su anterior comentario con su mano.

—Es broma —dice mientras finge una sonrisa —, siempre será mejor violarlo —ahora su carcajada es más estruendosa.

Su risa me contagia. No entiendo cómo hace para mejorarme el ánimo tan fácil.

—Lo sé, demasiado... —dice mientras se lleva una mano al pecho y calma su respiración—. Tengo una imaginación muy fuerte y mucho más ahora con Martín... ¡Dios! ¿Adivina lo que hicimos en la exposición?

Abro los ojos cuán grande son de la impresión.

—Obvio no delante de la gente —explica—. Encontramos una habitación sin seguro y todo pasó tan rápido.

—¿Una habitación en una exhibición de arte?

—Bueno, no era una habitación... realmente era como el cuarto de limpieza.

Enmudezco y ella vuelve a abrazarme.

—Quizás tienes razón... Quizás con este chico puedo tener algo serio.

## Capítulo 10

Fue tarde cuando me di cuenta que Sonia también tenía la intención de teñirme el cabello. Por suerte, pude convencerla que el morado era demasiado para mí y que tampoco quería un color uniforme. Así que al final de la noche, ella terminó con un rubio cenizo y yo con unas iluminaciones doradas. La parte buena, es que ella utilizó casi todo el decolorante en su cabello, así que quedó muy poco para el mío, por lo tanto, casi no se notaban.

Estuve tentada a quedarme esa noche con ella, pero sabía que mi espalda iba a sufrir si lo hacía. Sonia tiene una cama *Full*, que se queda sin espacio porque la llena de almohadas, no hay ni punto de comparación con mi cama de tamaño *King*.

Me dirijo a mi casa casi a las once de la noche, acalorada, adormecida y con el cuero cabelludo picándome. No estoy segura si me veo diferente, pero no me importa. Por ahora, sólo quiero prepararme para enfrentar a mi evasivo esposo.

Al llegar, todas las luces están apagadas, lo que me indica que Ricardo ya debe haberse acostado o por el contrario, no está. Suspiro fuerte y trato de contener el indeseado sentimiento de abandono y la idea que él me oculta algo.

En cuanto entro y prendo la luz, me llevo la sorpresa de estar rodeada de ramos de flores, decenas de rosas rojas en jarrones de cristal esparcidos en la sala de estar, la cocina y el pasillo. Contengo el aliento mientras busco con la mirada a Ricardo. Esquivo algunos jarrones, y es ahí cuando lo veo dormido en uno de los sillones de la sala. Tiene una rosa encima y una caja de chocolates.

*Bueno, si esta es su forma de disculparse por lo menos está mejorando.*

No puedo evitar sonreír por el gesto, así que me acerco y tomo la rosa y la caja de chocolates con extremo cuidado de no despertarlo. Huelo el aroma de aquella flor y la llevo a mi pecho emocionada. Siento un calor en el pecho, de ese que te hace sentir plena y feliz. Mis intentos fallidos por no llorar, hacen despertar a mi esposo, viéndose algo asustado y sorprendido de verme tan cerca.

—¡Corazón! —dice sentándose y atrapando mis mejillas para inmovilizarme mientras me besa—. Te ves hermosa, ese tono realza el color de tus ojos.

*¿Se dio cuenta?*

—Gracias, aunque mis ojos son cafés... Ellos no van a resaltar más.

—Sabes a lo que me refiero, te ves linda y para ser francos, tus ojos son color chocolate, un poco más claros de lo que crees. Incluso ahora mismo me están dando ganas de besarlos.

Me alejo un poco para que no se tome las cosas tan apresuradamente. Tenemos que hablar y eso no lo va a cambiar un par de rosas.

Ricardo se aclara la garganta y se acomoda para alcanzarme de nuevo.

—Lo lamento, amor. Sé que me he portado algo distante, pero es la forma en la que yo pienso mejor. Y hoy en el transcurso del día, me he dado cuenta que te fallé anoche al dejarte esperando y te excluí de la decisión de agregar un nuevo socio. Lo lamento.

Intento no sonreír pero mis labios me traicionan. Ricardo acaricia mi mano y luego alza mi mentón para que lo mire.

—Es en serio, me siento arrepentido... Y te traje rosas, tus favoritas. Una docena por cada año que hemos estado juntos...

Cuento los jarrones y efectivamente hay nueve. Contó los dos años que fuimos novios.

Nueve años con el hombre que amo. Nueve años de aprendizaje, realización de sueños y estabilidad.

Al verme llorar, Ricardo me atrae hacia él para consolarme, aunque no es exactamente un consuelo sino una forma de hacerme sentir que está conmigo.

—Y en todo lo que pensé hoy, me di cuenta lo tonto que he sido. Has estado conmigo en las buenas y en las malas, en la riqueza y en la pobreza... Sin pedir nada excepto algo que yo me he rehusado a cumplir. Así que, hagámoslo... Tengamos un hijo —dice ayudándome a que lo mire.

Sus ojos expectantes esperan mi reacción y yo, no lo hago esperar.

Abro la boca asombrada, pego un grito leve de júbilo y lo embisto con un abrazo feroz.

—¿Seguro? —pregunto mientras doy saltos.

—Sí, seguro. Además, creo que el proceso voy a disfrutarlo bastante, no tengo ninguna objeción de empezar ahora mismo.

Mi fuero interno empieza a bailar, ese que no le importa los sucesos anteriores sino que se prepara para el desenfreno de la noche. Por otro lado, mi consciencia, le toma un minuto decidir si ese paso es el correcto. No puede evitar preguntarse si está dándome lo que quiero sólo para que olvide sus malos comportamientos.

No obstante, en cuanto me atrapa con sus fuertes brazos y me besa de la boca al cuello, mis preocupaciones empiezan a bajar de prioridad, sus manos me recorren, explorando cada una de mis partes, deseándolas. Pronto, me encuentro sin ninguna prenda en la parte superior mientras intento con torpeza, desabotonar su camisa.

Ricardo me alza del trasero para que lo rodee con mis piernas en su torso y así poder desplazarnos hasta el cuarto. Una vez dentro, me tira a la cama de una manera tan sensual que me deja jadeando y totalmente dispuesta. Se termina de quitar la camisa y se baja los pantalones para darme visibilidad a su miembro aún atrapado en su bóxer, el cual se nota que quiere salir a jugar.

Bajo el cierre de mi falda para que él la hale, me quita con gentileza los zapatos y luego los tira a un rincón.

Por lo general pasamos un buen tiempo en preliminares, pero hoy, tengo algo de prisa, quizás es porque siento que se va a arrepentir o porque yo me puedo arrepentir...

En cuanto estamos desnudos, me giro sobre él para hacerme ahorcadas y sentir que me llena poco a poco. Veo su expresión y saboreo el momento de placer cuando empiezo a mover las caderas para chocar contra él. Al poco tiempo, Ricardo me hace parar para dar la vuelta y ser quien tiene el control. Me río un poco, mientras él lleva sus labios a mi cuello y me hace dar un respingo que produce una oleada de sensaciones alucinantes, dejo de respirar por unos segundos hasta que siento que mi núcleo se contrae y explota.

El cuerpo de Ricardo desfallece contra mí, pero luego se gira para dejarme respirar. Ambos nos miramos para comprobar el estado del otro; no puedo evitar sonreír al verlo todo despelucado y arrebatadoramente sexy.

—Voy a disfrutar el proceso —dice de manera entrecortada.

—Yo también —digo mientras me recuesto en su hombro y cierro los ojos con parsimonia.



Ha pasado una semana desde que lo estamos intentando y no me he sentido mejor en años. La vitalidad que me ha traído esa pequeña decisión, le ha puesto color a mis días. Incluso Ricardo ha estado de un humor increíble y ha estado compartiendo todo conmigo.

Al final Sonia tenía razón, cuando son felices —sexualmente felices —, se vuelven muy habladores y consienten cualquier petición.

Aún no me he hecho ilusiones de quedar embarazada tan pronto, mi doctor dijo que mi fertilidad podía demorarse en volver plenamente, pero que no me preocupara porque todo estaba funcionando excelente.

—Corazón, ¿estás ocupada? —pregunta Ricardo entrando a mi oficina.

Aparto la vista de mi portátil y lo veo acompañado de un joven.

—Lo normal —digo mientras me levanto.

—Te quería presentar a Ángelo Egizi, el representante de grupo Élite que va a trabajar con nosotros.

Me acerco para estrechar su mano, pero él en una demostración de demasiada confianza me atrae hacia él y me da un beso en cada mejilla.

Lo miro un poco horrorizada mientras Ricardo se ríe por lo bajo disimulando con un estornudo.

—Un placer, *signora*.

—Ángelo es de padres italianos —explica Ricardo—. Aunque él nació aquí en Colombia.

Ángelo, quien creo que tiene mi misma edad, de cabello negro liso, unos ojos verdes avellana que parece que pudieran atravesar hasta mi alma y una barba pulcramente arreglada, me hace una venia. Mis rodillas tiemblan y mis ojos se rehúsan a apartar la vista de ese rostro tan hermoso.

—Bienvenido, señor Egizi.

—*Grazie, signora* Rosas. Estaré por aquí muy seguido, me interesa mucho la progresión de los usuarios que compran por internet. ¿Está libre en la tarde? Me gustaría ponerme al día.

*¡Dios! ¡Eres una mujer casada! No lo veas tan fijamente. ¡Deja de mirarle los labios!*

—Por supuesto. ¿Le parece a las tres?

—Magnífico —dice con ese acento italiano encantador.

Ricardo le muestra la salida mientras me dirige un guiño enamorado. Por lo menos, él no se dio cuenta de lo nerviosa que me puso ese hombre.

*Esto está mal. No puedes mirar así a tu socio.*

Los veo caminar por la oficina y me fijo en la reacción de las mujeres. Todas, se voltearon a mirarlo sin el menor pudor mientras cuchichean y apuntan a su trasero.

Parece que Martín ha encontrado competencia.

Vuelvo a mi puesto tratando de no pensar en la reunión de la tarde. Tengo que acomodar mis tablas de visitas y compras para mostrárselas, pero ahora mismo, es preciso que investigue un poco más sobre esa familia. ¿Quiénes son nuestros nuevos socios?

## Capítulo 11

El señor Egizi se muestra complacido por los datos que le comunico. Por supuesto que él debía saber que la empresa en la que acaban de invertir es un buen negocio. No entiendo la necesidad de volver a confirmarlo.

—Creo que todo está perfecto —dice con ese acento que me hace perder el hilo de mis pensamientos.

Tengo que alisarme la ropa para concentrarme en otra cosa mientras pienso que responder.

—Me alegra que lo crea. Nuestros números han crecido mucho en los últimos cuatro meses, incluso hemos podido rastrear que muchos de nuestros clientes vuelven a comprar. Es fantástico.

—*Incredibile* —dice mientras cruza sus dedos entre sí. Su mirada se posa con fuerza en mis ojos y tengo que aclararme la garganta para seguir con mi exposición.

En medio de la presentación, la puerta se abre atropelladamente, Sonia con una mirada asesina entra seguida de Camila quien parece estar frustrada por estar pasando por la misma situación. En cuanto mi amiga ve al nuevo socio, su postura se relaja y se ve apenada por la interrupción.

—¡Sonia! —grito enfadada—. ¿Qué es esto?

Ella extiende un periódico y me señala la foto del nuevo socio. Hay un artículo que dice que el grupo *Élite* ha invertido en Rosas doradas, lo leí esta mañana así que no entiendo cuál es su problema. No dice nada extraño.

—Lo lamento, no sabía que estabas acompañada. Solo que he estado en tu oficina por media hora sin que aparecieras y tampoco estaba esta chica —señala a Camila, quien se ve abochornada u ofendida en cuanto Sonia la señala—. Pensé que me estabas evitando así que en cuanto me dijo que estabas en la sala de juntas, vine para acá para reclamarte que no me hubieras dicho esto —dice señalando la foto del periódico.

Es ahí cuando entiendo de qué se trata. Está enfadada porque el nuevo socio es guapo y no le había dicho. Aunque claro, ella está con Martín.

—Por cierto, soy Sonia, la mejor amiga de Essy —se presenta al señor Egizi—. Un metro setenta y cuatro, trabajo en el periódico... Soltera y muy flexible —aclara mientras el señor Egizi la mira con impresión.

—¿Puedes esperarme afuera? —le pido pero es a Camila a quien le dirijo una mirada

significativa.

La chica le señala el camino a Sonia y luego, sale disculpándose una vez más. Aunque la disculpa va dirigida a Ángelo de manera provocativa.

—Perdón por eso, ella por lo general no es así de efusiva.

El señor Egizi suelta un silbido sonoro, distraído.

—¿Ella es rubia natural? —pregunta ignorando mis disculpas y sin dejar de mirar a la puerta cerrada.

—No —le digo confundida.

—Lo imaginé, aunque a mí me gustan más las castañas —dice esta vez girándose lentamente para fijar su mirada en la mía —. Creo que podemos concluir por hoy. Muchas gracias, *signora* Esther.

Se levanta sin decir nada más, y pronto se encuentra a mi amiga que estaba pegada de la puerta. Pueda adivinar que intentaba oír nuestra conversación. Ella lo mira con malicia y se gira para darle espacio.

Recojo los papeles mientras Sonia entra y cierra las puertas de la sala de juntas.

—¡Oh por Dios! La foto del periódico no le hace justicia a ese galán. ¿Por qué no me habías dicho, Essy? Esa clase de noticias no se le ocultan a tu mejor amiga.

—Te dije de la sociedad.

—Sí, pero no del *bombonazo* que vino con ella. ¿Europeo?

—De padres italianos —respondo un poco cansada de tener que darle explicaciones. Mi empresa no es para que ella capture al mejor espécimen.

Ella hace una mueca extraña en cuanto pretendo caminar hacia la puerta.

—¿Te gusta? —me acusa.

—Claro que no. —Mi cara me delata sin el menor signo de resistencia.

—Por eso fue que él dijo que le gustaban las castañas —dice alzando las cejas.

—Sonia, relájate ¿bueno? Recuerda que estoy casada y tú estás con Martín. No puedes estar pretendiendo que todo hombre guapo que llegue a este lugar va a ser tuyo.

—¿Por qué no? —pregunta extrañada.

Me quedo muda ante su pregunta. No sabía que necesitara una razón.

—Bien, entiendo... Solo vine porque me dijiste que tenías buenas noticias... —su rostro se llena de expectativa.

Siempre me ha inquietado la facilidad con la que cambia de tema y lo mejor, es que parece no afectarle dejar conversaciones inconclusas.

—¡Cierto! Bueno... Es que Ricardo y yo por fin estamos intentando tener un bebé. Aceptó empezar...

El grito de mi amiga me aturde los oídos y pronto la siento estrellarse contra mi pecho. Ella toma mis mejillas y las besa mientras habla sin parar por un minuto. Supongo que está feliz, pero no puedo seguirle el ritmo de sus palabras.

—Esto hay que celebrarlo...

Todo es un motivo para celebrar.

—Quizás la próxima semana... estoy hasta el cuello de trabajo.

—¡Bien! Voy a ir mirando tiendas de bebés... Mi sobrina o sobrino va a ser el bebé mejor vestido de la ciudad —dice emocionada.

—Pensé que no te gustaban los bebés

—No me gustaría los míos, pero obvio que me gustarán los tuyos. Siempre he sabido que tengo potencial de tía —dicho esto se carcajea y me hace seguirla.



Al final del día, el señor Egizi se ha esforzado por hacer que lo llame por su primer nombre, no voy a mentir, es extraño decir su nombre. Es como si fuera amiga de él y casi ni puedo respirar en cuanto lo pienso. Todo mi organismo parece reaccionar en cuanto lo veo o si el pronuncia con dificultad la r de Esther.

Camila me anuncia que mi esposo ha ido a casa pero me ha dejado el carro a mi disposición. Le agradezco y salgo del edificio, mentalizándome en canalizar todos esos malos pensamientos por el buen camino, todo lo que he experimentado en el día dirigiéndolo a Ricardo.

En cuanto cruzo la puerta, me dirijo al cuarto aflojándome la ropa. No hay nada más placentero que estar en tu casa sin nada que te apriete.

Me encuentro a Ricardo recostado en la cama mirando una revista, pero en el momento que me oye entrar, la aparta para saludarme. Lo beso con cariño y en un momento él empieza a acariciarme la espalda y a profundizar el beso.

—Te tengo una sorpresa —anuncia alejándose de mí.

Me toma de la mano y me dirige hacia el patio.

Un pequeño sonido llama mi atención en cuanto abre la puerta, sin embargo lo que me quita cualquier duda es la casa para perros nueva que hay en el fondo. Me acerco con cautela, sin estar segura a que voy a enfrentarme. Oigo un suave ladrido que proviene de la derecha, así que me giro para encontrar la fuente. Un cachorro sale entre las materas que tenemos en el patio, saltando y moviendo la cola para recibirnos.

Es muy peludo, demasiado... realmente parece un trapeador, pero es encantador. Se mueve por mis pies y trata de alcanzar mi pierna.

Me agacho para saludarlo y él empieza a corretear hasta que se deja cargar. Es tan pequeño y lleno de vida que empiezo a lloriquear.

—¿Un perro? —pregunto aún conmocionada.

—Así es, un Shih Tzu... es singular porque tiene la mancha en un solo ojo. Pensé que te iba a agradar y podías llamarlo Killian, así como tu pirata favorito.

¡Oh Dios! ¡Amo tanto a Ricardo! Sabe de mi profunda «admiración» por el capitán Garfio en la serie *Once upon a time*.

—¿Te llamas Killian? ¿Si? —le pregunto al perrito que sólo me devuelve la mirada y empieza a lamer mis dedos.

—Para efectos prácticos es como nuestro primer hijo —comenta con desenfado.

Algo hace clic en mi mente. Es como si me estuviera distraendo de lo que anteriormente habíamos discutido. ¿Acaso sería capaz de darme un perro para eso? O ¿es una forma de preparación?

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, con él podemos darnos cuenta todo lo que cambia la vida la llegada de alguien nuevo. Por ejemplo, ahora tenemos que planear qué vamos a hacer para no dejarlo solo todo el tiempo. ¿Vamos a pagarle una guardería? ¿Alguien lo va a cuidar? O ¿vas a cambiar tu horario de trabajo para pasar más tiempo con él?

¿Esto es una prueba?

Me levanto para enfrentarlo llevando en brazos a Killian. Ricardo se pone firme mientras su manzana de adán sube y baja.

—¿Te estás arrepintiendo? —demando algo alterada.

Tener al perrito en mis brazos ayuda a no estar peor.

—No. Solo quiero que veas mi punto. Quiero que entiendas los sacrificios que vas a tener que hacer en cuanto llegue.

—¿Los sacrificios que voy a tener que hacer? ¿Voy? ¿No debería ser plural?

Ricardo se pone colorado pero no corrige su error.

—Esther, ten en cuenta que mi trabajo es más imprescindible que el tuyo. Si quisieras, podrías quedarte en casa. Piénsalo, ¿bueno?

Dicho esto se va. Me deja ahí abrazando a Killian y sintiendo que parte de mi vida acaba de derrumbarse. Ricardo no piensa ceder en nada, incluso pretende que deje mi carrera. No puedo creerlo, no puedo entenderlo.

## Capítulo 12

—*No te muevas de ahí, ya mismo llega la caballería* —dice Sonia y cuelga el teléfono.

En cuanto me levanté hoy, Ricardo ya se había ido al trabajo. Pensé en unirme pero luego de meditar me di cuenta que lo mejor es tomarme muy literal lo último que me dijo y aprovechar mi tiempo en solitario. O por lo menos hasta que llegue mi amiga, que casi le da un *patatús* en el momento que le dije que tenía a Killian.

En cuanto escucho el timbre, abro la puerta y me encuentro a Sonia acompañada de Kathe. Ambas me abrazan y las dejo pasar. Killian aparece moviendo su pequeña cola y recibiendo a mis invitadas. Sonia me pasa una bolsa de papel para poder agacharse a saludar al perrito. Reviso el contenido y me encuentro con tres botellas de vino Merlot de cosecha de 2010. No sé cuánto debió costarle pero no escatimó en gastos.

—Es adorable —dice Sonia cargando a Killian, mientras él intenta alcanzar su rostro para lamerlo—. A pesar de que me enojó oír de la manera que te trató, no puedo negar que este regalo es un buen consuelo... ¡Es tan hermoso!

Kathe asiente y pide que se lo pase.

—¿Tres botellas? ¿No te parece mucho? —pregunto mientras las guio hasta la cocina para servir.

—Pensé que necesitaríamos más, pero no quería traer aguardiente o ron... Si vamos a emborracharnos que sea con clase.



Tres horas después las botellas se agotan pero aún el dolor se siente como una piedra en mi estómago. No quiero ni pensar o más bien no puedo pensar porque todo en mi cabeza parece una piscina de pelotas, todos los temas ahí pero sin la posibilidad de atrapar sólo uno.

—¿Te conté que voy a terminar con Martín? —pregunta Sonia mirando a la botella vacía con una cara de espanto.

—Nooooo —digo sin poder creerlo. Además que tampoco puedo controlar mi lengua y termino alargando las palabras.

¿Cuánto alcohol tiene ese vino?

—Creo que sep está enamorado de mua —dice ella, señalándose.

—¿Eso es malo? —pregunta Kathe, la que parece más sobria de las tres.

—Pues pufff —empieza a reírse como si eso fuera un chiste —, no lo sé. El problema es que quiere presentarme a su madre. Esa señora sólo tiene seis años más. ¡Seis! Yop nunca he conocido a padres de nadie, y no estoy... no quiero empezar —dice ella negando con la cabeza —. Soy una artista de treinta y dos años que sólo ha conseguido un trabajo en el periódico para hacer las caricaturas... No he podido lograr nada más en la vida, no como tú, cariñito. —El ambiente se siente melancólico, lo que nos pone más sensibles.

Kathe se lanza a abrazarla mientras yo me levanto y acaricio su cabello.

—¿Estás asustada? —pregunta Kathe. Ella es la menor de nosotras y la que parece menos envuelta en drama. La verdad no la conozco pero su resistencia al alcohol combinado con lo poco que comparte de su vida privada, me da a entender que no tiene tantas cosas que la entristezcan.

—Claro que sip. Me asusta pero no es por eso que debo dejarlo ir. Hay otro mucho más lindo que debo atrapar antes.

Ruedo los ojos. Kathe estalla en risa.

—Por cierto, Essy... Creo que Killian está reclamando ese lugar como suyo —dice Sonia apuntando al lugar en el que mi amigo peludo ha orinado.

En la mañana después de desayunar, ya había limpiado por lo menos la mitad del patio. No sabía que los cachorros tuvieran la necesidad de orinar tanto, o es incontinencia o es ganas de verme limpiando.

Me levanto, pero inmediatamente me siento de nuevo. El mareo se intensificó con el movimiento, así que me quedo quieta tomando mi cabeza para que mi casa deje de dar vueltas.

El timbre suena de nuevo, las tres nos miramos como si fuera un evento extrasensorial y luego nos echamos a reír como bobas. No estamos esperando a nadie más y Ricardo tiene llave, así que todas nos levantamos y tomamos algo para defendernos. Sonia atrapa a Killian, Kathe se lleva una de las sillas de la barra y yo tomo el rodillo.

La puerta de la entrada tiene vidrio en la parte central, por lo que se ve la figura de la persona que está al otro lado. Por la silueta puedo adivinar que es un hombre.

—¿Quién osa interrumpirnos? —vocifera Sonia intentando engrosar la voz.

—*Mi scusi*, estoy buscando a la *signora* Esther —dice esa voz sensual italiana.

Es mi socio.

Al instante Sonia suelta a Killian, quien empieza a ladrarle al desconocido. Kathe deja en el suelo la silla y yo le paso el rodillo a Kathe para que lo oculte.

*¿Qué hace aquí el señor Egizi, digo Ángelo?*

Abro sólo un poco para mirarlo por la rendija y Ángelo me mira risueño mientras levanta otra bolsa de papel. ¿Por qué todos vienen con vino?

En cuanto lo dejo pasar, no puedo evitar escuchar el suspiro de Sonia mientras Kathe contiene el aliento sin despegar sus ojos del italiano.

—Bueno, ya conocía a mi amiga Sonia...

—Sí, la soltera —dice recordando lo que ella le había dicho.

Sonia no se ruboriza como esperaba que lo hiciera, sino que asiente y se acerca para saludarlo con un beso en la mejilla.

—Ella es Kathe —digo intentando sacarlo de las garras de mi amiga.

—Un placer —dice Kathe algo alucinada.

—Igualmente.

Me aclaro la garganta para que me mire y me explique su presencia en mi casa.

—¡Oh cierto! Sólo quería saber cómo seguía, le traje sopa —dice pasándome la bolsa de papel—. Su esposo me dijo que estaba indispuesta.

—No estoy indispuesta —replico de inmediato, lo que hace que pierda el equilibrio y empiece a ver dos Ángeles.

Me recompongo en cuanto él trata de estabilizarme atrapándome por el hombro. Me retiro con gentileza agradeciendo su gesto. Killian le ladra como si se hubiera dado cuenta que ha pasado un límite.

—¡Que adorable! —dice él acariciando a mi peludo.

En ese instante deja de ladrar y se concentra en recibir las caricias.

*Bueno, quizás sólo quería llamar su atención. Hasta él ha caído en el encanto de mi socio italiano.*

—Creo que mejor me voy —dice él luego de dejar a Killian acostado y levantándole una patita para que siguiera.

—Nooo —rezonga Sonia—. Quédate... Podemos compartir lo que trajiste.

—Es sopa —intervengo.

—Me encanta la sopa.

*No, claro que no.*

—Sólo quería saber que mi socia estuviera en buen estado, y parece que está bien acompañada. Aquí sobro —dice despidiéndose—. *Ciao* señoritas.

—No creo que haya un lugar en el que sobres —comenta Sonia entre susurros. Los cuales él no escucha porque está cruzando la puerta.

En cuanto se va, ellas me quedan mirando como si hubiera hecho algo malo.

—¿Qué? —exclamo exasperada.

—Le gustas —explica Kathe.

—Ningún socio se preocupa por alguien y viene a traerle sopa un sábado, si no tiene un interés sexual —dice Sonia.

—No tiene que ser sexual —Kathe la codea—. Puede que le guste y quiera conocerla.

Sonia bufá ante el comentario tan inocente de Kathe.

—El tipo sabe que Essy tiene esposo y aun así se presenta en su casa en un horario que sabe que no va a estar Ricardo, para traerle «sopa» —hace el gesto de la comillas—. Si nosotras no estuviéramos aquí, él habría entrado hasta la sala o quizás hasta el cuarto.

Eso me hace reaccionar.

—¡Oye! Es de mí de quien hablas.

—Lo sé, pero estás vulnerable, y tipos como el italiano sexy huelen desde lejos a las mujeres que están inconformes en su matrimonio. Y lo acaba de confirmar en cuanto negaste estar indispueta. Eres comida fácil para él —afirma con seguridad.

Ya me está ofendiendo. No puedo evitar que la rabia empiece a adentrarse en mi interior.

—Si fuera el caso de comida fácil, iría tras de ti —digo a la defensiva.

Sonia lo toma con tranquilidad.

—Cierto, voy a cambiar mi anterior premisa: Eres una comida que lo reta. Yo no, incluso creo que sintió que me le eché encima. Parece que es de los que se asusta con las mujeres fuertes. Creo que mejor sigo con Martín, así quiera presentarme a toda su familia.

—Estás muy sabia hoy, pensé que estabas ebria —comenta Kathe.

—A veces en mis momentos de poca lucidez es donde encuentro la verdad.

Pongo las manos en mi cintura y la miro con extrañeza. Como no puedo cambiarla por lo menos tengo que intentar comprender sus argumentos, y tengo que darle crédito porque de no ser

por sus consejos no habría avanzado nada en mis deseos de convertirme en madre. De alguna manera, ella entiende más el mundo de los hombres que yo, así que debo tomar su advertencia como cierta y mantener una buena distancia del nuevo socio.

## Capítulo 13

Las cosas se han vuelto a enfriar. Por obvias razones, yo estaba totalmente apática de compartir con Ricardo mientras no se disculpara y tratara de mejorar el ambiente tenso que se había convertido el horario de llegar a casa. Y mejor no hablo de la oficina, tal como había dicho Sonia, el nuevo socio ha intentado cruzarse conmigo toda la semana.

—*¿Sabes, Essy? Deberías aprovechar la situación y dejar que Rick sienta celos. Un poco de sana competencia no le hace mal a nadie. Además, hoy en cuanto salgas de la oficina voy a pasar por ti. Quiero que me acompañes a una boutique nueva, está con promociones por inauguración... He visto unos conjuntos hermosos, además de unos ligeros para morirse, de esos que hacen que a los hombres les dé EP. ¿Qué dices?* —pregunta Sonia luego de varios minutos sin dejarme hablar.

Quiero quedar embarazada, no que mi esposo se enferme de eyaculación precoz

—No creo que sea buena idea lo de los celos, no necesito más problemas. Pero si me parece interesante comprar lencería nueva.

Oigo un bufido y luego se aclara la garganta.

—*Bien, como quieras. Y lo de la lencería es cierto... puedes dejarla a su alcance para que vea lo que has comprado y no lo has usado con él.*

—Ya veo que quieres es que pelee con Ricardo.

—*No, solo que lo martirices un poco, se lo merece.*

Nada más acertado que eso, sin embargo no soy muy partidaria de echarle más sal a la herida. Ya tengo suficiente con que lidiar para añadir a la lista martirizar a Ricardo.

Aunque siempre puedo hacer una excepción.

—Ya veremos. Te dejo, tengo que ir al concesionario antes de mediodía —me despido de ella mientras me manda besos telefónicos.

Cuelgo el teléfono y tomo mi bolso para salir de ahí antes que alguien venga y me haga demorar. Hoy por fin me van a entregar el auto nuevo que desde hace mucho tiempo esperaba tener. Después de verificar las finanzas personales, me di cuenta que lo mejor era un carro sedan, de los que tienen espacio y confort suficientes y no son tan costosos como las camionetas. Además, el modelo que escogí tenía todo lo necesario en cuanto a espacio, seguridad y

adaptabilidad para tener niños. En resumen, todo.

En cuanto salgo de mi oficina, intento de dejarle unas directrices a Camila, pero no se encuentra en su puesto. Me quedo ahí por lo menos tres minutos hasta que me canso. Supongo que está en el baño, así que me dirijo al escritorio de Martín, quien está muy concentrado mirando la última estadística del mes.

—Martín, ¿puedes hacerme un favor? —le pido a pesar que no ha notado mi presencia.

Acto seguido, el chico se envara asustado y me mira como si hubiera aparecido de la nada.

—Señora Rosas... Claro —tartamudea.

—Llámame Esther, al final sales con mi amiga —le digo para restarle importancia al susto que acabo de darle.

—Claro, lo que necesite, señora Esther —me dice con ese brillo enamorado en sus ojos en cuanto mencioné a Sonia.

*Pobre chico.*

—En cuanto vuelva Camila, entrégale estos papeles y dile que necesitan revisión. Es urgente, los necesito para mañana en la mañana.

—Por supuesto, yo me encargo.

Le paso la encomienda y le echo una última ojeada al puesto de Camila. Me cuesta entender qué hace tanto tiempo por fuera de su escritorio. Por lo menos sé que no es nada relacionado al trabajo que hace para mí.



La sensación de conducir un carro nuevo es tan excitante; no solo el olor, sino la comodidad de los asientos, el suave cuero que cubre los espaldares. Luego de acariciar todas sus partes por un buen tiempo, decido ir a almorzar antes de volver a la oficina.

Me dirijo a San Antonio, un pequeño barrio antiguo rodeado de árboles y donde sirven una de las mejores cazuelas de mariscos que he comido en toda mi vida. No sé por qué, pero tenía un gran antojo.

En medio de la comida, un hombre alto y fornido se acerca a mi mesa y llama mi atención. Se queda mirándome como si intentara recordar de donde me conoce, aunque si lo miro bien, puedo decir que también lo he visto en alguna parte. Una mujer lo acompaña y se detiene junto a él mientras intenta saber que ocurre. Me mira a mí y a su acompañante por un largo segundo.

—¿Nos conocemos? —me pregunta la mujer pelirroja a la cual se le nota un pequeño bulto de embarazo.

Intento recordar pero soy mala para las caras.

—¡Ohh! —exclama el hombre que me regala una sonrisa que no sé identificar —. Eres la esposa de Ricardo, ¿no? ¿Esther?

La mención de mi esposo me sorprende pero asiento hacia ellos sin una palabra. El hombre se acerca un poco más y me extiende la mano.

—Soy Michael, amigo del colegio de Ricardo. Creo que fuiste a mi boda.

Ahí es donde todo vuelve a mí como un rayo. La boda más hermosa que alguna vez haya presenciado. No sólo por el amor que se podía tocar en el aire, sino porque ellos nunca dejaban de mirarse a los ojos, ni cuando otras personas intentaban separarlos para hablar con ellos. Ricardo se acercó solo una vez para saludar a Michael pero fue muy reservado con la novia, aunque ella también estaba en su salón.

—Así es, soy Esther Rosas —le digo mientras estrecho su mano saludándolo.

—¡Qué bueno verte! ¿Cómo está nuestro amigo genio? —pregunta Michael con desenvoltura.

—Trabajando hasta el cansancio —respondo intentando no hacer ninguna mueca.

—Así es él. Cuando apenas éramos unos niños, se la pasaba haciéndole los trabajos a los compañeros por un precio no tan razonable. Tenía huesos de empresario desde esa época.

Simulo una risa y los invito a sentarse.

—Oh no, no te queremos interrumpir. ¿Te acuerdas de mi esposa? Antonia.

—Me acuerdo de la boda. Me alegra verlos.

Antonia inclina su cabeza a modo de saludo.

—Bueno, es que he estado intentando contactar a Ricardo, pero ha sido imposible. Estamos repartiendo las invitaciones al *baby shower* de mi mini Mike —dice y mira a su esposa, quien se soba la panza.

Trago grueso ante su gesto y veo el profundo amor que ambos le tienen a esa criatura que no ha nacido. Michael se ve orgulloso de que va a ser padre.

—Aquí tengo algunas pero no tengo la de ustedes. ¿Me podrías dar tu número? Creo que perdí el de Ricardo o el que tengo ya no es... o no sé. El asunto es que no me contesta y la fiesta es en tres semanas.

—Claro —extiendo mi mano para tomar su celular y apunto mi número personal. Adiciono la dirección de la casa por si lo quieren enviar por correo —. Ahí están nuestros datos. Felicidades por el niño.

—Gracias —contesta Antonia con ese brillo que siempre he ambicionado —. Estamos

ansiosos que llegue el día.

—¿Es el primero? —pregunto un poco indiscreta.

Ellos se miran por un segundo antes de contestar. Veo algo diferente, como si esa pregunta los hiciera recordar algo doloroso.

—Es nuestro primer bebé, sí. Además es un bebé arcoíris.

Me siento mal inmediatamente por mi intrusión. Antonia trata de mantener su expresión inmutable pero las lágrimas le ganan. Michael la atrae hacia él con ternura y le soba la cabeza para que se calme.

*¡Genial! ¡He hecho llorar a una mujer embarazada!*

—Lo lamento tanto. No lo sabía.

—No te preocupes —responde Michael—. No podías saberlo. Hemos tenido algunas dificultades para concebir, pero cuando pasó hace dos años y luego lo perdimos, casi nos damos por vencidos. Este bebé es en todo lo que pensamos últimamente —dice señalando a su hijo no nato.

Antonia atrae una silla de mi mesa para sentarse. Se nota cansada. Michael la imita y al final terminan ordenando la comida junto a mí.

Entre lágrimas me cuentan la historia completa de como perdieron a su otro bebé. Apenas tenía veintidós semanas de embarazo cuando sintió un sangrado abundante. Luego de correr al hospital y pasar casi dos horas esperando que les dijeran algo, les anunciaron que lo habían perdido. No estoy segura porque me contaron, pero parecía que necesitaban contárselo a otra persona y luego pasar a un tema mucho más feliz.

—¿Ya tiene nombre? No creo que le vayan a poner mini Mike —intento relajar el ambiente centrándome en el milagro que tengo delante.

—Pues... aun no nos decidimos. Tenemos hasta la fiesta, supongo...

—¿Qué dice en las invitaciones? ¿No dice el nombre?

—No —dice y abre su maleta para mostrarme una —, sólo nos menciona a nosotros y a nuestro pequeño bebé arcoíris. Somos un par de indecisos en esto.

—Puedo ayudar —me ofrezco, pero al instante me arrepiento. Ellos ni siquiera son mis amigos, son amigos de mi esposo, no creo que me dejen hacer algo tan íntimo como escoger el nombre del bebé—. Lo lamento, estoy cruzando un límite.

—No, no —Antonia mueve la cabeza negativamente—. Por el contrario, es genial que te ofrezcas. No sabes cuánto trabajo es traer una vida en tu vientre ¿o sí? ¿Ustedes tienen hijos? Lo lamento, debimos haber preguntado antes de decir esa barbaridad, seguro ustedes ya han

experimentado esto y yo haciéndome la víctima.

Levanto mi mano para detenerla.

—No tenemos hijos. —Siento como mi garganta se cierra y mis ojos empiezan a picar. Trato de que mis emociones no se noten pero es claro que me ha molestado su pregunta.

Tan solo ver a Michael con esa ansiedad de ver a su hijo y a su esposa atravesando la etapa que yo siempre he deseado, es como si el destino estuviera dándome alguna señal para que sepa que algo está muy mal en mi matrimonio.

—¿No quieren tener? —pregunta ella con aprensión.

—Yo sí —respondo de forma seca.

Michael mueve la boca y susurra algo a su esposa. Ambos me miran con compasión y asienten. Michael empieza a hablar de la lista de nombres que tienen para cambiar la conversación. Luego de escuchar varios, me doy cuenta que va a ser un proceso difícil para que uno de ellos ceda a los nombres del otro. En la lista de Antonia, la mayoría son nombres latinos, en cambio en la de Michael, están en inglés.

—El apellido está en español, amor —refuta Antonia.

—Mi nombre está en inglés y le queda —replica Michael.

Decido no entrometerme. Por más que me emocione conversar sobre bebés, también me hace sentir como si un fierro caliente fuera colocado en mi garganta. No puedo contener la envidia que siento hacia ella. Sé que es una bobada, y que han sufrido mucho por lograr tener hijos, pero sigo envidiándola.

No sé si vaya a sobrevivir a ese *baby shower*.

Al finalizar el almuerzo, ellos se despiden de mí prometiendo que me llamaran en cuanto tengan tiempo para llevarnos la invitación. Sin embargo, en un arranque que no logro identificar —si es por estar hacer nuevos amigos o por seguir viendo a una mujer embarazada y martirizarme —, los invito a cenar en nuestra casa el fin de semana. Ambos aceptan complacidos y mencionan que están ansiosos de ponerse al día con mi esposo.



El primero que me recibe en cuanto cruzo la puerta de mi oficina es Ángelo. El hombre parece que no entiende bien el hecho de una chapa con seguro. Me pasa unos papeles para que los mire y me pide que haga un estudio de mercado visionario. Me quedo un poco absorta con todo lo que dice porque se supone que tenemos todo al día.

—Creo que ese nuevo enfoque podríamos subir al puesto número uno —dice él con esa confianza en su voz.

—Por supuesto.

Se acerca hasta mi espalda y se agacha para quedar a mi estatura. Ese pequeño gesto me hace sentir inmediatamente y jadear con el corazón acelerado. Sutilmente, señala algo en el papel que estoy sosteniendo y luego desliza su dedo hasta mi brazo. Lo retiro con gentileza pero al mismo tiempo con firmeza.

—Haré esto de inmediato, señor Egizi.

—Ángelo.

—Creo que debemos mantener la imagen corporativa, señor Egizi. Es mucho más eficiente — le digo esta vez sintiéndome indecisa, con la voz de una niña pequeña.

—Insisto —dice con ese acento extranjero.

Me levanto para ayudarlo a salir de la oficina pero él usa su porte musculoso para evitar que lo eche. Su pecho queda a la altura de mi nariz, por lo que tengo que alzar la cabeza para mirarlo a los ojos.

—*Signora* Esther, es una mujer exquisita. Recuérdelo —dice y toma mi mano para apretarla y despedirse.

En cuanto sale, cierro la puerta con seguro y me recuesto en ella para respirar. Aunque surte el efecto contrario, empiezo a agitarme e hiperventilar como si fuera una adolescente que acaba de ver a su cantante favorito.

*Concéntrate Esther. Recuerda que debes alejarte de ese hombre.*

## Capítulo 14

Tal como Sonia había propuesto, en cuando llego a casa ubico el conjunto rojo con negro en la puerta de mi closet. Lo había escogido porque tenía un sujetador de encaje, igual que el panty, pero adicional a eso, trae un liguero que con sólo mirarlo me sonrojo. La cara de Ricardo en cuanto lo ve, no tiene precio; traga grueso, parpadea dos veces e incluso lo veo tentado a tocar la suave tela. Sin embargo, se da cuenta que lo he pillado y se recompone dirigiéndose al baño. Aprovecho que se ha ido para esconderlo entre mis cosas y trato de actuar como si nada hubiera pasado. No sé si ya comió o si ha pedido algo de cenar, pero de todas formas no pregunto. Hemos mantenido este tipo de silencio por largo tiempo, y no voy a ser yo quien lo termine.

Hay cosas positivas y negativas en las peleas en el matrimonio. Las positivas es que en esos momentos es donde realmente conoces a la persona con la que compartes tu vida; su temperamento, su dominio propio, su forma de afrontar el conflicto y su capacidad para el perdón o para disculparse. Lo negativo, es que descubras que la mayoría de lo anterior puede convertirse en un problema porque no son compatibles.

En nuestro caso, es el evidente orgullo que nos caracteriza cuando creemos que tenemos la razón. Lo digo en plural porque somos ambos. Es difícil que alguno dé su brazo a torcer cuando estamos a dos lados opuestos.

Un mensaje suena en su celular que está en la mesa de noche al lado de la cama. Es raro que él lo haya dejado, nunca lo suelta ni parece despegarse de ese aparato. No sé qué me posee pero la necesidad de conocer quien está enviándole mensajes a mi esposo a esta hora, me hace encender la pantalla.

«Alim

Según lo último que supe, hay muchas posibi...»

Hasta ahí me deja ver la notificación, lo cual no me dice nada. Repito el nombre del remitente en mi mente para saber si sé quién es, pero es bastante peculiar para no haberlo identificado inmediatamente. Además no estoy segura si es hombre o mujer. Suena como oriental. No conozco a nadie oriental.

Trato de desbloquear el celular pero la clave que tenía hace unos días ya no es. Bufo frustrada y lo dejo en la misma posición en la que lo encontré y me alisto para dormir.

Sigo dándole vueltas al asunto, pero al final lo desestimo con el fin de lograr algo de paz interior antes de acostarme. Tengo mucho que procesar y adicionar a un misterioso hombre que le envía mensajes a Ricardo, no es conveniente para conciliar el sueño.

En cuanto abre la puerta, lo veo duchado, algo que generalmente hace cuando está de buen humor con su cerebro de abajo.

—Veo que has tomado una decisión —empieza a hablar pero quedo un poco confundida con la forma como lo dijo. Además que no sé a qué se refiere.

—¿Cuál decisión? —pregunto con el ceño fruncido.

—Compraste un carro. Bueno, sacaste un crédito a tu nombre para comprar el carro.

—Ya está pago el sesenta y cinco por ciento. Necesitaba el crédito porque no me alcanzaba sin tocar tu dinero o el de la empresa.

—Eso no me preocupa —dice él con una pequeña sonrisa en su rostro que no entiendo —. Hablo de que necesitas seguir trabajando para pagarlo.

—¿En qué momento dijimos que iba a dejar de trabajar? —pregunto a la defensiva.

—No lo dijimos, pero te estoy haciendo un favor, Esther. Sé que odiarías ser una madre ausente, mucho más en los primeros años de la vida del niño.

Abro la boca pero la cierro de inmediato. No sé si está tratando de probar un punto o de convencerme de cancelar los planes, pero la frase que acaba de decir tiene mucha lógica. Muy en el fondo quiero estar ahí cuando sonría por primera vez, el primer baño, su primer diente, vivir la aventura de salir a la calle con ese ser indefenso que depende de mí. Luego su primera palabra, la cual forzaría que fuera «mamá» en vez de «papá», sus primeros pasos y sus travesuras.

Pero al mismo tiempo, renunciar a lo que he logrado sería dar un paso atrás en mi carrera y verla irse entre mis dedos.

¿Es muy egoísta querer ambas?

—Quizás tienes razón en eso, pero no estoy dispuesta a renunciar a todo. Podría trabajar menos horas pero no me saldría definitivamente. Quiero descubrir esa etapa de mi vida sin dejar de lado la empresa.

—Como somos los dueños podemos ser flexibles con los horarios.

—Eso no fue lo que dijiste hace unos días —lo acuso alterada.

—Lo sé, lo lamento. No estaba pensando con claridad. De verdad creo que tu trabajo es indispensable y que conseguiremos más clientes si tú sigues encargada del área de mercadeo. En serio. Lamento haberte herido con mis palabras, fueron muy desconsideradas.

Mis labios se fruncen en una línea de manera inconsciente. Repaso cada palabra y lo miro fijamente a los ojos para encontrar algún síntoma de condescendencia o mentira. Sin embargo, Ricardo se acerca con esa actitud conciliadora y necesitada de contacto que mi «no tan frío» corazón se derrite al instante.

Sus labios besan mis mejillas con cautela, como si aún esperara algún problema adicional, sin embargo, con cada nuevo beso, más cerca llegaba a mis labios.

El deseo carnal nos posee luego. El fuego interior me pide que me relaje y que me deje llevar, que no busque excusas. Pronto, estamos en una danza de placer que nos deja jadeantes y mudos mirándonos a los ojos.

En el fondo sabía que no todo estaba resuelto y que necesitaría más que una disculpa para que sus palabras dejaran de hacer eco en mi memoria, pero al mismo tiempo, tenerlo dispuesto es ganancia para mí. Aumenta las posibilidades de concepción.



—¿Tenemos clientes asiáticos o árabes? —le pregunto a Camila en un tono que espero entienda que es confidencial.

—Puedo revisar pero es difícil encontrar algo si no tengo algún dato. Nunca preguntamos la nacionalidad del cliente.

—Tengo un nombre pero sin apellido —le digo para tranquilizarla—. Alim.

—Extraño —responde ella mientras se rasca la nariz como si se la quisiera arrancar—. Si hay algún Alim puedo encontrarlo.

—Si es necesario pídele a los chicos de informática que te ayuden —la autorizo para que gaste el tiempo del personal más ocupado de la empresa. Pobres chicos. Estar encargados de que la página de la empresa soporte nuestro crecimiento de los últimos meses ha sido toda una pesadilla para ellos.

—Por supuesto, ¿necesita algo más, señora?

—Nada más por el momento, gracias Camila —le digo con una media sonrisa y me adentro a mi montaña de tablas y comparaciones.

El requerimiento del señor Egizi me ha costado mucho más de lo esperado. Su concepto no es cotidiano en la mercadotecnia y querer usarlo en nuestro beneficio, puedo hacer que nuestra imagen corporativa se vaya a pique. Para mí es un salto demasiado arriesgado y no he podido encontrar que los números corroboren su visión.

Un suave toque en mi puerta abierta me hace quitar la atención del trabajo para encontrarme con un par de ojos verdosos que me miran expectantes. Me acomodo el escote de la blusa como si sintiera que estoy mostrando demasiado ante la inspección estricta del nuevo socio.

—*Signora*, la estamos esperando en la sala de juntas —dice con un tono sugestivo que me hace temblar hasta el cabello.

Me regaño a mí misma por esa reacción tan visceral y asiento para que sepa que he recibido el mensaje. El tiempo se me pasó y no me acordaba que a las tres teníamos reunión de progreso.

A pesar que le hice señas que se adelantara, no quiso irse solo. Esperó hasta que me tuvo a su paso y me rodeó la cintura con su mano. Ante tal gesto, lo único que se me ocurrió fue sacudirme la falda y alejarme dos pasos hacia un lado.

Me molestó su desfachatez, pero al mismo tiempo me molesté conmigo misma por no darle una advertencia clara y una negativa contundente. Estaba jugando con fuego y lo peor es que me hacía sentir con vida.

## Capítulo 15

En cuanto entramos a la sala de juntas y me doy cuenta de la soledad que la envuelve, me giro sobre mis talones para enfrentar al italiano engreído que viene con una expresión de victoria. No puedo creer que me haya hecho venir hasta acá sin que nadie esté presente. A pesar de mi mal humor, el hombre no se inmuta sino que cierra la puerta con seguro y se acerca hasta mí invadiendo mi espacio personal.

—Creo que cancelaron la reunión. Su esposo envió un mensaje que debió salir por un asunto laboral urgente. ¿No sabe de qué se trata, *signora*? —pregunta Ángelo con una extraña curiosidad.

Me pregunto qué quiere conseguir. Aunque habla de Ricardo, esa pregunta se siente un poco más personal.

—No me dijo nada —respondo mientras doy un paso hacia atrás.

Su mano vuela hasta mi cintura para no dejarme escapar y su aliento choca en mi rostro al estar mirando hacia abajo. Da un paso hacia adelante y yo doy uno hacia atrás. Hacemos eso hasta que mis piernas se chocan con la mesa de juntas.

Intento reaccionar. Mi parte racional trata de cachetear a mi diosa interior, una que realmente está tan deslumbrada por el italiano que está babeando y estirando la boca. Me hace recordar a esas películas en las que el protagonista tiene un ángel y un demonio en cada hombro tratando de convencerlo de ideas opuestas.

En mi caso sería algo así como:

*Ángel: ¡Esther! Dile que se alejé está demasiado cerca.*

*Demonio: Esa es la idea, ¡vamos bizcocho! Dame un besito.*

*Ángel: ¿Cómo se te ocurre? Ella está casada y ama a su esposo.*

*Demonio: ¿Quién dice que tiene que dejar de amarlo? Sólo necesita a otro que la haga sentir deseada. Que tenga sus ojos en ella como ese hombre de ahí. ¡Míralo! Es demasiado guapo para desaprovechar la situación.*

*Ángel: La apariencia es algo superficial y se acaba. Por el contrario el amor es eterno. No se juega con eso.*

*Demonio: ¡Claro! ¡Eterno! Por si no te has dado cuenta la mitad de los que se casan se divorcian.*

*Ángel: Caso aparte. Ahora estamos intentando que ella no se enrede con ese hombre, quien resulta ser el socio de la empresa. ¿Oíste Esther? Es tu socio. ¿Qué crees que va a pasar si alguien se entera? Puedes perder todo.*

*Demonio: Nadie se va a dar cuenta, ¿acaso no viste? Aquel dios acaba de cerrar la puerta. ¡Llámame loca, pero este tipo quiere acostar a Esther sobre el escritorio! Además, debe ser alguna señal sobre su nombre, nada malo puede ocurrir de alguien que se llama Ángel, es un tipo angelical... ¡Anda Esther! Besa al desgraciado. Un besito inocente y luego otro más desenfrenado...*

*Ángel: ¡Olvidalo! No lo hagas.*

Al estar en mi diatriba interior, no escucho algo que acaba de decir Ángel. Es como si su voz se hubiera puesto en segundo plano porque estoy demasiado concentrada en mirar ese par de ojos avellana que me marean al cambiar de color con la luz.

—*Signora, ¿me ha escuchado? Parece un poco absorta* —dice muy cerca de mi oído.

Un leve estremecimiento me recorre desde la coronilla hasta la punta del pie. Eso parece indicarle que es momento de pegar su cuerpo al mío y quitarme el aliento definitivamente.

Algo en mi consciencia vuelve a encenderse y me hace empujarlo justo antes que sus labios me tocan. Sacudo su agarre y me aparto unos buenos tres metros mientras lo miro con cara de espanto.

*¿Qué iba a hacer?*

—No sé qué está pensando usted, señor Egizi, pero esto es un área de trabajo y usted es mi socio.

Él frunce el ceño como si no comprendiera lo que acabo de decir.

—¿Su socio? —pregunta mientras une sus cejas.

—Así es. Está mal visto lo que usted se proponía.

—Le he dicho varias veces que no me llame por mi apellido, y no soy su socio.

—Claro que lo es.

—No, soy socio de su esposo —dice con una actitud altiva.

Mi cara de incompreensión hace que me mire con extrañeza y luego se gira para sacar unos papeles de su maletín.

—En la negociación, grupo Élite se asoció con el propietario de Rosas doradas. Tengo que aclarar que decía que era un único dueño.

—¿Qué? Tiene que ser algún error —digo negando con la cabeza.

—Me temo que no lo creo. Ahora mismo las acciones están repartidas en dos partes, setenta por ciento Ricardo Rosas y treinta por ciento Grupo Élite.

Por poco me caigo al suelo; mis rodillas perdieron fuerzas y mis ojos dejaron de enfocar a Ángel. Siento que su mano sostiene mi espalda y me ayuda a sentar en una de las sillas.

*¿Treinta por ciento? Estoy segura que Ricardo dijo veinticinco por ciento.*

El dolor por la mentira se adentra en mi corazón y me hace gemir por una contracción en mi pecho.

Además de eso, ¿me está diciendo que no soy dueña de la empresa?

Me señala uno de los papeles y me dice que lea un párrafo. Exactamente el que especifica la acciones. Repaso unas tres veces antes de creerlo, luego empiezo desde el principio intentando buscar mi nombre por algún lado, pero cuando no aparece empiezo a contar las veces que nombra a Ricardo y a Ángel Egizi. En total cinco para cada uno.

—¿Cómo pasó esto? —pregunto al aire porque no hay nada que él me pueda explicar. Ricardo debe haber cambiado el registro de la empresa y me sacó de la sociedad.

Su postura cambia, cuando me invitó a este sitio parecía decidido a ser sensual y atractivo, pero ahora, se ve sorprendido y comprensivo. Por alguna razón fue eso mismo lo que me hizo desbordar en lágrimas.

Esto fue un acto premeditado, una traición preparada. Me cuesta creerlo aun pero me queda claro que Ricardo está esperando el momento indicado para apartarme sin ningún impedimento.

Me levanto decidida, limpiándome las mejillas y me acerco a Ángel haciendo el movimiento que tanto estaba buscando. Él, sin rechistar ni pensarlo dos veces se pega a mi cuerpo y toma mi cabeza con algo de rudeza. Sus labios se estampan en los míos con pasión, y su lengua me invade exponiendo el deseo carnal.

No sé si es la rabia o el dolor que siento en el momento, pero mi mente deja de contradecir a mi cuerpo, dejando a mis manos libres de hacer lo que prefieran. Lo cual hacen. Recorro su espalda apretándome contra él y sintiendo sus músculos tensarse.

Lleva una de sus manos a la corbata y tira de ella para aflojarla. Sin esperar sus instrucciones, me lanzo a desabotonar su camisa mientras él me toma del trasero y me sube a la mesa. Tengo que recoger mi falda para darle acceso completo y seguir besándolo como si se fuera a acabar el mundo.

Se separa un momento para mirarme y tomarme de las mejillas de nuevo, como si estuviera constatando que yo estoy en esto con él. Sin embargo, ese pequeño momento de separación fue suficiente para que mi cordura me diera un azote de realidad y mi consciencia gritara desde la oscuridad que parara.

—Espera —le digo mientras él se está quitando la camisa.

Sus músculos me saludan como si me estuviesen esperando desde hace mucho. Quedo alucinada un momento e intento tocarlo, lo que aprovecha Ángelo para volver a besarme y pasar acariciar mis pechos.

—En serio, aquí no —le digo como si estuviera prometiendo que vamos a reanudar esto en otra parte.

*¿Quiero reanudarlo?*

*Demonio: ¡Diablos! ¡Sí!*

*Ángel: Aún tienes tiempo para salir corriendo. No has hecho nada tan grave... Vete de aquí.*

*Demonio: ¡Cállate! La chica está explorando sus opciones. ¿No acabas de escuchar que el imbécil de su marido la dejó sin empresa?*

*Ángel: Odio tener que darte la razón en eso, pero la venganza no es buena.*

*Demonio: Sabes que tengo razón, así que Esther... no pares. La oficina es tan buena como cualquier otro sitio.*

Pongo mis pies en el piso y acomodo mi falda sintiendo que mis mejillas se incendian. No puedo evitar sentirme apenada. No puedo reconocerme a mí misma, yo no soy de la clase de persona que engaña a su pareja.

—Esther —me llama con esa voz varonil y ese toque sensual que le da el acento.

—Lo lamento, esto no debió pasar.

—Pasó porque los dos queremos que pase. Es una mujer exquisita que se merece ser valorada y ser puesta en un pedestal. Necesita a un verdadero hombre que la ame.

Mientras estuvo hablando creo que no respiré.

—¿Es eso lo que usted me ofrece? ¿Amor? —inquiero con total incredulidad.

Este tipo lo único que quiere es acostarse con la esposa del jefe.

A pesar de la mala intención que tenían mis palabras, los ojos de Ángelo no flaquean en ningún momento. Asiente y besa el dorso de mi mano como un caballero.

—Eso y mucho más, *amore mio*. —La mención de la frase en italiano me hizo temblar las mejillas y soltar una risa nerviosa que me delata.

Se pone la camisa de nuevo, tapándose ese torso de infarto que tiene mientras me lanza unas cuantas miradas coquetas. Besa mi mejilla y se aleja unos cuantos pasos.

—Terminaremos esto después. En cuanto hayas pensado sobre lo que te acabo de decir, supongo que no debo aprovecharme del todo... ¿no? No me hace ver bien.

Le sonrío en respuesta y lo veo irse caminando como si no acabara de besarme apasionadamente. Por mi parte, me demoro por lo menos cinco minutos acomodando mi respiración y peinándome con las manos tratando de no parecer recién asaltada.

En algo tengo que darle las gracias a Ángelo, ha transformado la rabia y el sentimiento de traición a determinación. No voy a dejar que Ricardo me pisotee.

## Capítulo 16

—Entonces, ¿ahora tus hijos van a ser italianos? —dice Sonia en modo persuasivo—. Míralo por el lado bueno, tendrían doble nacionalidad y muchos beneficios.

Sabía que contarle a Sonia me ayudaría a darle una nueva visión al asunto, pero eran inminente sus múltiples comentarios irónicos.

—Sólo lo besé, nada más —digo mientras tomo mi segunda cerveza.

Estamos en el bar, intentando que la música de fondo nos deje hablar pero al mismo tiempo sintiendo que eso nos da algo de privacidad.

—Es mucho más que eso. El tipo te llevó a la sala cuando sabía que no había nadie y te persuadió a besarlo. Por cierto, ¿cómo lo hizo? Siempre tuve la impresión que tú nunca darías tu brazo a torcer y serías de las que corre.

Hablar sobre eso me parece aún peor.

—Me mostró unos papeles de la empresa.

—¡Vaya! ¡Eres de la que se excita con cosas de trabajo! —dice interrumpiéndome—. Me estás sorprendiendo, Essy. Tengo que ponerte más cuidado porque parece que no te conozco realmente.

—No —digo negando con la cabeza y las manos.

—¿Entonces? Tiene que ser algo muy jugoso para atacar al italiano y tratar de descorcharlo.

No puedo contener la risa pero luego le doy un manotazo en su brazo para que me deje continuar la historia.

—¿Puedo contarte o no?

—Síiii, que mis comentarios no te detengan. Sólo que me gusta intentar adivinar. Últimamente tu vida se ha puesto muy emocionante.

Ruedo los ojos y la miro con cansancio.

—Me mostró un acta de la empresa donde muestra a Ricardo como único dueño antes del convenio con Grupo Élite. No tengo ninguna acción. Cero.

Los ojos nerviosos de Sonia escudriñan el lugar y acerca su silla un poco más. Toma mi mano en una actitud de consuelo. Esperaba que ella pegara el grito en el cielo y maldijera a Ricardo por su traición, pero se queda callada y hace una línea con sus labios.

Me siento un poco mejor en cuanto lo digo. No baja mi rabia pero siento un alivio interior que me deja respirar sin el peso de llevar un secreto como ese. Ricardo tiene que explicarme exactamente que lo llevó a sacarme de la sociedad, debe ser tan creíble que me convenza y me asegure que nada va a cambiar entre nosotros. O quizás debería buscar a un abogado.

—¿Y le creíste? —pregunta Sonia en un susurro.

—Pues tenía un acta.

—¿Firmada?

Frunzo el ceño y repaso en mi mente el documento que vi hace unas horas.

—No me fijé.

Sonia bufá incrédula y chasquea la lengua como si hubiera tenido una epifanía.

—Cariñito, nunca des por cierto algo que te diga un pretendiente sobre tu marido. Tienes como comprobarlo, así que hazlo. Lo bueno de ser la jefa, es que puedes esculcar hasta lo recóndito del lugar, la contabilidad o incluso averiguar en una entidad externa.

*¿Ella es Sonia? ¿Sonia acaba de darme un consejo racional?*

Algo se va a acabar hoy. Espero que no sea el mundo.

—Tienes razón. Tengo que comprobarlo antes de mencionarle algo a Ricardo.

—Es lo mejor. Yo no soy una gran fan de Rick pero el italiano tampoco me parece confiable. Con el hecho de haberme ignorado, ya no lo veo tan atractivo... Bueno, eso es mentira... El tipo ese está más bueno que el sexo mañanero, pero me parece algo intenso... Para mí, está decidido a meterse entre tus piernas como sea. Si fuera conmigo no tendría problema, pero contigo tengo que ser una buena amiga y protegerte. Ese tipo te destrozaría en un pestañeo.

No puedo evitar fruncir los labios y achinar los ojos.

—En tu humilde opinión...

—Nunca digo «en mi humilde opinión» porque mi opinión no es humilde. Por lo general es tan certera como un asiático con un arco. Créeme cariñito, conozco al tipo de hombre que es el italiano. Jugadores y mujeriegos. Es capaz de decir lo que sea, en serio, lo que sea para ganar tu confianza y hacerte caer.

—Dijo que necesito un hombre que me ame —digo sintiéndome como una tonta. Aunque en ese momento no le creí, tengo que confesar que cuando su mirada no flaqueó sino que siguió mirándome como si fuera un diamante enorme, una pequeña luz se encendió en mi alma y sentí un

estremecimiento que no experimentaba desde los años de mi adolescencia.

—¡Ja! Es hábil. Sabe que eres del tipo de mujer que busca amor.

—¿Sabes? Cuando te dije que viniéramos al bar, había visualizado esta conversación muy distinta. Pensé que ibas a felicitarme y a alentarme a dejar a Ricardo en un mar de insultos.

—¿Quieres dejar a Rick? —pregunta con una nota de sorpresa en su voz.

—No —digo contundente—. No —lo repito esta vez menos convincente.

—Essy, yo soy loca y no tengo intención de casarme pero respeto a los que lo hacen. No sé si lo has notado pero no me meto con tipos casados. Tengo principios... Bueno, unos cuantos principios. Y como tú juraste amarlo hasta la muerte, no deberías dejar que el otro te haga dudar tan fácil. Y si confirmas que es cierto, tienes que enfrentarlo como una dama y no como una zorra.

—Una dama —me repito.

—Así es, ya hay una zorra en esta amistad —dice Sonia con una sonrisa genuina y me abraza con cariño.

Cuando me suelta, alza el dedo y nos señala para pedir otra ronda. Niego al cantinero y le indico que sólo traiga una. Ya llevo mucho alcohol en mi organismo para salir de aquí y conducir. Tengo que ser más consecuente y no emborracharme.

—¡Se me ha olvidado! —dice ella de nuevo y trata de levantarse.

—No lo hagas hoy. No hasta que sepa que sigo siendo dueña de la empresa —le digo cuando Sonia ya se preparaba para vociferar y anunciar la empresa.

—Bien, tienes razón. ¡Eso me recuerda! ¡Conocí a la mamá de Martín! —dice y espera mi reacción.

Llevo mi cuerpo hacia ella esperando que continúe con la historia. Sonia lanza una risita y toma un largo trago de su cerveza.

—¡Me ama! Dice que soy la primera chica que con la que ve futuro para su hijo. Parece que antes de mí, siempre se mezclaba con chicas sin ganas de estudiar o que no querían trabajar ni hacer nada por la vida. Me hizo un cuestionario excesivo pero pasé sus pruebas. Incluso fue super abierta con el tema sexual y me dijo que lo mantuviera contento y me guiñó el ojo.

—¿Qué?

—Es muy chistoso porque ella cree que el padre de Martín la dejó porque ella tuvo un problema —dice y señala su pantalón—, y no pudo volverlo a atender. Así que está preocupada que su hijo no siga esos pasos, ¿me entiendes?

Asiento sin poder contener la risa.

—¡Y tú que estabas angustiada por conocerla!

—Una pérdida de tiempo. Ahora lo que me preocupa es cuando tenga que cortar con Martín y ella termine odiándome. No sé, quizás podríamos ser amigas aunque no salga con su hijo.

Con sólo un gesto le indico que su idea es descabellada.

—*Awkward* —dice ella con voz cantarina —. Lo sé.

—Sí, demasiado extraño. No me imagino tú y ella hablando de experiencias sexuales y luego ella te pregunte por su hijo... —me llevo las manos a la cara de solo pensarlo.

—Podría decirle que es buenísimo y que no se salta los preliminares —responde ella.

—¡Ay calla! —digo escandalizada. Ambas soltamos una carcajada.

Por poco esta conversación me hace olvidar mi situación. Casi.

Sonia es como el agua fresca, es capaz de desviar cualquier tema a uno más relajado. Supongo que por eso somos amigas, una chica tan cuadrada como yo, necesitaba a alguien que supiera pintar por fuera de las líneas.

—Sé que es temprano pero debo irme, Killian me espera —le digo y saco un billete de mi cartera.

Sonia hace un puchero pero asiente.

—Acepto tu partida porque ese peludo es hermoso y necesita cuidado. Yo iré a casa de Martín, quizás me dejen quedarme —dice alzando las cejas y llevando sus brazos doblados a sesenta grados alternándolo con un movimiento de pelvis de adelante para atrás.

Le doy un beso en la mejilla y me apresuro a salir del bar buscando mis llaves. Camino en línea recta o por lo menos eso quiero pensar. Me siento bien para conducir, no creo que esté siendo irresponsable pero solo por precaución opto por no pasar de sesenta kilómetros por hora y mandarle un mensaje a Ricardo para que me espere.



El primero que me recibe es Killian. Mi peludo mueve su colita con premura y se pone en dos patas para pedir que lo cargue. Ricardo me abraza de lado y me da un pequeño beso casto en mis labios.

—Pensé que te demorarías más —dice Ricardo a modo de saludo.

—No teníamos ganas de trasnochar y me preocupaba que Killian no hubiera comido.

—Él ya comió, ya le di —dice mientras le acaricia la cabeza —. Entonces, ¿no te preocupabas por mí, corazón?

—¿Debería? —pregunto denotando un doble sentido que lo hace retroceder y fijar sus ojos en los míos intentando escudriñar la razón por lo que lo mencioné.

—¿Qué quieres decir? —pregunta con la voz cruda.

—Nada, estoy estresada —intento restarle importancia pero mi expresión no me deja mentir.

Ricardo me pide a Killian, así que se lo paso. Él lo deja en el suelo y el perro se aleja buscando uno de sus juguetes.

—¿Has pensado en que vas a cocinar el fin de semana? No es que quiera impresionarlos pero hace mucho que no tenemos a un amigo en una cena y quiero que pasemos un buen rato —dice Ricardo cambiando el tema.

—¿Sabes dónde están los estatutos de la empresa? ¿Los actuales? —pregunto evadiendo el tema.

—Los debe tener contabilidad, ¿por qué? —dice con una voz más aguda de la normal. Conociéndolo puedo afirmar que se ve nervioso.

—Quiero revisarlo, nada importante —desestimo y camino hasta la cocina para encontrar algo de tomar.

Me sirvo un vaso de agua y lo tomo a sorbos. Ricardo me sigue y no deja de mirarme de una manera extraña, como si me hubiera vuelto loca. Se sienta en uno de los asientos de la barra y ubica sus manos una sobre la otra sobre la lisa piedra de la cubierta. Por la forma como me sigue con sus ojos parece que quisiera empezar una conversación, pero se queda callado mientras termino el contenido de mi vaso. Killian vuelve y da vueltas alrededor de mi esposo con una pequeña cuerda con nudos que usa para invitarnos a que se la tiremos. Por más que me esfuerzo no puedo evitar visualizar a Ángelo en la habitación, señalándome a Ricardo y diciéndome que es un traidor. Aunque una parte de mi consciencia me señala como infiel.

—Esther, siento que hay algo que me quieres decir.

—No es nada, me he sentido taciturna desde que vi a tu amiga embarazada. A pesar que han tenido problemas... pero no pude evitar sentirme envidiosa.

Ricardo se aclara la garganta y toma el juguete de Killian y lo tira lejos para que deje de molestarlo.

—Llegará el momento. Pronto podrás disfrutar de ese estado y serás una excelente madre.

Asiento. Por lo menos él parece creerme.

—¿Algo más? —pregunta cuando ve que voy a caminar al cuarto.

—No, eso es todo —miento descaradamente y me apresuro a desaparecer de su vista.

Mi respiración se agita en cuanto me escondo y me siento culpable y traicionada al mismo

tiempo. Lo único en lo que quiero pensar ahora, es llegar mañana a la empresa y revisar los documentos. Verificar que Ricardo no me está engañando o por el contrario, que me está viendo la cara de tonta. Si llega a ser verdad la última, no sé qué voy a hacer. ¿Existe alguna razón que él me diga que lo justifique? Y si no es así, ¿lo perdonaría?

Lo que si es cierto, es que justificar un engaño con otro no es algo que debo hacer. Sonia tiene razón en eso. Tengo que ser una dama y no dejarme manipular de Ángelo. Aunque ya he comprobado que mi autocontrol solo sirve mientras esté lejos de él. Al tenerlo cerca todo mi ser se descontrola y anhela que me mire, incluso que me toque ahora que por fin lo he experimentado.

## Capítulo 17

Al entrar en el edificio, lo primero que hago en cuanto cruzo la puerta con el gran letrado referente a la empresa, es dirigirme a contabilidad. Por lo general ellos son puntuales, así que debe haber llegado alguien a esta hora.

Me encuentro a la asistente contable, una chica nueva que apenas se está acomodando al puesto. Me informa que no conoce el lugar donde lo guarda, porque en sus tres semanas que lleva en la empresa, no ha necesitado mirar las actas de creación o ningún estatuto. Le pido el teléfono personal del contador para llamarlo por mi cuenta y preguntarle.

Luego de varias llamadas me doy por vencida. No sé si está ocupado o que hace, pero parece que tengo que esperar hasta el lunes siguiente, el día que viene a asesorar.

Mi humor se vuelve turbio; regaño a Martín por la demora en la entrega de su informe, obligo a Camila a quedarse un poco más en el tiempo de almuerzo y sin duda mi actitud destila frustración y enojo.

—¿Humor de perros? —me saluda Sonia apareciendo justo cuando Camila puede ir a almorzar.

—Un día de mier... —empiezo pero termino en un susurro.

—Se te nota en la cara —dice burlona. Se adentra en la oficina y se sienta como si fuera suya —. Pero como soy tu mejor amiga, vas a concederme algo.

—¿Qué? —digo un poco más agresivo de lo normal.

Sonia se echa para atrás algo sorprendida y una sonrisa maliciosa aparece en su rostro. Envuelve uno de sus mechones en su dedo y lo retira hacia atrás.

—¡Woow! ¡Es en serio! Hace mucho no te veía así, creo que desde la vez que me encontraste en tu cama con uno de mis ligues. Aunque creo que fue porque pensaste que era Rick, lo cual me ofendió un poco. Sabes que nunca te haría daño deliberadamente.

Arrugo la frente y sacudo la cabeza evitando reavivar el recuerdo no grato.

—A mí no pero si a mi cama. Sabes que fue una falta de respeto —replico seria.

—Te he pedido perdón unas mil veces. Lo lamento —dice mientras hace una mueca divertida que no refleja arrepentimiento. Aún le parece gracioso irrumpir en una casa y usar la cama matrimonial de otra pareja para untarse chocolate encima —. Dejemos eso atrás, ¿te parece? —

pregunta y espera que responda. Solo muevo la cabeza y hago un pequeño ruido de aceptación —. Bien, ahora entrando en materia, necesito salir con Martín, ¿puedes dejarlo salir temprano?

No sé por qué pero me siento como una profesora de primaria.

—Hoy es sábado, Sonia. De todas formas salen en —miro mi reloj para comprobar la hora —, bueno, al parecer en media hora.

—¿Puedo llevármelo ya? —pregunta con una actitud muy maternal.

—Si con eso consigo paz, supongo que sí. Incluso voy a salir de una vez. Tengo que ir a comprar unas cosas en el mercado para una cena que voy a preparar.

Sonia, quien ya estaba girándose hacia la salida, devuelve su cuerpo y me mira como si no fuera yo. Se acerca hasta mi escritorio mientras le hago caso omiso y empiezo a empacar lo que me llevaré a casa.

—¿Cena? ¿Vas a intentar alguna maniobra romántica? —dice levantando las cejas en un gesto insinuante.

—No, unos amigos vienen a cenar.

Todo rastro de diversión abandona su rostro.

—¿Qué amigos? Quiero sus nombres, números de identificación, profesiones... todo.

—Son amigos de Ricardo —aclaro y ella suspira de alivio.

—Bien, supongo que no hay problema entonces —dice mientras se pasa la mano por el cabello y lo acomoda —. Aunque no lo has preguntado, te informo que Martín va a llegar algo agotado el lunes, no vayas a maltratarlo, *por fa* —dice con ese brillo coqueto restaurado —. Nos vemos, cariñito.

—Adiós —me despido y cojo mi bolso para salir.



Mientras compro algunos víveres, llamo unas tres veces al celular del contador. No consigo que conteste, ni que me mande ningún mensaje. Me molesta su falta de atención y me preocupa que si en algún momento tenemos una emergencia, él esté disponible. Me rindo cuando la cuarta llamada se va a buzón. Así que reviso en mi agenda y busco el teléfono del abogado de la compañía. No sé si estará informado, pero es obvio que si Ricardo hizo algún cambio, tuvo que haber usado los servicios del señor López.

—*Señora Rosas, ha pasado un tiempo* —responde nuestro abogado al segundo timbre.

—Señor López, usted sabe, mucho trabajo.

—*¿Cómo está?* —me pregunta por cortesía.

—Bien, muchas gracias. Lo llamaba para hacerle una pregunta.

—*A ver...*

Me aclaro la garganta con nerviosismo. Dejo de caminar por el supermercado y me quedo a un lado tratando de no estorbar con el carrito. Tengo miedo de preguntar. Cualquier respuesta que me dé, va a dejar a alguien como mentiroso y no estoy segura cual toleraría más.

—*¿Mi esposo ha cambiado la repartición accionaria de la empresa?*

Escucho que deja de hacer lo que estuviera haciendo y el silencio envuelve la llamada.

—*¿Disculpe?*

—He visto un acta donde sólo está mi esposo y el grupo Élite.

—*¿Usted cree que el señor Rosas la dejó sin acciones?* —pregunta escéptico.

—Quiero comprobarlo.

—*Eso es algo muy poco probable, señora. Por lo menos yo no he estado involucrado en ningún cambio de acciones de Rosas Doradas. Hasta donde sé, su esposo se asoció con un grupo, ofreciéndoles un veinticinco por ciento, lo que los dejaría a ustedes con el setenta y cinco restante. Tendría que revisar cual es el porcentaje que usted tiene, pero estoy seguro que su nombre sigue en los estatutos. Usted es la cofundadora, no pueden sacarla a menos que sea decisión de una junta, que ustedes no tienen, o que sea de mutuo acuerdo. Usted tendría que haber firmado algo para cederlas, ¿ha firmado algo?*

—No, no he firmado nada sin leer primero —admito. A pesar que sea Ricardo quien me pase papeles, siempre los leo.

—*Entonces yo no me preocuparía. Sin embargo, voy a revisar. Trabajaré en eso el lunes, usted comprende que a esta hora mis honorarios serían más elevados y no parece algo de vida o muerte.*

—Tome su tiempo, señor López —digo un poco más calmada. Lo que menos necesito es que trabaje un fin de semana y me cobre como si me hubiera sacado de la cárcel.

—*¡Qué tenga un buen fin de semana!*

—Igualmente.

Al colgar, me invade un alivio y desazón que me deja sin aliento. Alivio por seguir siendo dueña de la empresa y desazón por la mentira de Ángelo y mi mal comportamiento al recibirla. Ahora mismo no tengo ninguna justificación por haberlo besado, aunque puedo escudarme en que creí su mentira sin intentar averiguar por mi cuenta, no tengo ningún argumento con qué alegar. Lo mejor es que reconozca que he caído en su juego y cerrar este asunto como una lección aprendida.

*¡Ese maldito mentiroso!*

La rabia hace su aparición en mi sistema, dejándome al borde de las lágrimas. Me vio la cara de tonta, se aprovechó de mí y se dio el lujo de arrastrarme con él hacia un precipicio oscuro.

Busco en celular su número y le escribo inmediatamente.

Esther: Es un desgraciado. No quiero que se me acerque en la empresa nunca más.

En menos de veinte segundos llega la respuesta.

*Ángelo: ¿Esther? Nella guerra e nell'amore tutto vale. Es un juego largo, signora.*

Releo varias veces hasta que comprendo el mensaje «En la guerra y en el amor todo se vale».

El tipo es descarado y no le da pena.

Termino las compras con un puchero en la cara que no podía disolver. Quería olvidar todo lo que pasó ayer, no quería seguir repasando todas esas sensaciones nuevas que había sentido en cuanto él puso su mano en mi cintura y mucho menos cuando me besó como si no hubiese mañana. Estuve tan cerca de tirar todo a la basura, todo lo que he construido con Ricardo se pudo haber caído por mi poco autocontrol y mi pobre discernimiento. Podría echarle toda la culpa al italiano pero tengo claro que yo interactué tanto como él en este caso.

Al llegar a casa intento tranquilizarme y concentrarme en la cena. No voy a resolver nada desde acá y tengo que esperar la confirmación el lunes. Por ahora, tengo que compensar a Ricardo por mis dudas. Hasta ahora no me ha dado ninguna razón para desconfiar.

## Capítulo 18

El timbre suena cinco minutos después de las siete. Como estaba acostumbrada a las largas esperas por Sonia, la cena que aún está en el horno, le faltan unos diez minutos para estar lista. Me sentí cohibida al estar cocinando hoy porque no sabía los gustos de Michael y Antonia, así que preparé arroz con almendras, verduras salteadas, ensalada y pollo con champiñones. Supongo que así, en el caso que alguno no coma carne animal, puede tener una cena decente.

Ricardo se apresura a abrir y recibe a sus amigos con una actitud vivaracha. Hace mucho que no lo veía tan alegre. A Antonia le da un beso en la mejilla con menos efusividad pero se sorprende al verla tan embarazada. Me uno al saludo dándole un abrazo incómodo a Antonia y estrechando la mano de Michael.

—¡Es una linda casa! —exclama Antonia—. Me encanta el concepto abierto que tienen con la sala, el comedor y la cocina —dice aprobando la distribución.

—Gracias.

—Ella sabe de lo que habla, es diseñadora de interiores —dice Michael con admiración por su esposa.

Ellos se miran directamente a los ojos por unos segundos que se me hicieron eternos. Parecía como si no pudieran apartar su mirada del otro y que les doliera algo al tener que separarse. La primera punzada de envidia choca contra mi pecho y me hace descomponer el rostro. Tengo que regañarme y volver a mi sonrisa educada.

—Una carrera en ascenso, según he escuchado —comenta Ricardo.

—No me va mal. Tengo una empresa propia con otras dos diseñadoras. Además nuestros proveedores son excelentes y con una magnífica calidad.

Miro a Ricardo pero él está atento de las palabras de su amiga.

—Es extraordinario —digo llamando su atención—. Por favor, pasen.

Michael me entrega un vino que trajo para la cena. Ricardo le agradece mientras lo lleva a la cocina y saca cuatro copas. Es Antonia quien le recuerda que ella no puede tomar, así que solo los acompañará con agua.

Nos adentramos en una conversación agradable sobre el trabajo de Michael y su gran proyecto gubernamental para enseñar métodos de debate desde los primeros años del bachillerato. Se

muestra orgulloso que el alcance puede ser a nivel país.

El sonido del cronometro del horno llegando a cero me hace abandonar la sala y revisar la comida. Cuando todo parece listo, la sirvo en grandes recipientes y la llevo al comedor. No quiero servir en platos desde el principio porque no sé cuánto comen o qué prefieren.

Cuando anuncio que la cena está lista, Michael se levanta enseguida para ayudar a su esposa ofreciéndole su brazo para apoyarse. Ella agradecida, lo besa apenas se levanta con un tímido beso en la mejilla. Ambos se ven muy guapos, incluso creo que estar tan enamorados los hace ver como una aparición angelical. Él, con una chaqueta de cuero que seguro enloquecía a todas las chicas en su juventud y ella con el cabello rojizo llegándole hasta la cintura, sólo recogido con una pinza al frente para que no le cubriera la cara.

—Espero que les guste —digo en cuanto ellos se sientan.

Los tórtolos se sentaron juntos a un costado de la mesa, mientras que Ricardo se hizo en una esquina. Así que me quedan dos opciones: sentarme al otro costado, de frente a Antonia o en la esquina contraria. Miro a Ricardo una vez más para saber que prefiere, pero está tan absorto en la comida que me resigno. Me siento en la esquina contraria.

—Se ve delicioso —exclama Antonia con hambre en la mirada.

—Adelante, puedes servirte lo que quieras. Hice de más —la aliento y ella no pierde el tiempo.

Se sirve de todos los recipientes mientras Michael la mira maravillado y mi esposo con pena ajena.

—¿Qué? Ella me dijo que comiera lo que quisiera —dice a la defensiva mirando a Ricardo y luego a su plato—. Yo como por dos, ¿recuerdas?

—Cierto, adelante.

Me uno para no dejarla ser el centro de las miradas y le ayudo a Michael, pasándole las verduras que estaban retiradas de su posición.

—¿No están muy separados? —pregunta Antonia mirando a Ricardo y luego a mí como si algo malo pasara.

La manzana de adán de Ricardo sube y baja evitando el contacto visual.

—Creo que estamos bien. Somos los anfitriones... —dice a modo de explicación.

Ella, no muy convencida intercambia miradas con su esposo para que la apoye, pero este niega con la cabeza y sonríe.

—Por cierto, aquí está su invitación al *baby shower* de mi hijo —dice Michael poniendo la pequeña tarjeta sobre la mesa.

—¿Ya tienen nombre? —pregunto ilusionada. Por lo menos ese tema es más ligero.

—No hemos podido ponernos de acuerdo —responde él mientras se ensancha su sonrisa.

Ahí está de nuevo esa mirada; intensa, apreciativa y amorosa. Incluso a mí, que sólo soy espectadora me hace sentir un calor agradable en el corazón.

—Es difícil porque yo tengo esta lista —dice sacando un papel de su bolso —, y él tiene otros muy distintos. Los míos son: Juan Manuel, Esteban o Alejandro. Y los suyos son: Liam, Christian o Joshua.

—Inglés versus español —comenta Ricardo.

Antonia solo asiente porque acaba de llevarse una cucharada a la boca.

—Bueno, por lo menos ya lo tienen en tres cada uno.

—Hemos hecho una encuesta en nuestras familias y cada uno le gusta uno diferente. Mis hermanas, cada una tiene una niña, así que no hay problemas con repetir, pero una quiere que sea Christian y la otra le gusta Esteban. Mis padres votaron por Joshua mientras los de ella votaron por Alejandro.

—A mí me gusta Alejandro —susurro pero Michael alcanza a escucharme.

—¡Ja! —exclama Antonia, quien parece tener un oído muy bueno señalando a su esposo con gracia.

—Y a mí me gusta Christian —contraataca Ricardo.

—¡Ja! —devuelve Michael a Antonia.

Antonia deja de comer y se acerca a Michael para besarle como si no estuvieran acompañados. Luego él se separa de ella tratando de controlarla y se excusa con la mano esperando no habernos incomodado.

—Dejemos que el bebé decida —dice Antonia levantando su camisa ancha y exponiendo su abdomen.

—Ya has hecho esto varias veces y no ha funcionado, bonita —dice Michael intentando persuadir a su esposa para que baje su blusa.

Ella lo ignora con un puchero divertido y dice el primer nombre de su lista. Luego dice el primero de la lista de Michael. Nos encontramos los cuatro mirando a la panza de Antonia, la cual no se mueve. Es en el momento que dice Alejandro, un pequeño bulto se desplaza como si el bebé se estuviera moviendo.

—Si ves, le gusta Alejandro.

—Christian —dice Michael muy cerca de la panza.

El movimiento se acelera y Antonia hace un gesto entre adolorida y emocionada.

—¿Eres Christian? —pregunta Antonia de forma amorosa—. ¿Christian Rivera?

Michael hace un gesto de victoria en cuanto el bulto vuelve a estirarle la piel a su esposa y se ve claramente un pie. Entre sollozos por parte de las mujeres y un júbilo entre ellos, el bebé acaba de encontrar su nombre.

Antonia se disculpa alegando que las hormonas la están matando y necesita un minuto. Me levanto para indicarle el camino al baño y aprovecho para ir a retocarme al cuarto y tomar un poco de aire diferente. Es difícil estar ante una situación tan deseada y tan lejana al mismo tiempo, sintiendo tanta envidia y a la vez felicidad porque ellos por fin lo han logrado. Sin embargo, no he podido evitar notar la diferencia en el trato entre ellos y nosotros.

Quizás es cierto lo que dice Ricardo, no estamos listos.

Ese pensamiento me deja sin aliento y tengo que sentarme en la cama para calmar mi corazón.

Ya era bastante duro ver por mis redes sociales que mis compañeras de universidad estaban teniendo bebés o incluso algunas ya llevaban varios. No obstante, verlo en vivo y en directo, ver su barriga moverse por su bebé y sobre todo, sentir el amor que ambos le profesan, es un duro golpe cuando lo comparo conmigo. Muchas de esas mujeres no han logrado lo que yo, no tienen un matrimonio de años, ni una empresa a cargo; pero tienen lo que quiero.

Cuando salgo del cuarto me encuentro de frente a Ricardo quien en su mirada encuentro perplejidad. Se acerca hasta que está a un centímetro de mis labios y se desvía a mi oído para susurrar «te amo».

—¿Estás bien? No sé qué tanto te afecta la situación.

—Estoy bien, no es nada.

—Claro que es algo, corazón.

—Bueno, tú sabes ¿no?

Ricardo asiente y me abraza. Sus labios tocan suavemente mi frente y sus brazos me mecen como si quisiera calmarme.

—¿Crees que seremos tan felices como ellos? —pregunta a mi oído.

—Eso espero —respondo inmediatamente.

—¿Podrías ser feliz si no tenemos hijos? —La pregunta suena distinta, como si muy en el fondo algo estuviera oculto. Por supuesto, su intención es medir mi reacción y confirmar lo que previamente sabe, pero por la forma como lo dice, me queda la impresión que detrás hay algo que no quiere decirme.

—Yo, bueno...

—¿Todo bien aquí? —La voz de Antonia nos sobresalta. Sus ojos oscuros nos escudriñan y luego nos sonrío.

—Todo está bien. ¿Continuamos? —la invito a volver a la mesa.

—Claro, todo está delicioso, Esther... Deberías enseñarme, a veces intento hacer recetas especiales pero la mayoría quedan extrañas, como insípidas. Aunque eso me da la excusa para que Mike cocine o que pida un domicilio. Amo los domicilios —dice ella entusiasmada.

—Te consiente, ¿no es así? —pregunto en modo cotilla.

—Mucho, es el hombre más tierno y protector que he conocido.

Protector, eso puedo creerlo. Solo con ver su porte, su postura y la forma como toma la mano de su esposa cada vez que está cerca, se puede percibir su nivel de entrega y amor.

Pocas veces tengo la oportunidad de compartir con otra pareja porque en mi círculo de amigos no hay muchas estables y Sonia exige exclusividad en el lugar de mejor amiga, así que es complicado. Sin embargo con ellos me siento a gusto, a pesar que apenas los acabo de conocer.

## Capítulo 19

Michael nos mira divertido en cuanto llegamos los tres a la mesa y su esposa le hace una seña que no logro entender. Se ríen de su chiste privado, mientras Ricardo y yo nos sentamos en nuestros puestos. No sé si es por mi mirada triste o porque hay una pregunta que quedó sin responder, pero Ricardo se levanta y se ubica a mi lado trayendo su plato y sonriendo de manera amable. Tanto Michael como Antonia hacen un mohín y se toman de las manos.

—Y ¿qué ha pasado con el resto del grupo? Mai, Elena y Steven... —pregunta Ricardo—. Sé que Elena y Steven se casaron unos meses antes que ustedes y la última vez que la vi fue cuando conocí al bebé. ¿Cómo se llama la niña? ¿Isabela?

—¡Ohh! Sí, Isabela, una niña muy tierna, creo que ya va a cumplir siete años. Aunque desafortunadamente Elena y Steven se separaron —responde Antonia.

—No lo sabía.

—La verdad lo manejaron con bajo perfil y muy tranquilamente. Elena me dijo que no podía aguantar el hecho de vivir con un jugador profesional que nunca estaba en la casa cuando ella había renunciado a ser corresponsal por su hija. Aunque ella tiene un muy buen trabajo en el noticiario, incluso es posible que el próximo año sea la presentadora del mediodía.

—¿Están hablando de Steven Sánchez? Quien juega en Europa —pregunto algo alucinada.

—El mismo —responde Mike sonriendo—. Veo que no has pasado mucho tiempo hablando de nosotros, Ricardo. Tu esposa parece estar demasiado asombrada.

El color abandona el rostro de mi esposo mientras yo me siento algo apenada y enojada. Parece que Ricardo me ocultó mucho de su pasado.

—Mai está bien. Ella estudió algo referente a ingeniería robótica y ahora está trabajando con una ONG —sigue Antonia tratando de dejar atrás el comentario de su esposo.

Aunque no parece funcionar, Ricardo me esquivo la mirada y se aleja un poco.

—Supongo que no es su culpa —Michael se dirige a mí—. Fuimos un desastre en secundaria.

—Me dijiste que él comerciaba tareas —le digo aunque eso sí lo sabía.

—Y hackeaba los computadores del colegio, incluso era capaz de ingresar en algunas instituciones sin tanta seguridad. Además, nos ayudó a investigar a un tipo que atacó a mi esposa cuando era una adolescente.

Mi cuello gira noventa grados en un movimiento tan rápido que Ricardo no tuvo más opción que mirarme asombrado. Acto seguido, la risa escandalosa de Antonia me distrae pero no pienso olvidar esa información.

—¿En serio quieres hablar de pasados? —lo reta Ricardo.

Se desafían con la mirada mientras nosotras nos aclaramos la garganta al tiempo.

—Mike tenía un problema con la droga —sigue mi esposo. No puedo evitar hacer una expresión de sorpresa.

El rostro de Michael se sonroja y aprieta la servilleta que tiene en su mano izquierda.

—Y mejor ni empiezo a enumerar los defectos de Tonia —dice con desdén Ricardo.

Mike se levanta enojado. Su esposa trata de halarlo del brazo para que se siente pero en su mirada hay una furia sin control que está a punto de desatar. Ricardo se levanta para enfrentarlo y yo lo sigo para calmar el ambiente. Mis palabras parece que se las lleva el viento porque ninguno de los dos se mueve. Aunque por una parte es bueno que no se hayan agarrado a golpes.

Antonia se lleva la mano al vientre y hace un gemido de dolor que ocasiona que el contacto visual de ambos se desvíe.

—¿Estás bien, bonita? ¿Te duele? —le pregunta Michael con ese tono que derrocha preocupación.

—No, estoy bien. Solo quería que te sentaras —responde ella con una media sonrisa pícaro.

Por un momento pensé que Michael iba a volver a enfrentar a mi esposo, pero en su lugar, le da un beso a su esposa y se sienta, enmudecido.

Le doy una mirada significativa a Ricardo, molesta con su comportamiento. ¿Cómo pudo decir algo así? No los conocí en ese entonces pero fue de muy mal gusto el comentario. Ricardo baja la cabeza, apenado.

—Lo lamento —se disculpa.

—Veo que tu trato con las personas no ha mejorado —comenta Michael.

—Supongo que algunas cosas no cambian.

Suspiro de alivio. Es evidente por el tamaño de ambos, que Michael habría noqueado con un par de golpes a mi esposo, y eso no es algo que quiera presenciar.



Terminamos la cena sin mayores inconvenientes. El ambiente se restauró al poco tiempo así que no hubo problemas para encontrar temas de conversación. En cuanto terminamos el postre, la

feliz pareja anuncia que debe irse.

—La cena estuvo deliciosa, Esther —me felicita Michael mientras su esposa se recuesta en su hombro.

—Así es, me encantaría que me enseñaras —asiente Antonia.

—Dalo por hecho.

—Quizás cuando ya no tenga este bulto que no me permite mantener de pie —dice ella con tono jocoso mientras soba su panza.

—Mucho mejor.

Ricardo se ubica detrás de mí y extiende el brazo hacia Michael.

—Espero volver a verte pronto, lamento lo que dije antes.

—La fiesta es en dos semanas, me imagino que irán ¿no? —pregunta Michael alzando las cejas.

—Por supuesto —respondo antes que Ricardo diga alguna barbaridad.

—Los esperamos —sonríe Antonia con ese brillo de felicidad que no parece desaparecer de su rostro.

Siento otra punzada de envidia.

—¿Puedo hablar un momento contigo antes de que te vayas? —le pregunta Ricardo a Antonia.

Ella asiente perpleja, luego mira a su esposo con interrogantes en su mirada pero Michael se mantiene inmutable. Ambos salen de la casa y cierran la puerta detrás de ellos.

—¿Cómo van los preparativos? —pregunto para quitar la tensión del ambiente o simplemente para no quedarnos callados mirándonos furtivamente.

Michael se rasca su incipiente barba y sonríe de manera deslumbrante. Su expresión se entenece haciendo que yo también sonría.

—Estamos en el último trimestre, así que te imaginaras lo mucho que tenemos.

—La verdad no.

—Nada —dice de modo gracioso.

Su respuesta me deja muda por un momento frunciendo el ceño. Se supone que a estas alturas ya deberían haber acumulado algunas cosas básicas para la llegada.

—Es broma —dice mientras se ensancha su sonrisa mostrándome todos sus dientes.

*¡Dios! Si su hijo saca la belleza física de Michael combinada con de Antonia, va a ser casi irreal. Necesito quedar embarazada ahora mismo ¡y que sea niña!*

—Ya tenemos la cuna y su cuarto decorado, pequeñas ventajas de tener una esposa diseñadora. Además de un montón de ropita de muchos tamaños...

Su voz suena lejana porque estaba observando detenidamente sus hombros fuertes y su forma de hablar tan segura.

—Ohh —digo por decir, porque la verdad no escuché nada.

—Los abuelos están emocionados, sobre todo los maternos. Mis padres ya tienen dos nietas, así que no es lo mismo, quizás en los últimos meses se han involucrado más porque se enteraron que será niño. Va a ser un chico consentido.

*No lo dudo.*

—¿Estás bien? —pregunta por mi falta de respuestas.

—Sí, claro. Me alegra que la familia esté unida.

—Eso es importante. Oye, espero no haber dado una mala impresión cuando Ricardo dijo lo de las drogas, esa fue una parte oscura de mi vida pero que no la cambiaría, sin ella no estaría casado con Tonia.

*¡Y es tan romántico!*

La puerta se abre cuando estaba por comentar algo. Michael se despide con un beso en la mejilla y le da la mano a Ricardo con fuerza, incluso parece que estuvieran compitiendo por quien aprieta más duro. En cuanto gana Michael, se despide y cierran la puerta.

Ricardo hace un gesto de dolor y agita su mano para estirarla.

—¿Por qué se sintió como si fuera una competencia?

—Entre hombres siempre lo es. Y mucho más si tienes un amigo como Mike —dice con aire misterioso.

No explica nada más y se retira al cuarto. Recojo lo que aún está en la mesa y dejo todo en el fregadero sin la intención de lavar nada, ya habrá tiempo mañana. Busco a Killian por toda la casa y lo encuentro debajo de la cama de huéspedes, durmiendo de manera tan adorable que me es imposible no tomarle una foto. El sonido del obturador lo despierta, haciendo que salte de sorpresa y acto seguido, empiece a mover su colita con energía. Lo llevo hasta su casa y le doy las buenas noches, mientras él, se interna sin rechistar, enroscándose y cerrando sus ojitos.

Entro al cuarto tratando de no hacer ruido para poder adentrarme en el closet. Ricardo estaba absorto mirando su celular que no levantó la cabeza. Me deshago de toda mi ropa sintiéndome acalorada, respiro varias veces mientras busco el conjunto de encaje que compré hace unos días.

Acaricio la tela y con mucho cuidado me la pongo deslizándola entre mis piernas y luego sujetando las tiras del brasier. Me miro en el espejo intentando encontrar algún defecto que me quite la idea de salir y mostrar el atuendo; no lo encuentro. Es difícil para mí ser espontánea e innovar en el tema sexual, sobre todo porque mi lado tímido me hace sentir cohibida, sin embargo, hoy me siento más tranquila y segura.

Camino con decisión hasta entrar al campo visual de Ricardo, quien no se da cuenta que estoy de frente hasta que silbo. Ricardo me mira una vez desprevenido y vuelve su atención al teléfono para luego alzar la cabeza y mirarme con sorpresa. Deja caer el celular a un lado y usa sus manos para impulsarse hacia adelante.

—¡Wow! —pronuncia cada letra con detenimiento y deja la boca abierta.

Me sonrojo un poco pero lo disimulo con una sonrisa coqueta. Él me invita a que lo acompañe. Me acerco contoneando las caderas y usando mis manos para contornear mi figura. Sus manos rodean mi cintura y me atrae con fuerza hacia él atacando mi boca con la suya en un movimiento feroz. Ricardo intenta tumbarme a un lado, pero de manera firme lo empuja para que su espalda quede recostada en el colchón mientras me subo a horcadas.

Los besos se tornan violentos, necesitados, rápidos; sus manos cariñosas recorren mi cuerpo apretando en todo lado, enviando sensaciones a todas mis terminaciones nerviosas.

Mi conjunto y su ropa rápidamente quedan tendida en el suelo.



—Te amo —dice él mientras veo su pecho subir y bajar aceleradamente.

—Yo también —sonrío satisfecha. Hace mucho no repetíamos.

Miro la hora y me percató que son las dos de la mañana. Todos mis músculos piden ser extendidos sobre la cama y quedarme ahí por unas ocho horas.

—Fue un día extenuante pero me encanta como terminó —dice él con esa sonrisa juvenil que lo caracteriza cuando está muy contento. Incluso su voz suena más gruesa.

—Así es. Me caen bien tus amigos, por cierto. Se ven muy comprometidos.

—Bueno, ahora... antes tuvieron que atravesar varias situaciones difíciles. Aunque creo que sin eso no estarían juntos. Viste como reaccionó Mike con lo que dije de ella, pero es cierto, si a Antonia no lo hubiera pasado lo que le pasó, no habría cambiado.

Espero un momento para saber si va a contarme qué le pasó, pero él gira hacia mí para darme el beso de las buenas noches. Prefiero no inmiscuirme.

—Espero que de aquí a un mes ya tengamos buenas noticias —anuncio cuando veo que Ricardo cierra los ojos.

Eso lo hace removerse incómodo. Vuelve a abrir los ojos y alza una ceja para interrogarme sin palabras.

—¿Qué quieres decir?

—Estoy ovulando. —Mi sonrisa se ensancha pero la de Ricardo desaparece. Intenta disimular su nerviosismo pero no logra controlar su expresión.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta tragando grueso.

—Me hice una prueba de ovulación siguiendo las cuentas de mi ciclo —respondo ceñuda. Empiezo a notar que esta conversación puede no terminar bien.

—¿Por eso usaste ese conjunto? ¿Tal es tu desesperación que hasta intentas engañarme? —pregunta ofendido.

Me quedo en shock con la segunda pregunta. Entonces, si intento seducirlo en los días fértiles ¿es engaño? ¿A qué está jugando? Ya habíamos hablado y estamos de acuerdo en tener un hijo.

—¿Engañarte? —digo con toda la indignación que puedo.

—Sé que te dije que íbamos a empezar el proceso pero ¿por qué así? Pensé que simplemente querías seducirme, no que todo lo haces por un bebé futuro. Me encanta que hagas estas cosas, siempre esperé que te liberaras un poco, que te alocaras, pero nunca lo hiciste por mí. Lo estás haciendo por alguien que no existe aún.

Intento abrir la boca para decir algo, pero en la forma en que lo dijo pude sentir el dolor que le genera. Parece que cree que quien llegue va a reemplazarlo en mi corazón.

Ricardo se gira hacia el lado contrario dando por terminada esta discusión. Las lágrimas invaden mis ojos y los sollozos sonoros inundan el ambiente de tristeza. A pesar de tratar de llamar su atención, él se queda en su posición y luego oigo que empieza a roncar.

Me quedo manoteando al aire sintiéndome como una tonta. Hago algo bueno y luego él lo transforma como algo malo. Tiene un talento para que yo parezca la mala. Me frustra que me esté ignorando pero al mismo tiempo siento que no aprecia mis pequeños gestos sexys que he tenido a lo largo de nuestro matrimonio.

Me quiere alocada, lo voy a ser. Con o sin él.

## Capítulo 20

El fin de semana lo pasé prácticamente sola si no cuento a Killian. Ese pequeño diablillo me hizo sudar al estarlo persiguiendo y limpiando cada rincón de la casa porque él necesitaba sentir suyo el lugar. Ricardo se fue en cuanto la luz entró por la ventana el domingo, supongo que se llevó prendas para cambiarse porque no apareció en la noche y hoy en la mañana me resigné a irme sola al trabajo.

Por lo menos ahí no puede huir de mí.

Lo preocupante de esta situación es que no estuve pendiente del teléfono por si llamaba o pensando a todo momento en donde estaría. No, es como si no me importara que incluso agradecía el tiempo que me estaba dando. ¿Para dónde fue? ¿Dónde durmió? No lo sabía.

Veo al abogado sentado en la sala de espera en cuanto salgo de mi oficina por agua. Su rostro que no refleja emociones, me impide prepararme para lo que me va a decir.

—Señora Rosas, buenos días —me saluda haciendo una pequeña venia y extendiendo su mano para que la estreche.

—Señor López, es un placer verlo temprano, pensé que no iba a trabajar el fin de semana. Ya sabe, por los honorarios.

Su respuesta es una sonrisa ladeada que no revela nada pero que me indica que es todo lo que tiene por decir sobre eso.

—Encontré la información de manera rápida y sin problemas, por lo que no creo necesario hacerla esperar.

Caminamos hasta mi oficina y él cierra la puerta.

—Como le había dicho por teléfono no hay nada de qué preocuparse. Usted aun es dueña de esta empresa.

—Hábleme de los porcentajes —le pido.

—Bueno eso sí cambió con la entrada de Grupo Élite —dice mientras me pasa un sobre sellado. La forma en la que me mira es tan penetrante que tengo que bajar la mirada al sobre y proceder a abrirlo.

Me demoro porque intento que no se rompa y no cortarme los dedos en el proceso. Cuando por fin saco el documento que tiene el logo de la empresa con el resumen de los porcentajes de

accionistas me doy cuenta que la mayoría de las acciones que se llevó Grupo Élite fueron cedidas por mí.

—Cuarenta por ciento tiene Ricardo y Grupo Élite tiene veinticinco, dejándome treinta y cinco a mí.

—Su esposo necesitaba mantener más poder de su lado, señora. Sin embargo no entiendo como usted no lo sabía. Para que se le redujeran las acciones debe tener un papel firmado que usted acepte ceder en caso de asociación. Me gustaría buscar más a fondo si usted lo requiere.

—No, está bien —le digo desestimando—. Ya sé qué firmé. Esto lo hablo con Ricardo en persona.

El abogado asiente y se dispone a salir. Pero antes de abrir la puerta

—Si no le molesta que le dé un consejo, usted debería asistir a más reuniones administrativas. Entiendo que confía en su esposo, pero debe mantener el control de lo que ha construido. Tenga en cuenta que ahora mismo son tres partes, una sola no es capaz de tomar una decisión si no tiene el apoyo de otra, mínimo. Supongo que por eso los nuevos socios solo tienen un cuarto del total, para que sean los menos decisorios, pero usted es la que desequilibra la balanza, señora Rosas.

Recibo el consejo con buena actitud y le agradezco mientras lo acompaño a la salida.

En mi mente resuenan las últimas palabras, esas que me ponen en una posición de poder; por más porcentaje que tenga Ricardo no puede hacer nada si decido contradecirlo y darle la razón a Ángelo y viceversa. Aunque claro, ellos también podrían unirse contra mí. Pero en una situación hipotética en la que yo tenga la última palabra, soy quien toma la decisión.

Mi ceño se frunce al comprender que Ángelo puede estar interesado en algo mucho más que lo físico, podría querer adueñarse de la empresa. Conmigo de su lado, tendría el sesenta por ciento y por lo tanto control.

El sonido de la puerta me asusta haciendo que esconda los documentos en el cajón del escritorio. Afortunadamente es Sonia.

—Cariñito —dice ella resplandeciente; su piel bronceada y su semblante alegre. Se nota que su fin de semana fue mucho más productivo que el mío.

—Hola amiga. —Me levanto para darle un abrazo escueto mientras ella con su euforia me levanta del suelo aprovechando su altura.

Pego un grito que lo debió escuchar hasta Ricardo al otro lado del edificio.

—¡Estoy tan emocionada! —dice ella halando mis cachetes—. No puedo creer que esto esté pasando.

Ante su falta de información, frunzo el ceño y sobo mis mejillas esperando que no vayan a quedar con marcas rojas.

—¿Qué está pasando? —pregunto curiosa.

—Mira. —Señala y saca un libro de su bolso y al poco tiempo me doy cuenta que son dibujos. Un comic.

—¿Es tuyo? —pregunto asombrada. Ella no me había dicho que estuviera dibujando recientemente.

—¡Claro que es mío! Es uno de esos proyectos que he tenido detenido por años y hace unas semanas me puse en la tarea de terminarlo. ¡He aquí el resultado! Imprimí varias copias, una para mí, otra para ti y unas cuantas para editoriales que estén interesadas.

—Felicidades —aplaudivo con una mano mientras sostengo su libro y lo ojeo.

—Eso no es todo —anuncia con una gran sonrisa—. Acabo de volver de una de ellas, y están encantados. ¡Quieren publicarme! ¡Mi primera novela gráfica, Essy! Soy una diseñadora respetada ahora.

La atraigo hacia mí con entusiasmo. Esta vez le hago sentir que estoy con ella en esto.

No importan mis problemas, Sonia acaba de cumplir algo que desea.

Unas pequeñas lágrimas se apoderan de mis ojos y ella, que le disgustan hasta las que son por alegría, me regaña con la mirada y me limpia.

—Almorcemos juntas hoy, ¿qué dices? Le dije a Martín y está emocionado así que no puedo despacharlo ahora, pero quizás podrías convencer a Rick que nos acompañe para que sea una celebración en parejas —dice ella subiendo las cejas.

—Creo que seremos sólo los tres hoy, él está enojado conmigo, creo —dudo en la última parte porque la verdad no sé si su rabia es sobre la situación o sobre mi comportamiento.

—¿Y el italiano sexy? —dice varias octavas más alto de lo apropiado.

Casi como si lo hubiera llamado, Ángelo aparece en nuestro campo de visión con una sonrisa genuina, lo que me confirma que alcanzó a escuchar. Me frustro porque él siempre encuentra una forma de hacerme sentir apenada.

No entiendo como todos entran a mi oficina sin filtro, primero no me avisaron que el abogado estaba esperando, luego entró Sonia y ahora Ángelo. Voy a tener que hablar con Camila.

—¿Ese es mi apodo? —dice él con diversión, sus ojos verdes oscilan entre nosotras, quedándose mucho más tiempo fijando su mirada en mí.

—Es uno bueno —continúa Sonia sin una pizca de sonrojo—. Te queda.

La veo agitar sus pestañas hacia el italiano, quien no parece prestarle atención por estarme inspeccionando minuciosamente.

—Le decía a Essy, que como su esposo está ocupado, podrías acompañarla a un almuerzo que la estoy invitando. ¡Estamos celebrando la publicación de mi novela gráfica!

Ángelo pasa una mano por su cabello de una forma tan sensual que yo tengo que respirar profundo para evitar que me afecte. Aunque es tarde, creo que hasta lo vi hacerlo en cámara lenta.

—Un almuerzo me parece poco. ¿Qué tal una cena? ¿Hotel intercontinental, siete de la noche?

Sonia se lleva la mano al pecho algo asustada. Sabe que los precios no son accesibles para cualquiera ahí.

—Yo quiero pagar, y nada de lo que diga va a hacer cambiar mi almuerzo por una cena.

—Sería descortés de mi parte dejar que la señorita que está de celebración pague a los demás. Insisto.

Algo en su rostro se vuelve irresistible cuando dice esa última palabra. Incluso me fallan las rodillas.

—No —dice Sonia contundente—. La invitación es ahora. ¿Quiere acompañarnos o no?

Veo que Ángelo frunce el ceño algo descolocado. No le gustó la negativa de mi amiga.

—Me temo que mi agenda está llena hasta las seis. *Comunque, troverò un po 'di tempo per cenare con te.*

Dice la última parte mirándome directamente a mis ojos. Se retira dejando una buena vista de su espalda y ese pantalón que le queda increíble. Sonia silba de admiración mientras yo intento, por todo en lo que creo, quitar mi mirada de ahí.

—Necesito uno así —dice Sonia en cuanto ya no puede oírnos—, que me hable en idiomas que no conozco y me deje alucinada e interrogante de las cosas sucias que pudo haberme dicho.

—Dijiste que no lo querías conmigo —la acuso. No sé porque intentó que él viniera al almuerzo.

—Y lo sostengo, sólo que es difícil de resistir. Cuando me pongo a comparar la forma en la que te mira con la forma en la que Rick te mira, hay una diferencia abismal.

—Deseo contra amor, Sonia —defiendo a mi esposo—. Llevamos siete años de casados, no esperarás que esté todo el tiempo intentando seducirme.

—¿Ves? Y luego quieres venderme la idea de casarme.

—No es el matrimonio, son los años, el tiempo. Además no todo en la vida es el aspecto físico.

—Essy, sea como sea —dice y hace un mohín con la boca restándole importancia—. Mejor consigo a un viejito que esté a punto de morir y me deje toda su herencia. Es posible que sus hijos

me odien, pero qué más da, es dinero.

—Eso sonó tan interesado —hago hincapié en la última palabra.

—Lo sé... Aunque muchas lo nieguen y tengan la idea de trabajar y ser independientes, en el fondo quieren encontrar a alguien que las trate como reinas o como muñecas de porcelana. Por obvias razones, debe tener dinero y casi siempre son unos viejos arrugados que han pasado la mayoría de su tiempo en el trabajo y sus familias los odian. Así que debe encontrar alguien nuevo que lo quiera y comparta su tiempo cuando ya está pensionado.

—¡Sonia!

—¿Qué? Es cierto. Eso que nos venden los libros que hablan de un tipo de menos de treinta que ha construido un emporio desde la nada, está soltero y más bueno que la leche achocolatada, pasa una vez cada mil años. Es mucho más común que el millonario esté entrado en años... o sea un vejstorio.

Suspiro para no reír, ella siempre encuentra una forma de comparar las cosas adicionándole un toque especial. Ella sería excelente maestra, aunque dudo que los padres quisieran a sus hijos recibiendo algunos comentarios de doble sentido.

—¿Y qué pasa con Martín?

—Puedo tenerlos a los dos —dice ella con mucha tranquilidad—. Ya sabes, el bello y la bestia. La bestia siempre es rica, creo que en el cuento era un príncipe o algo así. En cambio el bello es joven, sexy y resistente.

Creo que mis ojos estuvieron a punto de salirse de sus orbitas. ¿Tenerlos a ambos?

—Lamento informarte pero el chico está muy metido en esa relación, quiere las cosas en serio. Te quiere.

Sonia hace un puchero como si esa frase le disgustara.

—Él quiere lo que le doy, no una vida conmigo —niega con la cabeza.

—¿Eso te dijo?

—No, pero cualquier chico de su edad lo pensaría. Yo le llevo doce años, no creo que le vea más futuro que lo que estamos viviendo.

—Sonia...

—No Essy, no —frunce el ceño y veo toda la felicidad huir de su expresión.

El tono que usa es tan fuerte que siento como si hubiera chocado con un muro. Pocas veces pierde la calma de esa manera cuando estamos conversando sobre chicos, pero lo que he notado es que nunca cree que la quieren; si la conversación se torna más sentimental que pasional, ella intenta hacer un comentario que retorne el rumbo hacia algo menos comprometedor. A veces

parece que se rehúsa a aceptar las demostraciones de amor que no estén directamente relacionadas con sexo.

—Me conoces cariñito, soy un alma libre.

—Creo que Martín no lo es. Deberías decirle.

—Él lo sabe —dice con seriedad—. Sabe que mis intenciones no son casarme ni tener hijos. Que está de último en mi lista, incluso después de pensionarme.

—Sabes que no quiero incomodarte, simplemente quiero que seas feliz.

—¡Ay Essy! La felicidad es como los orgasmos, entre más pienses en alcanzarla más difícil de obtener. Por eso sigo en el ahora, sin estar haciendo planes que incluya a otra persona imaginaria.

Me callo para no incomodarla más, pero muy en el fondo sé que no todo es tan blanco o negro como ella lo pinta. Quizás no quiere casarse, pero tampoco espera quedarse sola por siempre. Me gustaría que me dejara ayudarla más en ese aspecto pero por la forma en la que toma mis palabras entiendo que no está lista.

—Debemos ir saliendo, quisiera una mesa tranquila en el fondo —dice ella dando por terminada la conversación.

—Claro. —Agarro mi bolso y la sigo hasta el restaurante.

Martín se nos une diez minutos después alegando que estaba a punto de terminar un informe. Sonia se muestra feliz y con renovada emoción en cuanto él le da un beso sonoro y la felicita por su logro en voz alta; parece que ellos cuando es hora de besarse lo hacen en serio, tengan o no personas alrededor. Tengo que aclararme la garganta para separarlos porque ya habíamos acaparado la atención de los comensales del restaurante, además que muchos los ven como si sintieran asco. Empiezan los señalamientos y percibo que hacen referencia a la diferencia de edad de la pareja. Mantengo el contacto visual con un par de mujeres mayores que estaban despotricando de Sonia. Cuando se dan cuenta que las he descubierto se giran con indignación.

—Déjalas —dice mi amiga separándose solo un momento de los labios de su novio, sorprendiéndome porque no pensé que ella se hubiera dado cuenta—. Están celosas que no tienen a alguien tan guapo —señala a Martín.

Él le guiña un ojo y vuelve a besarla tímidamente.

—Creo que soy yo el afortunado —señala Martín, quien sus ojos claros brillan mirando a mi amiga.

*¡Sí, claro! ¡Martín sólo está pasando el rato! Eso no me lo creo ni yo.*

## Capítulo 21

Lo bueno de tener una amiga como Sonia es que siempre tendré una aventura por vivir. Con su singular forma de ver la vida y con la atención que acapara en donde entra; esta vez es por estar besando a Martín, en otras ocasiones por su profundo escote o por su risa estruendosa. Esta última es la más frecuente.

Luego de salir del restaurante, Sonia me detiene a mitad de la acera con ojos de cachorro pidiendo comida.

—Essy —dice como si fuera una súplica.

Leo la situación lo mejor que puedo, así que me preparo para una petición.

—Solo dilo —respondo bajando los hombros. No creo que hoy pueda negarle algo.

—Dale otra hora de almuerzo a Martín —dice señalando al chico de ojos claros que parece indiferente a la conversación.

—La gente ya ha notado que le doy demasiados privilegios, van a empezar una revuelta — respondo intentando sonar seria. Aunque nada de eso es cierto.

—La gente va a hablar así lo hagas o no, ¡vamos Essy! ¡Quiero celebrar como se debe!

Llevo mis manos a mis orejas para taparlas en un gesto gracioso. No quiero saber los detalles.

—Una hora —digo levantando un dedo, miro a Marín con autoridad —. Si no lo veo en la oficina a las dos y cuarenta, voy a estar muy enojada.

Sonia salta dos veces emocionada y me da un abrazo que por poco rompe mis costillas. Toso para que me suelte y ella me alisa la ropa. Se acomoda el cabello hacia un lado y le susurra algo en el oído a Martín, quien me agradece con una sonrisa.

Los veo caminar en sentido contrario cogidos de la mano y casi bailando. Me pregunto por qué ella parece tan decidida a no darle importancia al amor y pretende ocultar lo feliz que la hace estar junto a él. La situación me recuerda mucho a la película *500 días con ella* en donde el protagonista cae enamorado de Summer, una chica que no está buscando una relación pero acepta salir con él por el rato. Al final quien sufre el desamor es Tom. Siempre me simpaticé con el personaje masculino, pero al vivirlo en carne propia me doy cuenta que ambos conocían lo que querían del otro y a la vez lo que el otro quería de ellos. Tom se cegó por su amor y creyó que podía amar por ambos, pero no es así. Me preocupa que Martín caiga en lo mismo a pesar de

saber que Sonia es reacia a pensar en el futuro. Mi problema en general es que siempre estaré de parte de mi amiga así sea ella quien le rompa el corazón a Martín.

Un golpe me saca de mis pensamientos. He chocado con un pecho o bueno, alguien chocó conmigo intencionalmente. El olor lo delata, no he querido asociarlo a una fragancia en particular porque eso le daría más acceso a mis pensamientos, pero es inevitable percibir ese olor fresco, que se asemeja a la brisa del mar, en cuanto ese hombre está cerca.

Siento una fuerte sacudida en el momento que lo miro a los ojos.

—Pensé que estaba ocupado toda la tarde, señor Egizi —digo en un susurro porque mi voz me traicionó al final.

—Le he dicho que me llame Ángelo, Esther... supongo que después de ese *bacio appassionato* deberíamos tutearnos.

Doy un paso hacia atrás al recordar ese momento.

—Usted actuó con mala intención y esto no puede seguir así. Somos socios no amantes.

—Yo no quiero ser su amante —responde con una sonrisa—. Quiero ser el único.

Mi respiración se corta y todas mis palabras se atorán en mi garganta. ¿Qué quiere ser qué?

—Déjeme mostrarle algo —continúa al ver que lo miro con sorpresa.

Me extiende la mano para que la tome pero me rehúso moviendo la cabeza negativamente.

—No se preocupe, no voy a intentar nada que no me pida —dice con absoluta seguridad, sin sonrisas maliciosas o guiños.

Mi mano me traiciona posándose en la suya. La lleva hasta su boca y me da un tierno beso en el dorso. Me cuesta recordar que ese hombre me mintió y uso cuanto tenía en su poder para besarme, sin embargo es eso mismo lo que genera una electricidad entre nosotros. Como si mi cuerpo esperara sentir algo más candente.

Me abre la puerta del pasajero de su auto y me hace una reverencia sin soltar mi mano, luego me ayuda a entrar y cierra con delicadeza. En cuanto arranca, enciende la radio, una balada romántica en italiano envuelve el ambiente.

—Puedo buscar algo que le guste —dice con vehemencia.

Niego. Quiero saber que escucha él, quiero conocerlo.

—Me suena, creo que ese ritmo lo he escuchado... Aunque es viejísimo —confieso.

—Tiene versión en español —dice interrumpiendo el tataréo de la canción.

*Tu chi mi brucia sei tu e anche la mia marcia in piil ed un po' di follia quanto basta perche*

*tu come lei non sei mia se mi fai l'amore ti cantero come se fossi una canzone.*

—Así es... pero es una canción muy apropiada para la situación —dice con una sonrisa torcida.

No dice más y se concentra en la carretera mientras intento entender algo de su letra.



Cuando sale de la ciudad y empieza a subir por la montaña, hacia la vía al mar, mis nervios no me dejan quedarme callada, ya le había dado suficiente duda razonable.

—¿A dónde vamos? —digo con un tono alarmado. Ángelo simplemente sonrío mientras le baja el volumen al radio.

—A uno de mis lugares favoritos —dice sin dar más explicaciones.

—Quiero volver. —Cruzo mis brazos sobre mi pecho y me giro para que sienta que hablo en serio. Esto ya no me gusta nada.

—Llegaremos en cinco minutos, verás que en cuanto estemos ahí no querrás irte —dice divertido al no importarle mi petición.

—Dijo que no haría nada que yo no quisiera.

—Dije que no haría nada que no pidieras... Hay una diferencia.

Me callo por un minuto para analizar qué quiere decir; si su frase contiene alguna especie de trampa. Sin embargo, llego a la conclusión que solo quiere generar más tiempo sin que proteste porque no tiene sentido, yo no le pedí que me trajera fuera de la ciudad y aun así lo está haciendo.

Me sorprendo cuando gira hacia un lado de la carretera estacionando en medio de la nada. Una sensación de peligro me invade, pero al mismo tiempo, la ansiedad por saber que desea me mantiene en mi puesto algo sudorosa.

—Llegamos —dice con esa voz cantarina con acento italiano y me desabrocha el cinturón de seguridad.

Me hace una señal para que espere dentro del auto y lo veo bajarse y rodearlo hasta llegar a mi puerta. La abre y extiende su mano para ayudarme. No puedo evitar que mis mejillas se incendien y esquivar su mirada inquisidora. Si lo miro en este momento voy a pedirle que me haga lo que quiera, y eso no es una opción.

Reviso el alrededor. Estamos en una locación alta en donde se puede ver toda la ciudad, sus edificios, incluso se puede ver correr el tráfico. El color verde de los arboles hace un gran contraste con la ciudad llena de cemento; desde aquí no puedo escuchar el bullicio, simplemente soy una observadora lejana.

—¿Qué te parece? —pregunta Angelo.

—Se ve tan... bello —digo al no encontrar otra palabra.

Ángelo hace un mohín al estar de acuerdo.

—Desde aquí puedes admirar el espacio que llamas hogar y al mismo tiempo saber que no estás tan solo como crees —esta vez su tono es melancólico—. Hay personas que corren toda su vida buscando algo que está al frente, pero no lo ven. Desde aquí puedo señalar mis deseos y puedo darles una medida que me deje vivir plenamente y sentir que he alcanzado mis metas.

*¡Interesante! ¿Todo eso siente al ver la ciudad desde lejos?*

—Tengo que confesar que sólo he venido de noche. Todas las luces encendidas crean un gran espectáculo.

—Te has perdido de la mejor parte entonces... —dice con resolución.

—¿Tienes más familia aquí? —pregunto curiosa.

—Mi madre aún vive y tengo una hermana —dice mientras voltea a mirarme de frente—. Mi hermana es española.

Frunzo el ceño con muchos interrogantes.

—¿Tus padres han viajado mucho? —pregunto algo más general para no pasar como una curiosa. Aunque lo soy.

Toma una de mis manos con suavidad y la acaricia con su pulgar.

—Mis padres tuvieron que huir de Italia. Mi abuelo era un hombre importante porque se había metido con personas peligrosas, pero se equivocó en algo, nunca me han dicho de qué se trataba, pero fue grave. Esas personas juraron acabar con toda su familia, así que mis padres salieron del país sin nada, sólo con lo que tenían puesto. Primero fueron a España, allí nació mi hermana Nyma. Vivieron ahí unos tres años hasta que un día sintieron que lo seguían e incluso les llegó una amenaza por correo. Sin dudarlo, empacaron sus cosas y se embarcaron en el primer transporte que viniera a Suramérica. Se cambiaron el apellido, se escondieron por un tiempo en Venezuela, pero al final llegaron aquí para quedarse. Luego de unos cinco años, llegué yo.

—Lo lamento —digo impactada. Su relato está lleno de dolor—. ¿Y tu abuelo?

—No quiso huir. Sabía que lo perseguirían por cielo y tierra. Si se quedaba y asumía su destino, mis padres tenían más posibilidades de salir ilesos. Se sacrificó por el futuro de su familia.

El impulso de abrazarlo es inevitable. Cuando siento su pecho inhalar y exhalar con premura lo aprisiono con mis brazos más fuerte.

—Lo lamento.

Se separa de mí. Lo veo calmado y controlado. Pensé que iba a dejar aflorar todos sus sentimientos en este momento.

—Son cosas que te hacen fuerte y te ayudan a ver todo en perspectiva. Además que me ha ayudado a desarrollar un gran sentido del olfato. Ya sabe, soy perceptivo.

—¿A qué se refiere?

—Qué sé que no es feliz, *signora*. Y estoy tan intrigado por eso que necesito saberlo y tratar de corregirlo.

Doy un paso hacia atrás como si me hubiera abofeteado. ¿Se me nota tanto?

—Soy feliz —miento descaradamente. Incluso mi cuerpo sabe que lo he hecho.

Alza una ceja en respuesta y se acerca de nuevo.

—¿Es por su esposo? —pregunta acortando toda distancia posible entre nuestros cuerpos y dejando nuestros labios a unos cuantos milímetros.

El sonido de mi celular nos sorprende y me devuelve a la realidad. Me aparto y contesto sin mirar el remitente.

—*Lo lamento, señora Rosas... No he podido encontrar nada de la persona que usted me encargó. O no es un cliente o es un apodo* —dice Camila agitadamente.

—¿Es eso lo que has estado haciendo? No te preocupes, no es tan importante. Deja eso y seguiremos después. ¿Cómo va tu trabajo?

—*Bien, no me he dejado atrasar.*

—Entonces te doy la tarde libre. Ve y diviértete. —Oigo que ella suspira y da un pequeño grito de emoción agradeciéndome.

Cuando guardo el celular me encuentro a Ángel observándome de arriba abajo con una expresión traviesa. Frunzo el ceño y chasqueo mis dedos para devolver su atención a mi rostro.

—Eso fue muy noble de su parte, sabía que mis instintos no me engañaban en cuanto la vi.

—¿Quiere saber qué dicen mis instintos sobre usted? —pregunto con una actitud pedante.

—No, eso lo quiero averiguar por mi cuenta... Lo que sí quiero es que me diga por qué no es feliz y que puedo hacer para que lo sea.

—Usted no puede hacer nada —respondo evasiva.

*Acabas de confesar que no eres feliz, estúpida.*

Me doy un pescozón imaginario y cierro mis ojos con fuerza regañándome por ese error.

—¿Está enamorada de su esposo todavía?

La sorpresa invade mi expresión al igual que la indignación.

—Eso no se le...

—No lo está —afirma con seguridad—. Cuando alguien está enamorado no se ofende, solo dice que sí.

*¡Maldita sea!*

—Quiero volver a la empresa —digo y le doy la espalda para volver al auto.

Siento su tibio toque en mi brazo girándome y aprisionándome entre la puerta y él. Su aliento impacta en mi rostro y su olor característico me hace perder fuerza en las rodillas. Sus ojos, como el musgo moviéndose por el viento, me cautivan y me obligan a mantener el contacto visual.

Muchos dicen que es por los ojos que conocemos a las personas y quizás tienen razón... En los ojos de Ángelo no veo solo deseo —aunque si hay en grandes cantidades— sino que también hay admiración y calidez.

—Por favor —suplico tratando de zafarme—. Sigo casada, esto está mal en muchos niveles así se sienta tan bien —hago énfasis en las dos palabras opuestas.

—Lo sé —dice rompiendo el contacto visual y alejándose para dejarme abrir la puerta.

Me subo al carro respirando de manera irregular, trato de calmarme mientras él da la vuelta para subirse.

Da marcha atrás para salir a la carretera en un movimiento controlado y seguro, se adentra en el tráfico con facilidad sin voltear a mirarme en ningún momento.

Mi parte racional intenta convencerme que es mejor así, que no necesito conversar con él. Entre más espacio le dé en mi vida, corro mucho más peligro de destruir lo que he construido. Por otra parte mi corazón sensible está tan derretido por él, por su historia y por su necesidad de hacerme feliz que casi me puedo visualizar tirándome encima de él y besándolo sin piedad.

—No puedo alejarme, ¿sabe? —empieza—. Sé que está mal pero no puedo quedarme apartado cuando siento que debo intervenir.

Me agarro la cabeza para sacar la imagen mental y poder responderle con sinceridad.

—Creo que esto no puede continuar, señor Egizi. De ser así voy a hacer una campaña para deshacer nuestra sociedad. Le devolveremos el dinero.

—Si se siente más cómoda de esa manera puede arreglarse. Así no sentirá que soy el socio de su esposo y estoy apuñalándolo por la espalda.

—Ya lo estamos haciendo.

—Creo que usted no conoce a su esposo. Si vamos a hablar de engaños él es mejor que nosotros juntos.

Abro los ojos como platos ante su insinuación. ¿Qué quiere decir? Mi esposo no tiene ni tiempo para dormir, o siquiera para pasar tiempo de calidad conmigo, para que esté diciendo que tiene a alguien más. Nuestro nivel de estrés y trabajo es demasiado para que él se esté complicando la vida con otra persona.

No puedo creerle. Me está mintiendo igual que la vez pasada. Hace lo que tenga en su poder hacerme dudar de Ricardo.

—Miente —lo acuso.

—Es mejor de lo que creí. Más hábil —dice para sí.

## Capítulo 22

—Corazón, ¿estás lista? —me dice Ricardo a las cinco de la tarde.

Ha pasado nueve días desde que Ángelo me llevó fuera de la ciudad y desde eso, me ha evitado. Nos hemos cruzado sólo de paso y aunque su mirada sigue siendo intensa y posesiva, su actitud ha cambiado. Me está dando espacio para pensar. Ricardo por su parte no parece haberse dado cuenta del hecho y ha actuado con normalidad a pesar que a veces se desaparece sin explicaciones. Ni él me cuenta que hace, ni yo le pregunto. El desinterés se ha apoderado de la relación; aparentando en público e ignorándonos en privado.

¿Y tener hijos? Detenido.

Aún tengo la esperanza de que este mes sea el mes, pero al mismo tiempo traer un pequeño a un hogar que se fracciona, no me entusiasma.

—Ya estoy apagando —respondo con voz monótona.

Tenemos que ir a comprar un regalo para el *baby shower* del pequeño de Michael y Antonia.

Estaba reacia a comprarlo sola porque sabía que tan difícil podría ser escoger ropa o juguetes para un niño que no va a ser mío. Por eso necesito a Ricardo, alguien que me sostenga si voy a desfallecer.

Salimos sin tocarnos; él sigue enojado porque yo lo «engañé» con mi traje sensual y mi baile de seducción. ¿Debería disculparme? No. Hay algo extraño en la situación que me parece incluso inaudito. ¿Por qué un hombre se queja porque su esposa lo quiere seducir? Y lo de concebir ya estaba hablado y él mismo aceptó tener hijos. Sé que el problema es profundo, mucho más allá de lo que puedo imaginar, pero no quiero ahondar en el tema ahora. Si él quiere decirme bien, sino este matrimonio se va a ir al trasto.

Llegamos hasta una tienda de bebés tan colorida que me toca recordarle a mi mente que debo respirar. Fotos de bebés sonrientes de todas las razas se encuentran en un poster que se alcanza a ver en el fondo de la tienda. Los múltiples estantes de ropa pequeña se despliegan por todo el lado derecho y los juguetes en izquierdo.

—¿Qué crees que necesiten? —me pregunta.

—No sé, Michael me dijo que ya tenían cuna y mucha ropa... quizás podamos llevar algo diferente: toallas, algún cargador o una pañalera con todo. Los pañales también son esenciales.

Recorremos la tienda buscando algo adecuado. Veo una bañera hermosa de color gris que es portátil porque la hicieron como si fuera un mueble. Se puede bañar al bebé y tener organizado sus toallas y ropa debajo. Ricardo me muestra un cargador de color azul con estampado de monos.

—¿Y un gimnasio? —pregunta Ricardo.

—Es un bebé, ellos no van a gyms —respondo tratando de ser graciosa.

A Ricardo no le hace gracia.

—Estoy hablando de esos —dice señalando las cajas —, coloridos y con cosas que cuelgan para que el bebé se ejercite.

—Me parece bien —digo recomponiendo mi expresión seria. Definitivamente no está para bromas.

Al final, terminamos comprando el cargador, un paquete de pañales etapa uno y un set de biberones que se veían muy lindos. Hacemos empacar todo con un papel metálico color azul y salimos de la tienda.



Ya había asistido a varios *baby shower* anteriormente, así que ya conocía la dinámica de los invitados, los juegos y los regalos. Sabía que, a pesar que la hora de la invitación decía a las tres, las personas van llegando a las cuatro o más tarde. Así que al ver el reloj de la sala apuntando las 02:15, sé que tengo mucho tiempo para arreglarme, aunque en cualquier momento Ricardo va a empezar a apurarme para salir. Él con su necesidad de llegar a la hora, siempre nos somete a la larga espera en sillas de plástico, mirando a los anfitriones acabar de decorar o estar corriendo, organizando detalles de último momento.

Opto por un jean ajustado y una blusa de manga sisa de botones con un escote en v que me queda muy bonito. Además que el cuello tiene unos detalles lindos que le dan distinción. Recojo mi cabello en una trenza y me aplico un poco de base y rubor para resaltar mis rasgos. Por lo general no uso mucho rímel pero en esta ocasión lo necesito. Mis ojos cafés se ven mucho más grandes cuando delinee mis parpados.

—¿Estás lista? —pregunta Ricardo a la distancia, pero en dos segundos aparece en el reflejo del espejo —. Te ves muy guapa, Esther —dice mientras se aclara la garganta y parece que le costara admitirlo.

—Gracias —digo sin mirarlo. Me sigo maquillando.

—¿Vamos a seguir enojados? Ya llevamos dos semanas así.

—Tú estás enojado, yo no. Me causa bastante curiosidad cómo pudiste interpretar todo así y decir que te estaba engañando.

—Veo que aún no entiendes mi punto. Te hablo de la desesperación, de los trucos y de las

mentiras. Sí, te dije que íbamos a tratar, que estaba abierto a la posibilidad, no que iba a ser inmediato.

—Mejor dejémoslo así —le digo con voz cansina—. No vuelvo a tratar de «engañarte».

Siento el cambio en el ambiente, la frialdad con la que me mira podría congelar el infierno. Da media vuelta y desaparece de mi vista.

Me demoro otros cuarenta minutos porque decidí soltarme la trenza y plancharme el cabello a pesar del zapateo y desesperación de mi muy enfadado esposo. Su molestia me causa gracia e incluso me motiva a incomodarlo aún más. Cuando anuncio que estoy lista, él está en su etapa del enojo en el que no puede ni mirarme, toma las llaves bufando y sale dando zancadas gigantes. Lo sigo hasta el auto intentando disimular mi sonrisa.

Ricardo sale a la autopista como un loco, parece que nos estuvieran persiguiendo alguien para matarnos. Veo subir la manecilla del acelerómetro de manera desproporcionada y empiezo a tratar de frenar con mi pie como si eso hiciera algún cambio. Pongo una mano en el tablero y otra agarra la manilla de soporte. Me rehúso a hablarle, sufro en silencio mientras él parece un maniático que va a colapsar por llegar unos minutos tarde.

A pesar de su carrera de muerte, llegamos veinte minutos después de las tres a un salón medio vacío y totalmente adornado de azul. Hay una gran mesa en el fondo cubierta por papel seda, con una gran variedad de dulces; una torre de cupcakes con figuras de bebés de adorno, una fuente de chocolate con masmelos y fresas alrededor y una bandeja con caramelos. A ambos lados de esa mesa, hay unos ángeles hechos con bombas inflables que se ven muy encantadores. El sitio tiene sillas pegadas a las paredes laterales y un gran equipo de sonido en una esquina. Justo a la derecha de la entrada, hay una caja en forma de cuna que parece asignada para dejar los regalos.

Veo a Antonia levantar sus manos y caminar hacia nosotros con una sonrisa radiante. Tiene una camisa de embarazada de color blanco con muchos boleros. Michael es el siguiente en aparecer, corre hasta ponerse a la par de su esposa y llega al mismo tiempo saludando primero a Ricardo con un fuerte apretón de manos, luego a mí con un beso en la mejilla. Antonia me abraza torpemente porque su barriga ya le impide acercarse demasiado y luego besa la mejilla de mi esposo con cierto recelo.

—Le trajimos este detalle a su hijo —le digo extendiendo el gran paquete hacia Michael.

Él lo recibe y exclama un sonoro «ufff», mientras nos agradece por las molestias. Lo coloca en la cuna y nos guía hasta las sillas.

Como había predicho, sólo hay unas cuatro personas en el salón y hay sitio por lo menos para unas cincuenta. Vamos a tener que esperar un buen rato.

Luego de unos veinte minutos que se me estaban haciendo eternos porque ninguno de los dos pensaba hablar, Ricardo se levanta algo sorprendido para saludar a una recién llegada con una niña. Ella parece tardarse en reconocerlo, pero cuando lo hace, empieza a hablar como si se le hubiera dañado un interruptor. Realmente hace muchas preguntas al tiempo que Ricardo no es capaz de contestar al mismo ritmo. Me levanto y me ubico a su lado para interrumpir la verborrea

de la chica.

—¡Oh por Dios! ¿Es tu esposa? ¿Cómo era su nombre? Espera no me digas, yo tengo una excelente memoria y debo acordarme. Creo que empezaba con e, igual que mi nombre —ella sigue hablando para sí mientras yo levanto una ceja y miro con extrañeza a Ricardo.

—Esther —digo mientras extiendo mi mano para saludarla. Sabía que la había visto con anterioridad pero no me acuerdo de su nombre o relación con mi esposo.

—¡Eso! ¡Esther! Mucho gusto de nuevo, ¿te acuerdas de mí? Soy Elena, amiga de Ricardo. Era una de las damas de honor de ese par —señala a la pareja festejada.

—Ohh —digo con reconocimiento —. Entonces tú eres Isabela —me agacho para saludar a la niña que se encoge con mi proximidad.

—Es tímida —Elena sonrío —. No se parece a la mamá.

Nos sentamos de nuevo mientras ellos continúan charlando animadamente. Isabela corre hacia la mesa llena de dulces y luego abraza a Michael con cariño. También la veo poner su oído en la barriga de Antonia.

Otra pequeña punzada de envidia recorre mis venas. Controlo mi expresión facial lo mejor que puedo y trato de subir la mirada para que no se me formen lágrimas.

Los juegos empiezan unos minutos después; medir la barriga con papel higiénico, los hombres se convierten en bebés para tomar el biberón y las infaltables rifas. Me gano un set de pinceles para maquillaje cuando adiviné el objeto más deseado que los padres buscaban para Christian.

Luego, la música infantil hace que los niños empiecen a moverse y a jugar, mientras los adultos se amontonan en grupos para charlar. Elena se va a hablar con otras mamás que están en el lado contrario, dejándonos solo y aislados de toda conversación. El humor de Ricardo vuelve a ponerse negro, porque sabe que nuestra indisposición ya no parece afectarme.

—Esto no debería seguir así —empieza él con un tono mandón.

—Es cierto, pero a ti te gusta discutir.

—Y tú no quieres entender.

—Lo único que entiendo es que es posible que un niño llegue a nuestras vidas y tú quieres alejarme.

—¿Cómo va a llegar un bebé ahora? Si no hemos hecho nada.

—Lo hicimos en la fecha que era —refuto.

—No te vas a embarazar, Esther —sentencia.

—¿Cómo si pudiera controlarlo, Ricardo! —digo con desdén —¿Cuál es tu problema? Me

dijiste que querías empezar a tratar.

Algunas personas detienen su conversación para mirarnos. Llevo un mechón de mi cabello hacia adelante para tapar mi expresión y mirar directamente a Ricardo.

—Quiero vivir esto —señalo alrededor—. Cuando nos casamos estábamos de acuerdo. Es injusto que luego de eso, hayas cambiado de opinión y me arrastres a tu existencia solitaria.

—Tenemos muchas responsabilidades, una empresa...

—Muchas personas tienen menos.

—Y los mal tienen. No me importa lo que digas ahora, Esther. Este tema está zanjado. Vuelvo a decir no. Te amo, en serio, pero estás insoportable.

No puedo evitar sollozar sonoramente al escuchar su negativa. Me muerdo un labio con frustración y me mantengo en la misma posición para no delatar más nuestra discusión al frente de todas esas personas desconocidas.

—¿Me amas? —pregunto sarcástica. Mi voz se ahoga al final.

Ricardo traga grueso y asiente tratando de hacerme una señal para que dejemos la discusión para después, al percibir que la música ha bajado de tono y muchos ya nos miran de soslayo.

—Claro que si —dice entre labios.

—¿Por qué no quieres tener hijos? Debe existir una razón para ello y sobre todo para que me lo niegues con tanto ahínco.

Sus ojos se dilatan con rabia y sus mejillas se sonrojan. La vena de su frente empieza a vibrar de manera extraña y parece que se fuera a reventar. Tal vez si no estuviéramos rodeados habría explotado con una respuesta grosera, pero como no es el caso, aprieta sus puños contra su cuerpo y hace un sonido para callarme.

—¡No te atrevas a volver a callarme! —exclamo ofendida.

Siento unos pasos hacia nuestra dirección.

—¿No quieres hablar en la casa y prefieres avergonzarnos en público? —sisea con ira.

Lo estoy haciendo perder el control, algo que muchas veces es difícil, pero quizás será la única forma en la que me diga la verdad.

—Quiero que hables conmigo. ¿Cuál es la razón para que me niegues lo único que te pido? Algo en lo que teníamos un acuerdo hace años y que sigues diciendo que no.

—¡Maldita sea! —exclama esta vez enfurecido y en voz alta.

Toda la música se detiene de golpe y los rostros de las personas se giran inconscientemente

hacia el origen del escándalo. Mi rostro se ruboriza de vergüenza pero no cedo. Si quiere hacer una escena aquí, va a tenerla.

—Sólo dilo. Quiero una razón. —Mantengo mi tono de voz lo más parejo posible a pesar de las circunstancias.

—No necesito justificarme contigo.

—¡Claro que sí! —Lo miro furiosa—. Soy una de las pocas personas a las que tienes que darle explicaciones y mucho más si eso me involucra tanto como es la decisión de expandir nuestra familia.

Oigo unos murmullos; padres diciéndole a sus hijos que jueguen afuera.

Michael llega hasta nuestra posición y trata de poner la mano en el hombro de Ricardo, pero éste lo esquiva.

—¿Sabes por qué? —pregunta varios tonos arriba de lo normal—. Porque nunca los quise. Nunca. Siempre te dije que sí cuando éramos novios para que aceptaras casarte conmigo. Pero no quiero, nunca. ¡Estoy tan decidido que me hice una vasectomía justo antes de pedirte matrimonio!

El impacto por esa declaración me hace dar un paso atrás y las lágrimas inundan mis ojos. El dolor invade mi cuerpo y la indignación me deja sin aliento. ¿Vasectomía? ¿Se hizo una vasectomía antes de casarse conmigo? Después de todo este tiempo creyendo que en algún momento por fin podría convencerlo, me dice que no tengo esperanza, que mis deseos nunca le importaron lo suficiente. ¿Y él hablaba de engaño? ¿Engaño? Esto es peor que haberlo encontrado con otra en la cama, esto es mil veces peor que me hubiera abandonado...

Siento un abrazo desde atrás y sé inmediatamente que es Antonia por la gran panza que choca en mi espalda, así que no forcejeo. Ella me aleja de Ricardo y me adentra a un cuarto que estaba escondido. Me lleva hasta un asiento y me pide que me calme. Mi respiración se eleva a niveles preocupantes. Antonia toma mis manos y me habla despacio para que mi ritmo descienda.

—Quiero el divorcio, dile que quiero el divorcio —digo aún agitada.

## Capítulo 23

Solía pasar una cantidad excesiva de tiempo pensando en el futuro; por lo general, tenía que ver con mirar jugar a mis hijos desde una banca de un parque acompañada de mi esposo, quien me besaría en la sien y me susurraría cosas dulces al oído. También visualizaba su crecimiento marcado en el marco de una puerta o en nuestra pared favorita, a la vez que ellos se alegraban por cada centímetro ganado. Sus risas, sus rostros; una combinación perfecta de nosotros, quizás con mis ojos y mi cabello, y con la nariz y boca de su padre.

Ahora sólo puedo pensar en las siguientes horas y lo significativas que van a ser. Podría empezar a actuar, llamar a un abogado de divorcios y tratar de sacarle hasta el último centavo que me merezco o podría simplemente decidir que no quiero volver a verlo en mi vida y cortar todo a la mitad. Aún no lo sé.

Quizás dependa de mi proceso de duelo y que tanto afecte que haya roto mi burbuja personal. No quiero imaginar los comentarios y cuchicheos que los asistentes podrían esparcir. ¡Por Dios santo! ¡Había una periodista en el lugar!

Michael llega al cuarto con una mirada enojada, abraza a su esposa y pone su mano en mi hombro cuando me ve tratando de respirar con normalidad. Por supuesto, no ayuda para nada verlos a ellos tan cariñosos y tan embarazados. Me recuerdan exactamente lo que no tendré.

—No puedo creer a ese imbécil, ¿cómo pudo hacer eso? —dice Michael con indignación

—No me preguntes a mí, amor. Yo nunca lo comprendí y él siempre se mantuvo alejado.

Michael le lanza una mirada que significa algo entre ellos porque el rostro de Antonia palidece y se disculpa para abandonar el cuarto.

—Se marchó, Esther —me dice él agachándose para quedar a mi nivel—. ¿Quieres que llamemos a alguien que venga por ti? Ahora no debes estar sola.

—No te preocupes, llamaré a alguien. Ya he arruinado su fiesta, no necesito que se queden aquí atrás mientras tienen gente que atender allá.

Michael me da un leve asentimiento mientras me regala una sonrisa que trasmite lástima. Me duele que me mire de esa manera, pero es una reacción humana comprensible, incluso yo misma estoy pasando por ese estado.

Empiezo a lamentar todo lo que pasó para llegar a este momento, todas las señales de alerta que pasé por encima creyendo que él cambiaría si estaba conmigo. Sabía dentro de mí, que

Ricardo decía que sí, pero en su rostro, postura y lo que transmitían sus ojos o su boca era un no disfrazado. Quise luchar contra eso y perdí. Perdí de una manera contundente, sin siquiera sacar algo de provecho de la situación.

Antonia vuelve a entrar con un plato en la mano, me lo ofrece con una sonrisa cariñosa. Es arroz con pollo, algo que hace mucho no comía porque no me quedaba suficiente tiempo para cocinar, así que le agradezco y empiezo a comer a pequeños bocados, tratando que mi garganta se abra. Se resiste pero insisto. Necesito comer o voy a desmayarme y definitivamente Ricardo no merece que sufra así por él.

Sufriré más por los años perdidos, por el tiempo malgastado con alguien que no comprendió mi plan de vida y aun así trató de arrebátarmelo. Sufriré porque me engañó y frustró que en este momento una pequeña criatura me llamara mamá. Pero no por él, me niego.

Cuando me siento llena, dejo el plato medio vacío a un lado y marco un número conocido. Supongo que es la única persona que puede transformar esta situación desoladora en algo más llevadero. Su presencia casi siempre me calma.

—Sonia —digo su nombre de una manera que nunca lo he hecho. Creo que mi corazón volvió a partirse.

—*¿Essy? ¿Estás bien? ¿Por qué estás llorando?*

—*¿Puedo quedarme contigo? No sé cuánto tiempo, pero ¿puedo?*

—*Me ofende que preguntes eso, por supuesto que puedes... ¿Qué te hizo, Esther?* —usa un tono grave impropio de ella. Sólo lo usa cuando quiere que los demás sepan que habla en serio. Aunque sólo con decir mi nombre correctamente, sé que ha captado.

—Te cuento allá. Llego en unos minutos.

—*¿Debo preparar mi arsenal? Tú solo dime y contacto a alguien para que le mandes recuerdos... Ya sabes...* —cambia el tono de su voz, ahora parece que trata de imitar a un hombre —. *¡Essy manda saludos! Y luego una puñalada en el corazón.*

—Hablamos allá, amiga —digo tratando de apaciguar su curiosidad. Cosa que no es sencilla.

—*Te espero, cariñito.*

Michael me extiende la mano en cuanto oye que cuelgo para ayudarme a levantar.

—Déjame llevarte —me pide como si le hiciera un favor al aceptar.

Niego. Estoy abusando de su confianza y arruinando lo que debería ser la primera fiesta de su hijo. Gracias a Dios que el pequeño no va a recordarlo.

—Él no va a desistir, Esther —anuncia Antonia que se ve un poco ruborizada —. ¡Vamos! Yo me encargo de todo hasta que él vuelva, al final soy quien hace más trabajo aquí —dice señalando

su panza.

Michael se acerca a su esposa y le da un beso en los labios y otro en la barriga, mientras se despide del pequeño.

Intento apartar la mirada, ser masoquista no es lo mío, pero ellos no me dan descanso. Su amor les sale por los poros y se les olvida que alguien está sufriendo por no tener lo que ellos tienen.

—No te preocupes. Sólo quiero asegurarme que quedes rodeada de alguien que te quiera.

Eso casi me hace sonreír, por lo menos mis mejillas intentaron pero mi boca no pudo. Se quedó rígida en su posición.



—¡Nooo! —exclama ella con absoluta incredulidad.

—Sí —respondo con un tono derrotado. Jamás en mi vida me había sentido tan despojada de lo que quería intencionalmente.

—¿Lo cacheteaste? ¿Un golpe seco en su nariz? Dime que el tipo ahora está en urgencias tratando de enderezar su miembro porque se lo partiste de un rodillazo.

Ahora que lo pienso...

—¡Maldita sea! ¿Qué haces aquí? Ese hombre que ya ni siquiera conoces está en tu casa disfrutando de tus cosas... Vamos a ir inmediatamente para allá y quien va a dormir en la calle va a ser él. Me dejo de llamar Sonia Álvarez si eso no sucede.

Miro mis manos con poco entusiasmo por el plan. Sí quiero pelear, pero no hoy y no ahora. Estoy entre la ira y la depresión, algo que necesito desahogar con ella y no con Ricardo. Si voy para mi casa, voy a revivir el dolor al ver su rostro y quizás pueda sentir más rechazo del que me proporcionó.

Sonia agarra su abrigo y se pone una bufanda en el cuello. El clima no está excesivamente frío afuera pero ella parece estar atravesando una gripe. Su nariz está roja y sus ojos llorosos, al menos su voz se mantiene sin cambios.

—No creo que sea buena idea, Sonia.

—Si no mueves tu trasero sano hasta la puerta, te juro que te cargo hasta tu casa —dice con una cara macabra. No tengo más remedio que levantarme y seguirla.

Tomamos un taxi hasta mi casa. En el camino ella va enumerando cosas pero no dice exactamente que piensa y yo tampoco le pregunto. Al conocerla, debe estar planeando la manera de ejecutar un asesinato sin caer presas y aunque mi diablillo interior se interesaría en adjuntarse a ese plan, no tengo la fuerza para procesar eso en el momento.

Luego de pagarle al taxista, nos dirigimos hacia la entrada. Veo el carro de Ricardo en el garaje, así que es muy posible que esté en casa. Cuando voy a tomar el timbre, Sonia atrapa mi mano y niega con la cabeza. Con su puño golpea con violencia la puerta haciendo que medio vecindario encienda las luces de afuera para mirar que ocurre. Ella no vocifera nada, pero me hace una seña para que yo lo haga.

—Podría usar mi llave, ¿sabes?

—Pensé que no tenías y por eso querías timbrar. ¡Vamos! ¡Abre! —me apura.

Con torpeza introduzco la llave en la cerradura y la giro. No ocurre nada. Está trancada desde adentro.

—Tiene pasador —anuncio con mucha decepción.

¿En serio? ¿Qué hubiera pasado si vuelvo directo hasta acá sola? ¿Me dejaría afuera? Pues Sonia tiene razón, yo también me dejo de llamar Esther Rosas si no entro a esta casa.

—¡Abre la puta puerta, Ricardo! —grito enfurecida.

—¡Eso! —celebra Sonia mientras continua golpeando la puerta sin compasión.

—Esta es mi casa, Ricardo —me aclaro la garganta para subir más el tono —. ¡Mía!

—Sólo hay esta entrada, ¿cierto? —pregunta Sonia.

—Sí, solo tenemos una puerta. Todas las casas están pegadas, incluso atrás hay otra.

—¿Podría escapar por allá?

—No creo que escape, intentará no dejarme entrar, que me canse de tocar.

—Pues eso no va a ocurrir. Voy a llamar a la caballería —dice ella —. Tú continúa.

Diez minutos tocando y gritando sin ninguna respuesta ya estaba dejando mi brazo cansado y mi garganta en llamas. Lo quería maldecir de frente pero si me iba a obligar a hacerlo detrás de una puerta, podía hacerlo. Dejar que su máscara de excelente esposo se caiga y que todo el vecindario sepa que es un idiota que engañó a su esposa.

Un auto se detiene en el jardín, trata de parquearlo decentemente pero parece que el conductor viene borracho. Kathe y Fer se bajan y llegan hasta donde Sonia con abrazos y besos. Por último llega Martín un segundo después con una cara de desconcierto que podría ser perfecta para una fotografía.

—¿Martín? ¿En serio? —le pregunto a Sonia con una cara de sorpresa.

—¡Oye! Necesitas gente de tu lado... incluso llamé a tu secretaria idiota, pero esa no contestó. Además no protestes, quizás vamos a tener que utilizar la juventud escala-paredes del chico.

—Señora Esther —me saluda él con aprensión mientras mira alrededor, mis vecinos ya están demasiado curiosos.

—Essy —saluda Kathe y Fer al tiempo mientras me dan un apretón.

—Ya, ya —me los quita de encima Sonia —. Su misión si desean aceptarla, es obligar al futuro exmarido de mi amiga a que abra la puerta. No lo vamos a dejar dormir si es necesario, enciendan el auto y pongan el radio, gritos y por último recurso, entrar por una ventana —dice lo último mirando a Martín, quien traga grueso.

—¿No deberíamos llamar a la policía? —propone Martín. Sonia sonrío con suficiencia.

—Eso ya debe haber ocurrido, osito.

Efectivamente, a los minutos una patrulla de la policía estaciona al lado del auto de Fer y se bajan con esa actitud de autoridad que nos hace detener los gritos. La parte positiva es que preguntan primero, así que luego de contarles la historia de mi vida muy resumida, ambos policías están tan disgustados que se unen a los golpes a la puerta. Solo con una diferencia. Si Ricardo no abre, ellos pueden tumbar la puerta. Estoy algo apegada emocionalmente a ella, pero si es necesario para poder entrar a mi casa, que así sea.

Ricardo aparece con una mirada de locura unos segundos después. Sus ojos desorbitados repasan de la policía al grupo que está reunido en mi nombre.

—Todo suyo, señora. Si vuelve a dejarla afuera, llámenos —me dice uno de los uniformados mientras me pasa una tarjeta con el número de la unidad.

Ricardo los ve irse con enojo, así que aprovecho para ingresar a la casa golpeando su hombro. Todos me siguen y se detienen a mi lado. Ricardo cierra la puerta azotándola. Hasta este momento me doy cuenta que él está en pijama, con el cabello alborotado y con una sonrisa sarcástica en sus labios.

—¿Vas a hablar o puedo empezar con los golpes? —susurra Sonia. Refleja su ansiedad moviendo sus rodillas y meciéndose de un lado a otro.

Levanto mi mano en señal que espere mientras doy un paso adelante.

—Esta es mi casa, no hay nada que te dé el derecho de dejarme afuera. Mucho menos siendo tú quien me engañó.

—Esta casa es mitad tuya, nadie puede discutir eso —empieza él con una actitud cínica —. Podemos establecer en qué lado vivirás tú y en cual yo.

—¡Me dejaste afuera!

—Estaba ocupado —me interrumpe.

—¡Quiero que te vayas!

—No entiendo, ¿no puedo dejarte afuera pero tú vas a echarme?

—Quiero el divorcio y quiero la casa —anuncio. Veo que el color del rostro de Ricardo se pierde y su sonrisa desaparece. Se pasa la mano por el cabello con frustración.

—No voy a irme, Esther.

—Te vas a ir de aquí o todos nosotros te daremos una paliza, chico sin bolas —dice Sonia.

—Tengo bolas, idiota —responde Ricardo con poca paciencia.

—Pero no sirven para nada —refuta mi amiga y todos se mofan.

Cruzo los brazos conteniendo las ganas de reír. Quiero que él vea que estoy decidida.

—No puedes dejarme por eso, Esther. Es un detalle insignificante. ¿Acaso vas a tirar casi una década de tu vida porque no estamos de acuerdo en algo?

—Quizás podría vivir contigo si fueras estéril, me acostumbraría... —reconozco volviendo a sentir como se cierra mi garganta —. Pero este engaño, todo este teatro es imperdonable.

Enmudece y aprieta los labios. Da un paso inseguro hacia mí, mientras yo me alejo y mi séquito se adelanta. Parece que fueran mis guardaespaldas.

—Miren, esto es un asunto marital, ¿qué tal si se alejan? —su tono altanero no creo que funcione.

Es Sonia quien se adelanta. Ella y él miden casi lo mismo, quizás Ricardo sólo le lleva unos dos o tres centímetros, pero eso hace que no la tenga que ver hacia abajo, sino de frente. Lo veo intimidarse por la actitud de mi amiga, quien seguro le está dando su mejor mirada de di-algo-estúpido-y-te-rompo-la-nariz.

—Sonia, esto no es contigo.

—Agradece que Essy es decente, Rick. Porque si no lo fuera, ya estarías sangrando en el piso.

Me estiro para tomar a Sonia del brazo y romper el concurso de miradas asesinas.

—Eso, coge a tu mascotica —ironiza Ricardo.

Sonia se suelta de mi agarre, toma desde atrás el cuello de Ricardo con ambas manos haciendo que se agache un poco y sube su rodilla hasta su abdomen en repetidas ocasiones. Cuando termina, suelta una de sus manos y estampa un puño tal que lo tira al piso. La veo sobarse con la otra mano pero se gira con una sonrisa tan genuina que saca a todos los demás del estado de shock en el que estábamos.

Martín chifla felicitándola por el puño y Fer parece a punto de las lágrimas de emoción. Me acerco para abrazarla y ella me da un sonoro beso en la mejilla.

—Puedo acabarlo, si quieres —susurra en mi oído.

Ricardo se intenta levantar algo desorientado, con la nariz algo torcida y chorreando sangre.

Un sonido nos alerta proviniendo de atrás de la casa, todos se giran algo asustados pero yo me tranquilizo al saber que debe ser Killian quien está rondando la casa. Sin embargo, unas piernas desnudas, un top diminuto y una cabellera igual de alborotada que la de Ricardo aparece en mi campo de visión sosteniendo a mi pequeño peludo. Ella se sorprende, casi como si estuviera a punto de preguntarle algo a Ricardo pero me ha visto primero a mí. Mi grupo palidece y abre tanto la boca que podría entrar todo un enjambre de abejas si se quisiera. Aunque no soy la excepción. Esto no me lo esperaba.

Supongo que es Alim, debe ser algún tipo de sobrenombre o algo por el estilo porque ese no es su nombre.

Me sorprende que me molestara más que tenga a Killian como si fuera suyo y que esté en mi casa, que el hecho que se estaba revolcando con mi esposo. Ahora ya sé en qué estaba ocupado.

—¿Esa no es tu secretaria? —pregunta Sonia.

—¿Camila? —pregunta Martín quien parece el más sorprendido de todos.

Ella se queda estupefacta ante el descubrimiento. Me mira a mí y a su amante tirado en el piso ensangrentado y supongo que se da cuenta que la situación se está extralimitando. En sus ojos veo el deseo de dar la vuelta y correr, pero sólo hay una salida de esta casa.

—No se te ocurra irte —digo en un tono tan seco que mis amigos voltean a verme.

—Yo... Señora Rosas, esto no es...

—No me interesa —respondo tan cruelmente como puedo —. Y suelta a mi perro en este instante.

Ella obedece y deja con delicadeza a Killian en el suelo.

Le doy la espalda y me dirijo a Ricardo quien se le ha borrado todo atisbo de sarcasmo o diversión. Me agacho para que lo que voy a decirle, solo lo escuche él.

—Te voy a quitar todo, absolutamente todo.

## Capítulo 24

Sonia

El escenario es hasta gracioso si no fuera porque Essy está tan enojada que no puede contener su ceño quieto. La secretaria idiota se tambalea intentando taparse lo más que puede mientras el inepto de Rick está tratando de contener la hemorragia. Esto empieza a parecer una película con un final trágico. Por lo menos lo sería si yo fuera la protagonista, yo ya habría aniquilado al eunuco este enterrándolo en el patio. Pero Essy no, ella no es capaz.

—Los quiero a ambos fuera de mi casa en este instante —grita mi amiga mirando directamente al sin-bolas.

—Esta sigue siendo mi casa —responde sin mucha energía. La sangre debe impedirle hablar, además del dolor.

Sacudo de nuevo mi mano, ese tipo tiene una nariz dura. Aunque claro, una cosa es tirar golpes al aire en clase de kickboxing y otra muy diferente es romper una nariz de carne y hueso con una mano sin costumbre a la violencia, por lo general las uso para actividades más placenteras.

Rick intenta levantarse pero resbala por apoyarse en la mano ensangrentada. Me concentro en no reírme porque la situación es muy seria. Por fin logra levantarse para tratar de intimidar a su futura ex esposa, pero lo que no ha calculado es que aún sigo aquí. Rápidamente me ubico a su lado para que no se le acerque, así que no tiene más opción que quedarse a una distancia prudente.

—Ya la oíste, inservible. Largo de aquí —le digo con mi mejor voz ronca.

La secretaria zorra sí obedece, camina hacia la puerta sin importarle que tiene poca ropa. Bueno seguro que le importa, pero se encuentra en desventaja. Fer les abre la puerta y en un gesto demasiado amanerado le indica que se vaya, la chica llora audiblemente mientras le lanza una última mirada a su amante, quien no le está poniendo atención, sigue midiendo fuerzas con Essy.

Hace mucho no la veía tan decidida. No es que mi amiga sea fácil de manejar pero yo lo definiría como alguien que no le gusta oponer mucha resistencia. Si ve que hay una decisión unánime y falta su opinión, ella seguirá la corriente. Supongo que por eso está mostrando esa fuerza interior, porque nos tiene a su lado. Me preocupa que en algún momento este tipo la encuentre sola e intente convencerla.

—Voy a limpiarme, coger ropa limpia y llevarme mi carro, ¿puedo hacer eso por lo menos? — la pregunta suena tan mordaz que Essy achica los ojos con enojo y hace una línea con sus labios. Por mi parte, le levanto el dedo medio.

En cuanto el eunuco desaparece en el interior de la casa, la atraigo hacia mí para abrazarla y sacudirla un poco. Ella está en shock, bueno, todos estamos en shock si vamos a ser prácticos, porque no es sencillo descubrir que la persona con la que compartías tu vida te ha engañado desde siempre con un tema tan delicado como ese y luego, para empeorarlo todo y clavar un cuchillo de carnicero en el corazón, encontrarlo con otra mujer en tu casa.

Siento una caricia en mi brazo y volteo a ver el rostro sin expresión de Martín. Sus ojos transmiten pesar y sorpresa, pero al mismo tiempo veo tristeza. El chico es un sentimental.

—¿Vas a quedarte con ella? —me pregunta en un susurro.

Asiento. Ella no puede pasar la noche sola. Killian puede ser muy lindo e inocente pero no funciona como consolador. No de esos consoladores, sino de lo que ponen su hombro para que un amigo lllore.

El sin-bolas aparece unos minutos después con una bolsa de viaje y la ropa de la chica que había dejado en la habitación. Se limpió la nariz y ahora tiene un algodón cubriendo su fosa derecha. Se pasea por el medio de nosotros con esa actitud altiva que no demuestra arrepentimiento y me lanza una mirada fría, casi como una amenaza silenciosa. Siento que Martín se ubica a mi lado y pone su brazo adelante mío como marcando territorio o protegiéndome.

Rick bufa con frustración y se gira para salir por la puerta.

—Supongo que sabré de ti por medio de abogados —dice sin mirarnos.

—Lo harás —responde Essy muy segura.

—Bien —dice como si acabara de aceptar empezar una guerra —. Te dejo ahora sólo porque quiero que reflexiones. Sabes que es difícil que vuelvas a conseguir a alguien que te ame de la manera en la que yo lo hago.

*¡Wow! El tipejo es un caradura. Le dice que nadie la va a amar como él... ¡Bueno! ¡Eso espero, idiota!*

—Claro que no —interrumpo a Essy que estaba a punto de contestar —. Va a encontrar alguien que sí la merezca.

Eso fue como una explosión en su cara. Sus ojos se dilataron al igual que su nariz. Sus labios formaron una o tan grande que supe que mi objetivo se había cumplido.

*Golpe en su hombría: listo.*

*Golpe en su cara: listo.*

*Decirle que va a tener reemplazo pronto: listo.*

Nada mal para una noche.

Cuando por fin sale de la casa, oigo que Essy se desinfla en un suspiro larguísimo. La tomo de

su brazo y la llevo hasta el mueble de la sala. Debe estar rendida.

Fer, Kathe y Martín se despiden de nosotras mientras Essy les da las gracias por haber estado en este momento tan crítico. Su presencia fue necesaria para que tuviéramos los números a nuestro favor aunque no tuvieron mucha participación activa. Prácticamente Fer y Kathe se la pasaron susurrándose cosas mientras los demás discutíamos con la pareja infraganti.

—No tienes que quedarte, Sonia —me dice Essy luego de tomar un vaso de agua.

Sus hombros están caídos y su voz causa pena. Sería una pésima amiga si me voy de aquí.

—Sí debo quedarme. Y hablo de deber no de tener. Tú eres mi mejor amiga, quien siempre ha estado pendiente de mí aunque yo sea una loca disparatada que no logra retener nada. Ni trabajos, ni novios, ni siquiera una buena relación con sus padres. Tú eres la relación más estable que he tenido desde hace doce años.

Ella me regala una sonrisa sin dientes y se recuesta en mi hombro.

—Gracias.

—Aunque también podríamos llamar a unos strippers, nada mejora el ánimo como ver unos imitadores de *Magic Mike*.

Siento un codazo en mis costillas, así que supongo que la respuesta es no.

Nos quedamos quietas y acurrucadas hasta que nos da hambre. Son casi las nueve y media de la noche y según Essy no hay nada preparado en el refrigerador. De todas maneras reviso, por si las dudas. Efectivamente no hay nada más que carne cruda y unas cuantas manzanas.

—¿Quieres pizza? —le pregunto cuando mi estómago rezonga.

—Claro —responde mientras recoge a Killian del suelo y lo pone en su regazo.

\*\*\*

Uno de esos pequeños milagros sucede en el momento que me dice que hay una licorería a dos cuadras de aquí. Casi salto de emoción. Por mi apartamento nunca hay nada comercial, a veces tengo que caminar incontables cuadras para cumplir algún antojo de frituras o de chicle, ahora ni me imagino si quisiera licor.

Luego de comprar un buen surtido para la noche, me devuelvo hasta la casa intentando disimular lo que llevo en las bolsas.

En la puerta hay alguien, a la distancia no logro identificarlo pero creo que es el chico de la pizza. Cuando estoy suficientemente cerca me doy cuenta que ese carro no puede ser de alguien que trabaje en una pizzería y ese traje que lleva tampoco.

¡Necesito anteojos! No veo nada a la distancia.

Lo reconozco primero por la voz que por su cara. El italiano sexy está en la puerta sin decidir si tocar o no. O por lo menos eso parece. Se toma de la cabeza, habla consigo mismo en su idioma, en un dialogo que podría calificar como auto regaño.

—No eres el chico de la pizza —le digo a modo de saludo. Ángelo me mira de arriba abajo con esos ojos verdes hermosos.

—La amiga soltera —dice con diversión.

—Pero en el momento tengo novio, ya no me interesas —le guiño un ojo y él sonrío de forma esta-tipa-está-loca.

—Claro.

—¿Vienes a ver a Essy?

¿Podría ser más oportuno? Es como si tuviera una alerta en sus sensores que alumbró cuando Essy echó a su esposo.

¿Debería preguntarle dónde lo compró? Creo que quiero uno.

—Sí, necesito hablar con ella pero no sé cómo abordar un tema.

—Por el principio es mejor... Además, tengo algo que puede ayudar —digo alzando las bolsas con licor. Sólo había ron y tequila, así que mi primera idea que fue vino quedó aplazada.

El italiano me mira con una expresión divertida y asiente. Me deja pasar mientras él toca la puerta. El tipo huele delicioso, como a una combinación de cedro con algo marítimo, no lo sé, pero es embriagante.

*Martín, Martín, Martín...*

Sí, si... tengo a Martín. Además este chico lindo no me mira a mí, quiere a Essy.

Me propongo mantener un ojo abierto y revisar que sus intenciones sean honorables. No darle una patada en el trasero de primera pero tampoco abrirle la puerta tan rápido. Poco a poco.

El rostro de Essy se transforma en una sinfonía de colores en cuanto ve que no estoy sola, casi se va para atrás cuando el italiano le sonrío de esa forma baja-calzones y luego le pide que lo deje seguir con esa voz de háblame-sucio-en-la-cama.

Me ofrezco a preparar los tragos pero Essy me pide con la mirada que no la deje sola, así que los tres nos encontramos en la cocina inspeccionando las bolsas. Me lanza una mirada interrogante cuando él no nos está poniendo atención y yo subo los hombros sin saber qué hace aquí, sólo me dijo que necesitaba hablar con ella.

—¿Ron y tequila? Pensé que traerías vino, Sonia —dice Essy ahora algo asustada. Ella es mala para los shots. Se le suben rápido a la cabeza.

—Quería traer vino, pero si vieras las porquerías que tenían ahí. —Hago cara de asco —. No, no, no iba a tomar agua sucia. Además, estos harán efecto inmediato.

—¿Por qué quieres emborracharla? —pregunta Ángelo.

Hago un mohín confundida. ¿Qué hace aquí si no sabe la situación?

Desestimo con un gesto y él me mira intentando leer en mis ojos la situación.

—¿Qué hace aquí, señor Egizi?

Ja, veo que no ha logrado que ella lo llame por su nombre.

Destapo la botella mientras pretendo que les estoy dando su espacio.

El italiano se aclara la garganta y da un paso al costado para alejarse de mí y tratar de encontrar algo de privacidad en esa abierta cocina. La toma de la mano y tartamudea un poco. Lucho por mantener mi expresión inmutable, fingiendo que estoy concentrada en los tragos, pero es imposible cuando veo a mi amiga mirándolo como si fuera un dios griego.

Claro que a ella le gusta. Es una idiotez negarlo.

Le paso una copa a cada uno y me quedo ahí parada como idiota. Sé que estorbo, pero no pienso perderme la gran confesión de este hombre. Necesito juzgar con mis propios ojos qué tan sincero es y qué tan conveniente resulta.

—Sonia, ¿cierto? —Asiento —. ¿Podrías darnos un minuto?

—¿Es necesario que ella se vaya? —pregunta Essy de inmediato.

Si no estuviera él aquí la habría abrazado muy fuerte.

—Pues, quiero hablarle sobre algo privado y...

—Ella es mi mejor amiga y en el momento no tengo la fuerza de estar sin ella. Lo que sea que quiera decirme, puede ser delante de ella.

Hago un gesto de ya-tu-sabes y Ángelo no le queda más remedio que aceptar. Dentro de mí sonrío como una niña de ocho años que le han prometido un helado doble.

—Su esposo me llamó, *signora* Esther. Quiere reunirse mañana en la tarde para discutir un cambio de porcentaje. Dice que va a asumir sus acciones y darme un cinco por ciento más si lo deseo por ayudarlo con la documentación. Acepté por supuesto para que no desconfie, porque hasta ahí no entendía sus intereses. Fue cuando mencionó el sitio de reunión y me dijo que ahí estaba pasando la noche, que supe que el problema era entre ustedes y planeaba dejarla por fuera de la empresa un domingo. Seguro para radicarlo el lunes por la mañana y dejarla sin posibilidades. Dígame *signora*, ¿cómo puede hacer eso sin su firma? ¿Por qué quiere echarla?

Menos mal no había tomado nada o lo habría botado todo. Definitivamente tiene razón el dicho

popular que dice que nunca logras conocer a las personas. Sí, Rick es prepotente, altivo, un genio en lo que hace pero nunca me imaginé hasta hoy que pudiera ser de los que esperan que alguien se gire para apuñarlo.

Essy no se queda atrás, su torso pierde la fuerza para mantenerla erguida y se toma el pecho mientras respira agitadamente. Sin embargo, el churro éste la agarra con fuerza, rodeándola con su brazo y llevándola hasta el sofá.

—Él tiene una autorización firmada por mí para ejercer decisiones en mi nombre, tanto financieras como administrativas. Le di el poder para destruirme.

—No tiene que ser así, tengo una idea.



Cuando dejaron de hablar de trabajo, pasaron a un tema aún peor. Lo que había pasado hoy, o debo decir ayer, porque el reloj marca las 00:45.

—¿Eso lo hacen los hombres acá? ¿Es común? —pregunta el italiano con un gesto de dolor y tocándose sutilmente su entrepierna. Parece que no está muy informado sobre la vasectomía.

—Pues no sé qué tan común, pero lo hacen los hombres cuando ya tienen familia o ya tienen una edad madura, no a los veintidós —explica Essy sin poder controlar su lengua.

Ya el alcohol está pasando factura. Le ofrezco otro pedazo de pizza para que no se vaya a desmayar. Ella lo toma y muerde pequeños pedazos.

—*Cagacazzo* —dice él con una expresión tan fuerte que creo que acaba de asesinarlo en su mente.

—¿Qué? —pregunta Essy explotando de risa. La palabra es graciosa pero sospecho que su significado no lo es.

—Nada, sólo hace referencia a la clase de persona que es. Un total imbécil.

Ambas asentimos y levantamos las copas para celebrar eso.

—Y eso que no te hemos contado que lo encontramos aquí con Camila semidesnudos —digo esperando que tuviera una reacción de sorpresa. Pero no sucede.

Él lo sabía.

—¡Oh por Dios! —dice Essy intentando alejarse del italiano.

—Lo sabías —lo acuso señalándolo con mi dedo índice casi tocándole la nariz. Hoy estoy muy fan de las narices, podría romper otra. Bueno, quizás intentar romperla porque ahora mismo no sé exactamente a cuál de los tres rostros debería golpear.

—Los vi —anuncia acongojado—. Fue el mismo día que le dije esa mentira sobre los porcentajes. Los vi en su oficina a medio día. Los oí planear irse a su casa en el horario de la reunión. Estaba muy enojado, no podía comprender como podía engañarla, *signora*. Definitivamente es mucha mujer para él: inteligente, hermosa, emprendedora, bondadosa, carismática, sonriente...

¡Eso fue una lista enorme! No sé si es el alcohol quien lo hace ver más deseable, pero si fuera a mí a quien le acaban de decir eso, ya estaría encima de él quitándole esa camisa.

Sacudo la cabeza para sacar esa idea y no meter la pata.

Essy sigue con su expresión anonadada. No se ha movido un centímetro.

—El mismo día que me besó —dice ella.

—Bueno, según mis recuerdos usted empezó —dice el italiano con una sonrisa torcida de tómame-aquí-y-ahora.

Intento mantener mi boca cerrada pero las palabras van a empezar a salir por mis ojos si no hablo.

—Espera, devuélvete. —Ambos me miran—. Eso fue hace, ¿qué? Tres semanas... ¿Esa fue la única vez que los viste?

Baja su mirada y casi quiero abrazarlo y consolarlo. Casi.

—Esa fue la primera vez, pero no la única —dice como si se estuviera confesando y yo tuviera que decirle cuantos *padres nuestros* tenía que rezar—. Luego fue en el baño de caballeros, salí antes que me vieran pero ellos sintieron un ruido y se separaron. También los seguí hasta un motel, y en otra ocasión la encontré explicándole algo en su oficina con sus pechos casi en su cara. Ese día intentó controlar los daños ofreciéndome unos cigarros carísimos que tenía. Según él no los quería porque no fumaba, pero yo tampoco... —deja la frase hasta ahí y vuelve a levantar su mirada hacia Essy—. Lo lamento tanto. Casi siempre que los veía me convencía que lo que siento por usted puede ser, puede surgir. Así que me aprovechaba de esa ira y de su desconocimiento para acercarme. Sé que mentí y que tal vez pude haberle dicho antes, pero no me creería. Lamento que ese hombre la haya despreciado y engañado. Pero le aseguro que mis sentimientos son verdaderos.

Los ojos de Essy por poco se salen de sus cuencas.

—Pensé que nos íbamos a tutear luego de habernos besado, Ángelo —dice ella en una expresión medio coqueta. Por lo menos está mejorando.

—Pensé que no quería que lo hiciera, Esther —responde él tan sensual que creo que riego mi copa encima de mi entropierna.

*No, no es licor.*

—No quiero presionarla, voy a ser paciente —dice con esa voz aterciopelada que indica todo lo contrario. Quiere acción el tipo este.

—Sólo tengo una pregunta y de su respuesta depende todo —empieza Essy mientras pone su copa en la mesa de centro y se restriega los ojos con el dorso de sus manos —. ¿Quieres tener hijos?

—Sí —responde él contundente —. Entre más pronto mejor.

Creo que no había visto una sonrisa más resplandeciente que la de estos dos juntos.

## Capítulo 25

No soy abogada pero entiendo las implicaciones que lleva un divorcio. Sé que no voy a poder quitarle todo a Ricardo, eso lo dije en la calentura del momento y por mi intenso sentimiento de traición, pero ahora que estoy más calmada reflexiono mejor sobre lo que realmente quiero.

Por lo que supe, Ángelo fue capaz de evitar el cambio de porcentaje en la reunión y me ayudó a ponerme en contacto con el ente regulador y pasarle una carta a mi nombre diciendo que estábamos en proceso de divorcio y ahora yo respondía por mí misma y no Ricardo.

Por lo menos eso me da tiempo.

Ricardo no va a rendirse fácil. Sabe que separarse de mí es algo que puede destruir mucho de sus esfuerzos, empezando por su nombre. Cuando estábamos pensando en el nombre de la empresa, surgió mi apellido, el cual era muy apropiado para hacer un juego de palabras y que fuera sonoro y contundente. Incluso cuando vio que ya teníamos fuerza y necesitábamos gente que nos ayudara porque estábamos sobrepasando la capacidad, decidió hacerse llamar Ricardo Rosas —como si ese fuera su nombre artístico— cuando realmente su apellido es Rivas.

Podría aprovechar ese pequeño desliz a mi favor, pero eso me llevaría directo a la corte. Y lo que menos quiero es tener un litigio para dividir los bienes materiales. Lo mejor en nuestro caso es resolverlo de común acuerdo.

Entre semana opto por llegar temprano a la oficina y tratar de acaparar todo el trabajo posible para distraerme mientras el abogado que conseguí reúne todo lo necesario para continuar el proceso. El abogado, un señor canoso que apenas estaba en sus cuarenta pero aparentaba unos sesenta, se veía como el perfecto avaricioso. En lo poco que conversé con él, supe de inmediato que entre más pudiera darme a mí, más iba a ganar, así que iba a hacer un esfuerzo sobrehumano para lograrlo.

No he visto a Ricardo, ni a Camila. De ella se encargó la chica de recursos humanos. Sin embargo sé que él ha estado en su lado de la empresa, seguramente haciendo los mismos planes que yo.

Un mail aparece en mi bandeja de entrada. El abogado me envió los números de cada propiedad que tenemos en común. La empresa es nuestro bien más cotizado en el mercado, casi siendo el más significativo. La casa tiene un valor decente pero es sólo la cuarta parte de lo que vale la empresa. Y los carros son los menos significativos, y seguramente en lo que menos peharemos.

Cuando me casé con Ricardo no teníamos nada. Éramos un par de jóvenes que se cruzaron por

el pasillo de la universidad y que sólo vivían el día a día con el dinero necesario para el transporte y el estudio. Yo trabajaba en una cafetería muy temprano en la mañana, mientras él en una bodega manejando el montacargas. Supongo que no nos imaginábamos que seríamos exitosos, nunca pensamos en capitulaciones o en dividir lo que cada uno hiciera.

Así que este es el momento de preguntarse, ¿quiero conservar una parte de la empresa? Si es así, mi vida seguiría atada a la suya aunque sea en el ámbito profesional y es algo que no me gusta. Mi mayor deseo es dejar de ver su rostro. Pero entonces, ¿renuncio a mi parte? ¿Se la vendo? Así el pudiera comprar todo, ¿lo haría? Y además de eso, ¿qué es más importante para mí, conservar la casa o conservar la empresa?

Podrían ser demasiados recuerdos en la casa que no quiera mantener en mi memoria, pero al mismo tiempo sería igual con la empresa. El único punto diferenciador es que la empresa es mi único sustento.

Debo responder esas preguntas rápido porque en media hora tengo la primera reunión cara a cara con él y su abogado. No creo estar preparada pero entre más rápido lo hagamos, más rápido lo tendré fuera y podré rehacer mi vida.

Le he pedido a Ángelo que se mantenga lo más alejado posible de la situación a pesar que él quería entrar en esa reunión como mi acompañante. Fue difícil convencerlo que su presencia podría desviar el tema de conversación y tratar de involucrarme con él.

Mi abogado me alcanza justo antes de ingresar en la sala de juntas de un edificio vecino. Habíamos optado por un punto neutro para que todo fluyera con mayor facilidad.

—¿Lista, señora Rosas? —pregunta con voz de locutor.

—Tan lista como es humanamente posible —respondo con un deje nervioso en la voz. No sé qué puede pasar ahí dentro, pero estoy convencida que va a acabar de destruir cualquier buena imagen que pueda tener de él. Voy con esa idea, prefiero decepcionarme luego que sorprenderme.

Cuando entramos, hay tres personas en la mesa: Ricardo, abogado y quien creo que va a ser el mediador de la reunión.

—Bienvenidos, siéntense por favor —dice el hombre que está en la parte más alejada—. Soy Ramiro Vera, voy a estar aquí para mediar su caso.

Lo saludo extendiendo mi mano y presentándome, al igual que mi abogado.

Nos sentamos frente a frente con el grupo contrario.

—He estado leyendo los documentos que me pasó la señora Rosas y creo que hay motivos suficientes y justificados de disolver el vínculo matrimonial, pero no he recibido nada de parte del señor Rivas. ¿Podemos empezar por ustedes?

El abogado de Ricardo asiente.

—Mi cliente no desea separarse de su esposa. Ella ha tomado la decisión por ambos y él se rehúsa a firmar los papeles.

Tengo que tragar grueso para mantener mi boca cerrada. Sé que no debo gritar y mucho menos frente a ellos, pero la frustración me invade. Toco a mi abogado quien se gira para mirarme. Sabe bien lo que debe hacer.

—Su cliente fue encontrado con Camila Millán en la casa compartida por el matrimonio. La señorita Millán, ex secretaria de mi cliente, confesó tener un romance con el señor Rivas. Además está el asunto del engaño sobre la fertilidad de su cliente. Y como usted sabe, abogado, una de las razones fundamentales de un matrimonio es tener hijos. Y su cliente cortó esa posibilidad sin decirle a su futuro cónyuge. Eso por sí solo es causal de divorcio.

Espero la reacción de Ricardo pero no sucede nada. Ni sorpresa, ni sonrisas maliciosas. Simplemente su rostro se queda igual, sin expresión y sin mirarme directamente.

Le paso una hoja a mi abogado. Lo que decidí que era lo justo por todo lo que me hizo pasar.

—Mi cliente ofrece lo siguiente —dice poniéndose las gafas para leer —: Ella comprará todas las acciones que usted posee, dejándola como la dueña oficial de Rosas doradas corp. Además se quedará con el auto propio.

—¿Es todo? —pregunta sarcásticamente Ricardo. Su abogado trata de callarlo —. ¿No quieres mi alma también?

—Te puedes quedar con la casa y tu auto —digo con voz plana. Intento parecer confiada así por dentro este temblando como una hoja.

—No quiero una casa. No si con eso me quitas *mi* empresa.

—Nuestra empresa.

—Fue mi idea. Quizás tiene tu nombre, pero fue mi construcción, mi trabajo.

—Tú idea, nuestra construcción y nuestro trabajo —refuto. Nadie puede negar la verdad pero tampoco voy a dejar que me menosprecie.

—Por ley, si no hay acuerdo debe dividirse 50-50. Y como la empresa es el bien con más valor, seguro que tendrán que seguir asociados —dice el mediador.

—Mi cliente ofrece comprar su parte no dividir las cosas por ley.

La risa estruendosa de Ricardo pone tenso el ambiente.

—No tienes dinero, no puedes comprar mi parte.

—Tengo un crédito aprobado.

—Señora Rosas, eso no es necesario, usted tiene derecho al cincuenta por ciento de los bienes

—dice el señor Vera.

—No quiero seguir atada a él —apunto. Mi voz se quiebra un poco pero surte el efecto que quería.

Indignación.

—¿Entonces no desea ninguna parte de la casa? —pregunta el señor Vera mientras escribe en su libreta.

—No.

—Bien.

—Además, Killian es mío.

—Quédate con ese perro. Te lo di por una razón, espero que eso sustituya los hijos que nunca podrás tener —dice Ricardo con una actitud vengativa.

Mis manos empiezan a sudar y mis ojos oscilan entre mi abogado y él. Lo dijo para herirme y no podía entender qué le había hecho para que sintiera que yo era la mala. Él me engañó y me fue infiel. ¿Cómo puede vivir en medio de tanta hipocresía?

Mi abogado se pone de pie, enojado.

—Queremos que este proceso no llegue a la corte, señor Rivas, pero si sigue amedrentando a mi cliente voy a tener que recomendarle el proceso. Supongo que no quiere enfrentarse a un sitio lleno de mujeres que lo van a ver como un mitómano, infiel y agresivo. En ese caso, podría quedar sin la casa que tanto desprecia.

La voz dura de mi abogado silencia la sala. Incluso el mediador parece estar de acuerdo con esa premisa.



Al final de la reunión, el bando de Ricardo promete tener lista una contrapropuesta para el siguiente lunes.

Mi abogado me hace un gesto afirmativo que me indica que toda va según sus planes y se despide de mí, prometiendo que se pondrá en contacto en cuanto reciba y analice lo que ellos propongan.

Al final de la tarde, me presento en una reunión exclusiva para la parte directiva de la empresa. Así que en cuanto Ricardo me ve entrar, frunce el ceño y despotrica para sí mismo. Por el contrario, Ángelo casi no puede contener la sonrisa que le genera mi presencia, aunque trata de alejar la mirada y parecer profesional.

Me entero de muchas cosas. La organización nueva que quiere empezar Ángelo al montar una

junta directiva, los problemas con algunos proveedores que quieren subir los precios e incluso de los planes de extensión a los departamentos limítrofes.

Cuando salimos, Ricardo sale a grandes zancadas como si quisiera poner kilómetros de distancia conmigo. Algo que no me molesta del todo. Por ahora lo aguanto porque estamos en medio del proceso del divorcio, pero luego de eso, sería yo quien tuviera esa actitud.

—Me alegra que haya asistido hoy, *principessa*.

Quedo algo alucinada con la última palabra. Siempre la había relacionado con la película *La vida es bella*, y casi que empiezo a llorar en cuanto lo dice.

—¿Ahora es *principessa* y no *signora*? —pregunto en tono coqueto intentando imitar el acento italiano. Aunque no sale igual.

—¿Le agrada? —responde alzando una ceja.

—Sí. —Sonríó ampliamente y creo que un brillo sensual aparece en su mirada.

Con su mano derecha toma mi cintura y con la izquierda me acaricia la mejilla. Susurra algo en italiano y luego besa mi frente, nariz y mejillas, acercándose peligrosamente a mis labios.

—Parece que rechazaron mi propuesta —digo para que se separe.

—No tiene muchas opciones, cuando vea lo que está ganando va a aceptar.

Besa mi cuello haciéndome jadear. Tengo que recordar que aún no es lícito, no quiero caer en la misma categoría que Ricardo.

—¿Sigue en pie tener paciencia? —pregunto haciendo énfasis en la última palabra.

Se da cuenta a lo que me refiero y se aparta para mostrarme una sonrisa con todos los dientes. Su olor me impregna y me hace marear.

—Bueno... puedo ser paciente mientras tenga algún adelanto de vez en cuando, *principessa*.

—¿Adelanto? ¿Un beso?

—Puede ser solo un pico.

Doy un paso hacia él y me empino para llegar hasta sus labios. Los mantengo juntos por unos segundos y luego lo miro para que apruebe el intercambio.

—¿Así?

—Hmmm —hace un sonido gutural y me aprieta contra su pecho para volver a besarme. Esta vez mucho más profundo.

Me suelta en cuanto ya no puedo respirar normalmente.

—Ahora sí puedo esperar otro día.

¿Otro día? ¿Debemos hacer esto por día para que espere?

Se retira de la sala sin dejar de mirarme hasta último momento. Me quedo ahí como la primera vez, tratando de controlar mi corazón y peinándome con las manos.

No quiero ilusionarme completamente con él. Ahora mismo es como un salvavidas que me ayuda a no hundirme en depresión, pero al tiempo, podría estar actuando precipitadamente. Ángelo me gusta, eso no puedo negarlo por más que quisiera, pero no es amor, por lo menos aún no.

Me gustaría conocerlo más. Saber más que su historia, su esencia y su personalidad. Quiero conocer cada parte de él antes de dar el siguiente paso. Sea cual sea.

## Capítulo 26

La contrapropuesta de Ricardo fue un poco ambiciosa; pretendía quedarse con el sesenta por ciento de la empresa, dejándome un quince con la condición que desistiera de mi cargo y actuara sólo como inversionista. Así que los dividendos correspondientes serían pagados cada año. Además no quería la casa ni yo tampoco, así que se debía ponerse a la venta y repartir el dinero a la mitad.

No tenía que ser un genio para saber que quería aprovecharse. Lastimosamente para él no voy a rendirme tan fácil.

—Señora Rosas, el mejor camino que puede seguir es llevar el caso a corte —recomienda mi abogado—. El señor Ricardo Rivas la engañó entrando al matrimonio sin la posibilidad de tener hijos por su decisión. Cualquier juez o jurado le daría lo que usted pide.

Frunzo el ceño. La verdad preferiría cortarme una pierna antes de llevar esto hasta la corte. No sólo por poner en entredicho nuestros nombres y el de la empresa, sino porque no quiero que la gente se entere de las imprudencias de Ricardo y me victimicen. Prefiero lo que es justo, lo que en realidad merezco, y muy en el fondo, necesito es que él acepte mis condiciones sin que nadie lo force.

Lo sé, es una bobada, pero lo necesito.

—Eso no es lo que deseo —le respondo y veo la decepción en sus ojos. Él sabe que entre más le saque más grade será su cheque.

—Bien, entonces ayúdeme a escribir una respuesta.

Le indico que pedir. En general parto todo a la mitad esta vez, sin ponerme a pensar en comprarle acciones a Ricardo, ya vi que por ese lado no va a funcionar. Así que le pido mi 37,5%, dimisión de cargo y la mitad de la casa. Si quiere todo a la mitad, lo va a tener.



Se está acercando peligrosamente mi cumpleaños número treinta y uno. Ya falta un poco más de un mes para que sea 17 de mayo. La verdad no espero mucho de este, quizás un pequeño detalle por parte de Sonia o quizás una salida. Sin embargo, lo que en realidad deseo con desesperación es ser soltera de nuevo para esa época.

Había hablado con Mike y Tonia —ellos me agobiaron hasta que tuve que llamarlos así —, contándoles cómo va el proceso de divorcio y todo lo que implica emocionalmente. Les estoy

agradecida porque a pesar de ser amigos de Ricardo, han estado pendientes de cómo me siento y cómo lo estoy llevando.

Como la casa va a ser vendida por una inmobiliaria, paso muchas horas en las noches empacando mis cosas y dejando las de Ricardo en su lugar. Si él quiere recoger lo suyo, bien, sino me importa un carajo. Voy a quedarme con Sonia un tiempo así que la mayoría de cosas que no fueran de primera necesidad las he estado vendiendo, ya sólo me queda mi ropa, zapatos y esa cama King que parece invendible. Supongo que si la fecha llega y no la he vendido, la dejaré para los futuros dueños. Las cosas de Killian ya están en el apartamento de Sonia, pero claro, allí no va a tener tanto espacio como lo tenía en esta casa, así que voy a tener que buscarle un lugar donde pueda correr y estirar sus patitas.

En cuanto dan las diez de la noche me recuesto en una pared y me dejo deslizar hasta el suelo. Estoy exhausta de tener que preparar una mudanza. Creo que la última fue hace unos seis años que conseguimos esta casa. El sonido de un mensaje interrumpe mi bostezo.

*Ángelo: ¿Sigue despierta, principessa?*

Esther: Sí, estoy terminando de organizar cajas para la mudanza. Supongo que no es nada divertido.

*Ángelo: ¿Subestima el poder de la compañía?*

Esther: ¿Compañía?

*Ángelo: Ding dong.*

Una vez llega ese último mensaje, el timbre suena. Killian corre hasta la puerta para ladrar pero en cuanto huele a Ángelo empieza a mover la cola con energía. Me demoro un poco en levantarme, mis pobres piernas necesitaban un descanso y sólo había estado sentada como dos minutos.

Abro la puerta con una sonrisa. Él está vestido con traje y trae un ramo de rosas inmenso, pero lo que me impacta es la forma como detalla cada parte de mi cuerpo. Como estaba empacando, tengo puesto ropa para hacer ejercicio: una camiseta sin mangas y una licra de color rosa muy pegada a mis piernas.

Puedo sentir como me recorre, casi como si picara al contacto. Me extiende las rosas y le agradezco por el detalle. Lo invito a seguir haciéndome a un lado para que ingrese a la casa mientras Killian lo ataca a lametazos. Pasa un momento acariciándolo hasta que este se cansa y sale corriendo a buscar agua.

—Esa ropa es muy favorecedora —comenta mientras se irgue para mirarme desde arriba.

Me siento algo cohibida con esa inspección. Sobre todo cuando toma mi mano y me insta a dar una vuelta. Suelta un chiflido que me sonroja más.

—Gracias.

—*É bella.*

Sus ojos oscilan entre el ramo y yo, así que lo dirijo hasta la cocina. Aunque no tengo ningún jarrón, realmente ahora sólo tengo un vaso y un plato, todo lo demás se fue en la venta.

—Ha hecho mucho, *principessa*. Necesitas un descanso.

—Creo que voy a parar por hoy, lo invitaría a sentarse pero ya vendí los muebles —le digo algo apenada de no poder atenderlo calurosamente.

—Supongo que podré sentarme en la cama —dice invitándose a sí mismo a mi cuarto.

No lo niego, simplemente dejo el ramo en el lavabo y le echo agua para que sobreviva hasta que tenga un lugar donde ponerlo. Luego de eso, lo sigo.

Me encuentro temblando. Cada parte de mí parece querer realizar una acción diferente; mis piernas quieren correr hacia él, mis brazos abrazarlo, mis labios necesitan sentir otra vez su calor y mi corazón palpita tan fuerte que creo que va a salirse de mi pecho. Sin embargo, mi cerebro no quiere llevar la fiesta en paz, tiene que recordarme que tengo que ir despacio y esperar a que Ricardo desaparezca de mi vida legalmente.

Aunque es difícil pelear cuatro contra uno. Es una pelea desalmada realmente.

Lo veo acomodándose plácidamente en mi colchón, lo prueba varias veces como si necesitara aprobarlo.

Estoy a la expectativa que se levante e intente besarme, es más lo deseo... El problema es que no parezco totalmente segura de dar el primer paso.

—Supe que está oficialmente separada —empieza él mientras mira hacia el techo, acostado. Se apoya en sus brazos para poder mirarme.

—¿Sí? ¿Cómo?

—Bueno, me crucé con su abogado, que casualmente me comentó que acababa de recibir la respuesta.

Me cruzo de brazos. Eso no se lo cree nadie.

—Los abogados tienen una ética de no compartir detalles con otras personas.

Hace un gesto de dolor, parece que lo atrapé.

—Bien, es cierto... Esa fue fácil de descubrir. ¿Me cree si le digo que lo seguí y escuché la conversación? Parece que han aceptado sus peticiones.

No puedo evitar la sorpresa. ¿En serio? ¿Acepto?

—¿Pero... —Mi pregunta queda hasta ahí porque él se levanta tan rápido para alcanzarme que

no logro completar la pregunta.

Une sus labios a los míos con desesperación y me insta a sentarme en la cama apoyando sus manos en mi cintura.

—La llamarán mañana para firmar —dice mientras respira y vuelve a besarme.

Esta vez lo intensifica, acariciando, lamiendo y devorando cada parte de mis labios como si quisiera hacerles una estatua. No puedo resistirlo. Mis emociones se mezclan en un sinfín de especulaciones y al final gana mi parte primitiva. Esa que está derretida por Ángelo.

—Así que esto ya puede oficializarse —dice en otra pausa.

Siento sus manos levantando mi camiseta con delicadeza, su suave toque activa mis nervios haciendo que mi piel se erice al contacto.

—O podemos esperar a que firme mañana —le digo con gentileza. Espero su reacción pero no parece querer detenerse en la incursión por mi espalda.

—Cierto, podemos. ¿Pero quieres hacerlo? —Esa pregunta suena tan sugestiva que incluso mis manos empiezan a sudar. Jadeo algo impresionada y excitada por la forma de expresarse. Nunca, en todo el tiempo que estuve casada tuve una reacción tal de mi cuerpo.

Sólo con esa pregunta me tenía y él pudo notarlo.

—Quiero conocerte —digo con la última pizca de cordura que me queda.

Ángelo se separa un poco para mirarme. Esos ojos verdes transmiten todo lo que no dice, esa dedicación a lo que le apasiona, esas ganas de estar conmigo a cualquier precio y sobre todo con prisa.

Me asusto. Quiero echar para atrás y decirle que esto es demasiado para mí, que siempre he sido una chica buena que ha seguido las reglas y que teme que las personas la señalen por estar reemplazando a su ex esposo sin haber tenido un buen periodo de luto. Sin embargo, rechazarlo provocaría una reacción en cadena en mi organismo que lograría que me odiara. Quizás es rápido, quizás no es lo normal pero, Dios, lo deseaba con la misma intensidad que él me deseaba.

Supongo que percata la duda en mi expresión porque toma mi mano y la besa.

—Iré al ritmo que me digas, *principessa* —dice con vehemencia —. Aunque quiero dejar el precedente que me tienes loco y que sé que estamos en igualdad de condición. —Apunta hacia mis piernas cruzadas.

Las he estado apretando constantemente para no sucumbir ante el deseo. Porque si soy honesta, una vez que me decida a hacerlo, no voy a parar. ¡Y espero que él tampoco!

—Te lo agradezco.

—Siento que estoy siendo insensible con tu dolor. ¿Es eso?

Niego. Es el único que no me está hablando del dolor y la separación como algo trágico que acaba de pasarme, por el contrario lo ve como una ventaja y eso me abre todo un mundo de sensaciones que no entiendo aún.

Por un lado debería estar muy triste y afligida porque me estrellé contra la realidad y me enteré que mis sueños de ser felices para siempre, formar una familia y verla crecer se me escapaban como agua entre los dedos, pero por el otro, en cuanto Ángelo entró en la ecuación y dijo que tenía sentimientos hacia mí y sobre todo que está dispuesto a ser padre, mi corazón empezó a sentir que por cada tristeza que me trajera la situación había una luz de esperanza de obtener la felicidad completa.

Sonríó en respuesta y le doy un beso en la mejilla.

—Eres el único que me hace sentir que toda esta situación no es taaan catastrófica.

—Porque no lo es. Voy a demostrarle que es lo mejor que pudo haberle pasado en la vida —dice confiado.

—Eso espero. Sólo que ahora mi corazón está en modo protegerse a sí mismo... No quiero llevarme una desilusión mayor.

—Entiendo —dice bajando la mirada—. Estoy seguro que eso no va a ocurrir, pero tienes todo el derecho de sentirte así. Así que por ahora, creo que voy a desistir de mi plan de invitarte a vivir conmigo a sólo invitarte a cenar mañana —dice con total naturalidad mientras yo me atasco con mi propia saliva.

¿Dijo invitarme a vivir con él? ¡Oh por Dios! No sabe que es ir despacio.

Mi cara de impacto debe ser muy convincente porque cuando se atreve a mirarme de nuevo se sorprende tanto que tira de mi brazo para que reaccione.

—¿Qué? ¿Dije algo malo? —pregunta con inocencia.

Mis nervios no se ponen de acuerdo con mis ojos y mis cuerdas vocales. No dejo de parpadear asombrada y tampoco puedo encontrar la voz.

—¿Es por lo de vivir juntos? Bueno... no quería que fuera algo tan espectacular ni nada. No me iba a arrodillar, sólo quería ofrecerle un sitio en mi casa porque voy a ser honesto, su amiga soltera parece quererla pero no tiene suficiente espacio en un apartamento de cuarenta y tres metros cuadrados para las dos.

—¿Conoces... —empiezo pero soy interrumpida.

—No, pero sé dónde vive. Así que investigué el área de los apartamentos y quedé muy preocupado. *Principessa*, pasar de esta casa pequeña a un apartamento minúsculo va a ser un gran cambio. Por otro lado, si vivieras en mi propiedad podrías tener un sector exclusivo para ti al que no entraría si no me dejas.

Sopeso sus palabras mientras le doy palmaditas en su mano.

—Estaré bien, soy una chica grande —digo tratando que suene dulce y no herir sus sentimientos de italiano enamorado.

—Lo sé, por eso la quiero.

Su tono es parejo, no le tiembla la voz ni hay un respigo en sus ojos. Nada que me indique que miente.

A los segundo me percató que he dejado de respirar y que él ha vuelto a unir nuestros labios sólo por unos segundos en un beso tan dulce que me devuelve el aliento.

*¡Oh por Dios!*

*Demonio: Sé que no parece un mal consejo, pero deberías montártelo a ese hombre como a un potro salvaje, Esther.*

*Ángel: Ella está en un proceso de transición, necesita sanar antes de empezar otra relación.*

*Demonio: ¿En serio? ¿No acabas de notar lo excitada que está? Además acaba de decirle que la quiere.*

*Ángel: ¿Cómo si eso no fuera lo que dicen los hombres para llevar a las chicas a la cama?*

*Demonio: Bien, eso te lo concedo. Pero tengo razón. Hay que desfogar todos esos sentimientos encontrados que tiene y darle placer a ese cuerpo.*

*Ángel: A mí me parece que la cena es una excelente idea.*

*Demonio: ¡Sexo!*

*Ángel: ¡Cena!*

*Demonio: Sexo y cena, así todos quedamos contentos.*

Pestaño dos veces para concentrarme y dejar de oír esas voces interiores que nunca parecen ponerse de acuerdo.

—¿Muy rápido? —pregunta risueño.

—No, bueno... algo —concedo. No estaba preparada para un te quiero.

—Me gusta decir lo que siento antes que me explote la cabeza. Así todos estamos en la misma página. Aunque no tienes que sentirte presionada por eso. Insisto que iré a tu ritmo, tratando de acelerarlo, pero siempre a tu ritmo.

—Gracias.

—Entonces... ¿Mañana a las ocho?

—Me parece perfecto —respondo con entusiasmo.

Quiero que sea despacio pero no desalentarlo del todo.

—Vendré por ti —dice dándome un beso en la mejilla y corriendo sutilmente un mechón de mi cabello hacia un lado para besar mi cuello.

El respingo que eso me genera me hace saltar de la cama.

—¿Cuándo tiene que entregar el lugar? —pregunta totalmente tranquilo como si no supiera que acaba de echarle más leña a mi fuego interior.

—Tengo cuatro días para entregarlo.

—Tiempo suficiente. Quizás deba considerar quedarse con la cama, es estupenda. —Con ese último comentario se levanta y sale de mi cuarto.

Lo sigo un poco temblorosa hasta la puerta. Antes de abrir, acaricia mi mejilla y dice una frase en italiano que no alcanzo a entender. Luego se despide con un beso delicado y desaparece en la oscuridad de la noche.

Quedo tan desordenada emocionalmente que no logro dejar que mi mente descanse. Me desvelo repasando sus palabras y sintiéndome nerviosa desde ya por la cita.

## Capítulo 27

—Señora Esther, ¿no lo entiende? Si usted se va, nos van a despedir a todos —exclama Martín apenas entro a la oficina.

—¿Cómo sabes que me voy?

—Toda la empresa especula y esta mañana alguien dijo que lo más probable es que usted dimita su cargo.

Frunzo el ceño. ¿Cómo pueden estar tan adelantados de noticias?

—Intentaré negociar sus puestos, no te preocupes.

—Eso no es suficiente. ¿Acaso no recuerda que ese hombre se estaba acostando con su secretaria? ¿Y qué le negó lo que usted más quería? —Su voz empieza a elevarse, como si esto fuera mucho más personal para él que un simple chismorreo de pasillo —. ¿Cómo va a dejarle el trabajo de su vida a ese tipo?

—Martín, sé que temes por tu trabajo pero esto no es del todo injusto. Una cosa es la empresa que fue su idea y otra cosa su comportamiento marital. Estamos dividiendo a la mitad.

—¡Pero usted se queda por fuera! ¡Eso no es justo! ¡Usted debería quedarse aquí y echarlo a él!

Aprieto mis labios en un intento por darle un tiempo para que se calme sin contradecirlo. No sé porque está tan alterado por la situación, esto no parece solo temor por perder el trabajo.

—Yo lo vi con Camila en su casa, ¿de verdad cree que va a conservarme?

—Lo pondré de condición si es necesario. Además, él es administrador mientras yo soy mercadóloga. Me sería casi imposible reemplazarlo como gerente, la empresa sufriría por mi inexperiencia. A veces es mejor dejar que quien lo hace mejor lo haga por un bien mayor, y todas estas personas que trabajan aquí lo necesitan a él.

—¡Claro que no! Desde lejos se puede apreciar que usted trabaja con más amor que él. Y la dedicación es más importante que el conocimiento.

Asiento. Eso es cierto.

—No firme, señora Esther —dice con voz grave. Sus ojos claros brillan de una manera extraña, como si fuera a derramar una lágrima. Me conmueven sus palabras y me pone algo



—Martín lo vio. —Termino la frase por ella.

—Sí.

—Ohh —es lo único que puedo decir sin hacer un gesto que la ofenda.

No quiero decirle te lo dije porque ya era redundante. Había lastimado a Martín sin necesidad y el chico no podía disimular lo enamorado que estaba de mi amiga.

—Dilo —me insta Sonia.

—¿Qué?

—Sabes que mueres por restregármelo en la cara. Anda, dilo. Dime que soy una zorra y que tenías razón sobre él. Dime que debí pensar en el chico y advertirle que podía romperle el corazón. ¡Por todos los cielos! ¡Dime algo!

Frunzo los labios, indecisa. Lo que menos necesito ahora es discutir con ella. Aunque está en una actitud que parece requerir una regañina pero no soy su madre. Y por ahora necesita mi apoyo y no mis reproches.

Ahora entiendo la actitud de Martín. Estaba respirando por la herida y comparando mi situación con la suya.

—¿Por qué lo hiciste? —pregunto en tono conciliador. Intento que salga libre de juicios.

—No estoy segura —dice y hace un puchero —, pero lo más probable es que me haya sentido algo atrapada. Yo no quiero comprometerme, no quiero casarme ni tener hijos, sólo quiero divertirme un tiempo hasta que esté muy anciana y tengan que tirarme en un hogar donde pueda seguir colándome a camas de viejitos. Y Martín no lo entiende, él quiere avancemos mientras yo estoy con el freno presionado.

—Amiga...

—Lo sé, no compartes mi visión. Muchas veces soy incomprendida por la forma en la que me expreso, y porque no quiero hacer cosas que la mayoría desea, incluyéndote.

Bueno, ya no es tan mayoría.

—Sólo iba a decir que tienes miedo porque te diste cuenta que te preocupas realmente por Martín y quisiste pelear contra ti misma para demostrar que sigues siendo la misma. Que él no te ha cambiado.

Ella abre la boca pero no salen palabras. Se queda un rato mirando sus pies hasta que suelta un suspiro sonoro y se acerca hasta mí para abrazarme fuerte.

—¿Qué quieres decir con que él quiere avanzar? Apenas llevan como dos meses saliendo.

—¿Dos meses? Eso es mi nuevo record personal, cariñito —dice pero luego su expresión

cambia. Ahora se muestra melancólica —. Bueno, habla en pasado, porque él y yo terminamos.

—¿Te lo dijo?

—No, pero no me habla.

—Supongo que no todo está perdido —le digo para que mantenga la esperanza —. A no ser que quieras que eso continúe así. —levanto una ceja para agregarle dramatismo.

—No sé lo que quiero. Por un lado sería genial seguir con él; es lindo, dulce, atractivo, comprensivo, joven y no sabes cuan inventivo en la cama —dice la última parte con mucha emoción mientras intento taparme los oídos para que sepa que es demasiada información —. Y muchas cosas más en cuanto a la personalidad que me gusta de él. Pero, siempre hay un pero, cariñito... Y el de él es sobre el compromiso. No concibe las relaciones abiertas o salir con más de una persona a la vez, quiere exclusividad y lealtad. Sabes bien que son cosas que no practico mucho.

—O para nada.

—Exacto —asiente y hace un gesto con la mano para darme la razón —. Pero no hablemos de mí, quiero saber qué decidiste.

—No cambies el tema.

—Es que no tiene la relevancia. Cuando me decida hablamos sobre eso, por ahora, concentrémonos en lo tuyo.

Me siento en mi silla con los brazos cruzados, no necesito retomar el tema, creo que Martín hizo el trabajo completo. Hablando o no por la herida, me hizo darme cuenta que estoy renunciando a mucho y él tiene mucho que pagarme.

—No voy a firmar hoy —anuncio y ella celebra con los brazos en el aire.

—Pues me parece excelente, no puedes quedarte por fuera de la empresa, cariñito. Es él quien debe irse.

—Lo sé. Voy a llamar a mi abogado inmediatamente.

Sonia espera hasta que termino la llamada haciendo gestos por cada palabra. Se cuida de hacer ruido para no delatar su presencia, pero sus expresiones son tan graciosas que en ocasiones no resisto las ganas de reír.

Mi abogado se alegra. Parece estar de acuerdo con mi reciente decisión y me informa que va a retirar la propuesta para entregar la nueva. Casi lo puedo imaginar haciendo una señal de victoria.

—Bien, parece que después de todo no me divorcio hoy —digo algo desanimada.

En ese instante recuerdo la cita que tengo con Ángelo hoy. Se supone que empezáramos como dos personas solteras, pero aún estoy atada al imbécil de Ricardo.

—¿Qué? ¿Qué pasó? —pregunta Sonia algo asustada.

Recompongo mi expresión y trata de disimular el desencanto que me generó ese pequeño detalle.

—Hoy tenía una cita con Ángelo. La idea era que firmaba y me libraba de todo.

—¡Ahora entiendo tu prisa! ¡Quieres ir a comerte ese postre italiano! Que una firma no te detenga cariño. De todas formas, ese tipo ya no vive en tu casa y de ahora en adelante te va a odiar como nunca. Además, conociéndote va a ser una primera cita a la antigua: te va a recoger en tu casa, irán a cenar, se harán las preguntas de siempre y te llevará hasta tu puerta al final de la noche donde se despedirán de una manera incomoda pero no lo invitarás adentro. ¿Me equivoco? —pregunta alzando una ceja y poniendo su mano en la cintura.

—Bueno, creo que tu descripción es bastante aproximada.

—Ese pobre hombre va a experimentar lo que es dolor de bolas a tu lado, cariñito. ¿No tienes piedad?

—¿Ahora eres team Ángelo? —pregunto algo ofendida.

—Pues creo que sí. El chico es caliente, tiene dinero y quiere hijos... El paquete completo.

Supongo que ella gana esta conversación con ese argumento.

—Me da miedo que sea algo emocional del momento y luego me deje tirada con un niño a mi sola. Tengo que comprobar que sus sentimientos son reales.

Sonia parece sopesar mis razones y asiente.

—Punto para ti, creo que vamos empatadas.

—Esto no es un juego.

—Cuando empiezas con los pros y los contras, es mejor que parezca un juego. No aguanto tu tono serio todo el tiempo.

Ruedo los ojos. Ella no quiere tomar nada en serio.

Un mensaje entrante desvía mi atención. Es mi abogado diciéndome la hora de la reunión con Ricardo. Acepto y guardo el celular para despedirme de Sonia.

—Debo irme —le doy un pequeño abrazo y aprieto sus manos—. Tengo que ir a esa reunión.

—Desplúmalo —dice Sonia con gracia y me acompaña hasta la salida.

En el corredor, me encuentro a mis empleados recostados en las paredes esperándome. Entre ellos Martín, quien me mira directamente como si quisiera recordarme el coraje que debo tener o no debo olvidar. Me sorprende cuando cada uno asiente hacia mí demostrando su apoyo.

Me doy cuenta que si no me quedo, ellos tampoco van a durar en la empresa.



—No entiendo, Esther. Ya teníamos un acuerdo.

Ricardo se ve furioso. El cambio lo sorprendió y le cayó como agua fría. El ambiente se siente hostil y su abogado que luce aún más enojado no ha parado de mirar a su ordenador como si no estuviéramos al frente.

—Hoy entendí que no hay dinero suficiente que me haga salir de la empresa. Me engañaste desde el principio y luego se te ocurrió acostarte con mi secretaria. Supongo que la tuya no era muy atractiva.

Su manzana de adán sube y baja con violencia mientras sus ojos están a punto de asesinarme. Lástima que estemos en un sitio lleno de personas y micrófonos.

—Entonces no tenemos nada más que hablar. Quizás tendremos que ir a corte.

—¿Eso es lo que quieres? Porque no es lo que yo quiero. Sólo estoy pidiendo lo que merezco. Debes asumir la responsabilidad en tus actos y ceder en esto si no quieres quedar sin nada.

—¿En serio crees que me iría a rascar el ombligo mientras diriges mi empresa?

—¿Quieres que lo haga yo? —pregunto de vuelta alzando una ceja.

Hace un gesto de desagrado.

—Bien, bien —gesticula una equis con las manos y bufá audiblemente—. Me iré con una gran condición.

—Soy toda oídos.

Su abogado intenta disuadirlo tratando de llamar su atención pero Ricardo se lo quita de encima y le hace un gesto autoritario para que no lo toque. El pobre hombre se retira con cara resignada.

—Me pagarás mi sueldo por dos años. El mismo que tengo ahora, sin recortes y sin descuentos de ningún tipo. Además, me quedaré con ese veinte por ciento, sin voz y sin voto. Quiero mis dividendos anuales. Y renuncio al porcentaje de la casa. No me importa mucho.

Giro para revisar la expresión de mi abogado, quien no refleja ninguna emoción. Alzo una ceja a modo de interrogante y él asiente casi imperceptiblemente hacia mí.

—Sueldo por dos años, quince por ciento sin voz y sin voto y sin dinero de la casa —digo levantándome y extendiendo mi mano.

—Dije veinte.

—Yo digo quince —replico con voz severa. Por dentro estoy temblando pero intento que no se note.

Maldice en voz baja viéndose acorralado.

—Hecho —su voz es resignada pero me mira intensamente, como si le costara reconocermelo.

—Tendré el documento en un minuto —interrumpe mi abogado —. Pueden salir a un receso y volver. Supongo que todos tienen prisa en que esto quede terminado.

Ricardo asiente y se levanta inmediatamente abandonando la sala.

Mi abogado pone su mano en mi hombro celebrando de alguna manera lo que acabamos de obtener. Le sonrío brevemente y me levanto para ir al baño. Necesito echarme agua en la cara para despertar de ese sueño... No puedo creer que siga siendo dueña de mi empresa.

¡Dios! ¿Qué voy a hacer? No tengo idea de negocios, ni de todo lo que debe hacerse para mantener una compañía corriendo. Supongo que tendré que hacer algún curso, leer mucho o contratar un consultor para que me ayude.

Mis manos están temblando y no puedo controlarlas.

El agua ayuda pero no me calma por completo. Tengo que hacer tantos planes ahora, y ni siquiera puedo respirar.

La pantalla de mi celular empieza a alumbrar y veo su nombre con un corazón al lado. Me pregunto en que momento tomó mi celular y le agregó corazones a su nombre. Creo que también le cambió el tono de llamada porque ahora suena *Love me now de John Legend* y no recuerdo haber usado ese tono antes. Me causa gracia que incluso con canciones parece insinuarse.

—*Principessa* —me saluda con una voz dulce. Mi pulso se acelera inmediatamente.

—Así que, ¿love me now? —pregunto con mi mejor pronunciación de inglés.

—¿*Muy directo*? —pregunta en tono jocoso.

—Supongo que contigo es apropiado —concedo. Ya me estoy acostumbrando a que no usa rodeos y me encanta. Es refrescante.

—*Lo sé, vita mia.* —Oigo su risa tan fresca y me produce un calor agradable en el corazón —. Llamaba para saber cómo va todo y confirmar la cita de hoy.

—Todo va bien, Ángelo —me encojo un poco al decir su nombre pero aún no puedo encontrarle un apodo cariñoso, creo que es muy pronto —. Firmaré dentro de poco. Y sí, a las ocho estaré esperándote.

—*Excelente. No puedo esperar* —dice y me manda un beso.

—Creo que es recíproco.

Lo oigo contener la respiración y despedirse con otros tantos apodosos que ya me tiene. Agradezco silenciosamente que no se le haya ocurrido llamarme Essy.



Cuando pongo mi nombre y firma en la parte inferior izquierda de la disolución de matrimonio, creo que mi garganta se cierra por la dualidad de mis sentimientos; la tristeza de acabar con una parte de mi vida que creía que sería para siempre y la esperanza que no me volvería a pasar algo así. No podía negar que amé a Ricardo con todo lo que tenía, le di todo, sin siquiera preocuparme que él me negaba una gran parte de su ser. Quizás esa es una falla o quizás la falla fue dárselo a la persona equivocada.

—Oficialmente están divorciados —anuncia el mediador.

Hago un mohín y me apresuro a salir de esa sala. No quiero ver su rostro más de lo necesario.

—La verdad nunca quise hacerte daño, Esther. No intencionalmente, no sé si eso sirva de algo.

—No sirve de nada, Ricardo —respondo dándole la espalda.

Abro la puerta y salgo del lugar. Espero que toda la situación pronto sea sólo un mal recuerdo.

## Capítulo 28

Son las siete de la noche y estoy en frente del espejo en ropa interior intentando comprometerme conmigo misma. Ahora, estoy usando un conjunto fucsia de encaje que combina muy bien con mi piel. Y sí, como suena, en conjunto. Mi lado pecaminoso sabe que si me voy así estoy mucho más dispuesta a que Ángelo entre a esta casa al final de la cita. Mientras que mi lado racional sabe que no necesito una experiencia así aquí. Si voy a empezar las cosas bien, debería ser en un lugar neutro.

Me ruborizo totalmente y decido que no puedo ir así. No es que él se vaya a dar cuenta pero yo lo sabré. Inmediatamente me quito el sujetador y lo cambio por uno negro de copa que me parece hermoso.

Si mi madre estuviera viva y me estuviera viendo, seguro que pegaría el grito al cielo cuando le dijera que voy a salir con un hombre sin haber pasado doce horas desde que firmé el divorcio. ¿En qué clase de persona me convierte? Mejor ni lo defino, así puedo fingir que voy relajada, lo cual no va a pasar con facilidad.

Me pongo un vestido floreado sencillo, la parte superior tiene un escote en forma de corazón, perfecto para mi poco busto y mis protuberantes clavículas. La falda tiene unos cuantos plisados que le proporcionan vuelo. Me calzo unas sandalias altas. Sé que no voy a resistir mucho tiempo de pie con ellas, pero espero que no proponga caminar en ningún momento. Me maquillo sutilmente; poniendo énfasis en mis ojos ahumados, un labial color vino y muy poco rubor.

Estoy lista cuando faltan diez minutos, lo cual es extraño para ser mujer, lo sé. Pero no concibo la idea de hacer esperar a alguien cuando viene a recogerte. No soy una maniática de la puntualidad, pero sé que en algunas ocasiones vale la pena.

Recibo una foto suya en donde me muestra varias cajas de chocolates y una rosa. Como no sale él en la foto no estoy segura si es una pregunta sobre cual escoger o si es algo que va a darme.

Oigo el timbre antes de poder contestar.

Respiro profundo unas diez veces antes de caminar hasta la puerta porque sé que voy a necesitarlo. En mi campo de visión aparece el hombre más guapo que alguna vez haya visto; lleva un smoking a la medida que me deja sin aliento. Pronto me siento fuera de lugar con mi vestido tan sencillo. Quizás debería ponerme uno de gala también. Sus ojos verdes me atrapan como si tuvieran un lazo y pronto lo veo acercarse hasta mis labios para darme un beso dulce.

Creo que olvidé como respirar.

—*Principessa*, estás preciosa —me dice posando su mirada en mis curvas.

Me abochorno inmediatamente por el halago pero sigo sintiéndome fuera de lugar.

—Estás muy guapo también, creo que vas muy formal. ¿Quieres que me cambie? Tengo un vestido negro que quizás combina mucho mejor con ese traje.

Mientras hablaba, él entra y cierra la puerta. Una sonrisa socarrona se apodera de su rostro y su mirada parece mucho más salvaje. Pronto me doy cuenta que extiende una rosa en mi dirección, ignorando mi pregunta.

—Aunque la propuesta parece muy tentadora... No cambiaría ese vestido por nada, bueno claro, sólo si fuera el caso de no usarlo.

Recibo la rosa con mis mejillas incendiadas. Creo que me he quedado sin una respuesta inteligente a tan evidente coqueteo.

—Pero no voy a encajar. Ese traje y este vestido...

Un brazo rodea mi cintura interrumpiéndome. Suelto un jadeo sorprendido y abro los ojos ante su proximidad. Ángelo simplemente sonrío y calla mis quejas con un beso que me hace olvidar hasta mi nombre.

En cuanto me suelta, quedo desorientada. Incluso trastabillo hasta él, quien me sostiene amablemente del brazo y me ofrece su mano para salir. Alzo mi dedo para indicarle que me espere un minuto y corro hasta el baño.

Me organizo el peinado, que ya parece bastante desorganizado y retoco el labial. Además le ordeno a mi corazón comportarse. No puede estar acelerando de esa manera a no ser que quiera sufrir un ataque de taquicardia en plena cita.

Salgo a encontrarme con mi italiano con una sonrisa practicada; estoy tan nerviosa que creo que mis mejillas tiemblan por el esfuerzo y mis dientes castañean.

—¿Lista?

*¡Por Dios! ¿Estoy lista?*

—Sí, claro —digo esforzándome en sonar natural.

En cuanto llegamos hasta su auto, me abre cortésmente la puerta y yo le doy una mirada algo extrañada. No tengo mucha experiencia con la caballerosidad y es difícil encontrar el sentimiento ligado a estos actos; es algo entre halagada y abochornada.



El restaurante es espectacular; un estilo moderno, minimalista y con una decoración en blanco y dorado. Las personas usan trajes pero no tan formales como Ángelo, por lo tanto, me siento

inmediatamente más relajada. Ahora quien luce fuera de lugar es él.

Tenía una reservación, así que cuando la mesera nos muestra la mesa quedo un poco pasmada. Las cajas de chocolate, más rosas y una decoración con pétalos.

—Esto no era necesario —le digo en medio de mi evidente espasmo.

—Difiero en ese concepto. Creo que para mi principessa es poco. Quiero que sepa que la voy a apreciar en cada aspecto de su vida.

Me ruborizo y asiento halagada.

Luego de pedir la comida, nos miramos directamente; espero que él empiece un tema de conversación pero hasta ahora parece estar midiendo mis reacciones.

—¿Te agrada la comida italiana? —pregunta. Le agradezco que empiece por un tema superficial.

—Claro, me encantan esas berenjenas con queso parmesano y por supuesto las pastas... de todo tipo —respondo con alegría.

—Quería saberlo. Sería extraño que mi pareja no pudiera comer de mi cocina... Para la segunda cita yo podría cocinar.

¡Bueno! No te adelantes... apenas vamos en la mitad de la primera.

*Ángel: ¿Dijo que sabe cocinar?*

*Demonio: Siii, creo que ya esto es un voto definitivo. Este es.*

*Ángel: No te aceleres, aún es la primera cita.*

*Demonio: ¿No notaste que ya la invitó a la segunda? Que va a cocinar seguramente en su casa. Este hombre viene con toda la artillería. ¡Me encanta!*

—Supongo que sería agradable —respondo sin mirarlo a los ojos. No puedo sucumbir en esa mirada.

—Te aseguro que soy bueno en la cocina... bueno en muchas cosas —dice con picardía.

Sonríó acalorada. Parece que ya me estoy acostumbrando a su singular sentido del humor.

—Pero por ahora, cuéntame de ti... hemos trabajado un par de meses pero no puedo decir que sepa más que su nombre, que es increíblemente hermosa y que tiene un aura tan pura que es imposible no notarla.

—¿Aura? —pregunto mientras miro mi cuerpo.

—Sí, es muy luminosa. Pasa cuando se es una persona correcta, que se preocupa por los

demás y que tiene calidez en su alma.

Alzo una ceja con incredulidad pero asiento. Lo puedo tomar como un cumplido.

—¿Qué quieres saber de mí? —pregunto.

—Todo... pero puedes empezar por tu familia, ¿qué tal te llevas con ellos?

Niego con nostalgia.

—Mis padres murieron hace diez años, y no tengo hermanos.

—Lo lamento. —Sus ojos pierden brillo inmediatamente —. No lo sabía. Me cuesta creer que esté sola. Nadie debería estarlo.

—Bueno, tengo a Sonia... —digo con una sonrisa leve —. Ella se ha convertido en la hermana que nunca tuve. ¿Y tú?

—Pues ya te conté sobre mi hermana, mis padres sólo nos tuvieron a nosotros dos porque estábamos en tierra extranjera, pero mis tías, que son nueve, cada una tiene cuatro hijos.

No puedo evitar mi asombro.

—Wow —suelto un silbido largo.

—Nosotros los italianos somos muy familiares. Nos gusta crecer en compañía de primos y primas, siempre sintiendo que la casa de cada familiar, es como nuestra casa. Tengo por lo menos unos diez con los que soy muy unido, ellos vienen aquí y de vez en cuando yo voy para Italia. Seguro que los amarías, son bastante directos, como yo.

—Eso suena muy agradable. Casi no me lo puedo imaginar. Ya sabes, soy hija única, mi padre fue hijo único, mi madre tenía una hermana diez años mayor con la que no hablaba, así que mi primo pretendía que yo no existía. Creo que él trabaja en la compañía eléctrica de la ciudad y tiene dos hijos pequeños. Pero... Espera... ¿No me dijiste que tu familia estaba amenazada? ¿Qué tu abuelo no huyó para que no persiguieran a tu padre?

Sus ojos se entristecen. Puedo notar el cambio de ambiente cuando sus puños se contraen y finge una sonrisa amarga.

—Sí, eso te dije. Mi padre es el único hombre de sus hijos, el único que iba a seguir el apellido, así que contra él era la amenaza. Mis tías por otro lado, para esa época ya estaban casadas la mayoría, solo faltaba una que estaba comprometida. Ellas adoptarían el apellido de su esposo, así que no seguirían la línea de la familia. Y por supuesto, al quedarse mi abuelo, ellos pudieron cumplir su venganza sin tocar a ninguna de sus hijas. Por eso mi padre cambió de apellido, porque ya no era seguro.

—¿Cuál era tu apellido?

—Bellini —responde melancólico.

—Lo lamento —digo mientras tomo su mano para que me mire.

—No lo hagas, si estuviera allá no te habría conocido. —Como si toda su angustia anterior hubiese sido fingida, recompone su expresión y me guiña un ojo de manera provocativa.

—Supongo que es cierto, además Egizi también me gusta.

Me regala una sonrisa reluciente y decidimos pasar a temas más relajados. Me cuenta de sus estudios, sus viajes, la locura de tener tantos primos en las reuniones familiares y su absoluta devoción por su sobrina que tiene seis meses. En su adolescencia practicó baloncesto hasta que entró a la universidad y no le quedó tiempo. Sin embargo, no dejó a un lado su entrenamiento.

La velada es agradable y demasiado corta; cuando me doy cuenta que son casi las once de la noche y que los meseros nos empiezan a mirar para que nos vayamos, con una sonrisa amable Ángelo intenta pagar la cuenta.

—No es necesario que la pagues completa. Somos dos adultos responsables, dividámosla — propongo. Es posible que le quite algo de romanticismo, pero ahora mismo necesito llevar las cosas con calma, y eso significa pagar por lo que como.

—¿Has perdido práctica en citas, *principessa*? Sabes que no te voy a dejar pagar. Yo te invité y debo hacerte sentir apreciada.

¿Perder práctica en citas? ¿Acaso él está muy acostumbrado?

Una alarma se enciende en mi cabeza por esa frase pero asiento retirando mi tarjeta.

Abandonamos el restaurante y nos dirigimos hacia su auto.

—Entonces... ¿Tienes práctica en citas? —La sutileza no es lo mío. Nunca ha sido así.

La carcajada de Ángelo me pone nerviosa pero es imposible mantenerme seria. Es como si me estuviera invitando a burlarme de lo que acababa de decir.

—No voy a mentir pero tampoco quiero que se espante, ¿puedes darme un poco de crédito antes de huir?

Adopto una actitud prevenida, revisando su postura. Mido cada gesto, cada pestañeo.

—Te escucho —digo cruzando los brazos y negándome a subir al carro hasta que contestara.

—Bueno... —dice mirando alrededor, fijándose en la puerta abierta y mi reticencia por entrar —. Soy inversionista en un grupo empresarial, tengo una gran casa, varios autos llamativos y un buen aspecto físico —dice como si fuera algo demasiado común, este chico no sabe lo que es modestia —. Las mujeres me persiguen como locas. No quiero imaginarme si fuera famoso y tuviera que preocuparme por paparazis. Así que he tratado de mantener las cosas tranquilas, de vez en cuando aceptaba salir con alguna, sobre todo para que las demás pensaran que estaba en una relación y desistieran.

Frunzo el ceño, celosa.

*¡Espera! ¿Celosa?*

No quiero imaginármelo con otras, ni que chicas necesitadas le salten encima. Es algo que no estoy dispuesta a tolerar y si él piensa que ese comportamiento irracional va a seguir a pesar de estar conmigo, es mejor que ni empecemos.

*¡Espera! ¿Estar conmigo? ¿Ya estoy con él?*

¡Dios! ¡Este hombre me descontrola!

—¿Qué tan seguido te pasa? —finjo un tono compasivo a pesar que por dentro quiero bufar.

—Bueno, nada alarmante. Unas tres veces al mes.

Abro los ojos sorprendida.

—Dos, dos veces al mes —titubea nervioso al ver mi reacción.

—¿Dices que cuando estás en una relación te dejan de molestar? —Respiro profundo unas dos veces antes de terminar esa pregunta. En el rostro de Ángel aparece una sonrisa traviesa que me hace perder el hilo de mis pensamientos.

—Por lo general sí.

—Entonces has estado con chicas sólo para que te dejen en paz —afirmo.

Lo veo dudar. Casi se atraganta un poco. La verdad no sé si estoy molesta por eso o me estoy divirtiendo con sus gestos.

—Pues... Te aseguro que fue de mutuo acuerdo.

—Un negocio —Sigo echándole fuego a esa hoguera. Ángel tiene que soltarse el botón de cuello. A este ritmo, va a estar tan incómodo que va a tener que quitarse el saco.

*Demonio: ¡Sí! ¡Sí! Me encanta como piensas, mujer.*

*Ángel: ¿En serio? Pero si estamos hablando de que tiene miles de mujeres tras él. Aún no es un buen momento para caer en su red. Podría ser una más de la lista.*

*Demonio: Eres desesperante. ¿Por qué no vas a hacer lo que sea que hacen los ángeles?*

*Ángel: Estoy haciendo lo que hacen los ángeles.*

—Bueno, sí. Era joven y estaba desesperado —intenta justificar.

—¿Qué tan joven? —pregunto sin piedad.

¡Me estoy volviendo mala!

—Tenía veintidós. Ha pasado mucho.

Sopeso su expresión, esa desesperación para que le crea. Supongo que me está diciendo la verdad así que cedo y sonrío un poco.

—Bien —me acerco hasta su mejilla para darle un beso pequeño —. Supongo que no es un problema porque han pasado... —dejo la frase en el aire para que complete.

—Nueve años —dice con una sonrisa.

Una preocupación menos, tenemos la misma edad. O por lo menos parece que tiene treinta y uno.

—¿Qué? —pregunta con renovada diversión.

—Nada, sólo que no sabía tu edad... Ahora me resta saber cuándo cumples años.

—Cumplo treinta y dos el primero de noviembre. —Me atrae hasta él para susurrarme algo al oído —. Y tú cumples el diecisiete de mayo. Falta un mes y pienso que sea el mejor cumpleaños del mundo.

Si antes no me había derretido, ahora mis piernas parecen perder fuerzas y me dejo abrazar por él mientras lleva sus labios intensos y demandantes a los míos. Cuando me libera, me ayuda a entrar al auto porque quedé desorientada. El impulso de volver a besarlo está latente, ese deseo que cada palabra que pronuncia sea verdad y que me quiera con esa intensidad con la que me mira. Si esas dos cosas son iguales, creo que no pondría ninguna objeción más. Podría lanzarme al vacío, un gran salto de fe.

Luego de rodear el auto y arrancar el motor, su mano derecha se posa discretamente en mi rodilla que apenas si la cubre el vestido. Un calor recorre toda mi piel. Mis ojos siguen pasan de su mano a sus ojos. Pierdo un momento los estribos, llevando mis manos hasta su cuello y en una posición no tan cómoda, lo beso con toda la pasión contenida que he guardado durante años.

*¡Maldita sea! Debí dejarme el conjunto fucsia.*

## Capítulo 29

Sin que sepa cómo, mi cuerpo se encuentra encima del suyo. Ángelo mueve su asiento hacia atrás para darme más espacio porque el volante estaba muy pegado a mi espalda. El beso ya nos estaba llevando hasta un punto de no retorno, cuando me acuerdo que estamos en la mitad de la calle. Está oscuro pero eso no quiere decir que nadie nos pueda ver. Ángelo hace un puchero cuando me separo de él, pero luego se pasa la mano por el cabello con una mano y con la otra trata de acomodarse el pantalón.

Juro que no quise mirar detenidamente, pero era muy obvio lo que sucedía. Pego la espalda a mi asiento tratando de relajar mi respiración mientras espío al italiano hacer lo mismo.

—No quiero quejarme la verdad, pero es injusto detenerse luego de ese ataque.

Claro que lo sé... Yo tampoco quería parar.

—Bueno, lo sé, es la emoción —dice con aire arrogante, aunque parece más una broma—. Soy irresistible.

No puedo evitar soltar una gran carcajada que relaja el ambiente y enfría los ánimos.

—No tengo que afirmar algo de lo que estás convencido.

—No es eso, sino que con cada beso que me das siento que eres la mujer para mí.

Justo cuando ya me estaba calmando, él dice algo para que lo bese. Esta vez solo le doy un pico en los labios y me retiro.

—Eres mala, *principessa*. Suerte que aún no he acabado contigo —dice y vuelve a poner en marcha el auto.

La agitación se posa en mi estómago llenando de una sensación cálida. Jadeo un poco hasta que puedo recuperar el control de mi misma, lo que me hace perder sobre nuestra ubicación.

—¿Qué quieres decir? ¿A dónde me llevas?

—Vamos un poco tarde, por eso no seguí tu iniciativa... —dice como si tuviera que explicarme porque dejó que me retirara—. Tengo un amigo que es cantautor y tiene una obra que empieza en veinte minutos —dice sacando las boletas de su bolsillo.

—¿Qué música compone?

—Es clásica. Él es tenor. ¿Te agrada esa música?

—Sí. Me parece que quien canta esa manera tiene mucho talento. ¡Por Dios! Nunca he ido a escucharlo en vivo y creo que siempre quise. ¿Cómo es que no sabía que estaban en presentaciones? A eso casi no le dan publicidad.

Sus comisuras se estiran en una sonrisa.

—Tienes razón. No hay publicidad para la cultura, pero te aseguro que el teatro va a estar lleno.

No le di mucho crédito a sus palabras hasta que llegamos a unas cuantas calles del teatro y no había donde parquear. Afortunadamente, Ángelo ya tenía un lugar reservado, lo cual me hizo sentir especial y al mismo tiempo que tenía que averiguar mucho más sobre este hombre. Entramos cogidos de la mano, en un contacto que me parecía tan natural que ni siquiera me sonrojé. Luego de varios minutos en los que vi a las personas más elegantes de la ciudad, me doy cuenta que él estaba vestido para este evento y no para el restaurante, lo cual me pone nerviosa y trato de pasar desapercibida.

No lo logro. Quizás porque la mitad de las personas con las que nos cruzamos lo conocen y él como un caballero, me las presenta con cara de orgullo. Varios de ellos se quedan admirados al reconocer el nombre de la empresa e incluso me felicitan por mi éxito.

Cuando por fin nos sentamos en nuestros asientos, en un palco privado valga la pena aclarar, las cortinas del teatro se abren y aparecen dos personas al frente, un hombre y una mujer. Detrás de ellos está toda la sinfónica compuesta por muchos instrumentos de cuerdas como violines y violonchelos, instrumentos de aire y un par de percusión. Ángelo me señala a su amigo, un joven corpulento de unos treinta y tantos que está al lado de una chica delgada y con un vestido vaporoso.

La melodía es preciosa, esa combinación de pasión y amor que se mete entre tus poros a pesar que yo no entendía la letra. Lo que Ángelo no me dijo es que cantaban en italiano. En la mitad de la obra, alcanzo a espiar el rostro enrojecido de mi acompañante, sus ojos verdes se ven más claros al estar acuosos. Me entenece tanto que no puedo dejar de mirarlo por unos largos segundos en los que se da cuenta y trata de ocultar el rostro con su mano. Me acerco todo lo que me deja el asiento y dejo que me abrace y me dé un beso en la sien.



—¿Te gustó? —pregunta cuando las cortinas se cierran y las personas aplauden.

—Fue hermoso —respondo—. Muchas gracias.

Estoy claramente fascinada con la experiencia. Las voces combinadas del tenor y la soprano proyectaron muchas emociones tanto alegres como tristes, creando una composición de impetuosa, viva y creciente. Se podía palpar cada una de las sílabas, cada nota aguda tanto grave acariciaba el oído de los asistentes.

—Fue un placer, *principessa*. Me encanta tu compañía, eres tierna y al mismo tiempo dura. No te vi derramar ni una lágrima.

Me acerco para darle un beso en la boca. Tengo que empinarme un poco.

—Ya había alguien que lloraba —digo divertida—. Además, creo que el hecho que no entendiera cien por ciento que decían afectaba.

—Puedo hacerte un resumen —dice con coquetería apretándome contra él.

Justo cuando estaba por besarme otra vez, aparece un amigo para despedirse. Ambos le damos la mano y nos sonreímos de manera cómplice al ser interrumpidos.

Un pequeño bostezo se me escapa cuando estamos por llegar al auto. Ángelo me abre la puerta sin poder ocultar su cansancio. Hoy ha sido un día largo y ya estamos en la madrugada.

—¿Quieres un café? —pregunta Ángelo cuando se sube.

—Creo que quiero una cama —digo sin darme cuenta que eso lo podía tomar por otro sentido.

Lo cual hace.

—¿Cree que es muy pronto para invitarme a compartirla? —pregunta. A pesar que su tono suena exactamente como él lo diría, puedo percibir que hay algo de inseguridad.

—Supongo —digo en medio de una diatriba. Hay un lado que quiere que diga no, que me lance a él aquí y ahora, mientras otro me advierte que de la prisa solo queda el cansancio.

—¿Quieres conocer mi casa? Así podrías decidir si quieres quedarte ahí o prefieres el apartamento de tu amiga.

—¿A esta hora? —miro el reloj. Es la 01:40.

—Bueno, puede hacerlo luego de dormir un poco. Tengo varios dormitorios —dice con una voz calmada.

Quedo sin palabras en el momento porque parte de mí quiere aceptar sus propuestas.

—Enciende el motor, voy decidiendo en el camino.

Una sonrisa maravillada aparece en su rostro y obedece.

\*\*\*

Su casa, o debería decir su mansión está ubicada en la parte rural y posee unas tres hectáreas. El portón de madera se abre automáticamente y deja ver una larga entrada hasta la casa. Esperaba que fuera más lujosa, pero por el contrario el estilo es sencillo y tipo finca.

—¿Vives aquí solo? —pregunto impresionada.

—No, aquí viven varios trabajadores de la finca. Estoy quedándome aquí por un tiempo porque mi casa de la ciudad está en obra. Pero te aseguro que estarás cómoda hasta que la casa esté lista.

Alzo las cejas ante su insinuación. En serio quiere que me vaya a vivir con él.

—Supongo que es muy tarde para decirte que me lleves a mi casa.

Frena en seco y mete la reversa del auto.

—Claro que no es tarde. Voy a llevarte si así lo quieres

Lo detengo poniendo mi mano en la suya y mirándolo con diversión. Por lo menos acaba de pasar esa prueba.

—Me quedaré aquí mientras no vayas a entrar a mi habitación a hurtadillas.

—¿Segura?

—Sí —respondo con seguridad.

Me muestra una habitación grande que tiene su propio baño. La decoración es en madera, las paredes pintadas de un azul claro, la cama doble con una cabecera de un estilo rustico se extiende por toda la pared. La verdad estoy tan cansada que no reviso mucho más y me dejo caer sobre el colchón. Para mi sorpresa es tan cómodo que mis párpados se sienten pesados al instante.

El peso de un cuerpo sentándose me mueve de mi posición. Siento su mano acariciar mi cabeza y luego trata de taparme con la cobija pero estoy tan atravesada que no puede lograrlo totalmente. Me quita mis tacones, y se levanta para salir del cuarto.

—Espera —digo volteándome y tratando de levantar la cabeza —. No creo que sea capaz de dormir tranquila aquí sola. ¿Crees que podrías quedarte? Ya sabes... a dormir —intento aclarar para que no se haga ilusiones.

Una sonrisa socarrona se forma en su rostro. Se quita el saco y se desabotona la camisa en un movimiento tan sexy que se me va el sueño. Queda sin camisa y cuando va a seguir con el pantalón me mira y espera mi reacción. Como no hago ningún gesto por estar absorta mirando su abdomen, él continúa.

—Tengo algo de ropa por aquí por si quieres quitarte ese vestido. —Da la vuelta y busca en unos cajones que hay en el fondo una pantaloneta para usar. Además me muestra algunas de sus camisas.

Me levanto a regañadientes y recibo la prenda. No sé qué tienen los hombres con el hecho que las mujeres usen sus camisas. Le indico que me ayude con el cierre de mi vestido y él con sus dedos fríos sobre mi espalda, los desliza con suavidad hasta que llega hasta el lugar del cierre y lo baja lento y sensualmente. El escalofrío llega hasta mi cuero cabelludo haciendo que me gire y lo bese mientras que el vestido queda recogido en mis pies.

Cierro los ojos para evitar sonrojarme. Han pasado muchos años desde que un hombre diferente a mi ex esposo me haya visto en ropa interior. Ángelo se separa de mis labios por un momento para admirarme y en un movimiento con sus labios intenta pedir permiso para seguir. No digo nada, simplemente me lanzo a sus brazos con ímpetu tratando de no pensar en lo que está bien o está mal.

En menos de dos zancadas llegamos hasta la cama. Me alza como si fuera un peso pluma para caer ambos al tiempo al colchón, que nos acoge con suavidad. Ángelo sube la temperatura rodeando mi cuello y besando, lamiendo y recorriendo cada parte que encuentra. Lo veo detenerse en mi sostén pidiendo otra autorización para quitarlo.

Me yergo algo asustada con eso último. Agarro la punta de la cobija para taparme, lo que confunde al italiano, quien retrocede mientras alza las manos.

—*Mi scuso* —dice él con absoluto asombro.

—No, no —hago una señal con las manos para que no se preocupe—. Fui yo, fue mi culpa. Yo te he atacado dos veces, lo lamento. Creo que aún no estoy lista... no me siento capaz.

—No tienes que explicarme, *principessa*. Lo entiendo. Puedo dormir en la habitación del lado si quieres.

El miedo de quedarme sola me hace negar contundentemente. Prefiero que sufra aquí a mi lado que dormir en una habitación inmensa y cerca de personas que no conozco.

—No, por favor quédate —le pido. Me siento como una persona egoísta.

—Lo haré con gusto. Aunque no puedo prometer que mis manos permanezcan quietas.

—Supongo que puedo aceptarlo —digo con una risita nerviosa. Después de todo, fui yo quien lo encendió y esas serían las consecuencias.

Me pasa la camisa y me la pongo tratando de taparme con la cobija. Él se acomoda en el lado derecho, quitando cualquier almohada o cobija que estuviera a sus pies, pasa una mano por encima de mi cintura y me atrae hasta él para darme un beso de buenas noches.

—Eres preciosa. Descansa mi *principessa* —susurra en mi oído—. Perfecta. Hermosa...

Hago un pequeño asentimiento mientras me acomodo más cerca de él. Inhalo su esencia, su aroma tan acogedor. Le doy otro beso en su mejilla para evitar la tentación y dejo que mis ojos por fin se cierren.

Mi corazón se acelera cuando poso mi mano en su pecho y escucho como el suyo martillea a un ritmo enloquecido y retiene su respiración al sentir el contacto.

—Que descanses, Ángelo.

## Capítulo 30

Es difícil describir el sentimiento que me invade cuando a primera hora de la mañana me despierto con un brazo encima al que no estoy acostumbrada. Para resumir, es como un mecanismo de defensa que las mujeres casadas desarrollamos durante el matrimonio; el primero es la argolla, ese objeto que se intercambia en los votos que luego usas día a día y que crea un campo protector en lo que pretendientes se trata. Es como un espanta-hombres comprobado. Luego está el espacio corporal que implementamos en las relaciones interpersonales con el sexo opuesto luego del matrimonio, esa distancia nos vuelve mucho más reservadas y ávidas de contacto exclusivo con tu pareja. Y por último, en tu interior, algo celular, se acostumbra a cierto tipo de afecto y es extraño cuando experimentas algo diferente.

Y Ángelo había podido atravesar casi toda mi defensa sin mucho esfuerzo, incluso cuando aún usaba la argolla.

Es terrorífico. Me da tanto miedo que sea capaz de hacer conmigo lo que le plazca que por eso no lo he dejado entrar de lleno.

Me deslizo suavemente con el fin de no despertarlo. Verlo dormir es conmovedor; su lenta respiración y su media sonrisa incluso en ese estado, me hace perder el equilibrio y tropezar con un zapato. El ruido fue leve, pero lo despierta. Sus ojos verdes adormilados me reciben con alegría.

—Buenos días, *principessa*.

—Buenos días, Ángelo. Lamento despertarte.

Se apoya en su brazo para levantar su cuello y cabeza. La pose es tan sexy, que tengo que mirar a la pared para no hiperventilar. Él está sin camisa, con el cabello alborotado y su sonrisa particular, con eso es suficiente para desviar mi razonamiento y dejarme sin palabras.

—No te preocupes. Supongo que es tarde y tenemos que ir a trabajar.

—No lo sé, no he visto la hora.

Alcanzo mi celular, pero está muerto. Se lo muestro con el gesto torcido y él se estira para alcanzar su reloj.

—Son las ocho. No es nada grave. —Se deja caer en el colchón de nuevo.

—Igual tenemos que irnos, voy a usar el baño —le digo apuntando hacia la puerta cerrada.

—Yo también, iré al de mi habitación.

Se levanta de un tirón y se acerca para darme un beso en la frente. Luego camina con seguridad hacia la puerta dándome una última mirada cariñosa. Agarro el cargador y mi celular y me los llevo al baño. Me aseo rápidamente, con la ansiedad que en cualquier momento un sexy italiano podría tratar de irrumpir en la ducha.

Cuando estoy envuelta en la toalla, me doy cuenta que no tengo nada que ponerme, ni ropa interior, ni vestido. Tengo que ir primero a la casa antes de la empresa porque no pienso ir así. Prendo el celular, compruebo que ya puede aguantar una llamada y le marco a Sonia. No sé por qué pero necesitaba contárselo a alguien.

—*Essy, cariñito... Es muy temprano para llamar* —responde ella con una voz adormilada extrema.

—Son las ocho de la mañana, Sonia, ocho y veinte según mi celular —digo luego de comprobar la hora exacta.

—*Lo sé, pero para mí es temprano. Madrugar debería ser un delito.*

—Te entiendo... Pero esto es una emergencia —le digo con tono urgido.

—*¿Qué? ¿Qué pasó? ¿Estás bien? Espera, ¿no era ayer que salías con don soy-lo-más-sexy-de-toda-Italia?*

—Sí.

—*¿Y dónde estás ahora?* —pregunta con sospecha.

—En su casa —digo algo apenada.

Un grito ahogado me sorprende y me hace retirar por un momento el oído del teléfono.

—*¿Y dónde está él?*

—Bañándose, supongo.

—*¿Dónde durmió él?*

—A mi lado —cada vez mi tono va bajando un poco más.

—*Dime que amaneciste despelucada y con una sonrisa de idiota* —dice Sonia con tanto entusiasmo que me hace reír.

—No lo hicimos —aclaro. Ella parece que se le estuviera acabando el aire porque hace un sonido bastante perturbador.

—*¡Nooo! ¿Nada? ¿En toda la noche?*

—Nada.

—*¿Durmió a tu lado tranquilamente y no trató de iniciar?*

—Pues, realmente yo empecé y luego dije que no podía. Así que respetó mi decisión.

—*¡No me jodas! ¿Tú? ¿Empezaste? ¡Oh por Dios! ¡El mundo se va a partir en dos y nos va a arrastrar! ¿Por lo menos durmió con camisa manga larga y cubierto hasta los pies? O ¿tenías cinturón de castidad?*

—Ni lo uno ni lo otro —respondo como autómeta.

—*¡Noo! No puedo creer que hayas resistido.*

—No es por resistir, es que aún es muy pronto. Pero la cita fue hermosa, comimos en un restaurante italiano y luego me llevó a la opera.

—*¡Romántico! Dime por lo menos que lo dejaste admirarte sin ropa.*

—Con ropa interior —concedo. Ella parece aprobarlo con un sonido extraño que hace con su garganta cuando tiene que contener la emoción.

—*Algo es algo. ¿Cómo te sientes?*

—Fuera de lugar —respondo con sinceridad —. Pero más feliz que en incontables años.

—*¿Estás segura que no pasó nada?* —pregunta con sospecha. La puedo visualizar frunciendo el ceño a tal punto de juntar las cejas.

—Muy segura.

—*A medio día voy a la oficina para sacarte todos los detalles jugosos. Tengo que irme... Creo que fue bueno que me despertaras porque tengo una reunión temprano. Te quiero Essy.*

—Y yo a ti.

Luego de colgar me doy fuerzas para salir del baño. Al abrir me encuentro a Ángelo sin camisa pero con el cabello mojado y chorreando sobre la cama. Lleva unos pantalones caqui que le quedan algo ajustados, sobre todo en el área de la cadera. Desde esa posición puedo admirar su abdomen marcado y su sonrisa ladeada que me regala cuando nota que lo estoy detallando.

Se levanta y se estira, haciendo que su v abdominal se alcance a notar al no llevar completamente abotonado el pantalón.

Creo que balbuceo algo sin sentido, no estoy segura. Aprovechando mi deslumbramiento, Ángelo se acerca hasta mí para halar de la toalla. Me aferro a ella como si mi vida dependiera de eso y él sólo sonrío como un niño travieso.

—No había pensado sobre tu vestuario. Pero puedo prestarte algunas prendas de mi hermana

si quieres. Ella es un poco más alta y gruesa, así que te quedarán grandes, pero sólo será hasta que llegues a casa.

—Eso sería perfecto, gracias —le digo acercándome para darle un beso en su mejilla.

Me dirige hasta otro cuarto en donde me da unas cuantas indicaciones y me deja elegir sin interferir. Luego que he sacado tres prendas del armario, él se aleja hasta la puerta para darme privacidad.

Como había predicho, la ropa me queda muy holgada y larga, pero no puedo quejarme. Esto es mejor que irme en toalla.

Diez minutos después, ambos estamos listos. Mi estómago me delata al sonar hambriento; Ángelo me da una mirada de entendimiento y salimos de la propiedad con prisa. Paramos en una cafetería. Trae dos cafés y rosquillas. Se lo agradezco mientras le doy el primer bocado con tanto ímpetu que sus comisuras intentan dibujar una sonrisa, pero al ver mi expresión sería, se contiene.

—Sobre anoche, creo que fue una gran primera cita —dice él para iniciar la conversación. Yo aún estoy comiendo así que sólo asiento y abro los ojos desmesuradamente para darle razón —. Es agradable estar a tu lado, tu presencia me hace sentir como en casa.

Trago un poco antes de lo usual, así que va un poco grueso. Me lastimo la garganta en el proceso.

—Yo también la pasé muy bien. Fue hermoso en realidad.

—Entonces, ¿puedo confirmar la segunda cita? —pregunta algo nervioso.

Noto que no todo en él es seguridad. A veces necesita que le dé señales más explícitas; así como él actúa.

—Sí, por supuesto que sí.

—¿Es muy pronto querer que sea mañana? Tengo la noche libre y quiero cocinar algo grande.

—Es perfecto.

Su sonrisa ilumina mi día. Tan sólo con verlo tan contento siento cosquillas en el estómago. Supongo que esto es de lo que hablan en las películas cuando dicen que son mariposas. Es una experiencia nueva a pesar de mi edad y mi anterior estado civil.

Me deja frente a la casa y se despide besando mi mano. Salgo del carro sin despegar mi vista de Ángelo y me despido ondeando la mano. Me giro para entrar en la casa pero cuando estoy cerca de la puerta una sombra me asusta. Me detengo guiada por el temor que ha paralizado mis músculos.

Cuando una cabeza aparece detrás de una de las columnas de la entrada, respiro algo aliviada aunque al instante me tensó. Ricardo, con cara de pocos amigos me mira con rabia y con una

actitud demandante. Estoy segura que me vio bajarme del auto de Ángelo.

—¿Y te atreviste a decirme infiel cuando ya tenías un reemplazo! —dice agresivo.

Doy un paso atrás y levanto las manos en un intento que no se vaya a acercar.

—No tengo que darte ninguna explicación. Desde ayer soy una mujer libre.

—¿Quién es? ¿Qué hace? ¿A él también vas a quitarle todo lo que le importa?

Su expresión se deforma.

—Tienes ropa que no es tuya... ¿Eso hacías? ¿Revolcarte con otro para celebrar tu divorcio? ¿Es nuevo o ya me veías la cara de idiota antes? Después de todo, a pesar de tus discursos de moralidad, ahí estás como todas las mujeres... Unas interesadas hijas de...

No aguanto otra palabra, así que lo interrumpo con una cachetada. Sin embargo él agarra mi brazo y aprieta con fuerza.

—Abre la puerta —sisea con fiereza.

Grito con todas mis fuerzas. Si piensa que voy a entrar a un lugar cerrado junto a él para que pueda hacerme daño, está muy equivocado.

Con la otra mano, busca en mi bolso para encontrar la llave. Pero no se lo pongo fácil, intento arrebatárselo. Forcejemos por un momento hasta que siento otra presencia llegar. Casi como si mi cuerpo supiera que él está cerca, me permito suspirar de alivio y voltear a mirarlo. Lo que también hace Ricardo.

—Yo de ti, la soltaría antes que te parta la cara —dice Ángelo con voz gruesa y autoritaria.

Si antes me negaba a pensar que lo quería, este es el momento en el que todo queda claro.

El agarre de Ricardo afloja pero no me suelta totalmente al estar tan asombrado. Mira de Ángelo a mí como si no pudiera creer lo que está pasando. Cuando su estupor pasa, me empuja a su lado; caigo en el pecho de Ángelo, quien me abraza con un solo brazo y acto seguido, me pide que lo rodee y entre al auto.

—No puedo creer lo perra que eres... Te acuestas con tu socio —grita Ricardo furioso.

Un sonido seco me hace girar de nuevo hacia ellos. Ricardo yace en el suelo inconsciente y Ángelo con el puño estirado y vibrando por la rabia. Corro hacia Ángelo para separarlo y evitar que pase una desgracia mayor.

—*Principessa* —dice tomando mi rostro con ambas manos. Una de ellas parece magullada—. Haría lo que fuera por ti, lo sabes ¿cierto?

—Lo sé. ¿Estás bien? ¿Te duele?

—No, estoy bien. No te había dicho que mis entrenamientos tienen base en boxeo. Aunque nunca había noqueado de un golpe a ningún hombre —dice con cierta diversión oculta.

—Pues felicidades. —Me empino para darle un beso tímido.

## Capítulo 31

Aprovechando que no se levantaba, le pedí a Ángelo que me ayudara a sacar sus cosas y ponerlas a su lado. Supongo que eso es por lo que vino, así que no iba a perder su venida hasta acá. Sin embargo, cuando ya llevaba unos diez minutos inconsciente, la preocupación porque no volviera a despertar ya me está poniendo nerviosa.

—Estoy seguro que no le pegué tan fuerte. Seguro fue con el impacto en el piso.

—¿Debería llamar a una ambulancia?

—Es probable. Déjame revisarlo. Quédate adentro, *principessa* —dice mientras me hace una señal para que cierre la puerta.

Lo espío por la ventana. Mueve su pierna empujándolo gentilmente y luego se agacha para abrirle los párpados. Revisa su pupila y le da un par de cachetadas que logran el objetivo. Ricardo manotea tratando de quitárselo de encima pero luego que mueve la cabeza, vuelve a recostarse en el suelo.

Los veo discutir algo, no soy buena leyendo labios, así que sólo puedo notar el enojo en sus expresiones; Ángelo habla despectivamente mientras Ricardo parece negar algo y luego apunta con su dedo hacia Ángelo como si lo estuviera acusando de algo.

Como soy una chica curiosa, con cuidado, deslizo el pestillo de la puerta y abro un poco. Sólo para poder escuchar.

—... los sobrados. Espero que sepas que estás con una vividora —dice Ricardo. Su voz es agría pero al mismo tiempo parece embelesado.

—Debería dejar de hablar antes que se me olvide que está en el suelo y le cierre la boca definitivamente —responde Ángelo con una amenaza clara.

—No soy yo quien llegó a quitarle la esposa a su socio y la empresa. Tengo que admitir que estoy impresionado. En menos de un trimestre se quedó sin uno de los socios, ya sólo te resta ella, que seguro será mucho más sencillo...

—Señor Rivas, simplemente dígame si puede levantarse o si necesita atención médica. No estoy aquí para escuchar insultos. Ambos lo queremos fuera de aquí, incluso le ayudamos a sacar sus pertenencias.

—¡No necesito nada! ¡Menos si es de ustedes! —Lo veo levantarse con prisa. Un mareo le

dificulta sostenerse de pie, así que Ángelo extiende el brazo para sostenerlo.

En un movimiento grosero, Ricardo se aleja pero por poco se cae. En definitiva ese golpe puede ser algo más grave de lo que parece.

*Demonio: ¿Por qué te estás preocupando por Ricardo? Que coja todas sus porquerías y se largue de aquí. Que agradezca que no has llamado a la policía y puesto detrás de rejas. Por cierto, ¿qué crees que iba a pasar si lograba entrar a esta casa? ¿Hablar calmadamente?*

*Ángel: Supongo que no debe preocuparse pero podrías convencerlo que se revise. Estuvo inconsciente como diez minutos.*

*Demonio: Buuu... eso y más es lo que se merece.*

*Ángel: Contigo no se puede.*

Los vestigios de la Esther que estuvo casada con Ricardo, intenta intervenir en la discusión, pero la otra parte de mí, la Esther cansada de sus mentiras, piensa que ese hombre tambaleante que está en frente, se merece cada cosa mala que le pase por haberla engañado por casi una década. El tiempo es un bien preciado, uno que él me ha arrebatado sin misericordia, con sus falsas palabras y sus manipuladoras acciones. Eso es algo que no voy a poder perdonarle.

Me alejo de la puerta, más por resistir la tentación de salir que por otra cosa. Prefiero que Ángelo me cuente luego que pasó a tener que verlo a los ojos y recibir sus miradas perniciosas. Ya es bastante malo que me haya gritado y tomado del brazo.

Aprovecho para cambiarme a mi ropa normal y poner a lavar la que tenía puesta. Por lo menos eso me distrae lo suficiente para no recaer en el recuerdo del encuentro.

El timbre de la puerta interrumpe mi meditación, así que me acerco para abrirle a Ángelo, quien se ve furioso. Sin embargo, en cuanto queda frente a mí, su ceño fruncido se deshace y me regala una sonrisa tímida que me entenece. Lo rodeo con mis brazos mientras él me da un beso en la frente.

—*Principessa* —susurra en mi oído con su voz ronca y con acento—. Incluso tu presencia me calma.

—Gracias por quedarte —digo mientras lo abrazo e inhalo su perfume característico.

—Quiero quedarme siempre. Incluso creo que ahora es algo más allá de lo romántico. No podré dormir tranquilo si ese hombre sigue viniendo.

Me separo un poco de él para mirarlo a los ojos. Se ve preocupado y con cierta resolución que me causa intriga. Él ya está planeando quedarse aquí.

—¿Estás pensando lo que creo que piensas? —pregunto con un tono divertido porque estoy segura de la respuesta.

—Tenlo por seguro. Así no quieras que me quede en el mismo cuarto, pero aquí voy a dormir hoy. Mañana veremos cómo hacemos luego de la cita, pero por el momento... esta es la situación, *principessa*.

—Sólo hay una cama en esta casa —resuelvo con confianza.

Ángelo alza una ceja con aparente sorpresa. Posa sus labios en los míos con dolorosa brevedad y me insta a seguirlo para ir a la oficina.



Como había prometido, a las 12:00 el rostro de Sonia aparece en mi oficina con tanta emoción que parece que hubiera escuchado algo totalmente opuesto a lo que le dije esta mañana.

—¡Essy! ¡Oh por Dios! ¡Estás radiante! A excepción de ese brazo que está morado —dice la última parte con evidente consternación—. Pensé que no había pasado nada, ¿no me digas que aprieta con rudeza? —esta vez su rostro hace un gesto tan obsceno que me hace ruborizar.

—Lamento dañar tus fantasías, pero no fue nada de eso. Ricardo me estaba esperando en la casa cuando llegamos.

Sonia se sienta en la silla que tenía más cercana, abre los ojos sorprendida.

—¿Dónde está ese infeliz? —pregunta pero es casi un siseo. Por su expresión tan molesta sé que está planeando una tortura lenta y sangrienta.

—Ángelo lo golpeó, no te preocupes. Incluso creo que lo asustó mucho porque quedó inconsciente instantáneamente.

El enojo se transforma en burla. Se lleva las manos a la boca para contener la carcajada y luego se levanta y me abraza como si hubiera sido yo quien golpeó a mi ex.

—Creo que ahora sí lo apruebo cien por ciento. Cualquier hombre que te defienda y noquee a su rival, merece mi respeto. No puedo ni imaginar el vigor que debe tener en la cama con toda esa virilidad y fuerza...

La empujo un poco para hacerle una seña para que baje la voz, pero como todo lo que puede salir mal, pasa —ya saben, ley de Murphy—, Ángelo se está doblando de la risa en la puerta de mi oficina. Incluso Sonia se abochorna y sus orejas se ponen rojas.

—La amiga soltera de mi *principessa* —dice cuando se ha calmado lo suficiente para que sus manos pudieran soltar su abdomen.

—¿*Principessa*? ¿Ah? —Sonia se gira para mirarme con actitud sospechosa y haciendo una mueca incrédula.

—Venía a decirte que mi hermana quiere conocerte y que le parece que la cena de mañana es una excelente excusa, ¿te molesta? —pregunta Ángelo mirándome directamente. Sonia alza una

ceja y asiente, empujando mi respuesta.

—No hay ningún problema. Me gustaría conocerla también.

Su sonrisa se extiende por todo lo ancho de su rostro dejándome momentáneamente sin respirar. Sonia le hace un gesto de despedida pero él, luego de un paso hacia atrás vuelve a avanzar hacia nosotras.

—Casi se me olvida, *principessa*. Quizás podrías decirle a Sonia que tu estadía con ella está siendo replanteada.

Eso la saca de su actitud. Ahora se irgue para parecer más alta y mirarme desde su altura. Lo cual funciona, me siento pequeña.

—¿Qué? ¿No vas a vivir conmigo? Llevo mucho tiempo sola y quería tenerte ahí para que me ayudaras a organizar y esas cosas...

Bueno, eso fue honesto.

—¿Esa es tu idea? ¿Qué limpie tu desorden?

—Eres mi mejor amiga, eso hacen las mejores amigas —responde con soltura y nada de vergüenza.

—¿Te das cuenta que acabas de darme un buena razón para aceptar la propuesta de Ángelo?

Sonia sonrío triunfante. Frunzo el ceño.

Parece que estos dos han formado un equipo.

—¿Está decidido entonces? —pregunta Ángelo acercándose hasta mí. Su tono es suave y comedido, tratando de no presionarme.

—¿Por qué parece que no puedo decirte que no? —le respondo azorada.

Con solo ver esos ojos verdes moviéndose como el musgo con el viento, me es imposible negarme a lo que pide.

Quiere protegerme, quiere estar conmigo. Incluso está dispuesto a presentarme a su hermana en la segunda cita. ¿Qué tan normal es eso? Ricardo me presentó a su familia dos semanas antes de la boda.

—Porque tengo mucho carisma —dice sonando tan sensual que tengo que acercármele y darle un beso en los labios.

Sonia se tapa los ojos y hace un gesto como si quisiera vomitar.

—¡Busquen un cuarto por favor! —dice ella divertida.

Ruedo los ojos mientras me separo de él.

—¡Sonia! —la reprendo con el ceño fruncido.

—¿Qué? Se nota todo el deseo contenido que hay en el ambiente. Un poco de desenfreno es lo que necesitan... ambos... juntos...

Nos señala a los dos. Ángelo no puede contener la sonrisa y se acerca para darle un beso en la mejilla que deja a Sonia pasmada por dos segundos. Luego lo golpea en el hombro con fingida indignación.

—Sólo por eso no te voy a decir el secreto para que ella caiga a tus pies —le dice con voz severa.

Ángelo la mira con fascinación y se le acerca, tomándole la mano y rogando en italiano. Sonia se hace la dura por unos segundos pero luego sus comisuras empiezan a temblar hasta formar una sonrisa.

—¡Sonia! —la amenazo con la mirada.

—Mientras no le digas que es una enana, estarás bien —dice ella sacándole la lengua.

—Eso ni siquiera me ayuda —responde Ángelo al sentirse defraudado.

Lo separo de ella mientras la fulmino con la mirada. Si ella piensa que esto es ser mi mejor amiga, no me imagino si fuéramos enemigas.

—No le hagas caso, cariño —le digo dando otro paso hacia el costado.

Siento sus músculos tensarse y su mirada se clava en mi rostro. La atracción de su mirada fija me lleva a revisar lo que acabo de decir.

*¿Dije cariño? ¡Oh por Dios! ¿Ahora quién se lo va a aguantar?*

Creo que empieza a saltar en el puesto mientras una sonrisa demasiado grande se posa en su rostro. Me abraza fuerte, casi sin percatarse de no lastimarme.

—Voy a anotar la fecha... ¿Qué día es? —le pregunta a Sonia.

—Nueve de abril —responde ella sin entender.

—Este día se vuelve uno de mis favoritos. ¿Almorzamos? —nos pregunta a ambas. Asentimos y él besa mi frente.

Toma mi mano con naturalidad y salimos los tres por la puerta. Había olvidado que nadie en la oficina sabía sobre nosotros y en general, creo que la única que sabía era Sonia. Y hablo en pasado, porque en cuanto nos vieron tan juntos, la mayoría de las chicas de la oficina se levantaron para espiarnos sin importarles que fuera demasiado evidente.

El único que no nos miraba directamente es Martín, quien está más preocupado por seguir los movimientos de Sonia. Aún se le nota esa tristeza que le trae el corazón roto. Sonia se queda un paso para rodearnos y ocultarse de su mirada.

—Cobarde —susurro para que sólo Sonia me escuche.

—Claro, eso lo dices ahora que tú vas con él de la mano. —Señala a Ángelo.

—Bueno, entonces eso me da autoridad moral —digo lo obvio.

—¡Ay calla! Hablaré con él. Lo prometo.

Los murmullos se incrementan en el momento que terminamos de salir del pasillo. Casi todas las voces sorprendidas cuchichean sin pudor sobre nosotros.

No estoy segura por qué, si es porque Ángelo no se inmutó o porque no me importa sus cotilleos, pero salgo con la cabeza en alto, confiada en que estoy siguiendo mi corazón, así no se vea como algo correcto.



Comemos algo liviano y sencillo. No tenía mucha hambre luego de tener una mañana extraña, además que esas rosquillas eran mucho más grandes que mi desayuno normal. Sonia estuvo inusualmente callada así que cuando Ángelo pidió la cuenta y ella trató de arrebatársela fue el único momento en el que él la miró detenidamente. Al final de una ardua discusión, el discurso feminista de mi amiga ganó y pasó la tarjeta de crédito para pagar.

—Puedes pagar cuando sea con mi Essy... conmigo es a otro precio, italiano.

—Podíamos dividirla —dice con una mueca. Parece que las actitudes de Sonia a veces lo ofenden.

—Hoy están por mi cuenta, no hagas de esto un drama —dice con un tono serio y poco usual en ella.

Llevo una mano hasta la suya preguntándole con la mirada si está bien. Ella desestima mi gesto negando con la cabeza y me tranquiliza con una sonrisa torcida.

—Eres quien hizo de esto un drama —comenta Ángelo para sí.

Sonia rueda los ojos y se levanta de la mesa sin esperar que el mesero devuelva la tarjeta. Me la entrega a mí y yo salgo corriendo para alcanzarla.

En cuanto la alcanzo, la tomo del hombro para girarla para que me mire. Ella tiene los ojos inundados en lágrimas. No digo nada, simplemente la abrazo con fuerza. Muy pocas veces había visto llorar a Sonia, ella no es de las que demuestran sus sentimientos al aire, ni siente que otras personas necesitan conocer sus situaciones desafortunadas. Ella calla, se lo traga, lo supera en soledad o en última instancia, a mi lado. Pero llorar, eso es otro nivel.

—Cometí un error, Essy —dice ella entrecortado—. Y ahora me odia.

Entiendo inmediatamente de que se trata. Estas lágrimas tienen un solo nombre.

Martín.

—Puedes corregirlo. Se nota en su rostro que ese asunto no está cerrado y él también está sufriendo.

—¿Tú crees? —dice mientras sorbe la nariz.

—Lo creo. —Se agacha hasta que su frente toca mi hombro. La posición es bastante incómoda para ella, así que se irgue y entierra mi cara en su pecho.

—¿Podrías ayudarme? Ya sabes, hacerle una encerrona y que tenga que escucharme...

—No voy a ayudarte a violarlo —respondo graciosa para relajar el ambiente.

Sonia entiende y me da un manotazo.

—Sabes que siempre te ayudaré en lo que pueda —le digo con seriedad. Ella es como mi hermana.

—Te quiero Essy.

Ángelo nos cubre a ambas con sus brazos y nos da un beso en la cabeza a cada una.

—Son una ternura, *bellas* —dice él con cariño.

## Capítulo 32

Esa noche hacemos lo mismo, a excepción de que terminamos en mi casa luego de cenar. Ángelo se porta como un caballero, me ayuda a acabar de empacar, se ofrece a terminar unos cuantos arreglos eléctricos y termina rendido acostado en mi cama.

Claro, la escena es espectacular. Su pecho subiendo y bajando provoca tocarlo; sus labios rosados se ven tan humectados que casi podría saltarle encima y aprisionarlos con los míos.

No sé de donde salen todos estos pensamientos, porque yo no era así. Era una chica cohibida que ni siquiera daba el primer paso, en cuanto a relaciones se trata. Y heme aquí, con el impulso de asaltarlo de nuevo.

Sé que hay cierto número de besos que un hombre puede resistir antes de frustrarse por mi indecisión. Y eso es lo que me da miedo. Que sea yo quien empiece y luego me detenga.

Quiero descubrir qué me hace negarme. Quizás es porque aún tengo sospechas de él o porque mis sentimientos son muy incipientes. Lo cierto es que Ángelo me atrae físicamente y si empiezo una vez más, creo que quien no va a querer parar soy yo —así tenga una voz interior que intente detenerme.

Me acuesto a su lado, pero él inmediatamente se pone de pie. Se pasa la mano por la cabeza con una expresión que no logro identificar.

—Voy a ducharme, *principessa* —dice y señala la puerta. No se mueve por unos segundos mientras mide mi reacción. Siento que es una invitación a que lo siga pero no quiere decirlo con palabras.

Es extraño porque él siempre dice lo que piensa. ¿Lo estaré cambiando?

—Espera. —Busco en uno de los cajones que tengo cerca —. Toma, no hay toalla en ese baño.

Una sonrisa melancólica aparece en su rostro, lo que me hace retroceder confundida.

—Pensé que ibas a decir que me acompañarías.

—¿Quieres que te acompañe?

—*¡Che bella cosa!* Eso sin duda alegraría mi noche, *principessa*. —Su cara se recompone y vuelve a verse sonriente.

Me quito la camiseta que tenía sólo para ver su reacción. Sus ojos verdes se aclaran tanto que puedo ver el deseo recorrer por su iris. Casi no parpadea. Supongo que lo he dejado en shock porque su mandíbula se descuelga y su respiración se agita.

Lleva su mano a la camisa y la desabotona de un tirón. Con ese movimiento, es mi turno de

quedar estupefacta y altamente excitada. Me lanzo a sus brazos y él me carga hasta que mis pies dejan de tocar el suelo. Envuelvo mis piernas en su cintura y él nos conduce hasta el baño.

Sin bajar, lo ayudo a quitarse el resto de la camisa mientras aprieto cada musculo de su espalda. Angelo pasa de mis labios a mi cuello con desesperación. Pronto siento que mi espalda choca contra la pared y él hace presión en mi pecho con el suyo. Con una de sus manos baja mi pantalón, el cual sólo era resortado, gracias a Dios.

Me suelta un momento para terminar de sacarlo de mis piernas y se desbrocha el suyo con asombrosa rapidez. Después de varios inicios sin final, creo que debe querer asegurarse.

En un acto de valentía, deslizo las tiras de mi sujetador dándole el impulso para que él desabroche el pasador. Lo cual hace con una sola mano. El sujetador cae al piso mientras ambos seguimos el movimiento; yo por estar apenada y él porque no parece creerlo.

—Wow yo... wow —exclama volviendo a pasar su mano por el cabello.

Me besa sin poder decir otra palabra. Sujeta mi espalda fuertemente y nos dirige hasta la ducha. Siento el agua correr un momento después y el respingo que me genera, envía señales a todo mi sistema nervioso.

Me deshago de mis pantis con movimientos de piernas, hasta que quedan en el piso de la ducha.

*Demonio: Si te atreves a parar ahora, renuncio... Me voy... Lo juro.*

*Ángel: Eso podría ser un buen incentivo, ¿sabes? Ella me escucha más a mí que a ti.*

*Demonio: Habla con la mano, plumoso.*

Por una vez voy a dejar de pensar y dejar que mi cuerpo decida. Por una vez no voy calcular todo a la perfección sino ir conociendo el camino a medida que lo transito.

La tela de sus boxes ya está empapada y revela su erección latente. Llevo una mano a su entrepierna y oigo como gime al contacto. Asume el papel dominante cerrando la llave tomando la toalla y llevándonos directo al dormitorio. No nos enjabonamos ni nada, eso no se puede considerar un baño, pero estamos empapados.

Me lanza al colchón en un movimiento decidido. Solo puedo jadear mientras él con absoluta confianza desliza su ropa interior mojada para darme visión a su majestuosa virilidad. Contengo el suspiro porque soy de pocas palabras en estas situaciones, simplemente alzo las cejas aprobando y él con una sonrisa torcida llena de excitación, se inclina para empezar a recorrer mi cuerpo centímetro a centímetro.

Besa mis muslos primero, dejando besos mojados en el recorrido. Cuando llega a mi sexo lo rodea haciéndome desearlo. Levanto la cabeza para ver que hace y él con la mirada fija en mis ojos, acaricia los bordes de mis labios con la lengua.

Mi espalda se arquea en reacción.

*¡Oh por Dios! ¿Esto es lo que me estaba perdiendo?*

Levanta su mano hasta mi pecho izquierdo, masajeándolo y apretando suavemente, con movimientos circulares y rítmicos.

Algo en mi interior se calienta intensamente, incluso mi cabeza siente una presión agradable que me resulta placentera. Los músculos de mis piernas se relajan y él intensifica sus movimientos.

Cuando estaba en el punto cumbre, casi cuando ya lo sentía estar en el borde de la explosión, Ángelo sube hasta mi pecho y los aprisiona con su boca, trayendo un pequeño descanso, o eso creía, porque pronto siento su miembro en mi entrada y en una potente embestida me llena con decisión.

La sensación de invasión me lanza a otra sensación igual de placentera que la anterior. Sus embestidas empiezan lentas, esperando a que me adapte, pero luego, las agiliza, potencializa, haciendo que deje de respirar entre cada una.

—*Principessa* —jadea él con un último aliento antes de sentir su liberación total

—Ángelo —respondo tratando de buscar su mirada.

La sostiene por un segundo antes, pero tiene que cerrar sus ojos cuando ambos nos deslizamos en el deleite del orgasmo.



Me entretengo enroscando un mechón de su cabello liso; él está boca arriba observando cada movimiento, mientras yo estoy de lado, recostada en su pecho. Su respiración vuelve a la normalidad en unos minutos pero sus ojos, esos que podrían llevarme hasta el mismo cielo con solo mirarlos, están tan brillantes que no puedo evitar sonreír. Sin embargo, ha estado callado desde que se tumbó a mi lado jadeante.

—Te aseguro que estaba dispuesto a esperar, *principessa*... pero cuando te quitaste la camiseta, toda la charla que había tenido conmigo mismo quedó olvidada. ¿Estás bien? No es mi intención presionarte...

Pongo un dedo en sus labios, y acto seguido, lo callo con un beso.

—Creo que vas a estar de acuerdo conmigo que fue totalmente consentido. Incluso puedo ser culpable de iniciar.

Achica los ojos con fingida sospecha.

—¿Mi propuesta de bañarnos juntos no cuenta?

—No, porque fui yo quien lo preguntó.

Una carcajada sale de su garganta naturalmente. Con el brazo que tiene debajo de mí, me atrae hasta que estoy encima.

—¿Qué te parece una segunda ronda?

—¡Oh no! Entre citas sólo está permitido hacerlo una vez —digo de modo gracioso.

Me gano un par de cosquillas.

Brinco tratando de alejarme de sus manos y terminamos en la posición contraria. Me ataca a besos por toda la cara mientras me río tan fuerte que mi estómago empieza a doler.

—¡Lo estaba olvidando! —dice deteniéndose y arrodillándose a mi lado.

Me siento en la cama con una cara de expectativa. Ángelo se tira de la cama y busca su abrigo. Admito que le observo detenidamente la redondez de su trasero, fijándome en la firmeza de su musculatura.

Es cuando se gira para quedar frente a mí, que tengo que alzar la vista a sus ojos. Luego bajo hasta sus manos y veo que abanica un par de papeles. Cuando enfoco cada uno, acerco mi mano para tomarlos con sorpresa.

—¿Son tiquetes? —grito al sentirlos. Es cuando me fijo en el destino que quedo totalmente estupefacta —. ¿A Italia? ¡Oh por Dios! ¿Venecia?

El poco aire que tenía en los pulmones me abandona y empiezo a agitar las manos de emoción. Me siento como una niña chiquita que necesita saltar en la cama para celebrar.

—Mira la fecha.

—¿Mi cumpleaños? ¡Por Dios!

—Así es, vamos a visitar a mis primos que viven en Venecia, luego iremos a Bologna donde mi tía favorita y por último a Roma donde está el resto —dice mientras muestra otros tiquetes.

Lo miro maravillada.

*¿Cuánto tiempo vamos a estar de viaje?*

—¿Te gusta la idea? —pregunta al notar que me he quedado muda.

—¡Claro! —exclamo —. Me preocupa un poco el tiempo que vamos a estar por fuera de la empresa, pero ¡Dios! ¡Sí que necesito unas vacaciones!

Me da un beso en la frente y otro en la mejilla.

—No te preocupes por eso, tenemos cuatro semanas para prepararlo todo y dejar a alguien

encargado. Creo que ya sé quién puede ser.

—¿Quién?

—María Paula, la chica trabaja en el departamento de contabilidad. Es muy inteligente y tiene experiencia en administración.

—Sé quién es —digo achicando los ojos. Es mi empresa —. Hablaré con ella.

—Bien, una cosa menos. Ya tengo la invitación que te hace mi familia para que vayas, sólo falta presentarte en la embajada.

—Piensas en todo —le digo bufando un poco. Este chico es acelerado natural —. ¿Qué dice la invitación?

Muevo los ojos de derecha a izquierda e intenta ignorar mi pregunta. Su cara de culpable lo delata. Pongo los pies en el suelo llevando conmigo toda la cobija. Intento parecer seria, pero al estar desnuda y tratar de parecer más alta que él, no funciona como esperaba.

Ángelo me toma de la cintura y me atrae hasta que estoy a horcajadas sobre él.

—Antes de responderte eso, tengo que hacerte una pregunta.

—Ajá...

—*Vuoi essere la mia ragazza?*

Alzo una ceja intrigada. Por lo general él no utiliza toda una frase en su idioma, así que espero que llegue la traducción. Se ve renuente a decirlo de nuevo, así que tengo que darle un pellizco. Se pone nervioso. Lo sé porque una gota de sudor cae por su frente.

—Es mucho más fácil en italiano, *principessa...* —explica. Me acaricia la mejilla y me acerca más. Nuestro pecho queda pegado y nuestras bocas a unos milímetros.

—Puedes decirme lo que sea.

—Te quiero —dice sincero. Un calor en mi pecho se extiende por todo mi cuerpo. Mi rostro se entenece y le doy un leve beso en los labios.

—Yo también te quiero —respondo con dificultad. Lo quiero pero es difícil decirlo.

Los latidos de mi corazón se aceleran y se sincronizan con los suyos. Ahora ambos estamos tan ruborizados que la expectativa por escuchar la traducción de la pregunta empieza a desesperarme.

Salto un poco en su regazo. Él aprieta mis piernas reteniéndome mientras me hace un gesto que indica que eso podría desviar lo que quiere decir. Entiendo de inmediato y me detengo. Aunque por dentro, una voz me dice que debería seguirlo tentando.

—Me siento como un adolescente que va a pedirle a su chica soñada que salga con él.

—¿Es eso? —pregunto divertida.

—Sí. Quiero que seas mi novia, poder decir que ahora eres mía —su voz se vuelve gruesa. Casi como un rugido.

—Entonces prometo decirte que sí —susurro en su oído.

Eso lo coge fuera de base porque se ve extrañamente sorprendido. No parece comprender bien porque no acepté desde ya, sino que voy a obligarlo a preguntar.

—Me gusta esa parte tuya tan mala... Es excitante.

Inmediatamente siento lo excitante que le pareció mi frase. Estiro un poco mis piernas para darle espacio, pero él reafirma su agarre y se restriega coquetamente.

—¿Quieres ser mi novia? —su voz es sensual, gutural, urgida.

En medio de mi sonrojo y mi reciente excitación, lo beso tan profundamente que no alcanzo a decir sí, sin estar de espaldas en el colchón y siendo despojada de la cobija que me escudaba.

Pongo mi mano en su pecho para separar nuestros rostros por un momento.

—La invitación dice que vamos como pareja, ¿cierto?

—Sí —responde sin parecer culpable.

Meneo la cabeza nada sorprendida. Él sigue siendo Ángelo, decidido y acelerado.

Retomamos donde habíamos parado y nos concentramos en amarnos con pasión.

## Capítulo 33

No me considero una persona fácil para entablar amistades, y más puntualmente, me siento fuera de lugar con la familia de mi pareja. Ha sido así desde siempre, desde mi primer novio a los dieciséis, el cual tenía tres hermanas hasta Ricardo que tiene una que me desprecia.

¿Qué hago para que les caiga mal? Ni idea. Es como si me vieran muy chiquita o insignificante, que les parece que no valgo la pena. Y lo peor, es que no tengo hermanos para devolver el favor.

Por eso estoy tan nerviosa, conocer a una nueva familia es un verdadero factor estresante para mí. La inseguridad me carcome desde dentro, haciendo que empiece a sudar.

*Love me now* empieza a sonar en mi celular anunciándome una llamada de Ángel.

—Hola cariño —respondo con dulzura.

—*Principessa, me encanta que ya no digas mi nombre. Se te oía tan formal...*

No puedo evitar bufar.

—Pues si sigues diciendo eso, quizás vuelva a decirte Ángel...

—*Eso no es necesario, amore mio... Sólo quería saber si estás lista, la comida está en el horno y mi hermana dice que está por llegar. Por lo general siempre llega temprano para dar la bienvenida a los invitados. Está emocionada...*

—En cuanto a eso... ¿Crees que le agrade? Estoy tan nerviosa que aún no he decidido que usar.

—*Ella va a amarte. No te preocupes por impresionar... Nada va a opacarte. Eres hermosa y estoy seguro que se convertirán en amigas.*

—Pero... ¿Vestido o pantalón? Un poco de ayuda por favor.

—*Si me preguntas a mí, voy a decir vestido... Me encanta cuando lo usas, tus piernas son tan hermosas y delicadas. Llevas una elegancia natural.*

—Cariño, en serio...

—*Vestido sin lugar a duda, uno cómodo. No necesitas ponerte uno de gala.*

¡Genial! Una de mis opciones había sido el negro largo. Lo descarto y sigo hasta otro que me llega hasta las rodillas. Es tipo coctel, con cuello en v, de mangas pequeñas, con un adorno en la cintura para darle amplitud a la cadera y de falda pegada a mis piernas. Es rojo sangre, un color que dicen que favorece para cualquier ocasión. Supongo que así no puedo fallar.

—Gracias —suspiro fuerte con añoranza —. Nos vemos en cuarenta minutos.

—*Mi chofer estará en tu puerta en diez minutos* —anuncia.

Frunzo el ceño, extrañada. No me había hablado sobre un chofer.

—¿Chofer?

—*Es mucho más sencillo, principessa. Así no tendrás problema sobre perderte o tener que restringirte al tomar vino.*

Eso es cierto. Una pequeña sonrisa aparece en mi rostro. Nunca me habían mandado un chofer.

—Bien, entonces tengo que apurarme —digo mientras tomo el vestido y corro hacia el baño —. Nos vemos, cariño.

—*¡Oh no te imaginas cuánto lo espero!*

Cuelgo apurada. Entro en ese vestido con prisa y me fijo que no haya dañado el poco maquillaje que me había puesto. Compruebo con el espejo que todo esté en su sitio y arreglo mi cabello para que caiga sobre mis hombros con un poco de volumen y ondas que le había hecho.

Me calzo unas sandalias altas de un tono nude. Repaso el labial de mis labios y tomo mi cartera.

Mi celular vuelve a sonar pero esta vez no es Ángelo. Es Sonia.

—*Cariñito, hola, ¿estás ocupada?*

—Hola amiga, estoy a punto de salir pero dime, ¿estás bien?

—*Sí, estoy bien. He estado haciendo un esquema de cómo hacer que Martín vuelva a hablarme. Estoy entre el secuestro o llegar hasta su casa y arrodillarme en su puerta.*

—Nunca pensé que tú estarías optando por arrodillarte.

—*La verdad va ganando el secuestro. Aunque no hay que descartar la posibilidad de que no tenga que rogar, sino que esté muy dispuesto a perdonarme.*

Finjo que toso.

—*¡Ay lo sé! Tengo que disculparme. Pero dime, ¿Cómo hago para disculparme, volver con él y seguir teniendo mis ideales? Me duele estar lejos, pero si estoy muy cerca siento que voy a perderme a mí misma. ¿Me entiendes?*

—Eh, no —respondo bastante confundida. ¿Qué quiere estar con él, sin estar con él?

—*Si llego a decirle que si quiero avanzar, en algún momento querrá pedirme matrimonio y eso... ¿Qué haré cuando llegue ese momento?*

—Mmm ¿aceptar?

La oigo bufar molesta.

—*Sabía que me ibas a responder eso. Y te entiendo, luego de todo lo que te he hablado sobre él, sus virtudes y todo eso... ¿Quién no querría seguir?*

—Podrías hacer una encuesta, verás que la mayoría de las chicas de la oficina estarían más que dispuestas a hacerlo.

—*¿Qué? ¿Quiénes? Dame sus nombres y dirección de sus casas.*

—¿Ves? Lo quieres más de lo que admites.

—*¿Sabes qué? Mejor ve a tu cita y luego me cuentas. Te quiero pero no me ayudas...*

—Yo también te quiero y aconsejarte es mi trabajo.

—*Bye cariñito...*

En cuanto cuelgo escucho el timbre de la puerta. Un hombre bajo de estatura y con traje me saluda y se identifica con mi chofer de esta noche. Lo sigo hasta el auto, me abre la puerta con caballerosidad y me indica que me coloque el cinturón.



El gran portón de madera se abre dándome la bienvenida a su casa campestre. El chofer que dijo llamarse Frank —lo cual fue chistoso porque inmediatamente pensé en *el transportador* —, se baja para ayudarme a salir. Ángelo está parado en el marco de la puerta de entrada mirándome con expectativa. Cuando salgo del vehículo lo veo sonreír y soltar un chiflido aprobatorio.

Camino hacia él luego de despedirme de Frank, hago énfasis en mi movimiento de caderas sólo para ver su reacción. Sus ojos desorbitados y su sonrisa blanquecina podrían iluminar un pueblo pequeño. Se ve tan inmensamente feliz que me contagia su emoción. En cuanto llego hasta su posición me empino todo lo posible para darle un beso en la boca. Luego de un segundo reacciona apretándome y alzándome en un saludo eufórico.

—*Principessa, sei bellissima!* —susurra en mi oído con ese acento tan seductor.

—Gracias. —No necesitaba hablar italiano para saber lo que quiso decir, aunque claro, ya he puesto en mi lista aprenderme algunas frases para no estar tan perdida en el viaje a su país —. Tú también estás muy guapo. —Está usando una camisa azul cielo que le queda perfecta con esos hombros torneados. Un pantalón clásico que no le hace justicia pero que es muy formal.

Me da un beso en la mejilla.

—Ny está esperándonos en la sala. ¿Estás bien? No sabía que esto te ponía tanta presión.

—Las cuñadas me odian —explico para demostrar mi nerviosismo.

—Recuerda que ahora estás conmigo y mi familia es diferente a cualquier otra —dice con un gesto que me reconforta.

Me toma de la mano para infundirme fuerzas y entramos a la casa.

Lo primero que percato es la pulcritud del recibidor, la decoración aunque rústica, es extremadamente equilibrada y de buen gusto. Ángelo es el primero en entrar a sala, casi arrastrándome para que esté a la par. Quien imagino que es su hermana, se levanta del sillón con una mirada entusiasta. Ella es muy parecida a Ángelo, es alta, cabello oscuro y sus facciones faciales son idénticas, por lo menos su sonrisa me produce la misma sensación de bienvenida. La única diferencia visible es el color de sus ojos; mientras los de Ángelo son de un verde musgo, los de ella son casi amarillos; un color desconcertante y difícil de mantener la mirada fija.

Se adelanta hasta donde estoy para abrazarme con ímpetu. Me siento como si fuera Sonia, no solo por su altura, sino por la efusividad.

—Tú debes ser Esther, la *principessa* de mi hermano —dice Nyma con cierta diversión y separándose un poco para detallar mi rostro —. He escuchado tanto de ti —se acerca un poco para susurrar —, cuando este chico se enamora es un parlanchín a tiempo completo.

La palabra enamora me causa una sacudida general. No sólo física sino mental. Sabía muy dentro de mí que él me quería y le resultaba atractiva. Pero pensar que está enamorado de mí es un nivel que no he imaginado.

—Así es, soy Esther Rosas —le digo extendiendo la mano con cortesía.

Ella la esquivo para volver a abrazarme.

—Nyma Egizi, la hermana más orgullosa —me dice al oído —. No sabes lo feliz que me hace que mi chiquito haya encontrado por fin alguien que quiere.

Ángelo se aclara la garganta.

—Lo lamento —dice apartándose —. Mi hermano es tan celoso, creo que incluso se molestaría si su sombra está muy cerca de ti.

Miro con el ceño fruncido a Ángelo para corroborar esa nueva información. Él niega con la cabeza.

—Bien, te quiero presentar a mi esposo —dice Nyma conduciéndome hasta el sillón.

Un hombre cargando una niña de menos de un año me sonríe como si me conociera de toda la vida.

—Amor, ella es Esther. *Cuñis*, él es Arley Soto —nos presenta.

Deja a la niña un momento al lado y se levanta para estrechar mi mano. Se nota que él es colombiano y varios años mayor que Nyma. Incluso la mayoría de su cabellera está cubierta de canas.

—Un gusto.

—Igualmente —respondo con un asentimiento.

—Y ella es mi bebé —dice Nyma cargando a la niña —. Alessia.

Intento tomar su pequeña manito, pero Nyma en un acto tan relajado como su personalidad, me la extiende para que la cargue. La recibo un poco asombrada, mientras los ojos grises de Alessia me observan con atención. La saludo gesticulando un «hola» algo forzado y ella me devuelve una sonrisa tímida.

Tener a una niña como ella en mis brazos me trae un poco de nostalgia, esa añoranza turba mi buen humor. Le extiendo la niña a su madre mientras me disculpo para ir al baño.

Poco después, la voz de Nyma me invita a salir para pasar a la mesa. La cena ya está servida.

Tomo un largo suspiro antes de enfrentarme a la familia Egizi en la mesa. Ya estoy muy nerviosa al estar haciendo esto tan pronto, aunque Nyma me hizo sentir muy especial y bienvenida.

El olor de la comida me hace olvidar de mi mal humor y me concentro en Ángelo que tiene un delantal de cocina y unos guantes para tomar cosas calientes. Me apresuro a sacar mi celular para tomarle una foto. Esto tiene mucho potencial. Cuando se percató del flash me mira sorprendido y algo amenazante. Me hace una señal para que no vaya a difundir la foto. Reviso los platos de la mesa y se me hace agua la boca.

Todo huele y se ve delicioso.

—Ternera asada, canelones con ricota y espinaca especial para Ny y una apetitosa lasaña pesto —Ángelo presenta la comida.

Incluso Alessia aplaude feliz.

—Todo se ve excelente, hermanito —dice Nyma mientras se acerca para darle un beso en la mejilla e incentiva a Alessia a hacer lo mismo.

Ángelo les devuelve el beso con amor fraternal y me invita a tomar asiento a su lado mientras Nyma y su esposo al frente. A Alessia la ponen en una matrona de madera que queda perfecta a la altura de la mesa.

Ángelo se despoja del delantal y los guantes. Arley se ofrece para realizar una oración por la comida, por lo que todos agachan la cabeza en señal de respeto y cierran los ojos. Luego de bendecir la comida y las personas que están en la mesa, termina con un amén conjunto.

Yo nunca había sido religiosa. Mis padres no lo fueron y cuando los perdí todo parecía tan vacío en mi vida que no concebía que esto fuera un designio divino. Pero luego me di cuenta que si no ocurrieran cosas malas, ¿cómo apreciaríamos las buenas? O ¿qué pasaría si nadie muriera? No podríamos tener las comodidades del mundo moderno. Nos faltaría más tierra para caber y el alimento escasearía.

Quizás después de todo, en algún lugar hay un plan, un designio o un ser superior.

Nos servimos en silencio, el cual dura poco porque Nyma empieza a contar anécdotas de cuando eran niños. En general se centra en las que puedan avergonzar a su hermano. Habla del tiempo en que tuvo una obsesión por ser *Flash* y usó el disfraz una semana completa antes que sus padres lo disuadieran. También cuenta una historia sobre lo tímido que era cuando era preadolescente y lo mucho que los chicos lo molestaban por ser muy delgado. Aunque parece ser que la verdadera razón era porque sus ojos llamaban la atención de la población femenina estudiantil y los estaba dejando sin posibles novias.

—Aunque me encanta ser el centro de atención, sabes que tengo tanto o más material jugoso para compartir sobre ti, Ny. No me tientes.

Nyma tuerce la boca conteniendo la risa y asiente.

—Bien, propongo un cese de fuego y dirijamos las preguntas a tu hermosa novia.

Me sube toda la sangre a mi cara cuando tres pares de ojos se centran en mí. Ángelo toma mi mano.

—Ella aceptó ser mi novia ayer —dice Ángelo con orgullo.

—¡Lo sabía! Ustedes ya tenían que haber compartido la cama. Se miran tan apasionadamente que casi me dan ganas de hacerles competencia aquí. Pero tengo que admitir que su aura sexual es muy fuerte. Casi puedo sentir como se recorren.

Desvío la mirada hacia Alessia, quien se ve absorta llevando sus manos a la pasta que tiene en su matrona.

—Ny, esas cosas no son apropiadas para la cena —la regaña su esposo.

—¡Oh amor! ¿Dime si no lo pensaste también?

Él niega.

—No me dejes ser la corrompida a mi sola —le pide como si necesitara apoyo.

—Ny —advierde Ángelo —. Esther es más reservada.

—Oh —su rostro apenado me conmueve —. Lo lamento, es que estoy rodeada de unas mentes sucias en la empresa.

—¿Qué haces? —le pregunto.

—Soy ingeniera mecánica. Trabajo en una fábrica en Buenaventura. Ya sabes... Demasiados hombres y pocas mujeres. Mi Arley está a cargo de un equipo y yo del otro. Somos muy competitivos, casi siempre peleamos por cual es mejor.

Ella lo mira con fanfarronería.

—Hasta ahora, voy aventajándolo siete contra cinco.

—Eso es algo que va a cambiar pronto.

—Lo que te ayude a dormir en las noches, amor —dice ella muy segura de sí misma.

Se dan un pequeño beso, como un acuerdo de paz.

Me acerco hacia Ángelo para susurrar algo sin que los demás escuchen.

—Tienes tu propia Sonia.

—Ni me lo digas, estoy seguro que Ny es mucho peor que Sonia. No se mide ni con Ale presente.



—¿Sabes Esthercita? ¿Te puedo llamar Esthercita? —pregunta Nyma cuando su plato ya está vacío y lleva unas tres copas de vino.

—Si te alcanza el aliento para pronunciarlo, adelante.

—Cierto, es muy largo. ¿Cómo te dicen tus amigos?

*Oh no.*

Miro a Ángelo quien parece tener una sonrisa macabra en su rostro. Le hago una mueca para que no me delate pero no parece surtir efecto.

—Le dicen Essy —responde por mí.

—¡Oye! Súper lindo. Bueno, como te decía Essy, ¿te han hablado de la cantidad de chicas locas que persiguen a mi hermanito por la calle?

—*Sorella! Non è qualcosa che lei vuole sapere.* —gruñe Ángelo.

—*Oh, piccolo! Non essere un guastafeste* —le responde ella.

—Es en serio, Ny —habla en español esta vez.

Alzo una ceja hacia ambos pero no me responden. Luego la dirijo a Arley quien parece extrañamente divertido por los gestos de su mujer.

—Ya lo sé, él me lo dijo.

Nyma sonríe hacia su hermano en señal de victoria.

—No te preocupes, Essy. Mi hermano puede ser algo cabeza dura pero no es un mujeriego. Creo que solo ha tenido una novia a los veinte. Era interesante, de buena familia pero le parecíamos poca cosa. Ya sabes, poco dinero. Lo dejó bastante destrozado.

Esa declaración me deja desconcertada. ¿Sólo una novia hace más de diez años?

—¡Ny! No tomas ni una gota más por favor —Su esposo le quita la copa de la mano.

El rostro de Ángelo es una sinfonía de emociones; se ve contrariado y avergonzado pero al parecer no puede enojarse con su hermana.

—Oye, no es mi intención ofenderte, hermanito. O asustarte cuñada. Lo que en realidad quiero decir es que, sé cuándo mi Ange ama a una persona. Y estoy muy feliz que él pueda experimentar algo de lo que yo tengo.

Arley se relaja visiblemente y Ángelo suelta el aire que estaba conteniendo en sus pulmones.

—Gracias, aunque no tienes que esforzarte por explicarme. Lo veo en sus ojos —le respondo y le guiño un ojo.

## Capítulo 34

Ángelo me llama a la cocina para que le ayude a servir el postre. Un pequeño calor se instala en mi estómago en cuanto lo dice y creo que Nyma se percata de mi cambio hormonal. Su cara morbosa no pasa desapercibida por su esposo, quien con vergüenza, le toma el brazo para llamar su atención y darle un beso distractor.

Me levanto y estiro mi vestido que ya estaba recogido. Mi rostro debe estar teñido de rojo porque Ángelo me toma de la mano y en cuanto salimos del campo de visión de nuestros acompañantes me atrae con desesperación para atraparme en un beso apasionado. Con agilidad, me toma de la cintura para subirme al mesón de la cocina. Mete sus manos por debajo del vestido llevándolo hasta la cadera, abriéndose espacio para quedar entre mis piernas.

—Cariño —lo interrumpo con un jadeo.

—Este es el postre —dice en un susurro.

—¿No hay uno... real? —digo tratando de encontrar la palabra correcta.

Su mirada ofendida me muestra que escogí mal.

—Quiero decir... uno que tenga azúcar o chocolate —explico sintiéndome fatal.

—Puedo untarme lo que quieras, *principessa* —gruñe contra mi cuello.

—Tenemos invitados —ruego con el poco autocontrol.

—¿Tenemos? ¿Ya es oficial que vas a mudarte aquí? —pregunta y besa la parte baja de mi mandíbula.

Si pudiera concentrarme, quizás, quizás me negaría. Pero como ahora sólo puedo pensar en cómo sus labios se deslizan por mi cuello y sus manos me acarician las piernas, estoy muy distraída. Lo cual está aprovechando.

—Mmmm.

—Has evitado decir sí, quizás porque no te he dado razones para hacerlo... Pero ¿y si te prometo esto cada día?

Intensifica el beso y me toma del trasero para aprisionarme contra su entrepierna.

—¡Dios! ¡Sí! ¡Sí! —grito sin pudor.

Luego me besa para callarme y celebrar al mismo tiempo.

Con una sonrisa brillante, se separa de mí. Su expresión de victoria es épica y sabe que ha jugado sucio para conseguirlo.

Aunque ahora mismo no me importa.

—Creo que van a pensar que nos estamos adelantando a la velada —comenta desenfadado.

Me tiro del mesón y acomodo mi vestido tratando de esconder la vergüenza. Espero que ellos no hayan escuchado mi quejido y estén pensando lo que yo estaría pensando en su lugar.

Saca una torta de la nevera y me la muestra con una actitud presuntuosa. La crema parece de chocolate y tiene fresas por todo el alrededor. Agarro unos platos pequeños y lo sigo de vuelta a la mesa.

La expresión de Nyma es tan transparente que mis mejillas se incendian de inmediato. Ella no puede disimular el gesto que hace hacia su hermano y luego me alza el pulgar para felicitar me. Me resigno asintiendo con una leve sonrisa, lo mejor en este caso será aceptar lo que sea que está pensando. Arley por su parte, está jugando a hacerle gestos a Alessia, escondiendo su rostro con la servilleta para que los demás no lo vean. La niña se ríe a carcajadas de forma dulce. Los cuatro adultos no podemos evitar mirarla con ternura.

—Aquí está el postre —dice Ángelo depositándolo en la mesa.

La risa de Alessia se detiene para observar la torta. Se la señala a su padre, quien asiente y le dice que espere.

—Me alegra que haya llegado completa. Por un momento pensé que estaría aplastada —comenta Nyma con cara de inocencia.

—Está intacta —respondo siguiéndole el juego. Además porque Ángelo no parecía dispuesto a responder.

Nyma me alza una ceja, juguetona. Luego me hace una venia con la cabeza y se desliza hasta alcanzar un plato para servir.

Antes que ella pueda cortar la torta, Ángelo se aclara la garganta llamando la atención de todos.

—Queremos dar un anuncio —dice él acomodándose la camisa.

—¿Tan pronto? —pregunta Nyma con cara de sorpresa —. ¡Jesús, José y María! Eso fue rápido.

Ángelo levanta su mano para detenerla antes de que haga más exclamaciones.

—No es tan allá, hermana. Simplemente mi *principessa* aceptó vivir en mi castillo —dice como si fuera un príncipe. Me toma de la mano, la alza hasta su boca para besarla como en los

cuentos de hadas.

—Bueno... *Baby steps*... —dice Nyma como si fuera algo menos loco de lo que ya estaba pensando —. Felicidades a ambos. Espero que sean muy felices y me llenen de sobrinos. Alessia los va a necesitar —esta vez su rostro se crispa como si algo en su frase fuera doloroso.

Su esposo le acaricia la espalda y se miran con comprensión.

Quiero preguntar, pero sería muy entrometido; así que, en vez de eso, dirijo la mirada a Ángelo para que me diga que pasa. Él se limita a besarme en la sien y susurrar un «más tarde».

Servimos la torta en silencio y disfrutamos de cada bocado de ese manjar de dioses. El chocolate que lo recubre no es empalagoso ni parece que fuera sólo chocolate. Hay un ingrediente secreto que necesito descubrir.

Alessia destruye el pedazo que le pusieron en su matrona con manotazos al aire, que se convierten en proyectiles directos a la cara de Arley, quien con una paciencia infinita, los devuelve para que ella coma. Al final, ambos terminan embadurnados de salsa de chocolate por toda la cara.

Supongo que ternura no es la palabra que podría abarcar todas las expresiones de la mesa. Hay una combinación de amor, armonía, familiaridad y felicidad.

Su voz seductora es la que me saca de mis pensamientos:

—¿Esto es lo que quieres? —susurra en mi oído.

Mirarlo se ha convertido en mi pasatiempo favorito y más cuando tiene los ojos llenos de expectativa por mi respuesta. Esa forma en que su atención sólo está enfocada en mí.

—Sí.

—¿Cuántos quieres?

—No tengo un número en mente —respondo sincera. Siempre pensé en empezar pero nunca en el número en que me detendría.

—Mejor —responde con un brillo divertido en sus ojos —. Así tendremos que practicar más.



La velada termina luego que hemos agotado todas las botellas de vino que estaban en la despensa. Ángelo los dirige hacia la parte sur de la casa en donde hay un gran solar que separa las dos edificaciones. Les muestra una habitación que está al final como si estuviera interesado en que ellos estén lo más lejos posible.

Creo que esta fue la habitación en la que dormí la otra noche, pero ese día estaba tan cansada que no recordaba el solar o todo el espacio que hay.

—Hermano, no necesitas ponernos tan lejos... con todo este vino no vamos a escuchar nada.

Parece que Nyma pensó lo mismo que yo.

—No es porque escuchen, es porque me gusta que tengan espacio disponible y esta es la habitación más grande del lado sur —explica con tono serio; Nyma bufó—. Bien, también quiero distancia contigo.

—Lo sé y por eso me amas.

—Me toca amarte.

—No es cierto. Lo haces porque quieres.

Los despedimos cuando ya tienen todo lo necesario para pasar la noche. Caminamos de vuelta a la parte norte. Ángelo cierra con seguro la puerta que comunica a los edificios. Lo miro extrañada. No sé a qué se debe tanta seguridad con su hermana.

Se percata de mi ceño fruncido y acaricia mi frente hasta que lo deshago.

—Nyma tiene un espíritu guasón. Le encanta hacer bromas, sobre todo si está medio borracha. Te aseguro que no quieres amanecer con la cara pintada con marcador o envuelta en quien sabe qué.

Me abrazo a mí misma de la impresión. No me imaginaba algo así de ella.

—¿Hermana abusiva?

—Naaa, no lo calificaría así... Simplemente oportunista. Ella creció muy rápido, además que me lleva casi cinco años. Así que yo era un niño cuando ella ya estaba en la pubertad. Supongo que conmigo perfeccionó sus técnicas de tortura. Era una cosa de niños la verdad, nunca fue un problema para mí.

—¿Pero sigue?

—Pues si dejo mi puerta abierta, sí. Mientras ella no tenga posibilidad de alcanzarnos, estamos seguros. No va a romper una ventana ni nada.

Me conduce hasta su cuarto, un espacio grande en comparación a los del otro edificio. Tiene una cama gigante con cabecero de troncos y dos mesas de noche a juego. El closet parece ser todo un cuarto, y el baño es casi del doble del tamaño del que tenía en mi anterior casa.

—¿No te aburrías aquí solo? —pregunto mientras recorro la habitación y voy tocando cosas al azar.

—Casi no venía aquí. Como te dije, tengo una casa en la ciudad y es mucho más pequeña. Sólo lo que necesita una persona sola. Esta propiedad la compraron mis padres cuando el negocio floreció. Mi madre extrañaba la vida del campo, estar retirada del bullicio de una ciudad que no duerme.

—¿Y dónde está ella? —pregunto al no haberla visto aquí.

—Está visitando la familia. Vuelve en dos meses. Quizás nos la encontremos mientras estamos de viaje.

—¡Qué bueno!

—Sí, ella a veces se siente sola acá. Yo casi no la visito y Ny vive en Buenaventura... Aunque están intentando viajar para que Ale esté con su abuela.

Me acerco hasta él para abrazarlo.

—Bueno... pero no es momento para temas tristes. ¿Qué te parece si te ayudo a quitarte ese vestido? Me tienes embelesado desde que te vi así. Te queda muy bien, pero se verá mejor cuando esté en el suelo.

Suelto una risita. Él cambia de tema con mucha facilidad.

—Me parece bien... Sólo que tienes que atraparme —digo y corro hasta el closet.

Por lo menos lo intento porque unos brazos robustos envuelven mi cintura y me llevan hasta la cama. Me desviste en menos de un minuto cumpliendo su palabra de tirar el vestido al piso.



El sonido de mi celular me saca del mejor sueño que había tenido en años. Bueno... realmente estaba repasando todas las maniobras de Ángelo antes de dejarme dormir.

Lo busco a tientas pero está demasiado lejos para alcanzarlo estando acostada. Me siento y me estiro hasta que lo tengo en la mano. Ángelo se retuerce a mi lado, aún dormido. Prefiero levantarme para contestar, esperando que mi ausencia o el movimiento no lo despierte.

Como mis ojos están adormilados, me cuesta trabajo enfocarlos para saber quién me llama. Es hasta que veo Michael que me apresuro a contestar.

—Hola —respondo con un bostezo posterior.

—*Hola Esther, que pena la hora pero es una emergencia* —Mike habla con prisa, lo que me hace espabilar.

—¿Qué pasa?

—*Estamos en el hospital, Tonia rompió fuente* —dice él como si eso fuera algo grave —. *Se adelantó unas tres semanas.*

—Wow felicidades —digo mientras me recuesto en la pared del closet.

—*Gracias. ¿Podrías venir? Aún estábamos concluyendo papeleo y no tenemos madrina*

*para Christian. A Antonia y a mí, nos gustaría que fueras tú.*

—¿Qué? —exclamo asombrada. ¿Madrina?

Me quedo muda ante su propuesta.

*—Sí, creo que de nuestras amigas eres la más indicada. La que más cariño podrías tener con un niño.*

—Pero...

*—Es sólo si quieres.*

El sonido se pierde por un grito adolorido. Tengo que retirarme el celular del oído porque parece que estuvieran matando a alguien.

*—Pelirroja, respira... —oigo que le dice.*

—Voy para allá —le digo—. Mike, ya voy.

*—Acá te esperamos.*

Despierto a Ángelo con toda la delicadeza que puedo. Él con una actitud juguetona me tira a la cama y se posiciona encima mío para darme besos por toda la cara. Le cuento la situación y él se despereza y promete estar listo en diez minutos.

Miro por primera vez la hora y me percató que son las cinco de la mañana. Esa debe ser la razón por la que siento que voy a desfallecer en cualquier momento. Luego del baño, me pongo el mismo vestido —esta vez vine mejor preparada que el otro día, por lo menos en ropa interior—, y salgo del baño. Ángelo abre la puerta que conecta los edificios y le pone una nota a su hermana sobre la salida, indicándole que lo llame en cuanto la vea.

Un leve mareo aun reside en mi cabeza; el residuo de la noche anterior aun afecta mi equilibrio. Es eso o ver a Ángelo recién bañado es desequilibrante.

—¿Te sientes bien para manejar, cariño? —le pregunto.

—Perfectamente. Sólo necesito unas cuatro horas por noche para sobrevivir.

—¿Pero y el vino?

Una sonrisa socarrona aparece en su rostro.

—Ya no hay rastro de él —dice tomando su billetera y las llaves del auto—. Estoy listo, futura madrina.

Tengo que admitir que no suena tan mal.

Pone una mano en mi espalda para salir hasta el garaje. Me abre la puerta, se sube y abre el

portón con un mando electrónico.

Juego con el radio por los nervios. Ninguna canción me convence y peor si el locutor está hablando. Sin duda, esta sería la primera vez que alguien me pide que sea la madrina. No es una decisión a la ligera. Se supone que en caso de faltar, sería la opción para quedarme con Christian. Siempre y cuando, no haya un familiar directo que quiera aceptar la tarea.

—¿Nerviosa? —pregunta con sincera preocupación.

—Mucho. Voy a ir a un lugar donde muchas mujeres están dando a luz... No sé si sea mi lugar indicado. Además que aún lo estoy pensando. Esto es una decisión seria, no entiendo por qué no se la dan a un familiar, o una amiga de toda la vida...

—Si te lo piden a ti, debe ser por algo. Ellos también se dieron cuenta que eres especial, única y confiable. Casi sin tener mucho contacto saben que cuidarías de un bebé como si fuera tuyo.

*¡Dios! Por favor que no sea ese el único bebé que cuide.*

—Gracias por venir conmigo.

—Siempre voy a estar para ti, *principessa* —dice con un tono dulce.

## Capítulo 35

Al llegar al área de maternidad me encuentro con el problema que no tengo idea el apellido de Michael. Me quedo mirando a la enfermera, quien no parece nada paciente. Me alza una ceja con frustración y digita en el sistema sólo el nombre.

—Sería más fácil con el nombre de la madre.

—Antonia —digo apurada.

Luego de otra mirada llena de desdén se inclina para mirar la pantalla.

—Hay dos en trabajo de parto. Antonia Nieto y Antonia Castro.

Maldigo mi suerte. No tengo ni idea. Intento recordar esa vez que me invitaron a su matrimonio. Pero eso fue hace más de siete años...

—¡Esther! —oigo la voz de Michael desde la puerta.

—Es él —le indico a la enfermera. Ella dirige su mirada airada hacia él. Michael se acerca hasta el mostrador y responde las preguntas de la chica, quien empieza con un tono grosero y tan golpeado que me da pena ajena.

—Ella viene conmigo y mi esposa Antonia Nieto.

Cuando vuelve a mirar a la pantalla su expresión cambia radicalmente.

—¡Oh! Lo lamento señor Rivera, pueden seguir —dice pasándonos carnés de visitante a Ángelo y a mí.

Michael abre la puerta y la retiene para que pasemos.

—Lo lamento, no sabía ninguno de sus apellidos.

—Luego de colgar lo pensé. Estaba esperándote afuera pero tuve que entrar por un momento para revisar a mi pelirroja —dice con una leve sonrisa y luego mira con atención a Ángelo quien se ve fuera de lugar.

—¡Por Dios! ¡Mis modales! Michael él es Ángelo Egzi.

—Un gusto —dice Mike extendiendo la mano para estrecharla con fuerza.

—Igualmente... Muchas felicidades.

Verlos juntos podría ser una pintura. Por un lado, Michael es un trigueño latino con un porte de macho; su cabello oscuro y su constante chaqueta de cuero lo caracterizan. Mientras que Ángelo con su piel blanquecina, ojos verdes y mandíbula pronunciada evidenciaba su extranjería. Juntos son lo mejor de cada cultura.

—Lamento haber interrumpido su ¿cita? —pregunta Mike mirando con escrutinio a Ángelo, quien no parece importarle.

—No te preocupes, igual vivimos juntos —dice Ángelo desenfadado.

Me atraganto con mi propia saliva en cuanto lo oigo. Mike no se queda atrás en el asombro y sobre todo es la incredulidad en su rostro lo que predomina.

—¿Juntos? O sea que llevan mucho tiempo juntos —responde con una expresión seria pero mirándome directamente a mí. Como si estuviera repasando las cualidades que debe tener la madrina de su hijo.

Es normal su reacción. Llevo menos de cinco días divorciada y ya vivo con otra persona. ¿Quién no me juzgaría?

—Realmente es nuestra primera semana —dice Ángelo con absoluta tranquilidad.

¡Dios! ¡Necesito saber cómo lo hace!

Mike se asfixia un poco, así que le doy unos golpecitos en la espalda para que pueda respirar.

—Está exagerando, realmente este es el cuarto día. —Levanto cuatro dedos de mi mano para reafirmar el número.

Lo que quiero dejar claro, es que no había hecho nada deshonesto. Esperé que estuviera oficialmente separada para poder darle cabida a Ángelo en mi vida.

—Wow... Ustedes van rápido.

Hago una mueca cómica para darle la razón mientras Ángelo niega vehementemente con la cabeza. Me río al saber que para él vamos a un paso normal.

—¿Cómo está Antonia? —pregunto para desviar el tema. No quiero revelar nada más.

—Bien... Pues, está algo histérica y gritona. Desde que llegamos no ha parado de gritarme que me odia y que nunca va a volver a pasar por esto. Pero en términos generales, el bebé está bien posicionado, ella está dilatando lento y esperamos que en unas horas nazca sin problemas.

Asiento hacia él y le aprieto el antebrazo en forma de apoyo.

—Me alegra mucho. Además que tienen una habitación privada —observo hacia los lados. No muchas personas podían costear eso en sus planes de salud.

—¡Oh sí! Era lo menos que podía hacer. Mi pelirroja no va a pasar por ninguna incomodidad mientras yo esté respirando.

*Awwww.*

Abre la puerta despacio; el ruido se filtra enseguida, el grito adolorido de Antonia, la voz de la doctora diciéndole que se calme y que la ayude a tomarle el examen.

Antonia está sentada tomando su panza como si se la fueran a quitar. Su cabello rojo se extiende por todo su pecho hasta llegar hasta su cintura. Está pálida y en su expresión se nota el dolor que está atravesando. En la habitación también está una doctora sentada a los pies de Antonia y una enfermera con una planilla en la mano, controlando los signos vitales.

—¡Mikeeee! Por fin vuelves... —chilla Antonia con un tono desesperado. Mike corre a su lado dejándonos a nosotros en el umbral de la puerta.

—Señor, ¿podría decirle a su esposa que me deja hacer mi trabajo? Ella lo ha estado esperando...

—Bonita, hazle caso a la doctora.

—¡No me digas bonita ahora! ¡Tú me hiciste esto! ¡No te imaginas lo que duele!

—Este es el momento de decidir si quiere la epidural, señora Nieto —le dice la doctora

—¡La quiero! —responde de inmediato Antonia.

—No, dijiste que no la querías. Que me encomendabas a mí para que pudieras guardar ese deseo. Ya sabes... sentir el nacimiento de un hijo sin drogas.

Veo como la ira enrojece el rostro de Antonia y temo que Mike ya está demasiado cerca y no va a poder librarse si ella la libera.

Y en efecto, Antonia toma el cuello de la camisa de Mike y lo hala hasta ella para mirarlo con ojos de loca.

—Quiero. Esa. Epidural —dice palabra por palabra con contundencia.

Por la expresión de la doctora me doy cuenta que Mike accedió a aplicársela. Ella se retira del cuarto luego examinar a la futura mamá para saber cuántos centímetros de dilatación tiene.

—Volveré en unos minutos con la epidural, luego de eso en media hora. —La doctora sale casi corriendo. No pudo disimular lo incómoda que estaba con la situación que casi nos arrolla en el camino.

Es hasta ese momento que Antonia centra la atención en nosotros. No me sorprendería si estuviera sola; al final soy chiquita y delgada, pero estando Ángelo, con sus hombros anchos y altura más arriba del promedio, es increíblemente difícil de ignorar.

Claro que ella tiene excusa. Necesitaba esa epidural.

—Esther —me llama con media sonrisa. Su semblante cambia a uno más relajado, pero en cuanto ve que Ángelo me sigue de cerca, intercambia miradas con su esposo.

—Hola Antonia, felicidades —digo algo asustada.

—Todavía no me felicites, esperemos que salga de aquí con un bebé y no partida en dos.

Trago grueso asustándome aún más.

—¿Quién es tu amigo?

Mike se me adelanta: —Son pareja y viven juntos —dice tan rápido que siento que Ángelo se tensa detrás de mí. Parece que por fin sintió el tono que usa Mike cuando lo dice.

—Pues chica, es una mejora —dice olvidándose del dolor y repasando el rostro de Ángelo con una actitud aprobatoria.

—Gracias —digo por decir. Por lo menos no me gritó ni agarró mi ropa para decir una frase lentamente.

—Ángelo Egizi —dice él extendiendo su mano. Ella la toma maravillada.

—Un placer —dice un poco cohibida por la presencia de Mike.

*Lo sé, chica, lo sé. Pero para ser francas, lo mismo debe pasar cuando otra mujer conoce a Mike.*

—Bueno... Ya sabes para que te hicimos venir aquí a este lugar de sufrimiento —dice melodramática tocándose otra vez la panza y reteniendo la respiración. Mike le indica que respire como le han enseñado. Jadea varias veces con unos *uff* y unos *ahh*, que me empiezan a poner los vellos de punta.

—Sí, quieren que sea la madrina de Christian.

—Sí. Lo que queremos es que sepas que confiamos en ti y que no te estamos escogiendo por descarte —sigue Mike mientras ella respira. Antonia abre los ojos para mostrar que está de acuerdo con su esposo.

—Yo... bueno... No sé.

—¡Vamos! Yo sé que tú lo amarás mucho. Además el hecho que estés aquí me dice que quieres hacerlo. Y en cierta forma —Antonia hace una pausa mientras jadea un par de veces más —, nadie le dice que no a una mujer que está dando a luz.

Ese es un buen punto. Comprobado en los últimos minutos sin duda.

Le doy una mirada de entendimiento a Mike y él me mira con expectativa.

¿Digo que sí? ¿Qué puedo perder? Realmente ser la madrina me uniría aún más a esta familia, que se han mostrado tan comprensivos y acogedores. Y en cierta forma, tener a un bebé en mi vida puede irme entrenando para el futuro. Por lo menos ahora no tengo esa zozobra de no saber si iba a tener la aprobación de mi pareja, por lo menos ahora sé que Ángelo y yo estamos en mi misma página.

—Acepto.

Y luego de eso todo parece volverse fiesta. Incluso Antonia me regala un abrazo de lado para demostrar lo feliz que la hacía mi decisión. Aunque cuando Mike trató de abrazarla, ella se zafó con sutileza sintiendo una contracción.

—¿Quién es el padrino? —pregunto luego de la algarabía. Tengo que saber con quién podría compartir a este niño.

—¿Te acuerdas que mencionamos al deportista que juega en Europa? Él.

Bueno, parece que el dinero no va a ser un problema.

A continuación, la puerta se abre con la doctora igual de apurada. Le da unas cuantas indicaciones a Antonia para que se acomode y le ordena que se quede quieta. Doy varios pasos hacia atrás para alejarme de esa aguja inmensa que se aproxima a la columna vertebral de la embarazada. No quiero ver cuando se hunda en su carne.

Ángelo se da cuenta que me atemoriza el suceso, así que me atrae hacia él para taparme la cara con su pecho y aprovechar para darme un beso rápido.

En medio de la espera, en la que varias personas llegaron al cuarto: el futuro padrino que parecía recién salido de un avión, una pareja interracial que sostenían a un niño de unos tres años en sus brazos y Elena con Isabela. El cuarto puede ser privado y todo, pero ya eran demasiadas personas a la expectativa como para no ponerse nerviosa.

Cada vez que la doctora volvía, Antonia nos ordenaba —sí, ordenaba como si fuera un militar—, que nos ubicáramos en donde no pudiéramos ver que hacía la doctora.

—Eres la madrina ¿cierto? —me pregunta la mujer de piel morena. Su contorneado cuerpo y altura me causa un poco de envidia de inmediato, pero parece bastante formal al acercarse a una total desconocida.

—Así es.

—¡Oh es un placer! Soy Linda Moncada, amiga de Anto —dice casual, sin ofrecerme su mano.

—Esther Rosas.

—Lo sé. Me han hablado de ti y del escándalo en el *baby shower* de Christian. Lo lamento tanto —dice pero levanta la vista y se encuentra con la mirada penetrante de Ángelo—. Oh, ¿no me digas que él es Ricardo? —baja la voz pero igual el espacio es muy pequeño para que él no la

escuche.

—No, claro que no. Me divorcié.

—Bien por ti. Nadie que valga la pena juega así con su pareja. Es repugnante.

—¿Tú no quisiste ser la madrina? —pregunto indiscreta.

Ella se tensa un poco pero luego se gira para enfrentarme.

—Anto sabía que no era una opción. Yo casi ni veo a mi hijo, es un verdadero milagro que esté aquí hoy. Es Edward —señala al hombre que está sentado en el otro extremo con el niño —, quien se encarga de que Santi no muera de hambre.

—Eso es compromiso —le digo para morder mi lengua y no hacer preguntas. Al final no la conozco.

—Sí, él tiene un buen trabajo desde casa y yo nunca mantengo en ella. Es como si hubiéramos sabido eso desde el principio.

—El destino —sigo diciendo frases para no preguntar nada.

—Supongo que sí.

Un grito agónico nos interrumpe. Linda se desplaza hasta el lado de su amiga. Le soba la cabeza de forma incómoda, casi como si le costara tocarla.

—Es hora de pujar, Antonia —dice la doctora esta vez usando el primer nombre de la paciente.

Supongo que eso la hace prestar atención a las indicaciones y sentir que a ella también le importa el bebé.

—*Principessa* —dice Ángelo en mi oído —, esto es demasiado para mí y me siento fuera de lugar. Voy a estar afuera en la sala.

—No, no —suplico que no se vaya pero ya se está moviendo —. No me dejes aquí sola.

—No estás sola, ahora ellos van a ser como tu nueva familia. Disfruta —dice con una sonrisa amable pero su semblante no demuestra lo mismo. En realidad parece que estuviera enfermo y que va a desmayarse en cuanto vea algo de sangre.

Lo suelto al darme cuenta de ese detalle.

—Te informaré de cualquier cosa.

—*Ti amo* —dice y me da un beso en la mejilla.

Sale del cuarto antes que yo pueda contestar, no sé si es por cortesía o porque eso me ponía

presión que no consideraba justa.

Mike me llama para que me acerque, me pide que tome su celular para grabar y me indica que no se me vaya ocurrir enfocar por donde viene el niño. Antonia nunca se lo perdonaría. Sólo puedo hacerlo desde arriba, desde la barriga pronunciada de su esposa. Medio temblorosa acepto el reto de grabar uno de los momentos más importantes en la vida de una pareja. Sigo sin entender por qué quieren acogerme como su amiga y ahora parte de la vida de su hijo, pero bueno, eso es algo que no merece ocupar mi mente en estos momentos.

Alzo el celular y empiezo a grabar.

La doctora insta a Antonia a pujar unas tres veces en diferentes intervalos de tiempo. Ella con cara enrojecida la obedece, mientras sus dientes se aprietan por el esfuerzo. Algunas de sus miradas son dirigidas a Mike; unas de amor, otras de odio. No sé qué pasa por la cabeza de Antonia pero seguro que debe ser un revoltijo.

Los demás acompañantes se mantienen distantes. Los padres con niños pequeños intentan que se mantengan a raya mientras su *tía* está dando a luz. Linda se acerca de nuevo cuando la cabeza de Christian se asoma.

—Ya está, ya casi. Puja una vez más cuando te lo diga —dice la doctora.

Pasan unos segundo angustiantes.

—Ahora —le indica con voz fuerte.

Antonia cierra los ojos con violencia y lleva su mano hasta la mano de su esposo, quien algo aliviado la besa y la alienta a que siga pujando. Pronto el cuerpo entero del pequeño milagro aparece a la vista de todos y un mar de suspiros y lágrimas decoran la grabación.

Christian llora estrenando sus pulmones y todos soltamos una risa llena de emoción. Mi pulso falla un poco, pero alcanzo a obtener las imágenes inéditas de su primera respiración. Lo limpian un poco mientras sus padres vuelven a su fase amorosa. Mike la besa repetidas veces con amor, mientras ella llora de alegría.

En cuanto se lo pasan para que lo cargue, ella explota en sonrisas. Lo que antes era rabia ahora se había transformado en felicidad.

—Christian Rivera Nieto —dice Mike con orgullo—. Te amamos.

## Capítulo 36

Entre la alegría, los festejos y los cambios recientes de mi vida, el viaje a Italia cada vez está más cerca. En las últimas dos semanas me he convertido en madrina, cargado a un bebé pelirrojo, me he mudado de casa para empezar a vivir con un extranjero exquisito que está loco por mí y por si fuera poco, cambié de oficina a la de gerente general.

Las cosas están pasando tan de prisa que estoy segura que voy a ahogarme.

Por una parte, estar cerca de Christian, ayudando a la pareja que acaba de convertirse en padres, ha sido más fácil de lo que creía. Antonia estuvo muy cansada los primeros días, pero le tocaba alimentarlo cada dos horas sin falta. Así que luego de trabajar, me pasaba por su casa para cuidarlo mientras ella descansaba. Más o menos al quinto día, sus profundas ojeras ya no podían ser ignoradas, pero la mirada de felicidad cada vez que cargaba a su hijo lo valía todo.

Christian es igual a Mike; cosa que le molesta visiblemente a Antonia. Lo único que puede decir que es de ella, es el cabello delgado y rojizo que apenas está apareciendo. Sus cejas y pestañas son tan escasas y claras que parece que no tuviera. Sus ojos oscuros y despiertos desde siempre mantienen curiosos por lo que pasa a su alrededor. Una de sus buenas características hasta el momento, es que es calmado. No sé si es por toda la atención que le están dando, pero Christian sólo se despierta en la noche cada vez que su madre tiene que alimentarlo. No llora descontroladamente ni ha hecho escándalos que no dejen dormir.

Ahora hablando de la mudanza, digamos que fue menos traumática de lo que esperaba. Por supuesto, ya tenía mucho adelantado y eran pocas cosas las que iba a mover porque el resto lo había vendido, incluso la cama —la cual doné a un centro de atención al adulto mayor luego de mandar a limpiar el colchón. Ángelo estuvo al frente de la compañía de mudanza y apareció muy temprano con ropa cómoda para ayudar a sacar las cajas. Hay cosas sexys en la vida y ver a un hombre con el pantalón medio ajustado, con camiseta pegada por el sudor y limpiándose la frente con su brazo o por lo menos si se trata de él... Tengo que admitir que estuve más pendiente de lo que él hacía, que de los trabajadores y su poco cuidado al subir mis cosas al camión. Al llegar a la casa campestre, el proceso de descarga fue más rápido. Pronto todas mis cosas estuvieron distribuidas en la sala y el cuarto de Ángelo; les pagamos a los trabajadores y nos dispusimos a desempacar. Bueno, intentamos desempacar, porque Ángelo me recostó contra un grupo de cajas y de ahí no salimos sino hasta tres horas después completamente exhaustos y sin ganas de seguir desempacando. Aún hoy, hay varias cajas intactas.

Y, por último, mi cambio de puesto a gerente general ha sido una situación retadora para mí. Mi poco conocimiento de gestión se nota en las reuniones que he tenido con los jefes de cada sección, pero afortunadamente, ellos están dispuestos a atravesar esta transición con la mejor disposición y dándome tiempo y el beneficio de la duda. Ángelo me ha dado su total apoyo y se ha

ofrecido a darme clases de finanzas y todo lo que sepa de administración.

Por lo menos las ventas y las ganancias se han mantenido estás dos semanas en las que he estado a cargo.

He estado encargando a María Paula muchas tareas para que esté lista para el tiempo que vamos a estar por fuera. Ya era imposible luchar con el chismorreó, así que cuando le dije mis planes, fue como la bomba que explotó por toda la oficina pero pronto ya no había más que decir. Ya era oficial.

Por si fuera poco, hay otro asunto que me tiene pensativa. Sonia anda como loca por la vida tratando de convencer a Martín que es el dueño de su corazón y no sólo de sus orgasmos — palabras de ella no mías —, así que he visto la danza de acercamiento y rechazo un par de veces en las que mi amiga ha quedado tan trastocada que termina llamándome en la madrugada con voz alcoholizada y llorando audiblemente.

Así que cuando la veo aparecer en mi puerta con la nariz roja y los ojos hinchados, me preparo para lo peor.

—Es el fin, Essy —dice y cierra la puerta para que no escuchen las chicas de afuera.

La parte buena es que ahora el escritorio de Martín está lejos de mi oficina y ya no es necesario que lo vea cuando viene aquí.

—¿Es el fin de qué? —pregunto algo absorta por un informe de ventas y por un requerimiento nuevo para el software.

—¡Pues de qué crees! ¡De mi vida amorosa! ¡Yo sabía que eso de amar a alguien solo traía dolor! ¡Estoy harta!

Separo la vista de los papeles y me levanto para alcanzarla y abrazarla. Al estar ella en sandalias y yo en tacones altos, quedo un poco más cerca de su cuello.

—No quiere perdonarme, Essy ¿Qué se hace cuando alguien quiere que te alejes pero no...? ¡Por favor! No puedo ni completar la pregunta.

—¿Qué te ha dicho?

—Que no puede ni verme. Que le duele el alma y que es imposible que una relación pueda sobrevivir a una infidelidad. ¡Imagínate! Ni siquiera me acosté con el tipo, sólo lo besé públicamente. ¿En serio debe tomárselo tan en serio?

Frunzo el ceño mientras me separo de ella.

—Seguramente ese es el problema, tú no lo ves como algo grave que hiciste. Piensas que deben pasar la página mientras para él es una traición gigantesca. ¿Ya le pediste perdón?

Cruza los brazos con indignación. Su rostro se transforma a uno agrio y sé que se ha puesto a

la defensiva.

—No es algo tan grave para decir que le duele verme.

—Para él lo es. Y no ignores mi pregunta...

—Essy —lo dice como una advertencia—. No me presiones.

—No te presiono. Quiero que seas feliz y tú misma estás estorbándote.

—¡Le pedí perdón! ¡Mil veces! —explota en llanto como nunca la había visto.

La ayudo a sentarse en el sillón de la oficina y ella esconde su rostro en mi cuello apretándome contra ella. Gime un par de veces y luego, de la nada, se recompone limpiando sus ojos con sus dedos. Sus facciones se vuelven frías e indescifrables. Intento mirarla de frente para seguir la conversación pero ella desvía la mirada y se sienta derecha.

—Es suficiente. Siempre me parecieron idiotas las mujeres que chillan por un bobo. Y mírame, en lo mismo. No voy a llorar más... Voy a seguir mi vida y olvidarme del niño ese.

Claro, ahora es niño.

—¿Estás segura?

—¿Qué otra opción tengo? —pregunta con una actitud fría.

—Bueno, ahora mismo... no muchas. Podrías intentar ganarte su corazón de nuevo porque sabes que lo quieres y que fuiste tú quien falló. Pero por otro lado, si él está convencido que no podría perdonar algo como eso, pues tendrías que seguir tu camino y esperar que el tiempo cure la herida.

—El tiempo y el placer. Necesito a alguien que me quite todo rastro de Martín —dice convencida.

—Sonia... Ese no es mi consejo.

—Lo sé. Es el mío. Y lo mejor es que funciona. Ya verás que en poco tiempo voy a estar sintiéndome como una diosa de nuevo. No como este ser patético y llorón en el que me he convertido.

Se desprende de mi agarre lateral y se levanta alisando su ropa. Me da un beso en la mejilla fugaz y sale de mi oficina como si hubiera encontrado una misión en la vida. Una característica buena de Sonia es que sus periodos de depresión son cortos. Por lo general odia al mundo y luego, de la nada, vuelve a ser la chica coqueta y dispuesta a todo a la que estoy acostumbrada.



—*Principessa*, ¿lista? —pregunta Ángelo en mi puerta a las seis de la tarde.

Levanto la vista para sonreírle y mirar por la ventana la luz tenue y lo parcialmente oscuro que está.

—Necesito cinco minutos —le digo con una expresión de niña chiquita que necesita un permiso de su padre. Él asiente y cierra la puerta dejándome sola.

Se lo agradezco. Con su sola presencia o sintiendo su mirada posesiva en mí, no podría concentrarme.

Es otro ruido de la puerta, el que me hace desconcentrar en una cifra. Veo a una muy preocupada María Paula aparecer al frente de mi escritorio, sin siquiera pedir permiso para entrar. Algo debe ir mal en serio.

—Lamento interrumpirla pero esto es urgente, señora Rosas —habla apresuradamente.

María Paula es una chica joven de unos veinticinco años, de contextura robusta y el cabello más negro que haya visto en mi vida. Lo lleva por lo general recogido, pero quizás es el apuro que tiene, que ahora lo lleva suelto.

—Dime Esther, por favor. ¿Qué ocurre? —pregunto tomando con seriedad su preocupación.

—Es el señor Ricardo. Está en la televisión. Lo están entrevistando —dice tomando el control y apuntando a la pantalla que tenía en una de las paredes de la oficina.

Preciso se enciende en el canal del que ella está hablando. La cara patética de mi exesposo aparece con semblante lastimoso y si puedo adivinar, victimizándose de alguna manera.

—*Entonces dígame, señor Rivas* —le dice el entrevistador; un periodista joven que no había visto anteriormente —. *¿Cómo pasó de ser copropietario de una empresa como Rosas doradas a dedicarse a la ayuda humanitaria?*

¿Qué? ¿Ayuda humanitaria? Ricardo no le gustaba ni dar limosna a la gente de la calle.

—*Pues fue un giro extraño de la vida, José. Pasé por un divorcio muy tranquilo, tengo que admitirlo. Fue un proceso rápido y que cambió mi perspectiva de la vida y del amor. Ahora puedo decir que buscar el dinero como algo que debo poseer a toda costa ya no me llena. Espero que esto lo escuche mi exesposa, eso le quitaría un gran peso de encima.*

¿Ambiciosa? ¡Oh por Dios! Necesito el teléfono ahora mismo de ese programa.

Abro el navegador y busco por el nombre del programa encontrando el número. Con violencia marco cada dígito.

Más les vale que me atiendan.

—*¿Su exesposa se quedó con la empresa?* —sigue preguntado el entrevistador.

—*Así es. Ahora solo tengo un pequeño porcentaje sin voz ni voto. Ya sabe, soy sólo un número en su contabilidad.*

—*Ahh bueno, pero recibe ganancias.*

—*Pues eso espero, José* —refuta Ricardo con una expresión tristonera.

*Maldito idiota. ¿No sabrá que eso podría arruinar el negocio? Una apreciación negativa del dueño de una empresa podría disminuir las ventas.*

Por fin alguien al otro lado de la línea me atiende y en cuanto se da cuenta quien soy. Inmediatamente me promete ponerme al aire.

María Paula sigue nerviosa comiéndose las uñas mientras me ve jugar con mi lapicero, hundiendo con frenetismo el botón que oculta la punta.

—*¿Y díganos, Ricardo? ¿Cuál fue el motivo de su divorcio? Muchas personas tienen curiosidad.*

¡No Ricardo! No te atrevas.

—*No puedo revelar mucho. Pero es claro que hay terceras personas involucradas.*

Esa respuesta fue como una explosión en el rostro del entrevistador. Incluso enfocaron el público para mostrar las reacciones.

—*Bueno, supongo que tendremos que llamar a Esther Rosas para que nos lo diga* —dice el presentador que ya debe saber que estoy en línea.

En ese momento veo aparecer a Ángelo en la oficina, quien se percata del televisor y me hace una señal de disgusto. Tanto empresarial como personalmente este es un golpe bajo.

—*No es necesario. Ella debe estar en la cama con nuestro socio.*

*¡Oh, mi Dios!*

Ángelo frunce el ceño tan profundamente que creo que se juntan sus cejas. Sus ojos podrían botar fuego si tuviera la capacidad.

—*Señora Esther, esto es demasiado para que yo lo maneje en su ausencia* —dice María Paula con esa voz nerviosa.

—*Tranquila. Esto es personal y parece que es una guerra* —digo decidida.

El presentador esta vez sonríe con sorna, descubriendo que acaba de dar una exclusiva en su programa.

—*Pues me alegra anunciarte que Esther Rosas está al teléfono* —dice José viendo palidecer a un Ricardo que se toma el cuello de la camisa hacia un lado para respirar.

Espero poder controlar este incendio lo más diplomáticamente posible. Si no funciona así, que Ricardo se prepare para quedar sin ese pequeño porcentaje.

—Señora Esther Rosas, bienvenida al programa Destápate con José, ¿Cómo está? — pregunta directamente a la cámara.

—Muy bien gracias, José —lo saludo con una voz melodiosa.

—Me alegra, señora Rosas. Aquí estoy con su exesposo, quien alega que la separación fue por infidelidad de su parte. ¿Qué me dice usted?

—Bueno, la verdad este es un tema muy delicado de tratar cuando no se tiene los antecedentes de nuestra relación. Así como las personas nos conocieron como socios de trabajo, también fuimos socios en el ámbito personal por siete años. Pero lo que en realidad nos separó desde hace mucho fue su poco deseo por tener hijos y mi constante petición de convertirme en madre. Siempre se negó y eso nos provocó muchas discusiones.

—¿Entonces no hubo infidelidad? —pregunta perdiendo su reciente emoción.

—¡Oh claro que sí la hubo! —digo intentando mantener el suspenso.

—Esther, esto no es necesario —ruega Ricardo.

—Esperen... ¿Qué? ¿Entonces usted la engañó a ella? —pregunta José con renovadas energías.

—Él me engañó mucho antes de casarnos, no con una chica, él se hizo la vasectomía sin decirme y prometiendo tener hijos cuando nos casáramos.

Oigo que el público explota en comentarios. Sobre todo las mujeres lo miran con indignación y cruzándose de brazos. Ricardo vuelve a tragar grueso.

—Pero claro, también se revolcaba con mi secretaria en mi propia casa —digo para rematarlo.

—Wow —dice José arqueando su espalda hacia atrás por la sorpresa —. Eso es bajo. ¡Con la secretaria de su esposa!

—Es difícil de explicar.

—¡Ya lo creo! —se exalta José, llevando al público a indignarse más —. Pero hablando de cosas serias, ¿qué te llevó a hacerte la vasectomía?

—No quería tener hijos —dice Ricardo con tono serio.

—Entonces ¿por qué te casaste con una mujer que si los quería y aún peor, se los prometiste?

—Porque yo la amaba y la necesitaba en mi vida.

—Pues amigo, no la amabas tanto. No si le negabas algo así desde el principio —dice José con vehemencia.

*Desde ya me cae bien. Voy a seguir viendo su programa.*

El público está de acuerdo con el entrevistador.

*—En este momento creo que te fue muy bien en el divorcio. Ella fue cortés al dejarte algo de la empresa. Vas a ganar dinero estando sentado en tu casa. Bueno, ahora por lo menos quieres ayudar a otros...*

*—Fue lo justo. Ahora ella está con su socio. Ella también estaba planeando abandonarme sin haberse enterado de la vasectomía.*

Ese maldito.

*—¿Qué tal unas preguntas del público?* —dice José levantándose e ignorando el comentario de Ricardo.

Varias manos se levantan de inmediato. Casi el 80% del público es femenino. Esto va a ser una mortandad.

Le pasan el micrófono a la seleccionada. Una mujer de unos cincuenta años que se nota bastante disgustada. Le lanza una mirada amarga y empieza a hablar con una lentitud asombrosa.

*—Señor Rivas, ¿usted se creía más importante que su futura esposa, para decidir si iban a tener hijos por su cuenta?* —La pregunta aunque sencilla, lleva un veneno mortal.

*—Simplemente yo no los quería* —dice él evadiendo la pregunta.

Le pasan el micrófono a otra chica. Esta vez es joven y voluptuosa. Su actitud hacia Ricardo es menos clara, pero igual se nota su inconformidad con las respuestas.

*—Usted la engaña y viene a pasarse por santo en la televisión. ¿No cree que debería seguir en su casa rascándose el ombligo?* —la voz es cruda pero su rostro no muestra ninguna emoción.

*—Wow esa chica lo odia, señor Rivas* —dice José.

Cuando le pasan el micrófono a la siguiente mujer, casi me ahogo. Tengo que tapar el auricular para que ellos no me escucharan toser. Sonia está allá, con el micrófono frente a su boca y seguro que con su lengua suelta y directa.

Me da incluso miedo escuchar.

*—¿Qué tan cobarde se tiene que ser para engañar a tu esposa por siete años? No querías hijos, bien. Quédate solo maldito desgraciado. No puedes simplemente robar la juventud de alguien y llevarte todas sus esperanzas de convertirse en lo que quiere ser y luego venir a un programa a tratar de degradarla en televisión.* —dice con tanto sentimiento que el encargado de pasar el micrófono la deja seguir hablando —. *Por cierto, visiten el sitio web de Rosas doradas, allí podrán encontrar cualquier detalle que quieran regalar* —esta vez habla hacia la cámara.

*—Hay mucha hostilidad en el ambiente. ¿Acaso la conoce?* —pregunta José.

Veo al encargado tratar de recoger el micrófono pero Sonia se niega.

—Claro que me conoce, fui yo quien le dio un derechazo cuando lo encontré en la cama con la secretaria de Essy.

El público aplaude.

—¿Amiga de tu ex?

—Así es.

—Es linda —dice José en televisión nacional.

Nada mejor que eso para reparar el ego dañado de mi amiga. Ella le regala una sonrisa tan coqueta que estoy segura que va a esperar a que se acabe el programa para acercársele.

—Bueno amigos. Esto es todo por hoy. Creo que debemos sacar de aquí al señor Rivas escoltado. Hay muchas mujeres en este estudio pidiendo su cabeza —finaliza José con una broma.

Aunque si ven el público, no parece lejano de la realidad.

Cuelgo después de despedirme y veo los rostros de Ángelo y María Paula. Ambos parecen a la expectativa que diga algo.

—Creo que eso fue un buen control de daños —digo calmada.

—Por el momento —dice Ángelo un poco extraño —. Eso va a despertar el interés de la prensa. Puede que empiecen a querer fotografiarte.

Algo hace clic en mi cerebro. Ahora soy una persona de interés. Y no va a pasar mucho para que descubran que vivo con otro hombre apenas a unas semanas de divorciada.

—Bien. Estaremos bien, *principessa*. Sólo daremos una declaración oficial que empezamos a salir.

—¿Reunir a la prensa? —pregunto exaltada. No quiero periodistas pendientes de descubrir mis secretos.

—No, algo más fácil... Cambiar nuestro estado sentimental a «una relación» en nuestras redes sociales —dice con una sonrisa.

Ambos nos reímos por su idea, pero tengo que darle la razón y decir que es lo mejor en este caso. Me apresuro a abrir la aplicación y cambiar «soltera» a «en una relación con Ángelo Egizi».

## Capítulo 37

Resulta que Nyma es una aficionada al programa Destápate con José y no pudo evitar llamarme cuando vio el cambio de mi estado sentimental. Ella con su muy elevado sentido del humor, relató segundo a segundo su experiencia escuchando mi caso en televisión. Pero eso no fue la peor parte, para ella prácticamente ya estaba comprometida con su hermano y me dio la bienvenida a la familia.

No me ruboricé más porque le quitaría el resto de sangre a mi cuerpo.

Aún me parece extraño el cambio que ha ocurrido en estos pocos meses; como encontré personas dispuestas a adentrarse en mi vida, sin siquiera esperar que yo se los permitiera.

—¿Te desperté? —me pregunta Ángelo cuando siente que estoy despierta.

Está oscuro todavía, pero entre esa entrevista, mi adrenalina al responder los ataques, ver a Sonia defendiéndome, el cambio de mis redes sociales y la llamada de Nyma, me dejaron con pocas posibilidades de una noche plácida de sueño.

—No, creo que casi no tengo sueño —le digo mientras me giro para poner mi mano en su abdomen.

Lo acaricio de arriba abajo, sintiendo cada musculo, haciendo círculos alrededor de su ombligo.

—¿Quieres que te ayude a conciliar el sueño? —propone clavando su rostro en mi cuello.

—Sabes que sí —tartamudeo cerrando los ojos y preparándome para apagar mis pensamientos y darle rienda suelta a todos mis deseos.

Él no dice nada más; solo gruñe un poco cuando logra quitarme el pantalón del pijama y se desliza hacia mi entrepierna dejando un reguero de besos en mi abdomen. Con mucho cuidado, desliza mis pantys sin apartar la mirada de la mía, en una actitud tan sexy que me pone a jadear sin que me haya tocado.

Se supone que esto es de lo que hablaban. Encontrar a alguien que encaje en tu vida, te ayude y te proteja y por supuesto, tenga esa increíble habilidad de meterse debajo de tu piel y hacerte sentir cosas sin siquiera tocarte.

Tengo que agarrar la sabana con fuerza cuando sus labios y lengua me rozan. Empieza lento, tanteando mis terminaciones nerviosas. Luego acelera, con diferentes tiempos.

Arqueo la espalda.

Siento que algo me quema.

Simplemente dejo de pensar.

Ángelo me besa, me acaricia, sus movimientos son naturales, agitados y precisos. No falta mucho tiempo para que alcance el orgasmo.

La explosión es tan fuerte que no logro controlar el movimiento de mis piernas, intentando apretarlas a pesar que su cabeza está en la mitad. Ángelo a pesar de saber mi situación, no se detuvo ni un momento.

Agradezco en silencio que estamos lejos de cualquier otra propiedad porque el grito de liberación es tan fuerte que podría oírse a metros de distancia.

Cuando logro regular mi respiración, me apoyo en mis brazos para levantar mi torso y sonreírle con expresión de recién satisfecha.

—Mi turno —digo y lo tomo de los hombros para tumbarlo en la cama.

Una gran risotada retumba en el silencio, pero pronto se calla en cuanto empiezo a besarlo.



Lo bueno de tener las cosas bien planeadas y a tiempo, es que el fin de semana podemos relajarnos. Salimos a comprar ropa para el viaje, maletas y regalos para su familia. Optamos por llevarles cosas típicas colombianas, como adornos de café, manteles hechos a mano y una hamaca que Ángelo dijo que va a ser la sensación entre sus primos.

Estamos caminando por el centro comercial, tan abrazados, que podríamos fundirnos el uno en el otro. Él tiene su brazo rodeando mi espalda y sosteniéndome por la cintura, mientras yo tengo mi mano en su bolsillo contrario. Hoy me puse unos zapatos bajos, así que nos vemos aún más disperejos que cuando uso los tacones.

Ángelo se detiene al frente de una *sex shop* con una mirada traviesa. Mira hacia adentro y vuelve a mirarme a mí, que por cierto debo estar negando con la cabeza porque él sonríe con deliberada maldad. Cuando menos pienso, estamos en la tienda, cogidos de la mano ante la chica que atiende.

Lo bueno es que ella nos atiende con cortesía y formalidad. Nos muestra miles de juguetes describiéndolos con lujo de detalle en cuanto a qué punto puede estimular, con qué duración y cuánto placer puede traer a la relación.

A veces tomo las cajas para leerlas, mientras él parece querer imaginarse usándolas.

—¿Qué te parece este? —dice señalando el estimulador de punto G. Es uno de los más grandes y tiene un control *bluetooth* que maneja la intensidad y el tipo de vibración. Por obvias

razones también es el más costoso.

No llego hasta el extremo de ser mojigata, pero mi inexperiencia en este tema es absoluta.

—No lo sé. Creo que nos ha ido bastante bien a nosotros solos —le digo a modo de cumplido.

Por supuesto, me regala una sonrisa tan genuina que la vendedora suspira profundo.

*Lo sé, es un sueño.*

—Sé que nos va bien, simplemente quiero que sea espectacular, asombroso, inigualable. Que cada vez que estés separada de mí por unos metros ya extrañes mi toque, *principessa*.

La vendedora se ventea con un papel que tiene en la mano.

Estoy a punto de pedírselo prestado.

El rubor se toma mis mejillas y por si fuera poco, Ángelo corta toda distancia para besarme sin ningún pudor por ser vistos.

—Ya lo extraño —confieso en un susurro.

Porque es cierto. Ya mi cuerpo reacciona a su ausencia y se estremece en cuanto me toca.

Gruñe un poco mientras vuelve a besarme. Se separa cuando un cliente carraspea su garganta.

—Es que este lugar es muy sensual —se disculpa Ángelo con el señor que está detrás nuestro tratando de llamar la atención de la muchacha. Él lleva unos aceites para masaje que esparcen un olor muy agradable.

—¿Qué te parece algo como eso? —le señalo a mi italiano, quien asiente y nos dirigimos hacia el estante donde hay un montón de aceites y velas.

Cuando nos encontrábamos mirando cada uno de los productos, un flash nos impacta, luego otro y otro. Pronto nos damos cuenta que hay por lo menos media docena de fotógrafos apuntando sus cámaras hacia nosotros.

Me escondo detrás del cuerpo de Ángelo, quien no parece estar avergonzado. Lo halo de su camisa para que nos adentremos más en el negocio pero él se resiste. Lo miro extrañada ante su comportamiento, como si no le importara lo que van a decir de nosotros. Sus ojos verdes se dirigen a los míos, ignorando el mar de flashes y el sonido de los obturadores siendo accionados. Como si fuera un antídoto a las preocupaciones, inmediatamente me siento más ligera.

Él me envuelve con sus brazos, apretándome contra su pecho. No nos escondemos, sino que nos quedamos quietos, casi como si estuviéramos posando.

—¿Qué haces? —le pregunto sólo moviendo mis labios.

Ángelo me sonrío como si le hubiera dicho que lo quiero.

—Mi familia lo sabe, tus amigos lo saben. Creo que para nadie es una sorpresa. En vez de escondernos, podemos darles la fotografía de enamorados más bonita de la historia —dice con una sonrisa reluciente y luego se acerca lentamente para besarme con dulzura.

A pesar que cerré los ojos, puedo sentir como los flashes encandilan todo el lugar.

No sé cuánto tiempo nos quedamos en esa posición, pero creo que los fotógrafos se cansaron de tomar fotos y se quedaron disfrutando de la escena tranquilamente, porque cuando nos separamos, estaban con sus cámaras abajo y sus expresiones maravilladas.

*Sí, seguro que tienen muy buenas fotos.*

Ángelo los saluda levantando la mano y se disculpa en voz alta, no entiendo por qué hasta que me levanta un poco del suelo para volver a besarme. Esta vez mucho más ansioso y apasionado.

*Ángel: ¿Desde cuándo damos espectáculos públicos?*

*Demonio: ... ¿Qué? Repite que estaba distraído...*

*Ángel: Seguramente va a aparecer una foto en el periódico con miles de teorías. La van a tratar de todas las formas soeces posibles, no puedo ni imaginar la persecución que va a enfrentar.*

*Demonio: ¿No estás viendo ese beso? Deberías callarte un rato y disfrutar. Simplemente mira la cara de los fotógrafos. Parece que les llegó navidad antes de tiempo.*

*Ángel: Pero...*

*Demonio: No te voy a escuchar de todas maneras. ¿Para qué insistes? ¿Ah?*

Me separo una vez más de él con la cara alucinada. ¿De verdad este hombre es real y me quiere a mí? Por favor que alguien me despierte.

—Creo que debemos continuar con las compras —dice levantando un paquete de aceites del estante—. ¿Algo más?

—Eso es suficiente.

No pienso comprar nada más mientras tengamos paparazis detrás de nosotros.

Le pagamos a la chica, quien por cierto, está babeando un poco cada vez que Ángelo le sonrío o me sonrío. Supongo que ahí no hay diferencia. Salimos cogidos de las manos en presencia de un gran número de personas que se había aglomerado en cuanto vieron que nos estaban fotografiando. Me imagino que no todos nos conocen, quizás saben mi nombre pero no reconocen mi rostro, sin embargo algunos están grabando la escena.

Ángelo me atrae más hacia él cuando pasamos por el lado de la gente y tratamos de saludar a cuantos más podemos, luciendo como si esto no nos afectara. Estoy haciendo un esfuerzo sobrehumano en realidad, pero a Ángelo le sale natural.

Solo espero que ese enfoque dé resultados y nos convenga a ambos.



—Y entonces él me besó como si quisiera ayudarlos a conseguir la foto —le cuento a Sonia señalando a mi novio intenso.

Estamos en un restaurante cerca del apartamento de Sonia. Es pequeño y silencioso, su especialidad son los mariscos y la trucha. Casi siempre que no queremos irnos mucho más lejos, venimos aquí.

—¡Ay no! —se queja ella levantando sus brazos—. Mañana van a estar todos encima de mí preguntándome sobre ti. Y de todas formas no va a cambiar su mentalidad ni los títulos amarillistas cuando les diga que ustedes acaban de empezar. Nadie me va a creer. Mucho menos ahora que deben estar investigándolos. ¡Dios! ¡Seguro alguien nos está grabando en este momento!

Mira para todos los lados haciendo énfasis en su psicosis.

—No te preocupes por lo que digan. Mientras nosotros sepamos que nos queremos y no hemos herido a nadie, estamos bien —la interrumpe Ángelo.

—¡Claro! Sigue repitiéndote eso. Digamos que yo soy un fotógrafo y tengo una foto de ustedes —empieza Sonia haciendo la mueca de que saca el celular y acciona el obturador. Acto seguido Ángelo se estira y me besa como en la tienda—. No necesitas demostrarlo, es de mala educación comer pan delante del pobre —dice ella con desazón.

Aunque lo dice en modo gracioso, veo una sombra de tristeza pasar por su mirada.

—En fin, si yo lo tuviera tendría que venderlo al mejor postor. Y además inventarme una historia que hiciera que la foto valiera mil veces más de lo que en realidad es.

—Entendemos los riesgos —replica Ángelo.

—Bueno, tú los entiendes en el ámbito personal y no te preocupan. Pero si pensamos como empresarios... eso es otra cosa —respondo intentando sonar tranquila.

—Esperemos que esto pase. Quizás hasta sería un medio de publicidad.

—Que hablen de ti, sea bueno o malo —concluyo.

—Exacto —dice Ángelo con voz angelical.

Nos reímos un rato y pasamos a temas más ligeros. O bueno, menos directos a nosotros. Sonia le cuenta a Ángelo lo que pasó con Martín, le contamos la reunión con Nyma y su esposo y él nos cuenta a ambas el itinerario que tiene planeado para el viaje.

A Sonia no parece gustarle la comparación que hice con la hermana de Ángelo y empieza a hacer una lista de las diferencias. Al final, gana Nyma al ser más *bully* —como ella la llamó.

—Ella es muy diferente a mí, hasta los mandó a tener hijos —dice ella aún con expresión amarga.

—Sí, porque ella ya tiene una niña y quiere que tenga primos.

—Si necesita compañía pues que le fabrique un hermanito —bufa.

La sonrisa del rostro de Ángelo se deforma, dejando claro que Sonia entró a un tema peligroso. Ambas lo miramos con el ceño fruncido esperando que diga algo.

—Alessia es un milagro —dice con voz severa—. Mi hermana sólo tiene uno de sus ovarios y ya tiene treinta y seis años. La probabilidad que tenga otro es como de uno en veinte millones.

Sonia pierde un poco de color en cuanto lo escucha y yo me tapo la boca con la mano. No había imaginado que ellos estuvieran pasando por esas dificultades.

—Lo lamento —dice Sonia arrepentida por su anterior mal humor.

—No pasa nada, no lo sabías.

—Entonces sí deberían llenar de primos a la pequeña.

Veo a Ángelo agacharse encima de la mesa para acercarse a Sonia.

—Ya estamos trabajando en eso —dice Ángelo con total descaro.

Sonia se abochorna y yo le pego un codazo en el abdomen que no parece dolerle. Me lanza otra de sus sonrisas matadoras y atrae mi cabeza para besar mi sien.

En algo tiene razón, en todas las veces que hemos estado juntos, en ninguna nos hemos protegido. Realmente ni me había acordado de hacerlo. Antes estaba tan acostumbrada a tener la T, que la preocupación por pedir un condón o tomar alguna pasta, no me pasa por la cabeza.

No sé si es un episodio de hipocondría, o porque la comida de mar me ha hecho daño, pero termino levantándome de un tirón y corriendo hacia el baño con urgencia.

Llego hasta el inodoro y me agacho con desesperación, me apoyo con violencia en la tapa y abro mi boca dándole paso a lo que estaba reteniendo. Devuelvo todo el contenido de mi estómago mientras veo aparecer a Sonia, que de inmediato me agarra el cabello y me agacha conmigo para ayudar a limpiarme.

—No me digas, Essy —dice con expresión horrorizada.

No sé cómo interpretar la forma en la que me mira. Podría ser asombro o quizás rechazo pero luego cuando me sonrío como si estuviera forzando a sus músculos a moverse, me doy cuenta que le parece demasiado para procesar.

—Puede ser la comida —balbuceo aun con la sensación de volver a vomitar.

—Van a un ritmo demasiado acelerado. Por lo menos espero que ese amor sea real —dice con desconfianza.

—Yo también —dicho eso vuelvo a arquear mi espalda y vomito el resto.

Sonia me arrulla un poco hasta que siento que he terminado. Me levanto después de un rato, con la necesidad de lavarme la boca y echarme agua en la cara.

La puerta se abre de forma apresurada y Sonia se sobresalta. Ángel se ve asustado, como si le hubieran dicho que yo me había accidentado.

—¿Estás bien, *principessa*? —pregunta apurado.

Menos mal no había más mujeres en el baño porque lo habrían echado. Aunque él también se ve incomodo por estar aquí.

Al no escuchar una respuesta se acerca hasta mí.

—¿Crees que...? —deja la pregunta hasta ahí pero luego sus ojos se iluminan de una manera tan cariñosa que se me derrite el corazón.

—No lo sé. Puede ser la comida —digo asustada.

Estar embarazada luego de tres semanas no es algo que estuviera planeando.

—Me harías el hombre más feliz del mundo si así fuera —dice y besa mis mejillas con tanta dulzura que no puedo evitar abrazarlo esperanzada.

Y seguramente yo sería la mujer más afortunada al tenerlos a ambos.

## Capítulo 38

La foto en el periódico no se hizo esperar. No fue en la primera plana, ni siquiera en la primera hoja, pero sin duda es la foto más grande de la sección social. De algún modo, la habían editado para que no se notara a ciencia cierta el negocio en el que estábamos. Ángelo y yo estábamos en primer plano, mirándonos el uno al otro con una expresión tan ensimismada que cualquiera que no hubiera estado ahí, podría afirmar que fue una sesión de fotos. Supongo que fue por eso que el título era menos sensacionalista de lo que esperaba: «Nueva pareja en Rosas doradas corp.».

Puedo vivir con eso.

Ángelo no dijo gran cosa, simplemente elogió lo bien que me veía, o más bien, lo linda que me veo a su lado —es un egocéntrico —, así que pronto este asunto quedó atrás.

Faltan cinco días para mi cumpleaños y dos días para el viaje. Creo que ya no me queda mucho más por hacer, más que un tema delicado. Uno en el que no debería involucrarme, pero al mismo tiempo, si no lo hago, voy a reprochármelo por años.

Salgo de mi oficina con dirección al área de mercadeo, la mayoría me ven pasar y me sonríen a modo de apoyo y otros se ruborizan y esconden la mirada. Replico con el ceño fruncido algo confundida pero me acuerdo de la foto del periódico y de la entrevista de Ricardo y comprendo lo que deben estar diciendo por estos lados.

Llego hasta el escritorio de Martín, quien está tan concentrado que no me escucha, a pesar que el resto de sus compañeros cuchichean a medida que voy caminando. Me apoyo ligeramente en la mesa; sentándome de lado tratando de lucir intimidante. Sé que es algo difícil de lograr, no tengo el porte ni el rostro adecuado para eso, pero la esperanza es lo último que se pierde.

—Acompáñame —le digo en cuanto sus ojos claros se encuentran a los míos.

Lo veo tragar grueso y acomodarse la camisa, mientras yo me bajo de su escritorio y camino de vuelta a mi oficina.

No volteo en ningún momento. Quiero que sienta un poco de pánico al ser llamado personalmente y sobre todo, que no huya al sospechar que quiero meterme en un asunto personal.

Una vez entramos y cerramos la puerta, intento que mi sonrisa me delate. Lo hago a propósito para que se relaje y deje de mirarme como si lo fuera a echar.

—Me está asustando, señora Esther —dice extrañado.

—Bueno, esa es la idea —respondo mientras le señalo la silla y rodeo la oficina para sentarme.

Me aclaro la garganta y cruzo los brazos haciendo un poco de tiempo para pensar cómo empezar. Necesito algo directo y suave, que lo haga reflexionar y que lo mantenga en la silla.

—¿Es sobre trabajo?

Niego mirando mis manos.

—Sonia le pidió que hablara conmigo —afirma. Tengo que alzar mis ojos hacia él para que vea la verdad y no se vaya.

—No, ella me mataría si supiera que te he llamado para hablar sobre eso.

—Pues hagamos como que esto no sucedió, porque de hecho no ha sucedido —dice apoyándose en posa manos y levantándose de golpe.

Lo imito rápidamente.

—Por favor —le pido esta vez como una amiga y no como jefa—. Ella te ama, muy a su manera pero lo hace y estaba asustada de lo que podría pasar y los cambios que le traería a su vida.

—Usted es mi jefa y esto es un ambiente laboral, no estoy seguro que sea la mejor idea que hablemos aquí y menos si me llama a su oficina como algo urgente. Es inapropiado.

—Lo sé —concedo. No puedo negar que esto está por fuera de lo que me corresponde. Incluso si lo citara fuera de las instalaciones de la empresa, sigo siendo un tercero que no debe meterse en una decisión de pareja. El problema es que no es cualquier pareja, se trata de Sonia; quien siempre pensó que cuidaría gatos luego de los cuarenta y tendría una vida libertina y sin responsabilidades amorosas. Ella se enamoró y no puede arruinarlo tan rápido.

—¿Por qué lo hace entonces? —pregunta mirando a la puerta.

—Porque me duele verla sufrir.

Eso llama su atención. Es obvio el cambio que le produjo mi frase. Quizás después de todo, Sonia no se había mostrado susceptible a la situación.

—Ella no cree que hizo algo grave.

—Te aseguro que sí, ella sabe que lo que hizo fue huir de un sentimiento a algo que conoce. Como a todos, le cuesta salir de la zona de confort y prefiere no descubrir lo desconocido... Ella podrá ser mucho mayor que tú, pero no conoce lo grandioso que es amar recíprocamente.

Se queda callado sopesando mis palabras. Mueve sus rodillas nerviosamente mientras mantiene su mirada fija en el suelo. No logro identificar su expresión; la cambia repentinamente como si estuviera en una charla con su consciencia y su corazón.

—Entiendo que es su amiga, señora Esther... pero por favor no me cite para hablar de esto de nuevo —dice con voz seria y sale de mi oficina a grandes pasos.

Me dejo caer en el asiento, derrotada. Eso no salió como esperaba y creo que he hecho más mal que bien.

*Martín 1, Esther 0.*

Lo único que podría empeorar las cosas es que Sonia se dé cuenta que intenté hablar en su nombre, pero sobre todas las cosas, que utilicé palabras como: «Ella te ama» «Me duele verla sufrir» «No conoce que es amar». Estoy muerta si se lo dice.



Luego de visitar a mi ahijado pelirrojo hermoso, nos dirigimos a casa cansados. Ángelo ha pasado de ser el excéntrico novio de Esther, al súper amigo de Mike/compañeros para ir a ver fútbol/*Sous chef* y por si fuera poco, quien calma con facilidad a Christian. Incluso Antonia se siente defraudada cuando ella no sabe que quiere su hijo y otra persona puede identificarlo. Creo que se siente como una mala madre y la depresión post parto empieza a notarse.

—Christian va a ser un galán —dice Ángelo tratando de romper el hielo. He estado más callada de lo normal al estar pensando en lo que salió mal en la conversación con Martín.

—Lo sé... tiene buenos genes —digo distraída.

—¿Masculinos o femeninos? —pregunta con aire celoso.

Me giro para ver su expresión pero no delata nada. No sé si está bromeando o en serio le preocupa que Michael sea atractivo.

—¿Ah? —Trato de parecer absorta en otra cosa para demeritar su pregunta, pero con lo poco que lo conozco, sé que no va a pasarlo por alto.

—Ya sabes... ¿A quién se parece más?

—Pues es pelirrojo como Antonia, pero el resto es igual a Mike.

—Entonces Mike es un galán —dice. Esta vez ya puedo identificar la burla en su tono de voz.

—Supongo que sí, tiene un rostro muy angelical y una sonrisa increíble... y ni hablar de su cuerpo de deportista —digo como si nada.

Lo oigo bufar y detener el auto.

Me desata el cinturón de seguridad y con un movimiento enérgico me hace sentar en su regazo en menos de un segundo. Sus ojos verdes, bailan a un compás extraño, intentando mantenerse en mi rostro pero fallando estrepitosamente al posarse en mi pecho. Me acerca un poco más, atrayéndome con sus manos y luego me besa sin decir nada.

El beso dura un buen tiempo en el cual las preocupaciones por mi amiga desaparecen. Sus labios se mueven con decisión, conociendo el límite exacto de mi autocontrol.

—Se supone que es a mí a quien debes encontrar atractivo —dice con la voz ronca.

—Y eres atractivo —confirmando para inflarle más el ego.

—¿Y Mike?

—También —hago una mueca —, pero no se compara contigo.

Agarra mi cintura y besa mi cuello una vez más antes de dejarme en mi asiento de copiloto. Me echa una última mirada lasciva y arranca el carro.

—Debemos llegar a la casa deprisa. Tenemos algo pendiente —dice tan sexy que ya empiezo a vibrar de emoción.



Desde el día que vomité, no me he vuelto a sentir mal ni mareada. Además que así estuviera embarazada, un test casero aún no lo revelaría; y lo prueba los tres que Ángelo me ha hecho tomar. Su ansiedad porque esté embarazada se ha vuelto extraña, como si eso fuera un punto de prueba en nuestra relación y él debe comprobar que está comprometido en convertirme en madre.

—Supongo que deberíamos empezar a empacar, *principessa* —dice Ángelo recostando su cabeza en mi pecho para oír mi corazón.

—Es cierto.

Acaricio su cabello con cariño mientras él hace círculos con los dedos en mi abdomen.

He aprendido algunas cosas sobre sus gestos: Cuando frunce el ceño está pensativo; cuando hace una línea con sus labios, le molesta algo; cuando entorna los ojos, tiene mucho en la mente; cuando se queda mirándome fijamente, quiere que le devuelva la mirada y lo bese... Eso es lo que tengo hasta ahora y parece que ya empezamos a leernos la mente.

Sin embargo, ahora con la mirada gacha y sus dedos en mi abdomen, no estoy segura qué está pasando por su cabeza.

—¿Siguen saliendo negativo? —pregunta con una nota de tristeza que no entiendo.

—Sí, aún es muy pronto para que una prueba casera lo diga. Además creo que fue una intoxicación por comida porque no he sentido ningún otro síntoma.

—Bueno...

—Además, vamos a tomar un avión y pasar por rayos x, lo mejor por ahora es que sea negativo.

—O puede ser concebido en Italia —dice con mejor actitud.

Esa sería una buena historia para contar.

—Es cierto —digo atrayendo sus labios a los míos.

El sonido de mi celular nos interrumpe cuando él ya se estaba emocionando en los besos. Me zafa de su agarre a pesar de su puchero, dándole un último beso compensatorio.

El nombre de Sonia alumbra en la pantalla.

—Hola amiga —la saludo apenas contesto.

—*¡Esther María de la Santísima concepción Rosas!* —grita encolerizada. Por lo general cuando está enojada conmigo, inventa un montón de nombres para llamarme. Le parece muy corto el verdadero y necesita alargarlo para darle contundencia.

—¿Qué pasó? —respondo descolocada.

Aunque inmediatamente la culpa me invade. Ese maldito chismoso de Martín.

*Martín 2, Esther 0.*

—*¿Cómo pudiste decirle a Martín que estoy sufriendo por él?* —pregunta con sentimiento de traición.

—Sólo intentaba ayudar —me explico sin poder dar una buena excusa.

—*¿Ayudar? Essy ya te había dicho que lo voy a superar. Es más, me llamó cuando estaba en plena cita con José. ¡Dios! Fue súper incómodo tener que decirle que era tarde, que no pensaba esperar hasta que reaccionara y que estaba con otro.*

*¡Por todos los cielos!*

Parece que después de todo, lo que le dije a Martín había calado en su corazón. Pero claro, Sonia tenía que volver a romperlo.

—Espera, retrocede... ¿Para qué te llamó?

—*Pues dijo algo sobre hablar detenidamente. Pero oyó la voz de José y se quedó callado.*

*Maldito presentador de cuarta... Ya no voy a ver su programa.*

—Martín te quiere después de todo, Sonia... No deberías alejarte de él cuando sabes que es el primero en mucho tiempo que logra remover ese empolvado corazón sin sentimientos que tienes.

¿Salió muy insensible?

—*¿Sin sentimientos? Wow gracias Essy, no sabía que fuera así.*

—Lo lamento, no era mi intención.

En ese momento, Ángelo me toma del brazo para preguntarme qué pasa. Susurro el nombre de mi amiga y él frunce el ceño. Se me olvidó contarle mi pequeña charla con Martín.

—*No importa, Essy. Entiendo que tú querías ayudar, sólo que no necesito ayuda en esto. Martín no va a olvidarlo nunca, ya me lo dejó claro. Y conozco la expresión que dice: «perdono pero no olvido», y no estoy dispuesta a estar discutiendo consistentemente por lo mismo.*

—Pero no lo escuchaste, es posible que quisiera buscar una solución.

—*Pues creo que ya no. Le dije que estaba en una cita. Y Martín sabe cómo terminan mis citas.*

Trago grueso. Sé que ella se está equivocando.

—¿Y terminó como lo dices? —pregunto con la última esperanza.

—*Sí, claro. Dos veces* —dice orgullosa.

Me desinflo como si fuera mi corazón el que estuviera involucrado. Me siento fatal por Martín y porque fue mi culpa que se enterara de esto. ¿Por qué tuve que meterme?

—*Es increíble. También es menor pero no tan escandaloso. Creo que dijo que tiene veintisiete.*

—¿Crees?

—*No fuimos muy comunicativos verbalmente* —dice desenfadada —. *Pero tiene una muuuy buena comunicación corporal.*

¿Por qué todo lo resuelve así?

—¿Vas a seguir saliendo con él? —pregunto sin mucho ánimo.

—*No lo sé, quizás unas cuantas veces más. Para él también es temporal, así que nos vamos a entender fácil.*

Llevo mi mano mi cara frustrada.

—*En fin, Essy... Si vas a seguir con esta entrevista tendremos que vernos en el día. Se supone que había llamado para regañarte y no me has dejado.*

—Bien, continúa —la animo.

Al final me lo merezco.

—*No lo vuelvas a hacer ¿bueno? Martín es pasado y yo no me quedo llorando en el pasado.*

—Está bien.

—*Te quiero mucho, cariñito, de verdad. Y aprecio tu preocupación. Sólo que no soy buena para volver a una relación luego que he tenido un traspie tan grande. A veces sentir lo nuevo, la emoción de conocer una persona es más gratificante que la sensación de una relación estable.*

—¿A veces?

—*Sabes a lo que me refiero* —dice ella tratando de ignorar mi pregunta.

—Lo sé, y yo también te quiero.

—*Descansa, supongo que debes tener un caliente italiano esperando que cuelgues.*

Eso me hace mirar hacia Ángelo, quien sigue luciendo bastante confundido por la conversación.

—Igual, amiga. Hablamos luego.

Luego de un suspiro gigante, le cuento a Ángelo lo que hice. Él no dice mucho, simplemente asiente cada vez que le pregunto si cree que hice lo correcto. Me abraza cuando le expreso mis inquietudes sobre la actitud de Sonia y como cada cosa que hace, la lleva a una existencia solitaria y vacía. Me preocupa ese rechazo a la felicidad tan apabullante, como si eso mordiera y transmitiera veneno.

—Ella reflexionará —me dice como conclusión.

—Eso espero.

—Puede que se demore, pero tiene esperanza —me dice con el gesto torcido.

—¿En serio lo crees?

—No la conozco, *principessa*. Y en las pocas veces que hemos hablado siempre encuentra la manera para molestarme. Su pensamiento, aunque moderno, le falta base para ser definido como feminista. Ella prefiere tener sexo casual al amor y aunque tiene el derecho porque es su vida, no necesariamente le va a dar buenas relaciones con otros, y podría empezar a quedarse sola. ¿Y si tú te vas? Digamos que nos mudamos a Italia ¿qué pasa con ella?

—Pues tiene a Kathe y a Fer... —Me separo un poco de él para mirar a su rostro con impresión. ¿Escuché bien? ¿Dijo que nos iríamos a Italia? —. Retrocede un poco, ¿qué dijiste?

—Que se puede quedar sola por ese estilo de vida.

—No.

—¿No lo crees? —pregunta con inocencia fingida. Lo sé porque sus comisuras están a punto de delatarlo.

—No tan atrás.

—¿Qué tú te puedes ir?

—Exacto.

—Nunca se puede descartar, ¿qué tal que te enamores de mi pueblo? —dice mientras alza los hombros y trata de acunar mi cabeza en su pecho.

El olor de su perfume recién aplicado me impacta y me hace suspirar. Siempre me ha encantado y él lo sabe. Me resisto a que me abrace mucho y trato de mantener el contacto visual para ver las inflexiones que hacen sus ojos cuando tiene algo que decirme y sólo va dando pequeñas pistas.

—Ángelo... —digo alargando su nombre, de la misma manera que mi madre lo hacía cuando yo tenía que confesar alguna travesura.

—No tengo nada planeado, lo juro. Es simplemente que quiero lo mejor para nosotros y quizás, podríamos pensar en mudarnos.

Corto cualquier contacto con él, alejándome hasta estar unos tres pasos de distancia.

—La empresa está aquí —refuto inmediatamente con lo primero que se me ocurre.

—Podemos abrir una sucursal allá.

—Siempre he vivido aquí.

—Bueno, es hora de tener nuevas experiencias.

¡Maldita sea esa es cierta!

—No hablo italiano —sigo buscando excusas.

—Eso es un punto con solución —dice señalándose a sí mismo—. Yo puedo enseñarte y darte buenos incentivos cada vez que apruebes los exámenes.

Alzo una ceja divertida. Ya me imagino sus incentivos.

—¿Qué pasa con Nyma?

—Nyma es mi hermana mayor, ya tiene edad para cuidarse sola, *principessa*.

—Bueno... Y... —No logro encontrar nada más.

La verdad sea dicha, no tengo nada más que me ate aquí.

—Uff, pensé que no ibas a terminar nunca.

—Espera tengo otra... Apenas llevamos unas semanas —le digo pero esa es la única excusa con la que logro que cambie de expresión y haga una línea con sus labios.

—He esperado mucho tiempo para encontrarte, *principessa*. Ha sido un largo camino en el que fui muy solitario a pesar que muchas querían estar a mi lado. Te busqué por un largo periodo, luego me dije que simplemente aparecerías, lo cual pasó, y no pienso perder un segundo por los que no lo van a aprobar o los que dicen que vamos a un ritmo diferente al acostumbrado. Te encontré, *principessa* y no pienso perderte.

Mi pobre corazón da un tumbo tan alocado, que me llevo la mano al pecho sintiendo un calor agradable encenderse. Mis comisuras se estiran en una sonrisa maravillada; una pequeña lágrima aparece en uno de mis ojos. Me acerco de nuevo, sentándome a horcajadas sobre sus piernas. Lo miro directamente y solo encuentro amor en sus ojos.

Sin duda, escuchar una declaración de amor de ese nivel no es algo que le pase a cualquiera. Muchas mujeres pasan la vida buscando alguien que las ame de una manera tal, que incluso la razón se interponga en el camino.

—Di la última parte en italiano —le pido con total asombro.

—*Ti ho trovato, principessa, e non ho intenzione di perderti* —dice con voz gruesa e intensa.

*¡Oh mi Dios!*

Una parte del muro que había construido en mi corazón se deshace. Y es en este preciso momento en el que Ángelo lo llena por completo.

## Capítulo 39

Ángelo se dejó crecer la barba y el cabello. No estoy segura por qué pero no podía quejarme; eso le agregaba un toque sensual que me mantenía babeando y tratando de acariciarlo. Juro por lo que más quiero que si no tuviéramos que salir para el aeropuerto en menos de quince minutos, lo habría despojado de la maleta que lleva, tirado a la cama y ya me estaría aprovechando de él.

Aunque aquí el término aprovechar está mal usado.

Ya no podía mantener mi mente enfocada, es como si su esencia me traspasara y se metiera en mi piel. Percibía cuando él estaba cerca o me entristecía en cuanto tenía que despedirse. La mayoría del tiempo la pasábamos juntos; entre la empresa y vivir juntos, son raros los momentos en que estoy sola, sin embargo, él tiene su oficina y yo la mía.

Creo que me he vuelto posesiva. Necesito verlo todo el tiempo y me pongo nerviosa cuando no lo hago.

¿Qué me está pasando? Parezco una adolescente enamorada... Demasiado intenso, demasiado ciega de amor.

—*Principessa*, ¿ya tienes todo? —pregunta desde el auto.

Frank ya ha llegado para llevarnos.

—Sí, ya lo tengo —vocifero para que me escuche. Me encuentro en la sala arrastrando la maleta cuando él aparece con su porte masculino y su camiseta pegada a su pecho trabajado. Tengo que volver a repetirle a mi libido que si le hacía caso, llegaríamos tarde o podríamos perder el vuelo.

—Te ayudo, *amore mio* —dice tomando la maleta y caminando con prisa hacia la salida.

Eso me dejó un tiempo precioso para admirar cada una de sus partes.

¡Dios! Me estoy convirtiendo en Sonia.

Frank nos lleva a buena velocidad hasta el aeropuerto. Absorta en mis pensamientos, voy repasando el itinerario: El primer vuelo es Cali – Madrid, unas buenas nueve horas en las que esperaba dormir un poco, ya que ayer en la noche no me dejaron. Luego, casi en la noche, tenemos el vuelo Madrid – Venecia que es más corto.

Luego de entregar las maletas y chequear el primer vuelo, nos sentamos en las sillas de espera de la sala. Llegamos con buen tiempo y creo que podemos aprovecharlas para hablar de las

sorpresas que me tiene planeadas. O por lo menos puedo intentar sacárselas prometiéndole compensarlo.

Un pequeño espasmo en la parte baja abdominal me produce un dolor que me hace doblar sobre mí misma. Suerte que estaba sentada o se me habrían debilitado las piernas haciéndome caer. Ángel se asusta y trata de reincorporarme preguntando unas diez veces qué me ocurre antes que pueda contestarle. El dolor desaparece unos segundos después, pero me deja la sensación que mis vacaciones no van a empezar con buen pie.

Es cuando lo comprendo. Este es el aviso.

—Debo ir al baño, cariño —le digo levantándome y tomando mi bolso de mano. Espero haber empacado todo lo necesario para una emergencia.

—¿Necesitas que te acompañe? —pregunta aún preocupado por mi anterior muestra de dolor.

—Estoy bien. Sólo necesito comprobar algo.

Corro antes que él replique. Agradezco silenciosamente que el baño esté vacío y que no me tocara hacer fila; pronto entro a uno de los cubículos metálicos.

Para mi mala suerte, me doy cuenta de mi descuido. No es que sea como un reloj, más bien soy irregular, pero era obvio que el periodo tarde o temprano tenía que llegar. Y claro, había escogido el peor día.

*Demonio: ¡Bien! No está embarazada.*

*Ángel: ¿Podrías no demostrar tanta alegría? Así no esté embarazada, no es algo genial empezar un viaje así.*

*Demonio: ¡Bahhh! Eso es lo de menos. Además, soldado que se respete, no le tiene miedo a la sangre.*

*Ángel: ¿Qué?*

*Demonio: ¿En serio necesito explicarlo?*

*Ángel: No, déjalo así. Prefiero no imaginarlo.*

Menos mal mi inconsciente sí estaba preparado porque encuentro unas toallas y tampones en el bolso.

Me acomodo y me aseo en el lavamanos tratando de no ver esto como una tragedia. Aunque lo podría ser. Bueno, lo es.

Es muy posible que esté arruinando muchos de los planes de Ángel.

¿Qué voy a decirle? No quiero sonar como si fuera el destino que nos está castigando por no ir a un paso normal o simplemente que soy demasiado descuidada y no pude predecir que

exactamente en este momento mis partes femeninas van a estar haciendo su ciclo de expulsión.

Salgo cabizbaja. Quizás son las hormonas del periodo o sólo soy demasiado dramática, pero esto es horrible. Nueve horas en un avión, luego una escala de dos horas y otras dos horas de vuelo.

Me detengo asustada en cuanto veo que Ángelo está de pie tratando de alejar las manos de una mujer de su rostro. La chica, bueno la mujer es de rasgos pulidos; una nariz puntiaguda y unos labios delgados. Tiene el cabello dorado con visos plateados y su maquillaje es bastante sobresaliente, sobre todo para ser las ocho de la mañana. Su cuerpo es increíble; toda piernas largas, delgada y con curvas, por lo menos por lo que puedo ver por su enterizo de pantalón que le ajusta en su minúscula cintura. Sus pechos, seguramente operados, resaltan hacia adelante como si algo los estuviera sosteniendo desde abajo. Y no ayuda mucho que tenga un escote profundo.

El sentimiento desbordado de los celos aparece en mí como un huracán. Esa posesividad que se ha generado con Ángelo me enseguece fácilmente haciendo que empiece a dar grandes pasos hacia la *Barbie* que está intentando tocarlo.

—Te digo que esto es el destino —dice la tipa esta. Ya desde la cercanía puedo notar que no sólo sus senos son falsos.

La nariz, los senos, cola y muy seguramente liposucción. Y si me pongo a detallar sus brazos, también tienen reducciones.

—Pues es uno no grato, Gina. Hasta donde recuerdo nuestros caminos se separaron hace muchos años y no precisamente porque fueras una santa.

Ella desestima con un gesto con la mano. Luego intenta acercarse de nuevo abriendo sus dedos para abarcar las mejillas de Ángelo. Él al no poder dar un paso atrás porque tiene las sillas, se hace a un lado, y enseguida nota mi presencia.

La tal Gina voltea a mirarme al notar que él está absorto hacia mi dirección. Me repasa casi con disgusto como si estuviera muy por debajo de su nivel. Estoy segura que hice una mueca irritada porque Ángelo inmediatamente se desplaza hacia mi lado e intenta presentarnos.

*Demonio: ¿Presentarlas? ¿En serio? Si va a tener una fulana, es mejor que la verdadera no se dé cuenta.*

*Ángel: ¿Quién dice que tiene otra?*

*Demonio: Pues, lo estaba intentando tocar... Y Esther ya está cansada de los infieles. Seguro va a patearle el trasero y salir corriendo. Al final que un viaje a Italia no es la gran cosa.*

*Ángel: Es mejor que lo deje explicar. Estoy seguro que sólo es imaginación tuya.*

—Principessa, ella es Gina Santoro. Gina, ella es Esther Rosas, mi novia —dice con total convicción y sin una pizca de culpa.

Ese es un buen inicio por lo menos.

La chispa de la rabia disminuye un poco, pero el gesto de suficiencia de Gina me descoloca a pesar que, por modales, me extiende la mano para estrecharla.

—Un gusto —dice mirándolo a él—. No sabía que tenías novia. No has tenido en nueve años —dice acusatoriamente.

Una pequeña alarma se enciende en mi cabeza. Por la forma en la que habla, debe ser la novia que lo dejó por ser pobre.

Ella se ve elegante, no voy a mentir. Su atuendo seguramente de marca, con unos tacones de punta de unos ocho centímetros que la hacen ver sofisticada. Incluso su maleta de mano debe costar más de lo que costó todo el juego de las mías.

—Llevamos poco tiempo —digo para sacar su contacto visual de mi novio a mí.

—¡Oh! Creo que los vi en el periódico. Aunque no leí el artículo y no supe si de verdad eras tú, Gelo —su español es confuso, con mucho más acento que Ángelo. Aunque a ella no se le escucha sexy ni nada de eso.

—Sí, éramos nosotros —dice él con una voz amarga. Luego me abraza con más fuerza y me da un beso en la frente.

Si alguien nos viera desde afuera, estoy segura que sería como una escena en la que se demuestra de qué lado estás, dejándole claro a la otra, que no tiene posibilidad.

*Por lo menos no me tocó marcar mi territorio.*

*Aunque lo haría.*

Su mirada de desdén hacia el gesto de mi novio es bastante obvia. Aunque seguramente por no pasar una vergüenza, finge una sonrisa.

—Me alegra que estés feliz, Gelo.

*Mi iligri qui istis filiz, Gili.*

Por toda la práctica que he tenido con Sonia para disimular cuando alguien no nos agrada, mantengo mi expresión impassible pero estoy ardiendo en ira.

—Gracias, Gina —responde Ángelo con total seriedad y frialdad.

Las respuestas de mi novio parecen sorprenderla. Seguramente esperaba más emoción, así fuera de rechazo. Pero tener a este hombre estoico al frente, debe hacer daño a su seguramente alta autoestima.

—Supongo que nos veremos luego, Gelo. Mucho gusto Esther.

Estoy tentada a decirle un «el placer no fue mío» pero me contengo por decencia. Así que lo único que puedo hacer sin abrir mi boca —porque no confío en lo que pueda decir— es asentir y sonreír brevemente.

Ella se despide alzando la mano y caminando hacia atrás por un momento. Percibo que le hace una señal de «llámame» a Ángelo, que inmediatamente me pone de mal humor.

Me suelto de su agarre, enfurecida. No tengo muchos argumentos contra él, pero la actitud descarada de la tal Gina, me tiene bastante descolocada. Se supone que debo escucharlo, pero ojalá eso fuera sencillo cuando acabas de encontrarte con una exnovia preciosa que es mucho más alta, mucho más bella y con mucho más dinero.

Ángelo me ayuda a sentar cuando yo aún tengo la mirada fija en la tonta esa que se contonea a lo lejos. Parece que entró a un local de *Juan Valdez*.

—Cálmate *principessa*, la estás mirando como si quisieras atravesarla.

—¿Es ella? —alcanzo a pronunciar.

—¿De la que habló mi hermana en la cena? Sí, ella es. La verdad no hay mucho que decir, en esa época de mi vida aún estaba en la universidad, mis padres apenas si sobrevivían con la empresa y éramos extranjeros. Una combinación difícil para una niña rica que sólo estaba de paseo y que no podía pensar en compartir su herencia. Lo único reprochable es que estuvo conmigo toda su estadía aquí y al último momento, cuando yo estaba hablando de volver a Italia por ella y que podíamos hacerlo funcionar a la distancia, me calló diciendo que era demasiado pobre para ella y que los meses anteriores fueron bonitos pero no para comprometerse con alguien por debajo de su nivel.

Lo dice sin inmutarse, su voz no se quiebra ni parece afectarle. Si el caso fuera al revés seguramente estaría llorando.

—Y entonces ahora —continúa—, cuando ya sabe el alcance que ha tenido Grupo Élite a nivel nacional, parece que sí le intereso.

—Pues es tarde —lo abrazo con posesión—, ahora estás conmigo.

—Ahora soy tuyo, *principessa*.



—¿Estás segura? —me pregunta Ángelo cuando vamos entrando al avión.

No tuvimos que hacer fila porque mi chico es cliente preferencial y además compró asientos en primera fila. Yo nunca había viajado en primera fila.

—Sí, lo lamento. Olvidé hacer las cuentas y ya sabes, como estábamos pensando en un posible embarazo, dejé de contar.

El puchero de Ángelo dura unos dos segundos, pero luego me besa en la sien con amor.

—No importa, seguiremos intentando —dice alegre. No esperaba esta reacción.

Él sigue pensando en ser padre demasiado pronto.

—No te preocupes, por ahora sólo podemos disfrutar este viaje ¿no? —digo intentando sonar sutil.

No estoy segura si lo logro porque él achica los ojos y me hace cosquillas al momento que encontramos nuestros asientos.

Como iba delante de él, me apresuro a sentarme en la ventana mientras él queda en el medio.

Seguimos conversando por unos minutos sobre los pequeños cambios que va a traer mi amigo inesperado del mes, cuando un pequeño golpe en el asiento del lado nos sobresalta. Gina, la nueva adición a mi lista negra, está ubicando su maleta en el maletero superior. Un hombre le ayuda a cerrar y ella lo mira con coquetería; sin embargo, el hombre sigue su camino hacia clase turista.

—¿Gina? —pregunta Ángelo asombrado.

—¡Vaya! Te dije que era el destino. Tengo el 2C —dice señalando su puesto. Justo al lado de mi novio.

*¡Maldita sea nuestra suerte!*

*Demonio: ¿Cuáles pueden ser las probabilidades que una ex compre la silla del lado en un vuelo internacional? Hay algo que no me cuadra.*

*Ángel: Podría ser una absurda coincidencia.*

*Demonio: ¡Por favor! Todo está muy bien planeado.*

*Ángel: ¿A quién estás acusando? No quiero caer de nuevo en tu juego de sospecha.*

*Demonio: Pues a quien crees... A la peli teñida que tenemos al lado.*

*Ángel: A bueno, esa Gina tiene cara de acosadora.*

—¿Vas a casa? —le pregunta Ángelo con una voz rasposa y desconfiada.

—Bueno, no inmediatamente. Primero voy a Roma a concretar unos negocios...

*Bueno, por lo menos no nos sigue todo el camino.*

—¿Y ustedes? ¿Negocios o placer? —pregunta mientras se sienta. Sólo mira a Ángelo.

—Placer —interrumpo —. Mucho placer.

—Así es, vamos a conocer a mi familia —toma mi mano y la besa en el dorso.

La cara de sorpresa de Gina es hasta risible. Su nariz falsa se arruga y ella la rasca sin mucho cuidado.

—Entonces van en serio —dice alarmada—. ¿Cuánto llevan saliendo?

¿Qué? ¿Vamos a jugar a veinte preguntas sobre nosotros?

—Un mes —responde Ángelo.

—Como siempre tú tan acelerado. Pretendiendo que los compromisos se pueden hacer en pocos meses.

La molestia genera que apriete los dientes y los puños. Supongo que Ángelo lo nota y le da la espalda para darme un beso tranquilizador. Aunque es un gesto lindo, no me quita las ganas de tirarla del asiento.

—Y usted tan interesada, sólo pensando en el dinero —digo a pesar que el cuerpo de Ángelo me impide mirarla.

Siento que él se tensa en cuanto me escucha pero pronto veo su deslumbrante sonrisa. Me vuelve a besar apasionadamente.

Si ella nos va a mortificar con su presencia, nosotros podemos demostrarle nuestro amor.

Ella se aclara la garganta, así que ambos nos acomodamos en los asientos. Su mirada airada me indica que toda la fachada de amabilidad acaba de terminar. Se echa hacia adelante para que no pueda ignorarla.

—Para su información, tengo más dinero que ambos... No necesito ser interesada.

—Por eso nos mira por debajo de su hombro.

Finge que la ofendí.

—¿Perdón? —dice con una pronunciación bastante precaria.

—Déjala, *principessa*... Estamos de vacaciones románticas, no necesitamos que empiecen así.

—¿Principessa? —pregunta asombrada y levemente irritada.

Él asiente con incomodidad.

Ella empieza a hablar en italiano tan de prisa que no entiendo nada. No es que ya me sienta con confianza en otro idioma, sino que cuando Ángelo me habla deliberadamente lento, en algunas cosas puedo relacionarlas con el español. Pero ella, como no tiene ninguna consideración conmigo, parlorea a mil por hora; al principio manoteando al aire, luego se calma, se acomoda el

cabello detrás de la oreja y empieza a sonar mucho más seductor que antes.

—Gina, estoy en una relación con Esther. La amo y pronto va a ser la madre de mis hijos —dice calmado, alejándose de ella todo lo que puede.

No sé cuál de las dos está más en shock; ella con su mandíbula hasta su pecho o yo con la mirada asombrada y enamorada.

—Sé que volverás a mi cuando esta vieja no pueda satisfacerte —dicho esto se levanta y le pide a la azafata que le cambie el lugar.

*¿Vieja? ¿A quién le está diciendo vieja?*

Lastimosamente estoy encerrada y no puedo hacerle nada.

Al final un muchacho que estaba en la fila de atrás, termina concediéndole su puesto y él se sienta junto a Ángelo.

—Tú no estás vieja, *amore mio* —dice Ángelo durante el despegue.

Lo cual es un buen distractor porque estoy un poco tensa.

—Gracias, cariño.

—De nada, estás perfecta. Y si vamos a hablar de edad, ella es mayor pero no acepta el paso del tiempo —dice con una actitud burlona.

—No sé cómo te pudo gustar esa... bruja —digo la última palabra varios tonos más bajo para que nadie escuchara.

—Yo tampoco lo entiendo. Echémosle la culpa a que era joven y estúpido —dice risueño.

## Capítulo 40

Creo que no hicimos las cuentas apropiadas para este vuelo. Con mucho agotamiento nos bajamos del primer vuelo en Madrid casi a la 01:00 hora local. Hago el cálculo mental; es como si hubiera estado en ese avión 16 horas.

—¿Qué hora es en Colombia, cariño? —le pregunto a Ángelo quien no parece estar muy afectado por el cambio de huso horario.

—Deben ser las siete de la noche, *principessa*. ¿Tienes hambre? Vamos, yo también necesito prepararme para el siguiente vuelo.

Primero ubicamos la puerta del siguiente vuelo, que hasta el momento está a tiempo y faltan casi dos horas para abordar. Luego buscamos en los pasillos algún lugar que no sea de comidas rápidas. Terminamos en uno discreto y pequeño el cual no me fijé el nombre. Busco una mesa y me siento mientras Ángelo me ayuda con mi maleta de mano.

Estoy adolorida. No puedo creer lo largo que se me hizo ese vuelo. Y pensar que vine en un asiento cómodo, con una chica atendiéndonos y llevándonos cuanto queríamos. Creo que sólo me levanté unas dos veces durante el trayecto; una para ir al baño y otra porque mis piernas estaban entumecidas.

No volvimos a saber de Gina, ella se estuvo callada en la fila de atrás, seguramente durmiendo. Lo cual fue un alivio porque no estaba de buen humor para aguantar comentarios fuera de lugar.

Ángelo pide un Solomillo para él y una paella para mí. Ambos platos rápidamente son vaciados en cuanto llegan.

Volar es una actividad extenuante.

—¿Qué tanto dormiste en el vuelo, *principessa*?

—Creo que no lo suficiente —le digo. La verdad aún no siento la necesidad de dormir, pero claro, acá es de madrugada.

—Es mejor así. Ahora que lleguemos a la sala de espera puedes dormir esa hora, luego intenta seguir en el vuelo. Necesitas ese tiempo porque vamos a llegar a Venecia a las seis de la mañana.

¡Oh por Dios!

A esa hora es cuando voy a querer dormir.

—Lo intentaré —le prometo no muy convencida. Estoy cansada pero no somnolienta.

Tal como lo dijimos, en cuanto llegamos a la puerta de desembarco, Ángelo pone su maleta como almohada y me insta a que me acomode. Lo hago sin ganas pero él tiene razón; el *Jet lag* puede darme muchos problemas en los primeros días.

Despierto asustada al sentir un movimiento extraño. Me percató que estoy en un asiento de avión y que Ángelo está recostado a su asiento dormido. Se ve tan pacífico que intento no moverme. Me pregunto cómo habrá hecho para subirme sin despertarme y acomodarme en el asiento. Lo único que pudo despertarme fue el movimiento de aceleración del avión al despegar. Prefiero no desperdiciar el tiempo, así que me recuesto en su hombro y me quedo dormida rápidamente.



Es difícil decir cuál de los dos está más dormido, pero al final en el aeropuerto de Venecia podemos decir que estamos empezando nuestro viaje —aunque lo único que queramos sea una cama, y precisamente para dormir.

—Cariño, dime que tenemos hotel y no vamos a llegar a la casa de tus primos —digo mientras esperamos las maletas en la barra giratoria.

Ángelo me toca la mejilla con dulzura.

—Claro que tenemos hotel, *principessa*. Las casas de mis primos son grandes, pero no son buenos con la privacidad. Y con ellos allí no podría hacerte todo lo que quiero hacer...

Algo me obstruye la garganta, así que tengo que toser.

—¡Vaya! ¿Son muchas cosas? —pregunto con mi mejor intento de picardía.

—Demasiadas... pero claro, después de descansar un poco —dice desinflando su pecho y suspirando sonoramente. Un pequeño bostezo también aparece.

Al conseguir nuestras maletas, Ángelo me detiene antes de cruzar las puertas para tomar una foto. Me arreglo lo mejor que puedo pero mi cara debe ser desastrosa. Aun así él sonríe y la guarda.

—Ni se te ocurra postearla —le advierto. Él sólo sonríe.

—Hay tiempo de tomar muchas otras. Por ahora, vamos hasta el paradero. Nos deben estar esperando.

Ángelo toma mi maleta grande y la arrastra con facilidad. Lo sigo a regañadientes porque mis piernas no quieren caminar innecesariamente.

Un grupo de unas cinco personas empiezan a ondear las manos al aire y sus llamados en italiano dicen Ángelo repetidas veces. Antes de llegar hasta ellos, me espera para que estemos a

la par, arrimando su cuerpo al mío. Como no tiene manos libres, señala con su cabeza a nuestro comité de bienvenida.

—No te asustes, *principessa* —me dice al oído.

El grupo es heterogéneo, dos hombres y tres mujeres que se ven inmensamente felices por ver a mi novio. Me doy cuenta que dos de las mujeres y los dos hombres son sus primos, mientras que la mujer restante es la esposa de uno de ellos. Había estudiado algunas palabras, así que cuando Ángelo dijo «*cugino*» ya sabía a qué se refería.

—Amore mio, ellos son mis primos Emilio, Fabio, Bianca y Silvia. Y ella es la esposa de Fabio, Pia.

—*Piacere di conoscerti* —respondo con mi frase pre aprendida que se asemeja con el «*mucho gusto en conocerte*».

Ellos me dan una sonrisa amable y me saludan afectuosamente.

—*Miei figli, lei è Esther* —me presenta Ángelo con una sonrisa deslumbrante.

El que había presentado como Emilio se acerca y me levanta en el aire como si no pesara nada. Si bien soy delgada, mis cincuenta y cinco kilos no pueden pasar desapercibidos. Aunque claro, Emilio es igual de alto que Ángelo, pero se ve más acuerpado, no sé si es musculatura u obesidad porque la ropa que lleva no deja que me percate. Por otro lado, Fabio es muy diferente, unos centímetros más bajo y delgado. Sus facciones son parecidas pero definitivamente son dos mundos. Las primas son casi idénticas; con cabello marrón claro que cae en suaves risos; sus ojos oscuros y boca gruesa. La única diferencia notable entre ambas es que una tiene la nariz más grande, haciendo que su cara tome otra proporción. Sin embargo, podría atreverme a pensar que son mellizas. La esposa de Fabio, tiene el cabello rojizo, aunque no natural. Su cutis se nota que tuvo serios problemas de acné en la adolescencia, aunque lo intenta tapar con varias capas de maquillaje.

—¡Vamos! ¡Vamos! —dice Fabio muy emocionado con un acento italiano pegadizo.

Nos conducen hasta donde parquearon el carro.

Cuando llegamos me llevo una gran sorpresa a ver ese pequeño auto que tienen. Es un Fiat que se ve minúsculo comparándolo con el carro sedan que yo tengo o peor aún, con el que tiene Ángelo. Siete personas no caben ahí. Incluso me sorprendería mucho si se metieron los cinco.

Ángelo al ver mi cara de horror, me tranquiliza diciendo que hay otro. Y es Emilio quien nos conduce hasta una Jeep un poco más amplia.

Como ellos saben que necesitamos descansar, el trayecto hasta nuestro hotel lo hacemos sólo nosotros. Tenemos que prometerles a todos que nos veremos más tarde para poder que no nos demoren más.

Resulta que la vía para autos no llega hasta nuestro hotel. Tenemos que seguir a pie unos

cuantos minutos.

Ángelo me anima, pero realmente lo único que estoy visualizando es una cama.

Cuando por fin llegamos al hotel, exhaustos de una jornada que apenas empieza, nos damos una ducha rápida, en la cual ni siquiera se me pasó por la cabeza nada sexual aunque tenía a Ángelo muy pegado a mí. Luego me cambio a algo ligero y me acuesto acurrucada en la cama, esperando que el sueño me venza.

Aún no puedo describir lo que he visto porque no he puesto atención. El viaje en el auto, aunque no fue corto, si tuvo una buena velocidad, y como estaba cansada, no me fijé en los alrededores. Incluso en nuestra caminata, sólo pude percibir las calles estrechas por las que pasamos y un puente peatonal muy bonito que cruza uno de los ríos internos. Claro, el paisaje es diferente, aún no he visto la zona en donde se embarcan las góndolas o las casas que parecen que están inmersas en el agua. Aquí todo se ve como una ciudad normal y espero que eso cambie.



A las cuatro de la tarde, salimos del hotel con rumbo a la casa de sus primos. Según Ángelo, escogió este hotel porque queda lo suficientemente retirado para que ellos no aparezcan en nuestra puerta y al mismo tiempo, pudiéramos hacer los desplazamientos caminando.

Ahora, mucha más descansada, puedo notar cierto estilo veneciano en la zona. Las casas son cuadradas en edificaciones llenas de ventanas pequeñas. Además, estamos en la zona de los museos de arte y la plaza de San Marco.

—¿Vamos a subirnos en una góndola? —le pregunto a Ángelo un poco esperanzada.

—¿Ya te sientes suficientemente entera para no marearte? —me pregunta escudriñando mi cara.

Un mohín me delata, así que él me besa en la frente y seguimos caminando.

Llegamos hasta una zona en la que el pasillo está rodeado de columnas, lo cual hace este sitio parezca un castillo. Nos detenemos para tomar algunas fotos mientras hago poses exageradas y en otras sólo sonrío.

Cuando llegamos a una iglesia, me anuncia que estamos cerca de la casa.

—Espero que estés preparada para muchas preguntas —me dice cuando señala la casa.

La zona se ve bastante comercial, hay muchos negocios de ropa, calzado y perfumes, pero entre todo eso, una propiedad de color verde manzana les interrumpe la armonía. Cuando Ángelo toca a la puerta, suspiro para darme fuerzas. Él aprovecha para besarme rápidamente.

Una mujer de unos sesenta años nos abre la puerta. Se nota el parecido rápidamente al tener los ojos de una gama de verde muy parecido a los de Ángelo. Su efusivo abrazo a su sobrino me hace dar un paso al lado para no interrumpir, pero ella enseguida lo suelta para seguir conmigo.

Creo que nunca me habían apretado tanto en un abrazo.

—*È bellissima!* —dice su tía mirándome a mí. Me doy cuenta que está haciéndome un cumplido.

—*Zia, lei è Esther* —me presenta—. Esther, ella es mi tía Orlena

Le extiendo la mano mientras asiento, pero ella vuelve a abrazarme con fiereza.

*Bueno, por lo menos van a enderezarme la espalda.*

Entramos y lo primero que me encuentro es una pequeña sala de estar con dos muebles, como no hay nadie ahí, no hago el intento de sentarme. Ángelo me dirige hacia la cocina, desde donde proviene mucho ruido. Parece que todo el espacio que le falta a la sala, se lo pusieron a la cocina; Hay un gran espacio de gavetas y de mesón. Pero claro que todo está siendo utilizado por las siete personas que están en ella. Hay dos cocinando algo en la estufa, mientras otro hace la bebida, uno que no alcanzo a verle la cara, está amasando mientras que otros sólo dirigen la comitiva.

Ángelo se aclara la garganta y todos paran de hacer sus actividades. Ahí están Fabio, Emilio, Pia, Silvia y Bianca. Además de otra mujer y otro hombre.

Me los presentan como el esposo de Bianca y la esposa de Emilio.

Luego aparecen dos niños gritando por la casa, que rodean a Ángelo para que los cargue. Ellos me ignoran por completo pero cuando él los obliga a mirarme, le hacen un asentimiento con aprobación. No estoy segura de qué hablan pero se escucha muy positivo porque todos los adultos sonrían.

—La pizza estará pronto —dice Bianca esforzándose por hablar en español.

Luego de hacer un recorrido por la casa, la cual es mucho más grande hacia arriba que horizontalmente, conocí los cinco cuartos, el estudio y la terraza. La casa no es ostentosa, se ve bastante arreglada pero los muebles y la decoración es austera.

Los niños nos siguieron, así que a Ángelo le ha tocado emplearse como traductor para que los chicos puedan transmitir sus inquietudes.

—¿Eres la novia de mi primo? —traduce la pregunta de Valentino.

—Así es —le respondo mientras me agacho y toco su nariz. El niño tiene un ojo azul y otro oscuro. Es fascinante y a la vez extraño.

—¿Van a casarse? —pregunta la niña, que creo que se llama Rafaella. Aunque le dicen Ella.

Ambos son hijos de Emilio. Supongo que esa rama de la familia es la que va a darme de que hablar.

—Supongo —digo mirando a Ángelo que se nota algo nervioso a pesar que fue él quien tradujo. Bien pudo haberse negado.

Los niños se ríen pero pronto siguen haciendo preguntas.

—Dicen que sus otros tíos no les han dado primos pequeños y que no tienen con quien jugar.

—Bueno pero se tienen el uno al otro —le digo, pero él no traduce sino que se acerca para darme un beso.

Eso causa hilaridad en los niños.

Lo regaño para que nos comportemos delante de su familia, pero él no parece hacerme caso, así que empieza a hacerme cosquillas. Acto seguido, los niños se le unen haciendo que me retuerza de la risa.

—*Figli, stanno per rompere la fidanzata di Angel* —aparece Emilio para controlar a su prole.

O eso creía, porque luego que se los lleva le levanta el pulgar a mi novio.

—¿Qué dijo? —le pregunto al no poder entender nada.

—Les advirtió que podrían romperte —dice con una sonrisa burlona que no se me hace nada divertida.

Le doy una palmada en el hombro que seguro me dolió más a mí que a él.

Luego de un rato anuncian la cena. Nos ubicamos en un gran comedor de doce puestos que está al fondo de la casa. Hay una pequeña entrada de luz que es un patio pequeño pero no tiene las características normales de Colombia. Agradecen por la cena, y luego empieza una batalla campal pasándose platos y comida.

Hay varias pizzas, pasta napolitana y ensalada. Todo en recipientes grandes.

Emilio empieza a hablar pero soy poco consciente que es hacia nosotros, sin embargo, cuando Ángelo se voltea para traducirme, dejo el tenedor que ya estaba lleno de pasta.

—Emilio pregunta si te ha gustado Venecia —dice Ángelo.

—¡Oh claro que sí! Se ve tan europeo. No sé si me entiendan.

Me demoro en ver las reacciones hasta que Ángelo termina; pero todos asienten con una sonrisa iluminada.

Y el bombardeo apenas empieza: su tía me pregunta sobre mi vida en Colombia, mi trabajo y amigos; Fabio sobre la comida típica; Pia pregunta si ya tenía hijos; Bianca si creía que podría cambiar de vida y ayudarlos a traer a Ángelo de nuevo a su tierra; Silvia me pregunta sobre los tratamientos de belleza que me hacía en la piel —a lo cual si me tocó ser sincera y decir que si la tenía tersa y suave, es por pura suerte genética —; Rafaella estuvo divagando un rato sobre lo lindo de mi atuendo; Valentino quiso saber mi color favorito; Emilio intenta sacarle más información a Ángelo sobre el viaje, que sitios íbamos a visitar y cuanto nos vamos a demorar,

pero creo que mi novio no le dio lo que quería. Incluso las dos parejas de los primos —que se me olvidó sus nombres —, estuvieron inmersos en la interrogación. Creo que al final, ellos obtienen una imagen general de qué he hecho en mi vida y cuáles son mis gustos.

Apenas si había probado la pasta porque entre pregunta y pregunta, no podía comer.

Por suerte, muchos se llenaron antes que yo, y fueron amables en dejarme comer las sobras.

Espero que luego de toda esa interrogación por lo menos les caiga bien. No es que me hayan dado ninguna señal contraria, es más, tantas sonrisas y abrazos no podían ser indicativo de otra cosa, pero yo siempre estoy prevenida sobre la familia de mis parejas.

—Eres *un* chica encantadora —dice Emilio cuando ya estamos recogiendo los platos.

Asiento perdonándole la falta gramatical. Me alegra que estén haciendo el esfuerzo por hablar otro idioma.

—Gracias —le respondo. Él lo imita haciendo mucho énfasis en la primera sílaba.

Le aplaudo porque le sale medianamente bien.

Nos sentamos en la minúscula sala, la cual se ve atiborrada al albergar tantas personas. Aunque los niños se aburren rápido y vuelven a su actividad favorita: correr por la casa. Oigo a Orlena quejarse por la bulla y a Emilio disculpar a sus hijos por ser niños.

Me alegra un poco dejar de ser el centro de atención por un rato.

—Te aman, *principessa* —me dice Ángelo sujetándome de la cintura.

—Pues creo que ya saben todo de mí.

—Te aman porque eres la mujer más hermosa, tierna y dulce que existe —me dice en el oído. Eso me hace estremecer desde los pies a la cabeza.

*Bueno cariño, creo que debemos irnos al hotel rápido porque te has ganado el cielo.*

## Capítulo 41

Con satisfacción puedo asegurar que acabé mi primera cena con los primos de Ángelo de una manera exitosa. Aunque mucha parte de la conversación no la entendí, la mayoría tenía la decencia de esperar a que mi novio tradujera las historias.

Y como Ángelo había asegurado, todos están locos. O más bien, desinhibidos.

Preguntaron cosas muy directas de nuestra vida sexual y luego, se pusieron a compilar sus propias experiencias y dándonos consejos para la pronta concepción.

No se detuvieron ni porque Ángelo los regañó y trató de hacerles ver mi bochorno.

—Bueno, *principessa* —me dice él cuando vamos caminando por la calle —, creo que tengo un lugar que debo mostrarte antes de volver al hotel.

—¿En serio? —pregunto entusiasmada.

—Es un lugar especial. Ya entenderás.

Llegamos hasta la plaza San Marco, un lugar gigante al aire libre, rodeado por una edificación veneciana antigua, llena de columnas y arcos que le dan mucha elegancia. Pero lo más notable es la gran torre que está al fondo. Lo más alto que se ve desde aquí. Ángelo tira de mi brazo, llevándome a grandes zancadas hacia la puerta de esa torre. Parece que hay forma de subir hasta la cima.

—Esta es la *Campanile de San Marcos*, uno de los sitios más representativos de este distrito. Y tiene una vista espectacular. Me muero por mostrarte.

Sonrí ansiosa. Creo que a Ángelo le gustan los lugares altos.

Ya por la escasa luz del día, no creo que vaya a poder detallar toda la ciudad, pero estoy segura que debe ser asombroso. Casi sin aliento, llegamos hasta la taquilla, pagamos y seguimos hasta los ascensores. Después de una pequeña fila, nos adentramos en esa caja de metal. Luego de un ascenso rápido, en el que tuve que pegarme a él como garrapata porque el ascensor hace un ruido como si quisiera pararse, salimos ansiosos de ver la vista.

Lo primero que noto son las cinco campanas, que aunque están quietas, se ven imponentes. Me imagino que sería infernal el ruido si todas suenan.

Nos acercamos hasta una de las ventanas y es cuando quedo con la boca abierta; todo se ve pequeño y silencioso. Lo más cercano es una construcción con techos redondos que parece un

castillo, luego está las casas de los lados. Desde aquí puedo ver todo el distrito de San Marco, rodeado por el lago y el río interno. La luz tenue del atardecer y el alumbrado público hacen una combinación mágica.

Ángelo me rodea con sus brazos desde atrás y nos balanceamos por un rato sin apartar la vista de ese espectáculo.

Este es un momento asombroso. Intento agradecerle por traerme, pero la voz se me corta y me pongo a pensar que tengo mucha suerte de haberlo encontrado.

—¿Te gusta, *principessa*? —pregunta en mi oído, estremeciéndome.

—Es hermoso —digo ensimismada.

—Esperemos unos minutos más. Cuando esté más oscuro toda la ciudad se ilumina.

Asiento. Creo que he encontrado algo que en realidad le gusta... las vistas desde miradores. Recuerdo que me llevó a uno por la vía al mar y ahora aquí. Supongo que no puede ser coincidencia.



Lo primero que veo al abrir los ojos en la mañana, es una gran caja de regalo. Me irgo asustada por su tamaño y por el gran moño en la parte superior. ¿Qué está tramando mi novio? ¿Acaso un regalo de tamaño normal es muy poco?

Reviso el resto de la habitación y no hay señal de él. Lo llamo pero no hay respuesta.

Con cautela, me acerco hasta la caja y la abro despacio. Una gran cantidad de globos con helio salen del interior, que pronto llegan hasta el techo de la habitación, dejando un reguero de papelillo que tenían encima. En la tapa de la caja está escrito un «¿Estás preparada? Sigue las notas». Es ahí donde me fijo en el piso, un camino de post-it con caritas felices y con palabras en italiano.

Como Ángelo necesita espacio, había reservado la suite del hotel, así que tiene dos habitaciones, cocina, dos baños, una sala bien equipada y una barra con una despensa de vinos. Tengo que admitir que a pesar del despilfarro de dinero, estoy bastante cómoda y me encanta que me consienta de esa manera.

Voy recogiendo los papelitos, todos con mensajes de amor. Me entenece cada uno, alegrando mi acelerado corazón.

Cuando llego hasta la sala, lo veo al otro lado usando una guayabera blanca y uno pantalón caqui muy sexy, está al lado de una mesa para dos con el desayuno listo. Ha adornado la mesa y él tiene puesto un gorro de cumpleaños. Me siento un poco desarreglada para esta celebración. Sólo llevo mi pijama.

Lo alcanzo para besarlo por esta sorpresa tan bonita.

—Déjame me pongo algo encima —le digo señalando mi atuendo, que aunque es delicado y muy apropiado para seducirlo, no lo es para un desayuno como este.

—Noooo —rezonga atrayéndome —. Este es un día especial, *principessa* y así como estás, te ves perfecta. Prometo dejarte comer, pero posiblemente pasaremos al postre muy rápido.

—¿Un desayuno con postre? —pregunto con recelo fingido.

—Es un desayuno de cumpleaños y —se separa un momento para pasarme una caja que rápidamente la identifico como joyería — este detalle.

Alzo una ceja con expectativa. Un collar plateado con bellos zafiros sobresale en cada pequeña rosa que tiene. Un alarido sale de mi boca sin poder contenerlo. Me abalanzo hacia él con tanta fuerza que alcanza a trastabillar, pero no caemos.

—¡Oh por Dios! ¿Qué hice para merecerte? —Estoy tan emocionada que no lo suelto a pesar que él trata de responder. Creo que le estoy apretando mucho el cuello.

*Demonio: ¿Viste ese collar?*

*Ángel: Sí, claro... se ve muy hermoso.*

*Demonio: A ver, recapitulemos... Estamos en la suit del hotel, vamos a estar cinco días aquí y otra semana en Roma y en otra ciudad. Además de ese collar... ¿Acaso este hombre es millonario?*

*Ángel: Tiene un negocio exitoso.*

*Demonio: Ajá...*

*Ángel: ¿Por qué quieres sembrar cizaña ahora?... Antes todo era, «mira ese torso», «lánzate y móntalo como un potro salvaje»... puedo decir muchas más. Y entonces, resulta ser un caballero, que la quiere, la trae hasta su tierra... ¿Y ahora quieres empezar con las sospechas?*

*Demonio: Debo tener entretenimiento en mi vida.*

*Ángel: No le dañes esto.*

*Demonio: ¿Yo?*

—Como ya te había dicho, *amore mio*, te mereces esto y más. Feliz cumpleaños —dice con dificultad.

Cuando por fin logra hacerme sentar para desayunar, me ayuda a colocarme el collar. Se siente tan fino y liviano. Quisiera tener un espejo para poder contemplarlo.

—Creo que el azul es tu color —me dice mientras coloca la servilleta en su regazo.

—Aunque el verde me gusta más —mirando directamente sus ojos.

Por primera vez lo veo sonrojarse. Por lo menos de manera evidente.

—*Ti amo principessa* —dice atrapando mi mano y besando el dorso.

Delante tengo un croissant de *nutella*, huevos revueltos y un *cappucino*. Lo miro con mucha hambre, así que Ángelo me hace una señal para que lo pruebe. Con entusiasmo, descubro que la combinación de la *nutella* con los huevos es casi irreal. La mezcla me hace suspirar y cerrar los ojos para degustarlo.

—Este croissant está delicioso —digo mientras limpio un poco que quedó en mis labios.

—Sabía que te gustaría.

Por supuesto. Nada puede quedar mal al combinarse con *nutella*.

—¿Puedo hacerte una pregunta indecente? —empiezo luego de terminar de masticar.

—¿Qué tan indecente? —pregunta con picardía.

—Sobre todo curiosa —aclaro.

—Bien.

—¿Cuánto dinero te estás gastando en este viaje?

Palidece. Sin embargo se recupera y me regala una sonrisa penosa. Intento mantener fija mi mirada para que sepa que quiero que me responda.

—Lo pregunto porque si es mucho, quisiera ayudarte...

—Eso no es necesario, *principessa*. Realmente no es tan costoso, todo lo hice por medio de mis primos; Fabio trabaja en el sector hotelero, así que me consiguió este sitio a un precio increíble; Silvia sabe de turismo, y tiene muchos socios, así que también conseguí un buen precio. Ya sabes, sangre italiana corre por mis venas...

—Todo en familia, eso me gusta —le digo un poco asombrada.

—Así es. Me gustan las familias grandes.

*Y yo quiero una.*

Terminamos el desayuno con temas relacionados al dinero, pero no ahonda en la cantidad que está gastando. La verdad no me importa, supongo que puedo hacer algo para compensarlo luego.

—Este sólo es el comienzo del día... Espera lo que tengo planeado para la noche —dice con entusiasmo en la voz.

—¿Y qué hay en el medio? —digo tomando un mechón de mi cabello y lo retuerzo.

—Bueno... ahí podemos improvisar —dice levantándose, rodeando la mesa y besándome en los labios con parsimonia, saboreando cada segundo.

## Capítulo 42

Ángelo

Tengo muchas cosas planeadas para este viaje pero por mucho que lo haga, los nervios que se posan en la boca del estómago no van a desaparecer. Intento parecer seguro, confiado y altamente decidido, pero en el fondo siempre va a existir alguna duda de que me rechacen por llevar un ritmo acelerado.

Esta es la segunda noche en Venecia y seguramente la más importante del viaje porque mi principessa está cumpliendo años. Siempre he pensado que compartir una fecha especial con una mujer, te une inmediatamente a su vida. Quizás estamos más unidos de lo que parece pero quiero afianzarlo por todos los medios posibles.

En serio, todos los medios posibles.

Desde que vi esa morena preciosa a la distancia, tuve que contenerme de ir y presentarme yo mismo. Luego supe que era la esposa del dueño del negocio y peor aún, accionista de la empresa. Fue un golpe al corazón entender que no estaba a mi alcance. Sin embargo, todo cambió en mi mente el día que vi a su esposo con la secretaria. Desde ese momento, supe que mis sentimientos podían crecer, y lo han hecho. Se han expandido por todo mi cuerpo como si me dieran una nueva razón para vivir.

Quiero que la cena de esta noche sea perfecta. No puedo esperar para ver su cara cuando le dé la sorpresa que estoy planeando.

Mi principessa me muestra dos opciones de vestido, ambos me parecen hermosos; uno es floreado de tiras delgadas, que se ajusta a la cintura; el otro es azul rey con un cuello en media luna que se ve muy elegante.

—¿Elegante o floreado? —pregunta con esa expresión tierna que me enamora.

—¿Debo escoger? —le pregunto un tanto pícaro.

Ella hace un mohín.

—Bueno, es que tú sabes a donde me llevas, yo por otro lado...

Hace un gesto para evidenciar que no tiene idea de lo que tramo.

*Y es exactamente eso lo que me pone nervioso.*

—Definitivamente el azul —digo señalando el elegante. El azul es uno de mis colores favoritos.

Me regala una sonrisa y desaparece de nuevo. Se muy relajada y feliz. Algo que espero mantener por el resto de mi vida.

Me ajusto la corbata, de nuevo. Soy un poco psicótico con esto. Me gusta que quede perfectamente simétrica entre ambas partes. Además que de alguna manera, tener todo en orden me relaja.

Esther me deja absorto cuando sale del baño. Se ha hecho rizos en las puntas de su cabello, lleva un maquillaje suave pero se puso un labial rojo tan intenso, que me dan ganas de probarlo. El vestido se ajusta perfectamente a su cuerpo, haciéndola ver sofisticada y endemoniadamente sensual.

Debo recordarme varias veces que debemos ir a cenar y si nos demoramos perderemos la reservación.

Por otro lado, ella se ríe con cohibición mostrando esa faceta suya tan dulce; esa luz que trasmite cuando entra a un lugar y su aura toca a las demás personas.

—¿Así de bien? —pregunta sonrojándose hasta las orejas.

—*Perfetta* —respondo alucinado. Lo cual hace que el color rojizo se intensifique en sus mejillas.

—Gracias, también está muy guapo, señor Egizi —dice ronroneando.

Con sólo esa frase ya me tiene en su bolsillo.

—Supongo que no debería sorprenderme ese hecho —digo con fanfarronería. Y le sonrío de tal manera que ella deja de respirar.

Se adelanta dos pasos para alcanzarme y abrazarme con fuerza.

—¿A dónde vamos? —pregunta mirándome directamente a los ojos.

Sus ojos marrones intensos son como un mundo lleno de sorpresas. A veces la delatan, mientras que en otras ocasiones, la ayudan a ocultar sus sentimientos; a veces se ven más claros, casi como si fueran de chocolate y luego los puede oscurecer cuando está alterada o preocupada. Sea cual sea su estado, me sigo perdiendo en ellos como el primer día.

—Bueno... podría decírtelo si me das un beso —le digo acercando mis labios a los suyos.

—Podría hacerlo, aunque quedarías con la boca roja —dice señalando su labial.

—Tener un poco de labial vale la pena. —Recorto la distancia hacia ella, quien me detiene con su dedo justo cuando estaba a punto de besarla.

—Primero lo primero —dice ella esperando que le diga mis planes.

*Es una chica lista.*

—Vamos a ir a un restaurante —le digo y estiro mis labios.

Finge que se acerca pero luego se retira.

—Eso no es lo suficientemente bueno —replica. Sus ojos se ven iluminados al estar sacándome información.

La sujeto de la cintura y la levanto un poco para poder tener al alcance su cuello; que hasta donde me he dado cuenta, es su punto débil. El respingo que da es el esperado. Pronto siento que sus piernas pierden la fuerza para sostenerla.

—Bien, un beso —me dice acercándose con deliberada lentitud.

Tengo que tomarla de sus mejillas para prologarlo. Cuando se separa de mí, se ve radiante y excitada.

*Oh tesoro, se tu sapessi come mi hai*

Tengo que pensar en algo del trabajo para calmarme antes que Esther lo note y no quiera salir de la habitación.

—Sólo voy a llamar a Sonia para saber cómo está Killian y nos vamos.

—Por supuesto, *principessa*. Es mejor asegurarse que le esté dando de comer —le digo con una sonrisa. Ella achica los ojos pero luego afloja el ceño y niega con la cabeza.

Salimos del hotel y caminamos hasta la estación de góndolas *Bacino Orseolo*, un lugar muy concurrido de San Marco para coger una embarcación. Por suerte, ya tengo eso cubierto; un amigo de mis primos debe estarnos esperando para hacer el recorrido.

Veo en los ojos de Esther esa emoción de la primera vez, cuando entiende que vamos a subirnos en la góndola. Me mira con impresión y casi con lágrimas en los ojos. El barquero nos da la bienvenida a la embarcación y nos promete un viaje tranquilo.

El recorrido no es largo. Había escogido ese restaurante por su antigüedad y por su calidad de comida pero además, no quería que se nos hiciera tarde con los desplazamientos. Quizás en los otros cinco días que nos quedan aquí, podemos recorrer las otras islas, pero por ahora, quiero que conozca esta que es casi como mi segundo hogar.

La temperatura está un poco más fría que lo que Esther está acostumbrada, compruebo en mi celular en cuanto el viento nos impacta en el rostro al ser los únicos en el barco. La aplicación del clima anuncia unos diecisiete grados centígrados. Como un caballero, me quito el saco y se lo extiendo por encima de los hombros para que se caliente; además la abrazo haciendo movimientos de arriba abajo con mis palmas sobre sus brazos.

—Esto es hermoso, cariño. Siempre soñé con navegar en Venecia.

—Pues me alegra cumplir tus sueños, *principessa*.

Le doy un beso en la sien con todo el cariño que puedo expresar en un gesto.

Cuando caemos en el *Rio del Scoacamini*, sólo nos resta unos minutos. Pronto se ancla en uno de los postes para amarrar las góndolas y con un asentimiento y varias despedidas calurosas hacia Esther, nos bajamos.

Caminamos hasta la esquina y desde lejos puedo ver el aviso típico veneciano que dice *Bistrot De Venise*. Muchos de los restaurantes en la zona tienen una larga fila de mesas en la calle, con una decoración en blanco con sillas de mimbre realmente hermosas. Sin embargo, por las características de esta cena, quiero que nuestra mesa sea en el interior.

El maître nos recibe con una sonrisa y se deslumbra con la belleza exterior de mi novia. Ella se sonroja y hace un puchero con los labios, un poco incómoda.

—*Benvenuti al ristorante Bistrot De Venise, avete una prenotazione?* — *Bienvenidos al restaurante Bistrot De Venise, ¿tienen reservación?*

—*Grazie mille. È nel nome di Ángelo Egizi – Muchas gracias. Está a nombre de Ángelo Egizi.*

—*Qui il signor Egizi, la cucina ha una notte difficile e abbiamo un ritardo, ma tutto quello che consumano prima di andare al vostro tavolo sarà a causa della casa. Farò tutto il possibile per non dover aspettare a lungo - Por acá señor Egizi, la cocina está teniendo una noche difícil y tenemos demora, pero todo lo que consuman antes de pasar a su mesa será por cuenta de la casa. Haré todo lo posible para que no tengan que esperar mucho.*

Esther se pega a mi lado y trata de saber que pasa, así que le susurro en el oído que vamos a esperar un momento en la barra del lugar.

—*Grazie, Federico. La signorina e io avremo un vino bianco, il meglio che ci devi raccomandare - Muchas gracias Federico. La señorita y yo tomaremos un vino blanco, el mejor que tenga para recomendarnos* —digo leyendo su nombre que está en su bolsillo.

—Creo que pude entender esa parte —dice Esther orgullosa—. Dijiste que tomaríamos vino blanco.

—¿Y? —alzo una ceja para saber que más captó.

—Hmmm —se toma la barbilla con los dedos haciendo un gesto pensativo—. No más.

Suelta una risita encantadora que hace que mi corazón martille fuerte.

Una presencia hace que desvíe la mirada de mi hermosa novia hacia la persona que se está acercando.

— *Questa è una vera coincidenza. Finalmente ritorno in Italia ed è bello vedere un volto familiare dopo tanto tempo - Esta sí que es una verdadera coincidencia. Por fin regreso a Italia y es agradable ver una cara conocida después de tanto tiempo.*

Me irgo acomodándome el saco y le extiendo la mano, maravillado. Fernando O'pherer, un viejo amigo de negocios que me contrató cuando necesitaba ayuda con la parte financiera y administrativa de la embajada de Colombia. Resultó siendo mucho más trabajo del que al principio parecía, pero lo logramos luego de unos meses de arduo trabajo. Así que nos hicimos amigos; curiosamente porque con él podía practicar mi idioma de sangre, y podía hablar de lo que es ser alguien que le gusta recorrer el mundo.

Le doy un abrazo afectuoso que a él lo sorprende un poco, pero termina golpeando mi espalda con dos palmadas amistosas.

—*Fernando, così a lungo senza sapere di te. Cosa ti porta a Venezia? Affari o piacere? - Fernando, tanto tiempo sin saber de ti. ¿Qué te trae a Venecia? ¿Negocios o placer?* —pregunto con una voz alegre. Luego me percató que está acompañado y le extiendo mi mano a la chica que lo acompaña.

—*Entrambi - Ambos*—responde con un toque de diversión —, *E tu?- ¿y a ti?*

—*Solo piacere - Solo placer.* Te presento a mi *principessa*, mi novia, Esther Rosas, él es Fernando O'Pherer —La presento a mi amigo y ella lo saluda bastante feliz de oír otra vez español en dos días.

—Encantado Esther, si este hombre te tiene secuestrada pestaña dos veces—bromea con su singular sentido del humor.

La sonrisa de Esther se ensancha inmensamente. Estoy tentado a besarla aquí delante de todos.

—Ella es Johana Ehrenfeld —presenta a su acompañante con voz categórica. Como si eso fuera lo único que va a decir.

Estrecho su mano delicada y ella me regala una media sonrisa que no transmitía la misma energía que percibí hace un momento.

Luego de unos minutos, el maître nos pregunta si vamos a sentarnos juntos. Veo a Fernando muy interesado en ello y como yo no tengo problema con las demostraciones públicas de cariño, aceptamos.

—¿Sigues viviendo en Colombia?—pregunta Fernando luego que los meseros han llenado nuestras copas con vino.

—Claro que sí, es un paraíso y mi país natal, al final. Además, tengo que agradecerle a esa tierra, haber encontrado a la mujer de mi vida. Aunque nunca puedo descartar que se produzca un cambio —Lo veo palidecer un poco, como si no me creyera del todo —. ¿Y tus hijos siguen siendo un desastre?

—Algunas cosas nunca cambian, si te cuento no sé si llorarías o reirías —dice con una sonrisa que demuestra su amor paterno—. Así que... principessa...

Esther voltea a mirar y yo le doy un beso en la palma de su mano. Johana también presta atención a la pregunta implícita.

—Ella es mi *principessa* y más. Me trae loco —respondo con sinceridad. Esther me lanza un beso y sus ojos se humedecen.

Fernando se ve algo tenso con la conversación, así que le hago el favor y hablo en italiano.

—*E voi due? -¿Y ustedes dos?* —Me siento muy curioso porque en ningún momento ha tratado de tocarla o le ha dado una mirada amorosa.

Aunque siempre supe que él era un tipo reservado en cuanto a relaciones luego de perder a su esposa.

—*È complicato Johana lavora per me all'ambasciata e sta uscendo da una relazione apparentemente complicata - Es complicado. Johana trabaja para mí en la embajada y está saliendo de una relación al parecer bastante complicada.*

—*Non sembra complicato. Stanno insieme come fidanzati e tutto ciò che devono fare è guardare al futuro. - No se escucha complicado. Están juntos como novios y lo único que deben hacer es mirar hacia el futuro.*

—*Penso che il ragazzo stia dicendo molto, ma qualcosa del genere - Creo que novio es decir mucho, pero algo así* —dice intentando que el tema se quede hasta ahí.

Así que no insisto.



La conversación pasa por muchos temas: sus hijos, nuestro trabajo, sus viajes diplomáticos, las peleas en las que se envuelven sus hijos y su novia —a la cual él llama como si fuera su hija—, Esther le cuenta la historia de su divorcio y la vasectomía del cretino de su ex.

Incluso nos volvemos bastante escandalosos porque por cada historia, Esther casi no puede parar de reír, mientras que la no novia de Fernando parece ausente.

Cuando terminamos la cena me levanto pretendiendo ir al baño. Supongo que todos están llenos porque las porciones fueron perfectas, pero lo mejor aún está por venir.

Llamo a un mesero ocultándome con una de las columnas de la construcción. Él me mira con atención mientras le doy indicaciones de los pasos a seguir en nuestra mesa. Asiente con una sonrisa cómplice y se va a la cocina rápidamente.

Estoy tan nervioso que podría vomitar.

## **Esther**

Cuando ya nos entregan la mesa, nos sentamos todos juntos. Por mí no hay problema, realmente es agradable encontrarse a alguien conocido en otro lugar, pero parece que a Johana le molesta el cambio de planes.

¿Será que estamos interrumpiendo una velada romántica?

*Demonio: Pues yo no los veo muy románticos.*

*Ángel: Pueden ser reservados.*

*Demonio: Me da igual. Al final esta era la cena del cumpleaños de Esther y ella no parece molesta por compartir.*

*Ángel: No conoces los motivos de Johana.*

*Demonio: Y claramente no me importan.*

—Venecia es preciosa. ¿Es la primera vez que vienes? —pregunta Johana al notar que la estoy mirando.

—Sí, y estoy encantada con la ciudad, es de ensueño. ¿Y ustedes?

—Bueno —Johana titubea, creo que he tocado un tema sensible—, no es la primera vez que vengo, pero si la primera vez con Fernando. Antes hemos estado en Milán, pero por cuestiones de trabajo.

—¿Trabajan juntos?—fue imposible que evitara la sorpresa en mi voz.

—Sí, él es mi jefe —admite con un hilo de voz. Sus mejillas se sonrojan a un nivel alarmante.

Así que intento relajar el ambiente.

—Ángelo es mi socio —le confieso con complicidad tratando de que su vergüenza desaparezca, ella sonríe pero continua un tanto abochornada, algo me dice que no es por el hecho de que Fernando sea su superior.

—Es que estoy intentando salir de una relación y todo es bastante enredado.

Entonces ella mira a Fernando y puedo identificar las primeras emociones en su cara: querer y deseo, pero no logro identificar las segundas, porque parecen entristecerla y distanciarla de Venecia.

—¿También trabajas junto a tu ex?—le pregunto sin poder refrenarme, el alcohol me ha hecho más cotilla de lo que normalmente soy.

—Sí, algo así, él... trabaja con Fernando, son cercanos—ella suspira y apura lo que queda en su copa y no insisto más en el tema aunque la curiosidad me carcome.



¡Dios! Todo está tan delicioso. Me tocó contenerme a la hora de comer porque Johana no parecía estar cien por ciento en la conversación y jugaba con su comida más de lo que comía. Y si yo comía a toda velocidad, se notaría rápidamente.

Aprovecho que Ángelo fue al baño para hablar con Fernando.

—Se nota por tu acento que no eres de aquí —empiezo titubeante—. Pero además hablas con fluidez el español.

—Bueno, realmente soy portugués, al igual que mis padres, pero he acumulado unos cuantos lenguajes en mi carrera, mis hijos hablan en dos idiomas de por sí, así que la casa es bastante desastrosa en cuanto a idiomas se refiere, pregúntale a Amelia y su mejor amigo el traductor del teléfono. ¿Así que crees que hablo bien español? —pregunta con una ceja levantada.

—Muy bien. Con cierto acento español...

—Lo sé —sonríe como si recordara algo—. Mi amigo se ve muy enamorado y feliz, como nunca lo había visto, ¿qué le hiciste?

—No lo sé, creo que fue él quien me hechizó a mí.

—Permíteme decirte que considero que eres muy valiente al estar de nuevo en una relación luego de tu divorcio, yo llevo varios años de viudo y sigue siendo un tema complicado para mí. Pero, tú, Esther, no pudiste escoger mejor. Ángelo es una excelente persona, muy profesional, correcto y bastante agradable —dice con aprecio.

Solo sonrío no quiero añadir nada más sobre Ricardo, este momento es de ensueño para dañarlo al mencionar su nombre. Sin embargo, es cierto que Ángelo es exactamente como esa descripción.

—Gracias. Aún no creo que estemos en un viaje romántico en nuestro primer mes de relación.

Oigo que Johana empieza a toser, así que Fernando le da palmadas con amabilidad y él mismo también parece necesitarlas.

—¿Primer mes? —pregunta Johana estupefacta.

—Sí —le doy una mirada amable. Esa es la reacción de todo aquel al que le contamos que ya vivimos juntos y estamos de viaje para conocer a su familia—. Estamos locos, lo sabemos.

Un mesero pone una torta de crema en frente. Se ve claramente delicioso pero no hemos pedido postre. Cuando intento llamarlo, Ángelo aparece en su asiento con un plato en la mano. Me doy cuenta que fue él quien lo pidió.

A Fernando y a Johana también les traen pero son diferentes.

—Oh no, *principessa*, ese es el mío —dice señalando mi plato.

No entiendo muy bien lo que quiere decir.

—¿Es el tuyo? Dime que el mío es de chocolate o algo así —pregunto esperanzada. Este postre se ve delicioso, pero nunca hay que subestimar el poder que tiene el chocolate sobre mí.

—Bueno... espero que sea algo que disfrutes.

Toma mi plato de la mesa y me pone uno vacío en frente. Frunzo el ceño con muchos interrogantes y lo miro para que me dé una explicación.

Donde me diga que puedo engordar, lo mato.

*Demonio: ¿Dónde está el pastel de chocolate?*

*Ángel: ¿Dónde está el pastel de chocolate?*

*Demonio: Nadie juega con algo así.*

*Ángel: Definitivamente nadie debe.*

Ángelo se ve extrañamente nervioso, alcanzo a ver una gota de sudor en su frente y su sonrisa tiembla un poco. Se lleva la mano al bolsillo y luego la saca sosteniendo algo dentro de su puño. Lo deja caer en mi plato, que hace un tintineo metálico. Cuando retira la mano me demoro en comprender que está pasando; es hasta que Johana contiene el aliento a modo de sorpresa y Fernando se pone más pálido que un papel, comprendo que ese anillo es de compromiso.

Cuando giro mi rostro hacia Ángel, está arrodillado a mi lado y los meseros están rodeando nuestra mesa, tomados de la mano; no sé si es para dar privacidad o porque van a cantar algo. Ellos empiezan a mover sus cabezas de un lado a otro en sincronización mirando directamente la escena.

La garganta se me seca inmediatamente. El pecho se infla y mis pulmones les cuesta soltar el aire.

—*Principessa* —empieza con esa voz dulce que me hace suspirar —. Te amo tanto que no puedo esperar...

—Sí —respondo sin dejarlo terminar —. Sí. —Me levanto y lo beso tan desesperadamente que él tiene que reincorporarse sin deshacer nuestro abrazo.

Quedo ligeramente en el aire hasta que terminamos el beso y vuelvo a respirar con prisa. Soy poco consciente que el restaurante entero se ha levantado y está aplaudiendo; incluso Fernando y Johana que eran los más asombrados.

Ángelo toma el anillo del plato y lo desliza por mi dedo anular. Vuelve a besarme, esta vez más suave y dulce. Pronuncia un «ti amo» en mi oído con su voz ronca y sensual.

*Ángel: ¡Hay boda! No puedo creer que sea tan pronto... Esther se ve muy feliz.*

*Demonio: Sí, sí... genial... Otra boda.*

Fernando se acerca para felicitarnos mientras los meseros se siguen balanceando y empiezan a cantar una canción en italiano. No estoy segura que es, o si en realidad es una canción o más bien como buenos deseos.

—Felicidades, sé que serán muy felices juntos —Fernando me extiende la mano pero luego intenta darme un pequeño abrazo con poco contacto.

—Gracias —respondo casi como un susurro porque mi garganta sigue seca.

Tomo un poco de vino que tenía en la copa y me acerco hasta Johana que sigue alucinada.

—Te ves muy feliz, te deseo mucha felicidad y que cumplas tus sueños —dice ella un poco cohibida.

Le agradezco con un beso en la mejilla y un abrazo cariñoso. Ella parece una buena chica, aunque no del todo feliz.

Ángelo hace una señal a los meseros y estos, empezando de nuevo una canción, traen un pastel de chocolate con una vela en el centro.

*¡Oh Dios! ¡Qué alguien me despierte!*

Por el ritmo en que cantan, me doy cuenta que están cantándome feliz cumpleaños en italiano pero luego cambian a inglés para hacerlo más obvio.

—¿Cumpleaños y propuesta en una misma noche? Todo por lo alto ¿no? —le dice Fernando a Ángelo a modo de broma.

—Lo mejor para ella —responde mi italiano favorito.

Luego se acerca hasta mí cuando ponen el pastel en la mesa y me insta a pedir un deseo.

Me quedo un rato pensándolo pero si soy sincera, él ya está cumpliendo la mayoría de lo que quiero para mi vida. Sólo falta una cosa...

Soplo decidida y de nuevo escucho aplausos enfurecidos. Este sin duda, es el mejor cumpleaños de todos los tiempos.

—Te amo —le digo mientras le unto la nariz de chocolate.

—Te amo más —responde limpiándose con el dedo y lamiéndolo en una pose tan sexy que no puedo evitar echarme a sus brazos.

## Capítulo 43

Jadeante, me tiro a un lado de la cama tratando de recuperar el aliento. A mi lado, el pecho de Ángelo sube y baja con aceleración y su torso desnudo está perlado de sudor. Mis piernas se sienten como gelatina y la sensación de bienestar se extiende por todo mi cuerpo.

Después de llegar del restaurante, no veía la hora de encerrarme en el cuarto y no precisamente para dormir. Aunque realmente no llegamos hasta la cama; primero, no pudimos separarnos en el ascensor sino hasta que alguien entró en el séptimo piso; luego, aprisioné a Ángelo contra la puerta hasta que decidimos entrar. Cuando le pude quitar el saco y luego fui por la camisa, Ángelo fingió que estaba acelerando demasiado pero claro, una sonrisa excitada se formó en su cara para decirme que siguiera. Empezamos en el sillón, también estuvimos en el mesón de la cocina, luego en la ducha y por último en la cama. Toda una faena increíble.

—*Principessa*, debería hidratarme si quieres seguir con este ritmo —dice un poco entrecortado por falta de aliento.

—¿Quieres que te traiga algo? —le pregunto mientras alcanzo mi bata.

—Si puedes caminar, sí —dice tratando de ser gracioso.

Hago un mohín.

Sin embargo, al estirarme, varios de mis músculos se quejan haciendo que me tuerza y camine de forma extraña.

—No te atrevas a burlarte —lo amenazo.

Intenta contenerse pero su risa resuena en toda la habitación.

—Eso te va a costar, cariño —digo tratando de sonar seria.

Me devuelvo y trato de hacerle cosquillas, pero soy rápidamente atrapada en sus brazos mientras rodamos hasta la otra orilla de la cama. Sus ojos verdes me desorientan por un momento. Ahora mismo, se ven mucho más claros de lo que generalmente puedo describir. Su rostro angelical se mantiene imperturbable, esperando que sea quien reacciona a la cercanía. Lo beso en la mejilla y luego en la nariz, causándole un pequeño escalofrío.

—De verdad necesito tomar algo o podría desmayarme —dice sentándose y llevándome con él.

Juntos caminamos hasta la cocina. Estamos rendidos y la noche está avanzada. Lo más sensato

a esta hora sería estar durmiendo y mucho más al estar todavía descuadrados en horario.

Ángelo se toma una botella de agua en dos segundos. Veo su manzana de adán subir y bajar y al final soltar un suspiro de satisfacción. Por mi parte, le doy traguitos pequeños a mi botella, al sentir que está helada. Es una sensación agradable, pero no soy capaz de tomármela tan rápido.

Conversamos un rato sobre la cena y sus amigos, hasta que nos interrumpe un gran bostezo de mi parte. Ángelo, con una expresión tierna, aparta la botella de mi mano, la pone en la nevera y vuelve por mí para alzarme en brazos. No puedo evitar sonreír cuando estoy en el aire.

Me lleva hasta la cama, dejándome con suavidad y tratando de arroparme. Lo detengo porque necesito hacer una última parada en el baño antes de dormir —además tengo que asegurarme que todo esté en orden allá abajo.

Me escapo de su agarre y corro en puntas de pie hasta la puerta del baño. Le tiro un beso y cierro con seguro.

Luego de asearme vuelvo a la cama, donde Ángelo ya está extendido con un bóxer diminuto que me trae muchos malos pensamientos, pero a la vez, como estoy tan cansada prefiero pasarlo por alto.

Mañana habrá tiempo.

*Demonio: ¡Más le vale!*

*Ángel: ¿No tuviste suficiente con la demostración del semental de ahí?*

*Demonio: Creo que nadie podría tener suficiente y Esther no escapa de esto.*

*Ángel: Bueno tengo que admitir que fue impresionante.*

*Demonio: ¡Maldita sea! ¿En serio dijiste eso?*

Me acurruco a su lado y él posa su mano en mi abdomen.

—Buenas noches, prometida —me dice en el oído como si fuera un cántico.

—Buenas noches, *amore mio* —respondo intentando pronunciarlo con sensualidad.

Su rostro se ilumina y me besa con cariño.



Nos levantamos temprano porque Ángelo había planeado hacer un tour por las islas más representativas de Venecia: Burano, Murano y Torcello. Donde podríamos encontrar los más coloridos y antiguos paisajes.

Nos embarcamos junto a otras cinco personas y un traductor que habla cinco idiomas. El

recorrido empieza en cuanto llenamos el cupo, así que pronto se empieza a mover, el traductor relata cada parte de Venecia con destreza. Aunque tengo que decir que es un trabajo muy duro, cada cosa tenía que repetirla cinco veces en cinco idiomas. Un completo dolor de cabeza.

En un momento, estamos muy lejos de tierra y sólo se ve agua alrededor. Como es de mañana, está pacífico y casi se puede detallar el fin del océano si se mira hasta el horizonte. Se ve tan hermoso y sosegado que me produce las primeras lágrimas de emoción. Ángelo me atrae hacia él cuando me nota sentimental.

*Maldito periodo al ponerme llorona.*

Aunque tengo que admitir que tiene sus recompensas.

Varias de las chicas que están en la embarcación se fijan en nosotros. O más bien, en Ángelo. Veo como se lo comen con la mirada.

El pequeño llanto se me acaba y paso a estar en modo protección. Lo tomo de la mano y atraigo su cabeza para darle un beso profundo, territorial y aclaratorio.

Cuando terminamos, ninguna nos está mirando.

*Bien, sigan así.*

Llegamos primero a la isla de Torcello, la más antigua. En ella nos muestran la Basílica de Santa María Assunta y el Trono de Atila. Tomamos la mayor cantidad de fotos mientras el guía nos apura para seguir.

A veces este tipo de tours no llenan completamente tus expectativas porque siempre están corriendo.

El común denominador de los monumentos de esta isla, es estar con los ladrillos expuestos y envejecidos. Supongo que ese es el carácter que transmite. Se ve claramente impresionante cuando estás cerca por su gran tamaño. Parece que en la época que los construyeron, no se medían en materiales y en espacio de metro cuadrado.

Ángelo compra un recuerdo y seguimos al grupo.

La siguiente isla es Burano, que su belleza representativa son sus casas de colores por los canales principales. Admiramos la variedad de construcciones y la cantidad de turistas que están caminando por las pequeñas aceras. Tengo que admitir que el contraste entre el agua, el cielo y las casas, es paradisiaco.

La última es Murano, donde nos presentan un show de cómo los artesanos trabajan con el vidrio. Preciosas creaciones que pueden hacer calentándolo y retorciéndolo hasta que consiguen la forma deseada. Decidimos comprar nuestros nombres unidos por un corazón y nos llevamos una gran sorpresa cuando nos lo entregan. La caligrafía es exquisita, el corazón se ve bien proporcionado y la unión de ambos, nos deja satisfechos.

Para las dos de la tarde ya hemos vuelto a nuestro hotel, cansados de caminar y tomar fotos. Nos cambiamos de ropa y de calzado por algo más más cómodo.

—Aún falta mucho por ver, pero si quieres podemos hacer compras hoy.

—¿Compras? —le pregunto entusiasmada.

Es la primera vez que un hombre se ofrece a ir de compras voluntariamente.

—Sí, hay muchas tiendas con cosas típicas venecianas o simplemente si quieres comprarte algo bonito, *principessa* —dice sin prestar mucha atención por estar tomando agua.

—¿Estás dispuesto a pasar la tarde comprando conmigo?

—Sí, claro.

—¿Seguro?

—¿Por qué pareces tan sorprendida?

—No lo sé, supongo que por el hecho que a los hombres no les gusta acompañar a las mujeres a comprar.

Eso lo pone pensativo. Luego su rostro se transforma en una sonrisa socarrona.

—Puedo ponerle un precio, si eso es lo que quieres.

Me acerco hasta él, con un dedo estirado que pronto choca con su pecho haciéndolo retroceder. Camina hacia atrás hasta que se encuentra con el sillón y cae sentado.

—¿Qué quieres? —digo sentándome a horcajadas sobre él.

—¿Qué tan dispuesta estás a probar cosas nuevas? —pregunta acercando su rostro hasta mi cuello.

Un calor agradable se posiciona en mi estómago y va bajando hasta mi entrepierna. Y empeora más, cuando aprieta mis piernas con sus manos acercándose más.

—Mientras no sea algo exhibicionista, lo que pidas —le digo aceptando.

Gruñe en respuesta y empieza a dejar besos mojados por mi mandíbula.

*Demonio: ¿Ahora también tiene cincuenta sombras? Este hombre mejora y mejora.*

*Ángel: No es que esté dispuesto a ver que la azotan.*

*Demonio: Pues te tapas los ojos.*

—Tengo muchas buenas ideas... aunque tengo que admitir que posiblemente alguna pueda ser

al aire libre —confiesa entre dientes.

—Sin exhibicionismos, cariño... Ya es bastante complicado andar contigo vestido con todas esas lanzadas que quieren que les prestes atención, no me imagino si estuvieras mostrando más de la cuenta.

Eso lo detiene y me mira.

—¿Quiénes?

—Las chicas que iban en el tour... Muy bonitas por cierto.

Sí, hay que admitirlo. Más jóvenes y lindas... Las muy malditas.

—No las vi.

—¿Qué? Pero si te estaban devorando con la mirada, incluso tuve que besarte para que supieran que ibas acompañado.

Hace un puchero divertido y niega con la cabeza.

—No me di cuenta, *principessa*. Estaba bastante absorto con el paisaje y al estar acompañado de la mujer más hermosa. Aunque hay que agradecerles que te hayan puesto celosa para que me hayas dado ese beso tan... —hace un gesto bastante lascivo — digamos que si no hubiéramos estado en ese barco con compañía, te habría tomado ahí y seguro tacharía un check de mi lista.

Toda mi sangre sube a mis mejillas dejándome completamente colorada.

—Entonces, ¿en un barco?

Asiente.

—Y en un carro, en avión si es posible... aunque sé que eso requiere un avión privado. También podría enunciar algunos lugares altos o fronterizos que me gustaría inaugurar.

—¡Vaya! —exclamo sorprendida—. ¿Empezando cuándo? —pregunto tanteando el terreno.

—¿Qué te parece esta noche? Creo que tengo el lugar perfecto —dice con una emoción que contagia.

—Bien, primero las compras y luego cumplir tus fantasías, ¿trato? —digo extendiendo mi mano un poco porque estamos muy pegados.

—Claro que sí, *principessa*.

Me besa ignorando mi mano. Se levanta cargándome, da media vuelta y me deja caer de espaldas sobre el mueble.

—Mientras, te voy a dar un pequeño adelanto —dice abriéndome la camisa y dejándome

expuesta.

—Pensé que íbamos de compras...

Pone un dedo en mis labios para detenerme.

—Después.

Dicho esto, empieza a quitarnos la ropa con bastante prisa.

*Ángel: ¿Qué? ¿Acaso este hombre no se cansa? ¿De qué está hecho? ¿De acero?*

*Demonio: ¿Ah?*

*Ángel: Dije que sí...*

*Demonio: Sí, te oí. ¿Por qué no te callas y disfrutas del espectáculo?*

*Ángel: Es que parecen conejos...*

*Demonio: Tal vez eso es lo que necesitas en la vida para dejar de ser tan amargado...*

*Ángel: Mejor dicho, me avisas cuando estén vestidos...*

Aunque no nos demoramos mucho porque nuestras hormonas estaban casi al borde de la explosión, cada vez que estamos juntos, puedo saborear el verdadero placer de sentirme amada en cada aspecto. La necesidad de estar conmigo, el amor que transmiten sus caricias y sus miradas penetrantes llenas de deseo.

Podría seguir así un tiempo indefinido...

## Capítulo 44

Cuando llegamos hasta una azotea de un hotel cercano, me doy cuenta del encanto que tiene el lugar: Por todo el alrededor tiene un muro que me llega hasta la cintura, hay un techo que cubre sólo un cuarto del área de la terraza, que tiene pequeños bombillos unidos con cuerdas y éstos cuelgan desde cada extremo. Debajo, hay un colchón y un pequeño nochero, además, hay una mesa adornada para dos con una gran botella de champaña y dos copas. Pero sin duda, la mejor parte de todo es el cielo estrellado que hay esta noche. Me llevaría mucho tiempo intentar contarlas y como la luna hoy está casi en su punto máximo, hay una gran luminosidad en el ambiente.

—Empiezo a entender tus fantasías —comento cuando lo veo acercarse a la botella para destaparla.

—¿Te gusta? —pregunta engrosando la voz y sirviendo la champaña.

—Es mucho más de lo que esperaba —admito.

Cuando él habló de un lugar alto, pensé en un sitio oscuro, donde nadie pudiera vernos y que tocaría hacerlo de prisa. Pero aquí, aunque tenemos una pequeña privacidad creada por los semi muros, hay mucha luz y un ambiente romántico especial. Se puede ver la ciudad, los ríos que la rodean y el cielo espectacular que tenemos hoy.

—Me alegra sobrepasar tus expectativas... Es lo que quiero seguir haciendo siempre.

Alzo mi dedo anular con el anillo de compromiso. Él sonrío.

—Me encanta estos detalles, cariño.

Ángelo se acerca para pasarme la copa. Brindamos en silencio con las miradas fijas en el otro. Él toma pequeños tragos de forma insinuante, subiendo y bajando una de sus cejas.

—Entonces te encantará lo que viene a continuación...

—¿Qué? —pregunto inquieta ante su insinuación. Pero él niega con la cabeza y me hace una señal para que espere.

Me acomodo en el asiento estando atenta a cualquier pista que me indique qué tiene planeado.

—¿Qué fecha te gustaría para la boda? —deja la copa en la mesa, me rodea posicionándose a mi espalda. Luego siento sus manos en mis hombros, que suavemente sube y bajan por mi cuello.

—No lo sé. Cualquier mes menos diciembre —respondo al recordar el mes en el que me casé

con Ricardo.

—Menos diciembre, anotado. A mí tampoco me entusiasma ese mes, mucho frío y demasiadas fechas especiales... Prefiero la exclusividad y obviamente el verano. ¿Qué te parece este verano?

—Me gusta... aunque en Colombia no hay estaciones.

—No dije nada de casarnos en Colombia... —dice como si fuera un detalle sin importancia.

Mi cara debe causarle gracia porque intenta alejar el contacto visual y se ríe con disimulo. Da la vuelta para quedar de frente, sentándose en la mesa con parsimonia. Parece que le gusta medir mis reacciones con esas frases cripticas.

—No en Colombia...

—Hay posibilidades de muchos sitios, ¿por qué limitarnos?

Una pregunta válida.

—Bien, en verano. ¿Eso quiere decir que sería en un año? —hago las cuentas mentales.

—¿Un año? No, claro que no. El verano ya casi llega, falta unos días.

Eso fue como recibir un fuerte impacto. Menos mal ya he terminado mi trago o seguramente lo habría devuelto de inmediato. ¿Acaso quiere que organicemos una boda en un mes? Entiendo que él quiere todo rápidamente, que no quiere esperar... pero esto sería demasiado acelerado.

—¿En un mes?

—Bueno, no necesita ser todo corriendo. Además, quiero que sea impresionante. Sólo dime que quieres, de qué tamaño, cuántos invitados y está hecho, *principessa* —dice con energía y suavizando el verde de sus ojos.

—¿Y sí la quiero privada y sólo con familia y amigos cercanos? —pregunto aun asombrada.

—Hecho —dice acercando sus labios a los míos para sellar nuestro acuerdo.

—¿No te decepciona? —inspecciono en sus ojos para saber si de verdad está de acuerdo con mi idea.

—Para nada. Lo que tú quieras, me hará feliz. Aunque si pudiéramos dejar que nos fotografien luego de la ceremonia, todos sabrán que te amo y eres la dueña de mi corazón.

*Demonio: Supongo que todos incluye al idiota del exesposo.*

*Ángel: Eso es seguro.*

*Demonio: Y las mujeres que lo persiguen.*

*Ángel: Diría que es un buen modo de comunicarlo para que lo dejen en paz.*

*Demonio: ¿Acaso no tiene algún defecto para poder divertirme haciendo teorías de conspiración o algo?*

*Ángel: ¿Para qué me desgasto hablando contigo?*

*Demonio: Pues si no lo sabes tú...*

Esa frase me entenece, así que tengo que levantarme y abrazarlo con fuerza. Mi instinto grita que lo bese ahí y ahora, y le quite hasta la última prenda que tiene, pero justo cuando estaba por hacerlo, él me baja hasta que toco el piso con firmeza y me lleva hasta uno de los muros de la azotea.

Lo miro extrañada porque no dice nada, sólo mira a la ciudad con concentración. Lo imito tratando de averiguar qué es tan interesante. Sin embargo, es el primer estruendo el que me hace dar un paso hacia atrás.

Miles de luces de muchos colores explotan muy cerca de nosotros. Los fuegos artificiales empiezan en una secuencia de arriba abajo, formando reflejos muy hermosos al ser un espectáculo controlado.

Me agarro del muro con fuerza al no poder hablar. Simplemente disfruto de la experiencia mágica de estar presenciando algo así desde un lugar privado, alto y bastante cercano a donde los están activando.

En cierto momento, el cielo deja de estar oscuro. Muchas luces llenan el horizonte iluminando todo el perímetro del distrito.

Una pequeña lágrima sale de mi ojo izquierdo, entre emocionada y absorta.

Ángelo me abraza por la espalda y luego se suelta. Siento que se agacha, así que volteo a verlo, y lo encuentro otra vez de rodillas.

*¿Ya no me propuso matrimonio?*

*—Principessa...*

*—Ya te dije que sí, cariño.*

Hace un gesto para que lo deje terminar. Cierro la boca pero voy a saltar de emoción en cualquier momento, así que es mejor que se apure.

*—Principessa, cástate conmigo en Roma —dice mientras toma con sus dos manos mi dedo anular con el anillo.*

Tengo que abrir la boca sólo para respirar porque la nariz fue insuficiente. Doy un paso hacia un lado, medio mareada por la reciente propuesta. Se supone que nos quedan unos tres días aquí, vamos a ir a Bologna otros tres días y cuatro en Roma. ¿Cómo espera que nos casemos en una

semana?

—Amor, yo sé que no quieres perder tiempo... —empiezo pero el nudo en la garganta me está dificultando pronunciar correctamente y seguir con el pulso normal —. Pero esto es loco. ¿Cómo vamos a planear una boda en una semana? ¿En otro país?

—Eso lo tengo resuelto —dice él desechando mis dudas.

*Ángel: Ángelo es tan... Hmm... Proactivo.*

*Demonio: Loco, querrás decir.*

*Ángel: Está enamorado.*

*Demonio: Sí, lo que sea.*

—¿Cómo que resuelto?

—Si me dices que sí, mi familia tiene muchas cosas arregladas.

Cierto, todo en familia.

Ni siquiera conozco a la familia que está en Roma y ellos ya planean realizar mi boda. ¿Desde cuándo me aman así?

—Definitivamente esto es demasiado.

—¿Me estoy pasando de algún límite? —pregunta con voz tristonza. Casi puedo percibir que hay un miedo intrínseco incluido.

—No sé... Es que acabamos de comprometernos hace veinticuatro horas. Y además no podría casarme sin Sonia presente. Ella me mataría.

—Eso puede resolverse, *principessa*. A ella le pedí que tuviera disponibilidad para viajar por dos días...

¿Le pidió eso y ella no me dijo? Tuvo que haberla convencido muy bien para que mi amiga no abriera la boca.

—Deberías levantarte, ya te debe doler la rodilla.

—No me has respondido —dice al notar mi evasiva.

—¿Debe ser ahora?

—Sería excelente, aunque también podría ser antes de irnos de aquí.

*Ángel: Ya aceptó casarse con él. No entiendo porque ahora quiere esperar.*

*Demonio: Por mí, mejor... Más pasión, menos obligaciones.*

¡Maldita sea! Ese gesto en su rostro debería ser ilegal. ¿Cómo puedo negarle algo cuando me mira como si yo fuera un sol? Como si fuera lo único que puede mirar.

Se levanta despacio con el gesto descompuesto. Trata de disimularlo pero se nota que he herido sus sentimientos al no haber aceptado de inmediato.

Con su mano, toma mi cintura apretándome contra él y apoya su frente en la mía. Respira con pesadez, mientras sus ojos miran al suelo.

—Te amo, *Bella*. Te amo tanto que quiero gritarlo todo el tiempo, besarte cada segundo y me urge estar a tu lado por siempre. Sé que a veces acelero pero es inevitable, y más cuando creo que tú me amas de la misma manera. Quizás no con ese ímpetu, pero sí con pasión y sé que es real. Lo veo cada vez que me besas... Y cada vez que te pones celosa porque alguien quiere llamar mi atención.

Una sonrisa se asoma en mi rostro. Él siempre sabe que decir.

—Bueno en mi defensa, eres muy sexy.

—Lo sé... —acepta sin ningún tipo de modestia.

¡Dios! ¡Amo a este italiano!

*Demonio: ¿Dijo amor?*

*Ángel: Sí.*

*Demonio: Ya la perdimos.*

—Bueno... Supongo que Roma debe ser una ciudad hermosa para una boda pequeña.

Me rodea con ambos brazos y me alza en el aire de la emoción. Su sonrisa de oreja a oreja es casi tan luminosa como esos bombillos que tenemos detrás.

—Esta va a ser una de las mejores noches de mi vida, *principessa*...

Con agilidad, me lleva hasta el colchón depositándome con algo de rudeza. Ese pequeño golpe activa todas mis terminaciones nerviosas, poniéndose alerta a lo que va a suceder. Lo veo quitarse lentamente cada uno de los botones de su camisa y seguir con el pantalón que tiene puesto. Intento empezar a hacer lo mismo, pero él me detiene.

—Quiero hacerlo yo —coge una de mis manos mientras veo que el verde de sus ojos se oscurece, lleno de excitación.

—Tú puedes hacerme lo que sea, futuro esposo.



La luz del día empieza a llegarnos a pesar del techo que nos alcanza a cubrir. Eso me despierta de inmediato porque sólo tengo la cobija encima, y si bien, estamos mucho más alto que cualquier casa alrededor, no hay que olvidar que hay un gran mirador sólo a cien metros o menos.

Ángelo aún duerme tranquilamente. Debe estar realmente cansado luego del día de ayer. No sé cómo lo hace, pero tengo que admitir que es poderosamente viril.

Lo beso en la mejilla para despertarlo, pero lo que no sabía, es que él ya estaba esperando ese gesto, porque le fue fácil atraparme y rodar para quedar debajo de él.

—Ya está bastante claro, cariño.

—Lo sé, pero te ves arrebatazoramente hermosa esta mañana. No podía dejar pasar la oportunidad de besarte y decírtelo.

—Bueno, te falta el beso.

Sin dejarme terminar, une sus labios a los míos. Al principio creo que se va a retirar enseguida, pero cuando lo profundiza y recorre mi cuerpo con su mano, me doy cuenta que no está dispuesto a soltarme tan rápido.

Intento detenerlo. Cuando nota mi resistencia se aleja con una sonrisa encantadora. Alcanza su ropa y me pasa la mía. Nos vestimos sin levantarnos del todo, esperando que los muros nos tapen y que nadie tenga binoculares cerca.

—¿Te pareció muy arriesgado o exhibicionista? —pregunta en cuanto vamos bajando por las escaleras.

—No, estuvo realmente encantador.

—Es bueno empezar despacio.

¿Despacio?

Creo que con este hombre no me voy a aburrir nunca.

## Capítulo 45

—¿Qué significa esto, Essy? —pregunta Sonia con una expresión inquieta.

Apenas hace unos dos minutos, Ángelo compró el boleto para Sonia, así que fue bastante rápido recibir un video llamado de su parte.

—Bueno es un boleto de avión para el veintiséis de mayo.

—Eso logro ver. Lo que quiero saber es por qué. Dice que es del veintiséis al veintinueve. Tres días, aunque puede ser poco tiempo, el hecho que me hagas viajar hasta allá es muy sospechoso.

—Supuse que querías ver Roma por unos días. Siempre planeamos irnos a recorrer el mundo en algún momento y ya que tenemos esta oportunidad, sería bueno aprovecharla.

—Essy —dice alargando el sonido de la última letra.

—Sonia.

—No te atrevas a ocultarme algo, porque sabe Dios, que conozco cada uno de tus gestos desde hace muchos años. No me estás diciendo todo el plan y la verdad, no quiero llegar allá sin saber de qué se trata.

—¿No puedes aguantar ni una semana para saberlo?

Ella niega con decisión.

—Es que me gustaría mantenerlo entre pocas personas. Y ya sabes, tú eres de las que les gusta gritar las grandes noticias.

Veo que agranda sus ojos como platos. Repaso mis palabras esperando no haberla ofendido.

—¿Hay una gran noticia?

Maldita sea. Acabo de caer en su trampa.

Supongo que mi rostro es lo suficientemente evidente porque empieza a gritar como una loca. Se toma el cabello y lo retira de su cuello, tratando de ventearse con un papel.

—¡Vamos Essy! Soy tu mejor amiga. Tu. Mejor. Amiga —dice entonando cada palabra como si fuera una declaración de guerra.

En un movimiento involuntario, supongo que tratando de pasar como quien no sabe de qué se habla, paso mi mano derecha por la frente para rascarme. Supongo que la piedra es lo suficientemente grande para notarse incluso en el video llamado.

—¡Oh por Dios! ¡Qué! —dice moviendo la cámara demasiado rápido.

Seguramente ella estaba desde el celular porque todo empieza a verse borroso. La oigo gritar y saltar. Afortunadamente está en su apartamento, así que no hay nadie que pueda verla.

Cuando se estabiliza, escucho su respiración agitada y veo una sonrisa ilusionada aparecer en su rostro. La sinceridad de su expresión me impacta muy fuerte. Ella, aunque en su vida diaria no planea un matrimonio, sigue pensando en mi felicidad y parte de eso, es aceptar que mis decisiones no serían las suyas. Y a pesar de todo eso, se alegra por el camino que estoy tomando.

—Bueno... creo que ya te haces una idea —digo sin poder parar de sonreír.

—¡Oh por Dios! ¡Cuéntamelo todo, cariñito! ¿Se arrodilló? ¿Fue romántico? ¿No me digas que fue en un barco? Por lo general, se les cae el anillo al mar.

Eso me hace reír por unos segundos.

—Fue muy hermoso. Me llevó a un restaurante muy veneciano. La verdad no tuve ninguna pista. Principalmente porque se encontró a un amigo con su pareja y nos sentamos todos juntos. Y luego, preparó toda una orquesta con el postre, haciendo cómplices a los meseros del restaurante. Hizo que me dieran un pastel de crema, pero luego me dijo que ese no era para mí.

—Owwww ¿y te dio un pastel de chocolate con el anillo?

—Casi. Primero me puso el anillo en un plato vacío. Luego llegó el pastel.

—Es tan perfecto —dice con sus ojitos cristalizados.

—Sí.

Oigo que algo se mueve detrás de mí. Ángelo con una sonrisa deslumbrante nos pilla hablando de él. Siento que se acerca hasta ponerse en la cámara. Saluda a Sonia con la mano y me da un beso sonoro en la mejilla.

—Espero el viaje con muchas ganas. ¿Qué vamos a hacer? ¿Vamos a ir organizando la boda? Me imagino que esperas conseguir un vestido allá. Me muero por buscar uno contigo.

—Bueno... no creo que tengamos tiempo. La boda es el veintiocho.

Y eso fue como una bomba para ella. Varias veces trató de decir algo. A veces balbuceó una pregunta que no alcanzamos a entender.

—Nos vamos a casar en Roma, Sonia. En poco más de una semana.

—Me muero... —dice entre labios —. ¿Te vas a casar el veintiocho? No entiendo, como fue

eso, primero se fueron de luna de miel y se casan al final del viaje. Están haciendo las cosas demasiado extraño... Y rápido.

—Sí, no es la primera vez que nos lo dicen —volteo a mirar a Ángelo, quien se ve realmente feliz.

—Espera un momento me recupero. Este es el segundo strike de esta llamada. Es demasiado para mi corazón.

—Claro. Ve por agua o algo.

Veo que se desplaza hasta la cocina. Deja el celular en la mesa, así que por un rato visualizamos el techo del apartamento.

Ángelo aprovecha para robarme un beso y luego, se va hacia el baño.

Pasan unos segundos, en los que estuve caminando de un lado a otro por la habitación.

—Bueno, ya me siento mejor. Por lo menos, ya me hice a la idea. ¡Por Dios! ¡Te casas con el italiano sexy! Voy a comprarte mucha lencería atrevida para que lo dejes noqueado luego de la boda.

—¿Noqueado?

—Tú me entiendes... Noqueado y cansado —dice con esa cara que pone cuando habla de orgasmos.

—¡Ay Sonia! Te he extrañado estos días.

—No te creo. Estás vibrante y feliz... Y estoy segura por qué. Así que mi nombre no debe haberse cruzado por tu mente mucho últimamente. Aunque realmente aprecio que me estés invitando a tu boda internacional. Eso no es cualquier cosa... Es un gran gesto.

—No me podía casar sin que tú estuvieras presente.

—¿Para que sea tu vía de escape por si te arrepientes?

—No me voy a arrepentir.

—Nunca se sabe. Podrías conocer a otro italiano más sexy que él en esta semana.

—¿Más sexy? ¿Eso existe?

—Oh cariñito, en serio estás enamorada —se burla un poco de mí pero sé que es con cariño.

Ángelo vuelve a aparecer para hacerme una señal con el reloj. ¡Es cierto! Tenemos que irnos. Hemos quedado con sus primos para una cena de compromiso en un restaurante que la familia alquiló por esta noche.

—Amiga, tengo que irme. Estoy ansiosa por recogerte en el aeropuerto.

—Oh... yo estoy ansiosa por conocer Roma —dice con aire dramático—. Y claro acompañarte a tu boda. ¿Por lo menos tiene algún primo soltero que pueda presentarme?

Eso es una buena pregunta. Alzo mi mano para que espere.

—Cariño, Sonia pregunta si hay algún familiar o amigo que puedas presentarle para no estar sola en la boda.

La carcajada de Ángelo me hace reír. Menos mal había desactivado el micrófono de la llamada.

—Varios de mis primos que están en Roma aún son solteros... Pero no puedo asegurar que no tengan pareja.

Le transmito el mensaje a Sonia, quien luce esperanzada.

—Pregunta que si son tan sexys como tú —vuelvo a preguntarle a Ángelo.

Por supuesto él vuelve a reír y niega con la cabeza.

—Lo lamento, Sonia. Pero te será difícil encontrar a alguno como él.

—¡Claro! Ahora te burlas... pero ya verás... En fin, que te vaya bien estos días. Nos vemos entonces. Tengo que ir a darle de comer a ese perrito encantador que creo que me voy a quedar.

—¡Ja!

—Tú lo dejaste abandonado para irte a casar... eso es ser mala madre.

—¡Oye!

—Es broma cariñito —la veo un poco borrosa porque se está carcajeando con fuerza y doblándose sobre sí misma—. Tengo que ir pensando donde lo voy a dejar esos días que viajo. ¿Alguna sugerencia?

—Voy a pensarlo. Luego te llamo para eso.

—Listo. Que disfrutes tus últimos días de soltera... que fueron pocos, por cierto.

—No sé si lo dices como algo bueno o malo, pero estoy demasiado feliz para pensarlo ahora... Cuida a Killian... te mando besitos.

—Bueno Essy, chao. Mándale saludos a ese tipo sexy que tienes detrás.

Colgamos casi al tiempo. Ángelo me mira a la expectativa que le cuente algún chisme sobre la llamada, pero en general, ya sabe lo más relevante.

—Está muy emocionada, creo que casi se desmaya.

—La vi. Me alegra que la tengas como tu familia. Lástima que tu ahijado es muy joven para viajar...

Cierto. Christian apenas con un mes no puede hacer esa clase de viajes.



Llegamos al restaurante un poco tarde. Tengo que reconocer que fue mi culpa porque no podía decidir que ponerme. Había empacado con la idea de conocer las ciudades, caminar, quizás ir a la playa, pero no tenía entre mis planes comprometerme e ir a lugares muy elegantes. Y como había usado el vestido azul hace dos noches, no podía volverlo a usar. Así que tuve que ponerme uno floreado y agregar un chal en mis hombros para darle clase.

La familia ya está reunida en una mesa redonda que hay en medio del salón. La primera en salir a nuestro encuentro es su tía Orlena. Ella me da dos besos en mis mejillas y se muestra tan feliz de nuestro compromiso. Me toma la mano derecha y observa con detenimiento el diamante que está en mi dedo. Se le va el aliento por unos segundos y luego lo alza para que los demás lo vean. Aplauden maravillados y se levantan para saludarnos con abrazos.

—*Ángelo ed Esther!* —exclama Fabio alzando su copa.

Todos lo imitan y brindan a nuestro nombre.

Luego de todos los calurosos saludos, nos sentamos en la mesa en medio de una conversación divertida. Lo digo por sus rostros, porque yo no entiendo. Ángelo habla con desenvoltura y creo que escucho el nombre de mi amiga en la anécdota, así que rápidamente sé a dónde se dirige.

—Emilio dice que dos de nuestros primos están sin pareja. Y que con la descripción que di de Sonia, seguro que les va a interesar.

Lo miro ceñuda.

—¿Cómo la describiste? —pregunto con un tono receloso.

Lo veo tragar con dificultad. Cosa que me divierte.

—Pues como es: cabello largo y rubio, rostro delicado, buen cuerpo...

—¿Buen cuerpo? —alzo una ceja con una expresión interrogante.

—Pues si... —lo veo empezar a sudar. Sus primos que seguramente no entienden mucho español, pueden imaginar la situación por nuestra expresión corporal —. Tiene buen... —hace el gesto de grandes pechos. No puedo evitar soltar una carcajada que rápidamente es seguida por toda la mesa.

Me percató que todos se encontraban tensos antes que yo me relajara.

—Es una buena descripción, cariño —digo pasando mi mano por su brazo en una caricia.

Ángelo suelta el aire que tenía retenido en sus pulmones y me lanza una mirada traviesa, llena de promesas. Promesas de hacerme pagar por lo que acabo de hacer.

Y de la forma en que sabe hacerlo.

Silvia sale al rescate de la conversación hablando de algo sobre la recepción de la boda. Dijo algunas frases en español, así que supe a qué se refería. En algunos momentos Ángelo me traducía, así que podía saber que tanto decían sobre lo que debíamos hacer. Aunque todos eran conscientes del poco tiempo del que disponíamos.

—*Ci hanno già detto qual è il posto. È piccolo ma ha una buona illuminazione. Mia zia ha già assunto fioristi e qualcuno che organizza i piccoli dettagli.* —dice Bianca.

—*È grandioso* —contesta Ángelo.

—*Ma quello che molti vogliono sapere è se Esther cambierà il suo cognome* —interrumpe Silvia.

Cuando todos me voltean a mirar, entiendo que están hablando sobre mí y no estoy segura que dijeron. Me acerco a Ángelo pero él parece no querer traducirme. Tengo que codearlo para que preste atención y empiece.

—*Principessa*, no tienes que aceptar nada de lo que ellos propongan.

—¿Qué dicen? —hago caso omiso a su advertencia.

—Bianca estaba hablando de que ya tenemos el lugar de la ceremonia y que mi tía contrató un florista y un organizador para la boda.

—Eso es bueno... tenemos poco tiempo.

—Sí, claro.

Todas las personas de la mesa siguen mirándome con expectativa. Emilio y Pia casi que quieren traspasarme con su mirada ansiosa. Por su parte Silvia mira a su primo y le hace un gesto para que se apure.

—Dime cariño —lo aliento—. No creo que sea algo más descabellado que proponerle matrimonio a tu novia de apenas un mes —digo en tono de broma pero él no sonríe.

—Silvia dijo que todos están esperando una decisión tuya...

—Ajá —la muletilla sale sin querer porque me desespera cuando se pone en el plan de darme los detalles poco a poco.

—Quieren saber si vas a cambiar tu apellido.

Volteo a mirar a toda la familia. Orlena, me da un asentimiento cariñoso, Emilio parece demasiado absorto por mi expresión así que suelta una risa baja que no pasa desapercibida por su esposa. Silvia ahora me mira a mí con esos grandes ojos oscuros, mientras que su melliza niega con la cabeza y habla en italiano muy despacio. Alcanzo a entender que no necesito contestar.

—*Sorella!* —exclama Silvia a Bianca.

—La presionas —dice Bianca.

Es chistoso que Ángelo sienta que su familia me presiona cuando él siempre ha estado con el pie en el acelerador todo el tiempo. Me gusta que sienta que debe protegerme y que no tengo que aceptar cuanta cosa se les ocurra, pero también, que ellos deseen que comparta el apellido de su primo, es encantador. Sin mencionar halagador.

Me consideran de su familia a pesar de lo extranjera que soy. Sin duda eso hace saltar mi corazón.

*Demonio: Definitivamente odio los preparativos de boda.*

*Ángel: ¡Ay Alégrate!... Es momento de unión y felicidad.*

*Demonio: Te aseguro que si pudiera alcanzarte, ya no tendrías plumas.*

—Para mí sería un honor —digo para que todos escuchen con claridad.

Esperan hasta que un Ángelo no muy convencido, traduzca.

Todos se levantan y celebran. Se turnan para abrazarme. De nuevo.

—Bienvenida a la familia, mi futura señora Egizi —dice Ángelo en mi oído como si fuera una canción. Eso me pone a vibrar inmediatamente.

Gracias a Dios, después de eso, la conversación cambia y se centra en el viaje que van a hacer dos días antes. Ya tienen el vehículo alquilado y están tratando de acomodarse en las casas de la familia de Roma. Han tenido dificultades porque no hay mucho espacio y ellos son doce.

Tengo que admitir que cuando ellos dicen que van a comer, es en serio. La cena estaba compuesta de dos platos; uno que lo consideran como entrada y el plato principal. Luego, trajeron vino así que siguió por un rato la conversación, hasta que llegó el postre y cada uno se deleitó en solitario en el maravilloso mundo del chocolate.

Supongo que mi debilidad ya fue revelada, así que ahora la usa a menudo.

Nos despedimos poco después, la mayoría me abraza y me besa con tanto sentimiento que es imposible no devolver el gesto. Le agradezco a Orlena por haber planeado esta cena y salimos del restaurante muy cansados.

—¿Estás preparada para lo que viene ahora? —dice Ángelo cuando vamos llegando al hotel.

—¿Ahora? ¿Aún tienes fuerzas?

—Cada vez que te veo mis fuerzas se reavivan —dice con su voz de seda.

Los vellos de mi espalda responden a esa insinuación y mi cuerpo se prepara para que me bese. Las sensaciones que experimento cuando une sus labios con los míos, es algo mágico e inigualable. Casi pierdo el equilibrio y caigo en sus brazos.

—Te amo, Ángelo Egizi.

—*Non mi stanco mai di ascoltare.* No me canso de escucharlo —dicho eso, se agacha y pasa sus manos por detrás de mis rodillas para alzarme como si fuera un bebé.

Llegamos hasta la suite y con mucho cuidado me baja hasta la cama.

—No puedo esperar. Esta semana se va a hacer realmente larga. Ya quiero que seas mi esposa.

*¡Oh Dios! Y yo que seas mi esposo.*

## Capítulo 46

Los siguientes días se pasaron con gran prisa; nos despedimos de Venecia con algo de nostalgia y ansiedad. Ese lugar paradisiaco siempre va a estar en mi corazón como un descubrimiento de mi parte enamorada y tremendamente golosa.

Cuando llegamos a Bologna, el primer día tratamos que fuera solo para nosotros, esforzándose en mostrarme el lugar. Este era un lugar mucho más pequeño y menos turístico, así que el ambiente es diferente. Mucho menos personas de otros lugares, aunque la estructura arquitectónica era muy similar. Grandes casas con techos redondos que se parecían a castillos medievales y renacentistas. Sin embargo, el tiempo juntos fue poco porque su tía Selena hizo aparición cuando estábamos conociendo la ciudad. Prácticamente nos arrastró hasta su casa y me presentó a todos sus hijos, nietos, nueras y yernos. En total fueron casi veinte personas que me miraban con grandes ojos de varias tonalidades de verde o café, que no entendían ni una palabra que yo decía y que yo no podía sino sonreír cortésmente a lo que sea que ellos dijeran. Por obvias razones, no me aprendí todos los nombres, era casi una locura al ser tantos. Aunque no pude evitar notar que dos de sus hijos eran mellizos al igual que un par de sus nietos.

Esto sin duda es un patrón.

Alguna vez, había querido tener un embarazo doble. Un embarazo: dos hijos. Quizás valía la pena. Quiero dejar claro, que ahora sería bastante trabajo.

En resumen, creo que les agradé a todos. Aunque había una chica adolescente que me miró como si yo fuera el diablo. Pero bueno no podía dejar que ella manchara mi racha ganadora.

—*Principessa*, aquí también está mi madre —anuncia Angelo con un rostro sin expresión. Como si quisiera medir mi reacción.

—¿Tu madre? —pregunto obnubilada.

—Sí, se me había olvidado que estaría aquí, sino te habría advertido con tiempo. Ella puede ser un poco protectora, espero que se comporte y no te agarre a preguntas indiscretas.

Trago grueso con mucha más ansiedad.

Nos encontramos en la casa de su tía, rodeada de muchas personas, pero me siento tan aislada que en cuanto el termina la frase que me dan ganas de salir corriendo. Voy a conocer a mi suegra a sólo unos días de casarme y, sobre todo, a sólo un mes de haber empezado la relación.

No sé qué esperar.

La tía Selenia se desplaza hasta el fondo de la casa y llama a otra persona.

—¿Cómo se llama tu madre? —Me siento un poco tonta al nunca haberlo preguntado y tener que susurrarle la pregunta ahora, pero no quería que ella usara mi nombre con propiedad y yo no supiera el suyo.

—Nydia —responde en voz baja con cierto grado de diversión en su voz —. No estés nerviosa, *amore mio*.

No estoy segura si habían pactado introducirla al final o porque todos estaban pegados a las paredes del corredor de donde iba a aparecer. Se sentía un ambiente pesado, quizás podría aventurarme a decir que tenso. Con la advertencia de mi novio y este comportamiento, estoy segura que hay algo que no me quieren decir.

Aparece una silueta delgada y baja. Se mueve con una asombrosa lentitud y gracia que podría asimilarse a los felinos en plena caza. Por obvias razones, me alejo un paso de Ángel para no incitar una ira desproporcionada. Cuando está en medio del pasillo, en donde ya hay mucha más luz, alcanzo a ver su rostro fino con una mirada penetrante.

Me congelo en mi puesto, con los músculos agarrotados y un leve sudor en mi frente. Ella sin duda ha practicado esa mirada para que sea tan efectiva.

Cuando está a unos pasos de mí, que se me antojan muy pocos, ella desvía su mirada hacia su hijo y camina hasta abrazarlo. No me muevo en todo ese intercambio, aunque mis ojos nunca dejaron de seguirla.

—Madre, ella es Esther, mi prometida —dice Ángel en cuanto se deshace del abrazo poderoso de su madre. Ella se resistió un poco, quería mantenerse pegada a él.

Le extiendo la mano con un movimiento rígido. Fuerzo una sonrisa que para cualquiera debe parecer fingida y me preparo para que ella imite mi gesto.

La veo dudar pero no de manera grosera, sino que su rostro cambia completamente. Su anterior misterio se disuelve y se ilumina su expresión con cierto encanto que no había demostrado antes.

Su sonrisa me relaja, así que mis comisuras se ensanchan en respuesta.

—¡Ven acá cariño! —dice aproximándose a mí con los brazos abiertos.

Me abraza con fuerza, casi tan fuerte como lo había hecho Orlena. Luego me da dos besos en mis mejillas y se separa para admirarme.

Sus ojos amarillentos me estudian un rato sin dejar de sonreír ni un momento. Me percató de mi falta de respeto al no haber hablado en todo este tiempo.

—Es un gusto, señora.

—Nada de señora —me regaña haciendo un gesto de que no le vuelva a decir así —. Soy tu suegra y vas a decirme Nydia —dice con autoridad en su voz —. Podrías decirme Ny, pero ya seríamos dos y seguro que nos confundiríamos.

—Nydia, claro. Me alegra mucho conocerla.

—Y no sabes lo que me alegra a mí. Mi hijo me ha hablado maravillas de ti. Casi parecía estar describiendo a un ser celestial y no a una mujer. Además que estoy muy orgullosa de tu fuerza y tu honestidad. Eres todo lo que quiero para mi Ángel, y al ver que lo haces feliz, estoy más que segura que seremos grandes amigas.

¡Vaya! Esto no fue tan traumático como me lo querían hacer ver.

Le doy un pequeño codazo a Ángel que se está riendo de su broma. Claro, hacerme pensar que su madre era difícil había acabado con mis uñas y había logrado adelantar la aparición de mis futuras canas.

*Ya verás, cariño.*

*Demonio: Está muy chistosito el muchacho...*

*Ángel: Pobre Esther, estaba temblando. Ángel sabe que a ella le estresan las presentaciones con la familia de su pareja.*

*Demonio: Merece una buena reprimenda...*

*Ángel: Sí, que lo regañe.*

*Demonio: Yo no estaba pensando en esa clase de reprimenda...*

Con el golpe, Ángel bota el aire contenido y se le escapa una carcajada tal, que el resto de sus primos y primos segundos, se le unen. Casi veinte risas en una sola sala es demasiado para mi salud mental.

Me enfado. No podía ser de otra manera, pero me contengo porque estoy delante de su madre y lo que menos necesito es hacer una escena.

Su tía nos llama a la mesa. Esta vez son dos mesas porque son muchas personas; lo dividió entre adultos y niños. Veo a la adolescente que no le agrada rodar los ojos porque la asignaron con el resto de sus hermanos y primos cuando evidentemente ella es la mayor.

*Bueno linda, sufre en tu mesa.*

—¿Qué le hiciste a Ada? —me pregunta Ángel en mi oído.

—¿Quién?

—Ada, la chica que ahora te mira como si quisiera asesinarte —señala disimuladamente con un gesto. No volteo a mirar porque sé a quién se refiere.

—No lo sé, acabamos de llegar, no he tenido tiempo de hacerle nada —digo a la defensiva. Sigo molesta con él.

—No debe ser nada... Seguro es porque yo fui su *crush* de la pubertad.

Eso me hace girar para ver su expresión. Se ve genuinamente divertido y no parece reconocer que estoy enojada con él. Si lo supiera no soltaría esa clase de comentarios.

Me alejo de él con recelo. Definitivamente no me gusta que se burlen de mí y menos en grupo.

—¿Estás bien, *principessa*? —pregunta cuando nota la distancia y que solté mi agarre.

—Sí.

—¿Segura?

—Sí.

—¿Qué tienes?

—Nada.

Esa última respuesta lo hace juntar sus cejas. Luego quita su contacto visual para prestar atención a la conversación de la mesa.

Vuelvo a recibir una alta dosis de preguntas que no me deja terminar mi comida; esta vez mucho más personales y familiares. También están interesados en la empresa y nuestro pequeño idilio de amor que estamos profesando. Supongo que se nota que ambos estamos en la misma etapa de enamoramiento, a pesar de mi reciente cambio de humor.

La mano de Ángelo me sorprende cuando se posa en mi rodilla. Todos mis sentidos se alertan al sentir un cosquilleo agradable en la zona. Él empieza a hacer círculos con sus dedos, provocándome, tentándome. Tengo que hacer uso de todo mi dominio propio para alejar su mano de mi piel.

Eso lo pone tenso y deja de hablarle a sus primos. Inmediatamente, se gira para enfrentarme con una expresión necesitada. Casi dolorosa.

—Estás enojada —afirma mirándome directamente a los ojos como si pudiera leer lo que estoy pensando.

—No te burles de mí y creas que todo puede seguir igual.

Alguien se aclara la garganta y le pide algo a Ángelo. Pero lo veo negar con la cabeza.

—Lo lamento, *principessa*. No quería hacerte sentir incómoda, sólo que es costumbre entre nosotros ponerle tensión a nueva pareja.

Jum, tradición.

—Pues para la próxima, me avisas de las tradiciones.

—Lo que tú quieras, *amore mio*. De verdad lo lamento. —Cuando usa esa mirada intensa no puedo seguir enojada con él. Es tan injusto.

Vuelve a colocar su mano en mi pierna, aunque esta vez mucho más arriba. Eso me hace saltar abochornada. Mis mejillas se tornan rojas, pero me controlo lo suficiente para darle una mirada de advertencia.

—Déjame compensarte —dice acercándose a mi oído. Lo único que puedo hacer es asentir.

—*Cosa succede? Tutto bene?* —pregunta uno de sus primos. Creo que se llama Francisco.

—*Va bene, fratello. Avevo bisogno di calmare la mia ragazza* —contesta Ángelo con aire desenfadado. Entiendo algo sobre calmar a mi novia. Así que le doy otro codazo.

En respuesta su mano se adentra completamente en mi vestido.

El respingo es inmediato, alertando a la mayoría de los presentes en la mesa. Doy gracias porque el mantel de la mesa es grueso y largo, así que cubre las acciones de mi novio indiscreto. Pronuncio su nombre con asombro, él sólo sonríe.

—¿Me perdonas?

—¿Qué pasa si digo que no? —pregunto sin mirarlo pero sintiendo como sus dedos seguían la expedición hasta mis pantis.

—Pues... —el movimiento se intensifica sin piedad haciendo que emite un leve gruñido que intento disimular fingiendo que toso.

Aunque no creo que todos lo hayan creído.

—Ángelo, cariño, ¿qué le estás haciendo a Esther? —pregunta Nydia con una sonrisita que hace sentir vergüenza a niveles preocupantes. Mis orejas van a explotar de lo rojas que están.

—Nada malo, mamá —responde con más picardía de la que puedo soportar delante de tantas personas.

Nydia alza una de sus cejas con un atisbo de comprensión que me deja muda.

La tía Selena le pregunta a su cuñada sobre nuestra interacción pero veo que Nydia desestima con un gesto despreocupado con la mano.

—¿Podríamos dejarlo para la noche? —susurro.

—Pero te ves tan sexy toda sonrojada —responde en un tono bajo.

—Voy a matarte si no sacas la mano ahora mismo, cariño —digo entre dientes.

Acto seguido, su mano aparece en la mesa y suelta un suspiro que me deja ver que sigue bromeando.

—*Ángelo, cugino. Dicci qualcosa su Esther. Come l'hai conosciuta?* —pregunta una de sus primas. Ella tiene el cabello largo y ojos verdes iguales a los de Nyma.

Miro hacia él para saber si va a traducir, pero simplemente empieza a hablar en italiano. Puedo deducir por la forma en que empieza, que está contando cuando empezó a trabajar en la empresa y nuestras primeras interacciones. En varias oportunidades, la mesa entera ríe con ganas, mientras Nydia me mira con cierta fascinación.

—Eso fue precioso, hijo —dijo su madre con los ojos llorosos.

—¿Qué? —le pregunto girándome para encontrarme con esa mirada de amor completa.

—Les estaba contando todo lo que sentí cuando te vi la primera vez.

Bajo la mirada, sonrojada. Él siempre encuentra la manera de sorprenderme. La verdad quiero oírlo pero al mismo tiempo, si lo repite delante de todos, tendría que exponer mis sentimientos delante de su familia. Con su dedo, toma mi barbilla y levanta mi rostro.

—¿Quieres escucharlo?

—Sí, claro que quiero hacerlo.

—Porque puedo esperar hasta los votos matrimoniales, si lo prefieres.

¡Oh por Dios! Los votos... No he pensado en eso.

—Me encantaría escucharlo en tus votos... Aunque puedes darme un adelanto.

Se acerca para besarme. En el primer momento pensé que se iba a retirar de inmediato, pero cuando lo alarga y siento su lengua irrumpir en mi boca, danzando en un movimiento sensual y apasionado, es cuando abro un ojo para notar el silencio sepulcral que hemos convertido la cena.

Lo empujo un poco para que se separe.

—*Era bello come un film romantico* —dice la esposa de uno de sus primos.

—Dijo que fue tan bello como una película romántica —traduce Ángel.

—Sí, creo que pude entender.

Pocas veces en la vida me había sentido tan abochornada.

—Y respecto al adelanto, tengo que empezar diciendo que no creía en el amor a primera vista porque nunca lo había experimentado. Sin embargo, ese día luego de la fusión, te vi de lejos y mi cuerpo reaccionó como nunca lo había hecho. Me sentí atado a ti como si fueras un imán, un poderoso nexo se creó cuando te vi sonreír pensativamente frente a tu computadora. Y

simplemente lo supe, supe que debía hacerte feliz y si por algún giro del destino podía hacerte mía, lo haría sin pensarlo.

*¿Acaso se acabó el oxígeno de la habitación?*

Mis pulmones se resisten a recibir el aire mientras me siento extrañamente inquieta porque su confesión había logrado que mis ojos se humedecieran. No tengo más opción que tirarme encima de él para abrazarlo, y así tapar el inminente llanto que va a llegar en cualquier segundo.

—Eres tan elocuente... Te amo.

—Te amo, *principessa*.



El tercer día en Bologna llegó demasiado rápido. Nos despedimos de todos, aunque ellos van a viajar en dos días.

En Roma, vamos a tener otra rutina. Ya sólo faltan cuatro días para la boda de la cual no he tenido mucha participación porque entre sus tías y primas que están allá se encargaron de todo. Lo único que necesito hacer yo, es encontrar un vestido apropiado para una boda sencilla y según lo poco que he podido sacarle a Ángelo, al aire libre.

A mí me encanta el estilo princesa en los vestidos de novia, pero ya había usado uno así y requirió de casi tres meses para estar listo.

El día anterior, Nydia me acompañó a una tienda pero no hubo suerte, primeramente porque los dueños, cada vez que escuchan que me casaba en menos de una semana, se cerraban a la idea de buscar. Parece que era un reto demasiado grande para una tienda de vestidos de novia. Así que espero que en Roma tengamos suerte.

—Cariño, ¿alguna de tus primas en Roma habla español? —Ángelo va manejando el auto alquilado que conseguimos. Ya vamos a mitad de camino porque él es un maniático de la velocidad.

—Bueno, así como hablar, hablar... sólo una. Pero te aseguro que es encantadora. Ella es quien va a ayudarte en cualquier cosa que necesites para la boda. Su nombre es Sonella.

Su familia había insistido en que estos últimos días debemos dormir en camas separadas. Esperaba que sólo fuera la última noche, pero no fue posible. Así que sus primas me van a acoger en su habitación, mientras que a Ángelo lo dejaron en la de huéspedes.

Definitivamente no confiaban que él cumpliera con esa regla.

Creo que eso lo tiene pensativo y sin muchas ganas de llegar a la casa de su tía.

—Bueno, espero que así sea. Va a ser duro dormir separados esas tres noches.

—Lo sé, *amore mio*. Pero mis tías insistieron e incluso cancelaron la reserva del hotel.

Hasta ahora sabía los nombres de todas sus nueve tías. Sin duda ellas eran las verdades gobernantes de toda la familia. A veces parecía que a Nydia la incluían, pero no podía igualar el poder de las hermanas de su esposo fallecido.

Orlena, Selenia, Beata, Brina, Flaviana, Laura, Margarita, Sabina y Lucia.

Tengo que admitir que aún me siento bastante confundida sobre quien es hijo o nieto de quien, pero por lo menos tengo claro el nivel de autoridad.

A pesar que no he conocido a las otras siete en persona, ya siento que ellas, al estar todas juntas en una misma ciudad, ejercen mucha más presión que las otras dos. Si ellas pudieron disuadir a mi prometido a no dormir conmigo, tengo que ir con mucho cuidado.

—¿Ya estamos cerca? —pregunto cuando veo una señal que indica a qué lado debe dirigirse para ir a Roma.

—Estamos entrando a la ciudad. Aunque mi familia está mucho más cerca de la costa. Falta otros cuarenta minutos, mínimo.

Me relajo y empiezo a cambiar las emisoras de radio a pesar que no iba a encontrar nada que pudiera entender.

*Primera tarea luego de casarme: aprender italiano.*

*Demonio: ¿Tres noches sin él? ¿Acaso la están castigando por casarse?*

*Ángel: Estamos en Italia, mucho más cerca del Vaticano... La gente es devota, y les gusta las tradiciones. Y ellos son una pareja que no está casada. No está bien visto...*

*Demonio: Le restan diversión a la vida. Iban llevando un récord impecable...*

*Ángel: Bueno, pues lo podrán reanudar en su noche de bodas.*

*Demonio: Espero que sea muy buena para tener que esperar tanto.*

*Ángel: ¿Dudas de Ángel?*

*Demonio: Dudo de todos, ese es mi trabajo.*

Cuando se desvía de la vía principal, me anuncia que vamos a hacer unas cuantas paradas antes de llegar.

—¿Y eso?

—Bueno, ellos están más lejos y seguramente vamos a estar tan envueltos en la boda que no tendremos tiempo de ver los monumentos característicos de aquí. Seguro que te entusiasma conocer el Panteón o el Coliseo.

Se me ilumina la mirada y asiento.

—Eso pensaba.

Da unas vueltas, pero tenemos que estacionarnos porque el área turística no tiene acceso para autos. Caminamos y tomamos fotos por los monumentos y estatuas. Sin duda me alegra que hayamos hecho estas paradas. Entramos a varias iglesias de la zona, maravillándome con la construcción y la pintura en los techos. Además que la vidriería era preciosa.

Por las calles, mientras esquivábamos personas, Ángelo va documentando la visita, señalando lugares que nunca había escuchado, pero que claramente merecían ser fotografiados.

Volvimos al auto para llegar más cerca del coliseo, pero no pudimos avanzar mucho más de unos cuatrocientos metros antes de volver a abandonar el vehículo y caminar.

Dar saltos de alegría es algo que no hago permanentemente, pero la situación lo merece. Definitivamente este viaje es mucho más de lo que imaginé.

—¿Qué ha...? —escucho que habla Ángelo a mi espalda.

Me giro para responderle que estaba muy feliz y que necesitaba una foto desde aquí, pero la verdad no estaba preparada para la escena. Una mujer rubia tiene atrapado el rostro de Ángelo con brusquedad y le está dando un beso violento. Veo que él la empuja fuerte pero ella está tan agarrada que resiste el golpe.

Me quedo como una piedra.

Cuando por fin lo suelta, él la mira con tanto desprecio que parece que quisiera desaparecerla. Gina, se estira el traje elegante que lleva y sonríe con sorna. Se gira para que comprobar que lo he visto todo.

Luego, pasa un dedo por los labios de Ángelo para borrar un último rastro de su labial. Él no logra esquivarla porque estaba mirándome a mí y esperando mi reacción. La verdad, yo estoy esperando la de él.

¿Acaso no va a hacer nada?

Necesito que él haga algo. Que le diga que se aleje y que nunca vuelva a besarlo y que tenga un poco de dignidad. Pero no pasa nada.

Los tres nos quedamos quietos. Bueno, realmente ella se la pasa riendo por mi rostro sin expresión. O quizás sí la tiene, y es de completa incredulidad.

Las piernas me exigen que corra, que me aleje de ellos; mi cabeza está en un gran revoltijo al no entender que acaba de pasar —aunque estoy segura que es culpa de la artificial de Gina —; mi corazón está encogido esperando y todo mi ser destila rabia.

Correría pero no tengo ningún lugar a donde ir, así que la mejor opción es confrontarla.

Empiezo a caminar hacia ella. Enfrentarla con mi mejor cara de latina enojada.

*Demonio: ¡Déjala calva!*

*Ángel: Y asegúrate que sepa quién eres.*

Nadie se mete con mi prometido, bruja.

## Capítulo 47

La inmovilidad de Ángelo empieza a incomodarme. ¿Qué le hizo esa bruja para que él haya quedado como un zombi? ¿Lo drogó? ¿O así de mal besa que lo dejó en un trance?

Me acerco mucho más allá del espacio vital; soy pequeña, así que si quiero conectar un buen golpe, necesito estar más cerca que si tuviera el mismo tamaño. Ella se intimida por el movimiento, y da un paso hacia atrás. La sigo, eso logra que se aleje de mi prometido.

Me gustaría preguntarle qué le pasa, pero estoy sumergida en mi plan protector con la rubia falsa.

—No vuelvas a tocar a Ángelo o te las verás conmigo —siseo en una amenaza que estoy ansiosa por cumplir.

Realmente no tengo experiencias en peleas. Si alguna vez me tiré del cabello con otra, fue en primaria. Seguramente porque me quitó mi lonchera o quien sabe... Así que ahora, como adulta, amenazando a una mujer mucho más alta que yo, es algo novedoso para mí.

—Me encantaría ver que puedes hacer, enana. Sin embargo, él y yo estamos destinados a estar juntos. Quizás no lo noté hace unos años, pero es obvio ahora.

*¿Enana?*

*Demonio: Ya se lo ganó.*

*Ángel: Cualquiera es alta con unos tacones aguja de diez centímetros.*

*Demonio: ¡Vamos Esther! Enséñale a no meterse con hombre ajeno.*

—Vete de aquí —digo agazapándome.

Eso fue algo que me enseñó Sonia una vez, protege el abdomen y prepara mi cuerpo para un ataque sorpresa.

—Que me lo diga él —responde la muy idiota.

Ambas volteamos a verlo pero él sigue en una posición tensa y mirando hacia el horizonte lejano. Si se hubiera caído al suelo, habría pensado que entró en un estado catatónico. Pero al seguir de pie, empieza a impacientarme.

¿Qué está haciendo? ¿Finge que ella no está aquí?

Aprovechando la distracción, me rodea y toma el otro brazo de Ángelo en una insinuación para que la bese. Aunque sin frutos. Él sigue paralizado.

Y eso es lo que colma mi paciencia.

Arremeto contra ella, inclinando mi cuerpo y usándolo para crear un fuerte empujón que nos lleva a ambas al suelo. Gracias a que caí encima, logro recuperarme más rápido para subirme a horcajadas y cachetearla hasta que sus mejillas empiezan a ponerse rojas. Cada golpe suena seco porque mantengo firme mi muñeca, para que sea contundente.

Ya a este punto, estamos llamando la atención de los miles de turistas que están a nuestro alrededor. Vemos que varios han empezado a caminar hacia la pelea y otros quieren grabarla.

Siento un golpe duro en mis costillas que me hace caer hacia un lado. Ella me había golpeado con su rodilla, zafándose de mi agarre. Con sus manos, agarra mi cabeza y se propone a azotarla contra el pavimento. Lo hace una vez antes que un brazo fuerte la atrape y la levante del suelo. Siento que mis ojos se apagan por un momento, pero luego, vuelvo a enfocar con claridad.

Ángelo por fin ha reaccionado y está intentando separarnos. Pero no, no he acabado con ella.

Con decisión, me pongo de pie a pesar del mareo que me generó ese golpe, y vuelvo a arremeter contra ella con la mano empuñada. Algo que Ángelo no pudo prever o que no quiso evitar.

Quiero pensar que es lo segundo.

Así que ella vuelve a caer al piso con una herida en su mejilla ocasionada por mi anillo de compromiso. El líquido rojo cae a grandes gotas por su cuello ante su expresión de dolor y asombro. Cuando se toca y se da cuenta que proviene de su rostro, me lanza una mirada de odio.

—¿Ves esto, estúpida? Nos vamos a casar.

Espero que lo vea, porque se lo he dejado marcado en su cara.

—No, eso no puede ser cierto. —No sé si se refiere a la herida o al anillo.

—Claro que lo es.

La dejo que se levante, pero ella no parece interesada en terminar la pelea. Alcanza mi cabello y tira de él hasta que me tiene agachada. Busco el suyo para contrarrestar la fuerza que hace en mi cuero cabelludo, pero es Ángelo quien me salva del golpe que ella planeaba darme, mientras la aparta de mí con fuerza. Acto que la hace caer en su trasero.

Me percató que un gran mechón de su cabello ha quedado en mi mano.

—*Principessa*, la policía —exclama con horror.

Alzo la vista al público que nos rodea; podrían ser unas cien o más personas con sus celulares en el aire tratando de tomar el mejor ángulo, pero sin duda, los que más destacan, son los cuatro

policías que están justo en frente.

Primero llegan hasta Gina y la ayudan a levantarse. Y en un movimiento que me pone los pelos de punta, la giran para esposarla.

—¿Nos van a arrestar? —mi voz refleja el miedo que recae en esa pregunta.

—Claro que sí. No digas nada —me advierte.

Aunque ya habla, sus gestos siguen siendo lejanos y no me ha mirado ni una vez como lo estaba haciendo todos estos días.

Levantamos las manos para que ellos vean que no vamos a resistirnos, pero igual toman mi brazo con fuerza, girándome para esposarme.

Oigo que Gina grita algo sobre su padre. También Ángelo trata de interceder por mí pero no sé qué pasa. Afortunadamente a él no lo arrestan. Sólo a Gina y a mí.

Digo afortunadamente, porque tengo quien me saque de prisión.

Las esposas me tallan, me las han puesto bastante apretadas. El oficial empieza a hablarme directamente pero pronto se da cuenta que no he entendido nada. Supongo que me está diciendo mis derechos. Eso debe ser algo internacional.

—No te preocupes, *amore mio*, voy a sacarte de ahí en un momento —dice con un gran nivel de angustia.

—¿Y a mí? ¿Puedes llamar a mi padre? —le pregunta Gina con esa voz de niña mimada que me provoca volver a golpear.

Ángelo no la mira.

—Si te quedas en la cárcel sería un alivio para mí. Tienes una llamada, así que úsala. — Aunque quería que le dijera algo como eso, la voz que salió fue tan enojada y sin una pizca de empatía, que me da una idea qué le pasaba hace unos minutos.

Estaba tan enojado que no pudo reaccionar.

Nos meten a los autos de policía, y nos llevan a una estación cercana.

Cuando la adrenalina empieza a salir poco a poco de mi sistema, me percató que esto puede ser más grave de lo que parece. Yo nunca había estado en la cárcel, ni siquiera en una comisaría. No me han dado multas de tránsito y sin duda, nunca había golpeado a alguien.

¿Qué me está pasando?

¿Será que me encierran, o peor, me deportan?

Eso sin duda arruinaría nuestros planes de matrimonio.

*Confía en Angelo. Él te va a sacar de aquí.*

Bueno en primera instancia, no necesitaría estar aquí si él hubiera reaccionado antes.

*Demonio: Wow nuestra primera estancia en una comisaría. Hay que documentar este día.*

*Ángel: ¿Todo es un juego para ti? Estamos metidos en un lío.*

*Demonio: Supongo, pero dime si no fue un buen golpe. Le rompió la cara a la tonta esa.*

*Ángel: Preferiría que ella no la hubiera golpeado. Ahora la pueden demandar.*

*Demonio: ¡Pero valió la pena!*

El policía me hace sentar en una silla de espera y se aleja para hablar con otro oficial. Un minuto después, llega Gina con su rostro hinchado, evidencia de mi ataque. Ya la han curado de la herida que le provocó el anillo con gasa y microporo. Desvió la mirada para que ella no me provoque y vuelva a golpearla aquí mismo. No creo que eso me haga ver bien.

—¿Qué le hiciste? ¿Cómo se van a casar si apenas llevan un mes? Conmigo duró mucho más, y sólo quiso seguir la relación a distancia —gimotea.

La ignoro. No estoy de humor.

Necesito una buena explicación de parte de Ángel y salir de aquí cuanto antes.

Unos diez minutos después, nos pasan a ambas a una celda y nos quitan las esposas. Gracias a Dios ella entiende que no me apetece conversar y se sienta en el extremo más lejano de mí.

¡Rejas! Nunca pensé estar encerrada y ahora lo estoy en un país extranjero.

—*Voglio la mia chiamata!* —grita Gina cuando pasa una mujer policía.

—¡Cállate! —digo mientras me agarro la cabeza. Creo que ese golpe ya me ocasionó un serio dolor en la parte posterior de la misma.

—Sólo quiero mi llamada. Necesito decirle a mi padre que me saque de aquí —dice sin la intención de detener su petición.

La mujer policía la observa por un largo segundo y se aleja carcajeándose. Si ella me compartiera el chiste creo que también me le uniría.

—¿No hubo suerte? —pregunto con el tono más antipático que poseo.

—Voy a hacerte pagar por arruinar mi rostro, enana —sisea con mucho enojo.

—Uuuu que miedo —respondo sarcásticamente mientras me abrazo a mí misma fingiendo temor.

—Soy Gina Santoro, hija de Lion Santoro. Estoy segura que vas a pagar lo que me hiciste — dice de forma vehemente. Puedo notar que esa línea le ha abierto muchas puertas en su cómoda vida.

—¡Ohhh! ¿Vas a llamar a papi para acusarme? ¿Le vas a decir que quieres casarte con Ángelo Egizi, quien por cierto ya está comprometido y a punto de casarse con una colombiana que pateará tu trasero si vuelves a acercártele? ¿Vas a patear en el suelo hasta que él logre arreglarlo?

Utilizo todo el desprecio que puedo reunir y parece que surte efecto, porque se voltea para darme la espalda.

Y como si me estuviera haciendo caso, empieza a zapatear con frustración. Sus pobres tacones caros ya se ven bastante maltratados. Incluso siento un poco de pena por ellos, de verdad eran hermosos. Su traje por otro lado, está roto en una de las mangas y le faltan varios botones del saco. Miro mi ropa, por fortuna estoy usando un pantalón al que no le tengo mucho cariño, porque quedó hecho girones en la zona de la rodilla. Mi blusa no le pasó nada pero parece que me hubiera arrastrado por varios kilómetros.

Para ser mi primera pelea, creo que me fue bastante bien.

Aunque me duele admitir que si no hubiera sido por Ángelo, mi cabeza habría sufrido muchos más golpes y sin contar que Gina intentó golpearme el rostro.



—¡Esther! —dice una oficial con un acento muy marcado —¡Rousas! —termina con mi apellido mal pronunciado.

Levanto la mano y ella anuncia que ya puedo irme. Gina me mira con odio, así que alzo los hombros y me despido ondeando la mano. Aunque finalizo levantando el dedo del medio.

Técnica que me enseñó Sonia para terminar una discusión.

Ahora que lo pienso, mi mejor amiga me ha enseñado muchas cosas que se pueden usar para una pelea. ¿Será que presentía que lo iba a necesitar?

Me acompañan hasta la puerta y me entregan mis pertenencias, luego me señalan a un Ángelo que se ve muy enfadado y una señora que es idéntica a Orlena. Sé que no es su tía de Venecia porque ella es un poco más rellena en las caderas. Primero me alcanza mi prometido, aunque huyo de su agarre porque estoy molesta con él. Luego su tía que aprovecha para presentarse.

—Sabina —dice señalándose.

—*Piacere di conoscerti* —asiento y ella me regala una sonrisa triste.

—Lo lamento tanto, *principessa*. ¿Estás bien? ¿Te hicieron daño? —dice tratando de acariciar mi brazo.

Lo quito sin importarme sus sentimientos.

—Estoy bien. Sácame de aquí —digo con voz autoritaria y fría.

El camino hasta la casa es más largo de lo que esperaba, pero al ser en absoluto silencio, se hizo eterno. Estaba molesta con la situación, por el beso, porque no supo reaccionar y me dejó a merced de la bruja de su exnovia. Sí, yo atacué primero, pero juro que se lo merecía.

Casi no como, no tenía hambre y menos cuando la mayoría de sus primos me están mirando disimuladamente.

—*È stata lei a colpire Gina? - ¿Ella golpeó a Gina?* —pregunta uno.

Bufo al entender mínimamente lo que quiere decir. Sí, soy chiquita, pero no se metan conmigo.

—*È stato incredibile Ha diviso la sua faccia* —dice Ángel en un susurro. Entiendo que fue increíble. Una palabra que yo no usaría para describir el encuentro con su ex.

Vuelvo a bufar. Esto no lo va a arreglar intentando meter su mano en mis piernas.

*Demonio: ¿Por qué no? Sabes que lo disfrutas.*

*Ángel: ¿Entiendes que ella necesita saber qué le pasó? La dejó sola...*

*Demonio: Pero se aseguró que no la golpeará. Y las peleas de mujeres siempre son entretenidas. Seguro ese era su plan pero se lo dañó la policía.*

*Ángel: ¡Ay cállate mejor!*

—*Gina ci penserà due volte per avvicinarci.* — Gina lo pensará dos veces antes de acercarse —dice una de sus primas. Me la habían presentado como Dalila.

—*Se* —responden todos al unísono.

No entiendo porque esto les parece gracioso. Yo no lo veo así. Estoy que ardo en ira.

Me levanto de un tirón de la mesa, disculpándome con toda la familia y me dirijo a la habitación que me dijeron que voy a compartir con Dalila, Sonella y Katia.

Ellas llegan al rato hablando a todo pulmón. Pero en cuanto notan mi presencia, se quedan calladas mirándome con cierta inquietud. Seguro porque me estoy sobando la cabeza con fuerza.

—¿Tienes dolor? —pregunta Sonella con cara de preocupación.

—Me azotaron la cabeza con el asfalto. Sólo necesito descansar...

—Luego de un golpe en la cabeza, eso es lo que menos debe hacer. Voy a llamar a mi primo... —dice alejándose.

Me levanto con prisa para detenerla, pero caigo al suelo sin poder sostener mi cuerpo. Las otras dos chicas me alzan la cabeza y acomodan una almohada debajo. Hablan demasiado rápido, demasiadas palabras que no alcanzo a comprender.

Ángelo entra a trompicones y me levanta, pasando sus manos por mi espalda y piernas. Me recuesta en la cama con mucha delicadeza. Oigo más voces, muchas hablando al mismo tiempo.

—Ya viene el médico, *principessa*. Vas a estar bien.

Y entonces todo empieza a oscurecerse.

## Capítulo 48

Ángelo

Hoy no ha sido mi día. ¿Qué diablos estaba pensando Gina?

Aun no entiendo que me pasó. Lo único que puedo explicar, es que en cuanto me di cuenta que ella me había besado, fue como devolverme nueve años para sentir la devastación en la que me dejó en el aeropuerto.

En ese tiempo, creía que la amaba. Digo *creía* porque lo que sentía por ella, no tiene ni una gota de comparación a la forma en la que late mi corazón cuando estoy junto a Esther. Pero claro, era joven, ella era una chica de mi edad, de mi país y sin duda era bella. Dejé pasar muchas de sus malas actitudes, su forma de dirigirse a los demás que no consideraba a su nivel, sus arranques de impertinencia y su comportamiento infantil, ligándolo a su corta visión de la sociedad, y que eso era algo que podía cambiarse con un grado de madurez.

Pero me equivoqué. Ella me dejó en cuanto ya no le era útil; lo hizo de forma cruel y humillante.

Me gustaría que eso me excusara. Que el dolor que reviví pudiera contrarrestar los golpes que había recibido mi *principessa* cuando tuvo que enfrentarse a esa loca.

Voy a tener que trabajar muy duro para que me perdone.

—Primo, creo que está despertando —me anuncia Sonella mientras suspira de alivio.

Estamos en la casa de mi tía Sabina. Una de las más grandes porque en ella aún viven todos sus hijos. Sonella, Dalila y Katia aún están solteras, pero Marco ya está casado y tiene un niño. Así que mi primo ha construido el segundo y tercer piso para ampliar y que todos tengan un buen espacio para vivir. Sin embargo, mis primas no han querido separarse de cuarto. Ellas siempre han sido muy unidas, su amor fraternal es tan grande que ninguna tiene planes de casarse porque sentirían que traicionan a sus hermanas. Para mí es disparatado, pero no puedo juzgarlas. Algunas personas nacen para tener pareja y otras no.

Sonella siempre ha sido la más curiosa, así que desde niña se interesó por aprender a hablar varios idiomas. Quizás por la influencia de tener una prima española y un primo colombiano. Katia es modelo. Tiene una belleza natural digna de estar exhibida en revistas de moda, sus grandes ojos verdes claros, la hacen parecer una muñeca y su figura estilizada y alta sigue el patrón de su medio. Y Dalila es la empática, quizás porque es la hermana del medio y le tocó interceder entre Sonella y Katia para que no pelearan cuando eran pequeñas, así que ella decidió

ser enfermera.

Algo que ha sido una bendición en los últimos minutos.

Me acerco hasta mi novia que está extendida en la cama. Ya tiene los ojos abiertos así que eso me alivia increíblemente. Casi me da un ataque cuando perdió la consciencia.

Según lo que me dijo Dalila, no era recomendable dejarla dormir luego de ese golpe, pero cuando ella la revisó, se dio cuenta que no hay ninguna herida abierta. Así que, con mucha posibilidad, Esther está saturada de todos los hechos del día y no es nada grave.

—*Principessa* —digo ubicándome en el borde de la cama y tomando su mano con delicadeza.

Enfoca sus ojos con los míos, pero veo rabia. Una que sé que es bien merecida.

Me callo para no incomodarla. Sus facciones me indican que no está de humor para discusiones. Aunque no quiero discutir, sólo quiero disculparme.

Cuando vi que se lanzó sobre Gina, quedé bastante absorto. Nunca imaginé que ella pudiera saltar sobre otra mujer para cachetearla en el suelo. Sé que es fuerte, pero no es conflictiva, así Gina tuvo que provocarla al extremo.

Apenas si soy consciente que ellas intercambiaron palabras... La verdad no sé qué se dijeron.

Tal vez necesite ir a terapia para enfrentar lo que nunca he querido consultar. Ese fuerte impacto me demuestra que el dolor que me hizo pasar, sigue escondido, esperando el momento de reaparecer y dejarme paralizado.

El médico llega un minuto después y nos pide espacio en la habitación. Todos salimos con diferentes expresiones. Mi tía intenta darme aliento con un gesto esperanzador y se va a la cocina a terminar sus asuntos. Mis primas se sientan en la sala a abrazarse mientras Sonella les lee un libro. A ellas les gusta escucharla hablar, al igual que les gusta ver desfilarse a Katia o pedirle consejos a Dalila.

Marco es quien se queda a mi lado ya que su esposa fue a ayudarle a mi tía.

—*Come è successo? Pensavo fossi con lei.* - ¿Cómo fue que pasó? Pensé que estabas con ella.

Sí, no tienes que recordarme que metí la pata en grande.

—*Ero scioccato Non so cosa sia successo. Mi sono svegliato quando ho sentito un urlo di Esther. Penso che Gina l'abbia colpita nelle costole* - Estaba en shock. No sé qué pasó. Desperté cuando escuché un grito de Esther. Creo que Gina la golpeó en las costillas.

—*È una brutta scusa, cugino* - Eso es una mala excusa, primo.

—*Lo so* - Lo sé.

—*Come l'hai tirata fuori di prigione così in fretta?* - ¿Cómo la sacaste de prisión tan rápido?  
—pregunta cambiando de tema.

—*Non ti piacerà sapere* - No te va a gustar saberlo —digo tratando de evitar contarle. Pero sé que Marco nunca deja las cosas a medias.

—*Sai che voglio ancora saperlo.* - Sabes que igual quiero saberlo.

—*Ho usato tutti i favori che mi dovevano. Ho persino usato il nome del nonno per spostarli*  
- Utilicé todos los favores que me debían. Incluso usé el nombre del abuelo para hacerlos correr.

—*Cosa? Ti rendi conto del pericolo?* - ¿Qué? ¿Te das cuenta del peligro?

—*Lo so, ma la mia principessa non sarebbe rimasta in prigione per una notte. Ho persino ottenuto che cancellassero la registrazione della loro partecipazione.* - Lo sé, pero mi princesa no iba a quedarse en la cárcel por una noche. Incluso conseguí que no quedara registro de su participación.

—*Se ti rendi conto che sai già chi, non ti piacerà affatto se il nome del traditore è menzionato.* - Si se llega a enterar ya sabes quién, no le va a gustar para nada que el nombre del traidor haya sido mencionado.

—*Non lo sapranno* - No lo van a saber —digo confiado. Sabía que las cosas podrían ser peligrosas pero me aseguré de usarlo con personas que no estuvieran envueltas en problemas de mafia.

Además, es momento de dejar descansar a mi abuelo. Ya han pasado muchos años.

—*Per la nostra vita, lo spero* - Por nuestra vida, eso espero —finaliza Marco.

La puerta del cuarto se abre. El médico se ve medianamente inexpresivo pero alcanzo a distinguir una mirada esperanzadora. No lo conozco, así que no puedo asumir nada. Me acerco con cautela esperando que él nos diga los resultados. Primero nos tranquiliza porque mis primas estaban bastante ansiosas por escucharlo, luego nos recomienda que la dejemos descansar sin ningún disgusto —por la forma en que lo dice y me mira, estoy seguro que viene dirigido a mí—, además que no se observa ninguna herida y que Esther está completamente coherente y sabe en donde se encuentra. Si observamos que se mareo o pierde el conocimiento de nuevo, es imperativo llevarla al hospital para hacerle exámenes. Pero hasta el momento, él no lo cree necesario.

Suspiro pesadamente con alivio.

Mi *principessa* está bien.

Me recuesto en el sillón con las manos en la cabeza, intentando evacuar todos esos sentimientos de culpabilidad que me embargan. Necesito hablar con ella pero es obvio que aún no es posible.

—¿Estás bien? —me pregunta Sonella.

—Lo estaré cuando pueda entrar a verla.

—Suenas tan enamorado —se burla un poco—. No te había visto así desde...

—Ni digas su nombre —la detengo—. Además, no hay punto de comparación.

Ella hace una línea con sus labios y pone una mano en mi hombro.

—Sé que es inapropiado preguntarlo ahora, pero ¿crees que aún quiere casarse?

Su voz suena dulce y preocupada, pero la pregunta me cae como si me hubiera apuñalado. ¿Por qué no querría casarse conmigo? No creo que nuestro amor falle a la primera prueba.

Mi rostro debe responderle porque ella quita su mano con cautela.

—¿Te dijo algo?

—No, cuando entré estaba sujetando su cabeza. Así que vine a avisarte que no estaba bien. Pero puedo advertirte que en serio está molesta. Y la entiendo. Yo también estaría molesta si me hubiera tocado partirme la cara con la ex de mi prometido.

—Ella no se partió la cara.

—Pero según la descripción, ella le dejó una marca a Gi... digo a la otra.

Eso me hace sonreír.

Creo que sí vi un chorro de sangre desplazándose por el cuello de Gina pero no estoy completamente seguro del origen.

Mi *principessa* es salvaje.

Sé que eso no debería excitarme pero lo hace. Intento quitar el pensamiento de mi mente al recordar la forma en la que estaba cacheteándola en el suelo, todo mi cuerpo empieza a vibrar con deseo.

*¡Maldita sea! ¡No ahora! Ella está enojada conmigo.*

—Parece frágil pero es tenaz —le explico.

—Eso lo puedo creer. Pero cambiando un poco de tema, ¿en dónde vamos a ubicar a los invitados que vienen de lejos? En el segundo piso se va a quedar todos nuestros primos de Venecia, creo que Marco ya acomodó. Pero los de Bologna son más y ya no hay espacio.

—Tía Beata y Lucia se están encargando de ellos. Nyma se va a quedar con la tía Margarita y muy seguramente ustedes tendrán que hacer lugar para la mejor amiga de Esther en su cuarto.

—Espera... Cinco personas en nuestro cuarto es demasiado.

—Son sólo tres días, Sonella —digo tratando que suene amable. No necesito más contratiempos.

—Bien... Dime que por lo menos es agradable.

—¿Quién?

—La mejor amiga.

Hago una mueca chistosa para esperar su reacción. Ella me mira con desdén.

—Es agradable mientras no se entere que su mejor amiga estuvo a punto de tener una contusión por mi culpa. Tú no tienes nada de qué preocuparte. Aunque sé que les irá bien. Sonia es directa, sin pelos en la lengua y con un pensamiento bastante feminista. Va a convertirlas en matriarcas fácilmente.

—Esta familia es un matriarcado, primo —responde señalando lo obvio.

—Lo sé. Y ustedes tres seguro que van a crear el suyo propio.

—Ninguna piensa casarse. Nos queremos quedar juntas para siempre.

—Bueno... entonces ya tienen mucho en común con Sonia.

Su sonrisa se ensancha mostrando sus grandes dientes. Me da un asentimiento y se dirige al cuarto a descansar. Antes que entre le pido que le diga buenas noches a Esther por mi parte y que le asegure que la amo de una manera inexplicable.



El cuarto de huéspedes en donde me ubicaron es pequeño, sólo cabe la cama y un pequeño armario que está ubicado al lado de la puerta. Hay una ventana mediana que da hacia la calle por donde está iluminando la luz del sol. Fue extraño volver a dormir solo luego de un mes ininterrumpido. Casi no dormí pensando en la salud de mi prometida y en lo enojada que va a estar.

Para mí es necesario hablar las cosas a tiempo. No me gusta que pasen los días y seguir guardando el enojo dentro sin sentarse a escuchar a la otra persona. Me parece que eso sólo destruye una relación y no hace nada para fortalecer la comunicación.

Me alisto primero que todos. Por principio, va a ser difícil que nueve personas puedan estar arregladas temprano con sólo dos baños en el primer piso. Así que aprovecho que no se oye ni un ruido para hacerlo con calma.

Justo cuando me visto y me dispongo a ir a la cocina a empezar el desayuno, empiezan las voces cotidianas a las que estoy acostumbrado cada vez que vengo de visita: mis primas

apurándose por ganar el puesto para bañarse, mi primo, como tiene un baño en el segundo piso, no tiene problema y amenaza a cualquiera que pretenda adelantarlo. Su esposa siempre lo reta pero terminan bañándose al mismo tiempo.

Me encuentro a mi tía Sabina encendiendo el horno con panes recién amasados. Ella siempre le ha gustado sorprender con bocadillos deliciosos pero no esperaba que se molestara en levantarse temprano a hacer pan.

—*Zia!* - ¡Tía! —la llamo con cariño y me acerco a besar su cabeza.

—*Oh tesoro! Come sempre, sei il primo a venire in cucina. Il mio cuore è felice ogni volta che ci visiti.* - ¡Oh cariño! Como siempre tú siendo el primero en venir a la cocina. Se alegra mi corazón cada vez que nos visitas —dice con la voz ronca.

—*E io adoro venire. Lo sai, vero?* – Y a mí me encanta venir, lo sabes ¿no?

—*Certo, sì. Vuoi aiutarmi con il caffè?* – Por supuesto que sí, ¿quieres ayudarme con el café? —Me pregunta señalándome la gran máquina que tienen para hacer café en grandes cantidades. La verdad no soy bueno para manejarla, pero mi tía siempre ha tenido una extraordinaria paciencia en cuanto a explicar que debo apretar y que debo verter.

—*Certo che ti aiuto. Mettimi al lavoro...* – Claro que te ayudo, ponme a trabajar —digo subiéndome las mangas de mi camisa y preparándome a ser su ayudante.

Con las manos ocupadas y sus historias de la niñez de mis primos, pasamos casi una hora hasta que todo está listo. Cantamos canciones viejas, bailamos mientras ella revisa que nada se quemó y nos pasamos ingredientes al ritmo de la música.

Una leve risa nos interrumpe. Ese es un sonido que conozco bien y causa que todos mis nervios se activen.

Volteo para detallar su rostro. Se ve momentáneamente feliz por nuestra danza. Sin embargo, cuando quedo completamente inmóvil, ella se irgue y cruza los brazos debajo de su pecho. Está vestida muy casual, con una blusa color azul claro y un jean oscuro.

—*Principessa*, buenos días.

—Buenos días, cariño —responde con un tono cariñoso.

Mis músculos por fin vuelven a adquirir movilidad y me dejan acercarme hasta ella, despacio. No me quita la mirada hasta que tiene que alzar sus ojos para verme desde abajo.

Siempre que usa sandalias bajas quedamos muy dispares en estatura. Algo que me gusta. Se siente como si pudiera cuidarla con sólo abrazarla.

*¿Será muy pronto para besarla?*

Ojalá esa fuera una pregunta que fuera fácil de responder sin recibir rechazos, pero como

siempre tengo que asegurarme, me inclino levemente hacia ella, midiendo cada uno de sus gestos; su mirada no cambia, pero ella humedece sus labios, esperándome.

Bueno, esa es mi señal.

Unimos nuestros labios por lo que se me antoja sólo un segundo. Ella se retira con gracia y con una sonrisa fría.

—Aún tenemos que hablar, cariño. Pero necesitaba besarte para quitarte el sabor amargo de esa tonta.

—Te aseguro que en cuanto pude, me lavé la boca unas veinte veces para asegurarme que nada hubiese quedado. Te amo a ti y solo a ti. No sé qué me pasó allá, creo que fue el enojo o el dolor lo que me paralizó, pero nunca pienses que tengo sentimientos hacia ella.

Sus ojos se suavizan y emiten ese brillo que amo.

—Bien, me alegra saberlo.

—Perdóname —le digo poniendo mucho énfasis en la palabra.

—¿Por qué? —pregunta con ese toque de picardía que usa cuando quiere ponerme a sudar frío. Tiene habilidad para hacer preguntas difíciles de contestar.

—Por no haberla podido alejar; por no reaccionar y dejar que te involucraras en una pelea y por supuesto, por todos y cada uno de los minutos que estuviste en prisión.

Intenta mantener su rostro impassible, pero su sonrisa la delata antes de poder frenarla.

—Vas a tener que trabajar muy duro para que deje de estar enojada —dice con una dolorosa lentitud.

—¡Vamos *principessa*! Sabes que estos días vamos a dormir separados...

—No he dicho que tenga que ser de noche —dice sugestiva.

Me encanta cuando lanza ese tipo de comentarios con doble sentido. A veces parece que le sale forzado pero últimamente, ya son naturales.

Quedo sin palabras por un momento que ella parece disfrutar. Pero rápidamente recuerdo que ella debe estar sintiendo dolor aún. No puedo esforzarla.

—¿Cómo está tu cabeza? —pregunto con preocupación. Ella hace un mohín por el cambio de tema.

—Hoy no me duele. Creo que ella me arrancó cabello y eso era lo que me molestaba... pero en general, estoy bien. Algo de escozor en los músculos de los brazos... ya sabes... no todos los días forcejeas con la exnovia que mide diez centímetros más. Me costó colocarme la blusa, alzar los brazos es un martirio, pero todo es muscular. Nada de qué preocuparse.

Sobo sus brazos con el gesto más amoroso que puedo. Me alegra enormemente que no esté muy lastimada.

—Y gracias... —dice ella interrumpiendo el momento en que iba a hablar.

—¿Gracias?

—Sí, ya sabes por qué. Tú me salvaste de todos los golpes que ella pensaba darme en el rostro.

Eso no me lo esperaba. Claro que intenté impedir que la lastimara y aunque mi consciencia no quiera admitirlo, dejé que Esther la golpeará cuando ella tenía la ventaja y cada vez que la perdía, interrumpía para que Gina no la tocara.

—Eso era lo menos que podía hacer.

—Pues salvaste mi rostro de estar morado en este momento.

—Nadie quiere casarse con una chica moreteada —digo intentando mostrarme gracioso. Ella bufá con indignación.

—Tonto —me golpea en el brazo mientras me río a carcajadas.

—Entonces ¿todavía amas a este tonto?

—Claro que sí, tonto. Pero necesito que me cuentes que pasaba por tu mente... necesito saberlo antes del veintiocho. ¿Crees que puedes contármelo? Porque no quiero empezar otro matrimonio con secretos.

—Claro que te lo voy a contar, *principessa*. Pero desayunemos primero.

—Bien —acepta mientras se acerca a mi tía para saludarla y oler los panecillos.



Cuando llegaron todos, servimos el café y pusimos una canasta de panes en la mesa. También había quesos diferentes y mantequilla. Aunque era obvio que Esther cogiera primero la *Nutella*.

—Esther, ¿a qué hora llega tu amiga? —pregunta Sonella.

Luego tiene que traducirlo a sus hermanos y madre para que entiendan.

—Bueno, no lo sé. Fue Ángelo quien compró el tiquete —responde mirándome para que la ayude.

—Llega a las tres de la tarde. Va a costarle un poco más de trabajo acostumbrarse a la diferencia horaria pero necesitaba un vuelo que la trajera más rápido que el que usamos. Además que ella empezó el viaje en la noche.

Sonella va traduciendo al tiempo que voy hablando.

—*E come è? Lei è single?* - ¿Cómo es? ¿Es soltera? —pregunta Katia.

—*Lei è single e vuole rimanere così. Anche se è sempre alla ricerca di un buon candidato per divertirsi.* - Es soltera y quiere quedarse así. Aunque siempre está buscando un buen candidato para pasar un buen rato —respondo sonando un poco sarcástico. Sonia siempre ha mostrado rechazo hacia mí y creo que la entiendo, pero nos va a llevar un tiempo poder suavizar la aspereza con la que iniciamos.

Mi familia empieza a reírse a carcajadas dejando a Esther sin saber que acaba de ocurrir. Aunque seguro puede notar que estamos burlándonos de su amiga.

—¿Qué pasó?

—Nada. Sólo comentaba los intereses no sentimentales de Sonia. No he olvidado que tengo que presentarle a dos de mis primos.

—No te apures con eso. Yo sé que ella quiere a Martín, así lo quiera esconder... No necesita confundirse más —dice mientras frunce el ceño.

—¿Confundirse? Tú siempre me has dicho que ella no quiere nada serio.

—Bueno, pues con él parece quererlo.

Me quedo callado por un momento, digiriendo esa nueva información. Yo la había visto afligida una vez porque estaba peleando con su novio, pero luego, parecía de nuevo ella. Como si lo hubiera superado. Además, Esther me contó que salió con el presentador de ese programa donde su ex esposo trató de hacerla quedar mal. Para mí, eso ya era cerrar el ciclo, pero para ella no.

Creo que ahora también estoy confundido.

Terminamos el desayuno con temas más tranquilos. Mis primos fueron los suficientemente decentes para no preguntarle nada de la pelea y en serio que lo agradecía. Tengo que ir preparándome para mi confesión total.

Mi política en cuanto a relaciones siempre ha sido ser totalmente abiertos. Decir lo que se siente y ser transparente en cuanto a las acciones diarias. Pero este punto, decirle mi pasado a la mujer que va a acompañarme por el resto de mi vida, se siente como si no lo hubiera superado. Y sí que lo he hecho. Dejé atrás cada cosa que ella destruyó de mí y me transformé en una versión mejorada.

Pero parece que me deja en jaque si me toca.

Y no de la manera buena. No. Me deja vuelto un lío furioso. Esa rabia que creí que ya había evacuado.

Sólo espero que Esther sea increíblemente comprensiva en este punto y que yo pueda hacerle entender que mi pasado no va a afectar mi futuro.

## Capítulo 49

Tantos rostros nuevos sin poder asignarles nombre ha sido todo un reto para mí. Y mucho más hoy que empezaron a llegar familiares para presentarse a la futura esposa de Ángel. No sé si estaban desesperados porque se casara o si la aceleración es de familia, pero casi todos me felicitan con ahínco, como si fuera un milagro caído del cielo.

Quizás Ángel quiere presentarme a todos sus primos para prolongar nuestra charla programada pero no lo va a lograr. Puedo haberme golpeado la cabeza pero no tengo amnesia.

Luego del almuerzo, tenemos un espacio libre de familiares; quizás porque lo arrastré hasta la terraza de la casa con la excusa que quería admirar la vista. Se nota que presiente lo que voy a decirle, así que se aclara la garganta con lentitud y se alisa el cabello con la mano.

Es como si supiera que ese gesto me distrae.

Tengo que controlarme para no echármele encima para darle un beso. Primero necesito saber la historia completa de su pasado con la bruja y luego pienso un poco si se merece el beso.

—Me parece un buen lugar para una charla.

Alza una de sus comisuras en un gesto tan sexy que me hace temblar.

*Demonio: ¿Ni enojada es capaz de resistirse? Necesita un poco de entrenamiento en esa área.*

*Ángel: ¿Y quién se la va a dar? ¿Tú?*

*Demonio: Soy un demonio, sé lo que es la ira...*

*Ángel: Y la lujuria.*

*Demonio: Sí, también de eso.*

—Bueno *principessa*, lo cierto es que esta charla no quisiera tenerla unos días antes de la boda. Es de mala suerte. Pero sé que necesitas claridad sobre ella y sobre lo que pasó en esa época. Y como ya te he dicho, ella no significa nada para mí

—Odio pasar por esto, y te aseguro que no te lo preguntaría si ella no te hubiera besado o si hubieras actuado diferente. Pero ante tanta inmovilidad, no puedo quedarme con la duda.

—Te entiendo, *amore mio*. Sólo espero que tengas la mente abierta.

—La tengo muy abierta, en serio.

Eso lo hace oscurecer los ojos como si hubiera dicho algo con doble sentido.

*Espera un momento... ¿Qué está pensando? No, cariño. No vas a distraerme.*

Se acerca para besarme pero pongo un dedo en su boca antes que complete el movimiento. Primero me dice y luego lo que quiera.

*Demonio: ¿Lo que quiera?*

*Ángel: ¿Podrías no usar ese tono tan sugestivo?*

*Demonio: ¡Hazle de todo Ángelo para que deje de pensar en esa Gina!*

*Ángel: ¿Por qué sigo hablando contigo?*

—Bien, *mi concentrerò*... Digamos que la historia empezó hace diez años porque incluso antes que ella llegara a Cali, ya nos habían presentado. Mis padres creían que estar en una relación con ella sería bueno para el negocio porque su padre es un gran empresario con varias firmas de abogados y unas de importaciones, eso ahora lo entiendo, pero quizás forzaron un poco las cosas. Así que hablamos por casi dos meses por chat hasta que prometió que me visitaría con alguna excusa. Al final, pudo convencer a su padre que allá tenía una buena empresa para practicar y hacer un intercambio.

»Ella orquestó todo. La empresa, la universidad, el intercambio. Incluso convenció a su padre que lo mejor era quedarse con una familia italiana y no sola en un hotel cualquiera. Mi madre en ese tiempo lo vio inapropiado, pero no podía negarle la hospitalidad a una recién llegada y mucho más siendo una Santoro. Sin embargo, ella tuvo que dormir en otro cuarto y para hacer las cosas más difíciles, puso a Nyma a acompañarla con la excusa que no se sintiera sola, aunque todos sabían que era para que no gateáramos en la noche.

Me aclaro la garganta con una ligera incomodidad. Le había pedido que fuera sincero, pero a veces ese tipo de detalles no son necesarios.

—Así pasamos unos días hasta que formalizamos ante todos nuestros padres que habíamos comenzado a salir. Por supuesto, mis padres estallaron de la felicidad no sólo porque Gina da buena impresión sino porque eso los dejaba un paso más cerca de Lion Santoro.

»Yo no lo veía como una transacción de negocios. De verdad estaba ilusionado con ella. Quizás en estos últimos días, te has hecho una imagen de bruja indolente, pero lo cierto es que ella sabe encantar cuando quiere. Todos estaban deslumbrados, incluso Nyma que fue reacia cuando le dije el plan. Pero parece que mi hermana le hizo unas cuantas bromas a Gina y ella las aguantó como toda una campeona, sin quejarse e incluso se divertían juntas.

»Cuando ya llevábamos un mes de relación, su padre me escribió para saber cómo iba su hija con los estudios. Aprovechó para indagar sobre nuestra situación económica, sobre Grupo Élite y sobre mis padres. Claro, se llevó una sorpresa al enterarse que no éramos tan solventes como

creía. Y desde ese momento, Gina cambió.

Toma una gran bocanada de aire como tomando impulso para la parte crucial de la historia. Pongo mi mano en su hombro y mantengo el contacto visual para que sienta mi apoyo. Se nota que esto es duro para él; la discriminación de cualquier forma que venga es humillante e hiriente.

—Está bien, cariño.

—No sé si culparla del todo, *principessa*. Al final fueron mis padres quienes vieron una oportunidad al unirnos.

—Claro que puedes culparla. Tú la querías.

—Sí, lo hacía. Imagínate que eso fue el primer mes y ella estuvo conmigo otros seis. Su actitud cambió, se tornó más exigente, despreciaba los pequeños detalles que tenía con ella o incluso rechazaba regalos que mis padres le hacían. Nyma fue la primera en cansarse de su actitud y dijo que no iba a seguir compartiendo habitación con alguien que la miraba con desprecio. Pero yo no podía creerlo. No sabía si extrañaba su casa o a sus padres o que se encontraba de mal humor, pero quería remediarlo, hacerla sentir bien.

Sí me imagino. Él y su necesidad de hacer a las personas felices.

—Hice mucho esfuerzo, conseguí unos clientes potenciales para la empresa que tenían mucho capital para trabajar y me comprometí a ayudar a mi papá a que ellos firmaran. A pesar que aún estaba en la universidad y a veces me absorbía el tiempo. Sin contar que tenía que mantener entretenida a Gina, quien se aburría si pasaba más de cinco minutos en el mismo lugar.

—Bruja

—Sí, lo sé. Después de varios años me di cuenta de sus juegos, pero no eran evidentes en esa época.

—Lo que no entiendo es que al mes ya sabía que no eras un partido apetecible para ella e igual siguió en tu casa.

—Necesitaba un lugar donde dormir porque su padre le dio un presupuesto limitado al no estar de acuerdo con el lugar que había escogido para hacer su pasantía. Así que no disponía de recursos para pagar un lugar que ella considerara digno. Y aunque a veces la vi despreciando la casa de mis padres, nunca dijo nada en contra.

—Bruja —repito realmente disgustada—. Ella pudo haber vuelto simplemente.

—Lo pudo haber hecho, pero ya había hecho mucho esfuerzo por conseguir ese intercambio. Y estaba ilusionada en aprender español. Sería como aceptar que se equivocó delante de su papá y ella no cree en disculpas.

—Excusas. Ella no te quería.

—Lo sé —hace una mueca de tristeza—. Pero no he llegado a la peor parte.

—¿Hay algo peor? ¿Además que no te quería?

—¿Qué pasa cuando alguien sólo quiere sacar provecho de ti y se acaba el tiempo de estancia obligatoria?

—Pues saca las uñas.

—Ella lo hizo levemente cuando ya había terminado el intercambio. En ese momento, Nyma ya no estaba porque se había casado unas semanas antes. Gina fue mi acompañante en esa boda.

—¿Nyma conserva las fotos? —pregunto casi atragantándome. No me atrevería a decir que conozco a mi cuñada pero puedo apostar que ahora mismo Gina está en su lista negra.

Ángelo ríe sin ganas.

—Si ves el álbum de fotos de Ny, vas a ver pequeños círculos con marcador rojo tapando el rostro de Gina. En algunas fue más drástica y le quemó el rostro, y en las que estaba en una esquina, las recortó. Ny no es de las que se pone con sutilezas.

Eso puedo creerlo.

—Así que Gina, sutilmente le dijo a mi padre que la familia Santoro no estaba dispuesta a perder dinero en negocios sin rentabilidad y que hasta el momento no había encontrado otro socio de negocios que pudiera tentarlo. Como lo imaginas, mi papá estuvo muy triste y decepcionado porque sentía que era su culpa al no estar al nivel de él. Pero claro, los Santoro llevan siete generaciones haciendo crecer el negocio, y nosotros apenas vamos en la segunda.

»Luego, ella me hizo comprar ropa diferente para asistir a una reunión en su universidad. Yo estudié en La Santiago mientras ella estaba en La Javeriana. Ya sabes, un estatus mucho más alto. En medio de la reunión, con todos sus nuevos amigos ricos que parece que hablaran con una papa metida en la boca, Gina tuvo el descaro de decir que me disculparan por mis modales, porque yo era de una universidad más barata.

»Eso fue bastante humillante pero no le dije nada. Sus amigos intentaron no darle importancia y se presentaron con cierta amabilidad. Pero no se detuvo ahí, relató muchas cosas de nosotros y lo comparaba con las relaciones que tenían sus compañeros entre ellos y en muchas de las situaciones, achacó nuestras peleas a la diferencia socioeconómica que teníamos. Incluso sus compañeros trataron de cambiar el tema, pero ella insistía en compararme una y otra vez con ellos o con sus antiguos novios italianos puros, como ella solía llamarlos.

»Para esa época ya hablaba mucho mejor el español, así que fue evidente para sus amigos de lo que hablaba. Si hubiera sido unos meses antes, seguro sólo habrían entendido la mitad.

—Necesito un nuevo insulto para ella. Bruja ya no es suficiente. ¿Qué tal asquerosa?

—No te desgastes, *principessa*. No vale la pena que hagas eso. Entre menos esté en tu

pensamiento, mejor.

—Te hizo daño. Amor. Te lastimó públicamente.

—Seguimos sin llegar a la peor parte.

—¡Nooo! ¿Hay algo peor?

—Sí. Casi cuando se estaba cumpliendo el tiempo para volver a su tierra, se comportó muy tierna conmigo. Se disculpó por las cosas que me habían molestado y propuso que compartiéramos una cena con mis padres para limar asperezas. Por supuesto, accedí. La cena fue agradable, ella volvió a ser la encantadora chica que hablaba con dificultad el español, pero al final hablamos casi todo el tiempo en italiano. Ny llegó casi a la hora del postre porque estaba bastante ocupada con su nuevo esposo. Ella hizo algunas bromas sobre lo fabulosa que estaba siendo su vida marital, pero Gina intervino para demeritar sus experiencias llamándolas aburridas y monótonas. Además, señaló a mis padres y dijo que seguro era igual a como lo hacían ellos.

—¿En serio, cariño? ¿Qué diablos hacías con ella? —empiezo a enojarme. No hay forma que alguien lo humille tanto y se deje.

—Joven y estúpido, ¿recuerdas? —se señala a sí mismo con pesadez.

—Pero es que... Wow demasiado impertinente...

—Lo sé. Tuve que llevar a mamá a la cocina y calmarla antes que sacara el cucharón y la golpeará en la cabeza.

—Pues se lo hubiera merecido —comento. Ángel me mira de soslayo y sigue la historia.

—Sin embargo, Ny trató de alivianar la situación comentando que seguro que yo la estaba complaciendo muy bien si se había atrevido a señalarlos como aburridos.

Siento que lo siguiente no lo voy a querer escuchar. ¿Por qué le pedí que me contara la historia de la ex? Me iba a encontrar con este tipo de sucesos.

—Pero Gina empezó a toser como si se le hubiera atorado algo en la garganta. Tuve que ayudarla para salvarle la vida porque se estaba poniendo como un tomate. Luego, cuando ya había recuperado el aliento, negó completamente la frase de Ny.

*Demonio: Se metió con su hombría... Wow.*

*Ángel: Es difícil creer que alguien pueda quejarse de él.*

*Demonio: ¡Wow! Estamos de acuerdo en algo de nuevo.*

—Dime que esto es lo peor.

—Aún no —toma mi mano y la aprieta—. Lo cierto es que cuando notó que el ambiente se había vuelto pesado y frío, trato de compensarlo alabándome por todas mis dotes y cualidades.

Pero claro, eso no compró a Ny. Desde ese momento ella dice que la odia.

»Después de la cena, me di a la tarea de demostrarle todo lo bueno que no quería apreciar. Así que fui muy intenso en esa parte.

—Puedes saltarte esa historia —le digo mientras zapateo un poco con impaciencia.

—Claro si... Aquí viene lo malo. Yo quería intentar que nuestra relación sobreviviera, porque para mí en esa época, sentía que podíamos lograrlo. Un día antes de su vuelo, estuvimos hablando sobre la posibilidad de que yo fuera hasta Milán. Le dije que haría lo mismo que ella, buscar una universidad y seguir mi carrera allá para estar con ella.

»Al principio se mostró fascinada por la idea. Si lo estaba fingiendo, fue muy convincente. Me dio la lista de las posibles universidades que me aceptarían a pesar de mi procedencia. Eso fue otro ataque que aguanté. Sin embargo, cuando le dije a mis padres lo que quería hacer, ambos se mostraron renuentes a que mi relación con ella fuera lo mejor. Me advirtieron que la economía de la empresa no podría soportar mi ausencia, a no ser que esos socios potenciales quisieran trabajar con él. Llevaban un tiempo pensándolo y ya nos parecía que estaban haciéndonos perder la paciencia y el esfuerzo.

»Traté de que visualizaran todos los ángulos de mi decisión, pero ellos no parecían convencidos. La chica Santoro los había vuelto desconfiados y pensaban que si ella era una copia de su padre, no querían tener nada con esa familia, por muy beneficioso que fueran para Grupo Élite.

»Al final, quedamos en que lo pensaría luego de la partida de Gina y que no haría las cosas impulsivamente. Que daría un tiempo para saber si podíamos sobrevivir a la distancia y luego, daría mi salto de fe.

—Supongo que eso no fue necesario para que abrieras los ojos —digo entre dientes pero Ángelo alcanza a oír y vuelve a posar esos ojos verdes sobre mí. Puedo notar que la tristeza de la historia ha llegado a devolverlo hasta esa época de su vida.

—No lo fue. Al día siguiente...

—Hey aquí están —dice Sonella entrando a la terraza. Nos da una larga mirada con aire escrutador y luego que nota la expresión de Ángelo, borra la sonrisa de su cara y me mira con miles de preguntas —. ¿Interrumpo?

—Necesitamos cinco minutos más... —le dice su primo con voz grave. Como si no quisiera una réplica.

—Claro, sólo quería anunciar que los primos solteros que van a acompañar a tu mejor amiga quieren ir al aeropuerto con ustedes. Quieren verla antes de echar suertes.

—¿Echar suertes?

—Jugar alguna cosa que determine el ganador o perdedor, en caso que ella sea guapa o fea,

para saber quién debe llevarla a la boda.

—¿Es necesario? Sonia los puede colgar de las pelotas si cree que van a apostar algo sobre ella.

Sonella traga grueso y mira a su primo de nuevo.

—Bien, ahora atendemos eso —dice él para despacharla.

—Claro, los dejo.

Ella desaparece con prontitud, así que vuelvo mi atención a Ángelo.

—Bien. El día del viaje empezó como cualquier otro. Ella estaba feliz y triste. Pensé que era porque iba a separarse de mí, pero lo que no sabía es que estaba haciendo un plan malvado para luego correr y no rendir cuentas.

»La llevé al aeropuerto con bastante tiempo de margen. Mis padres no me quisieron acompañar porque para ellos era un alivio que se fuera. Ahora que lo pienso, si les hubiera hecho caso antes, no habría recibido el golpe tan fuerte.

»Nos sentamos luego de hacer *check-in* y simplemente nos entretuvimos conversando de cosas superficiales. El problema llegó cuando yo empecé a hablar del futuro; ella inmediatamente se envaró como si la hubiera ofendido. No sé si creyó que le iba a proponer matrimonio pero se levantó como un resorte y vociferó para que todos los pasajeros escucharan que ella nunca se podría casar con alguien de mi nivel. Sus palabras exactas fueron: Ángelo ¿cómo crees que voy a casarme contigo? Eres demasiado pobre y vives en un país tercermundista... Ni siquiera eres italiano completo... No gracias, este tiempo aquí fue muy agradable y me hiciste sentir apreciada y querida, pero yo no puedo corresponder esos sentimientos tan básicos. Tengo que pensar en el emporio que tiene mi familia y como incrementar las ganancias, no en dividir las para que tu familia pueda comer decentemente. Creí que querías las cosas casuales pero veo que no puedes. ¿Sabes? Mejor olvídate de ir a Milán, seguro ninguna universidad se va a interesar por ti y no podrías vivir en un apartamento con ese sueldo miserable que ganan tus padres. Por si no lo sabes, allí donde vivo es el lugar más caro y el mejor financieramente hablando, así que no sueñes... Nunca vas a lograr llegar a mi lugar y mucho menos por matrimonio.

—Malp... —me contengo del insulto porque Ángelo lo dijo con mucha rabia —. ¿Qué le dijiste?

—Nada. No me dio tiempo. Yo me quedé paralizado y bastante conmocionado. Muchas palabras fueron en italiano pero no las suficientes para que los presentes no entendieran el contexto de sus gritos. La vi levantarse, tomar sus cosas y correr hacia la puerta de salidas internacionales. No se despidió, ni dijo nada más. Así terminaron siete meses de mi vida en la que me había hecho una idea errónea del amor y de la felicidad.

»Tuve un problema de depresión los siguientes meses. Incluso mis padres tuvieron que internarme porque yo no me movía más que lo necesario para comer, hacer mis necesidades y dormir. Ny, quería matarla con todas sus fuerzas. Deseó tener el dinero suficiente para irse para

Milán a perseguirla y arrancarle cada cabello. Creo que fueron todas sus amenazas las que me hicieron recuperar. Esa rabia que ella redirigía con bromas y ganas de hacerle daño, me despertaron. A los cuatro meses, me recuperé y terminé la carrera con honores. Hice una especialización en Roma e impulsé el negocio familiar a un nivel que nadie esperaba. Pronto estábamos facturando lo suficiente para que mis padres se retiraran a un lugar más campestre, como siempre lo había querido. Desafortunadamente mi padre no alcanzó a disfrutarlo mucho. Luego de un año en ese paraíso en el que estamos viviendo ahora, él falleció. Le dio un paro cardíaco.

»Ny aún culpa a Gina. Ella alega que mi padre fue el que más sufrió por mi condición y por lo tanto, la angustia lo consumió lo suficiente para acabar con su estabilidad cardíaca. Es posible, pero yo intento no pensar en ello. Es muy doloroso. Además que eso podría convertirme a mí en cómplice por no descubrir sus verdaderas intenciones a tiempo.

No es de extrañar que mis ojos se hayan inundado de lágrimas. Soy muy chillona cuando me cuentan una historia triste. Me duele que todo le haya pasado en tan poco tiempo: perder su dignidad, perder lo que creía que era el amor, caer en depresión y perder a su padre.

Muchos golpes para un joven.

Ángelo me atrae hacia él para amortiguar mis lágrimas. Aunque eso surte el efecto contrario. Nos sume a ambos en pequeños quejidos; él porque yo estoy llorando y yo porque esto es demasiado triste.

—Lo lamento tanto. No pensé que fuera así —digo mientras restriego mis párpados para no llorar más—. Y tú no eres cómplice, fuiste engañado por una profesional.

—Igual fue doloroso, y cambió a toda la familia.

Siento un pequeño dolor en el pecho. Es difícil verlo tan destrozado por esos hechos y no sentir que aún pueden afectarle. Quiero darle el beneficio de la duda y sé que ha hecho todo en su poder para superarlo, pero es posible que aún necesite mi ayuda.

Lo abrazo fuerte, esperando que mis fuerzas se le trasladen a él. Demostrarle que estoy junto a él incondicionalmente.

—¿Aún quieres casarte conmigo?

Esa pregunta sale con una voz lastimera. Se le oye como si temiera más mi reacción al relato que los sucesos ocurridos y su tremendo dolor.

Si bien estaba enojada hace unas horas por todo esto que ocasionó Gina, no tengo ninguna razón de peso para retirarme ahora. Estoy enamorada de él. Punto.

—Mil veces sí —digo mientras atraigo su rostro para besarlo.

## Capítulo 50

Como ya habíamos tenido demasiados momentos tristes estos dos días, lo mejor para resolver el asunto de raíz es intentar seducirlo.

No es que me haya puesto las cosas difíciles. Apenas si se lo insinué y él ya me estaba llevando en silencio hasta uno de los cuartos deshabitados del tercer piso. Tuvimos que apurarnos porque mucha de su familia estaba ahí y no queríamos que nos pescaran in fraganti cuando se supone que estábamos resolviendo un problema complicado. Sus besos y caricias borran el dolor de estos días; su mirada en la mía calma mis nervios y me deja serena. Mis hormonas enloquecidas se desahogan por completo y por fin puedo volver a respirar con soltura.

Lo dejo compensarme, que me diga que me ama con cada movimiento de su cuerpo. Con sus suaves palabras, con sus insistentes besos.

Gina no va a interponerse entre nosotros. No después de lo que ha hecho para destrozarlos.

Cuando estamos vestidos de nuevo, nos ayudamos mutuamente con el cabello. Hay que disimular, y mi melena revuelta puede echar nuestra coartada abajo.

—Te amo, *principessa* —dice Ángelo con vehemencia mientras termina de peinarme con su mano.

—Yo a ti.

Le doy un beso fugaz y nos disponemos a salir del cuarto.

En cuanto abro la puerta, un par de ojos se encuentran con los míos. Es el hijo del primo de Ángelo, no recuerdo su nombre pero al ser él, suelto un poco de aire contenido. El pequeño debe tener unos cinco años, su cabello es cobrizo, voluminosas cejas y unos ojos oscuros preciosos. Se queda mirándonos por otro segundo en que ninguno se mueve y luego, como si nada, nos extiende su juguete para que lo veamos.

—*E 'la mia auto* —dice el niño.

No recuerdo su nombre. Creo que me va tocar ponerle carnet a cada uno para poder recordarlo.

Ángelo le contesta algo y el niño sonríe dando pequeños brinquitos. Luego se gira, se agacha y pone a andar el carrito de un empujón. Ambos celebran la distancia que pudo alcanzar. Ángelo lo atrae hacia él para cargarlo y el niño lo abraza por el cuello.

La escena es muy bonita. Se nota que mi prometido va a ser un excelente padre.



Al final, no pudimos librarnos de Francisco y Libardo, los dos primos de Ángelo que pretenden sortear cual va a llevar a mi amiga a la boda. Los pobres no saben en lo que se van a meter.

Tengo que decir que ambos son guapos; Francisco es más alto, delgado y con el corte de cabello para un lado parece un modelo de calendario para mujeres; se nota que está marcado muscularmente y que hace bastante ejercicio. Su rostro por otro lado, tiene facciones duras: ojos pequeños, nariz grande y unos labios que le restan atractivo al tenerlos demasiado delgados.

Y Libardo es un poco más bajo, tiene una complexión atlética mucho más evidente pero sus brazos parecen más cortos de lo normal; algo extraño la verdad. Su rostro es mucho más angelical; ojos verdes oliva, nariz mediana aunque con una pequeña protuberancia en el tabique, signo que alguna vez se la rompió, y unos labios promedio.

Pero lo peor, lo que les resta atractivo, es que parecen dos adolescentes calenturientos ansiosos por atención femenina. Tan sólo en el viaje hasta el aeropuerto, los he pillado mirándoles el trasero a muchachas en la calle y como si yo no estuviera presente, chiflándoles cumplidos nada románticos.

Ángelo se nota un poco incómodo por la actitud de ellos, pero se abstiene de cualquier comentario. Soy yo la que lo miro con una ceja levantada pero él solo se encoje de hombros, excusándose por ellos.

Cuando por fin parqueamos en el aeropuerto, me doy cuenta que no hemos venido solos. Su primo Marco y su hijo nos han seguido hasta acá. Ellos venían en una camioneta muy grande, mientras nosotros tenemos un carro sedan. Quizás es buena idea tener dos carros, a Sonia no le va a gustar viajar en medio de este par.

*¿O sí?*

Ella a veces me sorprende. Por una parte podría ofenderse por sus costumbres acosadoras o todo lo contrario, sentirse halagada por tanta atención.

*Mejor espero hasta comprobar su humor. Quién sabe cómo se encuentra luego de ocho horas de viaje.*

Caminamos los seis hasta *arrivi internazionali* y esperamos hasta que el vuelo que viene de Madrid, aterrice. No parece que esté retrasado pero hay muchos llegando en este momento.

Este tipo de situaciones siempre me ha gustado. Ver a tantos familiares y amigos reunidos detrás de una puerta esperando que uno de sus seres queridos atravesase ese espacio y poderlo volver a abrazar luego de mucho tiempo de separación. Debe ser uno de los sentimientos más ansiosos de cualquiera y a la misma vez, que causa más satisfacción.

Con Sonia sólo llevaba tres semanas sin verla, no es grave pero la he extrañado demasiado. Para mí siempre fue claro, que ella va a estar en cada uno de mis grandes momentos.

—Ya está aterrizando el vuelo —anuncia Ángelo señalando una de las pantallas.

Algo en mi interior se frunce de alegría. El que Sonia llegue quiere decir que cada vez estoy más cerca de mi boda. Y no con cualquiera, sino con Ángelo Egizi, alias el hombre más sexy, romántico, detallista, fuerte, trabajador, desinteresado y amoroso que he conocido. Cada paso que doy, me lleva más cerca de nuestro futuro juntos y es una sensación entre abrumadora y ansiosa.

—Estoy segura que lo primero que va a hacer es regañarme por comprometerme tan lejos —digo a modo de broma.

Ángelo me mira con diversión y me atrae hacia él con su brazo.

—Pues dile que es mi culpa. Ella es buena para mirarme con desdén.

—No creas... A ella le caes bien.

—¿Tú crees? —pregunta achicando los ojos.

—Estoy segura. Al principio creía que podía quedarse contigo... —digo como si nada. Aunque luego me doy cuenta del pequeño error. No creo que a Sonia le guste que él sepa su pequeño secreto.

—¿Qué? —pregunta conmocionado.

—Ella quiere que todos los guapos sean para ella. ¿No te acuerdas? Se presentó como «Soltera y flexible».

La carcajada de Ángelo retumba en el lugar. Estoy segura que lo recuerda.

—Claro que lo recuerdo. Pero pensé que era su manera de referirse a ella misma, no que me estuviera coqueteando.

*¡Ay por favor!*

Mi cara debe revelar lo que acabo de pensar porque él toma mi mentón y lo sube para que lo mire.

—En serio, desde que te vi ya no soy consciente de la belleza de las demás mujeres.

Lo miro de forma retadora, esperando a que flaquee su expresión. Pero nada. Se ve increíblemente firme en su convicción.

—Pero Sonia es hermosa.

—Eso no lo sé. Tú eres hermosa...

*¡Oh my god! Mi corazón.*

*Demonio: ¡Claro! Ahora es ciego el enamorado este.*

*Ángel: Es un romántico.*

*Demonio: Sí, pero no exageremos... Hay mujeres por ahí que se deben admirar.*

*Ángel: No entiendo porque estás de mal humor estos días.*

*Demonio: Ya dije que odio los preparativos de boda.*

Le sonrío y toco su nariz por esas palabras tan bonitas. Definitivamente tiene una gran capacidad de sacar lo mejor de cada situación.

Libardo se acerca hasta nosotros para hablar con Ángel. Lo que nos hace distanciarnos, ambos hablan con desenvoltura y pero no parece nada relacionado con Sonia o con la espera en el aeropuerto.

Les doy un poco de privacidad mientras inspecciono las pantallas del aeropuerto. Espero que pase rápido inmigración y que sus maletas lleguen con prisa.

Aunque conociendo a Sonia, estoy segura que se trajo medio apartamento aunque sólo va a estar tres días. Ella no puede viajar ligero, siempre tiene que empacar su secador de cabello, plancha —tanto para cabello como para ropa—, su inmenso kit de maquillaje y sus diez mil vestidos que carga, así no los vaya a usar. Creo que dentro de ella, lo que quiere es tener la sensación que está en su casa. Sacar toda la ropa y pensar qué va a usar, extendiendo todo su closet en el proceso. Supongo que también va a traer su computador. Hasta hace unas cuantas semanas había escuchado que la editorial con la que firmó para la publicación de su novela gráfica, aún están trabajando en la parte de edición, así que ella debe estar muy pendiente de los cambios para negarlos o aceptarlos.

Espero que no se haya molestado comprando regalos. Primero porque la familia de Ángel es inmensa, en ninguna maleta promedio podrían caber regalos para todos y segundo porque si son como Ángel, no les gusta que les den algo sin poder retornar el favor.

La gente empieza a salir por la puerta, lo cual me pone muy nerviosa. Hay mucho que llevan de a dos maletas y otros que son ayudados por personal del aeropuerto.

Mientras esquivo cabezas para poder ver quien va saliendo —lo digo porque soy chiquita y muchas personas están intentando adelantarme—, veo salir a Nyma. Mi corazón salta más de lo que esperaba porque no había caído en cuenta que ella también vendría. Obvio que Ángel haría lo que estuviera en su poder para traerla, pero no me confirmó que hubiera comprado su vuelo y mucho menos en el mismo que Sonia.

Ella me alcanza a ver, seguramente porque estaba ahí pataleando contra la corriente de gente que empujaba. Así que se acerca hasta a mí, arrastrando una gran maleta de carga y una de mano. Me abraza con ternura y pronto se separa para buscar a su hermano. Lo señalo y ella me sonrío y

expresa sus sinceras felicitaciones.

—Essy, estoy segura que van a ser muy felices. Se les nota —dice ella con mucha emoción.

—Gracias.

—Por ahí viene Arley, lo llamas para que no se pierda —me dice y se desplaza hasta su hermano.

Me hago hacia un lado para dejar pasar a unos viajeros que ya los han recogido y es ahí donde veo a Arley y a Alessia. Él sin duda necesita una mano porque llevar una maleta, la pañalera de la niña y a la niña, debe tenerlo muy incómodo. Me apresuro a ayudarlo con la maleta, pero en respuesta me pasa a Alessia, quien se me echa encima como si me conociera de toda la vida.

Esta familia es toda igual.

—Bienvenido, tu esposa se fue por allá.

—Ella es así, no le gusta andar a mi paso —dice meneando la cabeza.

Alessia tira de mis aretes un poco, luego un más duro, sólo se detiene cuando ve que me he quejado de dolor.

—No, linda... sin halar —le digo y ella sólo me mira con esos ojos grises impresionantes.

Me muestra su sonrisa de pocos dientes y luego se la entrego a su madre, quien estaba entretenida con sus primos.

Vuelvo a mi posición para esperar a Sonia.

Sus reflejos dorados son lo primero que veo, luego puedo ver su rostro completo al ser alta y caminar con propiedad. Para mi sorpresa solo viene con una maleta de mano.

Salgo a su encuentro y ella al verme, corre un poco hasta que llega a mi posición y me carga, levantándose desde las piernas. Emito un grito sorpresivo y la mitad de los familiares y viajeros se vuelven hacia nosotras.

—¡Cariñito! —dice demasiado alto —. Fue un viaje de mierda, pero ha valido la pena.

Bueno, acerté.

—Me alegra que estés aquí, Sonia. Ahora, bájame —le digo mientras estoy en el aire con la inseguridad si iré a caer de cara en el suelo.

Ella me deja suavemente hasta que mis pies tocan el piso. Suspiro con alivio.

—¿Sólo una maleta? —pregunto sorprendida

—Noooo, ahí viene un señor que trae mis maletas. Yo no puedo viajar sin mis cosas —señala

a un empleado del aeropuerto que trae dos maletas negras en un carrito. Las deja al lado de Sonia, y ella le da algo de dinero.

—¿Cómo está Killian? —le pregunto cuando ya ha pagado.

—Ese pequeño hermoso está muy bien, aunque no le gustó quedarse con Kathe. Creo que está sentido porque ha estado viviendo en muchos lugares últimamente. Seguro se va a sentir como un niño huérfano. Y con razón. Su mamá está en otro país tratando de casarse sin él.

Ruedo los ojos. Ella es una *drama queen*.

—¿Dónde está tu futuro señor-papasito-casado-con-mi-amiga?

—Está allá, acaba de llegar su hermana también.

—¿La que dices que es hiperactiva y directa como yo?

—Sí, solo tiene una hermana.

—¿Crees que le gusten los tríos? —pregunta con mórbida curiosidad pero no estoy segura a qué tipo de trio se refiere.

Me quedo sin poder responder porque todos se acercan para hacer las debidas presentaciones. Primero me dirijo a Nyma para presentarle a mi amiga, pero ellas, se miran como si se estuvieran reencontrando de hace mucho tiempo; estiran sus brazos fuera de su cuerpo y alzan las cejas al tiempo mientras se acercan para darse un sentido abrazo, que se me antoja demasiado fraternal.

—Es un gusto. Mi nombre es Sonia pero cuando mis amigos están de buen humor me llaman *mamasita*...

—Oye es casi como a mí, cuando todos están alegres me dicen *calentura*...

La mayoría de los presentes nos atrancamos con nuestra propia saliva.

Le agradezco a Dios que Alessia aún no entienda las palabras de su madre y que esté demasiado absorta con un peluche que su papá le está sosteniendo.

—Me agrada —comenta Sonia hacia mí.

—Yo también me agrado, aunque tengo que decir que tú tienes algo muy interesante en tu aura.

—¿Diversión? ¿Locura? ¿Excentricidad?

—Sí, algo así.

Ángelo se aclara la garganta para interrumpir a las futuras mejores amigas y nuestro dolor de cabeza anunciado. Llama a sus dos primos y se los presenta a Sonia.

Ella da un paso hacia ellos con la mano extendida, detallándolos minuciosamente como si de

un examen médico se tratara.

—¿No hablan español? —pregunta ella cuando se quedan demasiado callados.

Todo el camino haciendo chistes entre ellos y ahora se quedaron como momias.

Intento no rodar los ojos.

—Libardo habla un poco, pero nada tan avanzado —responde Ángelo por ellos.

—Eso hay que solucionarlo —se adelanta hasta que está a un paso de Libardo. Él es de la misma estatura que mi amiga, así que tiene que mantener su mirada recta, porque si llega a desviarla un poco hacia su escote es hombre muerto —. Dime Libardo, ¿crees que eres el indicado para llevarme a la boda?

—Sí —responde él.

—¿Qué tienes para ofrecerme? —pregunta mi amiga exponiendo su mirada inquisidora.

El pobre chico desvía la mirada hacia su primo para que le traduzca, luego él responde y Ángelo traduce.

—Libardo dice que sería un caballero y bailarías contigo toda la noche.

Eso hace que una de sus comisuras se eleve.

—Bien jugado, lindo —dice Sonia apretándole uno de sus brazos atléticos —. Además, me gustan tus ojos.

Ángelo le traduce y él se irgue en respuesta. Parece que le gustó el cumplido.

—¿Y tú? —pregunta Sonia desplazándose hacia Francisco —. ¿Qué ofreces?

Francisco habla casi un minuto en el que Ángelo intentó empezar a traducir pero era interrumpido por su primo. En algún momento, mi prometido se puso de todos los colores y Nyma empezó a reírse tan fuerte que Sonia le toca alejarse de Francisco asombrada.

—*Posso?* —pregunta Ángelo cuando su primo toma descanso para respirar. Parece que le estuviera pidiendo permiso para traducir.

—Se —responde él.

—Bien, en resumen dijo que va a ser el hombre que te haga soñar, suspirar y derrochar cuanta fantasía quieras cumplir por una noche en Roma.

—¿Por qué te reíste? —pregunta Sonia a Nyma.

—Fue demasiado gráfico en cuanto a cumplir las fantasías. Si fuera tú, me quedaría con ese.

Ambas se guiñan un ojo y asienten.

*¿Qué? ¿Ahora son mejores amigas?*

—Bien, Francisco... Yo te elijo —dice como si fuera de una serie animada que veíamos de niñas.

Es difícil no reírme pero esto ya es lo máximo que puedo aguantar. Y ellos pensaban que serían quienes escogerían... pobres almas inocentes.

—¿Vamos? Creo que tenemos mucho que hacer estos días.

Sonia viene hacia mí para abrazarme de nuevo demostrando su emoción.

—Aún falta alguien —anuncia Ángelo con misterio.

—¿Quién? —pregunto repasando cualquier amigo que esté pasando por alto.

Me doy cuenta que no puede ser de su familia porque ya están todos acá. De mi lado podría haber contactado a Kathe, pero sólo la conoció una vez y no es que seamos tan cercanas para que la incluya en un viaje internacional.

Sin embargo, no tengo que seguir adivinando porque un cabello rojizo y abultado aparece en nuestra periferia. Me giro con sorpresa y miro a Ángelo, maravillada.

Se supone que me había dicho era muy difícil que Antonia y Mike pudieran venir porque su niño es muy pequeño para un viaje internacional. Pero ahí están, caminando hacia nosotros con paso firme, llevando a mi ahijado dormido en sus brazos.

—Sorpresa, *principessa* —dice Ángelo.

Pequeños pinchazos en mis ojos me hacen lagrimear. Me tiro a sus brazos para agradecerle y él simplemente me besa y me deja libre para que vaya a saludar.

Antonia es la primera en recibirme, me da un abrazo cariñoso aunque no tan desenvuelto, mientras me pasa a Christian, que se nota cansado. Mike se acerca para darme un beso en la mejilla y felicitarme.

—Tengo que admitir que esta es la mejor invitación a una boda que he recibido en la vida. Muchas gracias por traernos acá.

—Agradécele a mi maravilloso futuro esposo. Yo no sabía que venían.

Ambos lo miran y levantan sus manos para saludarlo a la distancia.

—Eso fue muy generoso —dice Antonia—. Nos ayudó con todo lo necesario para que Christian viajara cómodo. Te estás luciendo, Esther. No dejes ir a ese hombre.

—No pienso hacerlo.

Christian abre sus ojos y me regala una sonrisa con reconocimiento. Mi pequeño ahijado apenas tiene un mes, es una criaturita muy delicada y frágil, seguro no sabe que acaba de pasar a otro continente para asistir a la boda de su madrina. Lo cual es adorable.

Le doy un beso en su frente y nos reunimos con el grupo.

Ahora entiendo por qué vinieron dos carros. Y a pesar de eso, creo que iremos apretados.

—¡Qué niño tan guapo! —dice Nyma a Antonia. Ambas madres se sonríen y se presentan.

Antonia no sigue la misma línea de Sonia, ella es reservada, y sus demostraciones de cariño no son explícitas como mi amiga. Sin embargo, parece que todos se muestran amigables con los recién llegados.

Veó a Sonia repasando demasiado a Mike. Por supuesto, Antonia se da cuenta de la forma libidinosa que mi amiga le está mirando a su esposo y acto seguido se cruza en su camino, con la ceja levantada y los brazos cruzados. Sonia medio sonríe y levanta su pulgar para felicitarla.

—¿Cuál es el plan? —pregunta Sonia.

—Este es el plan —empieza Nyma—. Esta señorita se casa en dos días y necesitamos el mejor vestido que Roma pueda ofrecer, así que ustedes caballeros se irán para la casa con este par de angelitos —dice señalando a su niña y a Christian—, mientras nosotras iremos de compras.

—¡Yes! —secunda Sonia haciendo un gesto de victoria.

Antonia no dice nada pero no parece querer alejarse de Christian.

—¡Vamos! Tú también estás invitada a esto.

—Pero, mi Chris está muy pequeño...

—Sólo serán unas horas y tenemos poco tiempo antes que nos cierren las tiendas.

Sigue sin parecer convencida.

—Bien, pero déjenme amamantarlo un momento antes de irme.

—¡Sí! —exclama Sonia que parece que hubiera tomado alguna bebida con mucha cafeína.

Nos dividimos en los autos mientras esperábamos que Antonia le diera de comer a Christian. Nyma se aseguró también que Alessia tuviera qué comer, y le encargó la pañalera de nuevo a su esposo.

Ese hombre tiene una paciencia infinita.

Cuando todos estuvimos listos, me hicieron montar a regañadientes al sedan mientras Ángelo se iba a la camioneta. Yo sólo quería un besito de despedida.

*Demonio: En serio que ya la perdimos.*

*Ángel: Creo que me gustabas más cuando estabas obsesionado con que ella se dejara llevar con él. Ahora te parecen demasiado pegajosos.*

*Demonio: Los extremos cansan.*

—¿Estás lista, Essy? —pregunta Nyma.

—¿Essy? ¿Le dices Essy? —pregunta Sonia.

¡Oh no!

—Ángelo le dijo que así me decías —intervengo por Nyma antes que Sonia se convierta en un huracán sin control.

—Mientras quedemos en que yo soy la mejor amiga de ella, todo está bien —dice Sonia mirando a cada una de las ocupantes del carro.

Todas levantan las manos y asienten.

—Yo soy la cuñada, puedo conformarme con eso.

—Yo soy la mamá de su ahijado y estoy feliz así.

—Nos entendemos entonces. Ahora andando, tenemos que buscar un vestido y a unos italianos bien sexys en calzoncillos.

—Sonia —niego con la cabeza.

—¿Qué? ¿Acá no hay? —pregunta ella ignorándome. Nyma confirma que sí hay —. ¿Cuál es el problema?

—No quiero strippers —levanto mi dedo para que sepa que es en serio.

*Demonio: ¡Vamos! Es lo único que podría animarme.*

*Ángel: Ella no quiere.*

*Demonio: No es lo que ella quiera, es lo que el grupo quiera... ¡Tengo fe en Nyma y Sonia! ¡Vamos chicas!*

—Bien, sin chicos sin ropa... —dice con tristeza. Aunque podría jurar que acaba de guiñarle un ojo a Nyma.

¡Señor! ¿En qué momento junté a este par?

## Capítulo 51

—Bueno cariñito, tengo que decir que ese vestido es espantoso —Sonia se refiere al décimo vestido que me han hecho medir.

Estamos en una tienda grande que nos dio algo de problema porque no teníamos cita previa, pero con la ayuda de Nyma, quien fue bastante insistente en que era de vida o muerte, logramos conseguir una asesora lo suficientemente dispuesta a iniciar de cero conmigo y buscar hasta lo más recóndito un vestido que no tuviera que ser cambiado en nada.

Hasta ahora los que me he medido han sido modestos y sin mucho brillo, pero no hemos podido acertar en la talla. Los que me quedan bien de cintura, me sobra demasiado en el busto y me queda apretado en las caderas; y los que me quedan bien de busto, se ven extraños en la parte del abdomen y no le agradan a Sonia o a Nyma.

Antonia no ha dicho mucho, y cuando lo ha hecho, ha sido para decir que le gusta, no para criticar.

Lo cual agradezco.

—Si seguimos a este ritmo, nos van a echar de la tienda —les digo a Sonia y a Nyma.

Ellas se miran y hacen una mueca cómplice.

—Primero echadas de esta tienda que tú con un vestido horrible —dice Sonia.

—Amén a eso —dice Nyma.

—Antonia, un poco de ayuda aquí —digo con cansancio. Ella voltea a mirar a mi cuñada y a mi mejor amiga —. ¿Cuál te ha gustado a ti?

—No se trata de mí, yo ya me casé y usé un vestido que amaba, aunque casi no cierra porque comí demasiado las últimas semanas, pero eso no viene al caso. La idea es que escojas el que te guste. Y si ninguno te gusta, vamos a otra tienda.

—Son casi las seis de la tarde, no vamos a conseguir... Y ¿te imaginas dejar esto para mañana?

Ya siento el estrés de esta ceremonia. Empiezo a sollozar alzando mis manos al aire y arrastrando a este horrible vestido de nuevo al vestidor. Aún tengo otros dos que medirme y como este ha sido rechazado con unanimidad, no me queda otra opción que seguir buscando.

Lo cierto es que ninguno ha llenado mis expectativas. Es difícil aceptar todos estos cambios tan repentinos y encima no amar lo que vas a usar el día de tu boda; no importa que la fecha esté tan cerca.

La asesora me pasa el siguiente: un vestido corte sirena, con tiras en encaje para los hombros y el resto del cuerpo totalmente cubierto en la misma tela, el escote en forma de corazón y una abertura hasta la rodilla en la parte frontal. Sólo de verlo, mi corazón se me acelera.

La chica me ayuda a ponérmelo, haciendo que levante los hombros. Me acomoda el escote y luego alza el cierre invisible de la espalda. En cuanto lo tengo puesto, casi no puedo respirar. Aprieta lo suficiente para forzar una cintura ínfima, sacar a relucir el poco pecho que tengo y acentuar con delicadeza la forma de mi cadera. Sería el vestido perfecto si pudiera sentarme.

Intento caminar, pensando dentro de mí, que si dejo de comer estos dos días podría lograrlo, pero sería mala suerte empezar un matrimonio si me desmayo en plena ceremonia.

Me insta a salir a mostrarles a mis amigas, así que con paso lento me dirijo a mi público. Ellas contienen el aliento por un segundo y luego Sonia berrea una palabra que es mejor no repetir, Nyma se levanta para admirarlo por todos los lados y Antonia sonrío con aceptación.

Forzo una sonrisa, porque la verdad es hermoso. Mi reflejo en el espejo lo confirma. Si no fuera porque puede explotar uno de mis pulmones, estaría saltando de alegría.

—Lo hemos encontrado, señoritas —dice Nyma con voz alegre.

—Mírala está anonadada, no puede ni hablar —Sonia me señala. Ahí es donde me doy cuenta al mirar al espejo que me veo bastante rígida, tratando de respirar en pequeñas proporciones.

Por lo general, el proceso de respiración es involuntario. Pero con este vestido, voy a tener que contarlo y contenerlo todo lo posible.

—¿Te gusta? —pregunta Sonia.

—Es hermoso. Creo que... que lo amo —digo con la voz agitada.

Ellas sueltan un grito de júbilo; Nyma abraza a Sonia y Antonia se acerca a admirar un poco la tela del vestido.

—¡Por Dios! ¡Celebra mujer! Acabas de encontrar el vestido —exclama Sonia.

—No puedo —mi voz sale entrecortada y suave.

—¡Oh no! ¿Te está ahogando? —pregunta Antonia.

Asiento.

—De la escala de uno a diez de incomodidad, ¿en cuánto estás? —pregunta Nyma.

—Hmmm siete —digo intentando que no suene tan trágico.

De verdad amo este vestido.

—Podemos trabajar con eso. Espera aquí.

Nyma se aleja de mí para llamar a la asesora. Ambas empiezan a hablar en italiano. Parece que Nyma le quiere explicar la situación y la vendedora no parece muy segura de lo que mi cuñada pide. Sin embargo, el rostro de la chica cambia en un momento, pasando a negar con firmeza.

Pero claro, Nyma no se da por vencida y empieza a discutir con ella. No sé qué le dice, pero en algún momento, saca de su cartera una tarjeta platino y la chica se queda asombrada.

La asesora, mira de mí a Nyma y acepta a regañadientes, lo que sea que le haya propuesto. Se retira a paso decidido y llama a una señora bajita que lleva una cinta de medir en el cuello. Me señala y la modista se acerca hasta mí.

Luego de saludarme, me da unas cuantas indicaciones para tomar las medidas, Nyma tuvo que traducir la mayoría. Luego me hacen quitar el vestido para medir mi cintura.

—¿Qué les dijiste? —le pregunto a Nyma en cuanto la modista termina.

—Sólo les di un pequeño incentivo para que lo tengan listo mañana en la tarde —dice con desenvoltura, encogiéndose de hombros y haciendo un puchero con sus labios —, nada exagerado y con total seguridad, nada que mi hermano no aprobara.

Bufo.

—¿Qué tan pequeño? —pregunto curiosa. La vi sacar su tarjeta de crédito, estoy segura que esa expresión es un eufemismo.

—Detalles, *cuñis*... Detalles —dice con una sonrisa que me indica que no va a hablar.

—¿Quiero saber cuánto va a costar por lo menos? Tengo que poder pagar por mi propio vestido.

—¿Según quién? —el desafío en su pregunta me hace retroceder.

—¿Acaso Ángelo te pidió que pagaras por mí?

—¡Ay Essy! Ese hombre está loco por ti, ¿por qué no disfrutas de las bendiciones? ¿Ah?

Sonríe descaradamente y me hala hasta llegar al encuentro con Sonia y Antonia. La última ya parece desesperada por irse, así que pronto estamos subiendo al auto.

—El vestido es hermoso. Espero que te quede mañana —comenta Antonia cuando se ajusta el cinturón.

—Yo también lo espero... aunque me gustaría saber cuánto cuesta —digo la última parte acentuando la ironía.

Nyma chasquea la lengua y me mira de soslayo con una actitud burlona.

Se nota que no le importa porque arranca el motor y enciende la radio a todo volumen. Empieza a cantar una canción mientras las tres la miramos con malicia.

El día empieza a caer a medida que Nyma conduce. Quizás es por estar mirando hacia la calle, que no me di cuenta sino hasta último minuto que ella estaba planeando llevarnos a un club. La expresión de Antonia no tiene precio, la sorpresa se convierte en enojo y el enojo, enrojece su rostro dejándola del mismo tono de su cabello.

En cuanto pone el freno de mano, Antonia la mira como si quisiera tirársele encima, aunque al final parece que se contiene, observa sus puños con demasiada atención, suspirando con frustración.

—Hemos llegado chicas —dice Nyma con emoción que es imitada por Sonia.

Por el contrario, Antonia y yo, cruzamos los brazos en el pecho y nos miramos la una a la otra, intentando mantener la calma.

Decirle a Nyma o Sonia que no quiero ir a ver strippers es como suplicarles que me lleven.

—La diversión ha llegado, cariñitos —dice Sonia bajándose del carro.

Azoto la mía para demostrar mi disgusto. El letrero del club de strippers es bastante literal, con un hombre con unos jeans rotos, sin camisa y con unas abdominales de muerte. Sonia me arrastra hasta la taquilla, pero es Nyma quien le informa a la chica de la recepción que voy a casarme en dos días. Por supuesto, los ojos de la recepcionista se llenan de perversión cuando les pasa la factura, una tiara y un listón que tiene dibujado una iglesia y unos anillos de boda.

Sonia me lo pone a la fuerza y me hala del brazo para entrar al lugar.

De bienvenida nos dan un trago, que identifico como un Martini extraño. Me lo tomo tan deprisa que apenas si soy consciente del sabor dulzón que me queda.

Eso definitivamente no era un Martini.

Nos ubican en un sillón redondo con una mesita diminuta en medio. Antonia aún tiene la mitad de su trago indefinido y lo mira con extrañeza, como si quisiera identificar qué está tomando. Yo debí hacer lo mismo, pero el estrés era mayor que mi curiosidad. Nyma me arregla ese listón que me exhibe como futura novia y arregla mi cabello para que la tiara se note aún más.

—Esta es tu despedida de soltera, deberías tener mejor cara —dice ella con tono de reproche.

Quizás si me estoy portando un tanto amargada, pero la verdad, yo no quería un club de strippers. Podíamos hacer tantas cosas diferentes, pero quien puede contener a terremoto 1 y 2.

—No me siento cómoda en un lugar de estos —le confieso a mi cuñada.

—¡Oh Essay!... Aunque no lo creas esa es una excelente respuesta y la actitud apropiada para

que uno de ellos te saque directo a la pista —dice en voz baja—. Les encantan las que vienen obligadas. Ya sabes, para hacerlas reír.

—¿Reír? —pregunta Sonia con incredulidad—. Dirás, para hacerlas que bajen sus defensas que tener un último revolcón.

Nyma alza una ceja, y luego explota en carcajadas.

—Necesitamos tragos... estas conversaciones son mucho mejores con alcohol —dice Ny llamando al mesero.

Antonia no puede tomar, así que pide un jugo. Sonia pide un *Orgasmo* —su lema en la vida—, mientras Ny se decide por un *Sex on the beach*. El mesero se queda a la expectativa de mi pedido, pero la verdad no tengo ni idea que pedir. No quiero llegar borracha a la casa.

—Creo que tomaré algo sin alcohol —digo para que Ny traduzca.

Ella me mira como si la hubiese ofendido.

—¿Qué? ¿Estás embarazada?

—No, no creo —digo sin mucha convicción. No me estoy cuidando y nosotros somos un poco activos en ese tema.

Sin embargo, no he sentido ningún síntoma que me indique cambios en mi cuerpo.

—¿Entonces? ¿No te dejan? —hace esa pregunta con tanta ironía que Sonia no puede evitar prolongar una exclamación cómplice.

—Uuuuu no la dejan —se burla Sonia.

—Deberías pedir algo, Esther. Ellas no van a parar hasta que tengas un trago en la mano.

—¿Es que no la dejan! —sigue Sonia.

—¿Quién está hablando sobre que me den permiso? Yo soy una mujer independiente y si no quiero tomar es porque es mi decisión.

Sonia se levanta y se sube al sillón.

—¡Miren todos! ¡No la dejan! —vocifera para todo el lugar.

No hay mucha gente. Cuento unas cuatro mesas llenas de mujeres y otra de una pareja que no se ve heterosexual. La pista en donde los strippers bailan todavía está vacía y el bar, apenas tiene dos clientes solitarios. Sin embargo, todos miran a Sonia con curiosidad. Me imagino que no le entienden lo que quiere decir, pero ella empieza a repetirlo una y otra vez como si fuera una canción.

—¡No la dejan! ¡No la dejan! ¡No la dejan! —sigue ella.

Antonia se encoge en su rincón mientras Nyma se une a mi mejor amiga, pero ella lo dice en italiano. Con eso, medio bar se levanta para corearlo como táctica de presión.

—Te odio, Sonia —digo —¡Ya basta!

Ambas se callan, llevando a sus seguidores a imitarlas y mantener su atención en mí.

Ny le dice algo al mesero, quien por cierto, estaba muy divertido con la actuación de esas dos. Supongo que estaba entretenido con el pecho de mi amiga, porque se notaba que lo seguía en cada salto que daba Sonia.

—Pedí el trago más fuerte que tengan —anuncia Ny con descaro.

—¡Nyma Egizi! —grito desesperada.

—¡Vamos Essy! Nos convertiremos en hermanas dentro de dos días... Es tiempo de celebrar.

Me toma del brazo para salir a la pista. La verdad este lugar no está diseñado para bailar, pero hay un pequeño espacio en el que no hay mesas, así que entre ellas me hacen mover al ritmo de la música.

—Cariñito... ¿en serio me odias? O sea, yo sé que no, pero ¿qué tan enojada estás conmigo ahora mismo?

—¿Tengo que contestar?

—Sería bueno...

—¿O qué? ¿Vas a vociferar de nuevo para que el público te apoye?

—Ya sabes, viejas costumbres... Sólo quiero pasarla bien estos días ¿sí? No te me pongas enojoncita —dice acercándose peligrosamente a mis cachetes—. Ese humor debe ser por algo más ¿no?

—No sé, estoy estresada. Me caso en dos días.

—Lo sé... por eso necesitas esta noche. Y yo necesito un buen prospecto italiano con el cual volverme internacional... Los primos de tu futuro esposo están decentes, bueno, son guapos, pero necesito algo más... hmmm exótico.

Ruedo los ojos.

—Necesito preguntarle a Nyma como se grita un orgasmo en italiano... ¿O tú ya sabes?

*¿Es algo que debería aprender?*

—¿Necesitas gritarlo en italiano?

—Claro, ya sabes —hace una pausa dramática echando la cabeza hacia atrás—. ¡Mamma

*mia!* Más, más, ¡Oh Dios! Más duro, así, sí, sí... —sus gemidos empiezan a llamar la atención de las chicas de alrededor. Incluso alguno de los strippers que aún no están en el show, se quedan observando la descripción demasiado gráfica de un orgasmo. Aunque claro, sólo dijo una expresión en italiano, pero por la forma en que cierra los ojos, habla, gime y se toca el cuello con sus propias manos, cualquier hombre ya estaría dispuesto a abordarla.

—Detente —tomo una de sus manos, atrayendo su atención—. Entiendo tu punto.

Ella me abraza.

—¿Alguno de los chicos me miró? —pregunta en mi oído.

—Sí.

—Bien... Creo que ya tengo asegurada mi bienvenida.

\*\*\*

—*Wait, wait*, cariñito... ¿Qué la ex hizo qué? —pregunta Sonia demasiado interesada en la historia de Gina.

—La mato —exclama Nyma con indignación.

Esta historia me pareció lo único que podía frenar el impulso de beber una copa detrás de otra. Ya llevan unos quince minutos sin probar alcohol, lo que es ganancia. No creo que pueda con el peso de ambas. Y no puedo contar con Antonia, quien parece que hace mucho no dormía, así que está profunda.

—Lo besó y se atrevió a desafiarme. La golpeé lo mejor que pude, pero no soy buena para eso. Aunque le dejé marcado el anillo de compromiso en su cara.

—¿Qué? —exclaman ambas.

Alguien empieza a hablar por un micrófono, eso desvía la atención para centrarla en el anuncio. Parece que va a empezar el show.

—Esto no ha terminado, cariñito... Pero ya sabes... prioridades —dice señalando la pista y al hombre monumental que acaba de salir entre las cortinas que separan el escenario y los camerinos.

Es joven, podría decir que unos veinticinco años, con cuerpo atlético y bien formado. Sus abdominales perfectos, podrían servir para lavar ropa todo el día y esos brazos trabajados, que seguro levantan a cualquier mujer sin sufrir, son la definición de hombría. Su atuendo no es tan revelador, una chaqueta sin botones, muy estilo vaquero, unos pantalones ennegrecidos y una botas texanas. Su baile, aunque no tan sensual como esperaba, empieza lento y con mucho zapateo. Sin embargo, la música cambia, algo más movido; se quita el chaleco primero, dejando ver completamente sus pectorales y sus abdominales laterales.

El sitio se inunda en suspiros y alaridos. Las chicas empiezan a lanzar billetes al bailarín.

—¿Tienes dinero? —le pregunta Sonia a Ny.

Ny le da un fajo de billetes de baja denominación y de pronto, mi amiga se pierde entre el público, intentando llegar a primera fila.

Cuando se quita el pantalón de un solo tirón quedando en un pequeño calzoncillo rojo que con seguridad, no cubre nada por detrás, los gritos se vuelven ensordecedores. Incluso Antonia se retuerce en el sillón, pero vuelve a dormir.

—*Qui! Si sposa in due giorni ...* —grita Nyma por encima de la música del stripper.

Lo cual es impresionante.

Pronto me doy cuenta lo que se propone. Acaba de apuntar a mi dirección y alcancé a entender algo sobre casarse o ser esposa. El bailarín detiene momentáneamente su presentación para pedir una silla mientras me llama provocativamente.

—No... no, no, no —exclamo moviendo la cabeza.

Pero parece que mi negativa no es escuchada. Todas las presentes, le ayudan a Nyma a llevarme hasta el escenario. Unas dando espacio para que las otras me arrastren, mientras Sonia despeja el camino de las chicas de primera fila que no estaban dispuestas a perder su lugar por las que vienen conmigo.

Me siento acosada al tener tantas manos encima, pero el sentimiento de traición se intensifica cuando me sueltan y me encuentro cara a cara con el tipo sensual untado de aceite.

Me dice algo en italiano, así que hago una señal para que sepa que no hablo italiano.

—¿Español? —pregunta con un acento muy marcado.

Asiento asombrada.

—¿Así que usted se casa? —pregunta mientras me ayuda a sentar en la silla como un caballero.

El público explota de emoción.

—Así es...

—Merece una gran noche —se sienta en mi regazo mientras menea su torso casi en mi cara. Tengo que echarme hacia atrás para evitar hacer contacto.

*Demonio: A esto es a lo que me refería... ¡Vamos grandulón! ¡Menea todo eso! ¡Oye plumoso! Destápate los ojos, aprovecha para admirar la creación perfecta...*

*Ángel: No, gracias... Estoy bien.*

*Demonio: ¡Qué lo mires!*

*Ángel: No quiero.*

*Demonio: Tú te lo pierdes...*

El bailarín se levanta un poco para elevar su pie y ponerlo en la silla, en medio de mis piernas. Eso me hace sentar derecha para no dejar que me toque. En esa posición, me acerca su «paquete» cerca de mi cara, cierro los ojos para no verlo, esto es demasiado para mí. Oigo que Sonia grita despavorida, eso llama mi atención y me obliga a mirarla. Ella está levantando el celular para grabar la escena.

*Voy a matarla.*

Cuando se da la vuelta, pienso que ha terminado su acto; pero para mi mala suerte, este apenas es el intermedio. De un salto hacia atrás, lleva sus piernas a cada lado de mi cuerpo, dejando su trasero expuesto a plena vista. Sus movimientos coquetos, empiezan despacio, pero a medida que la música acelera, él también lo hace, volviendo loco al público.

Vuelvo a cerrar los ojos para imaginar que esto no está pasando.

Tengo que admitir que el chico trabaja muy bien su cuerpo y que se desempeña con destreza en su trabajo.

*Espero que sean los tragos hablando, Esther...*

Cuando se levanta, me lleva consigo. Así que esta vez, me carga de frente, instándome a que ubique mis piernas a su alrededor. Hace unos cuantos movimientos de arriba abajo, y en algún momento, siento que estoy con la cabeza casi en el suelo.

Me devuelve a la silla, pero ahora la tumba hacia atrás, dejándome extendida en la plena pista con las piernas colgando de manera extraña en la silla. Se agacha y gatea como un bebé, pasando su pecho, abdomen y entrepierna una y otra vez, mientras yo giro mi rostro para no ser abofeteada con ese gigante dormido que parece querer salirse de ese pedazo de tela roja.

La canción acaba y por fin soy liberada.

El chico me acomoda la tiara y me ayuda a bajar del escenario, deseándome buena suerte. Sonia, estaba pendiente para atraparme y aprovechar para guiñarle un ojo al stripper.

—¿Quieres un trago? —le pregunta el joven deslumbrado por la sonrisa de mi amiga.

—Me encantaría —le responde Sonia acomodándose un mechón y agachando la mirada tratando de aparentar timidez.

Una portada totalmente falsa.

Seguramente cuando estén solos le va a saltar encima como un gato salvaje.

—Salgo a las diez —dice el joven.

—Pues que pase el tiempo —dice Sonia.

—Soy Rey —dice él presentándose. Algo que le genera varias miradas envidiosas de las chicas de las otras mesas.

Puedo sentir en mi espalda toda la mala energía que le están enviando a Sonia.

—Sonia —le extiende su mano —, nos vemos entonces.

Cuando Rey entra por las cortinas divisorias. Nos volteamos a mirar como si fuéramos unas adolescentes que necesitan saltar para celebrar algo. Ella me abraza con fuerza y me apresura para volver a la mesa.

—Definitivamente te amo por casarte en este país —dice ella con demasiada energía.

## Capítulo 52

Más o menos después de las diez, cuando Sonia desapareció por unos veinte minutos, entiendo que ya no puedo hablar con soltura. Mi lengua se empieza a pegar al paladar, cortando de forma graciosa mis palabras. Nyma, aunque parece más resistente, también tiene principios de borrachera evidente. Incluso, ya una vez trató de subirse al escenario para tratar de atrapar al chico.

Sonia vuelve con el maquillaje corrido y el cabello revuelto. No sé si no es consciente de ello y si piensa exhibir su indudable encuentro sexual con Rey.

Sin duda, parece la segunda porque no se sienta inmediatamente, sino que se gira para que las chicas de las otras mesas la vean, fingiendo sentirse cansada y feliz. Aunque no creo que todo sea fingido.

—Sonia —la atrapo de la muñeca para hacerla sentar —. ¿Qué ha-haces? *Yop* no quiero perder mi *cabecho*.

—¿Qué es cabecho? —pregunta ella evidenciando mi falla.

—Ca-be-llo —digo cada silaba con mucha dificultad.

¿Qué tipo de alcohol tiene este coctel?

Bueno, por lo menos está rico.

—Alguien pasó su límite en alcohol... ¿Estás bien, cariñito? ¿Cuántas Sonias ves?

Me rio sin saber bien la razón.

—See, bien. Solo te veo tantito borrosa —digo mientras trato de tocarle la nariz.

Pero le pincho un ojo.

La oigo quejarse, lo cual vuelve a hacerme reír.

—¿Está borracha? —pregunta Nyma.

—Mucho... ¿Qué trago fue ese? Ella por lo general no toma y encima le pides el más fuerte. ¿Cuántos ha tomado?

—No ha tomado nada, mira —señala Nyma —, solo lleva la mitad del primero.

—Es pésima con el alcohol...

—Aunque eso es una bomba... Dicen que puedes tirar al suelo a un hombre mediano con dos de esos.

La expresión de Sonia se deforma con preocupación.

—¡Por Dios! ¡Nos van a regañar! —exclama Sonia.

—¿Qué pasa? —pregunta Antonia. Se ve mucho mejor que cuando llegamos. De alguna manera más descansada.

—Está ebria —anuncia Nyma.

—¡Nos van a regañar! —empiezo a corear a ver si el público también me hace caso. Me tambaleo cuando trato de subirme al sillón pero lo logro con la ayuda de Ny —. ¡Oigan! ¡Nos van a regañar! ¡Estoy ebria!

Nyma me apoya. Pero esta vez el público no colabora mucho.

Quizás si tuviera el mismo pecho de Sonia, todo sería más fácil.

Intento desabotonarme la blusa que tengo para ser más atractiva, pero las manos de Antonia me detienen. Ella usa bastante fuerza porque en un segundo estoy extendida en el sillón, mareada por el movimiento brusco.

Creo que necesito un baño...

—¡Oh no! ¡Va a vomitar! —dice Sonia.

—¡A un lado! —grita Ny empujando a un par de chicas que estaban en frente.

Ambas son altas, así que les toca agacharse para alzarme poniendo sus hombros debajo de mi axila. Me llevan como si fuéramos volando; o por lo menos así lo siento, porque mis pies casi no tocan el piso.

—Va a tener la resaca de su vida —dice Sonia.

—Ángelo va a matarme —dice Ny cuando me deposita en un inodoro casi de cabeza.

Sin perder tiempo, me acomodo para liberar lo que tenía atrancado en la garganta. Vomito con fuerza, mientras ese par discute el plan de acción para no ser descubiertas.

—Creo que ella no va a dormir con él hasta la boda, podemos entrarla sin que nadie se dé cuenta —propone Sonia.

—Mala idea. Ángelo nunca se iría a dormir sin despedirse de ella. Ahora mismo debe estar esperando nuestro regreso. Además, ¿sin que nadie se dé cuenta? ¿Acaso no sabes que somos como veinte personas en una sola casa? Aunque espera un momento, yo no voy a quedarme con

ustedes... Todo tuyo, Sonia.

—Oh no, no te vas a salir tan fácil. Tú fuiste quien drogó a Essy.

—¿Drogó?

—Se puede considerar que es drogar porque es algo que puede tumbar a alguien. Mi amiga no toma demasiado y esto es casi sobredosis.

*Demonio: ¿También te sientes mareado? Creo que ya me está molestando mucho sus voces.*

*Ángel: ¿Tener ganas de bailar cuenta? Creo que hace rato no me divertía tanto.*

*Demonio: ¡Estamos ebrios! ¿Qué rayos tenía ese trago?*

Nyma avanza hacia Sonia con clara antipatía.

—Nunca vayas a usar la palabra drogar o sobredosis frente a mi hermano. Alessia aún necesita a su madre.

—Estás exagerando... Ángelo no te va a hacer nada.

—El chico está enamorado... Es mejor no arriesgarse.

—¿Quedamos en que esto es tu culpa? —dice Sonia.

—¿Mía no más?

—Sí.

—Ni por asomo —replica Nyma—. Estamos juntas en esto.

—Tú eres su hermana, en cambio yo solo soy la amiga de su novia.

—¿Y si decimos que se nos perdió, y cuando salgan a buscarla, la entramos, la acostamos y al otro día avisamos que está bien? —propone Sonia.

Vuelvo a vomitar, así que no puedo protestar.

—Está interesante. Aunque solo un pequeño problema...

—¿Cuál?

—Igual Ángelo nos va a matar por perderla.

—¡Maldita sea! ¿Qué se puede hacer para que se le pase?

—Esperemos que vomite y se sienta mejor... luego mucha agua.

—Bien...

Me ayudan a levantar para limpiarme la boca en el lavamanos. Paso casi dos minutos ahí tratando de erradicar cualquier rastro de vomito o de ese sabor amargo que queda.

—No debí dejarla contigo —dice Sonia.

—¡Oye! ¿Sigues intentando echarme la culpa? Además, parece que era más importante ir a revolcarte con ese chico...

—¿Acaso no lo viste? Está que arde...

—Buen punto... Yo lo habría hecho si no fuera una mujer casada... así que está bien... pero no por eso puedes echarme la culpa.

—Jaaa bien... lo acepto. Ambas tenemos culpa. Lástima que no podamos acusar a la pelirroja... Ella ha dormido todo el tiempo.

—Bebé recién nacido —explica Nyma.

Sonia bufá con indiferencia.

—¿Qué hora es? —pregunto. Ya me siento un poco mejor.

—Diez y media —dice Nyma —. Tienes otra media hora para aclarar tu mente, y luego nos vamos. Tenemos que estar en casa antes de medianoche o mi hermanito va a mandar a la policía.

—Hmmm media hora... Creo que me alcanza para un segundo asalto con Rey.

—¡No! No vas a dejarme con Essy así...

—Sí, sí lo voy a hacer —dice Sonia con una sonrisa maliciosa en su rostro.

No estoy entendiendo muy bien esos cambios de tema. ¿Qué se supone que está pasando?

Sin decir nada más, Sonia sale del baño dejándome con Nyma. Ella mira la puerta con incredulidad y frunce el ceño, enojada.

—¿Cómo te sientes, cuñis? —pregunta agachándose para mirarme directamente a los ojos.

Aunque no puedo mantener mis pupilas quietas.

—No estoy segura.

—Lamento haberte pedido ese trago. A veces mis bromas se descarrilan con facilidad. Por favor no me acuses con Angelo...

—Hmmm

—Es mejor que nos sentemos... Necesitas agua.



Cuando volvemos al auto, ya estoy tambaleando menos. Mis sentidos están dormidos pero por lo menos no parezco a punto de desmayarme. Sonia aparece al fin con Rey, de forma demasiado sensual. Ambos parecen no querer despegarse, aunque es él quien la insta a acompañarnos.

—¿Te dio su número al menos? —le pregunta Antonia en un tono lleno de reproche.

Creo que a ella tampoco le gustó que Sonia desapareciera cuando yo la necesitaba.

—No, él me lo pidió y yo le dije que me iba en tres días... No vamos a tener una relación ni nada.

—Así que, ¿eres de las que no quiere compromisos? —le pregunta Nyma con diversión.

Al parecer ella no está tan molesta como Antonia.

—Diversión es mi lema en la vida.

—Y sexo —añado.

—Y sexo —reafirma.

—¿No te preocupa llegar a vieja y no tener a nadie? —le pregunta Antonia. Sonia se irgue y la mira con extrañeza. Algo que ha aprendido a hacer cuando la gente le pregunta lo mismo.

—¿Nadie? Tengo a Essy, ella va a tener hijos... Y ahora están ustedes... No necesito nada más.

—¿Ni un amor estable? —vuelve a preguntar Antonia.

Nyma se aclara la garganta, incómoda.

—El amor solo trae dolor.

—No, es el desamor lo que trae dolor —refuta Antonia—. Es cuando se traiciona al amor, que sufres. Mientras que el amor sea más fuerte, puedes vencer lo que sea.

Todas nos quedamos un largo minuto calladas. Supongo que procesando lo que ella acaba de decir.

—¿Lo que sea? —pregunta Sonia.

—Sí, lo que sea. Vicios, problemas, dificultad de realizar metas, incluso se mantiene fuerte si alguno pasa por depresión... El amor puede con todo —dice Antonia convencida.

Veó que Sonia intenta tomarlo seriamente pero luego bufa frustrada. No le gusta cuando los temas se tornan tan serios y mucho menos cuando es sobre compromisos amorosos.

—Tengo tiempo para eso aún. No me den por quedada —dice tratando de volver al tono jocoso.

—Es cierto, estás joven —la anima Nyma.

El suspiro largo de mi amiga da por terminada la conversación sobre amor.

—Por cierto, prepárense para conocer el lado no atractivo de mi dulce hermano —dice Nyma —. Tengo cuatro llamadas perdidas de su número, así que me imagino que Essy debe tener más.

Tanteo en la oscuridad del auto para encontrar mi bolso. Saco el celular y veo el inigualable número de quince llamadas perdidas.

¿Qué hora es? Aún no es de madrugada siquiera.

—Estamos en problemas —digo al ver los mensajes que me ha dejado.

Ha estado preguntando como me ha ido en las compras, luego casi a las nueve empezó a preocuparse por donde estaba y ya a esta hora, parece estar halándose el cabello porque sus frases parecen sacadas de un libro de terror.

—¿Qué dice? —pregunta Antonia.

—Parece que Mike ha tenido algunos problemas para calmar a Christian, así que estuvo llamándonos. Nadie contestó y parece que toda la familia cree que nos han secuestrado, matado y cortado en pedacitos.

—Eso tuvo que ser mis tías. Ellas son unas dramáticas naturales.

—¿Cuáles?

—Todas —dice Nyma y le sigue una risotada.

—Respóndele que vamos en camino —me pide Antonia. Ella también toma su celular y llama a su esposo.

Esther: Cariño, estamos bien... dejé mi bolso en el auto y no te pude contestar... pero ya vamos en camino.

La respuesta no demora ni dos segundos.

*Ángelo: Princesa, estaba a punto de morir.*

*Ángelo: ¿Qué tanto se demoran? Tenemos que organizarnos porque hay que dividirse en casas.*

—¿Qué tanto nos falta, Nyma? —le pregunto a la conductora.

—Estamos a diez minutos —responde.

Esther: Estaremos allá en 10.

*Ángelo: Estaba muy preocupado, amore mio. ¿Qué las entretuvo tanto?*

Esther: Bueno, ellas querían hacerme una despedida de soltera.

*Ángelo: Cuando dices ellas, quieres decir Ny, ¿cierto?*

Esther: Bueno... ella tuvo la idea y Sonia la apoyó.

*Ángelo: Sabía que en algún momento iba a convertirme en hijo único...*

Esther: Wow... no es para tanto... ellas me cuidaron.

*Ángelo: ¿Y cómo estuvo el show de baile?*

Esther: Pues ahí... la verdad no soy fan de ese tipo de cosas...

Esther: Espera... ¿Cómo lo sabes?

*Ángelo: No lo sabía, acabas de confirmarlo... Dile a Ny que no piense en huir.*

—Tu hermano dice que por favor no pienses en huir.

—¡Cuñis! Se supone que debías cubrirme...

—¿Cuándo quedamos en eso?

—Creo que es implícito... ¡Ángelo va a desquitarse en serio!

Esther: No seas duro con ella.

*Ángelo: Bueno, pero porque tú me lo pides, principessa. La próxima vez, por favor lleva tu celular contigo... No es que quiera controlarte, pero contestar el teléfono a veces es importante.*

Esther: Lo sé, amor. Perdón.

Esther: Hablamos ahora, aún me siento mareada y el movimiento del carro no ayuda.

*Ángelo: ¿Estás ebria?*

—Ups... creo que me delaté.

—¿Qué le dijiste? —pregunta Sonia.

—Que mejor hablábamos ahora que el movimiento del auto me estaba mareando más.

Todas se llevan una mano a la cara.

—Estamos jodidas —dice Sonia—. Bueno, rectifico... Ustedes están jodidas... yo no tengo que darle cuentas a nadie.

Las tres volteamos a mirarla con rabia. Solo espera a que te llegue, Sonia... Cuando pase, me aseguraré que tengas que darle alguna explicación.

## Capítulo 53

Quien estaba de frente a la puerta en cuanto estacionamos, es mi hermoso futuro esposo. Tiene una expresión difícil de definir. Podría apostar que está enojado, pero a la misma vez, se nota el alivio que le produce al ver que nos bajamos del carro. Primero me da un vistazo fugaz para comprobar que sigo con mis extremidades pegadas a mi cuerpo y luego se dirige a su hermana con una cara que no había visto antes.

—Nyma Egizi.

—Ángelo Egizi —responde ella con actitud altiva—. ¡Vamos hermanito! Es época de celebración. No querrás empezar una vida juntos todos amargados... un poco de alegría, chiquito.

—¿Por qué está tambaleando?

¿Estoy tambaleando?

Sonia se apresura a ponerse a mi lado para sostenerme.

En ese momento veo a Mike aparecer con el rostro demacrado. Seguro que los problemas para dormir de Christian le están pasando factura. Llama a su esposa y le da un beso en la frente. Ella le comenta algo y él simplemente niega con la cabeza.

—Nyma, fue una pregunta.

—Bien, pero no fue mi culpa totalmente...

Ángelo arquea una ceja y ella bufá mientras cruza los brazos.

—Ella quería pedir algo sin alcohol —dice horrorizada—. ¿Cómo podía dejarla hacer algo así?

—No me digas que le pediste *La Tomba*.

El rostro de Ny palidece. Se nota que hay alguna historia detrás de ese trago que hace enloquecer a mi chico.

—Solo tomó la mitad.

—¿Has visto su cuerpo? Ella no podría ni con un sorbo.

—Cariño —lo llamo extendiendo los brazos.

—Luego hablamos, hermana. Vayan a descansar —le dice señalando a su esposo que está acomodando a Alessia en uno de los carros para dirigirse a la casa donde se van a quedar.

Ángelo viene hasta mí y me da un gran abrazo, olfateando mi cabello y luego alzándome un poco.

—Vamos a la cama, *principessa* —dice con la expresión seria y su mirada penetrante.

—Pensé que no podíamos dormir juntos.

—Que alguien me lo impida...

Lo miro extrañada y excitada. ¿Acaso va a desafiar a su tía para dormir conmigo? Aunque no creo que solo quiera dormir, pero ¿lo va a hacer?

¡Dios! ¡Amo a este hombre!

—Bien, pero primero déjame ubicar a Sonia en la habitación de Sonella.

—Tranquila, ya ella se presentó —me dice señalando a su prima charlando animadamente con mi amiga. La ayuda con las maletas y entran a la casa.

—Tenías esto planeado ¿no?

Pone un dedo en mi boca para que no diga nada más.

—Nyma acaba de hacerme un gran favor. No lo eches a perder —dice cambiando su mirada. La excitación baila en sus ojos verdes.

Apresura el paso hasta la habitación de huéspedes.

Rápidamente me deshago de su agarre y busco mi cepillo de dientes. No dejaré que me bese con este aliento que seguro tengo. Él me mira divertido mientras huyo hasta el baño. Luego de asearme, salgo sin mi pantalón puesto. Mi blusa no es lo suficientemente larga para cubrir mi ropa interior; Ángelo abre los ojos desmesuradamente y empieza a soltar los botones de su camisa con prisa. Me alcanza a mitad de recorrido y me da un beso de esos que me quita el aliento.

Pasa un largo rato, saboreando cada centímetro de mi boca hasta que yo lo empujo más cerca de la cama. Cuando ya lo tengo recostado, me tiro encima de él y antes que pueda cambiar de posición tomo sus manos y las llevo hasta el cabecero de la cama.

—Dime algo... ¿Qué pasa con ese trago?

—¿Qué?

—Sí, el que me dio Nyma. Aun siento sus efectos. Incluso me pareces extremadamente sensual así...

—¿No lo soy siempre? —me muestra una sonrisa reluciente.

Él y su ego gigante.

—No cambies el tema.

—Te contesto si me dices a cuál club fueron y qué te obligaron a hacer.

—¡Eso no es justo!

—Es mi precio, *principessa*.

Sopeso mis opciones. Si le digo seguro que no le va a gustar, y esta poca ropa no va a servir para nada. En cambio, puedo vivir con la duda sobre el trago.

—Bien, olvídalo —digo mientras vuelvo a besarlo.

—Ahora soy yo el curioso —me interrumpe—. ¿Por qué no me quieres contar?

—Porque parecías bastante exaltado cuando supiste que fue idea de Ny.

—Bueno, porque seguramente te había llevado a ver tipos sin ropa, puesto una tiara y echado a los leones...

Todo mi rostro se enrojece al oír paso a paso exactamente lo que pasó.

Tengo que darle crédito. Conoce a su hermana.

—Lo sabía —dice torciendo sus labios—. ¿Nadie te tocó?

*Demonio: Pues... Mejor no le digas...*

*Ángel: Igual ya sabe dónde estuvo.*

*Demonio: Esto es diferente, es aceptar que el otro la cargó y le puso el trasero en la cara.*

—No te preocupes, cerré los ojos —le digo para tranquilizarlo.

—Bueno —dice medio sonriendo aunque no totalmente convencido.

Sé que este asunto no ha terminado pero él no parece querer iniciar una pelea ahora. Estamos mucho más interesados en desobedecer una orden directa de su tía.

Me quita la camisa con prisa y me libera del brasier. Yo voy por su correa, sin dejar de besarlo. Cuando cae al piso, me dice que no haga mucho ruido. No podemos tentar a la suerte y que alguien se queje del ruido, y últimamente estoy haciendo mucho.

Una vez no tenemos ropa, me subo a horcajadas sobre él para dirigirlo. Me toma de la cintura y acaricia suavemente mi abdomen y mis pechos, mientras con lentitud, dejo que me llene centímetro a centímetro.

Acelero mis movimientos, tratando de llevar las cosas a su punto máximo. Empiezo a jadear suavemente, pero Ángelo tapa mi boca con sus besos, me gira sin que yo sepa bien como lo hizo y desacelera el ritmo, dejando que sienta cada embestida con una intensidad explosiva.

Mi liberación llega un segundo antes que la suya, y ambos decimos nuestros nombres en nuestra pequeña burbuja de pasión.



El vestido simplemente es perfecto; ya un poco más suelto, puedo respirar con tranquilidad y admirar con mucha efusividad. Toco la delicada tela sintiendo los contrastes de cada flor bordada. Veo lágrimas en los ojos de Antonia y admiración en la expresión de Sonia. Ny, hoy está más calmada; prácticamente a la expectativa de la regañina de su hermano. Aunque la verdad, él había aprovechado la situación mirando el lado positivo.

Y aunque mi cabeza tuvo una mañana terrible gracias a ese trago misterioso, después de una infusión que me hizo su tía Sabina, pude volver a ser yo.

—Es hermoso, mucho más lindo que el de tu primera boda —dice Sonia.

—No me lo recuerdes, este es un día agradable.

—Lo siento. Olvida lo que dije... Te aseguro que cuando Ángelo te vea, va a querer arrancártelo mucho antes que se acabe la ceremonia.

—Estoy de acuerdo... Te ves tan... Hmmm ¿buena? —cuestiona Ny mirando a Sonia.

—Buenona —reafirma —, y sensual.

—Ángelo va a quedar encantado —interviene Antonia.

—Debería intentar sentarme.

—Espacio.

Camino hasta una de las sillas, y con todo el cuidado y la prevención de cambiar de posición si el vestido crujía de alguna manera, me voy sentando hasta que compruebo que puedo hacerlo sin problema y sigo respirando normal.

—Todo en orden —festejo alzando los brazos.

—Bien... Ahora con el vestido listo, hay otro asunto que debemos resolver —empieza Ny—. Debemos dejarte completamente lista para la luna de miel.

Frunzo el ceño, sin comprender.

—¿Qué estás planeando? —pregunta Sonia.

—Bueno, debe quedar fresca y tersa —dice Ny alzando las cejas.

—¡Spa chicas! —grita Sonia, llamando la atención de varias novias que estaban con sus grupos.

Esa noticia sí le emociona a Antonia, hace un gesto complacido y sonríe ampliamente.

—¡Vamos cuñis! ¡Quítate ese vestido y vamos a poner chocolate sobre nuestro cuerpo! —dice Nyma.

*Demonio: ¿Alguien dijo chocolate?*

*Ángel: ¡Chocolate!*

*Demonio: ¡Y sobre el cuerpo!*

Me apresuro al vestidor; la asesora me ayuda a quitarlo y luego me dice que espere con mi grupo mientras lo lavan y vaporizan para que quede completamente deslumbrante.

Luego de alrededor de media hora, me entregan el vestido envuelto en una lona con el nombre de la casa de novias. Se ve tan delicado que intento cogerlo sólo del gancho y no doblarlo mucho en la mitad. Sonia y Antonia me ayudan a colocarlo en la parte trasera del auto, sin que se ensucie o se arrugue.

—Me gustaría saber el precio del vestido, pero como no vas a decirme, voy a tener que abrazarte muy fuerte —le digo a Nyma, quien hace un gesto gracioso y abre los brazos para recibirme.

Al ser más grande y gruesa, quedo completamente cubierta. Le doy un fuerte apretón y ella se queja por la falta de aire.

Me retiro bajando la mirada. Ella me toma del mentón para que la mire.

—Debemos seguir haciendo esto, cuñis. Ha sido muy lindo. Voy a seguir abrazándote así cada vez que nos veamos.

—¿Cada vez? —pregunto asombrada —. Yo solo quería agradecerte por ayudarme con el vestido.

—Cada vez... —dice haciendo énfasis en cada palabra.

—Vas a poner celoso a Ángel.

—Mejor... Así va a hacerte el amor más rudo para dejarte marcada.

—¡Nyma!

—¿Qué? ¿No te lo hace fuerte?

Ruedo los ojos.

—¿En serio quieres los detalles?

—Sííí —chilla con emoción creyendo que le voy a decir.

—¡Es tu hermano!

—Pero tengo ojos, cuñis. Y el baboso ese es guapo...

—¡Pero es tu hermano!

—Bien, entiendo...

Por más que diga esa frase, creo que realmente no lo entiende.

## Capítulo 54

El spa está ubicado cerca de una playa. Ny condujo casi cuarenta minutos para llegar. El paisaje se ve muy renacentista, con algunos castillos en los puertos y las construcciones de ladrillo que se ven muy artesanales.

—¿Vamos a la playa primero? —pregunta Sonia.

—Puede que veas que hay luz del sol, pero aún estamos en mayo... el agua no está tan cálida como esperas —dice Nyma.

—¿Congelada?

—No, pero puede estar a unos diez o doce grados centígrados.

—Ughh —exclama Sonia.

—Hay turistas, mira —señala Antonia—. ¿En serio está tan fría?

—Para nosotras que estamos acostumbradas a temperaturas altas, no creo que duremos ni cinco minutos dentro.

—Si volvemos en julio, les aseguro que es genial...

—¿Es nudista? —pregunta Sonia.

—Esta no, pero hay una en las afueras que si lo es...

—¿Vamos?

—¿Qué? No, eso si no... Stripper, bien... pero desnudarse en la playa, no.

*Demonio: ¿Hay alguna línea que se pasa al ir a una playa nudista?*

*Ángel: Pues si te cuelga la panza, sí.*

*Demonio: No hablo de línea fitness, plumoso... ¡Deberíamos ir! ¡Vamos Esther! ¡Vive Italia!*

—Estoy con Esther. Ni loca voy a mostrar mis estrías o la panza que me dejó Christian.

—¡Oigan! Yo soy la gorda del grupo y me parece una buena idea —refuta Ny.

—No estás gorda... —le dice Sonia.

—Pero todas ustedes se ven flacuchentas.

—En fin, vinimos a hacernos un masaje relajante —digo para no entrar en discusiones.

—Bien, paso a paso, cuñis. Hoy spa... mañana boda... quizás podremos ir a la playa después.

No, claro que no vamos a ir a una playa nudista.

—Cariñito, no sé si estás irritable porque vas a casarte o porque pasaste una noche en la cárcel.

—Pasé tres horas, no una noche.

—Bueno... entiendes mi punto.

—Sí, y quizás tienes razón. Desde que vi a Gina, me he puesto irritable y ha menguado el sexo.

—Pero no te has casado y ya tienen problemas.

—Te juro que si veo a la Santoro esa, le parto su cara —dice Sonia.

Y no esperaba menos de ella.

Nos registramos en la recepción con la ayuda de Nyma. Ella me delata y le pide el combo que está especializado en futuras novias. Hasta donde entiendo incluye: depilación, masaje, piedras volcánicas —sea lo que sea que signifique —, y mascarillas.

Como soy la novia, me hacen pasar de primera porque el proceso es más largo. Si bien, yo casi no tengo que preocuparme por depilación, porque soy más lampiña que una botella, la chica insiste que pueden existir vellos que dañen un momento de pasión. Aunque lo dudo, hasta ahora no ha dañado nada.

Me hacen la línea del bikini y siguen con las axilas. El escozor pasa rápidamente luego que pasan un paño húmedo con alguna esencia. La chica dijo su nombre, pero la verdad no entendí.

Veinte minutos después, enrojecida y sin mucha paciencia, pasamos a la sala de masaje. Ahí encuentro a mis amigas listas, con sus toallas envolviendo su cuerpo y el cabello mojado.

—Cariñito, nos hicieron meter en agua helada. ¿A ti también?

—No, apenas salí de depilación.

—¿Y qué te hicieron? Tus piernas no necesitan nada...

—Lo sé, pero convéncelos a ellos.

Me cambio para quedar en toalla mientras la chica me espera afuera en una camilla. Sonia está

a mi lado derecho, Ny al izquierdo y Antonia al otro lado de Ny.

—Esto es vida —oigo que exclama Ny cuando la masajista empieza con sus hombros.

Camino hasta mi camilla y me ubico boca abajo, hundiendo mi rostro en el agujero y relajando mis hombros. Me preparo para que la masajista empiece.

Me habla en italiano, la forma en que sus palabras son pronunciadas me produce calma a pesar que no entiendo, pero igual, mi cuerpo reacciona respirando con profundidad y dejando que la chica haga su trabajo sin oponer ninguna fuerza.

Media hora después, estamos tan relajadas que incluso me duermo durante la mascarilla. Creo que contiene algo de colágeno para ayudar con las líneas de expresión. No sé si fue por esa aclaración, o ahora que me veo en el espejo alcanzo a ver algunas a los lados de mis ojos.

¡Estoy envejeciendo!

—No tienes nada —dice Antonia.

—Pero mira, ya hay líneas en mis ojos... Y aún no tengo hijos... —me lamento.

Todo esto está pasando demasiado rápido pero al mismo tiempo, si no me apuro voy a demorarme mucho en empezar una familia.

—¿Están pensando en tener hijos pronto? —pregunta Antonia.

—Sí, ambos queremos.

—Entonces no te preocupes... estás en una edad ideal para tener hijos. Ya tienes una empresa, ahora vas a casarte con un hombre que te ama y no puede esperar... Seguro que los hijos llegaran pronto.

—Eso espero. Christian va a necesitar un compañero de juegos.

—Sí, eso es cierto —dice ella con una sonrisa cariñosa.

—¿Hijos? —pregunta una voz que ya había oído y que me genera repulsión inmediatamente.

Antonia también se pone a la defensiva. Pero es Gina quien nos mira con suficiencia.

En su rostro se alcanza a ver una pequeña muesca de la herida que le hice con el anillo de compromiso. Pero no parece que fuera a quedarle cicatriz, parece que su piel es increíblemente buena en el proceso de regeneración. Está envuelta en toalla igual que nosotras pero está usando unas mallas en las piernas.

—¿Y tú eres? —pregunta Antonia al ver que no me muevo y la miro como si quisiera desaparecerla.

—Mi nombre no es importante, lo que en verdad importa aquí, es que esa boda no va a

cumplirse y tú no vas a tener hijos con Gelo.

—¿Esta es Gina? —pregunta Antonia con cierta incredulidad.

Asiento.

Gina hace mala cara al escuchar la forma en la que mi amiga se refiere a ella.

—¿No decías que era linda?

Yo no había dicho eso, pero cuando Gina escucha esa pregunta cargada de repulsión, su cara se deforma como si la hubiera abofeteado.

—Mírala, le cuelga la piel de la papada y los brazos parece que le hubieran cortado mal la piel y no se ven uniformes. Y mírale esas tetas falsas.

Gina se va tocando cada parte que Antonia menciona con expresión de horror. Tengo que mantener mi rostro inmutable para que la broma siga su curso y que ella se muera de rabia.

Como Antonia es de talla grande y además, al estar lactando, tiene los pechos hinchados, es perfecta para hablar sobre las cirugías estéticas que se ha hecho Gina.

Definitivamente Ángelo acertó al traerlos a ellos.

Escucho unos pasos acercarse, Ny y Sonia se detienen a mi lado. Puedo notar lo tensos que se ha vuelto los hombros de Nyma cuando se queda mirando a la tonta peli teñida que tenemos al frente.

—Alguien debe quererme mucho en el cielo para hacer que te encuentre —exclama Nyma con un tono amenazante. Veo que Gina se encoje al ver a mi cuñada.

Ella está sola y nosotras somos cuatro. La verdad, lo único que espero es que desaparezca de mi vista antes que esto sea una masacre.

No quiero volver a la cárcel.

—Nyma, yo no soy la única culpable.

—No me digas... Mi hermano te ayudó en todo y tú le pagas gritándole pobre y mal partido. Si es tan así, ¿qué haces ahora cruzándote en su camino?

—Ángelo es el hombre con quien debo estar. Ambas familias se beneficiarían de eso.

—¡Claro! Ahora sí se beneficiaría tu familia. Maldita interesada.

—Nyma, por favor...

—Cállate —espeto, irritada. Esto ya es una bajeza.

Primero decirle que se va a cansar de mí, luego besarlo y formar una pelea, y ahora se atreve a intentar ganarse a mi cuñada.

Estás soñando, bruja.

Las tres se quedan mirándome, como si esperaran mi orden.

—No va a ser difícil averiguar dónde te casas. Si es necesario, viajaría hasta Colombia y los detendría.

—¿Está es la que dices que es la ex? —pregunta Sonia.

Asiento.

—¡Vaya! ¡Pero está desquiciada! —dice en tono jocoso—. ¿Puedo golpearla de todas formas?

Antonia y Sonia se ríen. Yo no puedo y Ny parece estar agazapándose para tirarse sobre el cuello de Gina.

—Por mí, adelante —afirma Nyma.

La loca da un paso hacia mí con aire instigador, pero Ny se adelanta para obstruirle el camino, lo que frustra el intento de Sonia de empujarla.

—Sabes que si das un paso más, vas a terminar en el hospital, cuerpo falso...

—No me vas a tocar, Nyma. Mi padre no quiso demandar a ésta —dice señalándome despectivamente—, porque fui yo quien besó a Ángelo. Así que consideró que merecía mi castigo. Pero si voy al hospital, todos se quedan sin un euro.

—Nosotras contamos el dinero en pesos, idiota —dice Sonia.

—Lo que sea.

—Vete de aquí —digo mostrando los dientes en una mueca forzada. Su presencia me incomoda a niveles alarmantes.

Voy a tener que pagar por otro masaje.

—¿O qué? —Gina alza una ceja, desafiante.

Sonia hace sonar sus nudillos con una sonrisa maquiavélica. Si ella pudo romper la nariz de Ricardo, estoy segura que puede dañarle la cirugía a Gina. Ny agarra con fuerza el nudo de su toalla y se prepara para lo que viene.

—O voy a tatuarte mi anillo en tu cara de nuevo —completo la amenaza.

Aunque parece que no le parece lo suficientemente malo y se queda en su lugar.

*Demonio: Esta tonta no aprende. Te van a patear el trasero, idiota.*

*Ángel: ¿Intentas defenderla?*

*Demonio: Nooo... Lo que quiero es que siga ahí para que le den una paliza.*

*Ángel: Ah bueno.*

—Eso no es necesario. Yo soy más rica y poderosa que todas ustedes juntas —dice estirando su cuello todo lo que puede. Aunque no supera la estatura de Sonia o de Nyma—. Dime tu precio, Esther. ¿Cuánto quieres por alejarte de él?

—No tienes suficiente para que eso pase, Gina —digo su nombre haciendo un mohín.

—Eres irrespetuosa y poco educada. ¿Por qué mi Gelo te preferiría a ti?

—Porque tengo integridad y lo amo... No como otras.

—¿Podemos terminar de hablar tanto y golpearla hasta que pierda la memoria? —pregunta Sonia.

Ny le alza la palma para que la choque.

Gina traga grueso y retrocede. Por fin una reacción inteligente. Aprovecho que ella ha cedido terreno para dar un paso y demostrarle que no tiene como ganar.

—¡Oh, es por eso! —exclama Gina cuando me ve acercarme.

Frunzo el ceño sin entender a qué se refiere.

—¿Qué?

—Se casa contigo por obligación ¿no es así? —dice ella con indignación.

—De nuevo... ¿Qué?

—Está loca, Essy... Es mejor no prestarles atención a los locos.

—Es mejor golpearlos —dice Ny.

—Ángelo se está casando contigo porque estás embarazada —dice Gina apuntando a mi estómago.

Lo cual es chistoso porque está igual de plano que siempre.

—No estoy embarazada.

—Claro que lo estás... Se nota el brillo en tu cara.

—Eso fue la mascarilla —dice Antonia.

—No. Yo lo sé... Es la razón por la que él se casa.

—Él me ama, entiendo que tu pequeño cerebro no lo comprenda, pero esa es la única razón.

—No, claro que no —dice negando con la cabeza.

Se retira dando pasos hacia atrás mirándonos hasta que cierra una puerta del spa.

Pensé que mis amigas eran raras, pero ella se lleva el premio.

Cuando volteo a mirar a las chicas, todas están detallando mi abdomen. No sé qué piensan encontrarle, sigo igual que ayer.

—¿Estás segura que no estás embarazada? Porque ayer te di alcohol y no pretendo que mi futuro sobrino sea adicto desde la panza.

—No estoy embarazada, incluso tuve el periodo hace dos semanas.

—O sea que ya tuviste tu periodo fértil.

—Y si lo estuviera, ¿cómo es que ella lo sabe?

—Ni idea, de pronto es experta en eso.

—Naaa, en lo único que es experta es en gastarse el dinero de su padre —dice Ny.

—¿Y ese periodo fue normal? —pregunta Antonia.

—¿Qué?

—Sí, pues... Te cuento, cuando quedé embarazada del bebé que perdí, tuve un periodo extraño. Sólo un día y poca sangre, así que le dije a Mike que tampoco había funcionado esa vez. Pero a las dos semanas me di cuenta que estaba embarazada y el médico me dijo que tenía seis semanas. O sea que ese sangrado era una clase de aviso.

Ahora que lo pienso...

—¡Oh por Dios! Fue igual, sólo sangré el día del vuelo.

—¿Y no más?

—No.

—Necesitamos una prueba de embarazo ahora —dice Ny arrastrándonos hasta donde tenemos nuestra ropa.

Nos cambiamos tan rápido que la chica del spa casi no puede terminar de darnos las gracias

por preferir su lugar. Ni siquiera llenamos la encuesta de satisfacción.

Mi corazón empieza a palpar deprisa. No sé si es por la emoción de las posibilidades o porque todo está pasando de la manera que esperaba. ¿Y si en serio lo estoy? ¿Ángelo estará feliz incluso ahora que no hemos disfrutado mucho el uno del otro?

Estoy dispuesta a creer que va a amar la noticia porque siempre estuvo abierto a la posibilidad. Además que nunca nos cuidamos. Ni siquiera la primera vez.

Nyma abre la puerta del auto con prisa y todas subimos. Revisa en su celular un lugar cercano para que me saquen una muestra de sangre y enciende el motor con un movimiento nervioso que lo hace ahogar la primera vez, pero lo logra a la segunda.

—Aclararemos esto hoy mismo —dice ella echando reversa y saliendo a la calle a toda marcha.

—¿Creen que es posible? —pregunto esperanzada.

Agarro mi abdomen como si fuera verdad.

—Todo es posible cuando tienes sexo en varios países diferentes —dice Sonia.

—Sólo han sido dos.

—Ya aplica para varios. Igual no te preocupes, tú quieres y él también.

—Eso es cierto, mi hermano se volverá loco si resulta ser positivo. Será celebración doble... Que no te importe que lo haya dicho esa maldita primero... ¡Dios! Debí golpearla, pero no quería quedar desnuda delante de todo el spa.

—Ahora hay que tener cuidado con las peleas, todo mundo tiene un celular a la mano para documentar y subirlo a internet —dice Sonia pensativa.

Supongo que aún recuerdo el incidente por el que perdió a Martín.

—En fin... estamos cerca.

No estoy segura si rogar porque sea positivo. Sí, quiero tener un hijo, pero al mismo tiempo, quería un poco de tiempo con mi futuro esposo.

*Demonio: ¿Quién entiende a las mujeres? Que quieren algo, pero lo pueden tener y se asustan y ya quieren otra cosa.*

*Ángel: ¡Oye! Es un gran cambio.*

*Demonio: Pero que se defina.*

Cuando Ny se detiene en un centro de color blanco con una cruz, entiendo que hemos llegado. Suspiro fuerte, pretendiendo que con ese acto puedo infundirme fuerzas. No quiero esperanzarme y

que sea negativo, pero tampoco quiero que sea una sorpresa demasiado grande.

*¡Tranquila Esther! Sea lo que sea, tienes apoyo.*

## Capítulo 55

Nyima se bajó como un alma que lleva el diablo. Podría ser emoción o terror, no puedo estar cien por ciento segura qué le sucede. Se supone que debería ser yo, quien estuviera descontrolada.

Sonia me extiende la mano como si necesitara ayuda, la miro extrañada, aun si estuviera embarazada, no tengo barriga y nada me pesa.

—¡Oye! Solo quería mostrarme servicial —se queja cuando me ve ignorar su mano.

—No te adelantes, Sonia. Sigo siendo la misma.

—Pero bien si te quisiera golpear el abdomen no me dejarías —dice con el ceño fruncido.

Protectivamente, llevo mis manos a mi zona abdominal para evitar que ella cumpla lo que acabo de decir.

—Lo ves...

La atraigo hacia mí para que no se moleste. Ella se cruza de brazos y me mira con fingida indignación.

—Estoy asustada y si empiezas a tomarlo como si fuera cierto, me pongo más nerviosa — admito en voz alta. Sonia me mira como si me hubiera salido un tercer ojo.

—Cariñito, ese hombre italiano va a ser más feliz si llegas con esa noticia. Y puedo apostar que será un gran padre. No tienes nada de qué preocuparte.

Bueno, eso espero.

Lo cierto es que estoy segura de lo que dijo Sonia, pero en mi misma encuentro dudas sobre mis capacidades. Siempre he querido ser madre, pero ¿estoy capacitada? ¿Tengo el instinto o eso se desarrolla? ¿Ese niño o niña me amará así como yo lo amo desde antes de concebirlo?

Esto es muy desconcertante.

Cuando entramos a la sala de espera, Ny ya está en la ventanilla de atención. Está hablando muy fuerte y parece que hay algún problema porque la señorita del otro lado del vidrio no parece feliz. La oigo despotricar un rato hasta que la chica le recibe la tarjeta de crédito.

¿Qué pasa con esa tarjeta que todos aceptan cuando la ven?

Ny vuelve hasta donde estamos nosotras tres y nos señala las sillas. Nos sentamos en silencio, pero es Sonia quien empieza a pujar para hacer hablar a mi cuñada.

—¿Qué fue eso?

—¡Es tan difícil estar en un país en donde no tienes documentación! —se queja Ny—. Casi no me reciben el pasaporte de Essy, y mucho menos la querían atender por no tener un seguro pago. ¡Yo no les estaba pidiendo que le hicieran una cirugía! ¡Solo necesitamos un examen de sangre! —su tono cada vez va incrementando, llamando la atención de la chica de la ventanilla y los otros clientes en la sala—. Pero pudimos llegar a un acuerdo financiero.

—¿Así de complicado es? —pregunta Antonia.

—Es que me querían mandar al otro lado de la ciudad, a un centro que recibe a viajeros. Pero le dije que eso estaba a una hora de distancia y que no pensaba ir hasta allá. Mucho menos con el afán que tenemos. Son casi las cinco de la tarde y seguro que trabajan hasta las seis.

—Bueno pero ya lo resolviste. Me agrada tu poder de ejecución —le dice Sonia relajando el ambiente. Ny medio sonríe, recibiendo el cumplido.

—Estoy saliendo muy costosa, es lo que pasa.

—No pienses en el precio, Essy. Si estás embarazada voy a saltar de felicidad. Mi hermano se va a morir y ni que decir de mi madre... Por cierto, ¿ya la conociste?

—Sí, en Bologna.

—¿Te hizo alguna broma? —pregunta con curiosidad.

Antes no se me había ocurrido, pero ahora entiendo de donde Ny sacó su afición por las bromas.

—Me hizo creer que no le agradaba. Hizo una entrada a lo madrastra malévola.

Intento imitar su expresión corporal de ese día, lo que les saca una sonrisa a todas.

—¡Hubiera amado estar presente! —expresa alzando la voz y tratando de llegar hasta mí para abrazarme.

Como Sonia está en medio, queda aplastada entre nosotras.

—Definitivamente tienes mucho que contarme, Essy —se queja Sonia cuando Ny nos suelta—. No me habías dicho que habías conocido a tu suegra. Y mucho menos que te hizo una broma.

—Bueno, es que he estado olvidadiza.

—Olvidadiza, irritada, te has desmayado y vomitado —hace el conteo Sonia—. Tienes muchos síntomas.

Una chica vestida de enfermera sale por una puerta blanca y pronuncia mi nombre medianamente bien. Me levanto para seguirla y Ny me acompaña. Es chistoso que ella tenga que acompañarme. Me hace sentir como de cinco años. Pero es necesario para poder entender lo que quieran decirme.

Sonia y Antonia se quedan en la sala y me alzan sus pulgares para infundirme fuerzas.

Ny le habla la enfermera para que sepa que se debe dirigir a ella porque yo no hablo italiano. Sin embargo, la chica la sorprende con un nivel básico de español que deja perpleja a mi cuñada. Así que da un paso atrás y deja que me atienda.

—¿Señora Esther? —pregunta ella para atraer mi atención —Sentarse aquí —dice señalando la silla.

Le hago caso mientras ella busca algo en un cajón de su consultorio.

Saca una jeringa y dos tubos. Ajusta la aguja a la jeringa y prepara uno de los tubos. Además, prepara el algodón y el alcohol para limpiar mi piel.

No soy temerosa a las agujas, pero tampoco me gusta ver cuando me extraen sangre. Por eso mismo, solo una vez doné sangre y casi me desmayo; no por desfallecimiento, sino porque ver esa bolsa llena mi sangre me hizo marear de manera desproporcionada.

—¿No podía tomar una prueba casera y ya? —le pregunto a Ny.

Ella niega vehementemente.

—Podría dar un falso negativo y no estoy de humor para repetirlo varias veces. Esto es mucho más seguro.

—No me gusta ver mi sangre.

—Pues no la mires, mírame a mí.

En cuanto siento que el algodón limpia mi piel, llevo mi mirada a los ojos verdes extraños de Nyma. Ella sostiene el contacto visual y sonríe un poco cuando la enfermera introduce la aguja. El pinchazo envía señales de dolor a mi cerebro pero como no estaba viendo, apenas si me moví.

Pasado unos diez segundos, la chica me da dos palmaditas cariñosas en el antebrazo y me deja libre.

—Veinte minutos —anuncia diciéndonos cuanto tenemos que esperar.

—Gracias.

Nyma me ayuda a levantarme y salimos de su consultorio.

Sonia me recibe con expectativa pero tengo que tranquilizarla y decirle que el proceso no es tan rápido. Tienen que pasarlo por el laboratorio y es casi un milagro que lo hagan

inmediatamente, teniendo en cuenta la hora.

—¿Crees que deberías empezar a pensar en nombres? —pregunta Sonia.

Ella por lo general no puede con los largos silencios.

Antonia se aclara la garganta y niega.

—Hasta que no sepa el resultado es mejor que no. Incluso podría esperar hasta que llegue al primer trimestre —dice con aire triste.

Sé que está pensando en su primer bebé y en la forma en que lo perdió.

Estiro la mano para apretar la suya y ella me da una mirada agradecida.

Supongo que estos son los veinte minutos más largos de mi vida porque ninguna habla, sino que nos conformamos con tomarnos de la mano y fingir que estamos mirando la televisión. Nyma es la única que puede entender a pesar que parece un drama coreano con traducción a italiano.

—¿Debería avisarle a Ángelo? —pregunto para romper el silencio.

Me está matando.

—Ángelo se volvería loco... Es mejor esperar a que sea una realidad —propone Ny.

—Además, podrías crear una excelente sorpresa... —dice Antonia—. Quizás algo que mejore la recepción de la boda.

Sonia alza las cejas aprobando esa idea.

—No sé si sería capaz de guardarme la noticia tanto tiempo.

—Pues, también podrías hacerlo hoy en la noche... Tenemos una cena con toda la familia. Y cuando digo toda, es toda... Somos casi cincuenta personas.

—¡Wow!

—Lo cual es injusto porque tú apenas tienes a Sonia, Mike y Antonia —dice Ny.

—Bueno, ellos valen por miles —digo sintiendo que tengo a todas las personas que necesito justo aquí—. Son las personas que necesito a mi lado.

—Por cierto... —empieza Sonia—. No has nombrado a tu madrina...

—¡Oh por Dios! —exclamo llevando mis manos a la boca.

¿Qué he estado pensando? ¿Cómo me voy a casar sin madrina?

—Lo lamento tanto amiga —me dirijo a Sonia y ella me hace un puchero divertido—. Por

supuesto que te quiero a ti como mi madrina. Eres mi mejor amiga y mi hermana de otra madre.

Todas sueltan un suspiro sonoro y Sonia se voltea para abrazarme con fuerza. Me saca todo el aire.

—Bien, un asunto cerrado. Ahora —dice aclarándose la garganta —, ¿Quién te va a entregar?

Alzo una ceja de modo interrogativo.

Mis padres están muertos, no tengo tíos ni otro familiar hombre cercano. Y al final este es mi segundo matrimonio. ¿La misma regla aplica para el segundo matrimonio?

—Pensé que iba a caminar sola hasta el altar.

—Nosotros tenemos muchos primos, Essy.

—Pero no los conozco.

—Mike puede llevarte —propone Antonia.

—¡Oye! ¡Sí! Que te entregue un papasito a otro papasito... —comenta Sonia.

Lo que no parece gustarle a Antonia.

—¿Perdón? —interpela Antonia con un tono ofendido. Sonia desestima con la mano.

—¿Qué quieres que te diga? Tu marido está muy bueno —dice Sonia.

El comentario aunque no me sorprende a mí, es incómodo para ella porque apenas si la conoce. No sabe que lo hace sin la intención de dañar. Su rostro se ruboriza pero su expresión se mantiene tranquila.

—Lo dice como un cumplido —intervengo para defenderla. Antonia me mira como si necesitara más explicaciones —. Ella a veces no mide lo que dice.

—¿A veces? —dice con ironía.

*Demonio: Parece que ese chico es intocable.*

*Ángel: Cualquiera con un esposo así, debe cuidarlo.*

*Demonio: ¡Ahora Sonia va a perseguirlo más!*

*Ángel: ¡No se atrevería!*

*Demonio: ¿Apuestas?*

*Ángel: Los ángeles no apostamos...*

*Demonio: Ja.*

—No te preocupes, soy inofensiva —dice Sonia—. Por lo general me gustan los menores...  
—dice como una broma interna.

Ny y Antonia se quedan sin comprender.

—¡Esther Rosas! —anuncia la chica de la ventanilla.

Las cuatro nos levantamos como si las sillas tuvieran electricidad. Nos desplazamos ese corto camino hasta la ventanilla con una velocidad impresionante para nuestro calzado casual. Ny toma el sobre pero me lo pasa inmediatamente.

—¡Ábrelo! —me insta Sonia.

—¿Debería hacerlo yo sola? ¿No sería mejor ir donde Ángel?

—Puedo ayudarte con tu decepción pero no podría soportar la de él... ¡Por Dios Esther! Abre el sobre —Ny empieza a exaltarse.

Mis dedos tiemblan un poco pero logro introducirlo en el pequeño espacio entre lo que está pegado y lo que no, y tiro de ahí hasta que lo rompo completamente. Todas contienen el aliento cuando saco el papel carta. Dice el nombre del laboratorio y el tipo de prueba. Pero todo está en italiano.

Aunque no me cuesta trabajo llegar hasta el lugar donde dan el resultado. Rápidamente me doy cuenta que la palabra en italiano es exactamente igual que en español.

*Positivo.*

Las cosas se empiezan a oscurecer, mis ojos se vuelven pesados y mi equilibrio falla. Por suerte, siento que varias manos me sostienen, devolviéndome a la realidad.

—¡Oh por Dios! —exclama Sonia mirando el papel.

—¿Qué? —preguntan Antonia y Ny.

Sonia les pasa los resultados y ambas gritan y empiezan a saltar en su puesto, llevándome con ellas.

Fuerzo a mi cuerpo a responder. Por lo menos a hablar, pero la sorpresa ha sido mucho más grande de lo que esperaba.

Quizás porque estaba convencida que sería negativo. Ese periodo que tuve el día del vuelo sería extraño que fuera un aviso sobre mi embarazo y aún más al haber pasado por los detectores de rayos x. ¿Le habré hecho daño al bebé?

—Di algo, cariñito —me mira directamente, incluso me sacude.

—Estoy embarazada —musito tratando de respirar correctamente.

¿Cómo lo supo Gina? ¿En serio es bruja?

—Sí, lo estás... ¿Te sientes bien?

—Sí, estoy impresionada y preocupada. Pero esto es lo que siempre he querido. Lo que más anhelaba.

Por fin puedo sonreír complacida. Siento el abrazo de Ny desde atrás, Sonia de frente y Antonia por un lado.

Lagrimas empiezan a caer por mis mejillas cuando compruebo que por fin voy a cumplir una de mis grandes metas.

—¿Cómo puedo saber que está bien? ¿Qué no le hice daño durante el viaje?

—Ese bebé es un Egizi, seguro que será fuerte y sano —dice Ny con orgullo.

Eso me tranquiliza un poco pero no me calma del todo.

—Estoy embarazada —vuelvo y confirmo mientras miro mi abdomen nada abultado.

Debe tener muy pocas semanas para no haberme dado síntomas evidentes o por lo menos que yo los haya notado.

—Sí, Essy... ¿Necesitas sentarte? —pregunta Sonia.

—Creo que sería bueno. —Ellas me llevan hasta una silla. Antonia aparece con un vaso de agua.

De donde lo sacó, ni idea.

Tomo pequeños tragos mientras mi mente le da rienda suelta a todas las posibilidades. Un bebé que va a cambiar la forma en la que veo el mundo, va a convertirnos en padres inmediatamente y va a crecer en una familia grandísima que lo espera con casi la misma pasión que yo.

Creo que no puedo pedirle más a la vida.

—Todo va a salir bien, cuñis... Ustedes se comieron la torta antes de la fiesta pero sin duda, esto es parte de los planes de mi hermano. Él puede ser acelerado pero es un *freak* de la planeación.

—¿Crees que planeaba esto? —digo señalando a mi pequeño frijolito.

Solo con señalarlo, me hace explotar en felicidad. Como si nunca hubiera estado tan feliz como en este momento.

Muero por contárselo a Ángelo.

—Si conozco a mi hermano, seguro que sí.

—Necesito llegar a la casa... Debo contarle... —les digo levantándome y dejando a un lado el vaso.

—Mike me escribió hace poco, ellos están midiéndose el traje de la boda, así que aún no han llegado. Además, deberías pensar en montar una sorpresa más grande...

Miro los tres rostros de las chicas; cada una tiene una expresión diferente: Antonia está a la expectativa que haga planes, Sonia parece meditabunda, algo extraño en ella, mientras Nyma se ve tan exaltada que le empieza un tic nervioso, sus comisuras se alzan y vuelven a su sitio incontrolablemente.

—¿Me ayudarían a planearlo? —hago la pregunta abierta.

La respuesta es unísona. Un sonoro «hagámoslo».

## Capítulo 56

Luego de la conmoción y de la lluvia de ideas de todas nosotras, compramos algunas provisiones para nuestro plan. Aunque me sorprendió que quien más envuelta estuvo en la planeación fue Antonia. Primero porque es la recién llegada a mi grupo, ya que Nyma es mi cuñada y según ella, su hermana, y Sonia ha estado conmigo desde tiempos inmemoriales.

Al final, quedamos con dos opciones: La primera es anunciarlo esta noche en la cena, utilizando una caja llena de bombas que digan *felicidades*, luego, cuando crean que es por la boda, decir que estoy embarazada. La segunda, y más astuta, es esperar hasta la recepción de la boda. En el momento, en que Ángelo diga su discurso, anunciárselo por medio de un cartel o hacer una pequeña presentación para mostrarla en la pantalla que vamos a tener disponible.

Nyma fue la que confirmó con que elementos contábamos en el lugar que sus tías escogieron para hacer la ceremonia.

Yo no estoy segura si puedo pasar esta noche sin decírselo. Es una noticia tan grande que se me saldría en cualquier momento. Pero ellas tres están de acuerdo que la segunda opción es mejor. Además que quedaría grabada su reacción y estaría ligada por siempre a la fecha del matrimonio.

Con un poco de afán, nos adentramos a una tienda de bebés para comprar alguna prenda que le haga entender a Ángelo que se convertirá en padre.

—¿Qué te parece esta camiseta? dice: «Niño de papá» —Sonia extiende una preciosa mini camiseta azul que sería ideal, si supiera el sexo del bebé.

—No sabemos si es niño... —le digo a Sonia.

—¿Y un par de zapatitos? —Antonia los alza con cara de victoria.

—Es posible —hago un gesto pensativo y ella lo pone en la canasta para que lo siga considerando.

Ny llega con un sonajero. Es lindo porque tiene la bandera de Italia como manillar y la parte que suena, son dos círculos que se mueven gracias a un pequeño resorte. El juguete es precioso y de un tamaño perfecto para guardarlo sin que él lo note.

—¡Mira! El bebé debe mantener sus raíces —dice Ny con mucho entusiasmo.

Sonia y Antonia lo miran con agrado.

—Bueno, creo que tenemos nuestro arsenal listo, señoritas —dice Sonia llevándome

arrastrada hasta la caja.



—Apégate al plan, cariñito —me dice Sonia cuando termina de maquillarme los ojos.

Estamos un poco atrasadas porque llegamos tarde al tener que dejar a Ny en otra casa. Pero con la ayuda de mi amiga-madrina, consigo meterme en un vestido de coctel y retocar mis rasgos suavemente.

—Él va a notar que estoy rara.

—Pues no lo estés.

—Es fácil para ti decirlo —la acuso. Ella nunca ha tenido que enfrentar algo parecido.

—¡Oye! ¡Calma! Vas a empezar a sudar y arruinarás el maquillaje.

—Estoy nerviosa —confieso cuando siento que mi corazón empieza a martillar muy fuerte contra mi pecho.

—No hay nada que temer, lo que debes tener en cuenta es no hacer el ridículo. Algo sencillo puede ser mucho mejor que si cambias el tema de la boda a baby shower.

—Lo sé... Seguiré el plan.

Sonella entra a la habitación completamente arreglada. Su maquillaje es sencillo, pero realza su belleza. Lleva el cabello recogido en un moño desaliñado, que la hace ver entre chic y moderna.

—¡Estás muy linda! —le digo cuando se acerca.

—Oh gracias... Espera a mañana... este es mi lado desordenado, mañana seré una chica sofisticada.

—Pues te ves guapa, casi tocaya —le dice Sonia —. Espera, ¿si hubiera nacido acá me llamaría Sonella?

Ella parece meditarlo y encoge los hombros.

—No lo sé, no conozco a ninguna Sonia pero sí a muchas Sofia. Creo que es un nombre griego, que significa sabiduría...

Bufo burlonamente. Sonia me fusila con la mirada.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunta mi amiga.

—Me gustan los significados de los nombres, al mismo tiempo que los idiomas.

—Una chica culta —la señalo admirando su dedicación.

—Se nota. También me agrada —la señala.

Sonella se ruboriza al oír a Sonia, pero en vez de acercarse, sale de la habitación para darnos espacio.

Un golpe en la puerta y luego una cabellera roja, nos anuncia que ha llegado la hora de unirnos a el grupo que va saliendo para el restaurante.

Habían alquilado toda la terraza de uno de los restaurantes favoritos de Ángel, aquí en Roma. Así que seguro, la comida es espectacular.

Cuando nos reunimos con las personas que estaban fuera de la casa, noto que mi futuro esposo no está entre ellos. Camino hasta que encuentro a Sonella y ella me anuncia que él ya debe estar allá organizando que todos los grupos lleguen y se sienten en los lugares asignados.

*Awww mi freak de la planeación.*

Lo cierto es que lo extraño. Hoy no he pasado más que unos minutos con él. Y eso fue antes de ir a recoger el vestido y darme la sorpresa de mi vida. Así que, extraño su toque, su sonrisa, esa voz gruesa y masculina que usa cuando dice «*principessa*», sus manos tersas y firmes para abrazarme.

Lo extraño intensamente.

Tras un recorrido corto, me guían hasta una casa coloquial. Es el restaurante aunque no lo parece desde el exterior. Sin embargo, cuando entramos al primer piso, todo el panorama cambia. Somos recibidos por una chica que nos señala las escalaras, así que sigo al grupo hasta que salimos a la terraza.

El lugar está adornado con luces pequeñas, como las que se usan en navidad; solo que estás son de un color y cuelgan de cada extremo de una tolda blanca que se ejerce como techo. No debe ser para cubrirnos de la lluvia, más bien parece decorativo. Se ve precioso el contraste de las luces con la tela siendo movida por el viento. Las mesas son de madera y los asientos son de mimbre. Algunas tienen velas gruesas protegidas por vidrio, mientras otras usaban un centro de mesa floral.

Al fondo, lo veo. Usa una camisa blanca, con el cuello levemente desordenado. El pantalón de tela es gris y se acentúa a su trasero como si fuera hecho a medida. Incluso me hace tragar grueso.

Como si supiera que lo miro, se gira buscando entre los rostros hasta que sus ojos verdes me encuentran y su sonrisa se ensancha. Ángel podría iluminar más que todas las luces de la terraza.

Mis rodillas empiezan a temblar. Con solo mirarlo, mi organismo se enloquece y pierde la calma. Y eso que está a unos diez metros de distancia.

Se disculpa con alguien, señalándome. Veo que es su madre cuando ella se gira para

saludarme alzando la mano, pero pronto, el gran cuerpo de Ángelo llega hasta mi espacio vital, abrazándome y dándome un beso tan sonoro, que varios de los asistentes hicieron comentarios con sonrisas picaras.

—*Principessa* —dice tomando mi rostro entre sus manos —. Han pasado muchas horas sin verte —se acerca para darme un beso suave en los labios.

—Lo sé. También te extrañé.

—¿Mucho?

—Muchísimo —respondo mientras atraigo un poco más su espalda.

—Aquí hay mucha gente, *amore mio*. Pero te prometo compensarte —dice bajando el tono de su voz pero poniéndola sugerente y demasiado sexy.

—¡Hey señores! —grita su mamá interrumpiendo el momento en que iba a hacer mi comentario de doble sentido —. Van a tener mucho tiempo para eso mañana.

Lo dejo ir al sentir que todos nos miran. Ángelo sonrío sin inmutarse y me da un beso en la frente. Toma mi mano y me dirige hasta la mesa en la que nos sentaremos. Luego, me da un tour por la terraza, haciendo algunas presentaciones a los que aún no conocía y saludando a los primos que vi en Venecia y Bologna.

—Le dije a Sonia que fuera mi madrina —le digo a Ángelo cuando por fin nos sentamos a la mesa.

Los meseros han empezado a repartir comida.

—¿Apenas? Bueno, yo sabía que ella sería tu madrina, así que mis tías la tienen en el programa para entrar contigo.

Sé que no debería sorprenderme pero lo hace.

Parece que él me conoce más de lo que yo lo conozco. Aunque, al tener a una amiga como Sonia, es claro que era ella o la que escogiera tendría un accidente antes de la ceremonia.

Además, debería saber más sobre mi boda. Es difícil por la falta de comprensión al tener una barrera idiomática, pero por lo menos mostrar interés en lo que han hecho sus tías.

—Se me había olvidado decírselo. Aunque seguro que ella ya sabía que era su puesto.

—Por supuesto, *amore mio*. ¿Estás bien? —La última pregunta la hace intentando detallar mi rostro. Pasa un dedo por mi mejilla, causándome una corriente eléctrica que me envara instintivamente.

—Estoy bien, excelente debería decir.

—¿Estás feliz con todo lo que ha pasado? —Sus ojos verdes se centran en mis labios,

haciendo imposible no morder uno.

—No cambiaría ni un segundo.

—¿Ni la parte del coliseo?

—Bueno, cariño... Supongo que esa sí. Aunque eso nos llevó a hablar algo importante sobre ti. Así que, creo que todo ha valido la pena. Pero para la próxima, intentemos que no tenga que ir a la cárcel para conocer tus secretos.

Aprieta mi mano dulcemente.

—Lo prometo. Además no tengo nada más que pueda dañarte.

—Eso espero, cariño —le doy dos palmadas en su pecho, aprovechando para sentir la dureza de su torso.

Me da un beso tierno y alza su copa para hacer un brindis.

Al principio empieza en italiano. Aunque me encanta su acento y la forma en que cada palabra suena tan sensual, mi cerebro omite la mayoría, al saber que no entiendo. Pero en el momento que empieza a hablar en español, ya veo varios ojos enrojecidos a punto de soltar una lágrima.

—Es una bendición estar hoy aquí. Hace unos días me permití hacer un recuento de los acontecimientos que tuvieron que pasar para que Esther esté hoy aquí entre nosotros. Quizás para algunos, me demoré mucho en encontrarla —algunos vuelven a reír—, pero aquí estoy, más enamorado que nunca y con la certeza que ella es la mujer de mi vida.

»Y para ti, mi bella futura esposa, te prometo que voy a hacerte la mujer más feliz y la madre que siempre has querido. Voy a cumplir cada uno de tus sueños y soñar con que tu sonrisa va a guiar nuestra vida. Te amo demasiado. Desde el primer momento que vi tu cabello castaño y esos ojos profundos... Desde que escuché tu voz...

»No sé si hay un destino. Pero en caso de existir, estoy seguro que es contigo.

Me doy cuenta que he contenido el aliento, cuando respiro con fuerza al final de la frase. Si esto es la cena de ensayo, ¿qué va a decir en los votos matrimoniales?

Llevo mi cuerpo hasta chocar contra el suyo, en un mar de sentimientos que parece envolverme, sin ser capaz de definirlo. Estoy entre deslumbrada, enamorada y eternamente admirada por su forma de expresarse.

Alejo una de las lágrimas que amenazan arruinar el maquillaje y le doy un beso suave en los labios.

—¿Qué hable Esther! —grita alguien. No estoy segura quien fue, pero es una voz masculina.

¿Quién habla español que me lo está ocultando?

La multitud vitorea, secundando la noción. Supongo que alguien les tradujo a los demás.

Volteo a mirar a Sonia, y ella me hace una seña muy específica para que mantenga mi boca cerrada.

—Bueno, yo no hablo italiano —empiezo con nerviosismo. Varios sonrían y Ángelo me da un beso en el dorso de la mano y les traduce. Así que la risa se convierte en carcajada —. Así que voy a ser breve. Estoy maravillada de conocerlos a todos, creo, sin temor a equivocarme que son la familia más grande y unida que he tenido el placer de conocer y estoy un poco absorta de empezar a hacer parte... Nyma me ha dicho que me convierto en su hermana, y quizás eso es poco para lo que significa. Sé que llevamos poco tiempo y que para muchos, nuestro amor es acelerado...

Alguien se aclara la garganta y niega. Dice algo parecido a: «son adorables». Me imagino que eso es, porque lo dijo en italiano.

Los demás hacen sonidos aprobatorios.

—Bueno, sí. Somos adorables. Y parte de eso es porque Ángelo es un hombre increíble que vino a devolverme la luz y la esperanza en mi vida. Y aunque no puedo decir que mi amor fue a primera vista, sino algo paulatino y sin duda, causado por los incesantes intentos de su parte — Ángelo se demora en traducir porque no puede contener la risa. Luego los demás se le unen cuando entienden el contexto —, heme aquí, amándolo como si no hubiese mañana.

»Les agradezco a todos por su apoyo y su presencia. Y por acogerme en su familia con tanta alegría... —Levanto mi copa y los demás me imitan —. ¡Salud!

Todos gritan «*Cheers*» cuando Ángelo traduce.

Por un momento inclino la copa sobre mis labios para tomar el champan, cuando lo recuerdo. Se supone que no puedo tomar alcohol. Intento ser precavida y no mostrar que estoy dejando la copa de lado, pero soy interrumpida por una exclamación de horror por parte de Sonia, quien con un manotazo tira la copa al suelo. El cristal rompiéndose interrumpe los tintineos de celebración y lleva la atención a nosotras.

La miro con cara de espanto. Se supone que íbamos a esperar hasta mañana para anunciarlo, pero al reaccionar de esta manera, me deja maniatada.

Ángelo me mira desconcertado, esperando una explicación. Sonia balbucea algo pero no salen palabras certeras. Creo que se dio cuenta tarde que lo que hizo me exponía más que cualquier otra palabra.

—¿Qué está pasando? Ambas están muy raras —dice Ángelo mientras los meseros se apresuran a recoger los pedazos de vidrio que quedó esparcido por el suelo.

—Es que a ella le hace daño la champaña —me excusa Sonia intentando con la primera excusa que se le ocurre.

La cual es pésima. Ángelo ya me había visto tomando champaña.

Frunce sus cejas en respuesta. La incredulidad surcando por su rostro.

—Ella ha tomado antes y no me había dicho nada —dice con sospecha en la voz.

—Es que se le olvida.

—Sonia, no lo empeores —digo entre dientes, pero Ángelo tiene buen oído.

—¿Qué cosa puede empeorar?

Su familia se ha acercado asfixiantemente. Ver tantos ojos cerca, me pone temblorosa.

—Nada, cariño. Sólo quiero guardar algo para mañana y soy mala tomando alcohol.

—¿Una sorpresa? —pregunta emocionado.

—Así es...

—*Principessa*, quizás no te lo he dicho, pero soy malo para las sorpresas... Hoy no voy a poder dormir...

Nyma se ríe.

—Pero va a ser por otra cosa —insinúa haciendo mímicas.

A veces ella es tan imprudente, aún con Alessia en sus brazos.

Varios contienen la risa, otros se miran entre sí para buscar traducción.

—¿Qué puede ser que no te deje tomar? —insiste mi prometido y veo en sus ojos que está cerca de la respuesta.

O quizás soy un libro abierto.

*Demonio: Pues si le da semejante pista, ¿Quién no?*

*Ángel: Miralo, ahora está pendiente de sus gestos... ¿Le está mirando el abdomen?*

*Demonio: Aborten la misión, aborten...*

*Ángel: Bueno, pero parece feliz.*

—Bien, supongo que no podemos aguantar más esto —habla Sonia de nuevo.

Se levanta atrayendo la atención de los presentes y se dirige hacia las escaleras. Cuando sus familiares le abren paso, detrás veo a Antonia con Christian en brazos, con una caja de regalo bien envuelta. Llega hasta ella y toma la caja. Me la entrega en silencio, mientras Ángelo se ve

impaciente y a la expectativa.

—Esperaba hacer esto mañana...

—Nosotras sabíamos que no iba a pasar —interfiere Nyma.

—Sí, bueno... También soy impaciente, cariño. —digo dándole una caricia suave en su mejilla —. Te tengo este regalo. Es algo especial que siempre imaginé darle al hombre que amara.

—Wow, sin presión ¿no? —exclama Ángelo con una sonrisa que podría iluminar un país pequeño —. ¿Qué es, *principessa*? Yo no te compré nada —dice apenado.

—Creo que me has dado demasiado.

Le paso el regalo. Está muy bien envuelto, y él no parece querer dañarlo de inmediato. Al principio lo trata con cariño, pero las múltiples voces de sus familiares, indicándole cual es la mejor estrategia para abrirlo, lo hace perder la paciencia y romper el papel con fuerza.

Entre el papelillo en el que estaba envuelto el interior, saca primero el sonajero. Sus ojos se abren demasiado y su boca cuelga, sorprendido. Con una velocidad impresionante, busca más cosas en el interior, hasta que encuentra los zapatitos que escogió Antonia.

Es ahí donde casi se desmaya. Da un paso hacia atrás intentando mantener el equilibrio pero luego su rostro se recompone y las comisuras de su boca se extienden por todo lo ancho de su cara. Deja el regalo en la mesa, dándole a su familia el primer plano de la sorpresa, haciendo que todos empiecen a aplaudir.

Cuando menos pienso, Ángelo está abrazándome muy fuerte. Me atrae hacia él y luego se separa para mirarme, tocar mi estómago y volver a abrazarme. Aún no ha dicho una palabra, pero se nota lo feliz que está con la noticia.

—¿Vamos a ser padres? —pregunta en voz baja y mirándome con esos ojos verdes que me hacen enloquecer.

Sólo asiento.

Me alza con facilidad. Claro, la diferencia de tamaño le ayuda. Pero luego, parece pensarlo mejor y me deja en el suelo mientras se agacha hasta mi abdomen para besarlo repetitivamente.

Enredo mi mano en su cabello, y masajeo cariñosamente. Él se irgue y me besa apasionadamente, con necesidad y con mucha alegría. Por pocos segundos, olvido que hay más personas alrededor, así que me dejo llevar hasta donde él pida, mi cuerpo imita sus movimientos y mis manos aprietan su cuerpo de la misma manera que las suyas sobre el mío.

Puedo sentir ese deseo implícito que se carga cada vez que me besa así, y al mismo tiempo, el cuidado y el amor que profesa. Ya no solo es sobre pasión, es diferente. Es el sentido primitivo de proteger a los que amas, el desinterés que lleva a ser capaz de dar su vida por la de otro.

Somos interrumpidos cuando uno de los niños llora. Creo que es Christian.

—¡Vamos a ser padres! —dice con mucha emoción a su familia y luego lo repite en italiano.

Los más cercanos lo abrazan demostrando la felicidad de la noticia. Ny vuelve a abrazarme y luego le da paso a mi suegra. Nydia me mira con admiración, con un profundo amor por la criatura que llevo en mi vientre.

—¡Muchas felicidades! No puedo creer que me estén dando tanta alegría en tan corto tiempo —dice apretando el agarre —. ¡Voy a volver a ser abuela!

Sonríe ampliamente y yo no puedo evitar contagiarme.

Uno a uno, sus primos van pasando a abrazarme. Y aunque varios intentaron alejar a Ángelo de mi lado, él se mantuvo a menos de un metro siempre. Cada que tenía un descanso o no tenía que recibir un abrazo, mi miraba para lanzarme un beso.

Antonia me pasa a Christian con la idea que vaya practicando. El bebé, quien aún tiene menos de dos meses, se retuerce al sentir lejos a su madre, pero cuando me mira directamente, me sonrío con sus encías vacías. Christian va a ser guapo y coqueto, de eso no cabe duda.

Luego de un rato, se lo devuelvo a su madre para que nos sentemos a comer y a degustar unos postres que nos tiene preparado el restaurante. Ellos quieren saber cuál nos gusta más para mañana. Hay una gran variedad, pasteles, tortas de frutas, pastelitos, *cannolis*, postres servidos en vasos y galletas. Al final, escogemos una torta llamada *Fedora*, que es típica en Sicilia y sobre todo porque tiene chocolate.

—¿Cuándo lo supiste, principessa? —me pregunta cuando todo vuelve a calmarse y estamos sentados terminando el postre.

—Hace apenas unas horas. Fue casualidad... Yo no he sentido ningún síntoma extraño.

—¿Entonces? —pregunta mirándome fijamente y acariciando mi mano en círculos.

—Esto te puede sonar raro, pero creo que tú podrías saber cómo pasó... —empiezo con cautela. Quiero saborear cada gesto que haga, sobre todo el momento en que le mencione quien fue la primera en notarlo —. Luego de recoger el vestido, fuimos a un spa para relajarnos pero nos encontramos a la persona más desagradable pero al mismo tiempo quien notó algo extraño.

—¿Gina?

Al mencionar su nombre, las luces titilan dos veces y luego vuelven a estabilizarse.

Me quedo helada al percibir ese fenómeno, pero Ángelo no parece relacionarlo.

—Sí, ella. ¿Cómo pudo saberlo?

—No lo sé... Yo no te veo nada extraño.

—Ni yo lo sentí, pero luego que ella me señalara y dijera «Ángelo se está casando contigo por compromiso, estás embarazada», Ny me arrastró hasta un centro médico donde me tomaron una prueba. Y salió positiva.

—No puedo encontrar una explicación a eso, *amore mio*. Pero soy tan feliz en este momento, independientemente de quien te lo haya dicho.

—Yo también, cariño. Sin embargo, deberíamos estar pendientes de ella, está obsesionada contigo.

Sopesa mis palabras por un momento y asiente.



Luego de salir del restaurante, donde todo estuvo delicioso y su familia se portó increíblemente cercana a mí en cuanto Ángelo les daba un espacio, salimos en dirección a la casa. Aunque una de sus tías, se cruza en nuestro camino.

—*Abbiamo portato le tue cose a casa mia. Vieni con me* —le dice ella con voz autoritaria.

Me pego a su brazo cual parásito. No quiero que lo alejen de mi lado, y algo me dice que ella se propone exactamente eso.

—*Zia, non ti aspetterai che me ne vada ora che ha un figlio mio nel suo grembo.*

—*Non è una richiesta, Angelo.*

Mi futuro esposo se ve sorprendido y algo enojado, así que halo su brazo para obtener alguna respuesta.

Cuando gira su rostro, trata de no transmitir la frustración que está sintiendo.

—Lo lamento, *principessa*. Pero me han trasladado de casa.

—¿Trasladado? ¿No vamos a dormir ni en la misma casa?

—Parece que no confían en mí —dice con una media sonrisa.

Supongo que tienen razón en no confiar.

—Te veré mañana en la boda, *bella*. No olvides llegar puntual.

—Las novias no llegan tarde, cariño... Es un tiempo relativo...

—Quiero que sea el mismo mío. No voy a verte en muchas horas, así que te espero a las cinco de la tarde.

—Ahí estaré —le digo para calmarlo y me despido con un pequeño beso en los labios.

Ángelo también se despide de nuestro pequeño.

—Sé gentil con mamá. Ella necesita una buena noche de sueño y despertar gloriosa.

Me entenece la forma como me acaricia.

—Te amo, cariño —le digo cuando se endereza y me abraza sin intención de irse.

—Los amo —dice mientras es arrastrado por su tía escaleras abajo. Desaparece rápidamente de mi vista.

Mi corazón salta al darme cuenta que ambos estamos locos por ese pequeño ser que apenas empieza a formarse en mi interior. Es lógico que me sienta abrumada pero al tener el apoyo incondicional de Ángelo, estoy segura que va a ser una experiencia fabulosa.

## Capítulo 57

En la mañana, me levantaron temprano para empezar a prepararme. Demasiadas voces tratando de comunicarse conmigo y yo casi sin poder entender. Si no fuera por Sonella, estaría perdida.

Me llevaron a un salón; donde se tomaron mucho tiempo en mi cabello, recogéndolo y trenzando hasta que quedó un moño elegante. El maquillaje me hace ver como una modelo de pasarela. Es impresionante como un poco de sombras y delineado hacen ver a mis ojos como si fueran felinos.

El chico que me atendió, se mostró muy contento con el resultado. Y cuando por fin pude verlo en el espejo por completo, casi ni me reconozco.

Fuimos casi veinte mujeres en el salón, así que fue una completa locura. Gritos de júbilo, copas de champaña para las demás —a mí me tocó tomar agua—, y en algunos ratos ponían música y la cantaban en voz alta.

Ahora, de nuevo en la casa, un poco más tranquila al comprobar que tenemos tiempo de sobra, Antonia me ayuda con el vestido, mientras Sonia está encargada de que mi maquillaje y peinado queden intactos cuando lo pase por la cabeza. Es todo un proceso de sincronización, pero terminamos con buenos resultados.

La tela se ajusta perfectamente. No me aprieta como antes y sin duda, es el vestido más hermoso que me he puesto en la vida. El escote es perfecto para mi pecho y la horma me asegura que voy a dejar a Ángelo con la boca abierta.

Ya con el vestido puesto, siento que todo el peso de este día empieza a caer sobre mis hombros. Voy a casarme con un hombre que conozco hace pocos meses y que solo llevo casi dos meses de relación. Y sin mencionar el pequeño detalle sobre el embarazo.

Me concentro en la respiración. No quiero empezar a sudar ni a hiperventilar. Estoy nerviosa pero para mi sorpresa, no por la boda o porque sea con él, sino porque mi vida ha tomado un camino que hasta hace poco lo veía improbable. Hace tan solo unos meses en los que estaba sola, sin mayores esperanzas de comenzar una familia y con demasiadas expectativas de terceros.

Y digo sola en el sentido sentimental. A pesar de los siete años de matrimonio, supongo que Ricardo nunca estuvo realmente conmigo. Sacó provecho de lo que pudo y no se comprometió en los planes de pareja.

En cambio, ahora siento que soy parte de una gran familia, mi pareja me apoya en mis sueños y estoy completa.

No descarto que tengamos dificultades; sobre todo al acelerar el noviazgo, el compromiso y el matrimonio.

—¿Cómo estás? Te veo pensativa —pregunta Sonia cuando se percata que llevo mucho tiempo mirando el espejo.

—Nada, estoy bien. Solo contemplaba el vestido —le digo para tranquilizarla.

—Aún puedes salir corriendo —me dice de forma cómplice. En sus palabras no hay reproche y ni me está juzgando.

—¿Estoy mal al estar ansiosa y a la vez aterrada?

—Eso es normal y más si estás embarazada... Tienes muchas hormonas trabajando, cariñito.

—Ese hombre te ama, Esther —interrumpe Antonia, quien no parece muy entusiasmada por tener una novia que huya.

—Lo sé.

—Ha reunido a toda su familia para este momento, eso no es algo que se puede olvidar.

—No lo he olvidado, Antonia.

—¿Qué es lo que pasa?

—Es que parece demasiado bueno para ser verdad —admito en voz baja.

Sonia se acerca para que levante el rostro, Antonia se ubica al lado de mi mejor amiga y ambas elevan sus comisuras en una media sonrisa.

—Yo tuve algunos problemas antes de casarme con Mike —empieza Antonia—. No quiero entrar en detalles, pero fue complicada nuestra experiencia universitaria. Sin embargo, gracias a eso, es que hoy somos pareja y somos tan fuertes juntos. Y así como tú, el día de mi boda estaba preocupada porque el último tiempo había sido perfecto y me aterraba que el pasado volviera por nosotros... Con el tiempo aprendí que no es sobre lo que podría pasar, sino lo que tú decides que pase.

Ahogo un pequeño suspiro que estaba sosteniendo. Ella me regaña con la mirada para que no vaya a llorar y se apresura a abrazarme por un momento. Luego vuelve su atención a mis ojos.

—No llores —dice con una actitud autoritaria—. Estás hermosa y este es un día soñado. Ángelo te ama, espera a ese bebé con entusiasmo y parece el tipo perfecto para ti.

Un pequeño alivio me recorre luego de escuchar su historia. Siempre parece que las novias atraviesan algún tipo de nerviosismo, no necesariamente por tener dudas, y como en el caso de Antonia, ella temía la buena relación que tenían confrontada con su pasado. Y en mi caso concreto, le temo a ser engañada de nuevo, a estar apresurándome en temas que yo siempre me detenía a analizar a profundidad. He empezado a dejar que mi corazón decida y me aterra que las

precauciones que al principio tenía mi consciencia puedan cumplirse.

—No lloro, sólo estoy muy emocionada y no sé cómo voy a canalizar todos estos sentimientos hasta que lo vea en el altar.

—¡Oh cariñito! Es mejor que pienses en canalizar energías luego de la boda —dice Sonia con gesto sugestivo.

Todas nos reímos y eso relaja el ambiente.



El plan es estar unos minutos después de las cinco en la puerta del lugar que ellas alquilaron. La mayoría de su familia ya ha partido para estar preparados a mi llegada. Eso me deja a mí con mi madrina, Antonia y Sonella. Mike prefirió ir adelantándose para llevar a Christian y que nosotras nos fuéramos en la limusina que me habían alquilado.

El recorrido no es muy largo; me entretiene un poco el buen humor de Sonella, quien nos cuenta anécdotas de sus hermanas y sus innumerables peleas cuando eran pequeñas. Ahora, son tan unidas que no quieren casarse sino seguir viviendo juntas hasta viejas.

—¡Eso es admirable! —exclama Sonia.

—No quiere decir que no tengamos novios ocasionales, pero no pensamos en separarnos.

Sonia le levanta el pulgar, mientras Antonia medio sonríe y me arregla un mechón rebelde.

—Estamos cerca —anuncia Sonella mientras mira por la ventana.

Hemos recorrido bastante kilometraje, parece que me estuvieran llevando a otra ciudad.

—¿Qué hora es?

—Faltan dos minutos para las cinco. Creo que estamos bien de tiempo. Según mi madre, el sacerdote no es paciente y no acepta esperar a una novia más de veinte minutos. Así que estamos bien.

Resoplo aliviada. Todo está saliendo bien.

Nos detenemos en un castillo y no cualquiera, es uno imponente, lleno de vida y completamente intimidante. Es la representación de cualquier película de Disney que he visto en mi vida. El paisaje, aunque se ve muy urbano, cambia completamente cuando ingresamos en el castillo. Empieza a subir una leve colina y pronto estamos más elevados que todos los alrededores.

Puedo apreciar la altura y extensión del castillo; en cada extremo tiene una columna redonda que le agrega riqueza arquitectónica. Los materiales se ven tan bien conservados a pesar del paso del tiempo que le añade carácter y hermosura. Además, la belleza de la naturaleza alrededor es

alucinante. Sin duda este lugar está bien administrado.

—Este es el Castillo Odescalchi. La boda será en los jardines... Espero que te agrade el sitio —dice Sonella esperando mi reacción.

Estoy anonadada. No puedo ni pronunciar una palabra al ver esa gran construcción en la que voy a casarme.

—¡Por Dios! —es lo único que logro articular cuando la limusina se detiene.

La luz del sol aún está alumbrando con fuerza, lo que me ayuda a visualizar con facilidad mis alrededores. Desde el lugar en el que parqueó la limusina, alcanzo a ver el gran lago que da una increíble vista. También más allá están los jardines. Aun no puedo ver ningún adorno o algo que me indique que aquí es la boda, pero el paisaje natural es inigualable.

—Mis tías aman los castillos y como Ángelo es el consentido no podía imaginar otro lugar mejor que este. Te aseguro que fue un golpe de suerte que tuvieran disponibilidad con tan poco tiempo. Creo que alguien canceló justo el día que reservamos.

Alguien abre la puerta en el momento que Sonella deja de hablar. El conductor de la limusina me ayuda a salir con un gesto caballeroso.

—*Grazie* —le digo al hombre y el me hace una reverencia.

—Por acá, Esther —señala Sonella y las tres la seguimos caminando por la senda empedrada.

Con delicadeza doy cada paso, esperando que mis zapatos no vayan a fallar y torcerme un tobillo.

*Ángel: Estoy alucinando todavía. ¡Un castillo! ¡Ella siempre quiso sentirse como una princesa!*

*Demonio: Sí, sí... princesa... Lo cierto es que este lugar es impresionante. Mejor que cualquier lugar que hemos visitado en estos días.*

*Ángel: ¡Lo sé! ¡Esto es hermoso!*

Entramos a un pequeño cuarto que está fuera del castillo, comparándolo, sería como una casucha sin gracia.

—Voy a ir a averiguar cómo va todo, mientras ayúdenla a que respire con normalidad y que esté lista.

Sonella sale sin esperar respuesta.

En ese pequeño cuarto, se puede apreciar un gran espejo y un par de sillas. Además hay un baño mediano que se ve más lujoso que toda la habitación.

—Essy, tranquila... Definitivamente esto es lo que mereces. ¡Y pensar que no quería que te

quedaras con el italiano sexy!

—¿No te caía bien? —pregunta Antonia.

—Bueno, no lo vería así... Sino que fue tan «cazador» con Essy que me resultaba difícil de asimilar. Mi voz interior gritaba «peligro».

—Se nota lo apasionado que es.

—¡No se imaginan! —exclamo.

Ellas hacen una exclamación cómplice y nos acercamos para un abrazo grupal.

Sonella vuelve a entrar con apuro.

—¿Lista? Ya todos están en sus puestos y mi primo está ansioso por verte.

*No esperaba menos.*

Caminamos por donde Sonella nos indica hasta que llegamos a un arco lleno de rosas blancas y rosadas. Desde aquí no se ve a ningún invitado y mucho menos a mi novio. Sin embargo, veo aparecer una figura masculina en un traje negro muy pulcro, menos mal tengo buena vista porque no es Ángel, es Mike.

*Demonio: Igual ambos se ven sexys vestidos de traje.*

*Ángel: En eso tienes razón.*

—Me dijeron que yo voy a entrar contigo —dice mientras me ofrece su brazo.

Le sonrío con agradecimiento y entrelazo mi brazo con el suyo. Antonia se despide, caminando hacia adelante. Apenas puedo notar que hay sillas ubicadas y el altar está al fondo. Aunque aún no puedo describirlo totalmente.

—Te ves muy bella, no me sorprendería que Ángel decida saltarse la ceremonia.

—Gracias —respondo ruborizándome.

Empezamos a caminar hasta que nos encontramos una alfombra blanca. Desde esta posición veo que han acomodado unas cinco hileras de sillas blancas a cada lado de la alfombra. Hay dos grandes jarrones con un arreglo floral circular en el inicio de las sillas y otros dos antes del arco donde está esperándome Ángel y el sacerdote.

Todos los asistentes se levantan en cuanto la música empieza a sonar. Hay un músico con un gran piano de cola diagonal a mi novio. Una chica se acerca y le pasa un ramo de rosas blancas y a mí uno mucho más grande de rosas rojas. Sonia se gira para darme un asentimiento y empieza a caminar hacia el altar.

Respiro profundamente tratando de calmar mi pulso. Mike me da un palmadita en la mano y me

hace una señal para avanzar.

Al principio miro los rostros que aún son desconocidos y otros que apenas he visto un par de veces. Nyma es quien tiene la sonrisa más amplia mientras sostiene a Alessia, quien parece muy despierta y consciente de lo que está pasando. Luego, cierro los ojos un momento para mentalizarme y al abrirlos me encuentro con esos ojos esmeraldas que me provocan escalofríos. A partir de ahí, no puedo retirar el contacto visual.

La sensación me abruma de buena manera; me altera pero al mismo tiempo me tranquiliza; su sonrisa se vuelve contagiosa, mi mente se pone en blanco y simplemente dejo que la felicidad entre sin restricciones. Pensar de más no va a cambiar este momento, sino por el contrario, le podría restar significado. Y definitivamente, lo que menos quiero es que este momento quede en el olvido. Este día quiero recordarlo por siempre.

No solo por el lugar o por las personas que me rodean, sino porque es una gran oportunidad que la vida me ha dado de amar completamente.

Todo pasa a un segundo plano cuando estiro mi mano y tomo la suya. Él, con su traje gris oscuro perfecto, camisa blanca y corbata más oscura, se ve intensamente sensual y elegante.

—*Bellisima* —murmura Ángelo haciendo que me estremezca.

Es hasta que el sacerdote habla, que vuelvo a la tierra y recuerdo que estamos en medio de la ceremonia. Soy poco consciente que Ángelo ha escogido a Fabio como su padrino y que el sacerdote abre la biblia para dar un mensaje. Me la paso tratando de mirar furtivamente a mi hermoso novio que en un par de minutos podré llamar esposo.

Creo que Ángelo le pide al sacerdote que se salte una parte y pasemos directamente a los votos.

Mi Ángelo se gira un poco para mirarme directamente mientras toma mis manos. Se aclara la garganta y le hace una señal al chico del piano. Una melodía suave llena el ambiente.

—Mi *principessa*, hoy solo puedo dar gracias por haberte encontrado y porque tú me amas de la misma forma en la que yo lo hago. Admiro cada parte de lo que eres, cada cualidad y defecto que te hace única y te hace la mujer para mí. Prometo darte todo lo que tengo, mi amor, mi fidelidad, el cariño de cada día y las palabras de apoyo oportunas. Prometo cuidarte como mi todo, como la niña de mis ojos y el amor de mi vida. Quisiera sintetizar en una palabra la dimensión de mis sentimientos por ti, pero sería imposible. Por lo tanto, prometo decírtelo cada día, recordar porque somos el uno para el otro.

»Desde que te vi supe que mi vida había cambiado completamente, mi mundo se rediseñó en el momento que te vi sonreír y mucho más cuando supe que reías porque me querías. Me di cuenta que quería pasar el resto de mi vida contigo y quería que empezara lo antes posible.

»Prometo ir a tu ritmo, *principessa*. Consultarte cualquier decisión y mantener tu nombre constantemente en mis pensamientos. Prometo hacerte feliz y cuidar del fruto de nuestro amor que ya está en tu vientre. Te amo, Esther. Te amo infinitamente.

Ahogo un suspiro con una sonrisa que se queda corta en lo que siento. Aprovecho que Ángelo tiene que traducir para forzar a mis ojos a no derramar ninguna lágrima y volver a respirar normalmente.

Esos votos sin duda habían dejado una vara muy alta y me preocupa que los míos sean muy simples.

Lo miro con ternura mientras traduce y él me dedica un guiño cariñoso en cuanto termina. Todo el público se gira para mirarme y el sacerdote me señala, indicando que es mi turno. Pruebo primero mi voz, esperando que no esté pastosa. He intentado mantener tranquila pero igual mi garganta parece seca.

—Ángelo, antes de conocerte sentía que me ahogaba en mi mundo, intranquila porque no podía encontrar la verdadera felicidad. Y ahora, después de un corto tiempo en el que te hui porque parecías demasiado decidido a entrar en mi vida, me dejé sentir lo que es el interés verdadero y el amor incondicional. Me has demostrado que en esta vida es más importante dar de ti mismo, que se necesita más fuerza para permanecer, para insistir. Así que hoy, prometo amarte cada día más, poner nuestras metas alineadas y seguir juntos mirando hacia el mismo horizonte.

»Te amaré a tu ritmo, cuando quieras que aceleremos o cuando yo ponga el freno. Te amaré así te paralices o reacciones; te amaré en Colombia o cualquier lugar del mundo. Te amaré sin cansancio y sin límites. Y prometo que seré la mejor esposa y madre que puedas imaginar. Te amo, señor Egizi.

En la última parte, Ángelo bufa y sonríe al mismo tiempo. Parece que nuestros votos se alinearon de alguna manera.

*Demonio: Ya piensan igual... Esto está perdiendo la diversión.*

*Ángel: ¡Oye! Deja tu actitud pesada para luego... ¡Esto ha sido hermoso!*

*Demonio: Demasiadas promesas... ¿Quieres apostar cuanto van a durar?*

*Ángel: ¿Qué? No. Ellos se aman, además ya te dije que los ángeles no apostamos.*

*Demonio: Les doy un año.*

*Ángel: ¡Oye!*

*Demonio: Soy un demonio...*

Ángelo traduce, aunque parece que lo hace más corto. El sacerdote dice alguna otra cosa y luego, Ángelo me dice que podemos besarnos.

Lo hago sin pensar y terminamos cuando alguien nos interrumpe con un sonido incómodo. No quería separarme de él, el beso había sido una combinación perfecta de nuestros sentimientos y el ánimo que tiene la boda. Sólo quería continuar pegada a él ahora que mi vida está unida a la suya

—*Vi presento Mr. e Mrs. Egizi* —dice el sacerdote y todos vitorean alegres.

Mientras vamos saliendo, nos tiran pétalos. Es en ese momento que me percató que tenemos un fotógrafo sacando muchas fotos desde todos los ángulos.

Ángelo aprieta su agarre en mi cintura para no dejar que nadie me lleve en cuanto terminamos de caminar por la alfombra blanca y los familiares se acercan a felicitarnos. Me toca abrazarlos solo con medio cuerpo, porque el resto está firmemente agarrado por mi esposo.

¡Mi esposo! ¡Ángelo Egizi!

Cuando terminamos con los saludos, unos chicos vestidos de meseros nos guían por el sendero hasta un patio del castillo. Se ve hermoso decorado con mesas redondas con arreglos florales altos. Además que los alrededores tienen lámparas con velas para iluminar. El sol ya ha empezado a caer, trayendo los colores anaranjados del atardecer. Nos detenemos un rato a admirarlo mientras mi esposo aprovecha para besarme de nuevo.

—Ahora eres totalmente mía, *principessa*.

—Supongo que siempre lo fui y no me había dado cuenta —le digo mientras me ruborizo completamente y él sonrío con amplitud.

—Pues, después de la recepción vamos a encontrar mejores formas de comprobarlo —dice con una promesa implícita en el tono.

—Lo espero con ansias, señor Egizi.

—Espero que esté preparada, señora Egizi —dice con ese tono pícaro que hace rato no oía.

Nos muestran nuestra mesa. Uno de sus primos habla en el brindis y toda la familia se regocija en las palabras. Partimos el pastel mientras todos nos toman fotos e instan a Ángelo a untarme la cara, lo que él no hace. Sólo unta sensualmente mis labios y se dispone a quitarme la crema con los suyos.

Alguien con el micrófono anuncia nuestro baile. Ángelo se levanta y me extiende su mano para que la tome. No sé qué canción habrá escogido para el primer baile pero estoy segura que debe ser alguna clásica.

Un vals empieza a sonar y Ángelo pone una mano en mi espalda y la otra la toma con firmeza. Nos movemos a la par, con soltura y sin mucho esfuerzo. Sin embargo, la música cambia a una de *Umberto Tozzi*. Si no estoy mal es *Ti amo*. Me da unas vueltas, siguiendo el ritmo y esta vez se nota dichoso.

Toda la canción se la pasa susurrando la letra en mi oído, dedicándome cada palabra. Aunque hay algunas partes que se las calla y no sé si es porque tienen diferente significado en italiano.

Al final, todos aplauden y salen a la pista para seguir con el baile.

Intentamos bailar con cuantos más podemos antes de servir la comida. Luego de eso, ya estoy cansada de estar en estos tacones. Así que me los quito. Sonia, quien ha estado saludando a cuantos puede y charlando animadamente con Sonella y con Francisco, el primo que ganó sus atenciones. Antonia, Mike y Christian están en otra mesa con Nyma, Arley y Alessia, así que parecen muy entretenidos.

—Esto fue de ensueño, cariño. Ni en mis más locos sueños pensé que me casaría en un castillo.

—Ni yo que me casaría con una princesa —dice con la mirada libidinosa—. Ese vestido debería ser ilegal, *amore mio*. Te ves tan... wow.

—¿Wow?

—Es una forma de expresar lo hermosa, sensual, divina y apetecible que te ves...

Alzo una ceja, orgullosa.

—Te faltó salvaje —le digo insinuándome.

Tose tratando de ocultar que se estaba ahogando con su propia saliva.

—Creo que ya es hora de nuestra salida, *principessa* —dice apurándose para que nos levantemos.

—¡Espera! —exclamo cuando ya me estaba arrastrando entre las mesas —, me falta arrojar el ramo.

Asiente y llama a Nyma para que ayude a reunir a las chicas solteras.

Luego de unos minutos de organización, unas diez chicas se aglomeran intentando ocultarse unas con las otras. Parece que ninguna quiere quedar en la parte frontal. Cuando repaso sus rostros, me doy cuenta que Sonia no está.

—¡Sonia! —la llamo — ¡Sonia!

Todos hacen silencio mientras la buscan. No somos tantas personas como para que ella se haya perdido. Sería extraño que se haya ocultado para este momento, quizás ella no quiere casarse y si le lleva a caer el ramo lo tiraría a un lado, por lo tanto, no creo que lo esté haciendo a propósito.

De un rincón del patio —en el que había unos grandes árboles y matorrales—, Sonia sale acompañada de Francisco. El sonido de la sorpresa de varias de las tías de Ángel se eleva en el aire trayendo indignación.

*Demonio: ¡Esto es lo que necesitaba esta boda! ¡Un escándalo!*

*Ángel: Creo que Sonia se está ruborizando... Esto es grave.*

*Demonio: ¡Mira las caras de las tías! ¡Es genial!*

Francisco intenta disimular la ropa desarreglada y su cabello enmarañado, pasando su mano por la cabeza y sonriendo con temor. Por otro lado, Sonia se desvía hacia el grupo de chicas que espera que lance el ramo con la vista en el suelo.

Las tías se notan furiosas. No sé si con Francisco, con Sonia o con ambos. Quizás podrían enojarse conmigo también al ser mi mejor amiga. Sin embargo, se sientan y mi suegra se acerca hasta mi posición.

—Tranquila, lo olvidarán... —susurra en mi oído—. La boda ha sido preciosa, no dejes que esto lo dañe.

Parece preocupada más por mi reacción que por la de sus cuñadas, pero la verdad, estoy tan acostumbrada a sus actuaciones que muy en mi interior, lo esperaba.

—Nada podría dañar este día, Nydia —le digo mientras aprieto su mano.

—Te deseo la mayor felicidad del mundo —me dice y sus palabras suena muy sinceras—. Ángelo es mi mayor orgullo, pero no le digas a Ny que te lo dije... luego cree que tengo preferencias.

—¿Y no lo es?

—No, Nyma también es mi mayor orgullo. Cuando tengas varios hijos vas a entenderlo.

Se despide para que pueda arrojar el ramo.

Alzo mi mano para indicarles que estoy lista. Veo que Sonia, Katia y Sonella están en la parte de atrás, mientras que otras chicas que no recuerdo sus nombres están en la parte de adelante.

Ángelo me hace una señal para que lo tire con fuerza. Creo que está pensando lo mismo que yo.

Me giro para quedar de espaldas a ellas, bajo los brazos, aprieto el agarre con el ramo y hago varios movimientos en vaivén para prepararlas. Al quinto, impulso todo mi cuerpo hacia atrás y dejo volar el ramo.

Me giro para ver el recorrido. Varias alzan los brazos para recibirlos, pero no llega hasta ellas sino que le cae en la cabeza a Sonella.

Ella lo agarra por acto reflejo y luego se ruboriza totalmente al comprender lo que acaba de pasar. Veo que Katia bufar y se ríe mientras señala a su hermana.

Nos despedimos de toda la familia, pasando por cada mesa y dándole abrazos oportunos a los más cercanos. Mike y Antonia me pasan a Christian. Está dormido pero se despierta cuando cambia de brazos. Está vestido con un pequeño esmoquin y lleva un corbatín de puntos blancos. Se ve tan elegante, definitivamente un mini Mike.

Luego llega el turno de Sonia, quien sin ninguna muestra de vergüenza se estrella contra mi

pecho y me da varios besos en las mejillas.

—Hiciste una gran escena en la recepción.

—¡Ay cariñito! No te pongas en plan rezongón, sólo quería que Francisco me mostrara los alrededores.

—¿Y le mostraste los tuyos? —pregunto levantando una ceja.

—¡Me conoces tanto! Creo que los míos les gustaron más. Estoy en racha, cariñito... Dos italianos —dice levantando dos dedos.

Ruedo los ojos.

—Cuídate mucho. Nos vemos en Cali en unos días.

—Y tú disfruta. Ve y consíguele un hermanito a ese bebé.

—Todavía estoy embarazada —respondo conmocionada.

—No desaproveches el tiempo —me guiña el ojo y se retira para que siga Nyma.

Ella está emocional. Sus ojos revelan que ha llorado porque su maquillaje se ha corrido.

—¡Mi nueva hermana! ¡Pórtate mal para que la pases bien! —susurra en mi oído —. Aunque no creo que necesite repetirlo, llevas la prueba de que lo has hecho —dice señalando mi abdomen.

—Gracias Ny. Nos vemos en casa.

—Por supuesto, trata bien a mi hermanito.

—Siempre.

Ángelo me rescata de la maratón de abrazos que estamos dando, halándome hasta la salida. Varios de los invitados ya están haciéndonos un camino de despedida. Nos metemos en la limusina sin parar de despedirnos, incluso Ángelo baja el vidrio para seguir ondeando la mano hasta que el conductor enciende el auto y empieza a moverse.

—Ahora sí empieza nuestra historia —dice Ángelo.

—Pues que empiece con pío derecho.

Bajo la ventana que comunica la parte de atrás con el conductor mientras compruebo que no puede vernos. Luego recojo mi vestido hasta las caderas para poder sentarme a horcajadas de mi esposo.

—Te amo, esposo.

—*Ti amo, moglie* —dice él con cierta diversión al sentir que estoy moviéndome insinuantemente contra él.

Besa mi cuello en un movimiento rápido, mientras llevo mis manos a su cabello y dirijo mis labios hacia los suyos.

—No tenemos mucho tiempo, el hotel al que vamos está a cinco minutos —dice Ángelo apartándose un poco.

No me decepciono completamente porque estoy incomoda con el vestido. Está muy recogido y aprieta mucho.

—Pero tenemos toda la noche...

—Eso te lo aseguro —dice y vuelvo a ver esa mirada llena de deseo.

## Capítulo 58

Tres meses después.

Podría intentar describir la felicidad de la que he sido parte este último tiempo pero todo sería en vano porque no llegaría al nivel necesario. Sin duda, empezaría diciendo que la luna de miel anticipada, el compromiso, la boda y la verdadera luna de miel, fue el viaje menos esperado pero más sorprendente de mi vida. Ángelo es ese ángel que me mandaron: simpático, sexy, apasionado, amoroso, energético, testarudo, confiado y tremendamente fuerte que siempre esperé. Su forma de amarme, aunque no ha cambiado, se ha maximizado en todos los ámbitos de nuestra vida.

La vida parece sonreírnos de una manera que nunca había visualizado. No sólo por la solvencia económica que nos ha permitido hacer todos esos viajes y eventos, sino porque tanto su familia como mis amigos, se han unido en lazos fraternales. Puedo decir que Nyma me ama, al igual que mi suegra; sus tías se ven encantadas que su sobrino favorito haya encontrado una buena esposa —palabras de ellas, no mías —, sus primos nos han ofrecido infinidad de atenciones para que Ángelo piense en vivir allá mientras que Sonia es la contraparte. Se esfuerza en mantenerme junto a ella y por lo tanto, eso significa que amenaza a mi esposo con castrarlo si piensa volverme italiana a tiempo completo.

Ángelo logró empezar el papeleo para cambiar mi nombre y que obtuviera la residencia italiana. Además, ha hecho preparativos para que el bebé pueda nacer en Italia. Aún no es cien por ciento seguro, pero tenemos esperanza que salga antes que empiece mi tercer trimestre.

Luego de unos días más en Italia, volvimos a nuestra tierra. Ya llevábamos muchos días sin saber de la empresa y era necesario estar pendiente. Sin embargo, no hubo ningún incidente extraordinario en nuestra ausencia, así que pudimos volver a la rutina empresarial sin problemas.

Me hice el primer control cuando llegué de Italia porque estaba asustada —aunque intentaba no demostrarlo para que Ángelo no se pusiera intenso —, y fue ahí cuando me mostraron un puntito del tamaño de un frijol. Desde ese momento supe que lo amaba más que a mí misma, más que cualquier tipo de amor que hubiera experimentado.

Pero como el tiempo va pasando y he estado muy ocupada, he perdido una de las citas de control y mi muy italiano esposo no parece de acuerdo con que espere otro mes. Así que hoy vamos a ir juntos a escuchar el latido de nuestro hijo y quizás conocer su sexo.

No hemos hablado mucho sobre que preferimos porque parece que no nos importa, pero yo lo he visualizado tanto en mis sueños que pienso que es una niña.

—Estaré listo en cinco minutos, *principessa* —me dice mientras se pone la camisa.

Asiento con una sonrisa mientras palpo mi abdomen que ya está ligeramente hinchado.

Creo que voy a ser de esas mujeres que no les sale mucha panza. Sonia me ha molestado varias veces porque no se nota nada aun. Ella espera que la ropa que me ha comprado la tenga que usar, pero hasta ahora, no he tenido que dejar mi antigua ropa. Sólo algunos jeans que me quedaban apretados.

Aunque muy en el fondo sé que las intenciones de Sonia con mi embarazo es poder ir a los bancos y no hacer fila. Ella quiere usarme.

Dejando eso a un lado, la mejor noticia de este embarazo es que ha sido tan placentero que a veces olvido que llevo un bebé en mi vientre. Sin vómitos, ni mareos... No he podido parar de comer galletas con chispas de chocolate, pero eso es otro tema.

—Estoy muy ansioso, *amore mio*... He esperado este día desde que me dijiste que estabas embarazada.

—Lo sé... Yo también estoy ansiosa... Lamento haber perdido la cita anterior —le digo para que no me sacrifique.

—Lo sé, el trabajo —dice mirándome con sospecha—. Pero bueno, así esta vez puedo acompañarte.

—Es cierto.

Me acerco para ayudarlo a terminar de alistarse y él aprovecha para acariciarme mi mejilla. También toma mi panza.

—*Sono ansioso di conoscerti* - Estoy ansioso por conocerte —le dice.

Le doy un beso sonoro y una palmadita en el hombro para que se apure. Me responde con una sonrisa deslumbrante y se apresura a perfumarse.

En el camino nos quedamos en silencio mirando el camino. Ángelo se ve contento y cómodo. A veces, en los silencios es que entendemos que somos felices. Entendemos que no siempre se necesita la bulla y las carcajadas, sino que cuando te sientes a gusto, puedes admirar la verdadera belleza de estar con alguien que te ama.

Llegamos al consultorio de la obstetra que nos está atendiendo. Desde que la conocí me pareció simpática, profesional y seria. No estoy segura cuantos años tiene, pero parece tener un buen recorrido en el tema de partos.

—Señora Esther, la esperaba hace una semana —me dice en cuanto cruzo la puerta—. Veo que viene acompañada esta vez —dice extendiendo la mano hacia Ángelo.

Mi esposo estrecha su mano con amabilidad mientras se presenta.

—Un gusto, Ángelo Egizi.

—Soy la doctora Sandoval, estaré encargada de ustedes y de su pequeño.

—Le agradezco que nos vea hoy. Mi esposa ha tenido mucho trabajo y se le olvidó la cita.

—No es problema. Tenemos que asegurarnos que todo vaya bien —dice esta vez dirigiéndose a mí—. Puedes usar el baño para ponerte esta bata y luego continuaremos con la ecografía.

Me pasa la bata y me apresuro a quitarme la blusa y ponérmela. Cuando vuelvo a salir encuentro a la doctora en una charla amena con mi esposo. Se ve complacida de tenerlo hoy aquí y no estoy segura si es por mí o por ella.

Una pequeña llama de celos se enciende y aumenta cuando se percata de mi presencia y se aclara la garganta para hablarme.

—Por aquí, Esther —dice señalando la camilla.

Miro a Ángelo con una expresión seria y él me devuelve el gesto interrogativo. Pasa su mano por mi cintura y me ayuda a acomodarme bien. Como si quisiera acomodarme la cabeza, se agacha para susurrar en mi oído.

—No te preocupes, solo me ofrecía consejos para el día del parto. No deberías ponerte celosa con la doctora que va a traer a nuestro hijo al mundo.

Hago un mohín pero luego sonrío. Quizás tiene razón.

Lo bueno de estar embarazada es que puedes culpar por todo a las hormonas, así que acaricio mi panza y él me besa en la mejilla.

Miro alrededor todos los aparatos que tiene. La máquina que hace los ultrasonidos y las ecografías. Además que la decoración del consultorio es muy pro-bebé; hay varios posters de cuidados en el embarazo, la lactancia y consejos para la respiración en el parto. Sé que tengo que hacer alguno de esos cursos para no tener contratiempos cuando llegue la hora, solo que estoy esperando que los meses pasen y todo esté más asegurado.

Mis manos empiezan a sudar cuando la doctora levanta un poco la bata y echa un gel frío sobre mi estómago. Me retuerzo un poco, y enseguida, Ángelo me aprieta la mano para calmarme.

Soy consciente que he pedido que esta situación se haga realidad infinidad de veces; sentir el apoyo de mi pareja estando embarazada. Lo deseaba desde siempre y sabía que haría lo que fuera por ello. Antepondría ese deseo a lo que dijera la gente o los deberes que creyeran que tengo. Y ahora que está cumplido no puedo ser más feliz.

Siento que apoya la cabeza del aparato sobre mi abdomen y enseguida el monitor empieza a transmitir imagen. También se escucha algo, un latido pero tan rápido que parece un aleteo.

—Ahí está. ¿Lo escuchan? Es el latido de su bebé.

Un fuerte calor se instala en mi pecho. Las lágrimas amenazan con salir. Tengo que mirar a

Ángelo para compartir la alegría y el tremendo amor que estoy sintiendo por ambos.

—Bueno, esperen un momento... —dice la doctora mirando con atención al monitor.

Esas palabras me alarman y me hacen girar para inspeccionar lo que está mirando. Por obviar razones yo no entiendo esas sombras que aparecen y por más que me esfuerce tengo que esperar hasta que ella resuelva lo que está pasando.

Sin embargo, Ángelo no parece igual de paciente.

—¿Qué pasa, doctora? —dice con urgencia.

—Es que el sonido es irregular, casi como si fuera...

En serio que si no completa las frases voy a terminar desmayándome.

Miro con terror a Ángelo con la sensación que algo espantoso está pasando. Él respira profundo mientras me da un beso en la frente y sigue presionando a la doctora para que nos responda.

*Por favor que mi bebé esté bien.*

*Demonio: Sé que sería insensible decir algo malo ahora pero...*

*Ángel: No lo digas.*

*Demonio: ¡Oye! ¿Acaso no confías en mí?*

*Ángel: Eh no... Es una pregunta fácil de contestar de hecho. Tú y yo nunca vamos a confiar en el otro.*

*Demonio: Cierto, pero no quiere decir que sea un desalmado que se regocija en el dolor de Esther. Sea como sea, soy su parte pecaminosa, no es que la quiera ver sufrir... No totalmente por lo menos... Bien, no en ese tema.*

*Ángel: En fin. Trata de no ponerla más nerviosa.*

—¡Vaya! ¡Esto no pasa todo el tiempo! —dice la doctora con una expresión de sorpresa pero podría afirmar que no es de espanto.

Aunque igual eso no me tranquiliza.

—¿Qué pasa? —pregunta otra vez Ángelo.

—Bien, voy a subir el volumen de este aparato para que lo escuchen.

Cuando el sonido incrementa puedo percibir que el latido tiene varios picos, como si tuviera arritmia o algo parecido. Me encojo de dolor, no físico sino emocional. Me preocupa que mi bebé venga con dificultades en la vida.

—¿Tiene problemas cardiacos? —pregunto a punto de empezar a chillar.

Sí, chillar. Llorar ya es poco.

—No, ¿de verdad no es evidente? —dice ella ahora señalando la pantalla —. Mire, hay dos óvulos fecundados.

La sorpresa deja paso a la emoción. Ángelo trastabilla hacia un lado pero se alcanza a agarrar de la camilla. Luego pasa su mano por su cara. Se ve preocupado pero feliz. Su sonrisa vuelve a surcar su rostro.

—¿Mellizos? —pregunto azorada.

Ahora si voy a llorar pero de felicidad. Dos bebés por el precio de un embarazo.

—Bueno, no —vuelve a decir nuestra criptica doctora.

—¿No?

—No, uno de ellos está dividido. En uno hay dos bebés. Gemelos.

Creo que ahora sí le fallan las piernas a Ángelo porque retrocede hasta un asiento que está cerca de la pared contraria.

—¿Qué nos está diciendo?

—Hay tres latidos —dice ella con una mirada maravillada —. Un par de gemelos y otro bebé mellizo a su lado.

Esta vez pongo atención a los latidos que inundan la habitación. Por fin puedo separar cada uno.

Mi corazón también se sincroniza con los de mis bebés, acelerando tanto que me cuesta encontrar las palabras para describir el sentimiento.

Repaso cada vez que pedí quedar embarazada. Desde el tiempo que estaba casada con mi ex, hasta ahora. Sin duda, siempre pedía un embarazo sencillo no uno triple, pero ante la emoción del momento solo puedo reír.

—Tienes unas diecisiete semanas pero al ser un embarazo múltiple, los bebés están más pequeños que si fuera uno solo. Me sorprende que no hayas tenido vómitos constantes.

—Solo tuve tres al principio —concedo.

—Uno por bebé —susurra Ángelo desde allá.

Quisiera burlarme de su reacción pero estoy más concentrada en mirar el monitor donde están mis bebés.

La doctora sigue moviendo el aparato sobre mi abdomen, intentando acercar la imagen.

—Mira ahí, ¿quieren saber sus sexos? —pregunta ella antes de revelar.

—Sí —respondo inmediatamente pero me giro y veo que Ángelo también asiente.

Él se ve algo pálido e inmóvil. Sin embargo, hace un esfuerzo para levantarse y volver a acercarse.

—Bueno, los gemelos son... —sigue moviéndose para acercarse. Yo no puedo saber que busca pero ella parece distinguir entre todas esas sombras —. Son niñas.

Ángelo vuelve a apretar mi mano con fuerza. Se pone más pálido.

—Y el otro bebé... —se mueve hacia la derecha de mi panza —. Un varón. ¡Felicidades van a tener un par de gemelas y un niño! —dice la doctora removiendo el aparato y limpiándose la panza.

Imprime la ecografía y me la pasa.

Ángelo casi no me deja ni sentarme para apretar sus labios con los míos y luego agacharse para abrazar mi pequeña protuberancia.

—Por ahora tienes buen espacio, pero te aseguro que con un embarazo de trillizos vas a tener una gran panza —anuncia la doctora —. Además te voy a mandar una dieta que debes seguir para que tu peso no se eleve hasta el cielo.

Creo que ve mi cara de espanto y trata de corregirlo.

—Bueno, tampoco. Pero son tres bebés pidiéndote comida. Te imaginarás el hambre que vas a tener. Así que cámbiate y ya te entrego la dieta. Y usted, señor Egizi, va a tener unos meses interesantes por delante, ¿se siente bien?

—Estoy impactado —confiesa achicando esos ojos verdes hermosos —. Pero no puedo estar más feliz. Yo siempre he querido una familia numerosa. Aunque no pensé que lo sería al primer intento.

—Y el único, cariño —le digo palmeando su pecho —. Luego de tres bebés no necesitamos más.

—¿Segura? —pregunta con su encantador acento.

—Muy segura, cuando nazcan nos superaran en número.

—Es cierto.

Me apresuro a cambiarme para terminar con la cita. La doctora me entrega una dieta balanceada en la cual regula demasiado el exceso de azúcar. Y aunque puedo comer chocolate, no puede ser constante ni en grandes cantidades.

Eso me entristece un poco, pero puedo sobrevivir a otros seis meses de restricciones mientras mis bebés sean saludables. Y hasta el momento, ella afirma que todo está en orden.

Con la impresión de la ecografía en nuestras manos, salimos del consultorio más aterrados, emocionados y nerviosos de lo que entramos. Tres bebés es algo para lo que no estaba preparada, quizás al saber la huella genética de mi esposo, estaba consciente que había oportunidad de mellizos —lo cual pasó—, pero que uno de esos óvulos se dividiera para que fueran gemelos... ni en mis sueños más locos.

—Voy a tener que encontrar otra compañía para asociar a Grupo Élite —dice Ángelo mientras caminamos al carro.

—¿Qué? —pregunto algo desubicada por el cambio de tema.

—Bueno, vamos a necesitar dinero.

—No te preocupes demasiado, ambas de nuestras empresas están rindiendo muy bien.

—Pero pueden ir mejor —dice decidido—. Voy a hacer unas cuantas llamadas. Seguro que encuentro algo que me dé un poco de tranquilidad.

—¿Tranquilidad?

—*Principessa*, esos niños deben ir a la universidad —dice como si no estuviera pensando a largo plazo.

Sólo que él está adelantándose casi veinte años.

—Lo sé, pero por ahora te necesitan a ti. Tu amor y tus cuidados... empezando por los cuidados a la mami —digo señalándome con un gesto provocativo.

Me besa con cariño pero sin la pasión que esperaba.

—¿Sabes ahora de que voy a tener miedo? —dice cuando se aparta.

—¿De qué?

—De poner otro bebé en tu vientre si sigues haciendo esos gestos —una de sus comisuras se alza y sus ojos verdes brillan.

Me río un rato mientras él me abraza y luego abre la puerta del copiloto para mí.

—Por ahora no hay más espacio, cariño... Puedes aprovechar...

—Creo que debemos tomarnos el día libre, ¿qué te parece? —pregunta como si no estuviera coqueteando conmigo—. ¿Día de estar relajados viendo películas?

—Sí. Yo sabía que me había sacado la lotería contigo, cariño —entro al auto y él cierra la puerta con cuidado.

Da la vuelta, se sienta y enciende el motor.

—Cuando digo películas, no es realmente películas —aclara.

Como si no hubiera entendido.

—Solo conduce, amor —le doy una palmadita en la pierna —. Tenemos que celebrar nuestra vida y la de estos pequeñitos.

Incluso desde antes que Ángelo Egizi apareciera en mi vida, sabía qué quería tener en ella. Quizás nunca pensé en trillizos o en un esposo italiano, pero estaba segura que no me podría conformar con cosas a medias. Que mi felicidad tenía que venir con el paquete completo. Y así ha sucedido.

Llega deprisa. Me ayuda a bajar aunque en realidad todavía no tengo problemas de peso, y me lleva a voladas hasta nuestro cuarto. La forma de amarnos se ha vuelto diferente, explorando todas nuestras terminaciones, las zonas sensibles y los gustos particulares. Se toma su tiempo en cada fase, adorando mi boca, mis pechos, mi vientre... Dando todo de sí como desde el inicio de nuestra relación.

## Capítulo 59

Guardar secretos es mi debilidad y lo peor es que me cuesta disimular que estoy sufriendo por no poder contarle. Y Sonia es experta en desarmarme.

Ángelo y yo habíamos optado por no contar a nadie sobre los trillizos. Primero porque no quería que acapararan mi atención más de la cuenta; segundo, queríamos saborear la noticia entre nosotros el tiempo que pudiéramos y tercero, porque Nyma o Antonia podrían sentirse mal de alguna manera.

Lo único bueno de mantenernos esto para nosotros, es que cada vez que flaqueo y le digo que tengo que contarle a Sonia, Ángelo contraataca con una buena distracción. Me deja tan cansada y feliz que se me olvida por completo de qué le estaba hablando.

Y no me estoy quejando. Quizás por eso le he insistido más de la cuenta.

*Ángel: ¡Ves! El sexo no se iba a acabar con el embarazo... Ya que eso es lo único que te preocupaba.*

*Demonio: Tengo que concederte algo de razón porque han estado demasiado entregados... Pero espera un poco... Ella apenas está entrando al segundo trimestre... Quiero ver como hacen cuando su panza crezca.*

*Ángel: ¿Qué te ha pasado? Tú eras el entusiasta porque ella se dejara llevar con el italiano. Y hasta ahora todo ha sido muy bueno para Esther.*

*Demonio: Sí, y rico... El problema de todo lo rico engorda, mata o embaraza.*

*Ángel: ¡Ay por Dios!*

Con el fin de despejar mi mente, le digo a mi esposo que voy a ir temprano a la oficina mientras él tiene una reunión con un cliente potencial para Grupo Élite.

Ahora que ambos somos jefes de dos empresas, siento que es más complicado mantener al día en las decisiones de cada una, aunque hacemos lo posible por mantener la comunicación como pilar de la relación.

Los últimos días han tenido de grandes cambios, por lo tanto, hay que prepararnos para que laboralmente se adapte a mi ausencia por la maternidad. Sé que quizás tome más tiempo de lo normal —aprovechando que soy la jefa y todo eso— para poder disfrutar de mis pequeños. Pero ese plan depende de que todo marche sobre ruedas y que los encargados de cada área estén

comprometidos.

Al llegar a la oficina me encuentro con mi nueva secretaria, Marta. Una señora de cuarenta y tres años con tres hijos, que estaba desesperada por encontrar empleo. Unas semanas después de volver de Italia, María Paula ya tenía un listado de posibles secretarias para mí. Había entrevistado a muchas chicas menos de treinta que tenían grandes currículos, pero tuve que darle otro enfoque para que buscara a mujeres mayores.

No lo hice totalmente porque mi ex se acostó con una chica de veinte años. No.

*Bueno, no del todo.*

La principal razón de la decisión fue porque a esa edad ya es muy difícil encontrar un empleo. Y al final, ellas traen mucha más experiencia de vida y laboral que unas niñas que están en la universidad.

—Buenos días, señora Rosas.

Sí, en Colombia sigo siendo Rosas. No tenía ninguna necesidad de cambiarlo y mucho menos al tener un negocio con mi apellido.

—Buenos días, Marta. Ya te he dicho que me llames Esther.

—Es demasiado informal para mí, señora.

—Bien. ¿Cómo va todo por aquí?

—La han llamado del proveedor de canastas para informarle un cambio de material en sus diseños. El jefe de compras ya tiene todos los datos pero desea saber si está de acuerdo en seguir haciendo negocio con esa empresa. Creo que el material es más barato pero al mismo tiempo, más contaminante.

—Hablaré con Pablo. Le dices por favor que venga a mi oficina.

—Sí, claro. También la está esperando el señor Ricardo Rivas en la sala de espera.

Me detengo inmediatamente. La miro esperando que ella me dé más información pero ella no parece comprender la gravedad de lo que acaba de decir.

—¿Disculpa?

—Ricardo Rivas, ¿Le digo que no lo puede atender?

—¿Cómo entró aquí? Se supone que solo puede entrar con cita previa.

—Según mi agenda, tiene cita —dice Marta levantando su agenda y mostrándome su nombre.

*¡Maldita sea!*

—Bien. Dile que pase a él primero y luego cuando salga llamas a Pablo, el jefe de compras.

—Sí, señora.

Me adelanto y entro a la oficina. Dejo mi bolso y me acomodo en la silla, intentando que mi pequeña panza quede disimulada por el escritorio. Espero que no tenga que levantarme en ningún momento.

Le envío un mensaje a Ángel sobre la presencia de Ricardo y en menos de tres segundos me llegan varias caras enojadas. Luego me asegura que va a estar pendiente y que si se pone agresivo llame a seguridad.

Cuando la puerta de la oficina se abre, veo a un Ricardo desprolijo y despelucado. Él siempre había sido pulcro con su aspecto. Hacía ejercicio y le gustaba la ropa de marca. No entiendo qué le está pasando porque al final, no es que esté en la ruina. Sigue ganando su salario y va a recibir sus dividendos anuales.

—Esther —dice como si mi nombre fuera doloroso de pronunciar.

—Ricardo —intento imitar el mismo tono —. Siéntate.

—Eso no es necesario —dice agachando la cabeza y negando —. Vengo para algo rápido y no creo que quieras verme más.

*Demonio: Pues en eso tiene razón, el sin bolas... Su presencia no es agradable ni para mí.*

*Ángel: ¿Qué le pasará? Se ve enfermo.*

*Demonio: ¿Y? Se le está devolviendo todo... Karma.*

—Te escucho —le digo dirigiendo mi mirada hacia él.

—Tengo algunos problemas económicos ahora mismo. He hecho varias estupideces y estoy en líos.

—¿Qué tipo de líos? —le pregunto con desconfianza.

—Uno que me puede empobrecer o enriquecer en la misma probabilidad.

—Sigo sin entender, Ricardo. ¿Te estás metiendo en negocios turbios? Porque déjame decirte que no voy a tener un socio inmiscuido en nada ilegal. Tienes un 15% de la empresa, así que no te atrevas a manchar su nombre.

—No es eso. Me he sentido pésimo desde que supe de tu boda —dice señalándome con su dedo —. Al principio sentí mucha rabia, desesperación y envidia. No podía entender cómo pudiste hacerme esto cuando llevábamos apenas unas pocas semanas de habernos separado. Fui el hazmerreír de todos nuestros conocidos.

¿Cómo es que siempre logra que todo sea sobre él? Es un talento.

Alzo una ceja, impaciente. No tengo por qué tolerar sus palabras envenenadas. Solo tiene que darme un motivo y lo haré sacar de este edificio a rastras.

—El asunto es que encontré algo que me dio vida, después de todo lo que pasé hace unos meses. El problema es que ahora me tiene acabado.

—¿Te estás drogando? ¿Ahora eres un adicto?

—Esther, siempre fuiste pésima para adivinar. No, no me estoy drogando. Estoy apostando.

La comprensión llega inmediatamente. Está vestido de esa manera porque ya no tiene dinero. Lo está malbaratando.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? —pregunto fingiendo altivez.

Estiro mi cuello todo lo que puedo y lo miro con indiferencia.

—Nada, pero necesito ayuda.

¿Acaso puede ser más descarado?

—Hace cinco meses que ya no me preocupas.

—Esther, tú no eres así.

¿Está rogando? ¿Por Dios! ¿Es así de grave la situación?

Me aclaro la garganta y me acomodo mejor en el asiento mientras hago tiempo para pensar. No estoy completamente segura de sus intenciones al venir aquí, ¿qué quiere? ¿Quiere dinero? ¿Quiere que pague sus deudas y que lo ayude a entrar a rehabilitación?

—¿Cómo soy? Dime... Pasaste casi diez años conmigo y te importaba poco lo que yo quisiera o te dijera. No te importaban mis deseos ni que yo hubiera sacrificado tanto por ti —mi tono empieza a subir y Marta parece alcanzar a oír mis gritos.

*Ángel: Esto les hace daño a los bebés.*

*Demonio: Hmmm, debería hacerle daño al idiota del frente.*

—Bien —dice enfadado—. Fui un imbécil ¿contenta? —alza los hombros y extiende sus manos como si eso fuera una excusa—. Tenía muchas cosas en mi mente que quería hacer con mi vida y no quería ser padre. Sí, fui un maldito al ocultarlo y mentirte. Merezco tu desprecio. Pero sé que no me odias como pretendes. Eres demasiado buena para eso. Y ahora que necesito ayuda seguro vas a acceder.

¿Perdón?

—¿O qué? —grito levantándome de la silla.

Ricardo abre la boca para responder pero se calla en cuanto ve mi abdomen hinchado. Intento taparme pero ya es tarde. Ya se ha dado cuenta.

—¿Estás embarazada? —pregunta aturdido.

—Sí.

Una sonrisa maliciosa se posa en sus labios y entiendo que el siguiente comentario va a venir cargado de ironía. Me preparo porque él ya no me intimida. Él ya no hace parte de mi vida.

—Así que lo atrapaste con un hijo ¿no es así?

—Vete de aquí, Ricardo —le señalo la puerta.

Es ahí cuando se da cuenta que hay varias personas al otro lado de la puerta, y como es de vidrio, intenta mirar que ocurre en mi oficina.

—Necesito dinero.

—Te pago cada mes —digo entre dientes.

—Eso ya no alcanza.

—No es mi problema —respondo.

—¡Necesito que me des dinero! —esta vez es él quien grita y da un paso amenazador hacia mí.

La puerta de mi oficina se abre. Veo a Martín con los puños apretados entrar como si estuviera dispuesto a golpear a Ricardo. Al ver al chico, a Ricardo se le borra cualquier atisbo de rabia y se hace a un lado.

—Señor Rivas, vengo a escoltarlo a la salida —dice Martín con una voz más gruesa de lo normal.

—Mira chico, sé que eres fiel a tu jefa y todo, pero estamos en una conversación de adultos.

El sonido de tacones nos hace girar a los tres a la puerta. Esta vez es Sonia quien aparece a mi rescate.

—¡Ja! ¡El sin-bolas de nuevo! ¿Recuerdas mi puño? —dice mi amiga levantando su mano y deslizando la manga de su camisa hacia atrás.

—Sonia, esto tampoco es contigo.

—Señora Rosas, ¿llamo a seguridad? —aparece Marta con el rostro preocupado.

—El señor Rivas ya se va —le digo —. Martín va a acompañarlo a la salida.

—No me voy de aquí si no me ayudas.

—Yo creo que sí.

—¡Van a matarme, Esther! —dice esta vez desesperado.

Todos hacen silencio y me miran para saber qué hacer.

—Resuélvelo tú mismo —le digo conteniendo un quejido de mi pecho.

Quizás él tiene razón. Soy demasiado buena. Aún me preocupa su bienestar a pesar que no se lo merece. Pero no pienso darle dinero. Ni ayudarlo ahora. Esto es lo que ha ganado con su engaño.

No me voy a regocijar si le hacen daño, pero sería un mal precedente dejarme convencer de sacarlo de un lío. Luego pensaría que puede seguir inmiscuyéndose en mi vida como si yo le debiera algo por haberlo dejado. Él se lo buscó, todo lo que pasó fue por su culpa.

Ricardo me mira sin comprender. Parece que creía que su actuación de pobre-diablo le iba a funcionar conmigo. Lástima que ya he aprendido muchos de sus trucos.

—Lo que tienes ahora, me lo debes a mí, perra trepadora —dice Ricardo mientras empieza a caminar hacia mí.

Un tacón vuela por el aire y lo impacta en la sien. Parece que iba con potencia porque lo detiene mientras se queja audiblemente. Sonia le tiró su zapato. Martín llega por detrás y le hace una llave al cuello.

—Marta, llama a seguridad.

Mi secretaria corre hasta su puesto y alza el teléfono.

Los grandulones de seguridad llegan un minuto después y atrapan a Ricardo sin contemplaciones. Lo arrastran fuera de mi oficina. Aunque no se va en silencio, vocifera maldiciones e insultos dirigidos a toda la empresa.

Por fin vuelvo a respirar con normalidad en cuanto dejo de oírlo.

Sonia recoge su zapato y se acerca hasta mí.

—Cariñito, no vuelvas a dejar que venga —dice en cuanto me abraza —. Y mucho menos lo recibas tú sola. Es una suerte que estaba por aquí cerca cuando tu sexy esposo me llamó.

—¿Ángelo te llamó?

—Por supuesto, Essy. ¿Acaso crees que siento la presencia del idiota ese? No. Tu italiano me llamó y me avisó de la situación. Parece que confía en mí como tu guardaespaldas personal —dice con una media sonrisa —. Creo que me da mucho crédito.

Martín se aclara la garganta y se acerca hasta mí.

—¿Está bien, señora Esther?

—Estoy bien, Martín. Muchas gracias.

—Sí, muchas gracias, Martín —dice Sonia endulzando la voz. Creo que pestañea varias veces hacia él.

—De nada. Ese hombre es un idiota y me preocupaba que tratara de hacerle daño a usted o al bebé.

*Bebés... plural.*

—Es una suerte contar con alguien tan preocupado como él, ¿no, Essy?

—Claro que sí. Te debo una —le digo mientras me zafo del agarre de Sonia y le doy un abrazo a Martín.

—Sí, yo también —dice Sonia con voz acaramelada.

*Demonio: Esther, estás estorbando.*

*Ángel: Déjalos solos.*

—Creo que necesito ir a tomar algo... Ehmm, ya vuelvo.

—Bueno, yo tengo que seguir trabajando —se excusa Martín—. Puedo acompañarla.

—Oh no, en serio, ya vengo. Espérenme aquí que vaya por agua. Quiero invitarlos a almorzar por lo menos. ¿Bueno?

—Claro —dice Sonia guiñándome un ojo.

—No es necesario.

—Insisto —digo imitando a mi esposo.

Martín calla y asiente.

Camino hasta la puerta y la cierro silenciosamente. Le digo a Marta que no los interrumpa y me dirijo hacia la cocineta de la empresa.

¿Cuánto tiempo necesitarán para resolver algo que han evitado enfrentar? No creo que sea inmediato. Pero tengo fe que hablen con el corazón en la mano.

## Capítulo 60

Después del almuerzo más incómodo de la historia, Martín y yo nos despedimos en la acera para volver a la empresa. Sonia se ve frustrada. Ella intentó por todos los medios iniciar una conversación con el chico, pero él, con gran aplomo ignoró cualquier comentario que pudiera ser de doble sentido.

—Si ves —me aprieta Sonia a su regazo para susurrar en mi oído—. Ya es imposible.

Martín se adelanta unos pasos. Así que puedo retirarme y hablarle en un tono normal.

—No lo has intentado en serio. A la primera oportunidad de huir, te has involucrado con ese presentador y después con los italianos.

Ella hace un mohín mostrándose ofendida.

—Essy...

—No, hablo en serio.

—Creo que es una bobada que tengo que superar. Al final, él quiere casarse y todo el paquete, mientras que yo no.

—Vuelves a huir.

—No es huir cuando se sabe que está destinado al fracaso. Mejor ve que se va a dar cuenta que hablamos de él a sus espaldas.

—Bien, pero piénsalo. Has dicho varias veces lo mismo pero sigues coqueteándole.

Ella alza una ceja y se encoge de hombros.

—Coquetear es divertido... y él está muy bueno. Si fuera menos serio seguro ya habría vuelto a revolcarse conmigo así sea por despecho.

—¡Sonia!

—¡Ay! No te alteres que le haces daño al bebé.

Toco mi panza inconscientemente. Espero que ninguna de las gemelas se parezca a su tía. Que solo le aprendan las partes positivas.

—Cúidate, amiga —le digo cuando ella alza su mano para despedirse.

—Cúidate, cariñito. Estoy ansiosa por asistir al *baby shower*. ¿Cuándo dices que es?

—¿Perdiste la tarjeta?

—No, solo que no soy buena para recordar fechas. Además no parecía una invitación a un baby shower. Se supone que debería ser azul o rosa dependiendo del sexo.

Sí, se supone. Pero Ángelo y yo habíamos decidido dar la gran noticia de que eran trillizos en el *baby shower* y además hacer algún juego para revelar el sexo de los niños. Tengo tantas ideas que organizar que me empieza a dar un pequeño escalofrío al saber que queda sólo tres semanas.

—Es el veintiuno de octubre —le digo tratando que recuerde la fecha.

—¿Estás ignorando la pregunta implícita?

—Un poco, sí.

—Essy...

*¡Dios! No, Sonia... No me mires así...*

Todos saben que con ella soy débil. Conoce mis gestos y sabe cuándo quiero ocultarle información.

—¿Es niño o niña? —pregunta con voz categórica. La usa cuando quiere que le conteste rápidamente y sin evasivas.

—Queremos hacer una actividad para anunciarlo en la fiesta.

—Eso no es común. ¿Cómo van a hacer los invitados para llevarle ropita al bebé?

—Pueden comprar otras cosas.

—Pero... ¿y para saber el color?

—Un color neutro.

Se acerca un paso para mirarme directamente a los ojos como si quisiera sacarme la verdad por cualquier medio.

—¿Es niña? —sus ojos se agrandan. Como no esperaba que volviera a preguntar trato de evitar totalmente su mirada. Doy un paso atrás nerviosa por la forma en que me escudriña.

—Bueno...

—¿Niño?

—Sonia, ¿no puedes aguantar unas semanas?

—Essy, cariñito, tú me conoces. No aguanto ni saber que voy a comer esta noche a pesar que acabo de almorzar.

*Demonio: ¿Crees que logre salir de esta situación sin revelar nada?*

*Ángel: No parece. Creo que la tiene acorralada.*

*Demonio: Sería divertido que Esther le dijera cualquier sexo y luego ella se sorprendiera y se enojara por no compartir ese pequeño detalle.*

*Ángel: ¿Es divertido que su mejor amiga se enoje con ella?*

*Demonio: Divertido para mí.*

—No te voy a decir, Sonia.

—Buuu aburrida —dice poniendo sus pulgares hacia abajo —. Creo que me iré por niña. De todas formas si me equivoco puedo cambiar los regalos. Yo quiero una mini Essy para poder adiestrarla por la vida.

Me da un escalofrío extraño, como si el aire de pronto se hubiera congelado.

Siento que unos pasos se acercan, volteo a ver a Martín desesperado por mi demora.

—Señora Rosas, ¿quiere que me adelante?

—No cariño —responde Sonia por mí —, ve con ella. Al final no es capaz de decirle a su mejor amiga el sexo del bebé —dice con profunda desaprobación.

Martín hace caso omiso a ese comentario y sigue esperando mi respuesta.

—No, ya hemos acabado. Adiós Sonia.

—Adiós, cariñito. *Chau* guapo.

Martín se sonroja sin poder controlarlo pero se gira para darle la espalda y no contestar. Sonia alza una ceja en mi dirección dándome a entender que ella tiene razón y yo niego. Aún es pronto para saberlo.

Camino junto a Martín hasta la empresa. Se mantiene en silencio la mayoría del tramo, pero cuando divisa el edificio se detiene.

—Señora, le dije que no se involucrara entre nosotros —me enfrenta con cara de pocos amigos. Se ve enfadado.

—Yo... bueno —acaricio mi panza tratando de no empezar a llorar. Mis lagrimales ya se están activando.

Martín se da cuenta y recompone el rostro, asustado. Es de mala suerte hacer llorar a una mujer embarazada, aunque debo admitir que es realmente fácil.

—Perdón. Es que la situación no me gusta. Intenté hacer lo que usted me dijo, llamarla, ser quien la buscara otra vez, pero ella ya había pasado página. Y ahora vuelve con ese trato coqueto... ¿Qué puedo pensar sobre eso?

—No lo sé —digo mientras me limpio los ojos con su camisa.

—Yo no tengo nada más que hablar con ella. Por favor, no trate de juntarnos.

—Está bien —concedo aún con los nervios a flor de piel.

—Vamos, la llevaré a que se arregle —me dice señalando mi maquillaje corrido.



—Ella está obsesionada con saber el sexo, aunque ya decidió que será niña —le digo a mi italiano.

—Se había demorado en encararte —me dice mientras retira el agua de la pasta recién cocinada.

Huele delicioso. Ángelo resultó un excelente cocinero. Y ahora que revuelve la carne molida con las pastas, creo que estoy a punto de quitarle la olla y comer directamente de ella.

Aunque me contengo. No soy salvaje.

—Sí, eso creo. Resistió bastante porque creyó que le iba a contar exclusivamente. Pero al darse cuenta que eso no pasó, ahora opta por el chantaje emocional.

—¿Volvió con lo de «soy tu mejor amiga»? —lleva uno de los espaguetis a su boca y lo sorbe. Casi quisiera ser ese espagueti.

—Sí.

—Bueno, pero si escoge llevar algo para niña, no va a desentonar. Tenemos dos pequeñas que vestir.

—Lo sé. Pero ha sido tan duro no poder decirle. El secreto me está matando, cariño.

—*Principessa* —dice con una suavidad increíble. Solo con oírlo llamarme ya me siento más calmada —, esta noticia la estamos disfrutando nosotros. Te aseguro que ella va a pasar mucho tiempo con los bebés y seguramente mi madre va a querer cuidarlos todo el tiempo. Ahora estás unida a ellos y deberías aprovechar para que sea un tiempo íntimo entre nosotros.

—Te olvidaste de Ny —digo divertida. En general tiene razón. Con lo intensa que es mi amiga y toda su familia, quien sabe si me dejarán cargar a mis hijos.

—¡Ja! Ella seguro va a pedir vacaciones para pasarlo con sus sobrinos. Incluso Alessia no para de hablar sobre su futuro primo. No creas que yo no he tenido presión. Ny tiene técnicas más dolorosas de interrogación.

Eso me hace reír. Mi cuñada puede ser más testaruda e inventiva a la hora de hacerte hablar.

—Has sido muy valiente, entonces.

—Lo sé. Merezco un premio —dice sirviendo en platos nuestra cena. La acerca hasta mí con un movimiento muy varonil y me da un beso pequeño.

—¿Y qué quieres? Porque tengo varias cosas que puedes ganarte.

—No lo sé... ¿Qué me ofreces?

Me mira con emoción haciendo sus ojos más claros.

—Hay una cuna por armar al mismo tiempo que pintar el cuarto de los bebés.

Ya nos habíamos mudado a la casa de la ciudad. Y aunque él decía que era pequeña, la verdad es que tiene cuatro cuartos y dos pisos que eran más que suficientes para nuestra familia creciente. Por ahora, mientras aún son pequeños, hemos designado solo una habitación para todos. Necesitamos tres cunas pero por el momento hemos comprado dos porque queremos que el niño tenga otro modelo.

Su madre no le gustó que nos fuéramos, pero lo cierto, es que vivir tan lejos del hospital me ponía nerviosa. Yo estoy segura de tener un parto en el hospital, aun confío en que pueda ser natural, pero si pasa algo, si hay una complicación, necesito tener a todos los médicos dispuestos a ayudarme.

—Creo que eso está implícitamente asignado a mí —dice con un puchero—. Qué te parece si luego de comer, te hago un masaje y nos metemos a la bañera ¿ah?

—Suenan excelente —le digo.

Si su premio es hacerme un masaje, estoy más que dispuesta.

Pruebo la pasta y me deleito en el sabor. Alzo mis dedos en una señal complacida y Ángelo me lanza un beso.

Acabo el plato tan rápido que Ángelo hace bromas sobre mi pequeño apetito.

—Cuando vayas a empezar a comer humanos, me avisas, *principessa* —dice entrecortado porque no aguanta la carcajada.

Yo finjo que voy a reírme, estiro mis comisuras y acto seguido, me quedo seria. Ángelo traga grueso y se calla.

—Tengo tres bocas que alimentar.

—Lo sé. ¿Quieres más?

—No —niego porque me siento llena —. Estoy satisfecha... por ahora.

Mi apetito ha incrementado demasiado. Mi panza ha crecido de manera acelerada por lo mismo. O quizás porque esos pequeños se están estirando demasiado. Supongo que si van a ser como su padre, voy a sufrir en el parto.

Aunque por ahora me preocupa más mi piel. La forma en la que se ha estirado y se va a estirar, puede provocarme estrías. Nydia ha sido un ángel en ese aspecto, me ha abastecido de unas cremas mágicas que son excelentes con la piquiña y la aparición de esas esas líneas horrorosas.

—Descansa mientras lavo estos platos y luego lleno la bañera —dice mientras recoge todo y lo pone en el lavabo.

Me levanto con un poco más de dificultad. Ya me pesa la parte central del cuerpo.

Me siento en el mueble y alzo los pies. Ellos ya han empezado a sufrir la subida de peso. Hasta el momento he estado bien en los controles. He subido esos dos kilos por mes recomendados, aunque la doctora pronostica que el último trimestre me puedo pasar o doblar ese peso. Por lo tanto debo cuidarme mucho más y eso lo ha estado cumpliendo mi esposo.

—¿Qué quería Ricardo? —pregunta Ángelo mientras friega los platos.

—Dinero. Dice que está en problemas de apuestas —respondo con cansancio. Recordar esa visita no es agradable.

—¿Se puso agresivo?

—Quería exigir. Pero Martín y Sonia lo detuvieron. Te agradezco haberla llamado, ella le tiró un zapato a Ricardo en la sien.

Escucho su carcajada.

—Ella es recursiva.

—Sí.

—¿Te dijo algo más?

—No, solo lo que se puede esperar de una persona como él.

Lo veo aparecer en el umbral de la cocina y la sala.

—Si te insultó, va a pagarlo —dice con severidad.

—Dijo que estaba en peligro y que lo pueden matar. Está desesperado. No te preocupes por lo que haya dicho, eso es pasado.

Me inspecciona por un largo segundo esperando que le diga algo más.

—¿Está amenazado?

—No pregunté.

—¿Cuánto te pidió?

—No dijo un monto.

—Me preocupa por la empresa. Esperemos que no nos afecte pero debemos hablar con el abogado sobre la situación, para que nos asesore.

—Haré la llamada mañana, cariño —asiento dándole la razón.

—También hay otro asunto por hablar —dice él y se acerca al sillón. Sus manos aún están mojadas así que las mantiene sobre su regazo.

—¿Sobre qué, amor?

—Recibí una llamada hoy. Lion Santoro.

El padre de Gina.

Me irgo lo mejor que puedo, estirando mi espalda.

—Ella aterrizó hoy.

—¿Aquí?

—Sí. Su padre no sabe qué negocio tiene acá, así que me llamo para confirmar que no fuera nada conmigo —bufa y alza sus pupilas al techo con un gesto furioso—. Le expliqué que no tenía contacto con ella y que no conocía la razón de su visita. Incluso le dije que me había casado recientemente. Lo que le sorprendió y terminó la llamada luego de eso.

—¿Crees que aparezca?

—No sé. Creo que después de que la golpearas públicamente, es difícil que quiera enfrentarte. Y seguramente ya sabe que estamos casados... Debe tener otros planes.

*Demonio: Yo desconfiaría hasta de su sombra... es mejor contratar algún tipo que la siga.*

*Ángel: ¿No sería mejor contratar seguridad?*

*Demonio: Naaa... así podemos saber qué hace y sentir que esto es como una película.*

—Mantendré pendiente. Daré órdenes de mayor seguridad en el edificio —me dice con el gesto serio.

—Bien.

—Solo es prevención. No creo que sea para tanto pero no me gustaría que se repitiera lo de Roma.

*Sí, a nadie. Bueno, quizás a Sonia.*

Se estira para besarme fugazmente y vuelve a la cocina.

Tal como había prometido. Llena la tina, le echa sales y la prepara con burbujas. Me ayuda a quitarme la ropa, mientras va acariciando cada parte. Sus diestras manos, empiezan en mis hombros, recorriéndolos con firmeza y dedicación. Me siento increíblemente mejor cuando mis pies sienten la temperatura cálida del agua.

—Siéntate despacio, *principessa*.

Me sostiene, llevando centímetro a centímetro hasta que me siento completamente. Se agacha a mi lado y toma una de las esponjas de baño, empapándola de agua y luego llevándola hasta mis hombros. Al escurrirla, siento que mis terminaciones nerviosas se activan y me relajan.

Me lava el cabello, lo escurre y me lo envuelve con una toalla. Luego sigue moviéndose por todo mi cuerpo para asegurarse que esté disfrutando la experiencia.

Es hasta que roza mi sexo que despierto, estaba tan relajada —sobre todo después de que me masajeara el cuero cabelludo —, que mis músculos estaban lánguidos en la bañera.

—¡Por Dios! ¡Señor Egizi!... —digo tratando de ser graciosa.

—Señora Egizi, creo que necesita una relajación completa.

Sigue moviendo sus dedos mientras yo llevo la cabeza hacia atrás.

—Quizás deberías acompañarme dentro —le digo entre jadeos.

Alza una ceja y se irgue. Con agilidad se quita los zapatos sin agacharse y sin quitarse nada más, entra en la bañera. Suelto un grito de sorpresa cuando su ropa se le pega al torso y el agua rebosa y cae al suelo. Él simplemente se encoge de hombros y se sienta sobre mis piernas.

La bañera es suficientemente grande para estar dos personas, pero en realidad hay cinco, así que sea como sea, no sería cómodo para mí que él quiera continuar en este lugar. Lo bueno, es que lo entiende rápido. Se da una pequeña ducha, quitándose la ropa mojada y me ayuda a levantar.

Es increíble lo bien sincronizados que nos hemos vuelto. Él entiende lo que yo quiero o en lo que estoy cómoda, la mayoría del tiempo sin tener que decírselo. Pero si llega a darse el caso que se lo diga, es muy bueno escuchando y poniendo en práctica. Y eso es en general por lo que nuestros momentos íntimos son tan satisfactorios.



—¿Sabes, *principessa*? —jadea Ángelo a su lado de la cama. Aún está medio mojado y yo estoy empapada.

Aunque por otras razones.

—Dime, amor.

—No hemos pensado en los nombres de los bebés. Y ya casi es la fiesta.

—Parece que le aprendimos a Antonia y a Mike —digo pero luego recuerdo que él no conoce la historia.

Se la cuento rápidamente, omitiendo apropósito las partes en las que interactuó Ricardo. Ángelo sonríe pero ambos sabemos que ponerle un nombre de esa manera no va a funcionar en nuestro caso. Son tres, dos niñas y un niño.

¿Qué queremos? Definitivamente Ángelo quiere que conserve sus raíces europeas pero al mismo tiempo quiere que ese sabor latino esté presente. Quiero que combine muy bien con el apellido pero al mismo tiempo que tenga identidad y no sea común u obsoleto como mi nombre.

Solo quiero lo mejor para mis niños.

—Deberíamos hacer una lista, ¿no crees? Ya es hora.

—Es cierto. Tú has una y yo haré otra. Así los cruzaremos y descartaremos los que no nos gustan.

—Me agrada —se reincorpora para buscar la cobija. Me ayuda a encontrar mi pijama y besa mi panza antes de volver a tirarse a la cama.

—Estoy muy ansioso por conocerlos.

—Seguramente que ellos también quieren conocerte.

Nos besamos y decimos buenas noches. Me permite recostarme a su lado, usándolo como almohada para quedar con la panza de lado. Es la única manera en la que he podido dormir estos días.

Lo cual es una bendición, porque dicen que luego que nazcan, voy a permanecer mucho tiempo despierta.

## Capítulo 61

Incluso antes del *baby shower* de los trillizos, Ángelo recibe la noticia que mis papeles se pueden demorar mucho más tiempo del que estábamos esperando, así que estos chiquitos van a nacer aquí, igual que sus padres.

Eso nos causó cierto desasosiego, por lo menos a Ángelo; pero luego creo que todo se calmó. Estar planeando un viaje trasatlántico con casi seis meses de embarazo de trillizos me parecía un poco loco. Mis pobres pies ya no aguantan con facilidad mi peso y se han hinchado drásticamente. No puedo ponerme zapatos cerrados —sobre todo porque no puedo agacharme a atarlos —, así que mantengo en sandalias la mayor parte del tiempo.

—*Principessa*, ¿tienes todo? —me pregunta mi esposo cuando voy saliendo del cuarto.

Hoy es el cumpleaños de Alessia, el primer añito. Su madre ha organizado una fiesta íntima y se aseguró que nosotros pudiéramos asistir sin ninguna excusa. Aunque claro, Ángelo no se lo perdería por nada. Él es un tío magnífico.

Según me contó Ny, alquiló un pequeño salón en el norte de la ciudad e invitó a varios de sus compañeros de trabajo. A ellos les tocaba viajar un poco más que a nosotros pero muchos le confirmaron asistencia, en especial, los que también tenían niños pequeños.

—Sí, amor. Ya tengo el regalo —digo alzándolo para que lo vea.

Ángelo ahora tiene una rutina cada vez que me ve luego de una corta separación; y para él una separación es solo dejar de verme unos minutos dentro de nuestra casa; me da un beso suave en los labios, luego en la mejilla, toca mi nariz y se desplaza hacia mi abdomen para darle un beso a cada niño. Es tierno.

—Es increíble cómo pasa el tiempo... Mi sobrina nació y yo aún no estaba contigo.

—Cierto, y ahora estamos casados y con tres niños en camino... Luego dices que no fue muy rápido.

—Fue todo lo que siempre quise —admite con un hilo de voz mientras vuelve a acercarse, toma mi mejilla y me mira directamente a los ojos —. Eres todo lo que pedí encontrar.

Si no tuviéramos que ir a una fiesta infantil, seguro que no lo dejaría salir de esta casa.

Aunque realmente es el temor a que mi cuñada me mate por no asistir.



Luego de cantarle el cumpleaños y que Ny soplara la vela por Alessia, llega el momento de los regalos. Aunque es una chiquilla, se nota en el momento que se da cuenta que por fin puede abrir esa pila de paquetes envueltos. Prácticamente salta de emoción y pronuncia «tata» mientras la dejan gatear hasta ellos.

Hasta donde sé, Alessia puede pronunciar unas tres palabras: «tata» que significa varias cosas según la ocasión pero que casi siempre se refiere a su mamá o papá, «ila» que significa que quiere comer y «mimo» que se refiere a sus primos trillizos que están en mi vientre. Aunque ella aún no sabe que son tantos.

Su padre y madre van destapando regalos y anunciando a los remitentes mientras ella los prueba por un momento y pasa al siguiente. Parece que pierde el interés rápidamente por las muñecas o la ropa. Y cuando nos nombran y Ny desenvuelve el carro con sonido que le trajimos, ella lo abraza como si nunca hubiera visto uno. El juguete no era tan extraño y no parecía que fuera exclusivo para varones; más bien, está diseñado para que los niños opriman el botón que lo hace sonar y alumbrar. También lo puede arrojar lejos y parece bastante durable.

Arley le levanta un pulgar a Ángelo, aprobando el juguete.

La familia Rivera Nieto es la siguiente; con mi pequeño ahijado ya de seis meses, quien solo hace unos sonidos sordos que sólo Antonia comprende. Está creciendo muy rápido y además su cabello rojizo lo hace ver distinguido entre tanto cabello oscuro. Sus cejas por otro lado, aun parecen inexistentes. Ny destapa el regalo y muestra un par de flotadores para los brazos del bebé, además de bloqueador solar, un minivestido de baño y una toalla preciosa de una princesa *Disney*.

*Nota mental: ver películas de Disney: voy a tener dos niñas.*

—¿Nos están invitando a la playa? —pregunta Ny con las cejas alzadas.

—Bueno, ustedes viven en un puerto... cerca a lugares turísticos... solo les adelantamos las cosas. Aunque un día de piscina sería fantástico —dice Antonia con una sonrisita culpable.

—Buuuu... en serio, deberíamos planear un viaje a la playa.

—Amor, aún no nace tu sobrino o sobrina —le dice Arley. Ny parece entender que no es el tiempo apropiado.

—Entonces para el próximo cumpleaños de mi Ale —accede Ny y me guiña un ojo.

No creo que con bebés menos de un año vaya a intentar ir a la playa pero dejo ese comentario para mí misma.

Lo bueno de las fiestas infantiles, es que terminan rápido. Lo sé, parece insensible el comentario, pero cuando alguien carga continuamente un peso de no sé cuántos kilos, que patea, se mueve y me hace desear comer sin saciarme, todo queda justificado. Doy gracias a Dios cuando por fin llego a la casa y puedo recostarme. Ángelo me da un suave masaje de pies y me deja que

descanse mientras prepara la tina.

—Entonces, *principessa*... Estamos postergando mucho el tema de los nombres y ya falta unos días para el *baby shower*.

—Lo sé, cariño... pero es que somos complicados...

—No creo que tengamos que escoger un nombre extraño, ni nada que le proporcione problemas aquí o allá.

—Fácil decirlo —apunto con mi dedo aún acostada en la cama. Me sonrío al saber que me cuesta alzar el cuello solo para hacer ese movimiento —, difícil de hacer. Mi lista contiene muchos nombres de niña pero no de niño. Siempre pensé en una niña.

—Y ahora son dos —dice levantando dos dedos.

—Estamos en problemas, ¿lo sabes?

—Lo sé. Unos grandes problemas —dice mientras levanta sus cejas de forma condescendiente.

—Es en serio —vuelvo a señalarlo pero esta vez cambio el gesto para que sepa que lo estoy culpando.

Él puso tres bebés aquí dentro.

—Vamos a estar bien, *amore mio*. Vas a ser una madre excelente —me dice acercándose y sentándose en la orilla de la cama.

El movimiento hace que se hunda el colchón y que me ruede un poco.

—¿Lo crees en serio?

—Claro. Vas a amar a esos chiquitos.

—¿Qué tal Juliana? —pregunto alzando las cejas.

—¿Así como la canción? —me mira con un gesto extrañado. Mi mente inmediatamente relaciona el nombre con la canción y la descarta.

«*Juliana qué mala eres, que mala eres Juliana*»

—Bien... No... ¿Te parece bien si los nombres de las gemelas empiezan por la misma letra?

—Me parece perfecto.

—¿Y el niño?

—Creo que tengo uno perfecto —dice él como si estuviera esperando este momento.

Hago un esfuerzo para sentarme pero soy detenida. Me ayuda a girar y sentarme.

—¿Y bien? ¿Qué nombre?

—Aaron —dice como si fuera una revelación.

No estoy segura por qué, pero me gusta en cuanto sale de su boca.

—¡Por Dios! ¡Me encanta! —le digo llevando mis manos a la panza y sobándola.

Mi pequeño Aaron Egizi Rosas.

—¿Si?

—¡Sí! Es mejor que cualquiera de los míos... o sea ninguno porque me he desgastado pensando en el de las niñas.

—Mejor no se lo menciones cuando crezca —dice con picardía pero creo que en su frase hay cierta verdad.

No debería tener una preferencia.

*Demonio: ¿Eso es preferencia?*

*Ángel: Bueno... Posiblemente.*

*Demonio: No lo está rechazando...*

*Ángel: Pero no tenía nombres de niño en la lista.*

*Demonio: Touché.*

—Bueno, entonces queda. ¿Cuáles tienes para las niñas?

—¡Oh! Muchos... He buscado tanto comunes aquí como en Italia...

Empiezo con la lista mientras él hace gestos descartando los que no le gustan. Con algunos hace un puchero de aceptación pero hasta el momento no está muy convencido. Paso unos cinco minutos lanzando nombres y él, descartándolos.

—Dime cuales tienes en tu lista y seguro avanzamos más.

—Me gusta Sofía y Silvana —dice él haciendo un gesto pensativo.

—Sofía, sí; Silvana, no —digo contundente.

—Bien, otro nombre por S... Sandra.

—No.

—Bueno, entonces Emma y Emilia.

Lindos pero demasiado parecidos.

Hago un gesto de posibilidad mientras él sube su pulgar con su mirada interrogativa.

—¿No?

—No sé.

—Valentina y Valeria.

—Me gusta Valentina —confieso. También la tengo en mi lista.

—Sofía y Valentina —dice él tratando de cerrar el tema. Se nota que está cansado.

—No sé... ¿No queríamos que empezaran por la misma letra?

Eso lo hace retroceder y soltar un largo suspiro.

—Supongo que no quieres ponerle Sonia —dice con un tono dramático.

Aunque mi respuesta debe ser más dramática al casi ahogarme con mi propia saliva y negar contundentemente con la cabeza. Además de un grito horrorizado.

Amo a Sonia, pero no hasta ese nivel.

Oigo que Ángelo chasquea los dedos como si hubiera tenido una epifanía.

—¡Gabriela! —su voz es intensa, casi triunfal.

Tengo que admitir que es un nombre lindo.

—¿Con una o con dos «L»?

—Como quieras. Faltaría pensar en la otra niña.

Ambos nos quedamos un rato pensativos. No conozco muchos nombres por G. Alcanzo mi celular y hago una búsqueda rápida.

—¿Gemma?

—No —dice él moviendo la cabeza.

—¿Giovanna?

—No lo sé... no me gusta mucho.

—Creo que lo tengo —le muestro en la pantalla el nombre —. Giselle.

En sus ojos veo aprobación y cuando se aproxima para abrazarme entiendo que por fin hemos encontrado los nombres para nuestros trillizos.

Aaron, Gabriella y Giselle Egizi Rosas.

Algo se entenece dentro de mí cuando por fin entiendo que el amor que les profeso tiene nombre propio. Por un momento dejo de sentir el peso o el temor que me embarga, dejo de pensar en lo duro que va a ser los primeros meses con tres bebés llorando, simplemente me dejo sentir la felicidad de tener tres pedacitos de mí y de él, creciendo en mi vientre. Me concentro en adivinar sus rostros, con el deseo de visualizar sus facciones, sus deditos... No sé en qué momento me encuentro en el regazo de mi esposo, sollozando de felicidad.

—Somos increíblemente afortunados, *vita mia* —acaricia mi cabeza tratando de calmarme.

—Lo sé, y terriblemente fértiles —digo con una sonrisa.

—Eso es lo mejor de todo, *principessa* —me da un beso en la sien y me arrulla con una canción en italiano.

Si pudiera, detendría el tiempo para atesorar este momento por siempre.

## Capítulo 62

Mantuvimos bajo perfil con la fiesta de los niños. No queríamos algo que llamara la atención más de la cuenta; al final, los medios se cansaron de seguirme con mi barriga de embarazada luego que supieron que nos habíamos casado en Roma. Claro, eso fue un alboroto por unas semanas y creo que volvieron a llamar a Ricardo para saber su versión pero sobre todo, para darle protagonismo. Se hizo la víctima y fingió que estaba consternado porque yo no hice ningún tipo de duelo luego del divorcio.

Así que, este baby shower es prácticamente para las personas más cercanas: Sonia, mi cuñada, Nydia, Mike y Antonia, también viene Fer y Kathe y varios de los empleados de Rosas doradas. Y lo mejor, es que ninguno tiene idea de mi múltiple embarazo.

Optamos por una decoración neutral, sin grandes adornos y con mucha comida disponible. Eso es más importante que ser extravagantes.

En cuanto llega Mike y Antonia —muy puntuales debo admitir —, enciendo el equipo de sonido para entretenerlos con música. Christian está muy grande, gatea de un lado a otro con una sonrisa de pocos dientes mientras Ángelo lo llama o su padre lo insta a seguir.

—¡Wow! ¡Estás súper embarazada! —exclama Mike cuando me saluda con un beso en la mejilla.

Acaricio mi barriga. De verdad que se ve grande.

—Lo sé.

—No tienes tantas semanas pero estás casi del tamaño que tuvo mi bonita cuando hicimos el *baby shower*. ¿Acaso ese bebé es tamaño exportación? —pregunta de forma jocosa mientras mira mi abultado vientre —. Veo que seguiste nuestra línea, no has escogido el nombre.

—Bueno, ya lo escogimos y pensamos que queríamos revelarlo hoy.

Hace un leve asentimiento y sonrío.

—¿Sabes? Tengo un chisme increíble... aunque no sé si ya lo has escuchado... —empieza él con un tono confidente. Me acerco un poco para que entienda que quiero escucharlo.

—¿Sobre qué?

—Sobre Ricardo —dice como si fuera un ultrasecreto.

Alzo una ceja con inquietud. No sé si quiero escuchar sobre él.

—No sé si este es un buen día para nombrarlo...

—¡Oh no! Te va a encantar... —dice con aire enigmático y empieza a contarme la historia.

Resulta que el muy pillo había logrado saldar su deuda y ya no lo iban a matar, pero en eso, también había ganado una cantidad desorbitante. Se estaba dando una gran vida, compró una casa enorme, está creando otra compañía en otro campo diferente pero con énfasis en ventas y según le han contado ha encontrado otra pareja.

—Pues bien por él —digo tratando de no darle importancia—. Por lo menos no lo van a matar.

—No has escuchado la mejor parte —dice Mike y llama a su esposa—. ¡Bonita! Ven, estoy contándole a Esther la historia.

Antonia niega con la cabeza, resignada. Me muestra una leve sonrisa y llega disculpándose por la intromisión de su esposo.

—Te juro que traté de frenarlo, le dije que no necesitabas saberlo hoy.

—Bueno, ya sabes, los hombres son más chismosos que nosotras pero no lo admiten.

Mike hace un gesto para callarnos y para que pueda continuar con la historia.

—Bien, continúa —le digo mientras cruzo los brazos encima de mi panza.

Aunque debería sentarme. Mis pies duelen.

—Como iba diciendo, Ricardo tiene mucho dinero por una gran apuesta que ganó y según oí, ha tenido mucha suerte en estos días. Además que ya tiene otra empresa... En fin, la mejor parte es quien es su nueva pareja.

Hace una pausa dramática como si quisiera que adivinara.

—Adivina —sugiera Antonia.

—Eso es difícil, no conozco a nadie que estuviera interesada en él, además de Camila. Espera, ¿Camila?

—Nop —dice Antonia.

En ese momento, llega Ny con su familia. Nos aborda a los tres con abrazos y besos mientras intenta descifrar nuestro estado de ánimo. Aunque primero besa mi vientre por todo lo ancho y largo.

—¿Qué sucede aquí? ¿Hay una buena historia?

Mike le hace un resumen pero Ny no muestra ningún interés sino hasta que estamos adivinando sobre la nueva acompañante de mi ex.

—No lo sé —digo para que Mike continúe. Se supone que esta fiesta debe empezar.

—Y no solo tiene novia, también está embarazada —suelta esa bomba como si eso no fuera a dejarme totalmente fuera de mí.

¿Embarazada? Pero... Se supone que se había hecho una vasectomía.

—Lo sé, antes que te desmayes escucha... fue al médico y le dijo que le había quedado mal el procedimiento, que no lo cortaron sino que lo amarraron y con toda la presión y estrés que tuvo esos días que debía mucho dinero, se soltó.

¡Oh por Dios!

*Demonio: ¡Bien hecho! ¡Para que aprenda! Ahora a cambiar pañales, maldito.*

*Ángel: Quisiera encontrar como no estar de acuerdo contigo, pero es imposible en este caso. Eso sin duda es castigo divino por lo que le hizo a Esther.*

*Demonio: ¡Ojalá le salga feo como él!*

*Ángel: ¡Oye! El bebé no tiene la culpa.*

—Me estás matando de ansiedad y eso es malo para mí. ¿Podrías decirme quien es la novia embarazada de mi ex?

—Mejor siéntate —dice Antonia llevándome hasta uno de los asientos.

Ny la mira con extrañeza pero se mantiene en silencio. Parece muy metida en la historia.

—Ya estoy sentada —digo apenas me acomodo.

—Adivina quién olería una cuenta bancaria jugosa de dinero fácil y querría meterse ahí —Mike sigue con las adivinanzas.

*¿Olería el dinero?*

*¿Es quien pienso que es?*

—Sí, sí —dice Mike asintiendo como si mi expresión hubiera gritado su nombre.

—Nooooo —exclamo al notar que este mundo es demasiado pequeño.

—Gina —dice Antonia como si necesitara aclaración.

—¿Cómo sabes todo esto? —pregunto mientras me concentro en respirar.

¿Cómo es posible que su ex y mi ex terminen juntos? Es como si estuvieran pagando su primera cuota de karma.

*Demonio: ¡Eso es! Ahora van a sufrir juntos. Te imaginas el patán de Ricardo y la interesada de Gina. Uno va a quedar pobre y la otra va a quedar sin el negocio de su padre.*

*Ángel: Castigo divino.*

—Aún lo sigo en sus redes sociales. Es increíble la cantidad de información que comparte. Pero fue mi bonita quien identificó a Gina y luego me contó la historia. Quedé impactado. Así que hice un par de preguntas a conocidos y bum... —dice haciendo un gesto de explosión—. Simple.

La risa estruendosa de Ny interrumpe mis pensamientos y atrae la atención de mi esposo que estaba cuidando a los dos niños.

—Es increíble —dice Ny sin poder para de reír—. Uno va a ser padre aunque no quería y la otra pronto va a descubrir que ese dinero va a terminar sin remedio. Aunque supongo que ella lo hizo a propósito.

*¿A propósito? ¿Por qué?*

—Ese es un buen punto —dice Mike—. Aunque ellos no se ven enamorados ni nada, parece más una transacción de negocios.

—Seguro le pediré que termine el embarazo, seguro no tiene mucho tiempo.

—No, es reciente. Pero fue Ricardo quien publicó la foto de la prueba casera en su perfil.

*No te duele, no te duele. Él es pasado, es un imbécil. Si ahora tiene un hijo con esa vividora es como si estuviera pagando penitencia. Sí, no te duele.*

—¿Qué quieres decir que fue a propósito? —le pregunto a Ny.

Ella parece meditarlo un momento pero luego su rostro se convierte en un enigma.

—Pues lo digo porque viví con ella por unos meses y sé cómo piensa. Seguro pensó que meterse con tu ex iba a hacerte daño y obstaculizar de alguna manera tu relación con mi hermano. No sé si esperaba que él fuera más constante en tu vida o qué, pero creo que le salió el tiro por la culata al haberse embarazado... seguro él le dijo lo de la vasectomía y no se cuidaron... en fin tengo muchas teorías en mi mente ahora mismo.

Compruebo que efectivamente mi corazón mantiene un ritmo normal, no me sonrojo y puedo controlar mis gestos faciales.

—Se merecen el uno al otro —digo entre dientes.

—Eso fue exactamente lo que dije cuando Mike me contó —dice Antonia bastante aliviada por mi reacción.

No me alegra, definitivamente me molesta; sin embargo hay algo satisfactorio en todo esto, no sé qué es. Quizá le deseo a Gina el mismo tipo de dolor que yo atravesé con Ricardo y a él le deseo que lo dejen sin un centavo... Quizá es eso.



He estado planeando esto por casi dos semanas, así que pretendo que todo sea según como lo imagino en mi mente.

Había mandado a confeccionar una caja grande decorada con el motivo de la fiesta; dentro contiene otro par de cajas llenas de globos de dos colores. Todo esto va a ser destapado poco a poco y con un pequeño discurso, van a ser liberados para dar a conocer a mis niños.

Suspiro profundo cuando me levanto de mi silla y me detengo en la mitad del salón. Ya ha llegado la mayoría de los invitados y casi todos están distraídos con la mesa de comida o charlando entre sí. Le digo a Ángelo que le baje un poco a la música y él me tira un beso mientras lo hace. Luego se acerca hasta mí para acompañarme.

Varias personas se dan cuenta de que está pasando algo, así que prestan atención. Otras se demoran más, pero cuando aclaro mi garganta para empezar a hablar, ya tengo absoluto silencio. Incluso Ny se sienta calladita.

—Hola a todos, espero haberlos saludado cuando llegaron... —empiezo un poco nerviosa. Siento la mano delicada de mi italiano apretando mi antebrazo. Luego me da un gesto de apoyo—. Bienvenidos al *baby shower* de... bueno, hemos preparado esta sorpresa por unas semanas, así que este ejercicio es exactamente para revelarles eso.

Un chiflido interrumpe el silencio del público, veo a Sonia haciendo *hurras*.

—Varios de los que me conocen, saben que uno de mis grandes deseos era convertirme en madre y ya pronto se va a cumplir. Pero para hacer esta actividad tenemos que remontarnos mucho más atrás, antes siquiera de tener oportunidad de tener esta gran panza —señalo mi vientre y los asistentes se ríen—. La primera historia transcurre cuando tenía unos dieciocho años, apenas estaba decidiendo que iba a ser de mi vida y escogiendo una carrera profesional. No estaba muy segura de nada pero sabía que tenía un don para los niños. Ya para esa época había conocido madres adolescentes que compartieron sus pequeños momentos conmigo y aunque yo no quería que fuera tan pronto, ya saben, no quería que parara mi vida siendo tan niña, fue la primera vez que le pedí a Dios que me diera la oportunidad de ser madre en el futuro.

Repaso los rostros de los asistentes y veo ese resplandor cuando las personas se identifican con tu historia.

Procedo a abrir la caja. Ángelo me ayuda a quitar las cintas que la tenían sellada porque mis manos están temblorosas.

—Así que aquí está la respuesta... —Ángelo abre y muchos globos azules llenan el salón. Todos están llenos de helio, así que pronto se suben hasta el techo.

Los asistentes aplauden mientras Ny y Antonia se secan una insipiente lágrima.

—¡Un niño! —exclama Sonia.

—Aaron —dice Ángelo con orgullo. Hay un sonido de ternura por parte de la mayoría de las mujeres.

Las personas querían levantarse así que tengo que alzar mi mano para detenerlos.

—Esperen, aquí no acaba la sorpresa.

El desconcierto cruza sus rostros inmediatamente pero los mantiene callados.

—La segunda historia transcurre cuando estaba en compañía de mi ex. Como saben el desenlace supongo que no tengo que decirlo, pero esto en particular fue un día que todo parecía perdido. En un momento que ya me estaba dando por vencida. Fue ahí cuando salí de la casa, fui a una iglesia cercana y pedí por segunda vez directamente a Dios que me permitiera ser madre algún día.

Ángelo se agacha para alcanzar la segunda caja que está en el fondo. Por el tamaño de la caja principal yo ya no podría alcanzarla, sobre todo ahora con esta panza.

—Y así llega mi segunda bendición...

Ángelo libera el contenido de la segunda caja y pronto, globos rosados salen del interior y acompañan a los azules en el techo.

Los invitados lo miran maravillados y casi sin poder creerlo. Varios me miran la panza como examinando por qué no se habían dado cuenta.

—¡Una niña! ¡Oh por Dios! —Exclama Ny eufórica —. Mi Ale va a tener una primita...

Llega hasta nosotros a pesar de no haber terminado.

—Debieron decírmelo, apenas traje regalo para uno y ahora que van a ser mellizos voy a quedar como la tía tacaña.

—Eso sería imposible, Ny. Damos un momento a que terminemos la actividad.

—¿Terminen la actividad? ¿Acaso hay más globos en esa caja?

Supongo que mi cara lo confirma porque ella casi se desmaya. Retrocede con inestabilidad y su hermano tiene que ayudarla a volver hasta su puesto. Sonreímos en el proceso para que los demás, que aún estaban aturridos con la noticia, no se dieran cuenta de nuestro intercambio.

—¿Cuál es el nombre de la niña? —pregunta Antonia.

—Gabiella —dice Ángelo con cierto encanto.

Dejamos que los suspiros y los aplausos duren un tiempo. Varios nos reclaman el hecho de no haber dicho nada, ya que, los regalos solo venían dirigidos para un bebé. Tratamos de no darle importancia a esos detalles. Al final lo importante es que nos estén acompañando en este día tan especial.

—Y por último nuestra historia compartida —digo atrayendo la atención de los invitados quienes con aire curioso se volvieron a mirar la caja y los globos de nuevo—. Estábamos en una encantadora velada en Venecia, en el día de mi cumpleaños. Ángelo estaba vestido exquisitamente y estábamos acompañados por un par de amigos. La cena fue encantadora pero lo mejor fue el postre...

—Porque el postre era toda una sorpresa —empieza Ángelo—. Fue en el momento en que le pedí que fuera mi esposa y ella ni siquiera me dejó terminar la pregunta. Se lanzó a mis brazos con demasiada fuerza y tuve que acunarla hasta que se calmó para ponerle el anillo.

Los suspiros vuelven a aparecer. Esta vez de la mayoría de mujeres que hay en el salón.

—Pero esa no fue la única sorpresa, luego llegó un gran pastel de chocolate. Estaba encantada porque todos saben cómo me gusta el chocolate... Es mi placer culposo que no puedo evitar... Así que luego que me cantaran el feliz cumpleaños, me dijeron que pidiera un deseo. Repasé todo lo que tenía en el momento y supe que era feliz, que había logrado la mayoría de mis metas y que solo me quedaba un paso más que dar. El paso de ser madre. Así que volví a pedir un bebé, uno que llegara para incrementar toda la felicidad que estaba sintiendo en ese momento y que ahora es el triple...

Ángelo destapa la última caja y vuelven a salir globos rosados.

—Giselle —anuncia Ángelo.

—Aaron, Gabriella y Giselle Egizi Rosas —digo los nombres de mis bebés con los apellidos. Eso parece darle más contundencia.

Para dar por terminado, hacemos a un lado la caja y nos abrazamos. Ángelo aprovecha para darme un beso tierno en los labios y se separa de mí con reticencia.

—¿Tres bebés? —exclaman varias voces.

—¿Trillizos? —pregunta mi suegra llegando hasta su hijo. Él asiente y ella se esconde en su pecho llorando de emoción—. Les aseguro que voy a quedarme con ustedes todo el tiempo que pueda para ayudarlos.

—Gracias mamá.

—¡Oh Nydia! Eso sería fabuloso. Voy a ser madre primeriza de tres bebés... No sé qué voy a hacer para sobrevivir.

—Lo harás muy bien —dice separándose de su hijo y alcanzándome a mí para abrazarme.

Luego llega Sonia, quien se adelantó a mi cuñada. Llega con fuerza desmedida y es mi vientre quien recibe la mayoría del impacto. Tengo que alejarme para revisar que todo esté bien.

—¡Por Dios! Lo siento... Es que... ¡Oh por Dios! O sea, si te veía grande pero no sabía que hasta ese punto. ¿Qué vas a hacer con tres niños? Yo estaba preparada para uno, vendría a visitarte, a ayudarte con lo que necesitaras... Pero ¿tres? Me voy a volver loca, cariñito. Tres niños llorando, pidiendo comida, pidiendo que los cambien. ¡Oh por Dios! Tres niños saliendo de tu *cosita*... —exclama horrorizada.

Creo que me contagia el miedo porque un temblor repentino me hace perder la fuerza de las piernas. Apenas había empezado algunas clases para aprender a respirar para el parto y nos habían mostrado videos sobre los diferentes tipos de partos a los que podríamos optar. En agua, asistido por partera, ayudándose con la gravedad, en cuatro... Cosas médicas y otra de creencia popular, pero el asunto es que todas me asustaban. Y si Sonia sigue hablando sobre eso, creo que voy a hiperventilar.

Empiezo a caer, pero ella me sujeta y me lleva hasta un asiento. Mi respiración se acelera pero inmediatamente aparece Ángelo al rescate. Me abraza y me dice que todo va a estar bien. Antonia también se sienta a mi lado para tratar de calmarme.

—¿Qué le dijiste? —Antonia acusa a Sonia.

—Creo que hablé de muchas cosas, supongo que le infundí miedo.

—Estoy bien —digo pero nadie parece escucharme, todos están diciéndose cosas para que no me asusten más —. En serio, solo fue pánico momentáneo.

—Vamos a estar bien, *principessa*. Los niños están bien, tú vas a ser una fabulosa madre y yo voy a ser el hombre más feliz del mundo.

—Te amo, amor.

—Te amo, *principessa* —dice él mirándome fijamente.

—Bien, bien... mucho amor y todo pero queremos comer y seguro que mis sobrinos que están ahí apretados, desean torta... ¿cómo pueden ser dos niñas y un niño? No lo entiendo —interrumpe Ny con su voz pícara.

—Son gemelas y el niño está en otra bolsa —le explico y ella alza una ceja con aire pensativo.

—Estoy tan feliz por ustedes que voy a pasar por alto que yo no puedo tener más hijos y tú a la primera te quedas embarazada de tres.

Estiro mi mano para apretar la suya.

—Eres una gran madre y vas a ser una tía fabulosa —le digo para darle ánimo.

—Lo sé —admite con orgullo fingido—. Pero lo mejor es que Ale va a tener muchos compañeros de juego. Y Christian va a tener otro niño como mejor amigo.

Nos levantamos y seguimos con lo planeado para la fiesta. Hacemos un par de rifas y le pedimos al personal que empieza a repartir la comida. Habíamos hecho algo muy sencillo porque al final queríamos ahorrar para comprar muchas cosas para los niños.

Casi al final de la fiesta, cuando pensé que varios se habían ido a casa, veo aparecer de nuevo a los chicos de la empresa encabezados por Martín. Traen una gran caja, la cual parece pesada. Los miramos con inquietud mientras María Paula se acerca para volver a felicitar me y anuncia que se han unido para un regalo especial. Martín abre la caja y veo que saca un coche de tres puestos; dos atrás y uno adelante, de esa forma parece que cabe por la puerta.

Casi me desmayo al ver que al darse cuenta de la noticia, se fueron y compraron algo tan costoso como eso. Las lágrimas empiezan a caer en cuanto me acerco para verlo y casi ni puedo agradecerles el gesto.

—Esto es muy lindo de su parte, muchas gracias —les digo. Mi secretaria, Martín y varios otros me sonríen y desestiman con la mano como si no fuera nada.

Claro que es mucho. Esto es costoso.

Luego de esa euforia me percató que hay una chica que no conozco, no sé si viene acompañando a alguien, pero antes de poder preguntarle veo que cruza sus dedos con los de Martín y sin querer desvío la mirada hasta Sonia. Ella no se percató que la estoy mirando, sino que está fija en la espalda de la chica que ahora parece ser la novia de Martín. Sonia traga grueso pero se recompone fácilmente, cruza sus brazos sobre su pecho y da media vuelta.

Eso nubla por un instante mi felicidad, pero supongo que era algo que pasaría en cualquier momento. No se puede tirar de la paciencia de otra persona hasta que se hastía, y ella lo hizo.

Ángelo se ubica a mi lado cuando se da cuenta de la ausencia de Sonia, pero trata de alegrarme la cara señalando el coche de trillizos. Lo inspecciona y lo aprueba. Se ve funcional y cómodo. Así por lo menos, podremos salir con más facilidad que si cada niño tuviera un coche.

—¿Estás bien, *principessa*? —me pregunta cuando ya me dirijo hacia la pila de regalos que nos trajeron.

—Sí, estoy bien. Era algo que sucedería...

—No te preocupes por eso. Sonia quiere diferentes cosas en la vida... y la chica que viene con él se ve agradable.

—Lo sé.

—¡Ahora vamos a destapar regalos! —dice tratando de levantarme el ánimo.

—¡Sí!

Nos besamos por un instante que me parece demasiado corto y nos sentamos junto a la pila de regalos y vamos pasando uno a uno.

Decimos el nombre de quien lo manda y seguimos por destapar con cuidado el envoltorio. Nos dan toallas, pijamas de muñequitos, biberones de tres tamaños, dos bolsos para pañales, una cantidad astronómica de pañales —lo cual es una bendición—, algunos juguetes que tendremos que guardar por varios meses, una silla para el auto, y una silla vibradora.

Agradecemos a cada uno con muestras de afecto. Cada regalo nos traía un poco más de tranquilidad. Cada regalo es una muestra que somos queridos por las personas por las que estamos rodeadas.

Y eso me demuestra que todo lo que hice en mi vida fue para encaminarme por donde debía ir. Cada decisión, buena o mala, me había llevado hasta Ángelo y a su vez, Ángelo había cumplido rápidamente una de sus misiones en la vida: hacerme feliz.

Y la felicidad no es algo que se toque, es algo espiritual que sientes en el alma. Aunque a veces puede verse reflejado en una sonrisa, una caricia o una ecografía. Pequeñas cosas que fueron transcurriendo para demostrarme que haría lo que fuera por este momento. Haría todo de nuevo si fuera necesario para llegar hasta aquí, hasta él y hasta mis bebés.

## Epílogo

Ver esos ojos verdes me causa una gran emoción, y lo mejor es que he pasado de tener un par, a tres. Mis dos niñas sacaron sus ojos, mientras que Aaron se llevó una mezcla. Aunque podría decirse que son grises, alrededor del iris se ve claramente unos tonos verdosos. Digamos que sacó la lotería en cuanto a ojos extraños.

—Giselle, cariño, deja que mami te vista —le digo a la pequeña de casi ocho meses que procura evitar que le ponga su blusa.

Ella es quien me va a dar dolores de cabeza, desde ya lo sé.

Giselle fue la última en salir. Al principio, cuando rompí fuente con apenas treinta y cinco semanas de embarazo, fue algo traumático. Pero lo peor llegó cuando nos anunciaron que no podría tenerlos por parto natural. No dilataba y Aaron ya llevaba mucho tiempo en trabajo de parto, mientras que las gemelas no. No entendí la mayor parte de la charla médica pero Ángelo sostuvo mi mano todo el tiempo, incluso hasta que me metieron en el quirófano y me pusieron anestesia del cuello para abajo. El primer bebé fue Aaron, quien se veía realmente pequeño, sin embargo su llanto inundó la sala en cuanto lo sacaron. Siguieron con las gemelas pero se demoraron mucho más. Gabriella fue la segunda en salir, demorándose un poco más en llorar que su hermano y luego Giselle. Todos gozaban de buena salud y a pesar de que se adelantaron unas semanas, los médicos decían que era normal al ser un embarazo múltiple.

Y lo mejor, es que fueron mi pequeño adelanto de navidad. Mis niños nacieron el veinte de diciembre.

—Ayúdale a mami. No, Giselle... —ella sigue revoloteando sus brazos y piernas.

—Ya cambié a Gabriella —anuncia Ángelo al otro lado del cuarto.

Claro, él siempre escoge a la chica tranquila.

Quizá estoy adelantándome, pero ya puedo ver un poco de cada personalidad. Aaron es el serio, se ríe poco y no le gusta el exceso de mimos. Su mayor fuente de felicidad es tirar la comida de su matrona y comer el resto, es en el único horario en que se ven sus pocos dientes. Gabriella es tranquila, le gustan las personas y se deja cargar de todos con una sonrisa amable. Además, duerme muy bien en las noches, algo que no es capaz su hermana gemela. Giselle es nuestra rebelde; siempre con sus gestos extraños que nos hacen asustar porque parece que hace demasiada fuerza o con sus ojos fijos en el techo aunque yo quiera hablarle. A veces pienso que me ignora pero eso no lo hace un bebé, simplemente parece que le gusta admirar todo y no se centra en mí. Se mueve demasiado, y ahora que ya casi logra gatear, ha sido todo un desafío

seguirle el ritmo.

Por las noches me voy a dormir agotada. Aunque Nydia pasa la mayor parte del día en nuestra casa, se va en las noches, lo que significa que solo quedamos Ángelo y yo. Él es muy considerado, se acoge a nuestro sistema de turnos pero a veces eso no da abasto.

—¿Y Aaron?

—¡Oh mi campeón está listo! —admite con orgullo.

Él cambia a dos mientras Giselle dificulta el trabajo.

*Ángel: Mirale el lado positivo, por lo menos solo tienes una busca-problemas.*

*Demonio: Eso de ver el lado medio lleno no sirve ahora. ¿Acaso se te olvida que lleva casi ocho meses desvelada?*

*Ángel: Claro que no, nosotros nos desvelamos con ella.*

*Demonio: ¡Y con Giselle!*

*Ángel: Me gustaría decir que es un ángel cuando duerme.*

*Demonio: Excepto que no duerme.*

—Mañana tenemos una reunión importante, principessa. Me gustaría que estuvieras presente.

Habíamos llegado a algunos acuerdos sobre el trabajo. Yo hacía mucho trabajo desde casa mientras no fuera absolutamente necesario que estuviera presente en la empresa. Pero había excepciones.

—Bueno... tendremos que llamar a la niñera. No creo que Nydia pueda con los tres.

—No te preocupes. Nyma dijo que llegaba mañana en la mañana.

Ny con los bebés... mala combinación.

Y no lo digo por mal. Sino que ella es demasiado tranquila. Si ve que lloran, se demora en revisarlos, si alguno gatea fuera de su campo de visión, simplemente lo deja ir. Eso me pone de nervios y me vuelve una *mamazilla*.

—¿Ny?

—Lo sé, ella es... bueno, ella es Ny. Pero es su tía y quiere lo mejor para ellos. Además, trae a Ale. Ella está entusiasmada por jugar con sus primos —dice Ángelo con ese rostro inocente que usa cuando habla de su hermana. La adora y a veces me provoca gritarle que ella no es capaz de cuidarlos.

Aunque siempre va a recalcar que digo eso de todas las niñeras.

En fin, estoy pasando por una etapa difícil. Soy mamá primeriza de trillizos, casi no duermo y me la paso cambiando pañales y dando pecho... Que me demanden si quieren.

—Bien, dile que le agradezco el apoyo.

Termino de alistar a Giselle para dormir y la meto en su cuna.

Miro a Gabriella profundamente dormida y a Aaron con su ceño arrugado y su pijama de patos. Ambos son una ternura. Giselle por otro lado...

—Parece que no tiene sueño —dice Ángelo con pesar en su voz.

Hoy es su turno.

—Ella nunca tiene sueño. Por lo menos en los horarios apropiados.

—Se parece demasiado a Ny —dice él.

—¿En personalidad o en físico?

—En ambas cosas —admite él con tristeza.

*¡Dios, no!*

Me alejo dramáticamente de la cuna. Ahora no puedo con eso.

—No enloquezcas, *amore mio* —dice él tratando de contener la carcajada —. Fue una broma, una pequeña, diminuta, microscópica broma.

—No fue gracioso, señor Egizi —lo señalo con mi dedo intentando que se sienta culpable.

—¡Vamos, principessa! Estás demasiado tensa... ¿quieres que te relaje? —dice tratando de sonar sensual.

Aunque Giselle interrumpe haciendo un sonido extraño.

Ambos nos abalanzamos a su cuna para mirarla y saber si está bien. Ella nos sonríe sabiendo que con solo hacer un ruido obtiene atención. Es una chiquilla hermosa pero no me deja dormir.

—Está bien —dice Ángelo hacia mí —. ¡Ves! Está muy bien. Creo que debo ocuparme de mi otra chica que necesita de mis cuidados.

Pongo mi atención en la chiquita, ella ya está cerrando los ojos. Por fin.

—Pensé que estabas agotado.

—No lo suficiente —alza una ceja con un gesto pícaro.

—Me gusta tu disposición, cariño.

—A mí me gustaría que te estuvieras quitando esa ropa —dice atrayéndome a su pecho. Choco con él y suelto el aire por el golpe.

Mis ojos se llenan de deseo.

—No delante de los niños —lo llevo hasta la puerta y con cuidado apago la luz. Me quedo unos tres segundos para estar segura que siguen respirando y que no lloran.

Cierro despacio rogándole a Dios que me dé unos cuarenta minutos de paz.

No pido mucho. De verdad que no.

Y como Ángelo sabe que a veces ese silencio no dura, me sorprende en el pasillo y pronto, soy levantada a su hombro para llevarme hasta la cama. Me arroja con cariño y sin perder mucho más tiempo, me quito la blusa y él va por su pantalón.

Me llena de besos; empezando por mis manos, hombros, clavícula, mentón y llegando a devorar mi boca. No deja espacio entre beso y beso para respirar, encendiendo aún más el ambiente romántico. Mientras, masajeo su espalda y uno mis manos con las suyas.

El calentamiento se ve interrumpido porque le pido fervientemente que lo necesito. Necesito descansar un poco de la agitada rutina con los bebés, las pocas horas que lo veo y lo cansada que estoy. Quiero aprovechar cada momento junto a mi esposo, y sobre todo pasar este tipo de momento; solos y sensuales.

Ángelo no tarda en darme lo que quiero, con un gemido suave siento que su contacto y su movimiento firme y afrodisiaco.

—Te amo, principessa —me dice en el oído.

—Yo te amo más.

Sí que lo hacía. Luego de tres niños hermosos creo que el amor se ha incrementado por mil. Es casi como si mi corazón no lo soportara.

*Todo sería perfecto si Giselle durmiera igual que sus hermanos. O que no los despertara con su llanto.*

Un fuerte enviñ me sacude y mi cuerpo se retuerce ante la proximidad del orgasmo. Lo siento incluso antes que Ángelo me mire; pero cuando sus ojos se clavan en mí, mi organismo reacciona y me deja en un mar de sensaciones y calma.

Ángelo queda respirando entrecortado justo en mi pecho, mientras le acaricio el cabello. Estoy tan cansada que seguro voy a dormirme incluso si él no se mueve. Aunque quizá subestimé lo cansado que está él, porque pronto escucho que su respiración se torna acompasada.

Me muevo un poco para acomodarlo mejor, pero logro despertarlo.

—¡Wow! ¿Me dormí? —pregunta avergonzado.

—Adorablemente dormido. Creo que ambos estamos cansados...

—Deberíamos dormir —dice levantándose de mi pecho y ayudándome a acomodarme en la cama.

—Es cierto, mañana es un día importante.

El sonido de mi celular interrumpe mi camino hacia la almohada. Lo contesto rápidamente antes que el ruido despierte a los bebés.

—Aló.

—*¡Cariñito!* —responde una voz demasiado bebida. Aunque claramente es mi amiga Sonia.

—Hola amiga, estaba a punto de acostarme.

—*¿Acostarte? ¡Son las nueve de la noche! ¿Acaso tu reloj tiene una hora diferente a la mía?*

—Es el mismo, Sonia.

—*No entiendo, ¿no estás celebrando?*

—*¿Celebrando?*

—*Sí, celebrando* —su voz se pierde por un momento pero es claro que está hablando con alguien más —. *¿No lo sabes?*

—*¿De qué hablas?*

—*De tu empresa, su nueva posición.*

—*Posición...*

Ella parece que aleja el celular de su oreja y pronto escucho que dice que está en altavoz.

—*Señores y señoras... y los otros que no saben si quieren serlo o seguir solteros... Ahora Rosas Doradas es la empresa número uno en el ranking de proveedores de regalos, flores y chocolates. Número uno* —dice Sonia demasiado alto. Supongo que está volviendo a publicitar mi empresa —. *Entren a la página web, se puede pedir desde ahí y es distribuido el mismo día o el siguiente.*

Se escucha chiflidos y varios que la vitorean. Pero también algunos quieren que se calle y se baje de la barra.

—*¿Qué pasa con Sonia?* —me pregunta Ángelo con voz adormilada.

—*Está en un bar. Dice que ahora somos el número uno, parece que está sobre la barra.*

—*¡Vaya! Me ha estropeado la sorpresa... ¿Debería ir a buscarla?* —se sienta en la cama con

cara de estar a punto de desplomarse.

Pero su caballerosidad y heroísmo parece que lo superan.

Niego con la cabeza, estoy segura que ella no está sola. Y si lo está, no será por mucho tiempo de todas formas.

—Sonia, ¿me escuchas?

—*Cariñito, aman tus chocolates* —creo que ya está desvariando.

—Lo sé. Por eso vendemos tantos.

—*Algunos están pidiendo en este momento* —informa con un tono muy alto.

—Sonia, ve a casa. ¿Puedes ir tu sola o quieres que vaya por ti?

—*Son las nueve. ¡Las nueve! Además, hay un joven que me está mirando el escote muy fijamente. ¡Hey! ¡Ven!... Tranquila, Essy. Te llamo en la mañana ¿bueno?*

—Bueno.

—*Nos vemos mañana en el almuerzo. Bye bye.*

Cuelga sin darme explicaciones. ¿Qué almuerzo? ¿Hay algo que no sepa?

—¿Crees que te haga caso y se vaya a casa?

—¿Hay un almuerzo mañana? —pregunto para ver su reacción.

—¡Genial! También te lo dijo.

—¿Cuál es el motivo?

—Ya te lo dijo... Somos el número uno. Los primeros, los que más venden.

Estoy lenta, mis neuronas necesitan dormir.

—¡Es increíble! —digo alegrándome con demasiada tardanza.

Habíamos trabajado muy duro para llegar hasta aquí y es reconfortante sentir que nuestros esfuerzos son recompensados.

—Lo es. Estoy orgulloso de ti, *principessa*. Has hecho una gestión asombrosa.

—Sabes que tú también tienes méritos aquí.

—Bueno, pues somos uno solo ¿no?

—Así es —digo recostándome en la almohada y acariciando su mejilla—. Somos un gran equipo.

—Equipo, amigos, amantes, padres... —su voz se va apagando.

—Cansados...

—Felices —dice mientras sus ojos se cierran.

Así es, felices. Sin importar las dificultades o lo mucho que tengamos que hacer, desde que lo conocí solo puedo recordar momentos llenos de vida. Algo que no creía que podría pasar, algo que no parecía que lograría sino en mis sueños. Pero a veces las cosas dan una vuelta y te traen regalos que no imaginabas. Y ese es mi caso. De una situación desagradable surgió todo un universo de posibilidades. Sobre todo ahora que tengo tres niños con el hombre más maravilloso del mundo.

Él fue y sigue siendo mi mejor decisión. Mi hasta-siempre, mi lugar preferido en el mundo. Él me concedió mi deseo y me llevó a encontrarme conmigo misma. Me enseñó que no hay que forzar las cosas, sino dejarlas fluir. Que huir es de cobardes y que perseverar trae resultados.

Él me demostró lo que sucede cuando alguien lucha por ti.

Así que sí, tremendamente felices.

## Extra 1

Ángelo

Primer día de una nueva sociedad. Nada que no haya pasado antes en Grupo Élite aunque es claro que esta empresa tiene mucha capacidad de crecimiento y me ofrece grandes beneficios. Bueno, para ambos lados.

Debería estar muy feliz de empezar otra etapa y de añadir otro negocio pero hay algo que no me dejó dormir anoche. Es como una sensación extraña que me quiere avisar algo. A veces es algo malo y otras veces no, pero lo de hoy no puedo describirlo.

*Concentrati, Angelo!* - ¡Concéntrate Ángelo!

Debo empezar una nueva rutina de ejercicios para despejar mi mente. Quizá eso me ayude a evacuar esa sensación de que algo va a cambiar en mi vida.

Aunque ahora mismo no tengo tiempo para eso. Me apresuro a ponerme el saco y miro con desdén la corbata. No sé si es buena idea ir tan formal cuando es claro que Rosas doradas no es un lugar así. Al final venden flores y chocolates por internet.

He hablado con su dueño; quien al principio me dijo que su nombre es Ricardo Rivas pero luego dijo que prefería que lo llamara señor Rosas. El hombre es presuntuoso e irreverente, se jactó en toda nuestra reunión sobre el evidente crecimiento de su empresa y de lo beneficioso que resultaría para mí hacer parte de ella. Aunque me dejó claro que necesitaba mi dinero; según los números, van a un ritmo tan acelerado que si no invierten en infraestructura y más personal, van a perder clientes.

Mi celular suena con el tono asignado a mi hermana. Por supuesto, ella siempre está pendiente de las grandes noticias.

—Ny —contesto con voz cantarina.

Admito que ella me alegra el día.

—*¡Oh mi hermanito! Papá estaría orgulloso de ti.* —dice con una voz melosa y llena de alegría.

—Gracias, Ny.

—*¿No deberías estar feliz?* —pregunta con consternación.

—Lo estoy. Simplemente no dormí bien.

—*¿También te dan nervios? Pensé que solo me pasaba a mí. No te preocupes, mio piccolo. Vas a hacerlo muy bien. Nadie dijo que fuera fácil incrementar el presupuesto familiar ¿cierto?*

—Eso es cierto. Voy de salida, Ny. Hablamos en cuanto me establezca.

—*Espera. Antes que salgas corriendo, promete que vendrás a visitar pronto a Ale... ella está creciendo muy rápido y no quiero que su tío se pierda la diversión.*

—Lo prometo.

—*Bien, eso es todo. ¡Ve y triunfa! O mejor aún, ¡ve y consíguele el dinero de la universidad de tu sobrina!*

Hago un mohín aunque ella no me ve.

—Sabes que el dinero no es un problema para ti o para tu esposo.

—*Pero me gusta estar preparada para el futuro. Es mejor ser súper ricos que solo ricos.*

Buen punto.

—Haré lo que pueda, hermana. Tengo que irme.

—*Bye bye, mi Ange.*

Colgamos al tiempo mientras suspiro con fuerza. Ella simplemente se toma todo tan tranquilamente que me sorprende que esté casada con alguien tan cuadrado en su forma de pensar como Arley. Supongo que en ellos aplica la frase «los opuestos se atraen» y así se complementan.



El edificio no es impresionante. Está muy bien ubicado y Rosas doradas tiene una gran espacio alquilado pero hay mucha opción de mejoría.

Parte de mi trabajo en el área financiera es hacer que una empresa sea más apetecible para los grandes inversionistas o que sea autosuficiente para no necesitarlos. En general, sé que este caso es el segundo. Me necesitan a mí y a mi maquinaria de Grupo Élite para darle un empujón pero no quieren comprometer más porcentaje del que ya han repartido. Aunque solo he estado reunido con una de las partes, aún falta otra.

Primera tarea: Investigar quién es el otro asociado.

Llego a la recepción a las 08:15, pero la chica que atiende apenas parece estarse acomodando en la silla cuando me ve entrar.

—Buenos días —fuerzo mi mejor acento para no destacar.

—Buenos días, ¿en qué le puedo ayudar?

—Mi nombre es Ángelo Egizi. Soy el nuevo socio de Rosas doradas. Vengo a ver al señor Rosas.

—Claro —dice ella con una expresión anonadada—. Me ha dicho que lo deje seguir a su oficina. Sígame por favor.

La joven está elegantemente vestida. Cuando se levanta, estira su falda para acomodarla y me hace una señal del camino. No avanzamos mucho porque ve que la puerta del gerente está cerrada.

—Voy a preguntarle. Espere en esa sala —me indica con su dedo.

Camino hacia allá con paso decidido. La sala de espera tiene dos grandes sillones que lucen cómodos. Está ubicada en el centro de todo el edificio, por lo que puedo ver que la oficina de gerencia en la esquina izquierda y otra oficina de vidrio de un tamaño similar en la esquina derecha.

Repaso toda la empresa por unos minutos pero un movimiento en la oficina de vidrio atrae mi atención.

Quizá es el reflejo lo que me hace enfocar la mirada hacia allá, pero es cuando veo a la mujer que está concentrada en los papeles que tiene en el escritorio, quedo totalmente paralizado. Su gesto es serio pero hay algo escondido por la forma en que mueve los labios. Su cabello castaño y esa piel canela me provocan una pequeña descarga de adrenalina. Es como si no hubiese visto algo tan hermoso y necesitara contemplarlo más de cerca.

Mis piernas cobran vida propia, así que me despego del sillón y avanzo hacia esa oficina a pesar que me está esperando el gerente.

Aún no me ha llamado, puedo disponer de unos segundos para mirarla.

Cuando estoy más cerca, leo en su puerta «Esther Rosas, Marketing digital». Y eso me basta para sentir un escalofrío. Su aspecto es joven, quizá unos veintiséis o veintiocho años, su vestimenta es formal con una camisa de botones que le favorece al tener la espalda estrecha y los brazos delgados. Pero es esa media sonrisa la que me hace trastabillar por un momento. No muestra los dientes, simplemente parece feliz de encontrar algo en esos papeles.

Agradezco en silencio que no haya levantado la vista. Sería extraño que alguien desconocido la esté mirando como lo hago en este momento.

Debo parecer un acosador.

—¿Señor Egizi? —dice la recepcionista desde mi espalda.

Un respingo me hace girar de inmediato y enfrentar a la chica que me mira desde abajo. Parece preguntarse qué estoy haciendo tan lejos de la sala de espera.

—Señor Egizi, el señor Rosas lo espera.

El señor Rosas me espera... Un momento.

Volteo a mirar el aviso en la puerta de aquella mujer tan exquisita. El mismo apellido, aunque sé que él tiene otro, pero es extraño. ¿Sería mucho pedir que sea un hermano o un primo? Los negocios familiares son muy comunes. Aunque es más común un negocio con la pareja.

¡Qué no sea el esposo!

Sigo a la chica hasta la puerta de Ricardo. Mi buen humor está pendiendo de un hilo, y no estoy seguro si quiero conocer la realidad.

¿Sería mucho pedir que Esther Rosas fuera soltera? He estado mucho tiempo soltero, demasiado según Ny. Hace mucho que no me fijaba en una mujer y mucho menos de la manera que quedé hipnotizado ahora. Es como si algo en su esencia gritara que me necesita; algo de ella necesita que esté cerca.

Es una idiotez, quizá. Pero sé que no sentiría algo tan fuerte si no existiera una razón.

—Señor Egizi, es un placer volverlo a ver —dice Ricardo en cuanto cruzo la puerta.

Va con un traje gris sin corbata. Está pulcramente arreglado y se ve que aún tiene rastros del alcohol que estuvo tomando ayer. Se nota que no tiene mucho control porque a pesar que le dije que era suficiente celebración, él insistió en pedir más rondas. Yo me abstuve pero él se tomó todo.

Mala idea.

—Señor Rosas, ahora somos socios. Supongo que es apropiado empezar con pie derecho.

—Así es. Me gustaría empezar a mostrarle nuestra operación y luego presentarle a nuestros colaboradores. Tenemos una reunión a las dos de la tarde. ¿Está bien para usted?

—Claro. Me gusta conocer todo sobre las empresas que financio.

—Por supuesto —dice él con aspecto arrogante. Me muestra el asiento y me pide que me siente.

—Por cierto, ¿Quién es el otro asociado? ¿No debería estar aquí? —pregunto de manera formal. Quiero conocer a todas las personas con las que debo trabajar.

—Bueno, no es necesario su presencia hoy. Quizá mañana se la presente, es mi esposa, Esther Rosas.

Dicho eso, no escucho nada más.

Debería ser más cuidadoso. No puedo simplemente dejar que mi corazón vuelva a sentir algo así; y mucho menos por una completa desconocida y ahora, socia de la empresa. Es como si el

castigo por ser un iluso que cree en el amor aún continuara. ¿Qué tengo que hacer para pasar este periodo?

Me permito sentir la decepción. La primera mujer en años a la que me siento atraído está casada. No creo que sea un buen indicio.

—Espero que nos reunamos pronto con todos los asociados. Es mejor para que tengamos unanimidad.

—No es necesario. Yo soy el gerente. Yo tomo todas las decisiones importantes.

—¿Y su esposa está de acuerdo con eso?

—Ella no tiene que enterarse de que es una decisión importante, si sabe a lo que me refiero.

Sí, sé a lo que se refiere. Quiere decir que no la aprecia como es debido.



Ya me ha mostrado toda la empresa, solo falta una oficina. La oficina de su esposa.

Debería darme un golpe en la cabeza por estar codiciando la mujer ajena. Aquí voy con la intención que ella me note aunque estoy acompañando a su esposo. ¿En qué clase de hombre eso me convierte? Mi madre me daría una buena reprimenda de saberlo.

Ricardo toca la puerta de la oficina e introduce la cabeza.

—Corazón, ¿estás ocupada? —pregunta Ricardo con un tono de voz que me parece falso. Es como si quisiera que los demás escucharan la forma en que le habla pero no le sale sincero. Es más podría decir que le cuesta decirle de esa manera.

Y estoy seguro que ella merece mucha sinceridad y cariño.

—Lo normal —responde. Mi corazón sufre una arritmia en cuanto escucho esa voz melodiosa.

Ricardo abre completamente la puerta y me insta a seguir. Doy un paso largo para entrar, tratando de mantener una fachada de confianza. Alzo mi cabeza manteniendo mi cuello estirado. Intento sonreír un poco para que se sienta cómoda.

—Te quería presentar a Ángelo Egizi, el representante de grupo Élite que va a trabajar con nosotros —me señala Ricardo.

Ella se levanta grácil, sus pasos pequeños pronto destruyen nuestra lejanía. Me extiende su mano para que la estreche, pero eso sería demasiado formal para mí y mi pobre corazón que necesita contacto. Así que en un arranque de impulsividad, la atraigo hacia mí y le doy un beso en cada mejilla.

Su mirada se torna asustada. Aunque no sé de qué. Simplemente fue un saludo. Se fija que su

esposo está riendo por lo bajo pero ella sigue paralizada.

Lo mismo que ella produce en mí. Es un avance.

—Un placer, *signora* —digo y contengo el deseo de tomar su mano y traerla hacia mi boca.

—Ángelo es de padres italianos —explica Ricardo—. Aunque él nació aquí en Colombia.

Le hago una venia con el propósito de hacerla reír. Aunque ella se queda estupefacta mirándome como si hubiera salido de un cuento. Puedo notar que mira mis ojos, luego mis labios y se aclara la garganta cuando llega a mi pecho.

Un buen inicio.

—Bienvenido, señor Egzi.

—*Grazie, signora* Rosas. Estaré por aquí muy seguido, me interesa mucho la progresión de los usuarios que compran por internet. ¿Está libre en la tarde? Me gustaría ponerme al día.

Me quedo fijo en sus ojos. El único rasgo que no había podido detallar ese día que la vi desde lejos. Son de un tono café oscuro, pero tiene ciertas luces en el iris que los hace ver apetecibles. Son grandes y ovalados, rodeados de unas pestañas largas que le da mayor impacto. Quedo enganchado con esa mirada.

Ella vuelve su mirada a mis labios con cierto interés. Lo refresco con mi lengua y eso la saca de su ensoñación.

*Le gusto.*

—Por supuesto. ¿Le parece a las tres? —dice con voz nerviosa mirando alternativamente entre su esposo y yo.

—Magnífico —digo con mi mejor acento italiano encantador.

Tengo que admitir que me gustó su reacción, receptiva y nerviosa. Pero lo que también me llamó la atención fue la tranquilidad de Ricardo. No pareció incomodarse ni ponerse celoso. Fue bastante obvio lo que hice, es más, me esforcé porque ella me mirara directamente y creé una reunión innecesaria. Si yo fuera su esposo, habría reaccionado más protectoramente.

*Tieni gli occhi aperti, Angelo* – Mantén tus ojos abiertos, Ángelo.

Apenas salgo de la oficina, saco mi celular para mandarle un mensaje a Ny. No le he contado sobre mi experiencia con ella y aunque seguro no se lo va a tomar en serio al principio, quizá pueda ayudarme con un consejo.

Ángelo: Ny, *Avrò bisogno di uno di quei tuoi consigli sulle donne.* – Voy a necesitar un consejo tuyo sobre mujeres.

La respuesta no demora.

Ny: *Sapevo che questo giorno sarebbe arrivato. Lode al Signore!* – Sabía que este día llegaría. ¡Alabado sea el señor!

Ángelo: *Penso di essere nei guai* – Creo que estoy en problemas.

Ny: *Quando si tratta di donne, sarai sempre nei guai. Dimmi tutto* – Cuando se trata de mujeres siempre estarás en problemas. Cuéntame todo...

Y así lo hago, aunque no hay mucho que decir. Pero creo que esta experiencia, sin duda, fue amor a primera vista.

## Extra 2

Ángelo

Mi día mejora en el horario que paso por la oficina de Esther, es casi mágico el momento, de vez en cuando, cuando su sonrisa surca su rostro y lo transforma en un espectáculo digno de admirar.

Cada día se me hace más fácil contemplarla sin tanto remordimiento. Está casada, lo sé, pero la pregunta del millón es si es feliz. La he visto solo en un par de ocasiones salir con Ricardo, porque por lo general, él se va temprano y ella se tarda hasta caer la noche. Lo cual no es un buen indicativo.

Contengo el deseo de entrar a su oficina con cualquier excusa, simplemente paso discretamente y me dirijo hacia la oficina de Ricardo.

La secretaria no está, así que reviso mi reloj y veo que es medio día. Supongo que salió a almorzar. Pero en el momento que iba a tomar la manilla para abrir, escucho unas voces. Es obvio que una es del gerente y la otra es una femenina.

La oficina de Ricardo tiene una puerta de madera pero las paredes laterales son en un material sintético que tiene una transparencia horizontal en la mitad; aunque no se ve como si fuera un vidrio se alcanza a distinguir figuras, tanto de adentro para afuera como de afuera para adentro.

Me asomo por esa franja y confirmo que está acompañado, pero es lo que están haciendo lo que me hace esconderme en la parte que no es transparente.

¿El imbécil tiene a Esther por esposa y la está engañando? En serio, ¿cómo puede hacer esto?

La rabia me llena y me paraliza. Sé que escuchar a hurtadillas es algo impropio y que mis valores lo rechazarían, pero la infidelidad es peor aún. Pego mi oreja a la puerta y escucho atento.

—... no es por eso, Ali, se supone que tenemos una reunión en la tarde.

—¿Y? —dice Ali como si no le importara lo que acaba de decir su amante—. ¿Prefieres quedarte aquí en una aburrida reunión sobre cifras que ves todos los días o quitarme el conjunto que compré para ti?

—¿Lencería nueva?

—Así como te gusta.

—No sé. Si me ausento tan seguido se van a dar cuenta.

—¿Quién? ¿Esther? Ella no se daría cuenta ni porque pasáramos por el frente de su oficina. Está tan enfocada en su trabajo que no nota cuando no estoy en mi puesto.

—Sabes que me muero por perderme en ti, pero tengo compromisos.

—¡Cancélos! Es más, vámonos de una vez... Te espero en la esquina en diez minutos.

Apenas escucho eso, corro hacia un lado intentando pasar desapercibido. Como a ese lado no hay cubículos y hay pocas personas, simulo que camino mirando unos papeles que tengo en la mano.

Unos segundos después, Camila, la secretaria de Esther sale de la oficina con las manos llenas de carpetas y finge que están muy pesadas. No alza la mirada, simplemente camina hacia su puesto con un taconeo constante.

Me detengo y la miro perderse hasta el otro lado del edificio.

—¡El hombre que necesito! —exclama Ricardo desde la puerta de su oficina.

Me irgo para hacerle frente por si piensa amenazarme. No sé si vio mi sombra escondida en el lateral de su oficina.

—Señor Rivas.

—Rosas, Egizi. Soy el gerente de Rosas doradas... Nadie va a tomarme en cuenta si es mi esposa quien tiene el apellido que le hace honor la empresa. Ván a creer que es de ella.

Lo miro con desdén sin saber a dónde quiere llegar.

—En fin. El asunto es que tengo que salir por un asunto urgente. ¿Puede cancelar la reunión de la tarde por mí? Estoy en un apuro.

¡Claro! De ir a arrancarle la ropa interior a la niñita de Camila.

Esa chica podría tener unos diecinueve o veinte años. ¿Qué está pensando este tipo? Y peor aún, tiene una esposa increíblemente sexy, hermosa, trabajadora, que parece ser demasiado buena para él. No hay punto de comparación entre esa chiquilla y la mujer que es su esposa.

*¡Ojalá no fuera su esposa!*

Sería extraño que yo le dijera sobre la infidelidad, la pondría sobre aviso y quizá eso sería malo para mi avance. Pero es posible que pueda hacer algo más. Darle un camino de migas para que lo siga y empiece a sospechar de su imbécil marido.

—Yo me encargo —respondo fingiendo indiferencia. Ricardo pone una mano en mi hombro y se despide casi corriendo.

Se nota que tiene prisa, el cabrón ese.



Faltaban quince minutos para las tres de la tarde cuando encontré fuerzas para tocar la puerta de esa mujer tan hermosa. Es como si las palabras se me fueran a quedar pegadas en el paladar y la sensación no es agradable, sino extraña. En general, no he tenido problema para interactuar con el género femenino. Soy bien parecido, mis ojos verdes son exóticos en este lugar y ni que decir de mis rasgos europeos. Así que esto debería ser sencillo, pero al parecer, no lo es. Abro cuando ella me deja pasar y me quedo un momento en silencio hasta que alza su rostro de la pila de papeles y de su computador.

—*Signora*, la estamos esperando en la sala de juntas —digo con un tono seductor.

Ella se queda absorta por un momento pero le dura poco porque se apura a dejar a un lado el trabajo y levantarse de la silla. Me hace una señal para que siga, pero ese no es el objetivo, la idea es que ella vaya delante de mí y luego no tenga escapatoria. La veo tomar unos papeles y acomodarse a mi lado. Aprovecho para pasar mi mano por su cintura en un gesto amable, pero mi lado cachondo sabe que es más que eso. Ella es hermosa y solo con ese toque todos mis sentidos se activaron.

Me dio una mirada de advertencia pero luego se suavizó, como si no le molestara totalmente mi intromisión.

*Le gusto.*

Su mano pronto intenta sacudir una pelusa inexistente en su falda, apartándose de mi lado. Lo cual me hace sonreír. Ella sabe jugar.

Se adelanta un metro, así que entra primero a la sala de juntas. Se gira para enfrentarme cuando se da cuenta que no hay nadie. No puedo disimular la emoción en mi rostro, incluso me hace recordar los años de colegio en los que buscaba cualquier forma por hablar con la niña que me gustara. Me apresuro a cerrar con seguro la puerta, no quiero que huya y dañe mi plan.

Doy dos pasos para cerrar el espacio que teníamos en medio. Ella se echa para atrás pero yo la sigo.

—Creo que cancelaron la reunión. Su esposo envió un mensaje que debió salir por un asunto laboral urgente. ¿No sabe de qué se trata, *signora*? —pregunto tratando de generarle curiosidad.

—No me dijo nada —responde asustada. No parece creer que está encerrada conmigo para que le hable de su esposo.

Llevo mi mano hasta su cintura para no dejarla escapar y mi aliento choca contra su rostro estupefacto. Intenta retroceder, pero por cada paso hacia atrás yo doy uno hacia adelante hasta que sus piernas quedan atrapadas por la mesa de juntas. Agacha su cabeza con la intención de no mirarme. Es claro que si lo hace estaría más receptiva.

—Es preciosa —susurro.

Sin embargo, ella parece estar en trance. No me escucha sino que mueve sus pupilas de lado a lado como imaginándose escenarios.

—*Signora*, ¿me ha escuchado? Parece un poco absorta —digo acercándome hasta su oído.

Se estremece, el movimiento llega hasta sus manos e incluso podría apostar que fue en todo el cuerpo. Una reacción así, solo quiere decir una cosa: ella está en esto tanto como yo. Me acerco sin pensar más, dejo que mi corazón tome el control de la situación y que me conduzca por caminos pedregosos.

Ella está casada y no me importa. Quizás ahora me importa menos porque su esposo la está engañando, así que ella merece que alguien sí luche por ella.

Cuando mis labios ya estaban por sentir su contacto, ella se aparta con los ojos desorbitados y con la expresión de completo horror.

Maldita consciencia que siempre nos detiene. La mía ya estaba cauterizada por todos estos días de imaginaciones —y mucho más ahora que vi la escena de Ricardo con Camila —, pero la de ella tiene que irse acostumbrando.

—No sé qué está pensando usted, señor Egizi, pero esto es un área de trabajo y usted es mi socio —dice intentando mantener el tono formal cuando apenas si puede hablar por su agitada respiración.

Frunzo el ceño porque sé que está excusándose con algo que no es relevante. Podríamos estar en la punta del Everest o en fondo del mar y seguiría siendo un lugar apropiado para besarla.

—¿Su socio? —pregunto empezando con mi plan.

La idea es sembrarle la semilla de desconfianza. Según su secretaria ella no se percata de las cosas así estén al frente, así que tengo que hacerla más clara sin llegar a contarle de la infidelidad.

—Así es. Está mal visto lo que usted se proponía —responde mientras alisa su ropa.

—Le he dicho varias veces que no me llame por mi apellido, y no soy su socio —reafirmo para que ella siga la línea de conversación a donde quiero dirigirla.

—Claro que lo es.

—No, soy socio de su esposo —miento convincentemente.

Percibo la confusión en su mirada así que me giro y busco el maletín que había dejado en la mesa de juntas. Saco un par de papeles que había arreglado y se los muestro.

—En la negociación, grupo Élite se asoció con el propietario de Rosas doradas. Tengo que aclarar que decía que era un único dueño.

—¿Qué? Tiene que ser algún error —niega con la cabeza sin poderlo creer.

—Me temo que no lo creo. Ahora mismo las acciones están repartidas en dos partes, setenta por ciento Ricardo Rosas y treinta por ciento Grupo Élite.

Ella se tambalea como si perdiera fuerza en sus piernas, la sostengo débilmente pero ella se echa para atrás para recostarse en la mesa. Agacha su mirada y puedo sentir que aunque no le he dicho exactamente la verdad, está sintiendo una traición muy grande. Quiero ver como se lo toma antes de pensar en sugerir que su esposo la traiciona en un aspecto incluso más importante.

Atrae hacia sí unos papeles y los leo con prisa. Me quedo examinándola mientras lo hace, con su gesto fruncido y sus ojos llenos de lágrimas. Debería sentirme como un mal hombre por estar haciendo esto, pero es lo menos doloroso. Eso la hará investigar, preguntar, moverse y empezar a prestarle atención. Ya no podrá saltarse reuniones así como lo ha estado haciendo y menos irse tan descaradamente con su amante.

Sé que es una mentira fácil de comprobar y que quizá me hunda a mí y reivindique a su marido, pero es un riesgo que estoy dispuesto a correr.

—¿Cómo pasó esto? —pregunta al aire evidentemente afectada.

En ese instante siento la necesidad de enmendar esto. Quizá se puede hacer de otra manera, una menos mentirosa. Al seguir con este engaño, puedo estar frustrando mis propios intereses, así mi intención sea que ella se entere de la infidelidad de su marido.

Sus lágrimas bajan por sus mejillas con fuerza, se ve destrozada. Llevo un dedo a su rostro con mi determinación pendiendo de un hilo.

Pero lo siguiente no me lo espero. Se irgue con paso decidido, se limpia las lágrimas y estampa sus labios en los míos de manera avasalladora. Me coge desprevenido pero en el instante que me doy cuenta lo que está pasando, dejo de pensar en retirarme; sigo su movimiento con fiereza, con pasión desenfrenada.

Hace mucho tiempo no besaba a alguien y mucho menos de esta manera tan carnal. Incluso mi propio cuerpo reacciona sin que sepa que está haciendo, levantando a Esther hasta que la tengo sentada en la mesa con las piernas abiertas y su falda recogida. Me despego un momento para mirarla, quiero saber si en serio me desea o si esto es una forma de venganza hacia Ricardo.

Aunque no sé si eso me detendría.

Al final quien la está besando soy yo y no el idiota de su marido que está ahora mismo en la cama con esa niña.

Esther aprieta mi espalda con sus manos y eso me hace soltar un gemido complacido. Aflojo mi corbata con una mano mientras ella se apresura a soltar los botones de mi camisa sin mucho reparo.

—Espera —me dice con la voz apenada cuando ve que me estaba quitando la camisa.

Aprieto mis musculos abdominales y ella se queda callada. Aprovecho para volver a besarla.

Sentir esos labios delicados y calientes en mi boca. Incluso dejo que mi lengua los saboree.

—En serio, aquí no —me dice poniendo una mano en mi pecho.

¿Dijo aquí no? Eso quiere decir que...

La dejo bajarse de la mesa y acomodarse la ropa. No me mira en ningún momento mientras ambos nos vestimos y yo me acomodo el cabello.

—Esther —la llamo de forma sensual. No puedo dejar que se vaya así porque nunca volvería a hablarme.

—Lo lamento, esto no debió pasar —dice cabizbaja.

—Pasó porque los dos queremos que pase. Es una mujer exquisita que se merece ser valorada y ser puesta en un pedestal. Necesita a un verdadero hombre que la ame.

Se le corta la respiración y por fin alza la cabeza. Sus ojos son un cúmulo de sentimientos que se cruzan y no la dejan definirse. Sé que no me cree en primera instancia y por supuesto la situación lo amerita.

—¿Es eso lo que usted me ofrece? ¿Amor? —inquire con total incredulidad.

Le mantengo la mirada para que sepa que hablo con el corazón. Quizá lo otro es mentira pero eso último es total y absoluta verdad.

—Eso y mucho más, *amore mio*. —el cariño me sale natural pero a ella parece llevarla a un nuevo éxtasis. Lo cual es increíble porque no la estoy tocando.

Beso su mejilla con todo el sentimiento que puedo transmitir en ese gesto tan sencillo. Lo mejor de todo es que ella no se aparta, se queda ahí sintiendo al igual que yo el contacto de mi piel.

—Terminaremos esto después. En cuanto hayas pensado sobre lo que te acabo de decir, supongo que no debo aprovecharme del todo... ¿no? No me hace ver bien —digo juguetón y ella sonrío en respuesta.

Salgo de la sala con caminar feliz. Sintiendo que he alcanzado una gran meta en mi vida.

## Extra 3

Sonia

Essy tiene razón; aunque ¿qué estoy diciendo? Esa mujer siempre la tiene. Sin embargo, el problema radica en que Martín no va a perdonarme. Una cosa es besar a un desconocido en el bar y que tu novio te pille y otra muy diferente, es que te graben y medio mundo lo vea. Eso es un nuevo nivel de cuernos.

Essy no entiende que a pesar de mis múltiples disculpas, ese chico no va a ceder. Así que lo mejor es seguir con mi vida. Encontrar otro que borre sus huellas.

Seguro no va a ser fácil; el chico es dulce, atento y dispuesto a todo. Tiene toda la energía de un hombre de veinte y la despreocupación necesaria para salir con una mujer mayor aunque lo señalen. Martín es perfecto. Su único defecto: es un romántico empedernido y visualiza nuestra relación duradera y llena de hijos.

¡Dios! ¡Quizá hasta duradera!

En fin. Ya tomé mi decisión. No más Martín, hola nuevas oportunidades.

—¿Supiste a quien van a entrevistar en el programa de José? —me pregunta una practicante del periódico. Se nota que quiere congraciarse con todos en la oficina porque es buena para hacer favores y se ofrece a traer los recados de cualquiera que lo necesite.

Podría aprovechar para que me haga el mercado.

—Generalmente no veo su programa.

*Destápate con José* es un programa relativamente nuevo. Siempre lleva personas que están sonando en la farándula y aunque me encanta un buen chisme, no me perdonaría sentarme una hora a ver a alguien entrevistar a otro porque es famoso mediático. En esa hora podría obtener unos dos o tres orgasmos. Fácil.

—No sé, la verdad no estoy pendiente de ese programa.

—Bueno, pues este te interesa. Es el ex de tu amiga, los que tienen esa empresa famosa.

Me irgo instintivamente para mirarla. Ella tiene ese rostro de expectativa; seguro está pendiente de cada gesto que hago.

—¿Qué? ¿Rick?

—Ricardo Rivas —dice mirando un papel —. ¿Es él?

—¡Claro que es él! ¡El muy maldito va a salir en televisión! —despotrico frunciendo el ceño y manoteando.

No puedo creer su bajeza. Pero al mismo tiempo esto es una buena oportunidad para enterrarlo en la tumba que está cavando él mismo.

—¿Ese programa es en vivo? —le pregunto a la chica. Me gustaría recordar su nombre.

—Por supuesto. Es a las seis de la tarde. Y lo mejor es que tengo dos pases al set y supuse que a usted le interesarían —dice abanicando las entradas.

Casi se las arranco de la mano pero ella fue más rápida.

—Con dos condiciones —dice engrosando la voz —. Primera, uno de los pases es para mí. No pienso perderme eso y segundo, que no le diga a su amiga sobre esto.

¿Por qué no quiere que le diga a Essy?

—Explícate —le exijo con poca paciencia.

Ella cree que puede jugar conmigo. Pues no. Tengo toda la capacidad de arrancarle esos pases de la mano sin despeinarme. Soy alta y fuerte y no me da miedo usar mis tacones.

—Tengo una amiga que trabaja en contabilidad en Rosas doradas. Le avisaré justo cuando vaya a empezar el programa, así no se perderá nada y quizá, cuando hagan preguntas usted pueda tener su oportunidad.

—¿Quizá?

—Bien, ya he hablado con el chico que reparte el micrófono. Sabe que voy a ir acompañada y que debe darle prioridad a esa persona.

Achico los ojos con sospecha. Tiene mucha influencia para ser solo una practicante.

—Hecho —digo extendiendo la mano para que ella la estreche —. No me hagas arrepentir de aceptar.

—Nunca, señorita Álvarez.



Llegamos al set unos diez minutos antes para sentarnos en un sector cercano a la grada lateral. Según Juliana —sí, le pregunté el nombre —, en esa área no se enfocaba la cámara muy seguido pero era muy buena para acaparar el micrófono en las preguntas.

Siempre hay un hombre que sale antes de que empiecen a grabar para recordarnos ciertas

reglas básicas de comportamiento en este tipo de programa. Las escuchamos con gesto aburrido pero sabemos que es procedimiento normal.

—Voy a avisarle —anuncia Juliana a mi lado.

Caigo en cuenta que se refiere a su amiga en la empresa de Essy.

Asiento y la dejo que manipule a gran velocidad su teléfono. Me sonrío cuando ha terminado y hace una señal para que sepa que su amiga lo vio y va a decirle a Essy.

José es el primero en salir a escena cuando el set se oscurece en la zona de participantes y un aviso luminoso en la parte más alta dice que estamos al aire. El hombre es un moreno alto y muy bien conservado. Tiene unos bíceps de muerte ajustados en esa camisa de manga corta. Su rostro se ve agradable pero nada que pueda hacer suspirar de emoción a este poco de mujeres del público; así que supongo que es el torso amplío y esa voz de presentador que tiene.

*Digamos que es un jueves... quizá un viernes, pero no toda la noche, solo hasta las nueve... bueno, quizá hasta medianoche tipo cenicienta.*

Me gusta evaluar a los hombres respecto al día que podría salir con ellos. Y definitivamente él está en un punto de cita caliente y nunca más volver a verse. Por el contrario, Martín es un sábado y un domingo en la mañana.

¿Podrías dejar de pensar en Martín?

José hace pasar a Ricardo, quien con paso decidido llega a la mitad del set y saluda. Lo bueno de estar a un extremo, es que él no se percató en nosotros.

Oigo que le hace unas preguntas iniciales pero soy poco consciente de sus respuestas porque estoy absorta en la sinvergüencería del maldito ex de Essy. Presentarse a un programa de televisión a revelar asuntos que ella misma no quiso remover por amor a la empresa.

Espero que Essy llame. Que le ponga sabor a esta entrevista.

—¿Crees que tu amiga intervenga? —pregunta entre susurros Juliana.

—Eso estoy esperando.

Me concentro para escuchar atentamente y tener más herramientas para contraatacar cuando llegue mi turno.

—¿Y díganos, Ricardo? ¿Cuál fue el motivo de su divorcio? Muchas personas tienen curiosidad —pregunta José con ese brillo pícaro que usa en las preguntas comprometedoras.

—No puedo revelar mucho. Pero es claro que hay terceras personas involucradas.

Esa respuesta deja con cara de sorpresa a José y oigo los murmullos de las chicas que tengo alrededor.

«Seguro hubo engaño»

«Pero no creo que sea él, se ve con cara de buena gente»

«¿Qué? Se nota que es un perro»

—Bueno, supongo que tendremos que llamar a Esther Rosas para que nos lo diga —dice José y la emoción se aglomera en mi estómago.

¡Que Essy esté al teléfono! ¡Que Essy esté al teléfono!

—No es necesario. Ella debe estar en la cama con nuestro socio.

*¡Ya que! Antes podría haber tenido piedad, pero ahora esto es guerra, Rick.*

José sonríe con sorna, descubriendo que acaba de dar una exclusiva en su programa.

—Pues me alegra anunciarte que Esther Rosas está al teléfono —dice José viendo palidecer a un Ricardo que se toma el cuello de la camisa hacia un lado para respirar.

*¡Sí!*

—Señora Esther Rosas, bienvenida al programa Destápate con José, ¿Cómo está? —saluda con cortesía mirando hacia una de las cámaras.

—*Muy bien gracias, José* —Essy se escucha calmada, incluso puso su mejor voz melódica para hacer frente de una mala situación.

*Estoy tan orgullosa.*

Juliana eleva su pulgar anunciándome que su plan ha sido exitoso.

*Lo sé, chica. Voy a hacerte una carta de recomendación que diga muchas palabras olvidadas del español alabando tus inmensas capacidades. Podría besarte pero eso va contra mis principios heterosexuales.*

—Me alegra, señora Rosas. Aquí estoy con su exesposo, quien alega que la separación fue por infidelidad de su parte. ¿Qué me dice usted?

—*Bueno, la verdad este es un tema muy delicado de tratar cuando no se tiene los antecedentes de nuestra relación. Así como las personas nos conocieron como socios de trabajo, también fuimos socios en el ámbito personal por siete años. Pero lo que en realidad nos separó desde hace mucho fue su poco deseo por tener hijos y mi constante petición de convertirme en madre. Siempre se negó y eso nos provocó muchas discusiones.*

—¿Entonces no hubo infidelidad? —José se ve perplejo como si no entendiera el contexto global.

—*¡Oh claro que sí la hubo!* —dice Essy con aire misterioso.

—Esther, esto no es necesario —se atreve a decir Ricardo. Este tipo no tiene vergüenza.

—Esperen... ¿Qué? ¿Entonces usted la engañó a ella? —pregunta José con renovadas energías.

—*Él me engañó mucho antes de casarnos, no con una chica, él se hizo la vasectomía sin decirme y prometiendo tener hijos cuando nos casáramos.*

Con esas líneas Ricardo pierde al público, ahora los murmullos son más enfadados.

«¡Qué imbécil!»

«Hijo de puta»

«¡La engañó desde siempre! Increíble que ella esté tan calmada, yo lo habría matado»

«Debería arrancársela, igual no le sirve para nada»

La chica del último comentario y yo, estamos de acuerdo.

—*Pero claro, también se revolcaba con mi secretaria en mi propia casa* —dice mi amiga con tono vengativo.

—Wow —dice José arqueando su espalda hacia atrás por la sorpresa —. Eso es bajo. ¡Con la secretaria de su esposa!

—Es difícil de explicar —articula Ricardo pero eso genera una nueva ola de insultos cada vez menos apto para menores.

—¡Ya lo creo! —se exalta José, llevando al público a indignarse más —. Pero hablando de cosas serias, ¿qué lo llevó a hacerse la vasectomía?

—No quería tener hijos —dice Ricardo con tono serio.

—Entonces ¿por qué te casaste con una mujer que si los quería y aún peor, se los prometiste?

—Porque yo la amaba y la necesitaba en mi vida.

—Pues amigo, no la amabas tanto. No si le negabas algo así desde el principio —dice José con vehemencia.

El público está de acuerdo con el entrevistador.

—En este momento creo que te fue muy bien en el divorcio. Ella fue cortés al dejarte algo de la empresa. Vás a ganar dinero estando sentado en tu casa. Bueno, ahora por lo menos quieres ayudar a otros...

—Fue lo justo. Ahora ella está con su socio. Ella también estaba planeando abandonarme sin haberse enterado de la vasectomía.

¡Ay por Dios! ¡Corta ese cuento! Igual ya estaban separados...

—¿Qué tal unas preguntas del público? —dice José levantándose e ignorando el comentario de Ricardo.

Me apresuro a acomodar mi escote y levantar ambas manos. El chico del micrófono se lo da primero a una mujer mayor que parece que quisiera pegarle con una regla en sus manos. La mirada que le lanza podría hacerlo caer muerto si fuera posible.

—Señor Rivas, ¿usted se creía más importante que su futura esposa, para decidir si iban a tener hijos por su cuenta? —todos nos quedamos en silencio esperando la respuesta. No parecía que tuviera mucha pulla en sí, pero deteniéndose a pensarlo, era una pregunta directa y en la que él podría admitir su egocentrismo.

—Simplemente yo no los quería —admite que siempre es sobre él. Nadie más.

«Perro sucio»

«Y tiene el descaro de venir a este programa dizque por estar haciendo obras de caridad. Es un hipócrita»

«Lo que hay que oír estos días»

La siguiente en querer desahogarse con él, es una chica voluptuosa. Se ve impecablemente vestida y da la sensación que tiene un estatus social alto. No sé qué hace aquí pero se ve imponente.

—Usted la engaña y viene a pasarse por santo en la televisión. ¿No cree que debería seguir en su casa rascándose el ombligo? —la voz es cruda pero su rostro no muestra ninguna emoción.

—Wow esa chica lo odia, señor Rivas —dice José.

Bueno, esta es mi oportunidad. El chico del micrófono ubica a Juliana y ésta le hace una señal para que me lo pase. Él evita un montón de manos que había en el camino para depositarlo en mi mano. Le agradezco con una sonrisa y un guiño.

*Él es un miércoles, no le coquetees.*

Tomo aire porque lo que voy a decir requiere de toda mi frustración y odio. Debe sentirse real e indignado.

Espero que Essy me esté viendo.

—¿Qué tan cobarde se tiene que ser para engañar a tu esposa por siete años? No querías hijos, bien. Quédate solo maldito desgraciado. No puedes simplemente robar la juventud de alguien y llevarte todas sus esperanzas de convertirse en lo que quiere ser y luego venir a un programa a tratar de degradarla en televisión. —hablo rápido pero con claridad y pongo todo de mí para que mi voz tenga el sentimiento deseado. El chico del micrófono ni siquiera trata de tomarlo de nuevo

—. Por cierto, visiten el sitio web de Rosas doradas, allí podrán encontrar cualquier detalle que quieran regalar —Supongo que esta ocasión es igual de buena que cualquier otra y la publicidad televisiva es costosa.

—Hay mucha hostilidad en el ambiente. ¿Acaso la conoce? —pregunta José.

—Claro que me conoce, fui yo quien le dio un rechazazo cuando lo encontré en la cama con la secretaria de Essy —digo reteniendo el micrófono.

El público aplaude. Supongo que les gusta la sangre y la violencia igual que a mí.

—¿Amiga de tu ex?

—Así es.

—Es linda —dice José en televisión nacional.

¡En televisión nacional acaba de decir que soy linda! ¡Esto hay que agradeceré como es debido!

*Acaba de pasar de jueves o viernes antes de medianoche a un viernes total.*

—Bueno amigos. Esto es todo por hoy. Creo que debemos sacar de aquí al señor Rivas escoltado. Hay muchas mujeres en este estudio pidiendo su cabeza —finaliza José con una broma.

Aunque no es broma, el ambiente general es de repudio y odio. La mayoría somos mujeres y eso que él hizo siempre lo tomaremos personal.

Ricardo se levanta y corre hacia el lateral del set y las mujeres lo abuchean. Lo bueno es que ya no estamos al aire.

—Fue increíble. Mejor de lo que imaginé —dice Juliana a mi lado aún absorta —. Qué bueno que pudiste descargar toda tu ira con ese imbécil. Se lo merecía.

—Eso y más.

—¿Es cierto lo que dijo del socio? ¿Está con tu amiga?

—Supongo que tienen algo parecido a «conocerse y jugar a los novios adolescentes». Nada más.

—Lo vi en el periódico la otra vez. Está para comérselo con palillos chinos.

—Realmente, con crema batida encima —digo causándole hilaridad.

—Tienes razón —dice tapándose la boca para contener la carcajada —. Bueno, supongo que nos vemos en la empresa...

—Supongo. Tengo que ir a hacer algo antes de irme.

—El camerino de José es el último a la derecha —dice segura de lo que voy a hacer.

Eso me hace mirarla con fijeza.

—Soy perceptiva pero no chismosa.

—Entonces tu nariz puede seguir siendo igual de bonita —le digo como amenaza pasiva.

Ella se ríe subestimando el comentario. Pero no voy a hacer hincapié en algo cuando quiero llegar hasta ese camerino para que él repita lo que dijo.

Me apresuro a la puerta que ella me especificó; para mi sorpresa ni siquiera está cerrada. José está en el umbral con la camisa a medio abotonar y con una mirada depredadora digna de cualquier programa de felinos de *animal planet*. Lleva dos copas en la mano y cuando me ve, me la extiende con galantería.

—Pasa —dice con esa voz gruesa y sensual que usa en el programa.

Le hago caso y doy dos pasos al frente. Él cierra la puerta.

—Fue algo lindo lo que hiciste por tu amiga allá. Pocas personas pueden gozar al decir que tienen esa calidad de amistad —comenta con admiración.

Alzo una ceja, azorada.

—Ella ha hecho mucho más por mí —respondo tratando de ser humilde.

Él da un trago a su copa y yo lo imito.

Me da tiempo para admirar su camerino; una cama pequeña a un lado, un gran espejo y un mueble con cajones al frente. No es muy grande pero podrían caber unas seis personas aquí sin dificultades.

—¡Qué maleducado de mi parte! Mucho gusto, soy José Herrera —me extiende su mano y la estrecha pero no la suelta. Siento que la acaricia con sus dedos causándome un respingo involuntario.

—Sonia Álvarez.

—Sonia, ¿puedo convencerte que me des unos minutos más de tu compañía? ¿Y qué te sientes donde gustes?

Miro alrededor pero no hay más sillas que la del mueble. Así que él señala la cama.

Bueno, a lo que vinimos...

Me siento despacio tratando de mostrarme relajada. Termino el resto de champagne y lo enfrento cuando se sienta a mi lado y pone una mano delicadamente en mi rodilla.

Parece que está acostumbrado a las chicas que lo ven como una estrella y que él es su amor platónico. Quiere tratarme como si me fuera a romper, cuando yo vine a que me despeluche un rato.

Su otra mano deja la copa a un lado y la pasa con parsimonia por el borde de mi mandíbula, rozando mi piel creando expectativa.

Tengo que admitir que sabe sus cositas.

—Me encantaría que me acompañes el fin de semana a una cita. Una comida ligera y quizás una caminata. ¿Qué dices?

—Depende —respondo dejándolo completamente fuera de juego. Noto que no esperaba esa respuesta, cualquier otra chica habría dicho que sí sin dudarlo.

—¿De qué? —pierde un poco el tono sensual.

—De donde termine esa cita.

—Donde tú quieras. Te recojo y luego que charlemos, puedes decidir que paso sigue.

—Yo ya sé que paso sigue. Realmente estamos a punto de pasar a ese. La cita me parece bien si tú lo quieres.

José agranda los ojos como si yo fuera un monstruo.

*Sí, soy real.*

—¿Hoy? ¿Ahora?

—¿Qué significa esa mano en mis piernas, entonces? —la retira como si le hubiera picado.

Tengo que cogerla y volverla a poner en su sitio. Aunque esta vez la pongo en la mitad de mi muslo y me acerco hasta su boca para besarla.

Reacciona tarde pero lo hace. Lleno de un impulso más fogoso se deshace de mi blusa y me ayuda a quitarme la ropa en un santiamén. Quedamos en ropa interior ambos cuando un toque nos interrumpe en su puerta.

—José, el jefe quiere verte ahora. Necesita tus notas antes de la entrevista y lo que le puedas dar con esa exclusiva —dice una voz desde afuera.

—Voy —dice tratando de mantener su voz firme.

Busca su camisa mientras hago un puchero. Esto es injusto.

—Lo lamento, tendrá que esperar hasta el sábado.

—Viernes —contradigo.

Él sólo es un viernes. Que no lo olvide.

—Viernes a las ocho —dice tomando mi celular y poniendo su número en él—. Llámame el jueves para darme tu dirección, preciosa.

Se levanta y se enfunde en su pantalón. Sale dando pasos gigantes.

*Bueno, primer paso para olvidar a Martín: Listo.*

*Con la actitud necesaria para que ocurra: Listo.*

*Con la esperanza que funcione: Trabajando en ello.*

## Extra 4

Cumplir los sueños por lo general es difícil, se te cruzan miles de problemas y muchas personas te dicen que es imposible; el camino de la vida pone sus trabas pero al mismo tiempo ofrece oportunidades y es sobre esas pequeñas luces al final del túnel para las que tenemos que estar preparados.

Y parte de eso son mis pequeños gigantes. Ya a punto de cumplir siete años, están tan bellos e inquietos como es humanamente posible. Los tres sacaron los rasgos de su padre; las niñas con los ojos verdes y ese cabello espectacular que ya les llega hasta la cintura. Y Aaron tiene la misma nariz y la sonrisa. Lo único diferente entre padre e hijo es que el niño parece demasiado abstraído por sus intereses y no es un gran hablador, a pesar que los tres hablan dos idiomas y pueden volverme loca.

Las alianzas entre los niños son lo más particular. Cualquiera pensaría que las gemelas serían inseparables, pero Gabriella siempre ha tendido a hacer amigos con facilidad mientras que Giselle, con su alma loca y su singular forma de exagerar las situaciones, no le queda tan fácil. Por lo tanto, los grupos se han dividido así: Aaron y Gabriella, que son inseparables y complementan sus personalidades; y Christian, Ale y Giselle.

Esos últimos tres son un terremoto, tsunami, huracán todo junto. Alessia que es la mayor, y líder del grupo, es quien los reta a hacer las cosas más locas. Christian, quien tiene un aspecto de niño rudo a pesar de su cabellera rojiza, es quien aporta los materiales que se necesitan para hacer sus actividades y al mismo tiempo, quien se escabulle con facilidad e inventa unas historias muy recurrentes a sus padres. Y Giselle, mi pequeña loca, es la más aventurera y quien hasta ahora lleva tres huesos rotos.

Ángelo es quien más se preocupa por las niñas. Y mucho más por Giselle porque es la chiquita. Y más cuando nota que Christian y ella tienen mucho en común.

—Es una niña todavía —dice mi esposo mientras se rasca la cabeza.

—Sí, aún es una niña y ellos siguen jugando como niños —le digo para tranquilizarlo.

—Lo he visto como la mira.

—Son amigos, amor.

—*Principessa*, ojalá eso sea cierto. Pero ella sigue siendo mi niña. Mi niña —dice señalándose.

Siempre había escuchado que los padres se vuelven más celosos con las hijas que incluso con su esposa. Y en esta ocasión me parece que está desenfocado. Christian apenas tiene siete años y mi Gise —al igual que Aaron y Gabi— los cumplen en tres meses.

—También es mi niña. Pero creo que te estás adelantando unos años.

—El chiquillo ese es quien se adelanta cuando quiere cogerla de su manito y llevarla a que salte de algún columpio. Acaban de quitarle el yeso de su brazo y no pienso que sea oportuno que vaya a partirse otro dedo ahora.

—Tú sabes que quien los lidera es tu sobrina, ¿no?

—No me extraña, teniendo a Ny por madre —dice con media sonrisa.

Se acerca para abrazarme. Su aliento choca contra mi cuello y me da un beso tierno en la mejilla.

Me encanta cuando por fin se calma. Cuando encontramos un momento de paz para nosotros apartado del trabajo, los niños y los miles de quehaceres que tenemos en nuestra lista.

—Están creciendo muy rápido —dice contra mi piel—. Deberíamos tener otro.

Me aparto para mirarlo a los ojos para saber si habla en serio. Esos iris verdes me miran con intensidad y con deseo. Puedo notar que de verdad quiere otro hijo. Que me está pidiendo que lo considere.

—¿En serio? ¿Aunque la vez pasada tuvimos un embarazo múltiple? ¿Te imaginas otros tres?

—Las posibilidades que eso pase son muy bajas. Además, no me molestaría —su voz es suave y convincente. Aprieta mi cintura con sus manos y me atrae para besarme—. Las familias grandes son mucho más divertidas. Además imagina cuando sean grandes y tengamos muchos nietos...

Respiro profundo tratando de que la imagen se forme en mi mente.

Ángelo siempre tan acelerado.

Aunque no voy a mentir. La idea de mis trillizos adultos y en una reunión familiar con sus respectivas parejas y rodeados de niños, me hace sonreír inmediatamente. Y si a eso se le añade otro hijo, la imagen crece, al igual que el amor.

—No voy a negar ni a aceptar ahora. Vas a tener que convencerme, señor Egizi —le digo la última parte con mi voz seductora. No estoy completamente segura de volver a pasar por un embarazo y menos con esa historia genética de Ángelo. Y si le sumamos que ahora tengo treinta y siete, mucho menos.

—Va a ser todo un placer, *principessa* —sus manos llegan hasta mis mejillas en el mismo momento que un golpe de la puerta nos distrae.

Giselle entra a nuestra habitación dando pasos enfadados. Primero habla en italiano para

dirigirse directamente a Ángelo, pero él me señala y ella suspira profundo para empezar de nuevo.

—Mamá, papá... ya sabían que iba a ir este fin de semana a la casa de mi prima. ¿Por qué ahora Aaron dice que vamos a salir los cinco a Italia?

—Porque nos vamos a Italia, cariño —le dice su padre con dulzura acercándose a nuestra pequeña que ahora está a punto de convertirse en un demonio.

—¿Por qué? —lloriquea alzando las manos y dejándolos caer con fuerza. Luego empieza a hablar en italiano de nuevo. Ya entiendo mucho, pero una cosa es oírlo y otra hablarlo. Así que entiendo que está frustrada y que va a empezar a llorar hasta que logremos encontrar un punto medio, pero no puedo hacer más.

Ángelo se acerca hasta ella, se agacha y la rodea con sus brazos. Ella se resiste pero no hay mucho que pueda hacer.

Aaron y Gabriella también aparecen en el umbral de la puerta.

—¿Qué ocurre, mami? —pregunta Aaron.

—Giselle no está de acuerdo con el itinerario del viaje, cariño —le respondo mientras mi niño se acerca a su hermana que está llorando como si se hubiera muerto alguien.

Lo que hace llorar a Gabriella también. Su vínculo de gemelas a veces no parece muy fuerte porque sus personalidades son completamente diferentes, pero en cuanto a sentimientos fuertes, siempre parecen contagiarse.

—Nos vamos a Italia, hermanita —empieza a Aaron—. Vamos a ver a nuestros primos y a las tías. Mamá dijo que vamos a hacer la búsqueda del tesoro y a ir a *Rainbow Magic Land*.

Gise detiene su llanto y mira a su hermano con expectativa.

—¿Al parque de diversiones?

—Sí —contesta su hermano mayor tratando de calmarla.

Es tan lindo con ellas. Aunque no habla más de lo necesario, cuando lo hace, trata de hacer sentir bien a sus hermanas.

—Pero de todas formas no voy a pasar el fin de semana con Chris y Ale —dice Giselle volviendo a llorar. Supongo que la mayoría no se entiende.

—Chris y Ale también vienen —dice Ángelo atrayendo la atención de mi pequeña.

Me enternecen sus interacciones llenas de paciencia y comprensión.

—¿Qué? —Gise restriega sus ojos con las palmas de sus manos.

—Ellos vienen con nosotros —afirma Ángelo—. Aunque sólo viene tu tía. Arley no puede

por trabajo y Antonia y Mike piensan que Christian va a estar bien con nosotros mientras ellos cuidan de su niña menor.

Sí, Antonia y Mike habían tenido otra niña. Hermosa y pálida como su madre pero con el cabello oscuro como su padre. Era como lo opuesto de Christian. Apenas tiene unos diez meses.

—¿Chris viene?! —exclama Giselle con emoción.

Ángelo se aclara la garganta y voltea a mirarme con esa singular manera de probar que tiene razón.

—También Ale... —dice su padre.

—Sí, sí... ¡Ahora sí! —alza sus brazos y vitorea. Hace un pequeño baile mientras intenta mover a su padre como si fuera su marioneta. No es fácil, pero Ángelo le sigue el juego.

La niña se le abalanza al cuello cuando acaba de bailar y sale corriendo fuera del cuarto. Supongo que va a llamar a su amigo. Aaron sonrío ensimismado y toma la mano de Gabi para seguir a Gise.

—Dime que eso aclara todas mis dudas —empieza Ángelo cuando se irgue y estira la espalda.

—Son niños, amor. Y Christian es su mejor amigo... —la defiende. No creo que nada esté pasando, además, ellos son como familia.

—¡Claro! —Ángelo va hacia el armario y saca una camisa —. Creo que deberías hacerme caso antes que estemos viendo llegar a Christian tomado de la mano de Giselle y quieran hablar conmigo sobre su boda.

Abro los ojos sorprendida. Ellos son unos pequeños que les gusta pasar el rato juntos Y Ángelo ya imaginó toda su vida.

—Y si sucediera no creo que me oponga, ¿o tú sí? —le pregunto achicando los ojos.

—Voy a abstenerme de responder esa pregunta, *principessa*. Voy a esperar a que él pase su época de adolescencia por lo menos y no haya tenido que sacarlo con mi escopeta.

—No tienes escopeta, cariño —cruzo mis brazos sobre mi pecho.

—Podría conseguirla —una sonrisa socarrona surca su rostro y me contagia —. Tengo dos niñas hermosas a las cuales cuidar.

—¿Y Aaron?

—Supongo que él tendrá que cuidarse de los padres con escopetas de las chicas que pretenda.

—¿Las? —pregunto un poco indignada.

—No sé, estoy abierto a las posibilidades. Algunos encuentran el amor de su vida a la primera

y otros, como yo, tienen que pasar por algunos sapos antes de encontrar su *principessa* —dice con un tono dulce que me desarma.

Es algo que odio de él. No puedo enojarme porque siempre tiene una respuesta que me hace derretir como chocolate.

*Ángel: Te dije que ellos no se iban a separar al año.*

*Demonio: ¡Ja! Tú no quisiste apostar, así que no puedes reclamar ningún premio.*

*Ángel: Tengo suficiente con tener razón y que ellos estén tan enamorados.*

*Demonio: Tingi sificiinti cin tinir rizin y qui illis istin tin inimiridis.*

*Ángel: No me importa que quieras ridiculizarme. Esther está feliz, tiene tres niños hermosos y Ángel es un esposo ejemplar. Podría seguir con mi lista pero sería regodearme y esa no es una actitud angelical.*

*Demonio: ¡Oh tan considerado el plumoso!*

Tomo su mano y me fijo en su mirada fija. Alrededor de sus ojos ya se nota el paso del tiempo y de lo poco que dormimos a veces, pero la forma en la que me mira sigue siendo igual que desde el momento que me conoció. Sigue siendo el mismo, su sonrisa sincera, su amor incondicional y su ritmo acelerado.

—Pero no voy a preocuparme más por esta noche. Ahora, me gustaría que te quitaras esa ropa y te pusieras esta camisa —dice señalando la prenda en sus manos.

Es su camisa favorita, una que usa en ocasiones especiales. Se ve impecable y no parece adecuado usarla para dormir.

O para no dormir.

Me infunde confianza con una sonrisa y todas mis objeciones quedan inválidas. Tomo la camisa y me quito la ropa dándole la espalda.

—No espíes —le digo fingiendo pudor.

Él lleva su mano a su cara pero los separa lo suficiente para echar un vistazo. Muevo la cabeza desaprobatoriamente y él responde con esa risa angelical que usa cuando quiere parecer inocente.

Abotono cada uno de los botones, incluso los que están muy cerca del cuello. Ángel me mira con diversión mientras se acerca y deshace mi trabajo mientras me besa. Se pega a mi cuerpo halando la camisa hacia él y sigue moviendo sus labios con desesperada pasión.

Creo que por eso no oímos que la puerta se abrió. Es una voz curiosa la que nos obliga a separarnos y a acomodarme la poca ropa que tengo.

—¿De nuevo besándose? —dice Gise con curiosidad.

—¡Qué asco! —dice Aaron tapándose con sus manos la cara —. Pensé que eso no lo hacían sino en las ocasiones especiales.

La cara de mis dos niños son dos mundos. Una súper curiosa y el otro asqueado. Casi podría reírme de sus reacciones si no fuera porque Ángelo luce pálido.

—Cualquier ocasión es especial si beso a su madre —dice mi esposo tratando de poner una sonrisa condescendiente en su rostro. Aunque se nota avergonzado.

—¿Yo puedo besar también? —pregunta Gise saltando en el mismo sitio.

Me quedo muda mientras trago grueso. Ángelo voltea a mirarme de nuevo con su mirada de terror.

—Los besos son para personas que se aman —dice Ángelo buscando mi ayuda.

—Y que están grandes para saber lo que significa —añado.

—¿Y qué significa? —pregunta Gise. Aaron se cruza de brazos aburrido por la conversación.

—Puede ser muchas cosas. Como que amas a la persona, que te preocupas por ella, que la quieres para formar una familia... —Ángelo se ve en un aprieto. Dice varias palabras aceleradamente y luego frena.

—¿Y si yo quiero a alguien? —vuelve a pregunta Giselle. Ángelo se rasca la cabeza.

—¿Cuánto lo quieres? —le pregunto mientras le doy tiempo a mi esposo a que aclare sus pensamientos.

Giselle sonrío grande. Me muestra todos sus dientes y sus ojos verdes resplandecen.

—¡Mucho, mami! ¡Mucho!

—¿Más que a mami?

Giselle se toma un momento antes de contestar, agacha su cabeza y mira a su hermano.

—No, mami. Yo te quiero más a ti.

—Esa es mi niña —me agacho un poco y extendiendo mis brazos para que ella venga a mi regazo. Giselle no pierde el tiempo y corre hacia mí con demasiada alegría. Casi me tumba en el proceso.

—Queríamos saber si podemos llevar a Killian —interrumpe Aaron —. La última vez que se quedó con tía Sonia, llegó trasquilado y él ya parece cansado de eso.

Me encanta la seriedad de Aaron y su sentido de responsabilidad con nuestro perro, pero es casi imposible llevar a Killian. Ya es un perro mayor y sin mencionar los grandes costos que eso

ocasiona.

—Lo lamento, cariño. Killian no puede ir.

—Pero...

—¿Prefieres que le busquemos otro lugar donde quedarse? —pregunta Ángelo—. Supongo que la abuela lo cuidaría si se lo pides.

Aaron parece meditarlo mientras aprieta sus puños y cierra sus ojos.

—Voy a llamar a la abuela —finaliza y sale del cuarto. Gise se despegó de mí y corre tras su hermano.

No cierran la puerta así que Ángelo se aproxima y veo que le pone el seguro de manera lenta y mirándome de reojo.

—¿Ahora me crees? —no se gira, sigue dándome la espalda como si quisiera hacer la escena más dramática.

—Es posible —me río porque ahora que tiene una hija que le heredó sus arranques, parece no gustarle.

—Te digo que tu ahijado me agrada pero... —me acerco y lo giro para que me mire. Eso lo detiene y hace una mueca—. ¿Estoy exagerando? —resopla y respira profundo.

—Un poco, *amore mio*. Te amo por cada una de tus reacciones y por la forma que amas a los niños, pero estás adelantándote unos años. Espera que sus hormonas se desaten por lo menos.

—Para Giselle eso será pronto.

—De tal palo... —empiezo pero soy interrumpida por un beso.

Sus manos toman mis piernas y me levantan hasta que estoy rodeando su cintura con ellas. Profundiza el beso y pronto siento que mi espalda toca el colchón.

—¿Y entonces en qué quedamos sobre el otro bebé? —pregunta en mi oído y no me deja responder. Su boca choca con mi cuello haciendo que produzca un sonido extraño de placer y luego mi mente se pone en blanco.

Supongo que no hay nada que pueda negarle.

## Extra 5

Sonia

Dicen que los cuarenta son los nuevos treinta. O es para tratar de calmar la crisis de mediana edad o para sentirse menos viejas. Lo que sea que ayude. Pero hoy a punto de entrar a mi fiesta de cuarenta años, me siento tranquila. Cua-ren-ta. No es un número cualquiera, he pasado por varias situaciones en las que desconfié de mis planes pero al final los mantuve.

Me sigo considerando una mujer independiente que no necesita de ningún hombre para realizarse, salvo para algunas necesidades que deben ser atendidas.

Seguir soltera a esta edad es todo shock para algunas personas. Siempre van a hablar a mi espalda diciendo lo extraño que es, lo solitario que debe ser y cuanta cosa se les ocurre... Pero lo cierto es que es maravilloso. Soy una mujer fuerte e insaciable, aún me veo muy joven e interiormente es igual. No tengo grandes afanes ni estrés, vivo mi vida como quiero vivirla y me gusta. Me encanta.

Cuando quiero tener un hombre a mi lado, lo tengo, cuando no, lo echo. Eso es lo bueno con los tipos jóvenes, saben tan bien como yo, que esto es pasajero.

Aunque lo que nunca será pasajero es mi amistad con Essy, quien por cierto está embarazada de su cuarto bebé. Gracias al cielo solo viene uno esta vez porque a sus treinta y ocho años no creo que pueda con más.

—Tía Sonia —me llama una pequeña de ojos verdes que me ama más que sus hermanos. Aunque debo decir que es ella quien va a ser mi sucesora en cuanto a producirle canas a su madre.

—Mi Gise —me agacho para alzarla en el aire. Ya a sus ocho años está demasiado pesada para que sea más allá de mi altura.

Tengo que volver a hacer kick boxing, estoy debilucha.

—Mamá está terminando la decoración... para mí, le está poniendo demasiado rosa a todo. Le dije que tú preferías algo más... rojo.

Sí, rojo. Pasión y todo eso. Menos mal que ella todavía no entiende por qué.

—No te preocupes, dile que se tome las cosas con calma. Está llevando a tu hermano en su vientre y no puede esforzarse.

El ceño fruncido de ella me hace sonreír.

—¡Bahhh! ¡Otro hermano! Yo soy la menor por unos minutos y ahora llega otro a quitarme mi puesto —refunfuña cruzando los brazos sobre su pecho.

—Mira el lado positivo, ahora vas a ser una niña grande y no más la chiqui de papá.

—Yo quiero ser la chiqui.

—No según lo que he escuchado —digo alzando una ceja y ella entiende inmediatamente.

Christian y ella tienen una forma extraña de relacionarse. Son mejores amigos pero sin duda esos niños están esperando a crecer para formalizar algo más allá. Y yo lo predigo porque tengo muy buen instinto.

Y más, conociendo a Mike. Ese bizcocho con apariencia de rudo y buen polvo, tiene unos genes prodigiosos. Gise no pudo encontrar un suegro con mejor apariencia y un chico con la mejor combinación de sus padres.

—¿Qué hacen aquí? —pregunta Nyma entrando a la habitación—. ¿No deberías estar recibiendo a los invitados?

—¿Hay invitados? Pensé que solo seríamos ustedes y yo.

—Tus compañeros de la editorial están ansiosos porque entres a la fiesta.

—¿Los invitaron?

—¿A quién más? Solo trabajas y visitas a Essy. Sé que tienes compañeros casuales pero a ese tipo de «amistad» no se le invita a tus 40. ¿Qué van a decir?

Buen punto.

—¿Ni uno?

—Tú puedes llamar al que quieras, y si trae a algunos amiguitos con él... mejor. Y si son de los que se quitan la ropa, mucho mejor.

Eso me da una idea.

—¿Crees que a Essy le moleste? —pregunto en voz baja tratando que Giselle no escuche.

—Ehhh sí, ¿eso te detendría? —pregunta Ny con tono retador implícito.

—Supongo que no —contesto y saco mi celular. Busco el contacto que he llamado «emergencias visuales» y oprimo el botón de llamada.

Lo bueno de ese contacto es que siempre tiene a alguien disponible. Contrato el servicio en menos de un minuto y me aseguran que estarán aquí en hora y media. Supongo que con ese tiempo podré lograr una fiesta a la manera de Essy y luego, a mi manera.

En todo ese tiempo, Gise se mantuvo callada. No creo que sea porque no entienda de qué se trata —los niños de ahora son mucho más rápidos que los de mi época— sino porque estamos desautorizando a su madre. Essy me va a matar, cortar en pedazos y enterrar cada parte en un punto cardinal.

Arrastro a la pequeña hacia la zona de la fiesta; Essy ha transformado la sala de su casa en un salón de fiesta bien equipado. No puedo quejarme, hay comida, dulces, chocolate y bebidas con algún grado de alcohol en la barra. Contrató un DJ y algunos meseros.

Hay cierta gracia en tener una amiga rica, sobre todo cuando es tu mejor amiga con demasiada energía del embarazo. Además, que gracias a sus trillizos tiene mucha práctica en cuanto a planear eventos sociales.

—¡Aquí está! —grita mi amiga sosteniendo una copa. Los invitados se giran para recibirme —. ¡Démosle una grata bienvenida a nuestra cumpleañera!

El vitoreo del público me hace sonrojar un poco. Veo a varios conocidos de la empresa de Essy, en el fondo está el esposo de Nyma y Ángelo, mis sobrinos están cerca de la mesa de dulces y Christian ya está avanzando hacia la posición de Giselle. Antonia y Mike están junto a Essy, a quien ya se le nota los cuatro meses de embarazo.

—Muchas gracias —respondo mientras los aplausos mueren en un silencio incómodo. Luego alguien exclama que debo hablar, así que camino hasta el centro de la sala y los miro con fascinación.

Cumplir años nunca ha sido un gran trauma para mí. Nunca he sentido que me estoy quedando en cuanto a los pasos a seguir de mi vida. Siempre supe que iría a mi ritmo así fuera más lento, así que cumplir cuarenta es prácticamente igual que cuando cumplí treinta y nueve.

—Les agradezco por venir y a mi amiga por planear esta celebración, sobre todo porque saca tiempo para mí cuando hay alguien demandándolo —señalo a su vientre —. Gracias a mis compañeros de la editorial por estos años llenos de éxitos con mis novelas gráficas que ahora son una sensación... No voy a compararlas con *Marvel*, ni mucho menos, pero creo que hemos abierto todo un mundo nuevo y estoy orgullosa. A mis sobrinos también quiero agradecerles por ser tan bellos y crecer tan rápido, aunque eso de la belleza viene de su padre que está en el fondo... — Essy se aclara la garganta con cierta incomodidad, Nyma parece estar a punto de soltar una carcajada —. Ella sabe que lo digo como cumplido, y más, ahora que los años lo han vuelto más sexy.

—¡Sonia! —exclama Essy.

—¡Tía! —exclama Gabriella.

Sí, bueno... por eso digo que me llevo mejor con Giselle.

—Lo sé, mi lengua tiene poco control. ¡Muchas gracias a todos! ¡Que empiece la fiesta!

Hago la señal como si dejara caer el micrófono imaginario y luego la música retumba la sala.

Supongo que los invitados olvidan rápidamente el asunto porque se dirigen a las zonas donde no hay muebles para empezar a bailar.

—A veces me parece increíble que sigamos siendo amigas —empieza Essy esforzando su voz porque la música está muy alta—. En serio que ha pasado mucho tiempo, debes dejar de mirar a mi esposo de esa manera, yo te entiendo, pero hay gente que cree que vas a quitármelo apenas me gire.

Su voz es preocupada y algo seria. Sé cuándo ella se está incomodando realmente y creo que hoy puse la cereza que le faltaba a la copa.

—¿Me pasé?

Essy hace una señal para confirmar que fue mucho más allá de la raya. Lo sigue haciendo por varios segundos hasta que veo una sonrisa en su rostro.

—Sabes que nunca lo pensaría de ti y confío en Ángelo demasiado como para imaginarlo.

—¡Exacto! —gesticulo con mi mano para darle más contundencia. Ella mueve la cabeza horizontalmente mientras una de sus comisuras se alza —. Tu esposo es un hombre muy fuerte, porque fijate esta amiga que tienes, cualquier otro debió haber caído con todas mis insinuaciones.

—Sonia —vuelve a decir mi nombre con desaprobación.

—¡Ay! Sabes que solo coqueteo cuando tú estás cerca.

Essy me guiña un ojo y pone una mano en mi hombro.

—Lo sé, si fuera el caso contrario ya no tendrías cabello —dice con la voz firme y sin inmutarse.

Me doy cuenta que es en serio. O son las hormonas del embarazo o debo andarme con cuidado.

El timbre suena salvándome de su mirada escrutadora, reviso mi reloj y me doy cuenta que apenas ha pasado media hora desde la llamada y que no pueden ser ellos. Me relajo y sigo a Arley hasta que abre la puerta.

Aunque no debí hacerlo, porque en el momento que veo a Martín entrando de la mano de su esposa, la misma chica delgada con la que me reemplazó, solo que ahora carga un bebé de un año, mi estabilidad mental se quiebra otro poco.

*Tú no querías hijos, ni esposo. Quieres ser soltera y libre.*

Desvío la mirada deprisa. No sé porque lo invitaron. O sea, ¿Quién en su sano juicio viene al cumpleaños de una ex amante? ¡Con su esposa y su hijo pequeño! No sé qué quiere probar Essy con él, pero no me gusta.

—¿Lo invitaste? —esta vez mi voz está llena de enojo.

—¡No! Claro que no. No estoy tan loca... —su rostro se torna pálido y su mirada se gira inmediatamente hacia su cuñada—. Supongo que Ny lo hizo, las dos estuvimos al frente de llamar a todos...

Cuando estaba a punto de ir a tomar el cuello de Ny con mis dos manos, llega Martín hasta nuestra posición con una gran bolsa de regalo. Su sonrisa parece genuina, aunque nota mi incomodidad cuando miro a su esposa.

—Felicidades, Sonia... Solo queríamos pasar a darte este presente... ya nos vamos...

—¡Oh no! ¡Quédense! —digo mientras tomo su brazo musculoso, firme y joven. Lleno de colágeno.

Los ojos de su esposa pasan de mi agarre a mi cara y puedo sentir el momento exacto donde me lanzó su primera amenaza de muerte con los ojos.

Retiro mi mano como si su brazo tuviera electricidad.

—En serio, hay comida, dulce y tragos gratis. Solo un idiota rechazaría algo así.

La chica hace un gesto desaprobatorio pero Martín asiente. La pareja se retira deseándome un feliz cumpleaños, aunque seguro el pobre chico hoy va a dormir en el sofá.

—Lo lamento —dice Essy.

—No te preocupes, no pasó nada malo.

—Sí pasó. Noemí estuvo a punto de saltarte a la yugular —dice Essy confirmándome mis sospechas.

—No te preocupes —digo desestimando la situación. La verdad necesito que Essy no esté enojada para lo que va a pasar en una hora.

Aunque para mi mala suerte, no fue una hora completa.

Unos veinte minutos después, el timbre suena y hay dos policías en la puerta. Nyma, quien atendió la puerta, por poco se cae al verlos tan enojados y demandando que le bajáramos a la música.

Ángelo llega a acompañar a su hermana y tratar de razonar con los oficiales que no parecen muy comunicativos. Sin embargo, en el momento que piden la presencia de la cumpleañera, caigo en cuenta de lo que significa. Es mi show.

Avanzo hacia la puerta con Essy a unos pasos. Los que fingen ser policías me regalan una sonrisa maliciosa al mismo tiempo que sacan unas esposas bastante reales. Nyma se asusta o por lo menos eso parece. Uno de ellos, es bastante sexy; buen cuerpo, alto y con unos ojos color miel que me dejan sin palabras. El otro, aunque no es tan alto, por lo menos parece mejor dotado allá abajo, donde importa.

—Oficiales, esto es un error.

—¿Usted es Sonia?

—Así es... —digo con expectativa.

Ellos se miran entre sí, y luego tiran de su uniforme de policía que no parece muy bien cocido porque en un instante están solo con el pantalón puesto, la camisa yace en el suelo rasgada. Desde afuera empieza una música electrónica que marca sus pasos de baile. Entran a la sala, ante la mirada impresionada de la mayoría de los invitados. Me hago a un lado para darles espacio, pero el más bajo toma mi mano y me lleva con ellos hasta una silla. Veo que Essy corre por la sala para llevarse a sus hijos y Ny, quien parece demasiado entusiasta por el show, le dice que se lleve a Alessia también. Podría jurar que Arley estuvo a punto de discutir, pero ese santo hombre prefiere acompañar a mi amiga y llevarse a los niños.

Bailan sobre mí unos minutos mientras los demás se quedan petrificados. Sin embargo, cuando tiran de su pantalón y quedan en una tanga roja sin mucha tela, Ángelo parece protestar y salir de la sala. Pronto, solo quedan las solteras que lucen entusiastas por el cambio de fiesta y Ny, a quien no parece molestarle el espectáculo sino que lo está disfrutando.

Pronto los billetes de baja denominación empiezan a circular y la bulla de las chicas de la editorial sube mucho más que la música.

Pero la diversión dura poco porque Essy sale de una habitación con un palo de escoba y les indica la salida a los dos bailarines. Supongo que nadie contradice a una mujer embarazada con un palo. Mucho menos si lo vuela como si quisiera pegarte hasta el cansancio.

*Pobres chicos echados a la calle y sólo con una tanga que no los cubre. Espero que encuentren una buena samaritana que les dé posada.*

—¡Essy! Eso le puede hacer daño al bebé... —digo cuando cierra la puerta y su rostro está tan rojo como un tomate.

—No me digas Essy ahora, Sonia. Te juro que si no fueras la cumpleañera ya te estaría echando de mi casa. ¿Cómo te atreves a llamar a strippers a mi casa?

—Ellos prefieren que les digan bailarines exóticos...

El rostro de Essy se deforma más.

—Lo lamento —alzo los brazos pidiendo disculpas—. La verdad fue idea de Nyma.

Al instante nos giramos hacia ella, quien no se inmuta, sino que alza los hombros con indiferencia.

—Lo importante es entretener a los invitados, *cuñis*... Cálmate, los enojos son malos para el bebé.

Tomo a Essy del brazo porque parece que está a punto de colapsar.

—Había niños en la fiesta. Tu hija, mis hijos, mi ahijado...

—¡Ay! Los cubriste a tiempo —justifica Ny con un descaro increíble. Creo que ni yo he llegado a ese nivel.

*¿Tendré que pedirle consejos?*

Ángelo aparece al rescate. Abraza a su esposa, la cual se queja un poco pero al final se relaja. Le dice algo al oído que logra que ella respire y luego se ruborice a niveles preocupantes.

Eso me alegra, luego de cuatro hijos y aún la puede conquistar. Me hace feliz por ella.

—Voy a llevarla a que se recueste, sigan la fiesta —dice Ángelo mientras pasa su mano por la espalda de Essy y la dirige a la planta superior.

El DJ entiende la señal de volver a encender la fiesta pero cuando se levanta de su asiento y me pide un baile, me parece que acabo de encontrar con quien rematar el día. No sería un buen cumpleaños sin una debida celebración orgásmica.

Al final, estoy cumpliendo cuarenta, los nuevos treinta.

## Extra 6

Giselle

Dicen que cuando se cumple quince años se pasa de niña a mujer, y quizá es eso a lo que se refiere mi tía Sonia cuando hace gestos extraños para darme consejos sobre los años venideros. Aunque mi mamá no la deja terminar en la mayoría de los casos, siempre la interrumpe de una manera tajante para que no revele los grandes secretos que esconde este cambio de etapa.

No sé qué me quieren ocultar que yo no sepa. Esa etapa de taparme las orejas cuando alguien decía una grosería o cuando había escenas no aptas para mis ojos, ya han pasado. Por lo menos yo me siento muy grande para esas restricciones.

Falta solo unas horas para nuestra fiesta de quince. Y como tengo una gemela mis padres pensaron en hacerlo en un solo evento, lo cual es un verdadero desastre. Mi hermana es la popular, la que está llena de amigas y aunque somos prácticamente iguales, ella es a quien todos alaban por su belleza. Me intimidaría si no fuera porque yo tengo más talla de sujetador que ella o si la marca de nacimiento en mi cuello fuera menos sexy. Pero claro, si comparamos personalidades, ella lleva la ventaja; es amistosa y alegre, sin mayor timidez y con la dosis justa de aventura para hacer lo que sea por sus amigos. Mientras que a mí me da lo mismo tenerlos o no. Mi grupo de amigos se ha mantenido por años y supongo que Gabriella cree que es porque somos familia, pero yo creo que simplemente somos almas gemelas. Chris y Alessia son las únicas personas de mi edad sin las que no podría vivir.

Veó a Gabriella arreglarse el cabello en pequeños bucles, lo cual la hace ver muy diferente. Así que le digo a mi peluquera que me alise el cabello hasta el punto que no tenga una sola curva. Desde siempre hemos sido distintas, lo mejor es que mantengamos esas diferencias intactas.

Mamá ya está arreglada; se ve impecable en ese vestido azul aguamarina ajustado a su cintura. Ella siempre derrocha amor por todos nosotros y últimamente ha estado tan feliz porque sus hijas han crecido mucho que empieza a asfixiarme. Suerte que aún tiene a mi hermano menor, Axel, quien ya tiene seis años.

—¡Oh mis niñas! ¡Se ven preciosas! —exclama cuando entra a revisar el trabajo en nuestro cabello.

Ella siempre ha querido desestimar que Gabi y yo no nos llevamos muy bien. Intenta ignorarlo o instarnos a que crezca el amor fraternal.

—Gracias mami —responde mi hermana con esa sonrisa socavada. Ella le gusta hacerme enojar todo el tiempo.

—¿Qué pasa, cielo? —se acerca hasta mi silla y me mira con dramatismo. No quiero dañarle el día a ella porque ha hecho mucho esfuerzo para que esta fiesta salga impecable a pesar que no me escucharon cuando les dije que se la dieran solo a mi hermana. Yo prefería ir a viajar a algún lugar alejado.

—Nada, creo que me están halando mucho el cabello —me excuso con lo primero que se me viene a la cabeza.

Mi madre alza la vista hasta la chica que trabaja en mi cabello y le da una mirada acusadora. En respuesta ella afloja su agarre.

—Te ves hermosa, Gise. Quiero ver una sonrisa —empieza con su ánimo desbordado. Obligo a mis labios a estirarse en una sonrisa que se debe ver forzada.

Mamá frunce la frente y niega con la cabeza dándose por vencida.

Papá es el siguiente en aparecer, con una sonrisa inmensa nos da a cada una un beso en la frente y a mamá un beso que aún nos cuesta ver. Ellos se ven tan enamorados que me causa todo tipo de añoranza sobre el futuro. Así me gustaría estar con la persona que quiera, esa que siempre ha estado mi lado pero que me ve como a una hermana.

—Creo que necesitan apurarse. Falta menos de una hora para que empecemos y ustedes no están vestidas —papá mira a nuestras peluqueras y ellas asienten agilizando sus manos.

Yo no quería peinado. Con tener el cabello suelto y liso era suficiente, pero mi hermana quiere todo súper elegante y súper elaborado.

Aun no entiendo cómo somos gemelas y tan distintas.

Me levanto cuando me dejan libre y corro hacia mi habitación para embutirme en el vestido. Había escogido uno sencillo, sin varillas ni colas de pato. Mi única petición fue que quedara muy ceñido al cuerpo para mostrar mis atributos y sentirme bonita por una noche. Se veía más como un vestido de gala que un vestido de quince, lo cual es mucho mejor que el de mi hermana que parece que pudiera meter a tres personas debajo del suyo.

Toco la tela suave y me doy fuerzas para afrontar esta celebración. Ciertamente no es lo que prefería, pero me da ilusión que varios de mis primos italianos hayan venido y que mi chambelán sea Christian. Sólo por ese detalle seguí con los planes de mis padres.

Espero a que todos estén listos y cuando por fin aparece Gabriella con su inmenso vestido rosa, casi me da mareo. Me insistieron encarecidamente que usáramos el mismo tono pero yo no puedo ni mirar el de ella como para usar esa barbaridad de color. Había escogido uno más fuerte, un fucsia que atraía las miradas y no parecía que estuviera vomitando arcoíris.

—¿Listas? —pregunta papá y nos señala la gran limusina que nos está esperando en la puerta.

Suspiro profundamente y asiento.



La gran entrada fue un éxito; nos obligaron a entrar de la mano pero fuera de eso, la multitud nos vitoreó con euforia. Hicimos todo el protocolo sobre cambiar nuestro zapato de uno plano a uno de tacón y apagar las quince velas cada una. Y ya cuando todo está concluido llega el momento que he estado esperando.

El baile.

Chris se adelanta para encontrarme. Está vestido con un traje gris que le queda perfecto y su cabello rojizo contrasta con el corbatín del mismo tono que ha escogido. Me regala una sonrisa amorosa —aunque tengo que admitir que no es el tipo de amor que me gustaría que me tuviera— y extiende su mano para que la tome. Lo mismo hace Aaron con Gabi, así los cuatro empezamos a contonearnos al ritmo del vals.

Sin embargo, la música cambia. Habíamos planeado un gran giro a la elegancia que propuso mi hermana, así que cuando empieza a sonar una canción más movida, ella queda con la cara pasmada junto a Aaron que solo sonríe cuando Chris y yo seguimos el ritmo. Aaron intenta que Gabi lo siga, pero ella con su actitud de diva, sale de la pista dando manotazos.

—Creo que has vuelto a romper a tu hermana —dice Chris sin una gota de remordimiento.

—¿Y? —alzo los hombros.

—Y nada, es genial.

*¡Dios! ¿Por qué es tan lindo y tengo que verlo como si fuera familia?*

El ritmo vuelve al vals y como somos la única pareja en la pista, mi padre se acerca para relevar a Chris, quien se despide con un beso en la palma de la mano. Mi padre se ajusta al ritmo y me mira con una cara obtusa. Intenta no reírse por la forma en que mi hermana se fue pero él siempre ha tenido tendencia a seguir mis bromas.

Llega uno de mis tíos para relevar a papá y él promete ir a buscar a Gabi.

Aunque no le tocó hacer la búsqueda porque ella ya está al borde de la pista esperándolo.

Luego de ese detalle, Gabi no vuelve a dirigirme la palabra en toda la fiesta. Ella se va a hablar con sus amigos —que son la mayor parte de los invitados que no son de la familia—, mientras Chris y Ale se sientan conmigo y me muestran una y otra vez la cara de mi hermana cuando cambiamos la música.

Es para morir de risa.

—Tienes suerte de no ser la única cumpleañera en esta fiesta. En la mía de hace un año, toda la atención estaba sobre mí. No pude hacer la broma que tenía planeada para una mi prima maldita...

Una de sus primas por parte de su padre es una bruja maldita que se cree la más linda, más

atlética y sexy de la ciudad. Y lo peor es que estudia en nuestro mismo colegio. Es un martirio.

—Me hubieras compartido el plan, yo te habría ayudado —dice Chris con los ojos brillantes.

—Yo también.

Chris toma mi mano y toda mi cara se ruboriza. Sin embargo, cuando papá se acerca, se separa e incluso se aclara la garganta.

A veces Chris me confunde, en sus palabras me trata como a una hermana menor pero luego, cuando toma mi mano y me mira como si no hubiese nadie más en la sala, siento que hay algo más profundo. Y sé que mis locas hormonas pueden estar influyendo y más cuando Chris es todo un sueño.

—Hola chicos, ¿puedo robarme a mi niña?

—Adelante, señor —responde Chris mientras me guiña el ojo.

Papá me guía hacia la pista de baile de nuevo, esta vez veo que quiere entablar una conversación porque está ansioso. Cuando nos mecemos al ritmo, aprieta gentilmente para hacerme mirarlo.

—Tu hermana parece disgustada contigo, cariño. ¿Crees que puedes hablar con ella?

—¿Por qué? —finjo inocencia aunque papá sabe que es una fachada.

—Tú sabes por qué. No deberías buscar estar enojada con ella todo el tiempo. Ella es tu familia. La persona más cercana que puedes tener cuando tu madre y yo faltemos.

Ahí está. La charla de «que va a pasar cuando yo muera».

Ruedo los ojos. No sé porque siempre están pensando en el día que falten.

—En serio, Giselle —apela y me zarandea un poco.

—Bien —accedo. Al final es mi hermana gemela.

—Eso está mejor. Ahora bailemos hasta que nos duelan los pies.

—Bien.

Con papá siempre he hablado fácilmente. Él entiende mis locuras y muy pocas veces parece sorprenderse. Por lo general está de lado de mamá en cuanto a la disciplina pero tiene sus contingencias conmigo. Los amo a ambos, pero es obvio que tengo preferencia por él.

Luego de varias piezas, Chris aparece para rescatarme de mi padre. Papá lo mira con recelo y con advertencias en su rostro pero cambia la expresión cuando se despide de mí.

—¿Te tenía prisionera?

—No, la estábamos pasando bien. Me pidió que hablara con Gabi.

—Ustedes no se entienden, no hay mucho que puedas decir para que eso cambie.

—Bueno, tú sabes... Ella es mi hermana. No debería seguirle haciendo eso y menos en una fiesta que significa tanto para ella.

—¿Estás dejándome? —pregunta preocupado y con sus ojos oscuros muy abiertos.

No sé porque esa pregunta me deja en jaque.

—¿Dejándote?

—Hicimos un pacto de ser bromistas por siempre. Y ser amigos toda la vida —rememora nuestro pacto.

La única parte que no me gustaba de esa línea es eso de ser «amigos» toda la vida. Porque podríamos intentar ser más que amigos luego.

—No lo pienso incumplir. Solo que podemos cambiar de blanco. Molestar a Gabi ya no es tan satisfactorio.

Respira aliviado.

—Tienes razón. Debemos expandir nuestro rango —su sonrisa maliciosa aparece.

—Tenemos un plan...

—Oh sí... y espera a que Ale lo sepa.

Cuando termina la canción nos sentamos a un lado pero somos interrumpidos por Aaron que trae a Axel. Axel tiene los ojos de mamá, el único que los tiene oscuros; aparte de eso, es exactamente igual a Aaron. Son copias con diferente edad.

—Giseeee —Axel llega a abrazarme.

Axel es del tipo amoroso. Siempre quiere darle besos a mamá y a mí. Gabi no lo deja porque le quita el maquillaje.

—Mi chiqui —le devuelvo el abrazo y lo lleno de besos en sus mejillas.

—Gabi está furiosa, hermana —Aaron intercede. Su tono siempre es conciliador. Él siempre parece estar dispuesto a que no nos agarremos del cabello.

—Lo sé. Hablaré con ella.

La ceja de Aaron le llega casi hasta el nacimiento del cabello.

—En serio. Lo haré. Luego. Quizá mañana cuando ya se haya calmado... O cuando no haya

público y no cree una escena.

—Te creo. Gabriela está histérica pero está rodeada de sus amigas sin cerebro. Eso la calma.

—¡Primo! Feliz cumpleaños para ti también. Es injusto que ellas tengan toda la diversión cuando tú también tienes quince —empieza Ale y se le tira a los brazos a Aaron.

—Gracias, eres la primera. Pero no te preocupes, cuando cumpla dieciocho voy a hacer una fiesta a otro nivel.

Ale y yo lo miramos con expectativa.

—Y estarán invitado, por supuesto —finaliza con una sonrisa tímida y da la vuelta llevándose a Axel.

Ale los ve caminar hasta el otro extremo.

—¡Es una lástima que él sea mi primo! —exclama Ale con desazón.

Alessia ha desarrollado un *crush* por Aaron desde hace unos meses. No estoy segura por qué, mi hermano es tierno pero para que ella se fije en él, es extraño. O sea, es mi hermano.

—Ya sabes lo que dicen... Entre primos...

—Más me arrimo —finaliza Ale por Chris.

—Este tema no me gusta —admito. Amo a Ale pero tampoco hasta ese punto.

—Tu hermano está...

Me tapo los oídos. Parece que ahora hay otras cosas que no quiero oír.

—No seas aprensiva, al final tu babeas por Chris —dice Ale con desenvoltura sin percatarse que él está presente.

O más bien, echándome al agua sin salvavidas.

Chris abre los ojos como si eso lo sorprendiera. Mira de Ale a mí para asegurarse que lo que dijo es verdad y cuando comprende que es cierto al ver mi cara sonrojada y mis señas de querer matar a mi prima, se levanta de la mesa y se va al otro extremo de la fiesta.

—Ups —exclama Ale.

—Eso fue a propósito —le recrimino mirándola con cara de pocos amigos.

—Lo siento. Es que me estabas mirando como si estuviera loca por mirar a Aaron.

—Pues él es tu primo, en cambio Christian no.

—Lo sé. Pero hemos crecido juntos... Es casi como tu hermano.

—Pero tengo más posibilidades...

Hace un gesto pensativo y luego se nota la determinación en su mirada.

—¿Apuestas? —pregunta con los ojos llenos de excitación.

—Tenlo por seguro —extiendo mi mano y ella la estrecha.

Es obvio que esto voy a ganarlo.